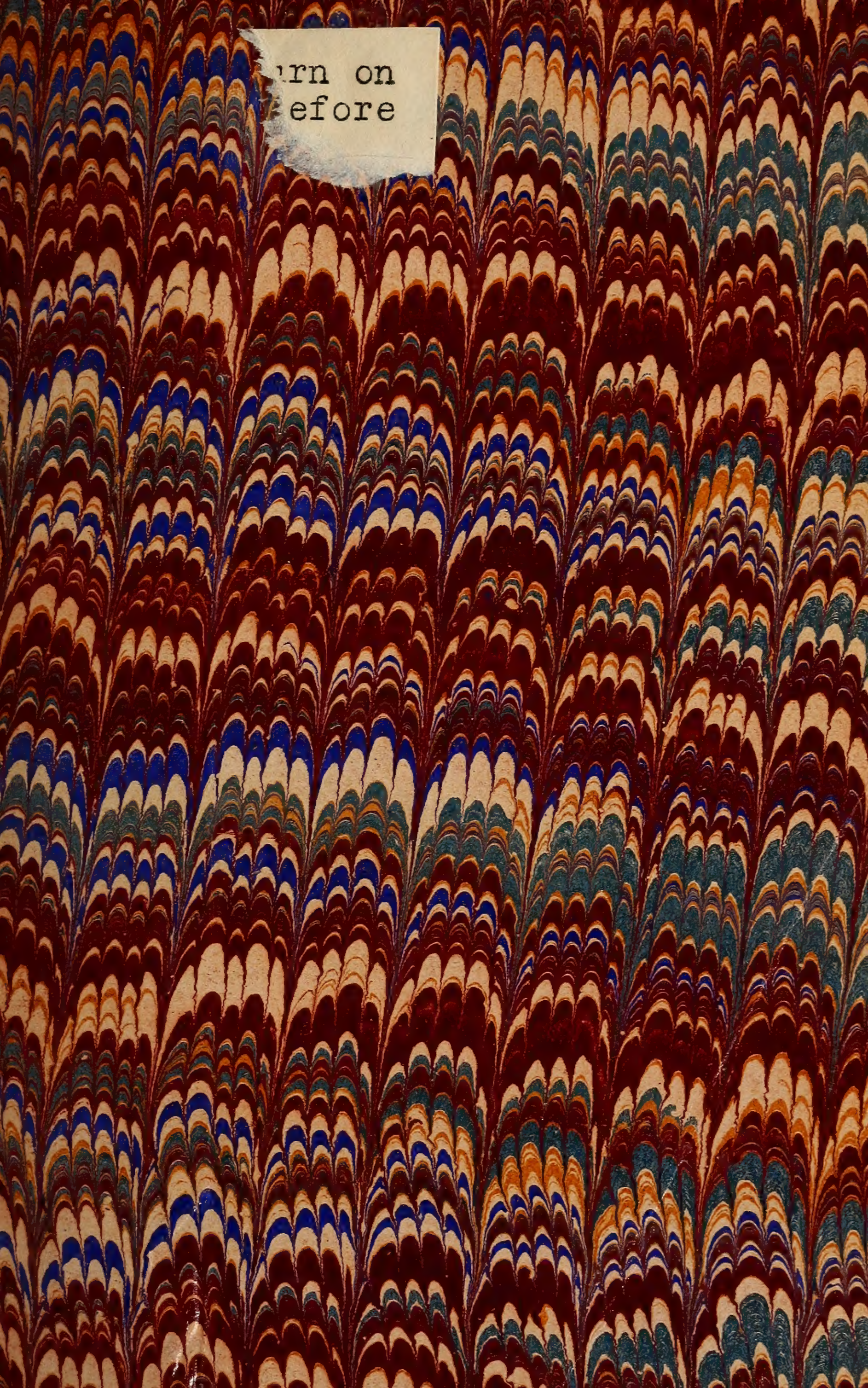



urn on
efore

# GUIA

DE

# PECADORES

4130-98. — París. — Típ. Garnier hermanos, 6, rue des Saints-Pères.

# GUIA
DE
# PECADORES

EN LA CUAL SE CONTIENE UNA LARGA Y COPIOSA

EXHORTACION Á LA VIRTUD

Y GUARDA DE LOS

MANDAMIENTOS DIVINOS

POR EL

**V. P. M. FR. LUIS DE GRANADA**

del Órden de Santo Domingo.



---

CUARTA EDICION

---

PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6
1899

# PRÓLOGO

**Dicite justo quoniam bene**[1]. *Quiere decir : Decid al justo que bien. Esta es una embajada que envió Dios con el profeta Isaías á todos los justos, la mas breve en palabras, y la mas larga en mercedes, que se pudiera enviar. Los hombres suelen ser muy largos en prometer, y muy cortos en cumplir ; mas Dios por el contrario es largo y tan magnífico en el cumplir, que todo lo que suenan las palabras de sus promesas, queda muy bajo en comparacion de sus obras. Porque ¿ qué cosa se pudiera decir mas breve que la sentencia susodicha : Decid al justo que bien ? Mas ¡ cuánto es lo que está encerrado debajo de esta palabra* bien ! *La cual pienso que por eso se dejó así sin ninguna extension, ni distincion, para que entendiesen los hombres que ni esto se podia extender como ello era, ni era necesario hacer distincion destos, ni de aquellos bienes; sino que todas las suertes y maneras de bienes que se comprehenden debajo de esta palabra* bien, *se encerraban aquí sin alguna limitacion. Por donde así como preguntando Moysen á Dios por el nombre que tenia, respondió que se llamaba*[2] *: El que es; sin añadir mas palabra, para dar á entender que su sér no era limitado é finito, sino universal (el cual comprehendia en sí todo género de sér y toda perfeccion que sin imperfeccion pertenesce al mismo sér); así tambien puso aquí*

[1] Isai. III.
[2] Exod. III,

*

*esta tan breve palabra* bien, *sin añadirle otra alguna especificacion, para dar á entender que toda la universidad de bienes que el corazon humano puede bien desear, se hallaban juntos en este bien, el cual promete Dios al justo en premio de su virtud.*

*Pues este es el principal argumento que con el favor de nuestro Señor pretendo tratar en este libro, ayuntando á esto los avisos é reglas que debe el hombre seguir para ser virtuoso. Y segun esto se repartirá este libro en dos partes principales. En la primera se declararán las obligaciones grandes que tenemos á la virtud, é los fructos é bienes inestimables que se siguen della: y en la segunda tratarémos de la vida virtuosa, y de los avisos y documentos que para ella se requieren. Porque dos cosas son necesarias para hacer á un hombre virtuoso: la una, que quiera de verdad serlo, y la otra, que sepa de la manera que lo ha de ser: para la primera de las cuales servirá el primer libro y para la otra el segundo. Porque (como dice muy bien Plutarco) los que convidan á la virtud, y no dan avisos para alcanzarla, son como los que atizan un candil, y no le echan aceite para que arda.*

*Mas con ser esta segunda parte tan necesaria, todavía lo es mucho mas la primera; porque para conoscer lo bueno y lo malo, la misma lumbre y la ley natural, que con nosotros nasce, nos ayuda, mas para amar lo uno, é aborescer lo otro, hay grandes contradicciones y impedimentos (que nascieron del pecado), así dentro como fuera del hombre. Porque como él sea compuesto de espíritu y carne, y cada cosa destas naturalmente apetezca su semejante, la carne quiere cosas carnales (donde reinan los vicios), y el espíritu cosas espirituales (donde reinan las virtudes), y desta manera padesce el espíritu grandes contradicciones de su propria carne, la cual no tiene cuenta sino con lo que deleita. Cuyos deseos y apetitos, despues del pecado original, son vehementísimos, pues por él se perdió el freno de la justicia original con que estaban enfrenados. Y no solo contradice al espíritu la carne, sino tambien el mundo, que (como dice Sant Juan) está todo armado sobre vicios: y contradice tambien el demonio, enemigo capital de la virtud, y contradice otrosí el mal hábito, y la mala costumbre (que es otra segunda naturaleza), á lo ménos en*

*aquellos que están de mucho tiempo mal habituados. Por lo cual rompér por todas estas contradicciones é dificultades, é á pesar de la carne, y de todos sus aliados, desear, de veras y de todo corazon la virtud, no se puede negar sino que es cosa de grande dificultad, y que ha menester socorro.*

*Pues por acudir en alguna manera á esta parte, se ordenó el primero de estos tratados, en el cual trabajé con todas mis fuerzas por juntar todas las razones que la cualidad de esta escriptura sufria en favor de la virtud, poniendo ante los ojos los grandes provechos que andan en su compañía, así en esta vida como en la otra, y asimesmo las grandes obligaciones que á ella tenemos, por mandarla Dios, á quien estamos tan obligados, así por lo que él es en sí, como por lo que es para nosotros.*

*Movíme á tratar este argumento por ver que la mayor parte de los hombres, aunque alaban la virtud, siguen el vicio: é parecióme que entre otras muchas causas deste mal, una dellas era no entender los tales la condicion é naturaleza de la virtud, teniéndola por aspéra, estéril é triste: por lo cual amancebados con los vicios (por parecerles mas sabrosos) andan descasados de la virtud, teniéndola por desabrida. Por tanto, condoliéndome deste engaño, quise tomar este trabajo en declarar aquí cuán grandes sean las riquezas, los deleites, los tesoros, la dignidad y la hermosura desta esposa celestial, é cuán mal conoscida sea de los hombres; porque esto los ayudœse á desengañarse, é enamorarse de una cosa tan preciosa. Porque si es verdad que una de las cosas mas excelentes que hay en el cielo y en la tierra, y mas digna de ser amada y estimada, es ella, gran lástima es ver á los hombres tan agenos deste conoscimiento, y tan alejados deste bien. Por lo cual gran servicio hace á la vida comun quien quiera que trabaja por restituir su honra á esta señora, y asentarla en su trono real; pues ella es reina y señora de todas las cosas.*

## § I

*Mas primero que esto comience, declararé por un ejemplo el intento con que esta escriptura se ha de leer. Escriben los gentiles de aquel su famoso Hércules, que como llegase á los primeros*

*años de su mocedad (que es el tiempo en que los hombres suelen escoger el estado y manera de vida que han de seguir), se fué á un lugar solitario á pensar este negocio con grande atencion, y que allí se le representaron dos caminos de vida, el uno de la virtud, y el otro de los deleites; y que despues de haber pensado muy profundamente lo que habia en la una parte y en la otra, finalmente se determinó seguir el de la virtud, y dejar el de los deleites. Por cierto, si cosa hay en el mundo merecedora de consejo y determinacion, esta es. Porque si tantas veces tratamos de las cosas que pertenecen al uso de nuestra vida, ¿ cuánto mas será razon tratar de la misma vida, especialmenle habiendo en el mundo tantos nortes y maneras de vivir?*

*Pues esto es, hermano mio, lo que al presente querria yo que hicieses, y á lo que aquí te convido; conviene saber, que dejados por este breve espacio todos los cuidados y negocios del mundo, entrases agora en esta soledad espiritual, y te pusieses á considerar atentamente el camino y manera de vida que te conviene seguir.*

*Acuérdate que entre todas las cosas humanas, ninguna hay que con mayor acuerdo se deba tratar, ninguna sobre que mas tiempo convenga velar, que es sobre la eleccion de vida que debemos seguir. Porque si en este punto se acierta, todo lo demás es acertado; y por el contraro, si se yerra, cuasi todo lo demás irá errado. De manera que todos los otros acertamientos y yerros son particulares; mas este solo es general, que los comprehende todos. Si no, dime : ¿ qué, se puede bien edificar sobre mal cimiento ? ¿ Qué aprovechan todos los otros buenos sucesos y acertamientos, si la vida va desconcertada ? Y ¿ qué pueden dañar todas las adversidades y yerros, si la vida es bien regida ? ¿ Qué aprovecha al hombre (dice el Salvador) que sea señor del mundo, si despues viene á perderse, ó á padescer detrimento en sí mismo ? De manera que debajo del cielo no se puede tratar negocio mayor que este, ni mas proprio del hombre, ni en que mas le vaya; pues aquí no va hacienda ni honra, sino la vida del alma, y la gloria perdurable. No leas pues esto de corrida (como sueles otras cosas, pasando muchas hojas y deseando ver el fin de la escriptura), sino asiéntate como juez en el tribunal de tu corazon, y oye callando y con sosiego estas palabras. No es este negocio de priesa, sino de espacio, pues en él se trata del*

*gobierno de toda la vida, y de lo que despues della depende. Mira cuán cernidos quieres que vayan los negocios del mundo, pues no te contentas en ellos con una sola sentencia, sino quieres que haya vista y revista de muchas salas y jueces, porque por ventura no se yerren. Y pues en este negocio no se trata de tierra, sino de cielo, ni de tus cosas, sino de ti mismo, mira que no se debe considerar esto durmiendo, ni bostezando, sino con mucha atencion. Si hasta aquí has errado, haz cuenta que nasces agora de nuevo, y entremos aquí en juicio, y cortemos el hilo de nuestros yerros, y comencemos á devanar esta madeja por otro camino. ¿ Quién me diese agora que me creyeses, y que con oídos atentos me escuchases, y que como buen juez (segun lo alegado y probado) sentenciases ? ! Oh qué dichoso acertamiento! ¡ oh qué bien empleado trabajo ! Bien sé que deseo mucho, y que no es bastante ninguna escriptura para esto ; mas por eso suplico yo agora en el principio desto á aquel que es virtud, y sabiduría del Padre (el cual tiene las llaves de David para abrir y cerrar á quien él quisiere [1]), que se halle aquí presente, y se envuelva en estas palabras, y les dé espíritu y vida para mover á quien las leyere. Mas con todo eso, si otro fructo no sacare deste trabajo mas que haber dado á mi deseo este contentamiento, que es hartarme de una vez de alabar una cosa tan digna de ser alabada, como es la virtud (que es cosa que muchos tiempos he deseado), solo esto tendré por suficiente premio de mi trabajo. Procuré en esta escriptura (como en todas las otras) de acomodarme à toda suerte de personas espirituales, y no espirituales, para que pues la causa y la necesidad era comun, tambien lo fuese la escriptura. Porque los buenos leyendo esto se confirmarán mas en el amor de la virtud, y echarán mas hondas raices en ella ; é los que no lo fueren, por ventura por aquí podrán entender lo que pierden por no serlo. En esta escriptura podrán criar los buenos padres á sus hijos cuando chiquitos; porque dende estos primeros años se habitúen á tener grande veneracion é respecto á la virtud, é á ser muy devotos della : pues uno de los grandes contentamientos que un buen padre puede tener, es ver virtud en el hijo que ama.*

[1] Apoc. III; Isai. XXII.

*Y señaladamente aprovechará esta doctrina á los que tienen por oficio en la Iglesia enseñar al pueblo, y persuadir la virtud; porque aquí se ponen por su órden los principales títulos y razones que á ello nos obligan, à los cuales se puede reducir (como á lugares comunes) cuasi todo cuanto desta materia está escripto. Y porque aquí se trata de los bienes de gracia que de presente se prometen á la virtud (donde se ponen doce singulares privilegios que ella tiene), y sea verdad que todas estas riquezas y bienes nos vinieron por Cristo, de aquí es que aprovecha tambien mucho esta doctrina para entender mejor aquellos libros de la Escriptura divina que señaladamente tratan del misterio de Cristo, y del beneficio inestimable de nuestra redempcion: de que muy en particular tratan el profeta Isaías, y Salomon en el libro de los Cantares, y otros semejantes.*

# ARGUMENTO

## DESTE PRIMERO LIBRO

*Este primero libro, cristiano lector, contiene una larga exhortacion á la virtud, que es á la guarda y obediencia de los mandamientos de Dios, en la cual consiste la verdadera virtud. Va repartida en tres partes principales. La primera persuade virtud, alegando para esto todas las razones mas comunes que en esta materia suelen traer los sanctos, que son las obligaciones grandes que tenemos á Dios nuestro Señor, así por lo que él es en sí, como por lo que es para nosotros por razon de sus inestimables beneficios; y juntamente con esto, por lo que nos importa a misma virtud, lo cual bastantemente se prueba por las cuatro postrimerías del hombre, que son muerte, juicio, paraíso y infierno, de que en esta primera parte se trata.*

*En la segunda se persuade esto mismo, alegando otras nuevas razones, que son los bienes de gracia que de presente en esta vida se prometen á la virtud. Donde se ponen doce singulares privilegios que ella tiene, y se trata de cada uno en particular. Los cuales privilegios, aunque algunas veces tocan brevemente los sanctos, declarando la paz, y la luz, y la verdadera libertad y alegría de la buena consciencia, y las consolaciones del Espíritu Sancto (de que gozan los justos), que consigo trae comunmente la virtud; pero hasta agora no he visto yo quien de propósito tratase esta materia extendidamente y por su órden. Y por esto fué necesario un poco de mas trabajo, para entresacar y re-*

*coger todos estas cosas de diversos lugares de las sanctas Escripturas, y llamarlas por sus nombres, y ponerlas en órden, y explicar y acompañar cada una de ellas con diversos testimonios de sus mismas escripturas, y dichos de sanctos. La cual diligencia fué muy necesaria para que los que no se mueven vi al amor de la-ri tud con la esperanza de los bienes advenideros, por parecerles que están muy léjos, se moviesen siquiera con la utilidad inestimable de los que de presente andan en su compañía.*

*Mas porque no basta alegar todas las razones que hay para iustificar una causa, si no se deshacen las de la parte contraria, para esto sirve la tercera parte deste libro, en la cual se responde á todas las excusas que los hombres viciosos suelen alegar para dar de mano á la virtud.*

*Y porque no se confunda el cristiano lector, sepa que este primer libro responde al primero de nuestro Memorial de la Vida Cristiana, el cual tambien contiene una exhortacion à la virtud; pero allí muy breve, como convenia á Memorial; mas aquí muy copiosa, donde se trata muy de propósito este tan necesario y noble argumento, al cual sirve todo lo bueno que en el mundo está escripto. Mas el segundo libro responde á la regla que allí escribimos brevemente de Vida Cristiana, la cual aquí va mucho mas extendida y acrecentada. Y porque la materia destos dos libros es la virtud, advierta el lector que por este vocablo no solo entendemos el hábito de la virtud, sino tambien los actos y oficios della, á los cuales este noble hábito se ordena; porque muy conocida figura es significar el efecto por el nombre de la causa, y el de la causa por su efecto.*

# COMIENZA EL PRIMER LIBRO

DE

# LA GUIA DE PECADORES,

EL CUAL CONTIENE

## UNA LARGA Y COPIOSA EXHORTACION Á LA VIRTUD

Y GUARDA DE LOS MANDAMIENTOS DIVINOS

---

## CAPÍTULO PRIMERO

Del primer título que nos obliga á la virtud y servicio de Dios, que es ser él quien es; donde se trata de la excelencia de las perfecciones divinas.

Dos cosas señaladamente suelen mover las voluntades de los hombres, cristiano lector, á cualquier honesto trabajo. Una es la obligacion que por título de justicia tienen á él, y otra el fructo y provecho que se sigue dél. Y así es comun sentencia de todos los sabios, que estas dos cosas, conviene á saber, honestidad y utilidad, son las dos principales espuelas de nuestra voluntad, las cuales la mueven á todo lo que ha de hacer. Entre las cuales aunque la utilidad es comunmente mas deseada, pero la honestidad y justicia de suyo es mas poderosa. Porque ningun provecho hay en este mundo tan grande, que se iguale con la excelencia de la virtud: así como ninguna pérdida hay tan grande que el varon sabio no deba ántes escoger, que caer en un vicio, como Aristóteles enseña. Por lo cual siendo nuestro propósito en este libro convidar y aficionar los hombres á la hermosura de la virtud,

será bien comenzar por esta parte mas principal, declarándoles la obligacion que tenemos á ella, por la que tenemos á Dios; el cual como sea la mesma bondad, ninguna otra cosa quiere, ni manda, ni estima, ni pide mas en este mundo que la virtud. Veamos pues agora con todo estudio y diligencia los títulos que este Señor tiene para pedirnos este tan debido tributo.

Mas como estos sean innumerables, solamente tocarémos aquí seis de los mas principales, por cada uno de los cuales le debe de derecho el hombre todo lo que puede y es, sin ninguna excepcion. Entre los cuales el primero y el mayor, y el que ménos se puede declarar, es ser él quien es; donde entra la grandeza de su majestad y de todas sus perfecciones: esto es, la inmensidad incomprehensible de su bondad, de su misericordia, de su justicia, de su sabiduría, de su omnipotencia, de su nobleza, de su hermosura, de su fidelidad, de su verdad, de su benignidad, de su felicidad, de su majestad, y de otras infinitas riquezas y perfecciones que hay en él. Las cuales son tantas y tan grandes, que (como dice un doctor) si todo el mundo se hinchese de libros, y todas las criaturas dél fuesen escriptores, y toda el agua de la mar tinta, ántes se hinchiria el mundo de libros, y se cansarian los escriptores, y se agotaria la mar que se acabase de explicar una sola destas perfecciones, como ella es. Y añade mas este doctor, diciendo: Que si criase Dios un nuevo hombre, con un corazon que tuviese la grandeza y capacidad de todos los corazones del mundo, y este llegase á entender una destas perfecciones con alguna grande y desacostumbrada luz, corria gran peligro no desfalleciese del todo ó reventase con la grandeza de la suavidad y alegría que en él redundaria, si no fuese para esto especialmente confortado de Dios.

Esta es pues la primera y la mas principal razon por la cual estamos obligados á amar, servir y obedecer á este Señor. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los mesmos filósofos epicúreos, destruidores de toda la filosofía (pues niegan la divina Providencia y la inmortalidad del ánima), no por eso niegan la religion, que es el culto y veneracion de Dios. Porque á lo ménos, disputando uno dellos, en los libros que Tulio

escribió de la naturaleza de los dioses, confiesa y prueba eficacísimamente que hay Dios, y confiesa tambien la alteza y soberanía de sus perfecciones admirables, por las cuales dice que meresce ser adorado y venerado; porque esto se debe á la alteza y excelencia de aquella nobilísima substancia por solo este título, aunque mas no haya. Porque si acatamos y reverenciamos un rey aunque esté fuera de su reino, donde ningun beneficio recebimos dél, por sola la dignidad real de su persona, ¿cuánto mas se deberá esto á aquel Señor, que como dice Sant Juan[1], trae broslado en su vestidura y en su muslo, Rey de los reyes, y Señor de los señores? Él es el que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra; el cual dispone las causas, mueve los cielos, muda los tiempos, altera los elementos, reparte las aguas, produce los vientos, engendra las cosas, influye en los planetas, y como Rey y Señor universal da de comer á todas las criaturas. Y lo que mas es, que este reino y señorío no es por succesion, ni por eleccion, ni por herencia, sino por naturaleza. Porque así como el hombre naturalmente es mayor que una hormiga, así aquella nobilísima substancia sobrepuja tanto todas las otras substancias criadas, que todas ellas y todo este mundo tan grande, apénas es una hormiga delante dél. Pues si esta verdad reconosció y confesó un tan bárbaro y tan mal filósofo, ¿qué será razon que confiese la filosofía cristiana? Esta pues nos enseña, que aunque hay innumerables títulos por donde estamos obligados á Dios, este es el mayor de todos, y el que solo, aunque mas no hubiera, merescia todo el amor y servicio del hombre, aunque él tuviera infinitos corazones y cuerpos que emplear en él. Lo cual procuraron siempre cumplir todos los sanctos, cuyo amor era tan puro y tan desinteresado, que dice dél Sant Bernardo[2]: El verdadero y perfecto amor, ni toma fuerzas con la confianza, ni siente los daños de la desconfianza. Queriendo decir: que ni se esfuerza á servir á Dios por lo que espera que le han de dar, ni desmayaria aunque supiese que nada le habian de dar; porque no se mueve

[1] Apoc. xix; Isai. xl.
[2] Sup. Cant. serm. LXXXIII.

á esto por interese, sino por puro amor debido á aquella infinita bondad.

Mas con ser este título el mas obligatorio, es el que ménos mueve á los ménos perfectos. Lo uno, porque tanto mas los mueve su interese, cuanto mas parte en ellos tiene el amor proprio ; y lo otro, porque como aun rudos é ignorantes, no alcanzan á entender la dignidad y hermosura de aquella soberana bondad. Porque si desto tuviesen mas entera noticia, solo este resplandor de tal manera robaria sus corazones, que contentos con solo él, no buscarian mas que á él. Por lo cual no será fuera de propósito darles aquí un poco de luz para que puedan conoscer algo mas de la grandeza y dignidad deste Señor. Esta es tomada de aquel sumo teólogo Sant Dionisio, el cual en su mística teología, ninguna otra cosa mas pretende, que darnos á entender la diferencia del Sér divino á todo otro sér criado : enseñándonos (si queremos conoscer á Dios) á desviar les ojos de las perfecciones de todas las criaturas, para que no nos engañemos queriendo medir y sacar á Dios por ellas ; sino que dejándolas todas acá bajo, nos levantemos á contemplar un sér sobre todo sér, una substancia sobre toda substancia, una luz sobre toda luz, ante la cual toda luz es tinieblas, y una hermosura sobre toda hermosura, en cuya comparacion es fealdad toda hermosura. Esto nos significa aquella escuridad en que entró Moysen á hablar con Dios [1], la cual le cubria la vista de todo lo que no era Dios, para que así pudiese mejor conoscer á Dios [2]. Y esto mesmo nos declara aquel cubrirse Elías los ojos con su palio, cuando vió pasar delante de sí la gloria de Dios ; porque á todo lo de acá ha de cerrar el hombre los ojos (como á cosa tan baja y desproporcionada), cuando quisiere contemplar la gloria de Dios.

Esto se verá mas claro, si consideramos la diferencia grandísima que hay de aquel sér no criado á todo otro sér criado, que es del Criador á sus criaturas ; porque todas ellas vemos que tuvieron principio, y pueden tener fin : mas él ni tiene

[1] Exod. XXIV.
[2] III Reg. XIX

principio ni puede tener fin. Todas ellas reconoscen superior, y dependen de otro : él ni reconosce superior ni depende de nadie. Todas ellas son variables y subjetas á mudanzas : en él no cabe mudanza ni variedad. Todas ellas son compuestas cada cual de su manera : mas en él no hay composicion por su suma simplicidad ; porque si fuera compuesto de partes, tuviera componedor que fuera primero que él, lo cual es imposible. Todas ellas pueden ser mas de lo que son, y tener mas de lo que tienen, y saber mas de lo que saben : mas él ni puede ser mas de lo que es, porque en él está todo el sér, ni tener mas de lo que tiene, porque él es el abismo de todas las riquezas, ni saber mas de lo que sabe, por la infinidad de su saber, y por la excelencia de su eternidad, á la cual todo está presente. Por la cual causa lo llama Aristóteles acto puro, que quiere decir, última y suma perfeccion, tal que no sufre añadidura, porque no es posible ser mas de lo que es, ni imaginarse cosa que le falte. Todas las criaturas militan debajo la bandera del movimiento, para que como pobres y necesitadas se puedan mover á buscar lo que les falta ; mas él no tiene para que moverse, pues ninguna cosa le falta, y porque en todo lugar está presente. En todas las otras cosas, así como hay diversas partes, así se distinguen las unas de las otras ; mas en él no puede haber distincion de partes diversas por suma simplicidad. De manera que su sér es su esencia, y su esencia es su poder, y su poder es su querer, y su querer es su voluntad, y su voluntad es su entendimiento, y su entendimiento es su entender, y su entender es su sér, y su sér es su sabiduría, y su sabiduría es su bondad, y su bondad es su justicia, y su justicia es su misericordia, la cual aunque tiene contrarios efectos que la justicia (cuales son perdonar y castigar), mas realmente en él son tan una cosa, que su mesma justicia es su misericordia, y su misericordia es su justicia. Y así en él caben obras y perfecciones al parescer contrarias y admirables, como dice Sant Augustin[1]. Porque él es secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable é incomprehensible, sin lugar y en todo lugar, invisi-

[1] Lib. Medit. cap. 19.

ble y que todo lo ve, inmutable y que todo lo muda, el que siempre obra y siempre está quieto, el que todo lo hinche sin estar encerrado, y todo lo provee sin quedar distraido, el que es grande sin cuantidad, y por eso inmenso, y bueno sin cualidad, y por eso verdadera y sumamente bueno; ántes ninguno es bueno, sino solo él[1]. Finalmente, por abreviar, todas las cosas criadas, así como tienen limitada esencia que las comprehende, así tienen limitado poder á que se extienden, y limitadas obras en que se ejercitan, y limitados lugares adonde moran, y limitados nombres con que se significan, y particulares difiniciones con que se declaran, y señalados predicamentos, ó géneros donde se encierran. Mas aquella soberana substancia, así como es infinita en el sér, así tambien lo es en el poder, y en todo lo demás; y así ni tiene difinicion que la declare, ni género que la encierre, ni lugar que la determine, ni nombre que la signifique por su proprio concepto. Ántes, como dice Sant Dionisio, con no tener nombre, tiene todos los nombres; porque en sí contiene todas las perfecciones significadas por esos nombres. De donde se infiere que todas las criaturas, como son limitadas, así son comprehensibles; mas solo aquel sér divino, así como es infinito, así es incomprehensible á todo entendimiento criado. Porque, como dice Aristóteles, lo que es infinito, como no tiene cabo, así con ningun entendimiento puede ser comprehendido ni abarcado, sino es con solo aquel que todo lo comprehende. ¿Qué otra cosa nos significan aquellos dos serafines que vió Isaías[2] puestos al lado de la majestád de Dios, que estaban sentados en un trono muy alto, cada uno con seis alas, con las dos de las cuales cubrian el rostro de Dios, y con las otras dos los piés del mismo Dios (segun declara un intérprete), sino dar á entender, que ni aun aquellos espíritus soberanos que tienen el mas alto lugar en el cielo, y están mas vecinos á Dios, pueden comprehender todo cuanto hay en Dios, ni llegar de cabo á cabo á conoscerle, puesto caso que claramente le vean en su mesma esencia y hermosura? Porque como el que está á la orilla de la mar, realmente ve la

[1] Matth. XIX.
[2] Isai. VI.

mar en sí misma, mas no llega á ver, ni la profundidad, ni la largura della, así aquellos espíritus soberanos, con todos los otros escogidos que moran en el cielo, realmente ven á Dios, mas no pueden comprehender ni el abismo de su grandeza, ni la longura de su eternidad. Y por esto mesmo se dice que está Dios sentado sobre los querubines [1] (en quien están encerrados los tesoros de la sabiduría divina), mas con todo eso está sobre ellos, porque no le pueden ellos alcanzar ni comprehender.

Estas son aquellas tinieblas que el profeta David dice que puso Dios al derredor de su tabernáculo [2], para dar á entender lo que el Apóstol significó mas claramente cuando dijo [3] : Que Dios moraba en una luz inaccesible adonde nadie podia llegar ; lo cual el profeta llama tinieblas, que impiden la vista y comprehension de Dios. Porque, segun dijo muy bien un filósofo, así como ninguna cosa hay mas clara, ni mas visible que el sol, pero con todo esto ninguna hay que ménos se vea por la excelencia de su claridad y por la flaqueza de nuestra vista, así ninguna hay que de suyo sea mas inteligible que Dios, y ninguna que ménos en esta vida se entienda, por esta mesma razon.

Por donde el que en alguna manera le quisiere conoscer, despues que haya llegado á lo último de las perfecciones que él pudiere entender, conozca que aun le queda infinito camino que andar, porque es infinito mayor de lo que él ha podido comprehender : y cuanto mas entendiere esta incomprehensibilidad, tanto mas habrá entendido dél. Por donde Sant Gregorio, sobre aquellas palabras de Job [4] : El que hace cosas grandes é incomprehensibles sin número, dice así : Entónces hablamos con mayor elocuencia las obras de la omnipotencia divina, cuando quedando maravillados y atónitos, las callamos : y entónces el hombre alaba convenientemente callando, lo que no puede convenientemente significar hablando. Y así nos aconseja Sant Dionisio que honremos el

[1] Dan. III; Psalm. CIII.
[2] Psalm. XVII.
[3] I Tim. VI.
[4] Job, V.

secreto de aquella soberana deidad, que transciende todos los entendimientos, con sagrada veneracion del ánima, y con un inefable y casto silencio. En las cuales palabras parece que alude á aquellas del profeta David[1], segun la translacion de Sant Hierónimo, que dicen : Á ti calla el alabanza, Dios en Sion. Dando á entender que la mas perfecta alabanza de Dios es la que se hace callando; que es con este casto é inefable silencio, entendiendo nuestro no entender, y confesando la incomprehensibilidad y soberanía de aquella inefable substancia, cuyo sér es sobre todo sér, cuyo poder es sobre todo poder, cuya grandeza es sobre toda grandeza, y cuya substancia sobrepuja infinitamente, y se diferencia de toda otra substancia, así visible como invisible. Conforme á lo cual dice Sant Augustin[2] : Cuando yo busco á mi Dios, no busco forma de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni blancura de luz, ni melodía de canto, ni olores de flores, ni ungüentos aromáticos, ni miel, ni maná deleitable al gusto, ni otra cosa que pueda ser tocada y abrazada con las manos : nada desto busco cuando busco á mi Dios. Mas con todo esto busco una luz sobre toda luz, que no ven los ojos; y una voz sobre toda voz, que no perciben los oídos; y un olor sobre todo olor, que no sienten las narices; y una dulzura sobre toda dulzura, que no conosce el gusto, y un abrazo sobre todo abrazo, que no siente el tacto : porque esta luz resplandesce donde no hay lugar, y esta voz suena donde el aire no la lleva, y este olor se siente donde el viento no le derrama, y este sabor deleita donde no hay paladar que guste, y este abrazo se recibe donde nunca jamás se aparta.

## § I

Y si quieres por un pequeño ejemplo barruntar algo desta incomprehensible grandeza, pon los ojos en la fábrica deste

[1] Psalm. LXIV.
[2] Lib. X Confessionum, cap. 6, et in Soliloq., cap. 31.

mundo [1], que es obra de las manos de Dios [2], para que por la condicion del efecto, entiendas algo de la nobleza de la causa. Presuponiendo primero lo que dice Sant Dionisio, que en todas las cosas hay ser, poder y obrar, las cuales están de tal manera proporcionadas entre sí, que cual es el sér de las cosas, tal es su poder, y cual el poder, tal el obrar. Presupuesto este principio, mira luego cuán hermoso, cuán bien ordenado, y cuán grande es este mundo, pues hay algunas estrellas en el cielo, que, segun dicen los astrólogos, son ochenta veces mayores que toda la tierra y agua juntas. Mira otrosí cuán poblado está de infinita variedad de cosas que moran en la tierra, y en el agua, y en el aire, y en todo lo demás : las cuales están fabricadas con tan grande perfeccion, que (sacados los monstruos á parte) en ninguna hasta hoy se halló, ni cosa que sobrase, ni que le faltase para el cumplimiento de su sér [3]. Pues esta tan grande y tan admirable máquina del mundo (segun el parecer de Sant Augustin) crió Dios en un momento, y sacó de no ser á ser : y esto sin tener materiales de que la hiciese, ni oficiales de que se ayudase, ni herramienta de que se sirviese, ni modelos ó debujos exteriores en que la trazase, ni espacio de tiempo en que prosiguiendo la acabase, sino con sola una simple muestra de su voluntad, salió á luz esta grande universidad y ejército de todas las cosas. Y mira mas que con la misma facilidad que crió este mundo, pudiera criar, si quisiera, millares de cuentos de mundos, muy mas grandes, y mas hermosos, y mas poblados que este ; y acabándolos de hacer, con la misma facilidad los pudiera aniquilar y deshacer, sin ninguna resistencia.

Pues dime agora, si como se presupuso de la doctrina de Sant Dionisio, por los efectos y obras de las cosas conoscemos el poder de las cosas, y por el poder el sér, ¿ cuál será el poder de donde esta obra procedió? Y si tal y tan incom-

[1] Psalm. XVIII.
[2] Rom. I.
[3] Clemente Alejandrino. Fúndase en aque oll Eccli. c. XVIII : *Ille autem qui vivit in æternum creavit omnia simul.*

prehensible es este poder, ¿ cuál será el sér que se conosce por tal poder? Esto sin duda sobrepuja todo encarecimiento, y entendimiento. Donde aun hay mas que pensar, que estas obras tan grandes, así las que son, como las que pueden ser, no igualan con la grandeza deste divino poder, ántes quedan infinitamente mas bajas, porque infinitamente mas es á lo que se extiende este infinito poder. Pues, ¿ quién no queda atónito y pasmado, considerando la grandeza de tal sér y tal poder? Al cual aunque no vea con los ojos, á lo ménos no puede dejar de barruntar por esta razon, cuán grande sea, y cuán incomprehensible.

Esta inmensidad infinita de Dios declara Sancto Tomás en el compendio de la Teología, por este ejemplo. Vemos (dice él) que entre las cosas corporales, cuanto una es mas excelente, tanto es mayor en cuantidad. Y así vemos ser mayor el agua que la tierra, y mayor el aire que el agua, y mayor el fuego que el aire, y mayor el primer cielo que el elemento del fuego, y mayor el segundo cielo que el primero, y mayor el tercero que el segundo : y así subiendo hasta la décima esfera, y hasta el cielo empirio, que es de inestimable é incomparable grandeza. Lo cual se ve claro por cuán pequeña es la redondez de la tierra y del agua, en comparacion de los cielos; pues los astrólogos dicen que es un punto á respecto del cielo. Lo cual demuestran claramente, porque estando el cerco del cielo repartido en doce signos, por do anda el sol, de cualquier parte de la tierra se ven los seis perfectamente; porque la altura y eminencia de la tierra no ocupa mas de lo que ocuparia una hoja de papel, ó una tabla que estuviese en medio del mundo, de donde sin impedimento se veria la mitad del cielo. Pues siendo el cielo empirio, que es el primero y el mas noble cuerpo del mundo, de tan inestimable grandeza sobre todos los otros cuerpos, por aquí se entiende (dice Sancto Tomás) cómo Dios que sin ninguna limitacion es el primero, y el mayor, y el mejor de todas las cosas, así espirituales como corporales, y el hacedor dellas, ha de sobrepujar á todas ellas con infinita grandeza; non en cuantidad (porque no es cuerpo) sino en la excelencia y nobleza de su perfectísimo sér.

Pues descendiendo agora á nuestro propósito, por aquí podrás en alguna manera entender cuáles sean las perfecciones y grandezas deste Señor; porque tales es necesario que sean, cual es su mesmo sér. Así lo confiesa el Eclesiástico [1] de su misericordia, diciendo : Cuan grande es el sér de Dios, tan grande es la misericordia de Dios; y no ménos lo son todas las otras perfecciones suyas : de manera que tal es su bondad, su benignidad, su majestad, su mansedumbre, su sabiduría, su dulzura, su nobleza, su hermosura, su omnipotencia, y tal tambien su justicia. Y así es infinitamente bueno, infinitamente suave, infinitamente amoroso, é infinitamente amable, é infinitamente digno de ser obedescido, temido, acatado, y reverenciado. De suerte que si en el corazon humano pudiese caber amor y temor infinito, y obediencia y reverencia infinita, todo esto era debido en ley de justicia á la dignidad y excelencia deste Señor. Porque si cuanto una persona es mas excelente y mas alta, tanto se le debe mayor reverencia, necesariamente se sigue, que siendo la excelencia de Dios infinita, se le debe reverencia infinita. De donde se infiere que todo lo que falta á nuestro amor y reverencia para llegar á esta medida, falta para lo que se debe á la dignidad desta grandeza.

Pues siendo esto asi ¿qué tan grande es la obligacion que nos pide solo este título (aunque mas no hubiera) al amor y obediencia deste Señor? ¿ Qué ama quien á esta bondad no ama? ¿ Qué teme quien á esta Majestad no teme? ¿ Á quién sirve quien á este Señor no sirve? ¿ Para qué se hizo la voluntad, sino para abrazar y amar al bien? Pues si este es el sumo bien, ¿ cómo no lo abraza nuestra voluntad sobre todos los bienes? Y si tan grande mal es no amarlo y reverenciarlo sobre todas las cosas, ¿ qué será tenerlo en ménos que todas ellas? ¿ Quién pudiera creer que hasta aquí pudiese llegar la maldad del hombre? Pues realmente hasta aquí llegan los que por un deleite bestial, ó por un pundonor de honra, ó por dos marevedís de interese, desprecian y ofenden á esta bondad. Y aun mas adelante pasan los que pecan de balde,

[1] Eccli. II.

que es por sola maldad y costumbre, sin haber por eso algun interese. ¿ Á tanto ha llegado el desalmamiento del mundo? ¡ Oh ceguedad incomparable ! ¡ Oh insensibilidad mas que de bestias ! ¡ Oh atrevimiento digno de los demonios ! ¿ Qué meresce quien esto hace? ¿ Con qué se castigará dignamente el desprecio de tan grande Majestad? Claro está que con ninguna pena menor que con la que está á los tales aparejada, que es arder para siempre en los fuegos del infierno, y con todo esto no se castiga dignamente.

Este es pues el primer título por donde estamos obligados al amor y servicio deste Señor; la cual obligacion es tan grande, que todas cuantas obligaciones podemos tener en el mundo á diversos géneros de personas por razon de sus excelencias y perfecciones, no se pueden llamar obligaciones, comparadas con esta. Porque así como todas las otras perfecciones criadas, comparadas con las divinas, no son perfecciones, así todas las obligaciones que nascen destas mesmas excelencias y perfecciones, no se llaman obligaciones en presencia desta; como tampoco todas las ofensas hechas á puras criaturas se llaman ofensas, comparadas con la que se hace al Criador. Por lo cual dijo David en el salmo de la penitencia [1] : Que contra solo Dios habia pecado; como quiera que tambien habia pecado contra Urías á quien mató, y contra su mujer á quien deshonró, y contra todo su reino á quien escandalizó. Mas con todo esto dice que habia pecado contra solo Dios, porque sabia él muy bien que todas estas ofensas y deformidades eran nada en comparacion de la fealdad que este pecado tenia, por ser contra lo que Dios mandó. Y así la consideracion desta deformidad lo afligia tanto, que no hacia caso de todas las otras en comparacion desta, porque así como Dios es infinitamente mayor que toda otra criatura, así es infinitamente mayor en su manera la obligacion que le tenemos, y la ofensa que le hacemos; y de finito á infinito no puede haber proporcion.

[1] Psalm. L.

## CAPÍTULO II

Del segundo título que nos obliga á la virtud y servicio de nuestro Señor, por razon del beneficio de la creacion [1].

No solo estamos obligados á la virtud y obediencia de los mandamientos divinos, por lo que Dios es en sí, sino tambien por lo que es para nosotros : que es por razon de sus innumerables beneficios. De los cuales aunque habemos tratado en otros lugares para otros propósitos, pero aquí tratarémos dellos, para que por ellos veamos las grandes obligaciones que tenemos al servicio del dador.

Entre estos beneficios el primero es el de la creacion : del cual por ser tan conoscido, solamente diré que por este beneficio está el hombre obligado á emplearse todo en el servicio del Señor que le crió, porque segun toda ley, es el hombre deudor de todo lo que ha recibido. Y pues por este beneficio recibió el sér que tiene (que es el cuerpo con todos sus sentidos, y el ánima con todas sus potencias) síguese que todo esto está obligado á emplear en su manera en el servicio del Hacedor, so pena de ser ladron y desconoscido á quien tanto bien le hizo. Porque si un hombre hace una casa, ¿á quién ha de servir esta casa, sino al dueño que la hizo? Y si planta una viña, ¿cuyo ha de ser el fructo della, sino del que la plantó? Y si un padre tiene un hijo, ¿á cuyo servicio está mas obligado, que al del padre que le engendró? Y por esta causa dicen las leyes que es inestimable el poder del padre sobre sus hijos : el cual se extiende á tanto, que por derecho los puede vender estando en necesidad ; porque por haberles dado el sér que tienen, queda hecho tan señor dellos, que puede disponer dellos en esta forma. Pues si tan grande es el señorío que el padre tiene sobre su hijo, ¿cuál será el que tiene aquel de quien se deriva todo el sér de pa-

[1] De los beneficios divinos se trata en el libro de la Oracion, 1 p. en la consideracion del domingo en la noche ; y en la 2 p. del Mem. y en las Addi.

dres en el cielo y en la tierra[1]? Y si, como dice Séneca, los que recibieron beneficios, son obligados á imitar las tierras fértiles, las cuales dan mucho mas de lo que recibieron, ¿cómo responderémos á Dios con esta manera de agradescimiento? pues no le podemos dar mas de lo que dél recebimos, por mucho que le démos. Y si no guarda esta ley el que no da mas de lo que recibió, ¿qué dirémos del que aun no da lo que recibió? Y si, como dice Aristóteles, á los dioses y á los padres no se puede pagar enteramente la deuda que se les debe, ¿qué se podrá pagar á Dios que tanto mas nos tiene dado que todos los padres del mundo? Y si tan grande mal es ser un hijo rebelde y desobediente á su padre, ¿qué será serlo á Dios, que por tantos títulos es padre, en cuya comparacion ninguno meresce título de padre? Por esto, con mucha razon se queja él de los tales por un profeta, diciendo[2]: Si yo soy vuestro Padre, ¿dónde está la honra que me debéis? Y si soy vuestro Señor, ¿qué es del temor que me tenéis? Y contra estos mismos se indigna otro profeta con palabras mas encendidas, diciendo[3]: Generacion mala y adúltera, pueblo loco y necio, ¿esta es la paga de tantos beneficios que das á tu Señor? ¿Por ventura no es él tu Padre, que te hizo y te crió? Estos son los que ni levantan los ojos al cielo, ni los vuelven á sí mesmos acordándose de sí[4]: porque si esto hiciesen, preguntarian á sí por sí, y procurarian saber su primer orígen y principio : que es, quién los hizo, y para qué los hizo, y por aquí entenderian lo que debian hacer. Mas porque esto no hacen viven como si ellos mesmos se hubieran hecho : como vivia aquel malaventurado rey de Egipto, á quien amenaza Dios por un profeta, diciendo[5]: Contigo lo habré yo, dragon grande, que estás tendido en medio de tus rios, y dices : mios son los rios, yo me hice á mí mesmo. Las cuales palabras, á lo ménos por la práctica, dicen todos aquellos que así viven descuidados de

1 Ephes. III.
2 Malach. I.
3 Deut. XXXII.
4 Psalm. XVI.
5 Ezech. XXIII.

su Criador, como si ellos mesmos se hubieren hecho, y no reconoscieran hacedor. Mejor lo hacia el bienaventurado Sant Augustin[1], el cual por este conoscimiento de su principio, vino en conoscimiento de su Criador. Y así dice él en un soliloquio : Volví á mí, y entré en mí, y preguntéme ; tú ¿ quién eres? Y respondíme : hombre racional y mortal. Y comencé á inquirir lo que esto era, y dije : ¿ de dónde tuvo principio, Dios mio, este animal ? ¿ De dónde sino de tí? Tú eres el que me heciste, y no yo. Tú eres por quien yo vivo, y por quien todas las cosas son y viven. Porque ¿ por ventura puede ser alguno artífice de sí mesmo? ¿ Por ventura hay otro de quien se derive el sér y el vivir, sino de ti? ¿ Por ventura no eres tú el sumo Sér de quien mana todo sér? ¿ No eres fuente de vida de quien procede toda vida? Tú pues, Señor, me heciste, sin el cual nada se hace. Tú eres hacedor mio, y yo obra tuya. Gracias pues sean dadas á ti, Señor, por quien yo vivo, y todas las cosas viven. Gracias á ti, formador mio, porque tus manos me formaron é hicieron[2]. Gracias á ti, luz mia, porque con tu luz hallé á ti, y hallé tambien á mí.

Este es pues el primero de los beneficios divinos, y el fundamento de todos los otros. Porque todos ellos presuponen sér, el cual por este beneficio se nos da; y así se comparan todos con él, como accidentes con la substancia donde se subjectan : para que por aquí veas cuán grande sea este beneficio, y cuán digno de ser agradescido. Pues si tanto cuidado tiene Dios de pedir agradescimiento por sus beneficios (aunque esto no por su provecho, sino por el nuestro) ¿ qué pedirá por este, que es el fundamento de todos los otros? Mayormente siendo esta la condicion de Dios, que así como es liberalísimo en hacer mercedes, así es estrechísimo (si así se puede llamar) en pedir agradescimiento ; no por razon de su provecho, sino por la obligacion de nuestro oficio. Y así leemos, en el Testamento Viejo, que apénas acababa de hacer á su pueblo un beneficio, cuando luego daba órden cómo hubiese perpetua memoria y agradesci-

[1] Lib. X Confess., c. 6, et in Soliloq., c. 31.
[2] Lib. x.

miento dél. Y así en sacando su pueblo de Egipto, luego á la hora, ántes aun de la salida, mandó que se hiciese una fiesta solemnísima cada año en memoria dél[1]. Mató tambien para este fin todos los primogénitos de los egipcios, y luego mandó que todos los primogénitos del pueblo, que de ahí adelante nasciesen, se le ofresciesen en memoria deste beneficio[2]. Proveyóles luego de manná cuarenta años en el desierto, y en comenzándolo á enviar, mandó que se cogiese cierta cuantidad dél en un vaso, y se guardase en el sanctuario[3]; para que todas las generaciones advenideras tuviesen memoria de aquel beneficio[4]. De ahí á poco dióles una victoria muy señalada contra Amalec : y acabada la victoria, dijo luego á Moysen[5] : Escribe esta victoria en un libro para perpetua memoria della, y entrégalo á Josué. Pues si tan especial cuidado tuvo este Señor de proveer cómo hubiese en la memoria de su pueblo eterno agradescimiento de beneficios temporales, ¿qué pedirá por este beneficio inmortal, pues el ánima que él nos dió es inmortal? De aquí procedia el cuidado que los sanctos patriarcas tenian de edificar altares[6], y hacer memorias cada vez que recebian algun particular beneficio de Dios[7] : de tal manera, que aun en los nombres de los mesmos hijos que les daba, escribian la memoria de los beneficios que recebian, para nunca jamás olvidarse dellos. Por donde concluye un sancto[8], que no habia el hombre de respirar tantas veces, cuantas se habia de acordar de Dios. Porque así como siempre es, así siempre habia de estar dando gracias por el sér inmortal que dél recibió.

Es tan grande el vínculo desta obligacion, que hasta los mesmos filósofos deste mundo dan voces á los hombres que

1 Exod. XII.
2 Ibid. XIII.
3 Ibid. XVI.
4 Ibid. XVI.
5 Ibid. XVII.
6 Gen. XII, 13, 22.
7 Ibid. XLI.
8 Aug. in Soliloq., c. 28, et in Man. c. 29, et in Medit. c. 6.

no sean ingratos á Dios. Y así Epicteto, noble filósofo entre los estoicos, dice así : Ó hombre, no seas ingrato á aquella soberana potestad, sino por el sentido del ver y del oir, y mucho mas por la vida que te dió, y por las cosas con que ella se sustenta, por los fructos maduros, por el vino, y por el aceite, y por todo lo demás le da gracias; y mucho mas porque te dió razon para que supieses usar de todas esas cosas, y conoscer el valor dellas. Pues si este agradescimiento nos pide un filósofo gentil por estos comunes beneficios, ¿qué será razon que sienta un cristiano que tanto mayor lumbre tiene de fe, y tanto mas recibió?

Mas por ventura dirás : Esos comunes beneficios mas parescen obras de naturaleza que beneficios de Dios. ¿Qué debo yo pues particularmente por la órden y disposicion de las cosas, que se van siempre por su curso? No es esta voz de cristiano, sino de gentil; ni aun de gentil, sino de bestia. Y porque mas claramente lo veas, mira como la reprehende este mesmo filósofo, diciendo así : Dirás por ventura que la naturaleza te hace estos beneficios. ¡Oh desconoscido! ¿No entiendes cuando esto dices que mudas el nombre á Dios? ¿Qué otra cosa es la naturaleza sino Dios, que es principal naturaleza? Así que, hombre desagradescido, no te excusas con decir que esta deuda la debes á la naturaleza, y no á Dios; pues no hay naturaleza sin Dios. Si hubieses recebido prestado algo de Lucio Séneca, y dijeses que quedabas obligado á Lucio, y no á Séneca, no por esto se mudaba el acreedor, sino el nombre dél.

## § II

### De otra razon por donde estamos obligados al servicio de nuestro Señor, por ser él nuestro Criador.

Mas no solo esta obligacion de justicia, sino tambien nuestra mesma necesidad y pobreza nos obliga á tener esta cuenta con nuestro Criador, si queremos despues de criados alcanzar nuestra mesma felicidad y perfeccion. Para lo cual es de saber que, generalmente hablando, todas las cosas que

nascen, no nascen luego con toda su perfeccion. Algo tienen, y algo les falta que despues se haya de acabar; y el cumplimiento de lo que falta ha de dar el que comienza lo obra: de manera que á la mesma causa pertenesce dar el cumplimiento del sér, que dió principio dél. Y por esto todos los efectos generalmente se vuelven á sus causas, para recebir dellas su última perfeccion. Las plantas trabajan por buscar el sol y arraigarse todo cuanto pueden en la tierra que las produjo: los peces no quieren salir fuera del agua que los engendró. El pollico que nasce, luego se pone debajo las alas de la gallina, y la sigue por doquiera que vaya; y lo mesmo hace el corderico, que luego se junta con los ijares de su madre, y entre mil madres que sean de una mesma color la reconosce, y siempre anda cosido con ella, como quien dice: Aquí me dieron lo que tengo, aquí me darán lo que me falta. Esto acaesce universalmente en las cosas naturales, y lo mesmo acaesceria en las artificiales, si tuviesen algun sentido ó movimiento. Si un pintor acabando de pintar una imágen dejase por acabar los ojos, y aquella imágen sintiese lo que le falta, ¿qué haria? ¿adónde iria? No iria cierto á casas de reyes ni príncipes, porque esos (en cuanto tales) no pueden satisfacer á su deseo, sino irse ía á la casa de su maestro, y suplicarle ía la acabase de perfeccionar. Pues, ó criatura racional, ¿qué otra causa es la tuya sino esta? No estás aun acabada de hacer. Mucho es lo que te falta para llegar al cumplimiento de tu perfeccion. Apénas está acabado el dibujo. Todo el lustre y hermosura de la obra queda por dar. Lo cual claramente muestra el apetito continuo de la mesma naturaleza, que como quien se siente necesitada, no reposa, sino siempre está piando y sospirando por mas. Quiso Dios tomarte por hambre, y que las mesmas necesidades te metiesen por sus puertas y te llevasen á él. Por eso no te quiso acabar dende el principio; por eso no te enriquesció dende luego: no por escaso, sino por amoroso: no porque fueses pobre, sino porque fueses humilde: no porque fueses necesitado, sino por tenerte siempre consigo. Pues si eres pobre, y ciego, y menesteroso, ¿por qué no te vas al padre que te crió, y al pintor que te comenzó,

para que él acabe lo que te falta? Mira como lo hacia así el profeta David[1]: Tus manos (dice él) me hicieron y me criaron : dame entendimiento para que aprenda tus mandamientos. Como si mas claramente dijera : Tus manos, Señor, hicieron todo lo que hay en mí; mas no está aun acabada esta obra : los ojos de mi ánima, entre otras partes, quedan por acabar : no tengo lumbre para saber lo que me conviene : ¿pues á quién pediré lo que me falta, sino á quien me ha dado lo que tengo? Pues dame. Señor, esta lumbre; clarifica los ojos deste ciego dende su nascimiento[2], para que con ellos te conozca y así acaba lo que comenzaste en mí.

Pues así como á este Señor pertenesce dar su última perfeccion al entendimiento, así tambien le pertenesce darla á la voluntad, y á todas las otras potencias del ánima, para que así quede acabada la obra por el mesmo que la comenzó. Este pues solo, harta sin defecto, engrandesce sin estruendo, enriquesce sin aparato, y da descanso cumplido sin la posesion de muchas cosas. Con él está la criatura pobre y contenta, rica y desnuda, sola y bienaventurada, desposeida de todas las cosas y señora de todas ellas. Por lo cual con mucha razon dijo el sabio[3], : Hay un hombre que vive rico, no teniendo nada ; y hay otro que vive como pobre teniendo muchas riquezas. Porque muy rico es el pobre que tiene á Dios, como lo era Sant Francisco ; y muy pobre á quien falta Dios, aunque sea señor del mundo. Porque ¿ qué le aprovechan al rico y poderoso todas sus riquezas, si con todo esto vive con mil maneras de cuidados y apetitos, que no puede cumplir con cuanto tiene? Y ¿ qué parte es la vestidura preciosa, y la mesa delicada, y el arca llena, para quitar la congoja que está en el ánima? En la cama blanda da el rico muchos vuelcos en la noche larga, los cuales no puede excusar su rica bolsa. Resulta pues de todo lo dicho, cuán obligados estamos todos al servicio de nuestro Señor, no solo por la deuda deste beneficio, sino tambien por lo que toca al cumplimiento de nuestra felicidad y remedio.

[1] Psalm. CXVIII.
[2] Joan. IX.
[3] Prov. XIII.

## CAPÍTULO III.

Del tercero título por que estamos obligados á Dios, que es el beneficio de la conservacion y gobernacion.

No solo está obligado el hombre á Dios por el beneficio de la creacion, sino tambien por el de la conservacion ; porque él es el que te hizo, y el que te conserva despues de hecho. De manera que tan colgado estás agora de la mano de Dios, y tan poca parte eres para vivir sin él, como lo fuiste para ser sin él. No es menor beneficio este que el pasado ; sino que aquel se hizo una vez, mas este siempre, porque siempre te está criando, pues siempre está conservando lo que crió : y no es menester menor poder ni menor amor para lo uno que para lo otro. Pues si tanto le debes porque en un punto te crió, ¿ cuánto le deberás porque en tantos te conserva ? No das un paso, que no te mueva él para eso : no abres ni cierras los ojos, que no ponga él ahí su mano. Porque si tú no crees que Dios mueve tus miembros cuando tú los mueves, no eres cristiano ; y si crees que él te hace esa merced, y con todo eso le ofendes, no acertaré á decir lo que eres. Dime agora, si estuviese un hombre en una torre altísima, y tuviese fuera de las almenas otro hombre colgado de un pequeño cordel, ¿ osaria por ventura este que así estuviese desmandarse en palabras contra aquel que lo sostiene ? Pues si tú estás colgado como de un hilico de la voluntad sola de Dios, de tal manera que si él te soltase, en un punto te volverias en nada, ¿ cómo tienes atrevimiento para provocar á ira los ojos desa tan alta Majestad que te sostiene aun en ese mesmo tiempo que le ofendes ? Porque, como dice Sant Dionisio : Es tan excelente la virtud del sumo bien, que aun cuando las criaturas le contradicen, de su inmensa virtud reciben el sér y el poder con que le contradicen. Siendo esto así, ¿ cómo osas con todos esos miembros y sentidos ofender al mesmo Señor que los conserva ? ¡ Oh rebeldía y ceguedad increible ! ¿ Quién nunca vió tal

conjuracion, que los miembros se levanten contra su cabeza, siendo cosa tan natural ponerse á morir por ella ? Dia vendrá que se deshaga este agravio, y que sean oidas á justicia las querellas de la honra divina [1]. ¿ Conjurastes contra Dios ? Justo es que conjure toda la universidad del mundo contra vosotros, y arme Dios todas sus criaturas para vengar sus injurias, y pelee toda la redondez de la tierra contra los desconoscidos ; porque justo es que los que no quisieron abrir los ojos, convidados con tanta muchedumbre de beneficios, cuando tuvieron tiempo, los vengan á abrir con la muchedumbre de los azotes, cuando no tengan remedio.

¿ Pues qué será juntar con esto toda esta mesa tan rica y tan abundosa del mundo, que crió este Señor para tu servicio ? Todo cuanto hay debajo del cielo, ó es para el hombre, ó para cosas de que se ha de servir el hombre. Porque si él no come el mosquito que vuela por el aire, cómelo el pájaro de que él se mantiene ; y si él no pace la yerba del campo, pácela el ganado de que él tiene necesidad. Tiende los ojos por todo ese mundo, y verás cuán anchos y espaciosos son los términos de tu hacienda, y cuán rica y abundosa tu heredad. Lo que anda sobre la tierra, y lo que nada en las aguas, y lo que vuela por el aire, y lo que resplandesce en el cielo tuyo es [2]. Ca todas esas cosas son beneficios de Dios, obras de su providencia, muestras de su hermosura, testimonios de su misericordia, centellas de su caridad, y predicadores de su largueza. Mira cuantos predicadores te invía Dios para que le conozcas. Todas cuantas cosas hay (dice Sant Augustin) en el cielo y en la tierra me dicen, Señor, que te ame, y no cesan de decirlo á todos, porque nadie se pueda excusar.

Si tuvieses oídos para entender las voces de las criaturas, sin duda verias como todas ellas á una te dicen que ames á Dios, porque todas ellas callando dicen que fueron criadas para tu servicio, porque tú amases y sirvieses por ti y por ellas al comun Señor. El cielo dice : yo te alumbro de dia y de noche con mis estrellas, porque no andes á escuras, y te

[1] Sap. v.
[2] Psalm. LXVIII.

invio diversas influencias para criar las cosas, porque no mueras de hambre. El aire dice : yo te doy aliento de vida y te refresco, y templo el calor de las entrañas, para que no te consuma, y tengo en mí muchas diferencias de aves, para que deleiten tus ojos con su hermosura, y tus oídos con su canto, y tu paladar con su sabor. El agua dice : yo te sirvo con las lluvias tempranas y tardías á sus tiempos, y con los rios y fuentes, para que te refresquen, y te crio infinitas diferencias de peces para que comas ; riego tus sembrados y arboledas con que te sustentes, y doite camino breve y compendioso por los mares, para que te puedas servir de todo el mundo, y juntar las riquezas ajenas con las tuyas. Pues la tierra ¿ qué dirá, que es la comun madre de todas las cosas, y como una general oficina de todas las causas naturales ? Esa pues tambien con mucha razon dirá : yo como madre te traigo á cuestas, yo te crio los mantenimientos, y te sustento con los fructos de mis entrañas ; yo tengo tratos y comunicacion con todos los elementos y con todos los cielos, y de todos recibo influencias y beneficios para tu servicio ; yo finalmente, como buena madre, ni en vida ni en muerte te desamparo ; porque en vida te traigo á cuestas y te sustento, y en la muerte te doy lugar de reposo, y te recibo en mi regazo. Finalmente todo el mundo á muy grandes voces te está diciendo : mira cuánto es lo que te amó mi Señor y Hacedor, que por ti crió á mí, y por él quiere que sirva á tí, porque tú sirvas y ames á aquel que crió á mí por ti, y á ti por sí.

Estas son, cristiano, las voces de todas las criaturas ; mira que no puede ser mayor sordedad, que estar á tales voces sordo y á tales beneficios ingrato. Si recibes el beneficio, paga la deuda del agradescimiento, porque no pases por la pena del ingrato. Ca toda criatura, segun dice un doctor [1], da estas tres voces al hombre : *Accipe*, *Redde*, *Cave. Hoc est : Accipe beneficium ; Redde debitum ; Cave* (*nisi reddideris*) *supplicium*. Que quiere decir : recibe, paga, y teme. Esto es : recibe el beneficio, paga la deuda del agradescimiento, y teme (si no la pagares) el castigo.

1 Ricardus de S. Victore.

Y para que mas aun te maravilles, mira como esta mesma teología llegó á alcanzar Epicteto, filósofo (de quien arriba hecimos mencion), el cual quiere que en todas las cosas criadas oyamos y veamos al Criador, diciendo así : cuando el cuervo da voces, y con ellas te da á entender alguna mudanza del aire, no es el cuervo el que te avisa, sino Dios. Y si por las voces y palabras humanas eres avisado de algo, ¿ no es tambien Dios el que crió ese hombre, y le dió esa facultad para poderte avisar, para que supieses que aquel divino poder usa de unos y otros medios para lo que quiere ? Porque cuando las cosas de que nos quiere avisar son grandes, estas invía él á decir por mas altos y nobles mensajeros. Y al cabo añade, diciendo : finalmente, cuando acabares de leer estos mis consejos, di entre ti mesmo : estas cosas no me las ha dicho Epicteto el filósofo, sino Dios ; porque ¿ de dónde tenia él facultad para decillas ? pues no es él, sino Dios el que me las dijo por él. Hasta aquí son palabras de Epicteto. Pues ¿ cuál cristiano no se afrentará de no llegar adonde un filósofo gentil llegó ? Gran vergüenza es por cierto que los ojos esclarescidos con lumbre de fe, no vean lo que veian los que estaban asentados en las tinieblas de la razon.

## § I

### Colige de lo dicho, cuán indigna cosa sea no servir á nuestro Señor.

Pues siendo esto así, ¿ qué linaje de desconoscimiento es andar nadando entre tantos beneficios de Dios, y no acordarse de quien los da ? Dice Sant Pablo [1] que el que hace buenas obras á su enemigo, le echa carbones de fuego sobre la cabeza, para encenderlo en su amor. Pues si todas cuantas criaturas hay en este mundo son beneficios de Dios, ¿ qué será todo este mundo, sino un fuego de tanta leña, cuantas criaturas hay en él ? Pues ¿ cuál es el corazon que andando en medio de un tan grande fuego, no solamente no se quema, mas aun no siente calor ? ¿ Cómo recibiendo á la continua tantos beneficios, no alzarás alguna vez los

[1] Rom. XII.

ojos al cielo á ver quién es ese que te hace tanto bien? Dime, ¿si andando tu camino, y asentándote al pié de una torre cansado y muerto de hambre, estuviese uno desde lo alto proveyéndote benignamente de todo lo necesario, ¿cómo te podrias contener, que no levantases alguna vez los ojos á ver quién es ese que así te provee? Pues ¿qué otra cosa hace Dios contigo dende lo alto, sino estar lloviendo siempre beneficios sobre ti? Dame una sola cosa de cuantas hay en el mundo, que no venga por especial providencia del cielo. Pues ¿cómo no levantarás alguna vez los ojos para conoscer y amar á tan liberal y tan continuo bienhechor? ¿Qué es esto, sino haber perdido ya los hombres su mesma naturaleza, y héchose mas insensibles que bestias? Gran vergüenza es decir á quién somos en esto semejantes; mas tambien es razon que oiga el hombre su merescido. Somos semejantes en esto á los animales brutos que están debajo la encina, los cuales cuando les está su dueño dende lo alto vareando la bellota, ocupados ellos en comer y gruñir unos con otros sobre la comida, no miran á quién se la da, ni saben qué cosa es levantar los ojos para ver por cuya mano se les hace este beneficio. ¡Oh bestial ingratitud de los hijos de Adam, que teniendo demás de la razon la figura de vuestro cuerpo derecha, y los mesmos ojos enderezados al cielo, no queréis que los del ánima tiren tras ellos para ver á quien os hace tanto bien!

Y aun pluguiese á Dios que no nos hiciesen ventaja las bestias en esta parte. Porque es tan general la ley del agradescimiento, y es Dios en tanta manera amigo dél, que aun en las mesmas fieras imprimió esta tan noble inclinacion, como paresce por muchos ejemplos que hallamos escriptos en esta materia. Porque ¿qué cosa mas fiera que el leon? Pues deste escribe Apion, autor griego, que porque un hombre que estaba escondido en una cueva le sacó una espina que traia hincada en un pié, el leon partia con él cada dia la carne que cazaba; y despues de muchos dias, siendo este hombre por sus maleficios echado á este mesmo leon en la plaza de Roma, el leon se puso á mirarlo, y le reconosció, y se llegó á él amorosamente, haciéndole los mesmos halagos

que hace un perro á su señor cuando viene de fuera. Y despues desto se andaba tras él, sin hacer mal á nadie, por las calles de Roma. De otro leon tambien leemos que por el mesmo beneficio que habia recebido de un hombre que desembarcó en África, el leon le traia cada dia de la carne que cazaba, con que él y sus compañeros se mantenian, hasta que se tornaron á embarcar. Y no es de menor admiracion lo que se escribe de otro leon, que estando peleando con una sierpe (la cual lo tenia muy apretado y puesto en peligro de muerte), un caballero que por aquel lugar andaba monteando, socorrió al leon, matando la sierpe : por el cual beneficio el leon lo siguió siempre, y andando á caza le servia de lebrel ; y embarcándose una vez el caballero, dejando el leon en tierra, él se echó á nado empos de su bienhechor, y sin poder ser socorrido se ahogó. Pues ¿ qué diré de la lealtad y agradescimiento de los caballos ? Plinio [1] escribe de algunos, que despues de muertos sus señores sintieron tanto sus muertes, que vinieron á derramar lágrimas por ellos ; y de otros dice que se dejaron morir de hambre por esta causa : y de otros, que tomaron venganza de los matadores de sus señores despeñándolos ó despedazándolos á bocados. Pues ¿ qué diré del agradescimiento de los perros, de quien el mesmo autor cuenta cosas extrañas ? De un perro escribe [2] que muerto su señor por unos ladrones, despues de haber por él peleado fuertemente contra ellos, se juntó con el cuerpo muerto, guardándolo y ojeando las aves y las bestias porque no lo comiesen. De otro escribe que viendo muerto á Jason Lucio su señor, nunca mas quiso comer, y así se dejó morir de hambre. Y en su tiempo escribe haber acaescido en Roma otra cosa mas memorable : porque habiendo sido condenado un hombre á muerte, un perro que tenia, ni en la cárcel se apartó jamás dél, ni despues de muerto le desamparó, ántes se estaba siempre á par dél dando tristes aullidos : y (lo que mas es) arrojándole un pedazo de pan, lo tomó en la boca,

[1] Lib. VIII, c. 40.
[2] Ibid.

y lo llevó á la de su señor, y echado el cuerpo en el Tibre, el perro se arrojó tras él, y se ponia debajo dél para sustentarlo, porque no se fuese á fondo. ¿Qué cosa mas admirable, ni de mayor agradescimiento que esta? Pues si las bestias que no tienen razon, sino una sola centella de instincto natural con que reconoscen el beneficio, así lo agradescen, y así lo sirven, y acompañan á sus bienhechores, el hombre que tiene tanta mayor lumbre para conoscer el bien que recibe, ¿cómo vive tan olvidado de quien tanto bien le hace? ¿Cómo se deja vencer de las bestias en ley de humanidad, de lealtad y de agradescimiento? Especialmente siendo tanto mas lo que el hombre recibe de Dios, que cuanto pueden recebir las bestias de los hombres, y siendo tanto mas excelente la persona que lo da, y el amor con que lo da, y la intencion con que lo da, que no es por interese, sino por sola gracia y amor. Cosa es esta cierto de grande admiracion, y que manifiestamente declara haber demonios que cieguen á nuestros entendimientos y endurezcan nuestras voluntades, y estraguen nuestras memorias para no acordarse de tal bienhechor.

Y si tan grande mal es olvidarse de este Señor, ¿cuánto mayor será ofenderle, y ofenderle con sus mesmos beneficios? El primer grado de ingratitud, dice Séneca, que es no responder al bienhechor con beneficios; el segundo olvidarlos de corazon; el tercero es hacer mal á quien te hizo bien, y este paresce el mayor. Pues ¿qué será hacer mal y ofender al bienhechor con los mesmos bienes que él te dió? No sé si ha habido hombre en el mundo que haya hecho con otro hombre lo que los hombres hacen con Dios. ¿Qué hombre habria (por inhumano que fuese) que acabando de recebir de un príncipe grandes mercedes, fuese luego á emplear todas aquellas mercedes en hacer gente contra él? Y tú, malaventurado, con esos mesmos bienes que Dios te dió, nunca cesas de hacer guerra contra él. Pues ¿qué cosa mas abominable[1]? ¿Cuál seria la traicion de una mujer casada, si las joyas que su marido le inviase para honrarla y provocarla mas

1 Ezech. XVI.

á su amor, las diese ella á un adúltero para ganarle la voluntad y tener mas segura su aficion? Si alguna cosa fea se pudiese en el mundo pintar, esta paresce que lo seria, y aquí la injuria no es mas que de hombre á hombre, que es de un igual á otro igual. Pues ¿cuánto mayor mal es, cuando esta mesma injuria se hace contra Dios? Pues ¿qué otra cosa hacen los hombres, cuando las fuerzas, y la salud, y los bienes que Dios les dió emplean en malas obras? Con las fuerzas se hacen mas soberbios, con la hermosura mas vanos, con la salud mas olvidados de Dios, con la hacienda mas poderosos para tragarse los flacos y competir con los mayores, y para regalar su carne, y comprar la castidad de la inocente doncella, y hacer que ella venda como otro Judas [1] el precio de la sangre de Cristo, y ellos la compren por dinero, como hicieron los judíos. Pues ¿qué diré del abuso de todos los otros beneficios? De la mar se sirven para sus gulas, de la hermosura de las criaturas para sus lujurias, de los fructos y bienes de la tierra para sus avaricias, de las habilidades y gracias naturales para sus soberbias. Con las prosperidades se enloquescen, con las adversidades desmayan. De la noche se sirven para encubrir sus hurtos, y del dia para tender sus redes, como se escribe en Job [2]. Finalmente todo lo que Dios crió en este mundo para gloria suya, han ellos ofrescido á los antojos de su locura.

Pues ¿qué diré de sus aguas de olores, de sus perfumes, de sus vestidos, de sus labrados, de sus potajes y diferencias de guisados, de que están por nuestros pecados, no solamente escriptos, sino tambien impresos libros? Tanto ha crescido la desvergüenza y el regalo. De todas estas cosas tan preciosas, por quien habian de dar á Dios alabanzas, usan para cebo de sus lujurias; pervertiendo todas las criaturas de Dios, y haciendo instrumentos de vanidad lo que habia de ser instrumentos de virtud. Finalmente, todas las cosas del mundo tienen dedicadas para regalo de su carne, y ninguna para el prójimo, por Dios tan encomendado. Para solo este son pobres, para solo

[1] Matth. XXVI.
[2] Job, XXIV.

este se les acuerda que tienen deudas, para todo lo demás ni deben ni les falta.

No aguardes pues, hermano, á que á la hora de la muerte se te haga este cargo tan peligroso, que cuanto es mayor, tanto será mas estrecha la cuenta que se te pidiere. Linaje de juicio es dar mucho á quien lo agradesce poco; y señal de reprobacion es darlo á quien siempre usa mal dello. Tengamos por último linaje de afrenta que las bestias nos hagan ventaja en esta virtud; pues ellas son agradescidas á sus bienhechores, y nosotros no. Porque si los varones de Nínive [1] se levantaran en juicio, y condenaran á los judíos porque no hicieron penitencia con la predicacion de Cristo, miremos no nos condene este mesmo Señor con ejemplo de las bestias; pues ellas amaron á sus bienhechores y nosotros no.

## CAPÍTULO IV

Del cuarto título por donde estamos obligados á la virtud, que es el beneficio inestimable de nuestra redempcion.

Vengamos al beneficio inestimable de nuestra redempcion. Para hablar deste misterio, verdaderamente yo me hallo tan indigno, tan corto, y tan atajado, que ni sé por do comience, ni dónde acabe, ni qué deje, ni qué tome para decir. Si no tuviera la torpeza del hombre necesidad destos estímulos para bien vivir, mejor fuera adorar en silencio la alteza deste misterio, que borrallo con la rudeza de nuestra lengua. Cuentan de un famoso pintor, que habiendo pintado en una tabla la muerte de una doncella hija de un rey, y debujado en torno della los deudos con rostros en gran manera tristes, y á la madre mucho mas triste, cuando vino á querer debujar el rostro del padre, cubriólo de industria con una sombra: para dar á entender que allí ya faltaba el arte para exprimir cosa de tan gran dolor. Pues si todo lo que sabemos no basta para

[1] Matth. XII.

explicar solo el beneficio de la creacion, ¿qué elocuencia bastará para engrandescer el de la redempcion? Con una simple muestra de su voluntad crió Dios todas las cosas del mundo, y quedáronle las arcas llenas, y el brazo sano acabándolo de criar; mas para haberlo de redemir, sudó treinta y tres años y derramó toda su sangre, y no quedó en él miembro ni sentido que no padesciese su dolor. Menoscabo parece de tan grandes misterios ser con lengua de carne manifestados. Pues ¿qué haré? ¿Callaré, ó hablaré? Ni debo callar, ni puedo hablar. ¿Cómo callaré tan grandes misericordias? y cómo hablaré misterios tan inefables? Callar es desagradescimiento, y hablar parece temeridad. Por esto suplico yo agora, Dios mio, á vuestra infinita piedad, que entretanto que yo estuviera apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber mas, deseando engrandecella y declaralla, estén allá en el cielo glorificándoos los que os saben alabar, y ellos compongan lo que yo descompongo, y doren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber.

Despues de criado el hombre, y puesto por mano de Dios en aquel lugar de deleites en tan grande dignidad y gloria[1], estando tan obligado al servicio de su Criador cuanto mas dél habia recebido, alzóse con todo, y de donde habia de tomar mayores motivos para mas amarle, de ahí los tomó para hacerle traicion. Por esta causa fué lanzado del paraíso en el destierro deste mundo, y sobre esto condenado á las penas del infierno; para que, pues habia sido compañero del demonio en la culpa, tambien lo fuese en la sentencia. Dijo el profeta á su criado Giezi, despues que tomó los dones de Naaman leproso[2]: ¿Tomaste la hacienda de Naaman? Pues la lepra de Naaman se pegará á ti, y á todos tus descendientes eternalmente. Este fué el juicio de Dios contra el hombre: que pues él quiso la riqueza de Lucifer, que fué la culpa de su soberbia tambien se le pegase la lepra de Lucifer, que fué la pena della. Pues cata aquí al hombre comparado con el demonio, imitador de su culpa y compañero de su pena.

[1] Genes. II, III.
[2] IV Reg. V.

Estando pues el hombre tan caido en los ojos de Dios, y en tanta desgracia suya, tuvo por bien aquel Señor (no ménos grande en la misericordia que en la majestad) de mirar, no á la injuria de su bondad soberana, sino á la desventura de nuestra miseria : y teniendo mas lástima de nuestra culpa, que ira por su deshonra, determinó remediar al hombre por medio de su Unigénito Hijo, y reconciliarle consigo. Mas ¿cómo le reconcilió? ¿Cómo lo podrá eso hablar lengua mortal? Hizo tan grandes amistades entre Dios y el hombre, que vino á acabar, no solo que Dios perdonase al hombre, y le restituyese en su gracia, y se hiciese una cosa con él por amor, sino (lo que excede todo encarescimiento), llegó á hacerle tan una cosa consigo, que en todo lo que tiene criado no hay cosa mas una que son ya los dos; porque no solamente son uno en amor y gracia, sino tambien en persona. ¿Quién nunca jamás pensara que así se habia de soldar esta quiebra? ¿Quién imaginara que estas dos cosas, entre quien la naturaleza y la culpa habian puesto tan grande distancia, habian de venir á juntarse, no en una casa, ni en una mesa, ni en una gracia, sino en una persona? ¿Qué cosa mas distante que Dios y el pecador? ¿Qué cosa agora mas junta que Dios y el hombre? Ninguna cosa hay, dice Sant Bernardo[1], mas alta que Dios, y ninguna mas baja que el cieno de que el hombre fué formado. Mas con tanta humilidad descendió Dios al cieno, y con tanta dignidad subió el cieno á Dios, que todo lo que hizo Dios, se diga que lo hizo el cieno; y todo lo que sufrió el cieno, se diga que lo padesció Dios.

¿Quién dijera al hombre cuando tan desnudo y tan enemistado se sintió con Dios, que andaba buscando los rincones del paraíso terrenal para esconderse, que tiempo vendria en que se juntase aquella tan baja substancia en una persona con él? Fué tan estrecha esta junta y tan fiel, que cuando hubo de quebrar, que fué al tiempo de la pasion, ántes quebró que despegó; porque no faltó por la juntura, sino por lo sano : ca pudo la muerte apartar el ánima del cuerpo, que era junta de naturaleza; mas no pudo apartar á Dios,

[1] Vit. Ber. super Cantica, hom. LIX, et hom. LXIV.

ni del ánima, ni del cuerpo, que era junta de la persona divina; porque lo que una vez por nuestro amor tomó, nunca jamás lo dejó.

Estas son las paces, y este el remedio que nos vino por manos de nuestro Salvador y medianero. Y aunque le seamos tan deudores por este remedio cuanto ninguna lengua criada puede explicar, no ménos lo somos por la manera del remediarnos, que por el mesmo remedio. Mucho os debo, Dios mio, porque me librastes del infierno, y me reconciliastes con vos, mas mucho mas os debo por la manera en que me librastes, que por la libertad que me distes. Todas vuestras obras en todo son maravillosas, y cuando le parece al hombre que no le queda espíritu para mirar sola una, deshácese esta maravilla cuando alza los ojos y mira otra. No es deshnora, Señor, de vuestras grandezas que se deshagan las unas con las otras, sino muestra de vuestra gloria.

Pues ¿ qué medio tomastes, Señor, para remediarme? Infinitos medios habia con que pudiérades darme cumplida salud sin trabajo, y sin costa vuestra; pero fué tan grande y tan espantosa vuestra largueza, que por mostrarme mas claro la grandeza de vuestra bondad y amor, quisiste remediarme con tan grandes dolores, que solo pensarlos bastó para haceros sudar sangre [1], y el padecerlos, para hacer despedazar á las piedras de dolor. Alábenos, Señor, los cielos, y los ángelas prediquen siempre vuestras maravillas. ¿ Qué necesidad teníades vos de nuestros bienes ? ¿ ni qué perjuicio os venia de nuestros males ? Si pecares, dice Job [2], ¿ qué mal le harás ? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿ en qué le dañarás ? Y si bien hicieres, ¿ qué le darás ? ¿ ó qué podrá él recebir de tus manos ? Pues aquel Dios tan rico y tan exempto de males, aquel cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduría ni puede crescer, ni ser mas de lo que es; aquel que ni ántes de la creacion del mundo, ni agora despues de criado, es mayor ni menor de lo que

1 Luc XXII; Matth. XXVII.
2 Job. XXXV.

era : ni porque todos los ángeles y hombres se salven y le alaben, es en sí mas honrado : ni porque todos se condenen y le blasfemen, ménos glorioso. Este tan gran Señor, no por necesidad, sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien de inclinar los cielos de su grandeza [1], y descender á este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas nuestras deudas, y padescer por ellas los mayores tormentos que jamás se padescieron ni padescerán. Por mí, Señor, naciste en un establo [2], por mí fuiste reclinado en un pesebre, por mí circuncidado al octavo dia, por mí desterrado en Egipto; y por mí finalmente perseguido y maltratado con infinitas maneras de injurias [3]. Por mí ayunaste, velaste, caminaste, sudaste, lloraste, y probaste por experiencia todos los males que habia merescido mi culpa, no siendo tú el culpado, sino el ofendido [4]. Por mí finalmente fuiste preso, desamparado, vendido, negado, presentado ante unos y otros tribunales y jueces; y ante ellos acusado, abofeteado, infamado, escupido, escarnescido, azotado, blasfemado, muerto y sepultado [5]. Finalmente remediástesme muriendo en una cruz, y acabando la vida en presencia de vuestra santísima Madre [6], con tan grande pobreza que no tuvistes una sola gota de agua en la hora de vuestra muerte [7]; y con tan gran desamparo de todas las cosas, que de vuestro mesmo Padre fuistes desamparado. Pues ¿ qué cosa de mayor espanto que venir un Dios de tan grande majestad á acabar así la vida en un madero con título de malhechor ?

Cuando un hombre, por bajo que sea, viene por su culpa á parar en este lugar, si por caso le conoscias ántes, y te llegas á él de cara para mejor verle, apénas acabas de maravillarte, considerando á cuán baja suerte le trajo su mi-

1 Ephes. II ; Colos. II ; Rom. V.
2 Luc. II.
3 Matth. II.
4 Marc. I.
5 Matth. XXVI, XXVII.
6 Joan. XIX.
7 Psalm. XXI; LXVIII ; Matth. XXVII.

seria, que así viniese á acabar. Pues si es cosa de admiracion ver un hombre bajo en tal lugar, ¿ qué será ver en el mesmo al Señor de todo lo criado ? ¿ qué será ver á Dios en tal lugar, que para un malhechor es abatido ? Y si cuando la persona justiciada es mas alta y mas conoscida, tanto mayor espanto nos pone su caída, vosotros, ángeles bienaventurados, que tan bien conoscéis la alteza deste Señor, ¿ qué sentistes, cuando allí lo vistes ? Mirando se están uno á otro los querubines, que mandó Dios poner á los dos lados del arca del Testamento [1], vueltos los rostros al propiciatorio, con semblante de maravillados, para dar á entender cuán espantados están aquellos espíritus soberanos, considerando esta obra de tanta piedad, que es mirando á Dios hecho propiciatorio del mundo en aquel sancto madero. Como atónita queda la mesma naturaleza, suspensas están todas las criaturas, espántanse los principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad como por aquí conoscen en Dios. Pues ¿ quién no cae debajo de la ola de tan grandes maravillas ? ¿ Quién no se ahoga en este piélago de tanta piedad ? ¿ Quién no sale fuera de sí, como hizo Moysen en el monte, cuando mostrándole Dios la figura deste misterio, daba voces y decia [2] : Misericordioso, piadoso, sufridor, Dios de gran misericordia : sin saber decir otra cosa mas que proclamar á gritos aquella gran miseri cordia que Dios allí le habia representado ? ¿ Quién no cubre aquí sus ojos como Elías [3] cuando ve pasar á Dios ; no con pasos de majestad, sino de humildad ; no transtornando los montes, y quebrantando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos, y haciendo despedazar á las piedras de compasion ? Pues ¿ quién no cerrará aquí los ojos de su entendimiento, y abrirá los senos de su voluntad, para que ella sienta la grandeza deste amor y beneficio, y ame cuanto pudiere, sin tasa y sin medida ? ¡ Oh alteza de caridad ! ¡ Oh bajeza de humildad !

[1] Exod. xxv.
[2] Exod. xxxiv.
[3] III Reg. xix.

¡ Oh grandeza de misericordia ! ¡ Oh abismo de incomprehensible bondad !

Pues si tanto, Señor, os debo porque me redemistes, ¿ cuánto os deberé por esta manera de remedio ? Redemístesme con inestimables dolores y deshonras, y con venir á ser oprobrio de los hombres, y desecho del mundo [1] : con estas deshonras me honrastes, con estas acusaciones me defendistes, con esta sangre me lavastes, con esta muerte me resuscitastes, y con esas lágrimas vuestras me librastes de aquel perpetuo llanto y crujir de dientes. ¡ Oh buen padre que así amáis á vuestros hijos ! ¡ Oh buen pastor que así os dais en pasto y mantenimiento á vuestro ganado ! ¡ Oh fiel guardador que así os entregáis á la muerte por los que os encargastes de guardar ! Pues ¿ con qué dádivas responderé á esta dádiva? ¿ Con qué lágrimas á esas lágrimas ? ¿ Con qué vida pagaré esa vida ? ¿ Qué va de vida de hombre á vida de Dios, y de lágrimas de criatura á lágrimas de Criador ?

Y si por ventura te paresce, hombre, que no le debes tanto porque no padesció por ti solo, sino tambien por todos los otros, no te engañes : porque realmente de tal manera padesció por todos, que tambien padesció por cada uno. Porque con su sabiduría infinita él tuvo todos aquellos por quien padesció tan presentes ante sus ojos, como si fueran uno solo, y con su caridad inmensa abrazó á todos y á cada uno, y derramó su sangre por él como por todos. Finalmente tan grande fué su caridad, que (como dicen los sanctos) si uno solo entre todos los hombres fuera culpado, por él solo padesciera lo que padesciera por todos. Mira pues agora cuánto debes á este Señor, que tanto hizo por ti ; y que tanto mas hiciera de lo que hizo, si te fuera necesario.

§ I

Colige de lo dicho cuán gran mal sea ofender á nuestro Señor.

Pues díganme agora todas las criaturas si puede ser be-

[1] Psalm. XXI.

neficio mayor, ni obligacion mayor, ni gracia mayor. Digan todos los coros de los ángeles, si ha hecho Dios otro tanto por ellos. Pues ¿ quién no se ofrescerá del todo al servicio de tal Señor ? Tres veces (dice Sant Anselmo) te debo, Señor, todo lo que soy : porque me criaste, te debo todo lo que hay en mí ; y porque despues me redemiste, te debo aun con mas justo título la mesma deuda ; y porque despues de todo esto te me prometes en galardon, tambien me debo todo. Pues ¿ cómo no me entregaré yo una vez á quien por tantos títulos me debo ? ¡ Oh ingratitud y dureza de corazon humano, si con tales beneficios no se vence ! No hay cosa tan dura que por algun artificio no se pueda ablandar. Los metales se regalan con el fuego, el hierro se ablanda en la fragua, la dureza del diamante se doma y labra con sangre de animales. Mas ¡ oh corazon mas que de piedra, mas que de hierro, mas que de diamante, á quién ni ablanda el fuego del infierno, ni el regalo de padre tan piadoso, ni la sangre del Cordero sin mancilla, derramada por ti !

Pues habiendo vos, Señor, descubierto á los hombres tal bondad y misericordia, ¿ es cosa tolerable que haya quien no os ame ? que haya quien deste beneficio se olvide ? que haya quien con todo esto os ofenda ? ¿ Á quién ama quien á vos no ama ? ¿ Qué beneficios agradesce quien los vuestros no agradesce ? ¿ Cómo no serviré yo á quien así me amó, así me buscó, así me remedió ? Si yo, dice el Salvador[1], fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré á mi. ¿ Con qué fuerzas ? ¿ con qué cadenas ? Con fuerzas de amor, y con cadenas de beneficios. Con las cuerdas de Adan lo traeré á mí, dice el Señor[2], y con ataduras de amor. Pues ¿ quién no será llevado por estas cuerdas ? ¿ Quién no se dejará prender destas cadenas ? ¿ Quién no será vencido con tales beneficios ?

Y si tan grande culpa es no amar este Señor, ¿ qué será ofenderle y quebrar sus mandamientos ? ¿ Cómo puedes tener manos para ofender aquellas manos que tan liberales

[1] Joan. XII.
[2] Osee, XI.

fuéron para contigo, hasta ponerse en una cruz? Cuando aquella mala mujer solicitaba al sancto patriarca Josef para que hiciese traicion á su señor, defendióse el sancto mozo con estas palabras [1]: Mira que todas cuantas cosas tiene mi señor, ha puesto en mis manos, sacando á ti sola, que eres su mujer: pues ¿cómo podré yo cometer tan gran maldad contra él, y pecar contra Dios? Como si dijera: Si mi señor ha sido tan bueno y tan largo para conmigo, si todo cuanto tiene ha puesto en mis manos, si así me ha honrado y fiado de mí todas las cosas, ¿cómo podré yo (estando preso con tantas cadenas de beneficios) tener manos para ofender á tan buen Señor? Y es de notar que no se contentó con decir: no debo, ó no es razon ofenderle; sino, ¿cómo podré ofenderle? Dando á entender que la grandeza de los beneficios, no solo debe quitar la voluntad, sino tambien en su manera las fuerzas, y la facultad para ofender al bienhechor. Pues si esta manera de agradescimiento merescian aquellos beneficios, ¿qué merescerán los de Dios? Aquel hombre puso en las manos de Josef cuanto tenia: Dios ha puesto en tus manos cuasi todo cuanto tiene. Mira pues cuánto es mas lo que Dios tiene, que lo que aquel tenia; porque tanto mas es lo que tú tienes recebido, que lo que aquel recibió. Si no, dime, ¿qué hacienda tiene Dios que no la haya puesto en tus manos? El cielo, la tierra, el sol, la luna, las estrellas, los rios, los mares, las aves, los peces, los árboles, los animales, y finalmente, todo cuanto hay debajo del cielo, en tus manos está puesto [2]. Y no solo cuanto hay debajo del cielo, sino tambien cuanto hay sobre el cielo: que es la gloria de allá, y las riquezas y bienes de allá. Todas las cosas, dice el apóstol [3], son vuestras: sea Paulo, sea Apolo, sea Pedro, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo venidero: todo es vuestro: porque todo ayuda á vuestra salvacion. Y no solo lo que está sobre los cielos, sino tambien el mesmo Señor de los cielos se nos ha dado en mil maneras, en padre, en tutor, en salvador, en maestro, en

[1] Gen. XXXIX.
[2] Psalm. VIII.
[3] I Cor. III.

médico, en precio, en ejemplo, en mantenimiento, en remedio, y en galardon. Finalmente, el Padre nos dió á su Hijo, nos meresció al Espíritu Sancto, y el Espíritu Sancto nos hace merescer al mesmo Padre, é Hijo de quien manan todos los bienes.

Pues si es verdad que cuanto Dios tiene lo ha puesto en tus manos, ¿cómo tienes tú manos para ofender tan larguísimo y piadosísimo bienhechor? Extremo mal paresce no agradescer tan grandes bienes: pues ¿qué será añadir al desagradescimiento, menosprecio y ofensas del bienhechor? Si aquel mancebo se hallaba tan captivo[1] y tan impotente para ofender á quien le habia puesto en las manos toda su casa: ¿cómo tienes tú fuerzas para ofender á quien el cielo y la tierra y á sí mesmo puso en tus manos? ¡Oh mas ingrato que los brutos animales, mas fiero que las fieras, y mas insensible que todas las cosas insensibles, si no sientes este mal! Porque, ¿qué fiera, qué leon, qué tigre se desmandó en hacer mal á quien bien le hace? De un perro escribe Sant Ambrosio[2] que estuvo toda una noche llorando y aullando á su señor, porque se lo habia muerto un su contrario; y como otro dia por la mañana se llegase mucha gente á ver el muerto, y tambien entre ellos el matador, arremetió luego contra él, y á bocados y ladridos dió á entender la culpa secreta del malhechor. Pues si los perros por un pedazo de pan, tal amor y fe tienen con sus señores, ¿cómo serás tú tan ingrato, que en ley de agradescimiento y humanidad te dejes vencer de un perro? Y si aquel animal tanto se indignaba contra quien le mató á su señor, ¿cómo no te indignarás tú contra los que mataron al tuyo? Y ¿quién son (si piensas) los que le mataron sino tus pecados? Estos fueron los que le prendieron, estos los que le ataron, azotaron y pusieron en cruz: tus pecados digo fueron la causa. Porque no fueran los verdugos poderosos para esto, si tus pecados no lo fueran. Pues ¿por qué no te embravecerás contra estos tan crueles homicidas que quitaron la vida á tu Señor? ¿Por qué vién-

[1] Gen. XXXIX.
[2] Idem dicit Plin., lib. VIII, c. 4.

dole muerto ante ti, y por ti, no crescerá mas en ti el amor para con él, y el aborrescimiento contra el pecado que le mató?

Especialmente sabiendo que todo lo que él en este mundo hizo, dijo y padesció, fué por causar en nuestros corazones aborrescimiento dél. Por matar el pecado murió: y por echarle clavos en piés y manos se dejó él enclavar en los suyos. Pues ¿por qué quieres tú hacer para ti vanos todos los trabajos y sudores de Cristo, pues te quieres quedar en aquella mesma servidumbre de que él con su sangre te libró? ¿Cómo no temblarás de solo el nombre del pecado, pues ves á Dios hacer tan extrañas cosas para destruirlo? ¿Qué mas habia que hacer para retraer á los hombres de pecar, que ponérseles el mesmo Dios delante atravesado en un madero? ¿Quién osaria ofender á Dios, si viese el paraíso y el infierno abierto delante de sí? Pues sin duda mayor cosa es ver á Dios puesto en la cruz, que todo esto. Por donde á quien no mueve esta hazaña tan grande, no sé qué otra cosa le puede mover.

## CAPÍTULO V

### Del quinto título por do estamos obligados á la virtud, que es el beneficio de nuestra justificacion.

Mas ¿qué nos aprovechara el beneficio de la redempcion si no se siguiera el de la justificacion, mediante la cual se nos aplica la virtud deste soberano beneficio? Porque así como no aprovechan las medicinas cuando no se aplican á las dolencias; así no aprovechara esta celestial medicina, si por medio deste beneficio no se nos aplicara. El cual oficio señaladamente pertenesce al Espíritu Sancto, á quien se atribuye la sanctificacion del hombre; porque él es el que previene al pecador con su misericordia, y prevenido le llama, y llamado le justifica, y justificado le guia derechamente por las sendas de la justicia; y así le lleva hasta el cabo con el don de la

perseverancia, y despues le da la corona de la gloria: porque todos estos beneficios comprehende este tan grande beneficio.

§

Entre los cuales el primero es el de la vocacion y justificacion: que es cuando por virtud deste Espíritu divino, quebradas las cadenas y lazos de nuestros pecados, sale el hombre de la tiranía y subjeccion del demonio, y resuscita de muerte á vida, y de pecador se hace justo, y de hijo de maldicion hijo de Dios. Lo cual en ninguna manera se puede hacer sin especial socorro y favor divino, como claramente lo testificó el Salvador, diciendo[1]: Nadie puede venir á mí, si mi Padre no le trae. Dando á entender que ni el libre albedrío del hombre, ni todo el caudal de la naturaleza humana basta por sí solo para levantar un hombre del pecado á la gracia, si no entreviniere aquí el brazo de la potencia divina. Sobre las cuales palabras dice Sancto Tomás, que así como la piedra de su propria naturaleza se mueve á lo bajo, y no puede subir por sí á lo alto, si no hay alguna cosa de fuera que la levante, así tambien el hombre por la corrupcion del pecado (cuanto es de su cosecha) siempre tira para bajo, que es al amor y deseo de las cosas terrenas: mas si se ha de levantar á lo alto, que es el amor y deseo sobrenatural de las cosas del cielo, es necesaria la mano y socorro del cielo. La cual sentencia es mucho para notar, y aun para llorar; para que por ella conozca el hombre á sí mesmo, y entienda la corrupcion de su naturaleza, y la necesidad que tiene de pedir continuamente el socorro y favor divino.

Pues tornando al propósito: por esta causa no puede por si el hombre levantarse del pecado á la gracia, si la omnipotente mano de Dios no le levanta. Mas ¿quién podrá explicar cuántos beneficios encierra en sí este beneficio? Porque como sea verdad que por este medio es desterrado el pecado del ánima, y el pecado cause innumerables males en ella, ¿qué tan

[1] Joan. vi.

grande será aquel bien que todos estos males echa fuera? Y porque la consideracion deste beneficio incita mucho al agradescimiento dél y al deseo de la virtud, declararé aquí en pocas palabras los grandes bienes que trae consigo este bien.

Porque primeramente por él es el hombre reconciliado con Dios, y restituido en su amistad. Porque el primero y el mayor de todos los males que el pecado mortal hace en un ánima, es hacer á Dios enemigo della: el cual como sea infinita bondad, conforme á esto tiene el aborrescimiento á la maldad. Y así dice el profeta[1]: Aborresciste á todos los que obran maldad, y destruirás á los que hablan mentira; y al varon derramador de sangre y engañoso abominarlo ha el Señor. Este es el mayor de todos los males del mundo, y el causador de todos ellos; así como por el contrario el amarnos Dios es el mayor de todos los bienes, y la causa dellos. Pues deste mal tan grande somos librados por el beneficio de la justificacion, por el cual somos reconciliados con Dios, y de enemigos hechos amigos; y no en cualquier grado de amistad, sino en uno de los mayores que puede haber, que es amor de padre á hijos. Lo cual con mucha razon encaresce el amado evangelista Sant Juan, diciendo[2]: Mirad que tan grande es el amor que Dios nos tiene, pues nos levantó á tanta honra, que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos. No se contentó con decir que nos llamásemos, sino añadió tambien que lo fuésemos, para que clara y distinctamente conosciese la bajeza y desconfianza humana la largueza de la gracia divina, y que no solo era esta honra de nombre y de título, sino tambien de obras y de hecho. Pues si tan grande mal es estar en odio de Dios, ¿qué tan grande bien será estar en gracia con Dios? pues como dicen los filósofos, tanto una cosa es mas buena, cuanto mas mala es su contraria: por donde aquella será sumamente buena, que contradice á la sumamente mala, cual es el ser el hombre aborrescido de Dios. Y si acá en el mundo se tiene en tanto estar en gracia el hombre con su señor, con su padre, con su príncipe, con su pre-

[1] Psalm. v.
[2] Joan. III.

lado, y con su rey, qué será estar en gracia con aquel sumo príncipe, y soberano padre, y altísimo señor, con quien comparadas todas las dignidades y principados de la tierra, así son como si no fuesen? La cual gracia tanto es mayor, cuanto mas graciosamente se da: pues es cierto que así como ántes del beneficio de la creacion no pudo el hombre hacer cosa por donde meresciese el sér (pues entónces no era), así despues de caido en pecado, no pudo hacer cosa merescedora deste tan grande bien: no porque no era, sino porque era malo y desagradable á Dios.

Otro beneficio es despues deste, librar al hombre de la condenacion de las penas eternas, á que por el pecado estaba obligado. Porque así como el pecado hace al hombre aborrescible á Dios (segun dijimos), y nadie pueda ser aborrescido dél sin grandísimo daño suyo, de aquí es que porque los malos pecando se apartan de Dios y le desprecian, merescen por esto ser ellos despreciados y desechados de la vista, y de la compañía, y de la casa hermosísima de Dios. Y porque apartándose de Dios, amaron desordenadamente las criaturas, es justo sean atormentados por todas ellas, y condenados á penas eternas, con las cuales comparadas todas las desta vida, mas parescen pintadas que verdaderas. Y con estos males se juntará aquel gusano inmortal [1] que siempre roerá y despedazará las entrañas y consciencias de los malos. Pues ¿qué diré de la compañía de todos aquellos perversos espíritus, y de todos los condenados, y de aquella tristísima y escurísima region llena de tinieblas y confusion [2], donde ningun órden hay, ninguna alegría, ningun reposo, ninguna paz, ningun descanso, ninguna satisfaccion, ninguna esperanza, sino eterno llanto, eterno crujir de dientes, eterna rabia, y eternas blasfemias y maldiciones? Pues de todos estos males tan grandes libra Dios á los que justifica, los cuales despues de reconciliados con él, y admitidos á su gracia, están libres desta ira, y del castigo desta venganza.

Otro beneficio mas espiritual es la renovacion y reforma-

[1] Isai. LXVI; Marc. IX; Eccles. VII.
[2] Job, X.

cion del hombre interior, que por el pecado quedó estragado y deformado. Porque el pecado primeramente despoja al ánima, no solamente de Dios, sino tambien de todas las fuerzas sobrenaturales, y de todas las riquezas y dones del Espíritu Sancto, con los cuales estaba ella hermoseada, armada y enríquescida; y siendo privada destos bienes de gracia, es luego herida y lisiada en las habilidades y dotes de naturaleza. Porque como el hombre sea criatura racional, y el pecado sea obra contra razon, y sea cosa tan natural destruir un contrario á otro contrario, de aquí es que cuanto mas se multiplican los pecados, tanto mas se estragan las potencias del ánima, no en sí mesmas, sino en las habilidades que tienen para obrar. Y así los pecados hacen al ánima miserable [1], enferma, tardía, é instable para todo lo bueno, é inclinada á todo lo malo; flaca para resistir á las tentaciones, y pesada para andar por el camino de los mandamientos divinos. Prívanla tambien de la verdadera libertad y señorío del espíritu, y hácenla captiva del demonio, del mundo, y de la carne, y de sus proprios apetitos; y así vive en un muy mas duro y miserable captiverio que fué el de Babilonia y de Egipto [2]. Y juntamente con esto entorpescen y hacen botos todos los sentidos espirituales de las ánimas, de tal manera que ni oyen las voces é inspiraciones de Dios, ni ven los grandes males que les están aparejados, ni perciben el olor suavísimo de las virtudes y ejemplos de los sanctos, ni gustan cuán suave es el Señor, ni sienten los azotes ni los beneficios con que son provocados á su amor; y sobre todo esto, quitan la paz y alegría de la consciencia, apagan el fervor del espíritu y dejan ál hombre sucio, feo y abominable en el acatamiento de Dios y de sus sanctos.

Pues de todos estos males nos libra este beneficio; porque no se contenta aquel abismo de misericordia con perdonar los pecados, y recebirnos en su gracia, si no destierra tambien todos estos males que consigo acarreó la culpa, reformando y renovando nuestro hombre interior. Y así cura nuestras llagas, lava nuestras inmundicias, rompe las ataduras de

[1] Joan. VIII, 34.
[2] Psalm. IX, à vers. 26 Vulgatæ.

los pecados, sacude el yugo de los malos deseos, líbranos de la servidumbre y captiverio del demonio, mitiga el furor de nuestras malas inclinaciones, restitúyenos la verdadera libertad y hermosura del ánima, vuélvenos la paz y alegría de la buena consciencia, aviva los sentidos interiores, hácenos ligeros para el bien, tardíos y pesados para el mal, fuertes y constantes para resistir las tentaciones, y con esto nos enriquesce de buenas obras. Finalmente de tal manera repara nuestro hombre interior con todas sus potencias [1], que llama el apóstol á los que así están justificados, renovados, y nuevas criaturas. La cual renovacion es tan grande, que cuando se hace por el baptismo se llama regeneracion, y cuando por la penitencia, resurreccion [2] : no solo porque resuscita al ánima de la muerte del pecado á la vida de gracia, sino porque tambien imita en su manera la hermosura de la resurreccion advenidera. Lo cual es en tanto grado verdad, que ninguna lengua basta para declarar la hermosura de un ánima justificada, sino solo aquel espíritu divino que la hermosea, y hace templo y morada suya. Por donde si quisiéremos comparar todas las riquezas de la tierra, todas las honras del mundo, todas la gracias naturales, y todas las virtudes acquisitas con la hermosura y riqueza desta ánima, todas parescerán escurísimas y vilísimas en presencia della. Porque la ventaja que hace el cielo á la tierra, y el espíritu al cuerpo, y la eternidad al tiempo, esa hace la vida de gracia á la vida de la naturaleza, y la hermosura del ánima á la hermosura del cuerpo, y las riquezas interiores á las exteriores, y la fortaleza espiritual á la natural. Ca todas estas cosas son limitadas y temporales, y hermosas á solos los ojos corporales, para las cuales basta el concurso general de Dios : mas para estotra es menester concurso especial y sobrenatural, y no se pueden llamar temporales, pues nos llevan á la eternidad, ni tampoco del todo finitas, pues son merescedoras de Dios, en cuyos ojos son tan preciosas y de tanto valor, que lo enamoran de su hermosura.

[1] Galat. VI.
[2] Tit. III.

Y pudiendo Dios obrar todas estas cosas con sola su asistencia y voluntad, no quiso sino adornar el ánima con todas las virtudes infusas y siete dones del Espiritu Sancto, con las cuales no sola la esencia del ánima, pero todas sus potencias quedan vestidas y ataviadas con todos estos hábitos celestiales.

Y sobre todos estos beneficios añade otro aquella infinita bondad y largueza, que es la presencia y asistencia del Espíritu Sancto, y de toda la Sanctísima Trinidad [1], que desciende á morar en el ánima del justificado, para enseñarle á usar de toda esta hacienda, como hace el buen padre, que no contento con dar su hacienda á su hijo, dále tambien un tutor y gobernador para que le sepa administrar. De manera que así como en el ánima del que está en pecado, moran víboras, dragones y serpientes, que es la muchedumbre de los espíritus malignos que en ella hacen su habitacion, como dice el Salvador por Sant Mateo [2], así por el contrario, en el ánima del justificado entra el Espíritu Sancto, y toda la Sanctísima Trinidad, y desterrados todos estos monstruos y fieras infernales, hace allí su templo y su habitacion, como expresamente lo testificó el Salvador diciendo [3]: Si alguno me ama, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y á él vendrémos, y en él harémos nuestra morada. Por virtud de las cuales palabras confiesan todos los doctores sanctos, juntamente con los escolásticos, que el Espíritu Sancto por una especial manera mora en el ánima del justificado, haciendo distinccion entre el Espíritu Sancto, y sus dones; y confesando que no solo se dan á los tales dones del Espíritu Sancto, sino tambien el mesmo Espíritu Sancto, el cual entrando en la tal ánima, la hace templo y morada suya; y para esto él mesmo la limpia y sanctifica, y adorna con sus dones, para que sea morada digna de tal huésped.

Á todos estos beneficios se añade otro maravilloso, que es hacerse todos los justificados miembros vivos de Cristo: los cuales ántes eran miembros muertos que no recebian sus in-

1 Joan. XIV.
2 Matth. XII; Luc. XI.
3 Joan. XIV.

fluencias. De donde nascen otras grandes y nuevas prerogativas y excelencias: porque de aquí procede que el mesmo Hijo de Dios los ama como á sus miembros, y mira por ellos como por sus miembros, y tiene solícito cuidado dellos como de sus proprios miembros, é influye en ellos continuamente su virtud como cabeza en sus miembros, y finalmente el Padre eterno los mira con amorosos ojos, porque los mira como miembros vivos de su Unigénito Hijo, unidos é incorporados con él por la participacion de su espíritu; y así sus obras le son agradables y meritorias, por ser obras de miembros vivos de su Hijo, el cual obra en ellos todo lo bueno. De la cual dignidad procede, que cuando los tales piden mercedes á Dios, las piden con muy grande confianza: porque entienden que no piden tanto para sí, cuanto para el mesmo Hijo de Dios, que en ellos y con ellos es honrado. Porque como sea verdad que el bien que se hace á los miembros se hace á la cabeza, teniendo ellos á Cristo por cabeza, entienden que pidiendo para sí piden para ella. Porque si es verdad, como el apóstol dice[1], que los que pecan contra los miembros de Cristo, pecan contra el mesmo Cristo, y el mesmo Cristo se tiene por perseguido, cuando por él son sus miembros perseguidos, como él lo dijo al mesmo apóstol, cuando perseguia la Iglesia[2] ¿qué maravilla es, que siendo esos miembros honrados, sea el mesmo Cristo honrado en ellos? Y siendo esto así, ¿qué confianza llevará el justo en la oracion, cuando considera que, pidiendo para sí, pide en su manera mercedes al Padre Eterno para su amantísimo Hijo? Pues nos consta que cuando se hacen mercedes á uno por amor de otro, á aquel principalmente se hacen por cuyo amor se hacen: como vemos que el que sirve al pobre por amor de Dios, no sirve tanto al pobre cuanto á Dios.

Á todos estos beneficios se añade el postrero á quien los otros se ordenan, que es título y derecho que se da á los justificados de la vida eterna. Porque nuestro inmenso Dios (en quien tanto resplandesce la justicia juntamente con la misericordia) así como obliga á todos los pecadores impeniten-

[1] I Cor. VI.
[2] Act. IX.

tes á los tormentos eternos, así accepta á todos los verdaderos penitentes á la vida perdurable: y pudiendo él perdonar los pecados, y admitir los hombres á su amistad y gracia, sin levantarnos á la participacion de su gloria, no lo quiso hacer así[1]; sino á los que misericordiosamente perdonó, justificó, y á los que justificó, hizo hijos, y á los que hizo hijos, hizo tambien herederos y particioneros en su mesma heredad y hacienda con su Unigénito Hijo. Y de aquí nasce la esperanza viva que los alegra en todas sus tribulaciones con la prenda deste incomparable tesoro; porque aunque se vean cercados de todas las angustias, enfermedades y miserias desta vida, saben cierto que no igualan las pasiones deste siglo con la gloria advenidera que en ellos será revelada[2]. Ántes las tribulaciones momentáneas[3] y livianas que padescen, les son causa de un inestimable peso de gloria sobre todo lo que se puede encarescer.

Estos pues son los beneficios que comprehende en sí este inestimable beneficio y obra de la justificacion: la cual Sant Augustin[4] con mucha razon tiene en mas que la creacion del mundo, pues con una palabra crió Dios el mundo; mas para sanctificar al hombre derramó su sangre, y padesció tantos y tan grandes tormentos. Pues si tanto debemos á este Señor por el beneficio de la creacion, ¿cuánto mas le deberémos por el de la justificacion, que cuanto mas le costó, tanto mas con él nos obligó?

Y aunque nadie pueda saber con evidencia si está justificado, pero puede tener desto grandes conjeturas: entre las cuales no es la ménos principal la mudanza de la vida, cuando el que en un tiempo cometia con gran facilidad mil mortales pecados, agora por todo el mundo no cometerá uno. Vea pues el que así se halla, cuán obligado está al servicio du su sanctificador, que de tantos males le libró, y tantos bienes le hizo, cuantos aquí se han declarado. Mas si por ventura se halla en

1 Rom. VIII.
2 Rom. VIII.
3 II Cor. IV.
4 Tract. LXXII in Joan., t. IX, et D. Thom. 1, 2, q. 113, art. 9.

mal estado, no sé con qué lo pueda mas mover á salir dél, que con la representacion de tan grandes males como aquí ha visto que consigo trae el pecado, y con el tesoro de tan grandes bienes como consigo acarrea este incomparable beneficio.

## § II

### De los otros efectos que el Espíritu Sancto obra en el ánima del justificado, y del Sacramento de la Eucaristía.

Mas no paran aquí los beneficios y obras del Espíritu Sancto. Porque no se contenta este Divino espíritu con ayudarnos á entrar por la puerta de la justicia; mas ayúdanos tambien despues de entrados á andar por los caminos della, hasta llevarnos salvos y seguros por todas las ondas deste mar tempestuoso al puerto de la salud. Porque entrando mediante el beneficio susodicho en el ánima del justificado, no está allí ocioso; porque no se contenta con honrar la tal ánima con su presencia, sino tambien la sanctifica con su virtud, obrando en ella y con ella todo lo que conviene para su salud, Y así está allí como padre de familia en su casa, gobernándola; y como maestro en su escuela, enseñándola; y como hortelano en su huerta, cultivándola; y como rey en su proprio reino, rigiéndola; y como el sol en este mundo, alumbrándola; y finalmente como el ánima en su cuerpo dándola vida, sentido y movimiento: aunque no como forma en materia, sino como padre de familia en su casa. Pues ¿qué cosa mas rica, ni mas para desear que tener dentro de sí tal huésped, tal gobernador, tal guia, tal compañía, tal tutor y ayudador? El cual como sea todas las cosas, todo lo obra en las ánimas donde mora. Porque él primeramente como fuego alumbra nuestro entendimiento, inflama nuestra voluntad, y nos levanta de la tierra al cielo. Él otrosí como paloma nos hace sencillos, mansos, tratables y amigos unos de otros. Él tambien como nube nos defiende de los ardores de nuestra carne, y templa el fervor de nuestras pasiones, y él finalmente como viento vehementísimo mueve é inclina nuestra volun-

tad á todo lo bueno, y apártala y desaficiónala de todo lo malo. De donde vienen los justificados á aborrescer tanto los vicios que ántes amaban, y á amar tanto las virtudes qne ántes aborrescian, como claramente lo representa en su persona el sancto rey David[1], el cual en una parte dice que aborrescia y abominaba toda maldad, y en otra dice[2] que amaba y se deleitaba en la ley de Dios, como en todas las riquezas del mundo. Y la causa desto era, porque el Espíritu Sancto (como buena madre) le habia puesto acíbar en los pechos del mundo, y miel suavísima en los mandamientos de Dios.

En lo cual paresce claro como todos nuestros bienes, y todo nuestro aprovechamiento se deben á este espíritu divino; de tal manera que si nos apartamos del mal, por él nos apartamos, y si hacemos bien, por él le hacemos, y si perseveramos en él, por él perseveramos, y si nos dan galardon por este bien, el mesmo es el que lo da. Por donde se ve claro lo que dice Sant Augustin[3], que cuando Dios paga nuestros servicios, galardona sus beneficios, y así por una gracia nos da otra gracia, y por una merced otra merced. El sancto patriarca Josef[4] no se contentó con dar á sus hermanos el trigo que venian á comprar en Egipto, pero mandó tambien que á la boca de los costales en que le llevaban, les pusiesen el dinero que traian para comprarlo; y lo mesmo hace en su manera con los suyos este Señor, porque él les da la vida eterna, y tambien la gracia, y la buena vida con que se compra. Conforme á lo cual dice muy bien Eusebio Emisseno: *Qui ideo colitur, ut misereatur, jam misertus est, ut coleretur.* Quiero decir: el que es servido y venerado por que use con nosotros de su misericordia, ya usó de misericordia, cuando nos dió que así le sirviésemos y venerásemos.

Ponga pues el hombre los ojos en su vida, y mire, como

1 Psalm. CXVIII.
2 Ibid.
3 Lib. I Confess., c. 20.
4 Gen. XLII.

dice este mesmo doctor, cuántos bienes ha hecho, y de cuántos males, de cuántos engaños, de cuántos adulterios, de cuántos robos, de cuántos sacrilegios el Señor le ha librado; y por aquí verá cuánto le debe por todo esto. Porque, como dice Sant Augustin [1], no es menor misericordia haber prevenido él estos males para que no los hiciese, que perdonárselos despues de hechos, sino mucho mayor. Y así dice él escribiendo á una vírgen: todos los pecados ha de hacer cuenta el hombre que le perdonó el que le dió gracia para que no los cometiese, y por tanto no quieras amar poco, como si te perdonaran poco; mas ántes ama mucho, porque te fué dado mucho. Ca si ama mucho aquel á quien fué concedido que no pagase, ¿cuánto mas debe amar aquel á quien fué dado que poseyese? Porque quien quiera que dende el principio de su vida perseveró casto, por él es regido; y quien de deshonesto se hizo honesto, por él es corregido; y quien hasta el fin permanesce deshonesto, por él es justamente desamparado. Pues siendo esto así, ¿qué resta sino que con el profeta digamos [2]: Sea llena; Señor, mi boca de alabanza, para que cante tu gloria todo el dia? Sobre las cuales palabras dice el mesmo Sant Augustin: ¿qué cosa es todo el dia? Perpetuamente y sin cesar. En las prosperidades os alabaré, Señor, porque me consolais; y en las adversidades, porque me castigais. Ántes que fuese, porque me hecistes; y despues que soy, porque me distes sér. Cuando pequé, porque me perdonastes; cuando me volví á vos, porque me ayudastes; y cuando perseveré hasta el fin de la vida, porque me coronastes. Por esto será mi boca llena de alabanza, y cantaré vuestra gloria todo el dia.

Aquí se ofrescia materia para tratar del beneficio de los Sacramentos (que son los instrumentos de nuestra justificacion) y señaladamente del Sancto Baptismo, y de la lumbre de fe y gracia que con él se nos dió. Mas porque desta materia tratamos en otros lugares [3], al presente no diré mas:

[1] Lib. II Confess., c. 7.
[2] Psalm. LXX.
[3] 2 p. del Mem.

aunque no se puede callar aquella gracia de gracias, y Sacramento de Sacramentos, por el cual quiso Dios morar en la tierra con los hombres, y dárseles cada dia en mantenimiento y en remedio. Una vez fué ofrescido en sacrificio por nosotros en la cruz : mas aquí cada dia se ofresce en el altar por nuestros pecados. Cada vez (dice él) que esto hiciéredes [1], hacedio en memoria de mí. ¡Oh memorial de salud! ¡Oh sacrificio singular, hostia agradable, pan de vida, mantenimiento suave, manjar de reyes, y manná que en sí contiene toda suavidad! ¿Quién te podrá cumplidamente alabar [2]? ¿Quién dignamente recibir? ¿Quién con debido acatamiento venerar? Desfallesce mi ánima pensando en ti [3], no puede mi lengua hablar de ti, ni puedo cuanto deseo engrandescer tus maravillas.

Y si este beneficio concediera el Señor á solos innocentes y limpios, aun fuera dádiva inestimable ; mas ¿qué diré, que por el mesmo caso que se quiso comunicar á estos, se obligó á pasar por las manos de muchos malos ministros, cuyas ánimas son moradas de Satanás, cuyos cuerpos son vasos de corrupcion, cuya vida se gasta en torpezas y vicios? Y con todo esto por visitar y consolar á sus amigos, consiente ser tratado destos, y tratado con sus manos sucias, y recebido en sus bocas sacrílegas, y sepultado en sus cuerpos hediondos. Una sola vez fué vendido su cuerpo, mas millares de veces lo es en este Sacramento; una vez fué escarnescido y menospreciado en su pasion, mas mil veces lo es de los malos en la mesa del altar; una vez se vió puesto entre dos ladrones, y mil veces se ve aquí envuelto en manos de pecadores.

Pues ¿con qué podrémos servir á un Señor que por tantas vias y maneras pretende nuestro bien? ¿Qué le darémos por este tan admirable mantenimiento? Si los criados sirven á sus amos porque les den de comer; si los hombres de guerra se meten por hierro y por fuego por esta mesma causa, ¿qué

1 Luc. XXII; I Cor. XI.
2 Sap. XVI.
3 Psalm. CXVIII.

deberémos al Señor por este pasto celestial? Y si tanto agradescimiento pedia Dios en la ley por aquel manná que envió de lo alto [1], que era manjar corruptible, ¿qué pedirá por este manjar que no solo es incorruptible, sino que tambien hace incorruptibles á los que dignamente lo reciben [2]? Y si el mesmo Hijo de Dios da gracias en el Evangelio á su Padre por una comida de pan de cebada, ¿qué gracias deben los hombres dar por este pan de vida? Si tanto debemos por el mantenimiento con que se sustenta el sér, ¿cuánto mas por aquel con que se conserva el buen sér? Porque no alabamos el caballo por caballo, sino por buen caballo; ni al vino por vino, sino por excelente vino; ni al hombre por hombre, sino por buen hombre. Pues si tanto debes al que te hizo hombre, ¿cuánto le deberás porque te hizo buen hombre? Si tanto por los bienes del cuerpo, ¿cuánto por los bienes del ánima? Si tanto por los bienes de naturaleza, ¿cuánto por los bienes de gracia? Finalmente, si tanto le debes porque te hizo hijo de Adam [3], ¿cuánto mas le deberás porque te hizo hijo de Dios? Pues es cierto (como dice Eusebio Emisseno) que mucho mejor es el dia en que nascemos para la eternidad, que aquel en que nascemos para los peligros del mando.

Cata aquí pues, hermano, otro nuevo título, que es otra nueva cadena; la cual juatamente con las pasadas prende tu corazon, y te obliga mas á la virtud y al servicio deste Señor.

## CAPÍTULO VI

### Del sexto título por donde estamos obligados á la virtud, que es el beneficio inestimable de la divina predestinacion.

Á todos estos beneficios se añade el de la eleccion, que es de solos aquellos que Dios ab eterno escogió para la vida

[1] Exod. XVI.
[2] Joan. VI.
[3] Joan.

perdurable. Por el cual beneficio el apóstol da gracias en nombre suyo y de todos los escogidos, escribiendo á los de Efeso por estas palabras[1]: Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual nos bendijo con todo género de bendiciones espirituales por Cristo: así como por él nos escogió ántes de la creacion del mundo para que fuésemos santos y limpios en sus ojos divinos: y nos predestinó por hijos suyos adoptivos por Jesucristo su Hijo. Este mesmo beneficio engrandesce el profeta real cuando dice[2]: Bienaventurado, Señor, aquel que tú escogiste y tomaste para ti; porque este tal morará con tus escogidos en tu casa. Este pues con mucha razon se puede llamar beneficio de beneficios, y gracia de gracias. Es gracia de gracias, porque se da ante todo merescimiento por sola la infinita bondad y largueza de Dios; el cual no haciendo injuria á nadie, ántes dando á cada uno suficiente ayuda para su salvacion, extiende para con otros la inmensidad de su misericordia, como liberalísimo y absoluto Señor de su hacienda.

Es otrosí beneficio de beneficios, no solo porque es el mayor de los beneficios, sino porque es el causador de todos los otros. Porque despues de escogido el hombre para la gloria por medio deste beneficio, luego le provee el Señor de todos los otros beneficios y medios que se requieren para conseguirla; como él mesmo lo testificó por un profeta, diciendo[3]: Yo te amé con perpetua caridad, y por eso te traje á mí: conviene saber, llamándote á mi gracia, para que por ella alcanzases mi gloria. Pero mas claramente significó esto el apóstol, cuando dijo[4]: Los que el Señor predestinó para que fuesen conformes á la imágen de su Hijo (el cual es primogénito entre muchos hermanos) á estos llamó: y á los que llamó, justificó: y á los que justificó, finalmente glorificó. La razon desto es, porque como Dios disponga todas las cosas ordenada y suavemente, despues que tiene por bien escoger á uno para su gloria, por esta gracia le hace otras muchas

[1] Ephes. I.
[2] Psalm. LXIV.
[3] Jerem. XXXI.
[4] Rom. VIII.

gracias: porque por esto le provee de todo lo que para conseguir esta primera gracia se requiere. De manera que así como el padre que cria un hijo para clérigo, ó letrado, dende niño le comienza á ocupar en cosas de Iglesia, ó en ejercicios de letras, y todos los pasos de su vida endereza á este fin; así tambien despues que aquel Eterno Padre escoge un hombre para su gloria (á la cual nos lleva el camino de la justicia) siempre procura guiarlo por este camino, para que así alcance el fin determinado.

Pues por este tan grande y tan antiguo beneficio deben dar gracias al Señor los que en sí reconoscieren señales dél. Porque dado caso que esté este secreto encubierto á los ojos de los hombres, todavía como hay señales de la justificacion, las hay tambien de la divina eleccion. Y así como entre aquellas la principal es la emienda de la vida, así entre estas lo es la perseverancia en la buena vida. Porque el que ha muchos años que vive en temor de Dios, y con solícito cuidado de huir todo pecado mortal, piadosamente puede creer que, como dice el apóstol [1], le guardará Dios hasta el fin sin pecado para el dia de su venida, y acabará en él lo que comenzó.

Verdad es que no por esto se debe nadie tener por seguro; pues vemos que aquel tan gran sabio Salomon [2], despues de haber tanto tiempo bien vivido, al fin de la vida fué engañado. Pero estas son excepciones particulares de la costumbre general, que es la que el apóstol dice [3], y la que el mesmo Salomon en sus Proverbios enseñó, diciendo [4]: Proverbio es, que el mancebo no desamparará en la vejez el camino que siguió en la mocedad. De manera que si fué virtuoso siendo mozo, tambien lo será cuando viejo. Pues con estas y con otras semejantes conjecturas que los sanctos escriben, puede uno humilmente presumir de la infinita bondad de Dios que le tendrá puesto en el número de sus escogidos.

[1] Cor. I.
[2] III Reg. XI.
[3] I Cor. I.
[4] Prov. XXII.

Y así como espera en la misericordia deste Señor que se ha de salvar; así puede humilmente presumir que es del número de los que se han de salvar, pues lo uno presupone lo otro.

Siendo esto así, ¡ cuán obligado estará el hombre á servir á Dios por un tan grande beneficio como es estar escripto en aquel libro de que el Señor dijo á sus apóstoles [1]: No os alegreis porque los espíritus malos os obedescen; sino alegráos porque vuestros nombres están escriptos en los cielos! Pues que tan grande beneficio es ser amado y escogido ab eterno, dende que Dios es Dios, y estar aposentado en su pecho amoroso dende los años de la eternidad, y ser escogido por hijo adoptivo de Dios, cuando fué engendrado el hijo natural de Dios entre los resplandores de los sanctos, que en el entendimiento divino estaban presentes[2].

Mira pues atentamente todas las circunstancias desta eleccion, y verás como cada una dellas por sí es un grande beneficio, y una nueva obligacion. Mira cuán digno es el elector que te escogió, que es el mesmo Dios infinitamente rico, y bienaventurado, y que ni de ti ni de nadie tenia necesidad. Mira cuán indigno por sí era el electo, que es una criatura miserable y mortal, subjecta á todas las pobrezas, enfermedades y miserias de esta vida, y obligada á las penas eternas de la otra por su culpa. Mira cuán alta es la eleccion, pues fuiste elegido para un fin tan soberano, que no puede ser otro mayor, que es para ser hijo de Dios, heredero de su reino, y particionero de su gloria. Mira tambien cuán graciosa fué esta eleccion, pues fué (como dijimos) ante todo merescimiento, por solo el beneplácito de la divina voluntad, y, como el apóstol dice [3], para gloria y alabanza de la inmensa liberalidad de Dios y de su gracia; porque cuanto es el beneficio mas gracioso, tanto deja al hombre mas obligado. Mira otrosí la antigüedad desta eleccion : pues no comenzó con el mundo, ántes es mas antigua que el mundo, pues corre á la pareja con Dios, el cual así como es ab

1 Luc. x.
2 Psalm. CIX.
3 Ephes. I.

eterno, así ab eterno amó sus escogidos, y dende entónces los tuvo y tiene delante, y los mira con ojos paternales y amorosos, estando siempre determinado de hacerles un tan grande bien. Mira otrosí la singularidad desta merced, pues entre tanta infinidad de bárbaras naciones, y de condenados, quiso él que te cupiese á ti esta suerte tan dichosa en el número de los escogidos : y así te apartó y entresacó de aquella masa dañada del género humano por el pecado, é hizo pan de ángeles lo que era levadura de corrupcion. En esta circunstancia hay poco que se deba escrebir, pero mucho que se pueda sentir y considerar, para saber agradescer al Señor la singularidad deste beneficio, tanto mayor, cuanto es menor el número de los escogidos, y mayor el de los perdidos, que, como dice Salomon, es infinito [1]. Y si nada desto te moviere, muévate á lo ménos la grandeza de las expensas que este soberano elector determinó hacer en esta demanda, que fué gastar en ella la vida y sangre de su Unigénito Hijo, el cual ab eterno determinó enviar al mundo para que fuese el ejecutor desta divina determinacion.

Pues siendo esto así, ¿ qué tiempo bastará para pensar tantas misericordias ? ¿ qué lengua para manifestarlas ? ¿ qué corazon para sentirlas ? ¿ qué servicios para pagarlas ? ¿ Con qué amor responderá el hombre á este amor eterno de Dios? ¿ Quién aguardará á amar en la vejez á aquel que lo amó dende la eternidad ? ¿ Quién trocará este amigo por otro cualquier amigo? Porque si en la Escriptura divina es tan preciado el amigo antiguo [2], ¿ cuánto mas lo será el eterno? Y si por ningun amigo nuevo se debe trocar el viejo, ¿ quién trocará la posesion y gracia deste amador tan antiguo por todos los amigos del mundo ? Y si la posesion del tiempo inmemorial da derecho á quien no lo tiene, ¿ qué hará la de la eternidad á quien nos tiene poseidos por título desta amistad, para que así nos tengamos por suyos ?

Pues segun esto, ¿ qué bienes hay en el mundo que se deban trocar por este bien? y ¿ qué males que no se deban

[1] Eccles. I.
[2] Eccli IX; Prov. XXVII.

padescer alegremente por él? ¿ Qué hombre habria tan desalmado, que si supiese por revelacion de Dios de un pobre mendigo que pasa por la calle, que estaba así predestinado, que no besase la tierra que él hollase? que no fuese en pos dél, y puesto de rodillas no le diese mil bendiciones, y le dijese : ¡ Oh dichoso tù ! ¡ Oh bienaventurado tú ! ¿ Es posible que tú seas de aquel felicísimo número de los escogidos? ¿ Es posible que tú hayas de ver á Dios en su mesma hermosura ? ¿ Tú has de ser compañero y hermano de todos los escogidos? ¿ Tú has de estar entre los coros de los ángeles? ¿ Tú has de gozar de aquella música celestial? ¿ Tú has de reinar en los siglos de los siglos? ¿ Tú has de ver la cara resplandesciente de Cristo, y de su Sanctísima Madre? ¡ Oh bienaventurado el dia en que nasciste, y mucho mas aquel en que morirás, pues entónces para siempre vivirás ! ¡ Bienaventurado el pan que comes, y la tierra que huellas; pues tiene sobre sí un incomparable tesoro, y mucho mas bienaventurados los trabajos que padesces, y las menguas que sufres, pues esas te abren camino para el descanso de la eternidad! Porque ¿ qué nublado habrá tan triste, qué tribulacion tan grave, que no se deshaga con las prendas desta esperanza ?

Con estos ojos pues miraríamos un predestinado, si conociésemos que lo es. Porque si cuando pasa un príncipe, heredero de un gran reino, por la calle, salen todos á mirarle, maravillándose de la suerte tan dichosa (segun el juicio del mundo) que á aquel mozo le cupo, nasciendo heredero de un grande reino : ¿ cuánto mas seria para maravillar esta tan dichosa suerte, que es nascer un hombre ante todo merescimiento escogido, no para ser rey temporal de la tierra, sino para reinar eternamente en el cielo?

Por aquí pues podrás ver, hermano, la obligacion que tienen los escogidos al Señor por este tan grande beneficio, del cual ninguno se debe tener por excluido, si quiere hacer lo que es de su parte : ántes cada uno trabaje, como dice Sant Pedro [1], por hacer cierta su eleccion con buenas obras;

[1] II Petr. I.

porque sabemos cierto que el que las hiciere se salvará, y sabemos tambien que el favor y gracia divina á nadie faltó jamás, ni faltará. Y con la firmeza destas dos verdades continuemos las buenas obras; y así serémos deste número tan glorioso.

## CAPÍTULO VII

**Del séptimo título por donde el hombre está obligado á la virtud, por razon de la primera de sus cuatro postrimerías, que es la muerte.**

Cualquiera de todos estos títulos susodichos era bastante para que el hombre se emplease todo en el servicio de un Señor á quien por tantas y tan grandes razones está obligado. Mas porque la mayor parte de los hombres mas se mueve por el interese de la ganancia, que por obligacion de justicia, por tanto añadirémos á lo dicho los provechos grandes que de presente y de futuro se prometen á la virtud : y primero los dos mayores entre todos, que es la gloria que por ella se da, y la pena que por ella se excusa. Estos son los dos principales remos desta navegacion, y las dos principales espuelas con que se anda este camino. Por la cual causa el bienaventurado Sant Francisco en su regla, y nuestro padre Sancto Domingo en la suya, ambos con un mesmo espíritu, y con unas mesmas palabras, mandan á sus predicadores que no prediquen mas que vicios y virtudes, pena y gloria : lo uno para enseñarnos á bien vivir, y lo otro para inclinarnos al deseo de bien vivir. Sentencia es otrosí comun de filósofos [1], que las dos pesas con que se mueve ordenadamente el reloj de la vida humana, son castigo y galardon. Porque es tan grande nuestra miseria, que nadie quiere la virtud desnuda, si no viene, ó apremiada con castigo, ó acompañada con provecho. Y porque ningun castigo ni galardon puede ser mayor que pena y gloria para siempre, por eso tratarémos aquí destas dos cosas, á las cuales añadirémos otras

[1] Cicer., lib. de finibus bonorum et malorum.

dos, que preceden á estas, que son la muerte y el juicio universal; porque cada cosa destas bien considerada, sirve mucho para amar la virtud, y aborrescer el vicio, segun aquello del sabio, que dice [1]: Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás. Por las cuales postrimerías entiende estas cuatro que aquí habemos nombrado, de que al presente para nuestro propósito nos conviene tratar.

## § I

Comenzando pues por la primera que es la muerte, esta es tanto mas poderosa para movernos, cuanto es mas cierta, mas cuotidiana, y mas familiar. Mayormente si consideramos el juicio particular que en ella ha de haber de nuestra vida, el cual no se ha de alterar en el universal: porque lo que entónces fuere de nosotros, eso será para siempre. Mas cuán estrecho haya de ser este juicio, y la cuenta que en él se ha de pedir, no quiero yo que lo creas á mí, sino á una historia que Sant Joan Clímaco [2], como testigo de vista, refiere, que sin duda es una de las mas temerosas que yo he leido. Escribe pues él, que en un cierto monasterio de su tiempo habia un monge descuidado en su vida, el cual, llegando á punto de muerte, fué arrebatado en espíritu por un grande espacio, donde vió el rigor y severidad espantosa deste particular juicio. Y como despues por especial dispensacion de Dios alcanzase espacio de penitencia, rogó á todos los monges que presentes estábamos, que nos saliésemos de su celda, y cerrando él la puerta á piedra y lodo, quedóse dentro hasta el dia que murió; que fué por espacio de doce años, sin salir jamás de allí, ni hablar palabra á nadie, ni comer otra cosa todo aquel tiempo, sino solo pan y agua. Y asentado en su celda, estaba como atónito, resolviendo en su corazon lo que habia visto en aquel arrebatamiento. Y tenia tan fijo el pensamiento en ello, que así tambien tenia el

1 Eccli. VII.
2 Cap. 6, al fin.

rostro fijo en un lugar, sin volverlo á una parte ni á otra, derramando á la continua muy fervientes lágrimas, las cuales corrian hilo á hilo por sus ojos. Y llegada la hora de su muerte, rompimos la puerta, que estaba (como dije) cerrada, y entramos todos los monges de aquel desierto en su celda, y rogámosle con toda humildad nos dijese alguna palabra de edificacion ; y no dijo mas que sola esta : Dígoos de verdad, padres, que si los hombres entendiesen cuán espantoso es este último trance y juicio de la muerte, estarian muy léjos de ofender á Dios. Todas estas son palabras de Sant Joan Clímaco, que se halló presente á este negocio, y da testimonio de lo que vió. De manera que en el hecho (aunque parezca increible) no hay que dudar, pues tan fiel es el testigo : y en lo demas hay mucho porque temer, considerando la vida que este sancto hizo, y mucho mas la grandeza de aquella vision que vió, de donde procedió esta manera de vida. Lo cual bastantemente nos declara cuán verdadera sea aquella sentencia del sabio, que dice [1] : Acuérdate de tus postrimerías, y eternalmente nunca pecarás. Pues si tanto nos ayuda esta consideracion para no pecar, corramos agora brevemente por todos los pasos y trances della, para alcanzar tan grande bien.

Acuérdate pues agora, hermano mio, que eres cristiano. y que eres hombre : por la parte que eres hombre, sabes cierto que has de morir, y por la que eres cristiano, sabes tambien que has de dar cuenta de tu vida acabando de morir. En esta parte no nos deja dudar la fe que profesamos, ni en la otra la experiencia de lo que vemos. Así que no puede nadie excusar este trago, que sea rey, que sea papa. Dia vendrá en que amanezcas y no anochezcas, ó anochezcas y no amanezcas. Dia vendrá (y no sabes cuando, si hoy, si mañana) en el cual tú mesmo que estás agora leyendo esta escriptura, sano y bueno de todos tus miembros y sentidos, midiendo los dias de tu vida conforme á tus negocios y deseos, te has de ver en una cama, con una vela en la mano, esperando el golpe de la muerte, y la sentencia

[1] Eccli. VII.

dada contra todo el linage humano[1], de la cual no hay apelacion, ni suplicacion. Considera pues primeramente cuán incierta sea esta hora, porque ordinariamente suele venir al tiempo que el hombre está mas descuidado[2], y ménos piensa que ha de venir, echando sus cuentas, y haciendo sus trazas para adelante. Y por esto se dice que viene como ladron, el cual suele venir al tiempo que los hombres están mas seguros y mas dormidos. Ántes de la muerte precede la enfermedad grave que la ha de causar, con todos los accidentes, dolores, hastíos, tristezas, medicinas, molestias, y noches largas, que allí nos han de fatigar, lo cual todo es camino y disposicion para morir. Porque así como ántes de entrarse por fuerza un castillo, suele preceder una recia batería que atormenta, y finalmente derriba los muros por tierra, y tras desto es luego entrado y conquistado, así suele preceder á la muerte una grandísima enfermedad, la cual de tal manera bate noche y dia sin parar las fuerzas naturales, y los miembros principales de nuestro cuerpo, que el ánima, no pudiéndose ya mas defender ni conservar en ellos, los desampara y se va.

Pues cuando ya la enfermedad pasa mas adelante, ó el médico, ó ella nos desengañan, y quitan la esperanza de la vida, ¡ cuáles suelen ser entónces las angustias que allí nos aprietan ! Porque allí luego se representa la salida desta vida, y el apartamiento de todas las cosas que amábamos en ella : hijos, mujer, amigos, parientes, hacienda, honra, títulos y oficios que se acaban con la mesma vida. Despues de lo cual se siguen los postreros accidentes, que intervienen en la mesma muerte, que son aun mayores que los pasados. Porque luego se mueren los piés, afílanse las narices, y la lengua no acierta ya á hacer su oficio : y, finalmente, con la prisa de la partida, todos los miembros y sentidos se comienzan á turbar. Desta manera viene el hombre á pagar en la salida de la vida las angustias agenas con que entró en ella, padesciendo los dolores al tiempo del salir, que su madre padesció

1 Marc. XXIV.
2 Luc. XII; I Thessal. I; II Petr. III.

al tiempo del parir. Y así concuerda muy bien la entrada con la salida, pues la una y la otra es con dolores : aunque la una con los agenos y la otra con los proprios.

Aquí pues se representa luego el agonía de la muerte, el término de la vida, el horror de la sepultura, la suerte del cuerpo, que vendrá á ser manjar de gusanos, y mucho mas la del ánima, que entónces está dentro, del cuerpo, y de ahí á dos horas no sabes donde estará. Aquí pues te parescerá que estás ya presente en el juicio de Dios, y que todos tus pecados te están acusando, y poniendo demanda delante dél. Aquí verás abiertamente cuán grandes males eran los que tú tan fácilmente cometias, y maldirás muchas veces el dia en que pecaste, y el deleite que te hizo pecar. Aquí no acabarás de maravillarte de ti mesmo viendo cómo por cosas tan livianas (cuales eran las que desordenadamente amabas) te pusiste en peligro de padescer dolores tan grandes como allí comenzáras á sentir : porque como los deleites sean ya pasados, y el juicio dellos comience ya á parescer, lo que de suyo era poco, y deja de ser, paresce nada, y lo que de suyo es mucho, y está presente, paresce mas claro lo que es. Pues como tú veas que por cosas tan vanas estás en término de perder tanto bien, y mirando á todas partes te veas de todas cercado y atribulado (porque ni queda mas tiempo de vida, ni hay mas plazo de penitencia, y el curso de tus dias es ya fenescido, y ni los amigos, ni los ídolos que adoraste te pueden allí valer, ántes las cosas que mas amabas, y preciabas, te han de dar allí mayor tormento) dime ruégote, cuando te veas en este trance, ¿ qué sentirás? ¿ dónde irás? ¿qué harás? ¿ á quien llamarás? Volver atras es imposible ; pasar adelante es intolerable ; estarte así no se concede : pues ¿ qué harás? Entónces, dice Dios por el profeta[1], se pondrá el sol á los malos en medio del dia, y haré que se les escurezca la tierra en dia claro ; y convertiré sus fiestas en llanto, y sus postrimerías en dia amargo. ¡ Qué palabras estas tan para temer! Entónces (dice) se les pondrá el sol en medio del dia ; porque representándose

[1] Amos, VIII.

á los malos en aquella hora la muchedumbre de sus pecados, y viendo que la justicia de Dios les comienza ya á cerrar los términos de la vida, vienen muchos dellos á tener tan grandes temores y desconfianzas, que les paresce que están ya desahuciados y despedidos de la misericordia divina. Y estando aun en medio del dia (esto es dentro del término de la vida, qué es tiempo de merescer y desmerescer) les parescerá que para ellos no hay lugar de mérito, ni demérito, sino que todo les está ya como cerrado. Poderosa es la pasion del temor, la cual de las cosas pequeñas hace grandes, y de las ausentes presentes. Y si esto hace á las veces un temor liviano, ¿que hará entónces el temor de tan justo y verdadero peligro? Vénse en esta vida aun entre sus amigos, y parésceles que ya comienzan á sentir el dolor de los condenados. Juntamente les paresce que están vivos y muertos; y doliéndose de los bienes presentes que dejan, comienzan á padescer los males venideros que barruntan. Tienen por dichosos á los que acá se quedan, y crésceles con esta invidia la causa de su dolor. Pues entónces se les pondrá el sol en medio del dia, cuando á do quiera que volvieren los ojos, les parescerá que por todas partes les está cerrado el camino del cielo, y que ningun rayo se les descubre de luz. Porque si miran á la misericordia de Dios, parésceles que la tienen desmerecida: si á la justicia, parésceles que viene ya á dar sobre su cabeza, y que hasta allí ha sido su dia, y que dende allí comienza ya á ser el dia de Dios. Si miran á la vida pasada, cuasi toda ella los está acusando; si al tiempo presente, ven que se están muriendo; si un poco mas adelante, parésceles que ven al juez que les está esperando. Pues entre tantos objetos y causas de temor, ¿que harán? ¿adónde irán?

Dice mas: que se les convertirá en tinieblas la luz en el dia claro. Quiere decir, que las cosas que les solian dar ántes mayor alegría, entónces les darán mayor dolor. Alegre cosa es para el que vive la vista de sus hijos, y de sus amigos, y de su casa y hacienda, y de todo lo que ama. Mas entónces se convertirá esta luz en tinieblas; porque todas estas cosas darán allí mayor tormento, y serán mas crueles verdugos de sus amadores. Porque natural cosa es, que así como la pose-

sion y presencia de lo que se ama da alegría, así el apartamiento y la pérdida da dolor. Y por esto quitan á los dulces hijos de la presencia del padre que se está muriendo, y se esconde la buena mujer en este tiempo, por no dar y tomar tan crueles dolores con su presencia. Y con ser la partida para tan léjos, y la despedida para tan largo camino, no deja guardar el dolor los términos de la buena crianza, ni da lugar al que se parte para decir á los amigos, quedáos adios. Si tú has llegado á este punto, en todo esto verás que digo verdad; mas si aun no has llegado á él cree á los que por aquí han pasado; pues, como dice el sabio[1]: Los que navegan la mar cuentan los peligros della.

## § II

Y si tales son las cosas que pasan ántes de la salida, ¿ qué serán las que pasarán despues della? Si tal es la víspera y la vigilia, ¿ qué tal será la fiesta y el dia? Porque luego despues de la muerte se sigue la cuenta y la tela de aquel juicio divino: el cual cuánto sea para temer, no lo has de preguntar á los hombres del mundo, los cuales así como moran en Egipto, que quiere decir tinieblas, así viven en intolerables errores y ceguedades, sino pregúntalo á los sanctos que moran en la tierra de Jessé[2], donde resplandesce siempre la luz de la verdad, y esos te dirán no solo por palabras, sino por obras, cuánto sea esta cuenta para temer. Porque sancto era David, y con todo esto era tan grande el temor que tenia desta cuenta, que hacia oracion á Dios, diciendo[3]: No entres, Señor, en juicio con tu siervo, porque no será justificado ante ti ninguno de los vivientes. Y sancto era tambien Arsenio, el cual estando ya para morir, cercado de sus discípulos, comenzó á temer este trance de tal manera, que los discípulos enten-

[1] Eccli. XLIII.
[2] Exod. XIX.
[3] Psalm. CXLII.

diendo su temor, le dijeron : padre, ¿ y tú agora temes ? Á los cuales respondió el sancto varon : hijos, no es nuevo en mí este temor, porque siempre viví con él. Y del bienaventurado Agathon se escribe que estando en este paso con este mesmo temor, y preguntado, porqué temia habiendo vivido con tanta innocencia, respondió, que porque eran muy diferentes los juicios de Dios de los de los hombres. Y no es ménos temoroso el ejemplo que Sant Joan Clímaco, varon sanctísimo, escribe de otro sancto monge, el cual (por ser cosa mucho para notar) referiré aquí por sus mesmas palabras [1]. Un religioso (dice él) que moraba en este lugar, llamado Estéfano, deseó mucho la vida quieta y solitaria, el cual despues de haberse ejercitado en los trabajos de la vida monástica muchos años, y alcanzado gracia de lágrimas y de ayunos, con otros muchos privilegios de virtudes, edificó una celda á la raiz del monte, donde Elías en los tiempos pasados vió aquella sagrada vision. Este padre de tan religiosa vida, deseando aun mayor rigor y trabajo de penitencia, pasóse de ahí á otro lugar llamado Sidey, que era de los monges Anacoritas, que viven en soledad. Y despues de haber vivido con grandísimo rigor en esta manera de vida (por estar aquel lugar apartado de toda humana consolacion, y desviado setenta millas de poblado) al fin de la vida vínose de allí, deseando morar en la primera celda de aquel sagrado monte. Tenia él ahí dos discipulos muy religiosos, de la tierra de Palestina, que tenian en guarda la dicha celda. Y despues de haber vivido unos pocos dias en ella, cayó en una enfermedad de que murió. Un dia pues ántes de su muerte súbitamente quedó atónito, y teniendo los ojos abiertos, miraba á la una parte del lecho, y á la otra, y como si estuvieran allí algunos que le pidieran cuenta, respondia él en presencia de todos los que allí estaban, diciendo algunas veces : Así cierto, mas por eso ayuné tantos años. Otras veces decia : No es así, mentís, no hice tal cosa. Otras decia : Así es verdad, mas lloré ; y serví tantas veces á los prójimos por eso. Y otra vez decia : Verdaderamente me acusais, así es, y no tengo que decir,

1 Cap. 7, en la 2 p.

sino que hay en Dios misericordia. Y era por cierto espectáculo horrible y temoroso ver aquel invisible y riguroso juicio. ¡Miserable de mí! ¿ Qué será de mí ? Pues aquel tan grande seguidor de soledad y quietud, en algunos de sus pecados decia que no tenia que responder, el cual habia cuarenta años qne era monge, y habia alcanzado gracia de lágrimas. Algunos hubo que de verdad me afirmaron que estando este padre en el yermo, daba de comer á un leon pardo por su mano. Y siendo tal, partió desta vida pidiéndosele tan estrecha cuenta, dejándonos inciertos cuál fuése su juicio, cuál su término, y cuál la sentencia de su causa. Hasta aquí son palabras de Sant Joan Clímaco, las cuales asaz declaran cuánto deban temer esta salida los descuidados y negligentes, pues en tanto estrecho se vieron en ella tan grandes sanctos.

Y si preguntares, cuál sea la causa por donde los sanctos tuvieron tan gran temor en este paso, á esto responde Sant Gregorio en el vigésimocuarto libro de los Morales, diciendo[1] : Los sanctos varones, considerando atentamente cuán justo sea el juez que les ha de tomar cuenta, cada dia ponen ante los ojos el término de su vida ; y examinan con cuidado, qué es lo que podrian responder al juez en esta demanda. Y si por ventura se hallan libres de todas las malas obras en que pudieron caer, temen si por ventura lo están de los malos pensamientos que en cada momento el corazon humano suele representar. Porque aunque sea fácil cosa vencer las tentaciones de las malas obras, no lo es defenderse de la guerra continua de los malos pensamientos. Y como quiera que en todo tiempo teman los secretos juicios deste tan justo juez, entónces señaladamente los temen, cuando se llegan ya á pagar la comun deuda de la naturaleza humana, y se ven acercar á la presencia de su juez. Y cresce aun este temor, cuando el ánima se quiere ya desatar de la carne, porque en este tiempo cesan los vanos pensamientos y fantasías de la imaginacion, y ninguna cosa deste siglo se representa al que está ya cási fuera del siglo. De manera que

[1] Cap. 16, 17, 18.

entónces los que están muriendo, solamente miran á sí, y á Dios, ante quien se hallan presentes, y todo lo demás (como ya no necesario) vienen á echar en olvido. Y si en este paso se acuerdan que nunca dejaron de hacer los bienes que entendian, temen si por ventura dejaron de hacer los que no entendian, porque no saben juzgarse ni conocerse perfectamente. Y por esto al tiempo de la salida, son combatidos con mayores y mas secretos temores, porque ven que de ahí á un poquito espacio hallarán lo que para siempre nunca mudarán. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio, las cuales bastantemente nos declaran cuánto mas para temer sea esta cuenta y esta hora, de lo que los hombres mundanos imaginan.

Pues si tan riguroso es este juicio, y si tanto y con tanta razon le temieron los sanctos, ¿qué será justo que hagan los que no lo son? ¿Los que la mayor parte de la vida gastaron en vanidades? ¿Los que tantas veces despreciaron á Dios? ¿Los que tan olvidados vivieron de su salud, y tan poca cuenta tuvieron para aparejarse para esta hora? Si tanto teme el justo, ¿qué debe hacer el pecador? ¿Qué hará la vara del desierto, cuando así estremece el cedro del monte Lybano? Y si, como dice Sant Pedro [1], el justo apénas se salvará, ¿el pecador y malo dónde parescerá? Dime pues: ¿qué sentirás en aquella hora, cuando salido ya desta vida, entres en aquel divino juicio, solo, pobre, y desnudo, sin mas valedores que tus buenas obras, y sin mas compañía que la de tu propria consciencia? Y esto en un tribunal tan riguroso, donde no se trata de perder la vida temporal, sino de vida y muerte perdurable. Y si en la tela deste juicio te hallares alcanzado de cuenta, ¿cuáles serán entónces los desmayos de tu corazon? ¿Cuán confuso te hallarás, y cuán arrepentido? Grande fué el desmayo de los príncipes de Judá [2] cuando vieron la espada vencedora de Sesach, rey de Egipto, volar por las plazas de Hierusalem [3], cuando por la pena del castigo presente conoscieron la culpa del yerro pasado. Mas ¿qué es todo esto

[1] I Petr. IV.
[2] III Reg. XIV, 25.
[3] II Par. XII.

en comparacion de la confusion en que allí los malos se verán? ¿ Qué harán ? ¿ Dónde irán ? ¿ Con qué se defenderán ? Lágrimas allí no valen ; arrepentimientos allí no aprovechan ; oraciones allí no se oyen ; promesas para adelante allí no se admiten ; tiempo de penitencia allí no se da ; porque acabado el postrer punto de la vida, ya no hay mas tiempo de penitencia. Pues riquezas, y linage, y favor del mundo, mucho ménos aprovecharán, porque, como dice el sabio [1] : No aprovecharán las riquezas en el dia de la venganza ; mas la justicia sola librará de la muerte. Pues cuando el ánima miserable se vea cercada de tantas angustias, ¿ qué hará, sino decir con el profeta [2] : Cercado me han gemidos de muerte, y dolores del infierno me han rodeado ? ¡ Oh miserable de mí, y en qué cerco me han puesto agora mis pecados ! ¡ Cuán súbitamente me ha salteado esta hora ! ¡ Cuán sin pensarlo se ha llegado ! ¡ Qué me aprovechan agora todas mis honras y dignidades pasadas ! ¡ Qué todos mis amigos y criados ! ¡ Qué todas las riquezas y bienes que poseí, pues agora me han de hacer pago con siete piés de tierra, y con una pobre mortaja ! Y lo que peor es, que las riquezas han de quedar acá para que las desperdicien otros, y los pecados que hice en mal ganarlas han de ir conmigo allá, para que lo pague yo. ¿ Qué me aprovechan otrosí agora todos mis deleites y contentamientos pasados, pues ya los deleites se acabaron, y no quedan agora mas que las heces dellos, que son los escrúpulos, y el remordimiento de la consciencia, las espinas que atraviesan agora mi corazon, y para siempre lo atormentarán ? ¿ Cómo no aparejé para esta hora ? ¿ Cuántas veces me avisaron desto, y me hice sordo ? ¿ Por qué aborrescí la disciplina, y no quise obedescer á mis maestros, ni hice caso de las voces de los que me enseñaban [3] ? En todo género de pecados he vivido en medio de la iglesia, y del pueblo.

Estas pues serán las ansias, las congojas, y las considera-

1 Prov. XI.
2 Psalm. CXIV.
3 Prov. V.

ciones de los malos en esta hora. Pues porque tú, hermano mio, no te veas en este aprieto, ruégote agora quieras de todo lo que hasta aquí está dicho, considerar y retener estos tres puntos en la memoria. El primero sea, considerar que tan grande ha de ser la pena que á la hora de la muerte recibirás por todas las ofensas que heciste contre Dios. El segundo, que tanto es lo que allí desearás haberle servido y agradado, para tenerle para aquella hora propicio. El tercero, qué linage de penitencia desearás allí hacer, si para esto se te diese tiempo: porque de tal manera trabajes por vivir agora, como entónces desearás haber vivido.

## CAPÍTULO VIII

Del octavo título por donde el hombre está obligado á la virtud, por causa de la segunda postrimería, que es el juicio final.

Despues de la muerte se sigue el juicio particular de cada uno, y despues deste, el universal de todos, cuando se cumplirá aquello que dice el apóstol[1] : Todos conviene que seamos presentados ante el tribunal de Cristo, para que dé cada uno cuenta del bien ó mal que hizo en este cuerpo. Y porque de las señales terribles que han de preceder á este juicio, y de toda la historia dél tratamos en otro lugar[2]; al presente no diré mas que del rigor de la cuenta que se ha de pedir en él, y lo que despues della se ha de seguir, para que por aquí vea el hombre cuánta obligacion tiene á la virtud.

Lo primero es tanto para sentir, que una de las cosas de que aquel sanctísimo Job mas se maravillaba, es ver cómo siendo el hombre una criatura tan liviana y tan mal inclinada, se pone un tan grande Dios en tanto rigor con ella, que no hay palabra, ni pensamiento, ni movimiento desordenado que no lo tenga escripto en los libros y procesos de

[1] II Cor. v.
[2] Libro de la Oracion en la consideracion del jueves en la noche.

su justicia para pedir dello muy menuda cuenta. Y así prosigue él á la larga esta materia, diciendo[1]: ¿Por qué, Señor, escondes tu cara de mí, y me tratas como á enemigo? ¿Por qué quieres declarar la grandeza de tu poder contra una hoja que se mueve á cada viento, y persigues una paja tan liviana? ¿Por qué escribes en tus libros contra mí las penas amarguísimas con que me has de castigar, y quieres consumirme por los pecados de mi mocedad? Pusiste mis piés en un cepo (prendiendo mis apetitos con la ley de tus mandamientos), y miraste con grande atencion todas las sendas de mi vida, y consideraste el rastro de mis pisadas, siendo yo como una cosa podrida, que dentro de sí se está consumiendo, y como una vestidura que se gasta con la polilla. Y prosiguiendo la mesma materia añade luego y dice así[2]: El hombre nascido de mujer vive poco tiempo, está lleno de muchas miserias, sale como una flor, y luego se marchita, y huye como sombra, y nunca permanesce en un mesmo estado. Y con ser el hombre este, ¿tienes por cosa digna de tu grandeza traer los ojos tan abiertos sobre todos los pasos de su vida, y ponerte con él á juicio? ¿Quién puede hacer limpia una criatura concebida de masa sucia, sino tú solo? Todas estas palabras dice el sancto Job, maravillándose grandemente de la severidad de la Divina justicia para con una criatura tan frágil, tan mal inclinada, y que tan fácilmente bebe los pecados como agua. Porque si este rigor fuera con los ángeles (que son criaturas espirituales y muy perfectas), no era tanto de maravillar; pero ser con hombres, cuyas malas inclinaciones son innumerables, y que con todo esto sea tan estrecha la cuenta de sus vidas, que no se les disimule una sola palabra ociosa, ni un punto de tiempo mal gastado, esto es cosa que sobrepuja toda admiracion. Porque ¿á quién no espantan aquellas palabras del Salvador[3]: En verdad os digo, que de cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres darán cuenta el dia del juicio? Pues

[1] Job, XIII.
[2] Ibid. XIV.
[3] Matth. XII.

si destas palabras (que á nadie hacen mal) se ha de pedir cuenta, ¿qué será de las palabras deshonestas, y de los pensamientos sucios, y de las manos sangrientas, y de los ojos adúlteros, y finalmente de todo el tiempo de la vida expendido en malas obras? Si esto es verdad (como lo es), ¿qué se puede decir del rigor deste juicio, que no sea ménos de lo que es? ¿Cuán asombrado quedará el hombre cuando en presencia de un tan gran senado se le haga cargo de una palabrilla que tal dia habló sin propósito? ¿Á quién no pone en admiracion esta tan nueva demanda? ¿Quién osara decir esto, si Dios no lo dijera? ¿Qué rey jamás pidió cuenta á alguno de sus criados de un cabo de una agujeta? ¡Oh alteza de la religion cristiana, cuán grande es la pureza que enseñas, y cuán estrecha la cuenta que pides, y con cuán riguroso juicio la examinas!

¿Cuál será tambien la vergüenza que allí los malos pasarán, cuando todas las maldades que ellos tenian encubiertas con las paredes de sus casas, y todas las deshonestidades que cometieron dende sus primeros años, con todos los rincones y secretos de sus consciencias, sean pregonadas en la plaza y ojos de todo el mundo? Pues ¿quién tendrá la consciencia tan limpia que no comience dende agora á mudar los colores, y temer esta vergüenza? Porque si descubrir el hombre sus culpas á un confesor en un fuero tan secreto como el de la confesion, es cosa tan vergonzosa, que algunos por esto se tragan el pecado y lo encubren, ¿qué hará allí la vergüenza de Dios, y de todos los siglos presentes, pasados y venideros? Será tan grande esta vergüenza, que como el profeta dice[1]: Darán voces á los montes, diciendo: ¡Oh montes! caed sobre nosotros, y sumidnos en los abismos, donde nunca mas parezcamos con tan grande vergüenza y confusion.

¿Pues qué será sobre todo esto esperar el rayo de aquella sentencia final, que dirá[2]: Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles? ¿Qué

1 Osee, x.
2 Matth. xxv.

sentirán los malaventurados con esta palabra? Si apenas podemos, dice el sancto Job[1], oir la mas pequeña de sus palabras, ¿ quién podrá esperar aquel espantoso trueno de su grandeza? Esta palabra será tan espantosa y de tanta virtud, que por ella se abrirá la tierra en un momento, y serán sumidos y despeñados en los abismos los que, como dice el mesmo Job[2], tañian aquí el pandero y la vihuela, y se holgaban con la suavidad y música de los órganos, y gastaban todos sus dias y horas en deleites. Esta caida escribe Sant Joan en el Apocalipsi por estas palabras[3] : Vi (dice él) un ángel que descendia del cielo con gran poder, y con tanta claridad, que hacia resplandescer toda la tierra, y dió una grande voz diciendo : cayó, cayó aquella gran ciudad de Babilonia, y es hecha morada de demonios, y cárcel de todos los espíritus sucios, y de todas las aves sucias y abominables. Y añade luego el Sancto Evangelista, diciendo : Que tomó el ángel una gran piedra de molino, y dejándola caer dende lo alto en la mar, dijo : con este ímpetu será arrojada aquella gran ciudad de Babilonia en el profundo, y nunca mas volverá á ser. Desta manera, pues, caerán los malos en aquel despeñadero, y en aquella cárcel de tinieblas y confusion, que son aquí entendidos por Babilonia.

Mas ¿ qué lengua podrá explicar la muchedumbre de penas que allí padescerán[4]? Allí arderán sus cuerpos en vivas llamas que nunca se apagarán. Allí estarán sus ánimas carcomiéndose y despedazándose con aquel gusano remordedor de la consciencia, que nunca cesará de morder. Allí será aquel perpetuo llanto y crugir de dientes, con que tantas veces nos amenazan las Escripturas divinas. Allí los malaventurados con una cruel desesperacion y rabia volverán las iras contra Dios y contra sí, comiendo sur carnes á bocados, rompiendo sus entrañas con sospiros, quebrantando sus dientes á tenazadas, y despedazando rabiosamente sus car-

1 Job. XXVI, in fine.
2 Job. XXI.
3 Apoc. XVIII.
4 Isai. LXVI; Marc. IX; Eccli. VII; Matth. VIII, XIII, XXII, XXIV, XXV; Luc. XIII.

nes con sus uñas, y blasfemando siempre del juez que así los mandó penar. Allí cada uno dellos maldirá su desastrada suerte y su desdichado nascimiento, repitiendo siempre aquellas tristes lamentaciones y palabras de Job, aunque con muy diferente corazon[1] : Perezca el dia en que nascí, y la noche en que fué dicho : concebido es este hombre. Aquel dia se vuelva en tinieblas; no tenga Dios cuenta con él, ni sea alumbrado con lumbre. Escurézcanlo las tinieblas y sombra de muerte; sea lleno de escuridad y amargura. En aquella noche corra un torbellino tenebroso, no sea contado en el número de los dias ni de los meses del año. ¿Por qué no me tomó la muerte en el vientre de mi madre? ¿Por qué luego como acabé de nascer no perescí? ¿Por qué me recibieron en el regazo? ¿Por qué me dieron leche á los pechos? Esta será la música, estas las canciones, estos los maitines continuos que aquellos malaventurados eternalmente cantarán. ¡Oh desdichadas lenguas, que ninguna otra palabra hablaréis sino blasfemias! ¡Oh miserables oidos, que ninguna otra cosa oiréis sino gemidos! ¡Oh desventurados ojos, que ninguna otra cosa veréis sino miserias! ¡Oh tristes cuerpos, que ninguna otro refrigerio tendréis sino llamas! ¿Cuáles estarán entónces los que toda su vida gastaron en deleites y pasatiempos? ¡Oh cuán breve delectacion hizo tan larga soga de miserias! ¡Oh locos y desventurados! ¿Qué os aprovechan agora todos aquellos pasatiempos de que tan poco espacio gozastes, pues agora eternalmente lloraréis? ¿Qué se hicieron vuestras riquezas[2]? ¿Dónde están vuestros tesoros? ¿Dónde vuestros deleites y alegrías? Pasáronse los siete años de fertilidad, y sucedieron otros siete de tanta esterilidad, que se tragaron toda la abundancia de los pasados, sin que quedase della rastro ni memoria[3]. Peresció ya vuestra gloria, y hundióse vuestra felicidad en ese piélago de dolor. Á tanta esterilidad sois venidos, que ni una sola gota de agua se os concede para templar esa tan rabiosa sed que os atormenta[4]. Y no

[1] Job. III.
[2] Sap. V.
[3] Genes. XLI.
[4] Luc, XVI.

solo no os aprovechará esa prosperidad, mas ántes esa es una de las cosas que mas cruelmente os atormentará. Porque ahí se cumplirá aquello que se escribe en el libro de Job[1]: conviene á saber, que la dulcedumbre de los malos vendria á parar en gusanos, cuando, como declara Sant Gregorio[2], la memoria de los deleites pasados les haga sentir mas el amargura de los dolores presentes, acordándose de la manera que un tiempo se vieron, y de la que agora se ven, y como por lo que tan presto se acabó, padescen lo que nunca se acabará. Entónces claramente conoscerán la burla del enemigo, y caidos ya en la cuenta (aunque tarde) comenzarán á decir aquellas palabras del libro de la Sabiduría[3]: ¡Desventurados de nosotros! ¡Cómo se ve agora que erramos el camino de la verdad, y que la lumbre de justicia no nos alumbró, y que el sol de inteligencia no salió sobre nosotros! Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdicion, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor tan llano nunca supimos atinarlo. Estas serán las querellas, este el arrepentimiento, esta la penitencia perpetua que allí los malaventurados harán, la cual nada les aprovechará; porque ya pasó el tiempo de aprovechar.

Todas estas cosas bien consideradas son un grande estímulo y despertador de la virtud, y así por este medio nos incita muchas veces á ella el bienaventurado Sant Crisóstomo en muchos lugares de sus Homilías, donde dice así: Porque trabajes que tu ánima sea templo y morada de Dios, acuérdate de aquel terrible y espantoso dia en que todos habemos de asistir ante el trono de Cristo, para dar razon de todas nuestras obras[4]. Mira, pues, de la manera que este Señor viene á juzgar vivos y muertos. Mira cuántos millares de ángeles le vienen acompañando, y haz cuenta que tus oídos oyen ya el sonido de aquella temerosa voz de Cristo

1 Job, XXIV.
2 Lib. XV Mor., cap. 26; lib. XVI, cap. 31.
3 Sap. V.
4 Chrys. in Psalm. VII circa med. et deinceps, et t. II, ex cap. XXV Matth.; hom. LXXXIX ex c. XVI; hom. LIX, et tom. III, ex c. V. Joan.; hom. XXXVIII, et in imper. hom. XIX; Matth. XIII, XXV.

que ha de sentenciar al mundo; mira cómo despues desta sentencia unos son echados en las tinieblas exteriores, otros despedidos de las puertas del cielo, despues del mucho trabajo de su virginidad; otros atados como haces de mala yerba, son lanzados en el fuego, y otros entregados al gusano que nunca muere, y al perpetuo llanto y crugir de dientes. Pues siendo esto así, ¿por qué no clamarémos agora con el profeta, diciendo[1]: ¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré dia y noche? Por tanto, venid agora, hermanos, que es tiempo, y prevengamos al juez con la confesion de nuestras culpas, pues está escripto[2]: En el infierno, Señor, ¿quién se confesará á ti?

Miremos atentamente que nos dió nuestro Señor dos ojos, dos oidos, dos piés y dos manos, por donde si perdemos el uno destos miembros, con el otro nos remediamos; pero ánima no nos dió mas que una, pues si esta se condena, ¿con qué vivirémos aquella inmortal y gloriosa vida? Tengamos, pues, sumo cuidado della, pues ella es la que juntamente con el cuerpo ha de ser juzgada ó defendida, y la que ha de parecer ante el tribunal de Cristo, donde si te quisieres excusar, diciendo que los dineros te engañaron, responderte ha el juez, que ya te habia él avisado, diciendo[3]: ¿Qué aprovecha al hombre alcanzar el señorío de todo el mundo, si viene á perder su ánima y padescer detrimento en sí mesmo? Si dijeres: el diablo me engañó, decirte ha él tambien, que no le aprovechó á Eva decir[4]: La serpiente me engañó.

Lee las Escripturas sagradas y mira cómo el profeta Hieremías vió primero una vara que velaba[5], y despues una gran caldera de metal puesta sobre las brasas, que hervia, para darnos á entender de la manera que procede Dios con el hombre, primero amenazando, y despues castigando. Mas el que no quisiere recebir la correccion de la vara que ame-

[1] Jerem. IX.
[2] Psalm. VI.
[3] Matth. XVI; Marc. VIII; Luc. IX.
[4] Genes. III.
[5] Jerem. I.

naza, padecerá despues el tormento de la caldera que hierve. Lee tambien las escripturas del Evangelio, y ahí verás como nadie ayudó á todos aquellos que por el Señor fueron condenados : no hermano á hermano, ni amigo á amigo, ni hijo á padre, ni padre á hijo. ¿Mas qué digo destos, que sor hombres pecadores, pues ni aunque venga Noé, Daniel y Job, serán poderosos para mudar la sentencia del juez[1]? Si no mira tú aquel que fué desechado del convite de las bodas, cómo ninguno habló palabra por él[2]. Mira tambien cómo nadie rogó por aquel que habia recebido el talento de su señor, y no quiso negociar con él[3]. Mira otrosí las cinco vírgenes despedidas de las puertas del cielo, sin que nadie abogase por ellas, las cuales Cristo llamó locas, porque despues de haber despreciado los deleites de la carne, y mortificado el fuego de la concupiscencia, en cabo fueron tenidas por locas; porque habiendo guardado el consejo grande de la virginidad, no guardaron el mandamiento pequeño de la humildad, pues se ensoberbescieron con la gloria de su virginidad. Tambien habrás oido cómo aquel rico avariento[4] que nunca tuvo compasion de Lázaro, estando ardiendo en el lugar de la venganza, deseó una gota de agua, y no por eso el sancto patriarca quiso mitigar con tan pequeño socorro el tormento de su pasion. Pues siendo esto así, ¿por qué no nos ayudarémos con caridad unos á otros? ¿Por qué no darémos gloria á Dios ántes que se nos ponga el sol de justicia, y se nos cierre el dia? Mejor es traer aquí un poco la lengua seca á poder de ayunos, que trayéndola contenta y regalada desear allí una gota de agua y no alcanzarla. Y si somos tan delicados que apénas podemos sufrir aquí una calentura de tres dias, ¿cómo sufrirémos allí el fuego de una eternidad? Si nos espanta una sentencia de muerte de un juez de la tierra que nos priva de cuarenta ó cincuenta años de vida; ¿cómo no temerémos la sentencia de aquel juez

[1] Ezech. XIV.
[2] Matth. XXII.
[3] Ibid. XXV.
[4] Luc. XVI

que priva de la vida perdurable? Espántanos ver algunas maneras de justicias rigorosas que se hacen acá en la tierra contra los malhechores, cuando vemos cómo los verdugos los llevan por fuerza, cómo los azotan, descoyuntan, desmiembran, despedazan y abrasan con planchas de fuego. ¿Pues qué es todo esto sino risa y sombra en comparacion de los tormentos de la otra vida? Porque todo esto finalmente con la vida se acaba: mas allí, ni el gusano muere, ni la vida fenesce, ni el atormentador se cansa, ni el fuego se apagará jamás. De manera que todo cuanto quisieres comparar con estas penas, sea fuego, sea hierro, sean bestias, sea otro cualquier tormento, todo es como sueño y sombra en su comparacion.

Pues los malaventurados que despedidos de aquellos tan grandes bienes fueren condenados á estos males, ¿qué harán? ¿qué dirán? ¿cómo se acusarán? ¿cómo gemirán y sospirarán? Y todo en vano. Porque ni los marineros despues de sumido el navío sirven para nada, ni los médicos despues que el enfermo acabó la vida. Pues entónces vendrán (aunque tarde) á caer en la cuenta de sus yerros, y allí será decir: esto ó lo otro nos convenia hacer, y bien fuimos muchas veces avisados dello y no nos aprovechó. Porque tambien entónces los judíos conoscerán al que vino en el nombre del Señor; mas no les aprovechará este conoscimiento, porque no lo tuvieron en su tiempo. Mas ¿qué podrémos (¡miserables de nosotros!) alegar en este dia, cuando el cielo y la tierra, y el sol y la luna, los dias y las noches, y todo el mundo estará dando voces contra nosotros, y testificando nuestros males? ¿Y dónde (aunque todas las cosas callen) nuestra mesma consciencia se levantará contra nosotros y nos acusará? Cuasi todas estas son palabras de Sant Crisóstomo, por las cuales verá el hombre el temor que debe siempre tener deste dia, si se halla alcanzado de cuenta. Así muestra que lo tenia Sant Ambrosio (aunque estaba tan bien apercebido) el cual escribiendo sobre Sant Lúcas, dice así: ¡Ay de mí, si no llorare mis pecados! ¡ay de mí, si no me levantare á la media noche á confesar, Señor, tu sancto nombre! ¡ay de mí, si en-

gañare á mi prójimo! ¡si no hablare verdad! porque ya está puesto el cuchillo á la raiz del árbol. Por tanto trabaje por dar fructo el que pudiere, de gracia, y el que es deudor de penitencia. Porque el Señor está cerca, que viene á buscar el fructo, el cual dará vida á los fieles trabajadores, y condenará á los estériles y negligentes.

## CAPÍTULO IX

Del noveno título que nos obliga á la virtud, que es la tercera de nuestras postrimerías, la cual es la gloria del paraíso.

Bastaba cualquier cosa de las susodichas para inclinar nuestros corazones al amor de la virtud. Mas porque es tan grande la rebeldía del corazon humano, que muchas veces ni con todo esto se vence, añadiré aquí otro motivo no ménos eficaz que los pasados, que es la grandeza del premio que se promete á la virtud, que es la gloria del paraíso. Donde se nos ofrescen dos cosas señaladas que considerar: la una es la hermosura y excelencia deste lugar (que es el cielo Empíreo) y la otra es la hermosura y excelencia del Rey que mora en él con todos sus escogidos.

Y cuanto á lo primero, qué tan grande sea la hermosura y riquezas deste lugar, no hay lengua mortal que lo pueda explicar. Mas todavía por algunas conjecturas podrémos como de léjos barruntar algo de lo que esto es. Entre las cuales la primera es el fin desta obra; porque esta es una de las circunstancias que mas suelen declarar la condicion y excelencia de las cosas. Pues el fin para que nuestro Señor edificó y aparejó este lugar, es para manifestacion de su gloria. Porque aunque todas las cosas haya criado este Señor para su gloria, como dice Salomon[1], pero esta señaladamente se dice haber criado para este fin: porque en ella singularmente resplandesce la grandeza y magnificencia dél. Por donde así como aquel grande rey Assuero, que reinó en

[1] Prov. XVI.

Asia sobre ciento y veinte y siete provincias[1], celebró un convite solemnísimo en la ciudad de Susa por espacio de ciento y ochenta dias, con toda la opulencia y grandeza que se puede imaginar, para descubrir por este medio á todos sus reinos la grandeza de su poder y de sus riquezas, así tambien este rey soberano determinó hacer en el cielo otro convite solemnísimo, no por espacio de ciento y ochenta dias, sino de toda la eternidad, para manifestar en él la inmensidad de sus riquezas, de su sabiduría, de su largueza y de su bondad. Este es el convite de que habla Isaías, cuando dice[2]: Hará el Señor en este monte un solemne convite á todos los pueblos, de vinos y manjares muy delicados, esto es, de cosas de grandísimo valor y suavidad. Pues si este tan solemne convite hace Dios á fin de que por él sea manifestada la grandeza de su gloria, y esta gloria es tan grande, ¿qué tal será la fiesta y las riquezas que para este propósito servirán?

Esto se entenderá aun mas claramente, si consideramos la grandeza del poder y de las riquezas deste Señor. Es tan grande su poder, que con una sola palabra crió toda esta máquina tan admirable del mundo, y con otra sola la podria destruir; y no solo un mundo, mas mil cuentos de mundos podria él criar con una sola palabra, y tornarlos á deshacer con otra. Y demas desto, lo que hace, hácelo tan sin trabajo, que con la facilidad que crió la menor de las hormigas, crió el mayor de los serafines; porque no gime, ni suda debajo de la carga mayor, ni se alivia con la menor, porque todo lo que quiere puede, y todo lo que quiere obra con solo querer. Pues dime agora : si la omnipotencia deste Señor es tan grande, y la gloria de su sancto nombre tan grande, y el amor della tan grande, ¿cuál será la casa, la fiesta y el convite que tendrá aparejado para este fin ? ¿Qué falta aquí para que no sea perfectísima esta obra? Falta de manos aquí no la hay, porque el Hacedor es infinitamente poderoso. Falta de cabeza aquí no la hay, porque es infinitamente sabio. Falta de querer aquí no la hay, porque es infinitamente bueno.

[1] Esth. I.
[2] Isai. XXV.

Falta de riquezas aquí no la hay, porque él es el piélago de todas ellas. Pues luego ¿qué tal será la obra donde tales aparejos hay para que sea tan grande? ¿Qué tal será la obra que saldrá desta oficina donde concurren tales oficiales, como son la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo, y la bondad del Espíritu Sancto? ¿Donde la bondad quiere, la sabiduría ordena, y la omnipotencia puede todo aquello que quiere la infinita bondad, y ordena el infinito saber, aunque todo esto sea uno en todas las divinas personas?

Hay otra consideracion para este propósito semejante á esta. Porque no solo aparejó Dios esta casa para honra suya, sino tambien para honra y gloria de todos sus escogidos. Pues qué tan grande sea el cuidado que este Señor tiene de honrarlos, y de cumplir aquello que él mesmo dijo[1] : Yo honro á los que me honran; claramente se ve por las obras, pues aun viviendo ellos en este mundo, puso debajo de su obediencia el señorío de todas las cosas[2]. ¿Qué cosa es ver al sancto Josué[3] mandar al sol que se parase en medio del cielo, y que, como si él tuviera en la mano las riendas de toda la máquina del mundo, así lo hiciese detener, obedesciendo (como dice la Escriptura) Dios á la voz de un hombre[4]? ¿Qué cosa es ver al profeta Isaías dar á escoger al rey Ezequías, qué queria que hiciese del mesmo sol[5]? ¿Si queria que le mandase ir adelante, ó que volviese atrás? Que con la mesma facilidad que haria lo uno, haria otro[6]. ¿Qué cosa es ver al profeta Elías suspender las aguas y las nubes del cielo por todo el tiempo que quiso, y mandarlas otra vez volver con la virtud y palabra de su oracion[7]? Y no solo en la vida, sino tambien en muerte los honró tanto, que dió este mesmo señorío y poder á sus huesos y cenizas. ¿Quién no alaba á Dios viendo que los huesos de Eliseo muerto resuscitaron un

[1] I Reg, II.
[2] Psalm. VIII.
[3] Jos. X.
[4] Eccli XLVI.
[5] Isai. XXXVIII.
[6] IV Reg. XX.
[7] III Reg. XVII, XVIII.

muerto, que acaso unos ladrones echaron en su sepulcro[1]? ¿Quién no ve el regalo de Dios para con sus sanctos, cuando lee que el dia de la pasion de Sant Clemente mártir, se abria la mar por espacio de tres millas, para que entrasen los hombres á ver los huesos de un hombre que padesció trabajos por su amor? Á la cadena de Sant Pedro quiso Dios que se hiciese fiesta general en toda la Iglesia, para que se vea en cuánto estima él los cuerpos de los sanctos, pues las cadenas infames de las cárceles, por haber tocado en ellos, quiere que se tengan en tanta veneracion. Mas ¿qué es todo esto en comparacion de aquella honra tan grande que hizo Dios, no ya á la cadena deste apóstol, ni á sus huesos, ni á su cuerpo, sino á la sombra de su cuerpo, pues le dió aquella virtud que escribe Sant Lúcas en los Actos de los Apóstoles[2], que todos los enfermos que tocaban en ella, sanaban? ¡Oh admirable Dios! ¡Oh sumamente bueno, y honrador de buenos! pues dió á este hombre lo que para sí no tomó; porque no se lee de Cristo que con su sombra sanase los enfermos, como se lee de Sant Pedro. Pues si en tanta manera es amigo Dios de honrar sus sanctos (aun en el tiempo y lugar que no es proprio de galardonar, sino de trabajar), ¿qué tal podrémos entender que será la gloria que él tiene deputada para honrarlos, y para ser honrado en ellos? Quien tanto desea honrarlos, y tanto puede y sabe hacer en que los honre ¿qué es lo que les debe tener allá aparejado para esto?

Considera otrosí demas desto, cuán largo sea este Señor en pagar los servicios que se le hacen. Mandó Dios al patriarca Abraham que le sacrificase un hijo que tanto amaba[3], y estando él para sacrificarlo, díjole Dios: no lo sacrifiques; porque ya tengo vista tu lealtad y obediencia. Mas yo te juro por quien yo soy, de darte por ese hijo tantos hijos cuantas estrellas hay en el cielo, y arenas en la mar, y entre ellos uno, que sea Salvador del mundo, el cual sea juntamente hijo tuyo, y Hijo de Dios. ¿Paréscete que es buena paga esta?

[1] IV Reg. XIII.
[2] Act. V.
[3] Gen. XXII.

Esta es paga digna de Dios, porque Dios en todas las cosas ha de ser Dios : Dios en pagar, y Dios en castigar, y Dios en todo lo demas.

Púsose David una noche á pensar como él tenia casa, y el arca de Dios no la tenia, y trató en su pensamiento de edificarle una casa[1]. Otro dia por la mañana invióle Dios un profeta que le dij se : Porque trataste en tu corazon de edificarme una casa, yo te juro de edificar para ti y para tus descendientes una casa eterna y un reino perpetuo, de quien nunca jamás apartaré mi misericordia. Así lo dijo, y así lo cumplió ; porque hasta que vino Cristo reinaron hombres de la familia de David en la casa de Israel; y luego nasció Cristo, hijo de David, que en los siglos de los siglos reinará en ella[2]. Pues si no es otra cosa la gloria del paraíso, sino una gratificacion y paga universal de los servicios de todos los sanctos, y tan largo es este Señor en esta parte, ¿ qué tal podrémos por aquí conjecturar, que será esta gloria ? Aquí hay mucho que pensar y que ahondar.

Hay tambien otra conjectura para esto, que es considerar cuán grande sea el precio que Dios pide por esta gloria, siendo él tan liberal y tan magnífico como es. Pues para darnos esta gloria no se contentó con otro menor precio, despues del pecado, que la sangre y muerte de su Unigénito Hijo. De manera que por la muerte de Dios se da al hombre vida de Dios; por las tristezas de Dios se le da alegría de Dios, y porque estuvo Dios en la cruz entre dos ladrones, se da al hombre que esté entre los coros de los ángeles. Pues dime agora (si se puede decir) : ¿ cuál es aquel bien que para que se te diese fué menester que sudase Dios gotas de sangre, y que fuese preso, azotado, escupido, abofeteado y puesto en cruz? ¿Qué es lo que tendrá Dios aparejado (siendo como es tan magnífico), para dar por este precio? Quien supiese ahondar en este abismo, mas entenderia por aquí la grandeza de la gloria, que por todos los otros medios que se pueden imaginar.

Y demas desto nos pide este Señor, como por añadidura,

[1] II Reg. VII.
[2] Luc. I.

lo último que se puede á un hombre pedir[1]. Esto es, que tomemos nuestra cruz á cuestas, y que saquemos el ojo derecho si nos escandalizare, y que no tengamos ley con padre ni madre, ni con otra cosa criada, cuando se encontrare con lo que manda Dios. Y sobre todo esto que por nuestra parte hacemos, dice aquel soberano Señor, que nos da la gloria de gracia[2]. Y así dice por Sant Juan[3] : Yo soy principio y fin de todas las cosas; yo daré al que tuviere sed á beber agua de vida de balde. Pues dime agora : ¿qué tal bien será aquel por quien tanto nos pide Dios? ¿Y despues de todo esto dado, dice que nos lo da de balde? Y digo de balde, mirando lo que nuestras obras por sí valen, no por el valor que por parte de la gracia tienen. Pues dime, si este Señor es tan largo en hacer mercedes; si su divina magnificencia concedió en esta vida á todos los hombres tantas diferencias de cosas; si á todos indiferentemente sirven las criaturas del cielo y de la tierra; y de los justos é injustos es comun la posesion deste mundo, ¿qué bienes tendrá guardados para solos los justos? Quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿qué dará á quien los tuviere debidos? Quien tan liberal es en hacer mercedes, ¿cuánto mas lo será en pagar servicios? Si tan inestimable es la largueza del que da, ¿cuánta será la magnificencia del que restituye? Sin duda no se puede con palabras delarar la gloria que dará á los agradescidos, pues tales cosas dió aun á los ingratos.

§ II

Tambien declara algo desta gloria el sitio y alteza del lugar diputado para ella, que es el cielo Empíreo, el cual así como es el mayor de todos los cielos, así es el mas noble y mas hermoso, y de mayor dignidad. Llámase en la Escriptura tierra de los que viven[4]; por donde entenderás que esta

1 Matth. x, xvi; Luc. ix, xiv; Marc. ix, etc.
2 Matth. v.
3 Apoc. xxi.
4 Psalm. xxvi.

en que aquí moramos, es tierra de los que mueren. Pues si en esta tierra de muertos hay cosas tan excelentes y tan vistosas, ¿qué habrá en aquella tierra de los que para siempre viven? Tiende los ojos por todo este mundo visible, y mira cuántas y cuán hermosas cosas hay en él. ¿Cuánta es la grandeza de los cielos, cuánta la claridad y resplandor del sol, y de la luna, y de las estrellas? ¿Cuánta la hermosura de la tierra, de los árboles, de las aves y de todos los otros animales? ¿Qué es ver la llanura de los campos, la altura de los montes, la verdura de los valles, la frescura de las fuentes, la gracia de los rios repartidos como venas por todo el cuerpo de la tierra? y sobre todo la anchura de los mares poblados de tantas diversidades y maravillas de cosas. ¿Qué son los estanques y lagunas de aguas claras, sino unos como ojos de la tierra, ó como espejos del cielo? ¿Qué son los prados verdes entretejidos de rosas y flores, sino como un cielo estrellado en una noche serena? ¿Qué diré de las venas de oro y plata, y de otros tan preciosos metales? ¿Qué de los rubíes, y esmeraldas, y diamantes, y otras piedras preciosas, que paresceń competir con las mesmas estrellas en claridad y hermosura? ¿Qué de las pinturas y colores de las aves, de los animales, de las flores y de otras cosas infinitas? Juntóse con la gracia de la naturaleza tambien la del arte, y doblóse la hermosura de las cosas. De aquí nascieron las vajillas de oro resplandescientes, los debujos perfectos y acabados, los jardines bien ordenados, los edificios de los templos y de los palacios reales, vestidos de oro y mármol, con otras cosas innumerables. Pues si en este elemento que es el mas bajo de todos (segun dijimos), y tierra de los que mueren, hay tantas cosas que deleitan, ¿ qué habrá en aquel supremo lugar, que cuanto está mas alto que todos los cielos y elementos, tanto es mas noble, mas rico y mas hermoso? Especialmente si consideramos que estas cosas del cielo que se descubren á nuestros ojos (como son las estrellas, el sol y la luna) sobrepujan en claridad, virtud, hermosura y perpetuidad á todas las cosas de acá con tan grandes ventajas : pues ¿qué será lo que desotra banda está descubierto á los ojos in-

mortales? Apénas se puede esto bastantemente conjecturar.

Sabemos tambien que tres maneras de lugares convienen al hombre en tres diferencias de tiempos que tiene de vida. El primero es el vientre de su madre despues de concebido, el segundo es este mundo despues de nascido, el tercero es el cielo despues de muerto, si hubiere bien vivido. Entre estos tres lugares hay esta órden y proporcion : que la ventaja que hace el segundo al primero, esa hace el tercero al segundo, así en la duracion, como en la grandeza y hermosura y en todo lo demas. Y en la duracion está claro; porque la duracion de la vida del primero es de nueve meses, la del segundo, á veces pasa de cien años ; mas la del tercero dura para siempre. Item la grandeza del primero es del tamaño del vientre de una mujer, la del segundo es todo este mundo visible; mas la del tercero, segun esta proporcion, es tanto mayor que la del segundo, cuanto la del segundo es mayor que la del primero. Y la ventaja que en esto le hace, esa mesma le hace en la riqueza, en la hermosura y en todo lo demas. Pues si este mundo es tan grande y tan hermoso (como habemos dicho), y estotro le excede con tan grandes ventajas (como agora decimos), ¿qué tanta podrémos por aquí entender será la grandeza y hermosura dél?

Tambien nos declara esto la diferencia de los moradores destos dos lugares ; porque la forma y excelencia de los edificios ha de ser conforme á la condicion de los moradores dellos. Esta es pues (como decíamos) tierra de los que mueren, aquella de los que viven; esta de pecadores, aquella de justos ; esta de hombres, aquella de ángeles ; esta de penitentes, aquella de perdonados ; esta de los que pelean, aquella de los que triunfan ; finalmente, esta de amigos y enemigos, aquella de solos amigos y escogidos. Pues siendo tan diferentes los moradores destos dos lugares, ¿ qué tanto lo serán los mesmos lugares, pues todos los lugares crió Dios conforme á los moradores dellos? Verdaderamente gloriosas cosas nos han dicho de ti, ciudad de Dios[1]. Grande eres en tu anchura,

[1] Psalm. LXXXVI.

hermosísima en la hechura, preciosísima en la materia, nobilísima en la compañía, suavísima en los ejercicios, riquísima en todos los bienes, y libre y exempta de todos los males. En todo eres grande, porque es grandísimo el que te hizo, y altísimo el fin para que te hizo, y nobilísimos aquellos bienaventurados moradores para quien te hizo.

## § III

Todo esto pertenesce á la gloria accidental de los sanctos. Mas aun hay otra gloria sin comparacion mayor, que es la que llaman esencial; la cual consiste en la vision y posesion del mesmo Dios, de la cual dice Sant Augustin [1] : El premio de la virtud será el mesmo que dió la virtud, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio. De manera que este galardon es el mayor que puede ser; porque ni es cielo, ni tierra, ni mar, ni otra alguna criatura, sino el mesmo Criador y Señor de todo, el cual aunque sea uno, y simplicísimo bien, en él está la suma de todos los bienes.

Para cuyo entendimiento es de saber que una de las grandes maravillas que hay en aquella divina substancia, es, que con ser una y simplicísima, encierra en sí con infinita eminencia las perfecciones de todas las cosas criadas. Porque como él sea el hacedor y criador dellas, y el que las gobierna y encamina á sus últimos fines y perfecciones, no puede él carescer de lo que da, ni estar falto en sí de lo que parte con los otros. De donde nasce que todos aquellos bienaventurados espíritus, en él solo gozarán y verán todas las cosas, cada uno segun la parte que le cupiere de gloria. Porque así como agora las criaturas son espejo en que en alguna manera se ve la hermosura de Dios, así entónces Dios será espejo en que se vea la de las criaturas: y esto muy mas perfectamente que si se viesen en sí mesmas. De manera que allí será Dios bien universal de todos los sanctos, y perfecta felicidad y cumplimiento de todos sus deseos. Allí será espejo á nuestros

[1] Lib. XXII de Civitate Dei, c. 30, t. V.

ojos, música á nuestros oídos, miel á nuestro gusto, y bálsamo suavísimo al sentido del oler. Allí verémos la variedad y hermosura de los tiempos, la frescura del verano, la claridad del estío, la abundancia del otoño, y el descanso y reposo del invierno, y allí finalmente estará todo lo que á todos estos sentidos y potencias de nuestra ánima puede alegrar. Allí (como dice Sant Bernardo) será Dios plenitud de luz á nuestro entendimiento, muchedumbre de paz á nuestra voluntad, y continuacion de eternidad á nuestra memoria. Allí parescerá ignorancia la sabiduría de Salomon, y fealdad la hermosura de Absalom, y flaqueza la fortaleza de Samson, y mortalidad la vida de los primeros hombres del mundo, y pobreza la riqueza de todos los reyes de la tierra.

Pues, ¡ oh hombre miserable ! si esto es así (como de verdad lo es), ¿ en qué te andas por la tierra de Egipto [1] buscando pajas y bebiendo en todos los charquillos de agua turbia, dejando aquella vena de felicidad y fuente de aguas vivas? ¿Por qué andas mendigando y buscando á pedazos lo que hallarás recogido y aventajado en este todo ? Si deleites deseas, levanta tu corazon, y considera cuán deleitable será aquel bien que contiene en sí los deleites de todos los bienes. Si te agrada esta vida criada, ¿ cuánto mas aquella que todo lo crió? Si te agrada la salud hecha, ¿ cuánto mas aquella que todo lo hizo? Si es dulce el conoscimiento de las criaturas, ¿ cuánto mas el del mesmo Criador? Si te deleita la hermosura, él es de cuya hermosura el sol y la luna se maravillan. Si el linage y la nobleza, él es el primer orígen y solar de toda nobleza. Si larga vida y sanidad, allí hay sanidad y longura de dias. Si hartura y abundancia, allí está la suma de todos los bienes. Si música y melodía, allí cantan los ángeles, y suenan dulcemente los órganos de los sanctos en la ciudad de Dios. Si te deleitan las amistades y la buena compañía, allí está la de todos los escogidos, hechos un ánima y un corazon. Si honras y riquezas, gloria y riquezas hay en la casa del Señor. Finalmente si deseas carescer de todo género de trabajos y penas, allí es donde está la libertad y exempcion de

[1] Exod. v; Jerem. II.

todas ellas. Al octavo dia mandó Dios celebrar el sacramento de la Circuncision en la vieja ley [1], para dar á entender que al octavo dia de la resurreccion general (que sucederá á la semana desta vida), circuncidará Dios todos los trabajos y penas de aquellos que por su amor hubieren circuncidado todas sus demasías y culpas. Pues ¿qué cosa mas bienaventurada que una tal manera de vida, tan libre de todo género de miserias? donde (como dice Sant Augustin [2]), no habrá jamas temor de pobreza, no flaqueza de enfermedades; donde ninguno se aira, ninguno tiene invidia de otro, ninguna necesidad de comer ni de beber, ninguna ambicion de honras ni de poderes mundanos, ningunas asechanzas del demonio, ningun temor de penas del infierno, muerte, ni de cuerpo ni de ánima; sino vida siempre alegre con gracia de inmortalidad. No habrá allí jamás discordia, porque todas las cosas están en suma paz y concordia.

Á todo esto se añade el vivir en compañía de los ángeles, y gozar de la vista de todos aquellos soberanos espíritus, y ver los ejércitos de los sanctos, mas claros que las estrellas del cielo, resplandesciendo con la sanctidad y obediencia de los patriarcas, con la esperanza de los profetas, con las coronas coloradas de los mártires, y con las guirnaldas blancas y floridas de las vírgenes. Mas del Rey soberano que en medio dellos reside, ¿qué lengua podrá hablar? ciertamente si nos fuese necesario padescer cada dia tormentos, y sufrir por algun tiempo las mesmas penas del infierno por ver á este Señor en su gloria, y gozar de la compañía de sus escogidos, ¿no seria bien empleado pasar todo esto por gozar de tanto bien? Hasta aquí son palabras de Sant Augustin [3].

Pues si tan grande y tan universal es este bien, ¿cuál será la felicidad y gloria de aquellos bienaventurados ojos que en él se apacenterán? ¿Qué será ver la hermosura de aquella ciudad? ¿la gloria de aquellos ciudadanos? ¿la cara del Criador? ¿la gracia de aquellos edificios? ¿la riqueza de

[1] Gen. XVII; Lèv. XII.
[2] In Soliloq., c. 35.
[3] In Manual., c. 15.

aquellos palacios ? ¿ y el alegría comun de aquella patria ? ¿ Qué será ver las órdenes de aquellos bienaventurados espíritus, y la autoridad de aquel sacro senado, y la majestad de aquellos nobles ancianos, que vió Sant Joan asentados en sus tronos en presencia de Dios [1] ? ¿ Qué será oir aquellas voces angélicas, y aquellos cantores y cantoras, y aquella música tan acordada, no de cuatro voces, como la de acá, sino de tantas diferencias de voces, cuanto es el número de los escogidos ? ¿ Qué alegría será oirles cantar aquella suavísima cancion que les oyó Sant Joan en el Apocalipsi, cuando decian [2] : Bendicion, y claridad, y sabiduría, y hacimiento de gracias, honra, y virtud, y fortaleza sea á nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amen ? Y si es tan deleitable cosa oir esta consonancia y armonía de voces, ¿ cuánto mas lo será ver la concordia de los cuerpos y ánimas tan conformes ? Y ¿ cuánto mas la de los hombres y ángeles ? Y ¿ cuánto mas la de los hombres y Dios ? Y sobre todo esto, ¿ qué será ver aquellos campos de hermosura ? ¿ aquellas fuentes de vida ? ¿ aquellos pastos abundosos sobre los montes de Israel [3] ? ¿ Qué será asentarse á aquella mesa, y tener silla entre tales convidados, y meter la mano con Dios en un plato, que es gozar de su mesma gloria ? Allí descansarán, y gozarán, y cantarán, y alabarán, y saliendo hallarán pastos de inestimable suavidad. Pues si tales y tan grandes bienes promete nuestra sancta fe católica en premio de la virtud, ¿ cuál es el ciego y desatinado que no se mueve á ella con la esperanza de tan grande galardon ?

## CAPÍTULO X

Del décimo título por el cual estamos obligados á la virtud, que es la cuarta postrimería del hombre ; donde se trata de las penas del infierno.

Bastaba la menor parte deste galardon para mover nuestros

[1] Apoc. IV.
[2] Ibid. VII.
[3] Ezech. XXXIV.

corazones al amor de la virtud, por la cual tanto bien se alcanza. Pues ¿qué será, si con la grandeza desta gloria juntamos tambien la grandeza de la pena que está á los malos aparejada? Porque no se puede aquí el malo consolar diciendo: si fuere malo, todo lo hace no ir á gozar de Dios; y en lo demás ni tendré pena ni gloria. No es así, sino que forzadamente nos ha de caber una destas dos suertes tan desiguales: porque ó habemos de reinar para siempre con Dios, ó arder para siempre con los demonios, ca no se da medio entre estos dos extremos, sino es el limbo, ó el purgatorio. Estas son en figura aquellas dos canastas que mostró Dios al profeta Hieremías ante las puertas del templo en una vision [1]: la una llena de higos buenos, en gran manera buenos, y la otra de higos malos, y tan malos, que no se podian comer. En la cual quiso significar Dios al profeta dos maneras de personas, unas con quien habia de usar de misericordia, y otras con quien habia de usar de justicia; y la suerte de los unos era tan buena, que no podia ser mejor, y la de los otros tan mala, que no podia ser peor: pues la suerte de los buenos es ver á Dios, que es el mayor bien de los bienes, y la de los malos carescer eternalmente de Dios, que es el mayor mal de los males.

Esto debian considerar los que se atreven á cometer un pecado mortal, para ver la carga que toman sobre sí. Los hombres que viven de llevar y traer cargas acuestas, cuando son alquilados para llevar alguna, primero la miran muy bien, y prueban á levantarla, para ver si podrán con ella. Pues tú, miserable, que estás cebado en la golosina del pecado, y por ese precio te obligas á llevar sobre ti la carga dél, mira, ruégote, primero lo que esa carga pesa (que es la pena que por él se da), para ver si tienes hombros en que llevarla. Y porque mejor puedas hacer esto, quiero ponerte aquí algunasconsideraciones, por las cuales podrás entender algo de la grandeza desta pena, para que mas claro veas la grandeza de la carga que sobre ti tomas cuando pecas. Y aunque desta materia tratamos en otros lugares [2]; pero aquí la trataremos

[1] Jerem. XXIV.
[2] Libro de la Oracion, en la consideracion del viérnes en la noche,

por otros medios diferentes (que es por algunas razones y consideraciones que esto nos declaren), porque ella es tan copiosa, que da motivo para todo esto y mucho mas.

Entre las cuales la primera es considerar la inmensidad y grandeza de Dios, que ha de castigar el pecado: el cual en todas sus obras es Dios: quiero decir, en todas grande y admirable, no solo en la mar, y en la tierra, y en el cielo, sino tambien en el infierno, y en todo local. Pues si este Señor en todas sus obras es Dios, y paresce Dios, no ménos lo parescerá en la ira, y en la justicia, y en el castigo del pecado. Por esta consideracion dijo el mesmo Señor por Hieremías [1]: ¿Á mí no temeréis? ¿y de mí no temblaréis? Pues yo soy el que puse las arenas por término de la mar, con tan fijo y perpetuo mandamiento, que nunca jamás lo traspasará. Y aunque se embravezcan sus olas, y se levanten hasta el cielo, no serán poderosas para pasar la raya que yo les tengo señalada. Como si mas claramente dijera: ¿No será razon que temais el brazo de un Dios tan poderoso, cuanto declara la grandeza desta obra? El cual así como es grande y admirable en todas sus obras, así tambien lo será en sus castigos, y que así como por lo uno es dignísimo de ser engrandescido y adorado, así por lo otro meresce ser temido y reverenciado. Pues por esto temia y temblaba este mesmo profeta (aunque era inocente y sanctificado en el vientre de su madre), cuando decia [2]: ¿Quién no temblará dé tí, Rey de las gentes? Porque tuya, Señor, es la gloria. Y en otro lugar. [3]: Estaba yo (dice él) solo y apartado de la compañía de los hombres, por estar, Señor, mi corazon lleno de temor de vuestras amenazas. Y aunque sabia muy bien este profeta que las amenazas no eran contra él, todavía ellas eran tales, que le hacian temblar. Y por esta causa se dice con razon, que tiemblan las columnas del cielo ante la majestad de Dios, y que tremen otrosí delante dél aquellos grandes principados

y en la primera parte dei Memorial al principio, y en la segunda parte al fin del Vita Christi.

1 Jerem. v.

2 Ibid. x.

3 Ibid. xv.

y poderes soberanos : no porque no estan seguros de su gloria, sino porque les pone espanto y admiracion la grandeza de la majestad divina. Pues si estos no carescen de temor, ¿ qué deben hacer los culpados ? ¿ los menospreciadores de Dios ? pues estos son sobre quien él ha de descargar el torbellino de su ira. Esta es pues una de las principales causas que hay para temer la grandeza deste castigo, como claramente nos lo enseña Sant Joan en su Apocalipsi, donde (hablando de los azotes y castigos de Dios) dice así [1] : En un dia vendrán sobre Babilonia todas sus plagas, muerte, llanto, hambre, y fuego ; porque fuerte es Dios que la ha de juzgar. Y porque conoscia muy bien el apóstol la fortaleza deste Señor, dijo que era cosa horrible caer en las manos de Dios [2]. No es cosa horrible caer en las manos de los hombres, porque ni son tan poderosos que nadie se pueda escapar dellas, ni tan fuertes que basten para echar un ánima en el infierno. Por donde decia el Salvador á sus discípulos [3] : No querais temer aquellos que no pueden hacer mas que matar el cuerpo, y despues no les queda que hacer. Quiéroos yo mostrar á quien hayais de temer. Temed á aquel que despues de muerto el cuerpo, tiene poder para echar el ánima en el infierno. Esto os digo yo que es para temer. Estas pues son las manos en las cuales, con mucha razon, dice el apóstol que es horrible cosa caer. Y así paresce que tenian bien conoscido á qué sabian estas manos, aquellos que en el Eclesiástico decian [4] : Si no hiciéremos penitencia, caerémos en las manos de Dios, y no de los hombres. Las cuales cosas todas dan bien á entender, que así como Dios es grande en el poder, y en la majestad, y en todas sus obras, así tambien lo será en la ira, en la justicia, y en el castigo de los malos.

Lo mesmo paresce aun mas claro, considerando en especial la grandeza de la divina justicia, cuya obra es este castigo. Esta se nos trasluce algun tanto por sus efectos, que es por

1 Apoc. XVIII.
2 Hebr. X.
3 Mattu. X.
4 Eccli. II.

los castigos espantosos de Dios, de que están llenas las Escrituras divinas. ¿ Qué castigo tan espantoso fué aquel de Datan y Abiron [1], y de todos sus consortes, los cuales tragó la tierra vivos, y sumió en el profundo de los infiernos, porque se levantaron contra sus prelados ? ¿ Quién jamás oyó tal linage de amenazas y maldiciones como aquellas que leemos en el Deuteronomio contra los quebrantadores de la ley ? Donde (entre otras terribles y espantosas amenazas) dice Dios así [2] : Enviaré contra vosotros ejércitos de enemigos, los cuales cercarán vuestras ciudades, y os pondrán en tan grande aprieto y necesidad, que la señora delicada que no se podia tener en los piés por su grande delicadeza y ternura, cuando pariere, vendrá á comer las pares, y la sangre y las heces en que salió envuelta la criatura : y esto á escondidas de su marido, por no darle parte dellas : tan grande será la hambre que padescerá. Espantosos castigos son estos. Mas así estos como todos los que se ejecutaron en esta vida, no son mas que una pequeña sombra y figura de los que están guardados para la otra ; que es el tiempo en que ha de resplandescer la divina justicia en aquellos que aquí despreciaron sn misericordia. Pues si tal y tan temerosa es la sombra, ¿ cuál será la mesma verdad ? Y si agora (cuando la justicia anda tan templada con la misericordia, y el cáliz de la ira del Señor se da tan aguado) es tan desabrido[3], ¿ qué hará cuando se dé puro, y cuando se haga juicio sin misericordia, aunque sea siempre menor el castigo de lo que meresce el pecado ?

Mas no solo la grandeza de la justicia, sino tambien la de la mesma misericordia (con quien tanto se favorescen los malos), nos da á entender la grandeza deste castigo. Porque ¿ qué cosa de mayor espanto que ver á Dios vestido de carne padescer en ella todos los tormentos y deshonras que padesció, hasta acabar la vida en un madero ? ¿ Qué mayor misericordia que descender él á tomar sobre sí todas las deudas del mundo, para descargar dellas al mundo, y derramar su

[1] Num. XVI.
[2] Deut. XXVIII.
[3] Psalm. LXXIV.

sangre por aquellos mesmos que la derramaban? Pues así como son espantables las obras de la divina misericordia, así tambien lo han de ser las de su justicia; porque como en Dios no haya cosa mayor ni menor (pues todo lo que hay en Dios, es Dios), cuan grande es su misericordia, tan grande es necesario que sea su justicia, cuanto es de parte della. Por donde así como por la cuantidad de un brazo sacamos la del otro, así por la grandeza del brazo de la misericordia se conosce la del brazo de la justicia; pues ambos son de una mesma manera. Pues ruégote agora me digas, si en el tiempo que Dios quiso mostrar al mundo la grandeza de su misericordia, hizo cosas tan admirables, y tan increibles al mundo, que el mesmo mundo las vino á tener por locura [1], cuando se llegare el tiempo de la segunda venida, diputado para declarar la grandeza de su justicia, ¿qué te paresce que hará, mayormente habiendo tantas causas para usar de justicia, cuantas son las maldades del mundo? Porque la misericordia no tuvo quien de fuera así la ayudase; pues no habia de parte de nuestra humanidad cosa que la meresciese: mas la justicia tendrá tantas ayudas y estímulos para declararse, cuantos pecados ha habido en el mundo, para que por aquí puedas conjecturar qué tan espantable será.

Esto declara muy bien Sant Bernardo en un Sermon de Epifanía por estas palabras [2]: Así como en la primera venida se mostró el Señor muy fácil para perdonar, así en la segunda será muy riguroso en castigar. Y como agora ninguno hay que no se pueda reconciliar con él, así entónces ninguno habrá que lo pueda hacer. Porque así como la benignidad en la primera venida se descubrió sobre toda manera, así será el rigor de la justicia que en la postrera se mostrará. Ca inmenso es Dios, é infinito en la justicia, así como en la misericordia. Grande para perdonar, y grande para castigar: aunque la misericordia tiene el primer lugar, si nosotros procuráremos que no halle la justicia sobre que descarguen su rigor. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, por las

[1] I Cor. I.
[2] 1 circa med.

cuales vemos como la mesma misericordia de Dios nos declara cuán grande será su justicia, y lo uno y lo otro divinamente explicó el salmista, cuando dijo[1]: Nuestro Dios es Dios, cuyo oficio es salvar los hombres, y librarlos de las puertas de la muerte; mas con todo eso él quebrantará las cabezas de sus enemigos hasta el postrer pelo, de los que perseveran en sus delictos. ¿Ves luego como siendo tan blando para los que á él se convierten, es tan riguroso para los endurescidos y rebeldes?

Lo mesmo tambien nos declara la paciencia de Dios, así para con todo el mundo, como para con cada uno de los malos. Porque vemos muchos hombres tan desalmados, que dendes que abrieron los ojos de la razon hasta los postreros años de su vida, la mayor parte della gastaron en ofender á Dios, y despreciar sus mandamientos, sin hacer caso ni de sus promesas, ni de sus amenazas, ni de sus beneficios, ni de sus avisos, ni de otra cosa alguna. Y en todo este tiempo los aguardó aquella suma bondad y paciencia, sin cortarles el hilo de la vida, y sin dejar de llamarlos por muchas vias á penitencia, sin ver en ellos enmienda. Pues cuando acabada toda esta tan larga paciencia suelte él contra ellos la represa de su ira (que por tantos años se ha ido poco á poco recogiendo en el seno de su justicia), ¿con qué ímpetu, con qué fuerza vendrá á dar sobre ellos? ¿Qué otra cosa quiso significar el apóstol, cuando dijo[2]: ¿No miras, hombre, que la benignidad de Dios te aguarda, y te llama á penitencia? Mas tú por tu gran dureza, y por ese corazon tan cerrado á penitencia, atesoras contra ti ira para el dia del justo juicio de Dios, el cual dará á cada uno segun sus obras. Pues ¿qué quiere decir, atesoras ira, sino dar á entender que como el que allega tesoro, va cada dia añadiendo dineros á dineros, y riquezas á riquezas, para que así crezca el monton, así tambien Dios va cada dia y cada hora acrescentando mas y mas el tesoro de su ira, así como el malo con sus malas obras va siempre acrescentando las causas della? Pues dime agora, si un hombre se diese tanta prisa á juntar tesoro, que

[1] Psalm. LXVII.
[2] Rom. II.

no se pasase dia ni hora que no acrescentase algo en él, y esto por espacio de cincuenta ó sesenta años, cuando despues deste tiempo abriese sus arcas, ¿ qué tan gran tesoro hallaria? Pues, ¡ oh miserable de ti, que apénas hay dia ni hora que se te pase sin acrescentar contra ti el tesoro desta ira divina, la cual cresce á cada hora con cada uno de tus pecados! Porquo aunque no hubiese mas que las vistas deshonestas de tus ojos, y los malos deseos y odios de tu corazon, y las palabras y juramentos de tu boca, esto solo bastaba para hinchir un mundo. Pues cuando con esto se juntare todo lo demás, ¿ qué tesoro de ira tendrá allegado contra ti á cabo de tantos años?

La ingratitud tambien de los malos y su malicia (si bien se mira), da á entender por su parte cuán grande haya de ser este castigo. Si no, ponte á considerar por una parte la inmensa benignidad y largueza de Dios para con los hombres; lo que en este mundo tiene hecho, y dicho, y padescido por ellos; los aparejos y oportunidades que para bien vivir les ha dado; lo que les ha disimulado y perdonado; los bienes que les ha hecho; los males de que los ha librado, con otras muchas maneras de favores y beneficios que cada dia les hace. Mira por otra parte el olvido de los hombres para con Dios; su ingratitud, su rebeldía, su deslealtad, sus blasfemias; el menosprecio dél y de sus mandamientos, el cual es tan grande, que no solo por cualquier interese que se les ofrezca, sino muchas veces de balde y sin propósito, por sola maldad y desvergüenza ponen debajo los piés todo cuanto manda Dios. Pues quien desta manera desprecia aquella tan grande majestad, como si fuera un Dios de palo; quien tantas veces, como dice Sant Pablo [1], pisó al Hijo de Dios, y despreció la sangre de su testamento; quien tantas veces lo crucificó y abofeteó con peores obras que hiciera un pagano, ¿ qué puede esperar, sino que cuando llegue la hora de la cuenta, se haga á costa del malo tan grande recompensa de la honra de Dios, cuan grande fué la injuria hecha contra él? Porque pues Dios es justo juez, á él pertenesce hacer igualdad

[1] Hebr. x.

y recompensa suficiente entre el castigo del que injurió, con la deshonra del injuriado. Pues si Dios es aquí el injuriado, ¿qué entrega se hará en el cuerpo y ánima del condenado, para que del cuero salgan las correas, y de sus dolores la recompensa de tales injurias? Y si fué menester la sangre del Hijo de Dios para hacer recompensa de las ofensas de Dios (supliéndose con la dignidad de la persona lo que faltaba de rigor á la pena) ¿qué será donde se haya de hacer esta recompensa, no con la dignidad de la persona, sino con sola la grandeza de la pena?

Considera otrosí (demás de la condicion del juez), tambien la del verdugo que ha de ejecutar su sentencia (que es el demonio), para que por aquí veas lo que de tales manos puedes esperar. Y para entender algo de la crueldad deste ejecutor, mira cuál paró á un hombre sobre quien le fué dado poder, qué fué el sancto Job [1]. Porque todo cuanto fué posible hacer contra una criatura racional, hizo sin tener respecto á ningun género de blandura ni piedad. Quemóle las ovejas, robóle todos los otros ganados mayores, captivóle los criados, derribóle las casas, matóle todos los hijos, cubrióle de piés á cabeza de cáncer y de gusanos, sin dejarle otro refrigerio mas que un muladar en que se asentase, y un pedazo de teja con que rayese la materia que de sus llagas corria; y sobre todo esto dejóle la mujer, y los amigos (á quien con mayor crueldad perdonó, que matara) para que ellos con sus palabras le fuesen otros gusanos mas crueles, que llegasen hasta roerle las entrañas. Esto hizo con el sancto Job. Mas ¿qué hizo con el Salvador del mundo en aquella dolorosa noche en que fué entregado al poder de las tinieblas? Esto no se puede explicar en pocas palabras.

Pues si este enemigo y todos sus consortes son tan fieros, tan inhumanos, tan carniceros, tan amigos de sangre, tan enemigos del linage humano, y tan poderosos para dañar: cuando tú, miserable, te veas en sus manos para que ejecuten en ti todas las crueldades que quisieren (segun la dispensacion de la divina justicia), y esto no por una noche y un

[1] Job. I, II.

dia, sino por todos los siglos de los siglos, ¿ paréscete que estarás bien librado en tales manos ? ¡ Oh qué dia tan escuro será aquel, cuando así te veas en poder de tales lobos !

Y porque mejor entiendas el tratamiento que destas manos puedes esperar, referiré aquí un ejemplo memorable que escribe Sant Gregorio en sus diálogos [1], donde cuenta que en un monasterio suyo acaesció llegar á punto de muerte un religioso mancebo, no ménos en las costumbres que en los años. Y como los religiosos del monasterio acudiesen á este tiempo á ayudarle á morir, y se pusiesen todos al derredor de su cama haciendo oracion por él, comenzó él á dar voces, y decir : íos, íos de aquí; padres, íos y dejàd á este dragon que me acabe de tragar; porque ya me tiene metida la cabeza entre sus gargantas encendidas, y con sus escamas (como con unos dientes de sierra) me aprieta y atormenta grandemente. Íos luego todos, y apartáos de aquí, porque por vuestra presencia no me acaba de matar, y así me atormenta mas cruelmente. Y como dijesen los religiosos que hiciese la señal de la cruz respondió diciendo : ¿ Como la podré hacer, que me tiene enroscados los piés y las manos con las vueltas de su cola, y no soy señor de mí ? Entónces los religiosos, no por eso desmayando, comenzaron á hacer oracion por él con grandes gemidos, y con mayor instancia: con lo cual el Padre de las misericordias, movido á su acostumbrada piedad, libró al enfermo de aquella tan grande agonía : con la cual quedó tan escarmentado, que de ahí adelante ordenó su vida de tal manera que no meresciese verse otra vez en tal aprieto.

De los mesmos demonios habla aun por mas horribles figuras Sant Joan en su Apocalipsi, diciendo [2] : Ví una estrella que cayó del cielo en la tierra, á la cual fueron dadas las llaves del pozo del abismo, y abriendo la puerta deste pozo, salió dél una grande humareda, como las que suelen salir de los grandes hornos de fuego ; y del humo deste pozo saltaron unas langostas en tierra, á las cuales fué dado poder para

[1] IV lib. Dialogorum, c. 37.
[2] Apoc. IX.

herir, como hieren los escorpiones, y fuéles mandado que no hiciesen daño en el heno de la tierra, ni en los árboles, ni en cosa verde, sino en solos aquellos que no tuviesen la señal de Dios en su frente. En este tiempo andarán los hombres buscando la muerte, y no la hallarán; y la figura destas langostas era como de caballos armados para pelear, y sobre sus cabezas tenian unas coronas de oro, y las caras eran como caras de hombres, y los cabellos como cabellos de mujeres, y los dientes como dientes de leones, y tenian vestidas unas lorigas como lorigas de hierro, y el estruendo que hacian con sus alas, era como el de muchos carros y caballos cuando arrementen á pelear. Y tenian las colas como de escorpiones, y en ellas traian sus aguijones para herir. Hasta aquí son palabras de Sant Joan. Ruégote pues agora me digas ¿ qué pretendia el Espíritu Sancto (que es el autor de esta escriptura), cuando debajo destas tan horribles figuras nunca oidas, nos quiso dar á entender la grandeza de los azotes de la divina justicia? ¿Qué pretendia sino avisarnos por el horror espantable destas cosas, cuáles serán las iras de Dios, cuáles los instrumentos de su justicia, cuáles los castigos de los malos, cuáles las fuerzas de nuestros adversarios, para que con el horror de tan grandes cosas temblásemos de ofender á Dios? Porque ¿qué estrella es esta que cayó del cielo, á quien fueron dadas las llaves del abismo, sino aquel ángel tan resplandesciente que de allí cayó, á quien fué dado el principado de las tinieblas? Y ¿ quièn son aquellas langostas tan fieras y tan armadas, sino las furias y armas de los otros sus coadjutores y ministros, que son los demonios? ¿Quién las plantas verdes, á quien ellos no pueden dañar, sino los justos que florescen con el humor de la divina gracia, y dan fructos de vida eterna? ¿ Quién los que no tienen sobre sí la señal de Dios, sino los que carescen de su espíritu, que es la señal de sus siervos, y de las ovejas de su manada? Pues contra estos miserables se apareja aquel ejército de la divina justicia, para que en esta vida y en la otra (en cada cual de su manera) sean atormentados por los mesmos demonios á quien sirvieron, así como los egipcios fueron atormentados por las moscas y mosquitos á

quien ellos adoraban[1]. Pues ¿qué será ver en aquel lugar estos mónstruos y máscaras tan horribles? ¿Qué será ver allí aquel dragon hambriento, y aquella culebra enroscada, y aquel grande Behemoth, de que se escribe en Job, que aprieta la cola como cedro, que bebe los rios y pace los montes[2]?

Todas estas cosas bien consideradas nos declaran asaz qué tan grandes hayan de ser las penas de los malos. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de todas estas grandezas que aquí se han dicho, sino grandísimos castigos? ¿Qué se puede esperar de la inmensidad y grandeza de Dios, y de la grandeza de su justicia para castigar los pecados, y de la grandeza de su paciencia para sufrir los pecadores, y de la muchedumbre de los beneficios con que tantas veces los procuró traer á sí, y de la grandeza del odio con que aborresce al pecado (pues por ser ofensivo de infinita majestad, meresce odio infinito), y de la grandeza del furor de nuestros enemigos, tan poderosos para atormentarnos, y tan rabiosos para mal querernos? ¿Qué se puede pues esperar de todas estas causas de grandeza, sino grandísimo castigo del pecado? Pues si tan grande es la pena que está aparejada para el pecado, y en esto no puede haber falta (pues así nos lo predica la fe), ¿por qué causa los que esto creen y confiesan no mirarán la carga que sobre sí toman cuando pecan, pues por el mesmo caso que cometen un pecado, se obligan á una pena que por tantos títulos se prueba ser tan grande?

## § I

### De la duracion destas penas.

Mas aunque todas estas consideraciones sean mucho para causar temor, mucho mas lo es si consideramos la duracion destas penas. Porque si en ellas hubiera alguna manera de término ó de alivio á cabo de muchos millares de años, to-

[1] Exod. VIII.
[2] Job, XL.

davía fuera este gran consuelo para los malos. Mas ¿ qué diré de la eternidad que ningun término reconosce, sino que iguala por una parte con la mesma duracion de Dios? El cual espacio es tan grande, que (como dice un doctor), si uno de aquellos malaventurados en cada mil años derramase una sola lágrima material, mas agua saldria de sus ojos, que cupiese en todo el mundo. Pues ¿ qué cosa mas para temer? Verdaderamente cosa es esta tan grande, que si todas cuantas penas hay en el infierno, no fueran mas que una sola punzada de un alfiler (habiendo de durar para siempre), solo esto debiera bastar para que los hombres se pusiesen á todos los trabajos del mundo por evitar esta pena. ¡ Oh si esta duracion, oh si este para siempre hiciese manida en tu corazon, cuánto provecho te haria! De un hombre del mundo leemos que poniéndose una vez á pensar muy de propósito en esta duracion de penas, y espantado de cosa tan prolija, hizo entre sí esta consideracion : ningun hombre cuerdo hay que aceptase el imperio del mundo con condicion que le obligasen á estar acostado en una cama (aunque fuese de rosas y flores), por espacio de treinta ó cuarenta años. Pues siendo esto así, ¿ qué desatino es, por cosas tan menores, ponerse en ventura de estar acostado en una cama de fuego por siglos infinitos? Esta sola consideracion cavó tanto, y obró tanto en este hombre, que le hizo mudar la vida, y tan mudada que vino despues á ser grande sancto, y prelado de una iglesia. Pues ¿ qué responden á esto los regalados, los que con el zumbido de un mosquito están toda la noche desvelados, cuando se vean tendidos en esta cama de fuego, cercados de llamas por todas partes, y esto no por una sola noche de verano, sino por una eternidad? Esta pregunta hace á estos el profeta Isaías, diciendo [1]: ¿ Quién de vosotros podrá morar con los ardores eternos? ¿ Quién se atreverá á hacer vida con el fuego tragador? ¿ Qué espaldas habrá tan duras, que puedan sufrir esta calda por espacio tan largo? ¡ Oh gentes sin seso! ¡ Oh hombres

[1] Isai. XXXIII.

embaucados por aquel antiguo engañador y trastornador del mundo! Porque ¿ qué cosa mas ajena de razon, que siendo los hombres tan solícitos en proveerse para todas las nonadas desta vida, ser por otra parte tan insensibles para cosas de tanta importancia? ¿ Qué vemos, si esto no vemos? ¿ Qué tememos, si esto no tememos? ¿ Qué proveemos, si esto no proveemos?

Pues siendo esto así, ¿ cómo no seguirémos de buena gana el partido de la virtud, aunque fuese muy trabajoso, por huir de tanto mal? Porque es cierto que si hiciese agora Dios este partido con un hombre que le dijese: tú has de tener todo el tiempo que vivieres un dolor de gota ó de una sola muela, pero tan agudo, que no te deje reposar noche ni dia; ó si quieres ahorrar este dolor, has de ser fraile cartujo, ó descalzo, ó hacer la penitencia que ellos hacen toda la vida: mira cuál destas dos cosas quieres. No hay hombre tan perdido, que usando de buena razon (siquiera por el amor que tiene á sí mesmo), no escogiese cualquier profesion destas, ántes que padescer este martirio por este espacio. Pues siendo tanto mayores los tormentos de que hablamos, y siendo tanto mayor el espacio que duran, y siendo tanto ménos lo que Dios nos pide, que ser fraile descalzo, ó cartujo, ¿ cómo no acceptamos un tan pequeño trabajo, por evitar un tan prolijo tormento? ¿ Quién no ve ser este el mayor de todos los engaños del mundo?

Mas la pena dél será, que pues el hombre no quiso con un poco de penitencia redimir aquí tanto mal, que haga allí eterna penitencia; y nada le aproveche. En figura de lo cual leemos [1], que aquel horno de fuego que encendió Nabucodonosor en Babilonia, con levantar las llamas cuarenta y nueve cobdos en alto, por falta de un cobdo no llegó al número de cincuenta (que hace año de jubileo), para dar á entender que la llama de aquel eternal humo de Babilonia (que es el infierno) aunque arde tanto, y atormenta tan gravemente aquellos malaventurados, no por eso les alcanza la remision y gracia del jubileo verdadero. ¡ Oh penas infruc-

[1] Dan. III.

tuosas! ¡Oh estériles lágrimas! ¡Oh rigurosa penitencia, y sin ninguna esperanza! ¡Cuán poquito de lo que allí padescen sin fructo, si se tomara aquí de voluntad, bastara para darles remedio! ¡Cuán fácilmente se podrian aquí redimir tantos males con tan livianos trabajos! Salgan pues fuentes de agua por nuestros ojos, y no cesen los gemidos de nuestro corazon. Por eso planteаré y lloraré, dice el Profeta [1], y salirme he por esos caminos despojado y desnudo. Haré llanto como de dragones, y sentimiento como de avestruces; porque ya está desahucianda su llaga, y no tiene cura este mal.

Y si los hombres no tuviesen todas estas cosas por verdad, ó no por tan grande verdad, no era mucho caer en ellos este descuido. Mas teniendo todo esto por fe, y sabiendo cierto que, como dice el Salvador [2], ántes faltará el cielo y la tierra, que dejar esto de ser, y que con todo esto vivan los que esto creen con tan extraño descuido, esto es cosa que excede toda admiracion. Dime, hombre ciego y perdido, ¿qué miel puedes tú hallar en todas las riquezas y bienes del mundo, que merezca ser comprada por este precio? Si tuvieses, dice Sant Hierónimo [3], la sabiduría de Salomon, y la hermosura de Absalom, y las fuerzas de Samson, y los años y vida de Enoch, y las riquezas de Creso, y el poder de Octaviano, ¿qué te pueden aprovechar todas estas cosas, si al fin de la vida el cuerpo se entregare á los gusanos, y el ánima á los demonios, para ser atormentada con el rico avariento en los tormentos eternos?

Esto baste cuanto á la primera parte de la exhortacion á la virtud. Agora tratarémos de los privilegios singulares que en esta vida se le prometen.

[1] Mich. I.
[2] Luc. XXI.
[3] III Reg. IV; II Reg. XIV; Judic. XIV, XV; Genes. V; Eccli. XLIV.

# SEGUNDA PARTE

## DESTE PRIMERO LIBRO,

EN LA CUAL SE TRATA DE LOS BIENES ESPIRITUALES Y TEMPORALES QUE EN ESTA VIDA SE PROMETEN Á LA VIRTUD, Y SEÑALADAMENTE DE DOCE SINGULARES PRIVILEGIOS QUE TIENE.

## CAPÍTULO XI

Título onceno por el cual estamos obligados á seguir la virtud, por causa de los bienes inestimables que de presente se le prometen en esta vida.

No sé qué linage de excusas puedan alegar los hombres para dejar de seguir la virtud, pues tantas razones se presentan por parte della. Porque no es pequeña cosa alegar por esta parte lo que Dios es, lo que meresce, lo que nos ha dado, lo que nos promete, y lo que nos amenaza. Por lo cual hay mucha razon para preguntar cuál sea la causa por donde entre los cristianos que todo esto creen y confiesan, haya tantos que se dén tan poco por la virtud. Porque los infieles que no conoscen la virtud, no es maravilla que no precien lo que no conoscen, como hace el rústico cavador, que si halla una piedra preciosa, no hace caso della, porque no conosce lo que vale. Mas que el cristiano que sabe todo esto, viva como si nada desto creyese, tan olvidado de Dios, tan captivo de los vicios, tan subjecto á sus pasiones, tan aficionado á las cosas visibles, tan olvidado de las invisibles, y tan suelto en todo género de pecados, como si no esperase muerte, ni juicio, ni paraiso, ni infierno, esto es cosa que pone grande admiracion. Por donde (como dije) hay razon para preguntar, de dónde nazca este pasmo, esta modorra, y (si decir se puede) esta manera de encantamiento.

Este mal tan grande no tiene una sola raiz, sino muchas y diversas. Entre las cuales no es la menor un general engaño en que los hombres del mundo viven, creyendo que todo lo que promete Dios á la virtud, se guarda para la otra vida, y que de presente no se le da nada. Porque como los hombres sean tan interesables, y se muevan tanto con la presencia de los objectos, como no ven nada de presente, hacen poco caso de lo futuro. Así paresce que lo hacian en tiempo de los profetas. Porque cuando el profeta Ezequiel les proponia grandes promesas ó amenazas de parte de Dios, burlábanse ellos, diciendo : Las revelaciones que este predica son para de aquí á muchos dias, y sus profecías son para de aquí á largos tiempos. Y escarnesciendo otrosí del profeta Isaías por la mesma causa, contrahacian sus palabras, diciendo[1] : Espera y reespera, espera y reespera : manda y remanda, manda y remanda : de aquí á un poco, y de aquí á otro poco. Esta es pues una de las principales cosas que hace apelar á los malos de los mandamientos de Dios, paresciéndoles que nada se les da de presente, y que todo se libra para adelante. Así lo sintió aquel gran sabio Salomon, cuando dijo[2] : Porque no se ejecuta luego contra los malos su sentencia, de aquí nasce que los hijos de los hombres sin temor alguno se derraman por todos los vicios. Donde añade el mesmo, diciendo : Que la peor cosa de cuantas hay en la vida, y que mas ocasion da para hacer males, es suceder todas las cosas (á lo que por defuera paresce) de una mesma manera al bueno y al malo ; al sucio y al limpio ; al que ofresce sacrificios, y al que no hace caso dellos. De donde nasce que los corazones de los hombres se hinchen de malicia, y despues van á parar á los infiernos, por paresceles que igualmente corren los favores y los disfavores por las casas de los buenos y de los malos. Y lo mesmo que Salomon dice, claramente lo confiesan los malos por el profeta Malaquías, diciendo[3] : Vana cosa es servir á Dios; por-

[1] Isai. XXVIII.
[2] Eccles. VIII.
[3] Matth. III.

que ¿qué fructo nos ha acarreado haber guardado sus mandamientos, y haber andado tristes delante del Señor de los ejércitos? Por esto tenemos por bienaventurados los soberbios, pues los vemos medrados y prosperados viviendo tan rotamente; y habiendo tentado á Dios, están en salvo. Este es el lenguage de los malos, y uno de los mayores motivos que tienen para serlo. Porque (como dice Sant Ambrosio) parésceles cosa muy agra comprar esperanzas con peligros: esto es, comprar bienes de futuro con daños de presente, y soltar de la mano lo que tienen, por lo que adelante se les puede dar.

Pues para deshacer este engaño tan perjudicial, no sé qué otro principio pueda yo agora tomar que aquellas palabras y lágrimas del Salvador; el cual viendo la miserable ciudad de Hierusalem, comenzó á llorar sobre ella, diciendo[1]: ¡ Si conocieses agora tú la paz y los bienes que en este dia tuyo te venian! Mas todo esto está agora escondido de tus ojos. Consideraba el Salvador por una parte, cuán grandes eran los bienes que juntamente con su persona habian venido á aquel pueblo (pues todas las gracias y tesoros del cielo habian descendido con el Señor de los cielos), y por otra, cómo él (escandalizado con el humilde hábito, y apariencia del Señor), no le habia de recebir; y cómo por este pecado no solo habia de perder las riquezas y gracia de su visitacion, sino tambien su república y su ciudad. Lastimado pues con este dolor, derramó estas lágrimas, y dijo estas palabras, así breves y no acabadas; porque tanto mas significaban, cuanto mas breves eran. Pues este mesmo sentimiento y estas mesmas palabras, se pueden en su manera aplicar al propósito de que hablamos. Porque considerando por una parte la hermosura de la virtud, y las grandes riquezas y gracias que andan en su compañía, y visto por otra cuán encubierto está esto á los ojos de los hombres carnales, y cuán desterrada anda ella por esto del mundo, ¿no te paresce que tenemos aquí tambien la mesma causa para derramar las mesmas lágrimas, y decir con el Señor: ¡ Oh, si conos-

[1] Luc. xix.

cieses agora tú, esto es : oh si te abriese agora Dios los ojos para que vieses los tesoros, los regalos, las riquezas, la paz, la libertad, la tranquilidad, la luz, los deleites, los favores, y los otros bienes que andan en compañía de la virtud, en cuánto la preciarias, cuánto la desearias, y con cuánto estudio y trabajo la buscarias! Mas todo esto está escondido de los ojos carnales ; porque no mirando mas que la corteza dura de la virtud, y no habiendo experimentado la suavidad interior della, parésceles que no hay en ella cosa que no sea áspera, triste y desabrida, y que no es moneda que corre en esta vida, sino en la otra; porque si algo tiene de bien, para el otro mundo es, no para este. Por lo cual, filosofando segun la carne, dicen que no quieren comprar esperanzas con peligros, y aventurar lo presente por lo futuro.

Esto dicen escandalizados con la figura exterior de la virtud; porque no entienden que la filosofía de Cristo es semejante al mesmo Cristo, el cual mostrando por defuera imágen de hombre, y hombre tan humilde, dentro era Dios y Señor de todo lo criado. Por lo cual se dice de los fieles[1], que están muertos al mundo, mas que su vida está escondida con Cristo en Dios. Porque así como la gloria de Cristo estaba desta manera escondida, así tambien lo está la de todos los imitadores de su vida. Leemos que antiguamente hacian los hombres unas imágines que llamaban Silenos[2], las cuales por defuera parescian muy viles y toscas, y dentro estaban muy ricamente labradas : de suerte que siendo la fealdad pública, la hermosura era secreta, y engañando con lo uno á los ojos de los ignorantes, con lo otro atraian á sí los de los sabios. Tal fué por cierto la vida de los profetas, tal la de los apóstoles, y tal la de los perfectos cristianos : como fué la del Señor de todos ellos.

Y si todavía dices que la virtud es áspera y dificultosa de ejercitar, debrias tambien poner los ojos en las ayudas que Dios para esto tiene proveidas con las virtudes infusas, con los dones del Espíritu Sancto, con los sacramentos de la ley

[1] Colos. III.
[2] Vid. Erasmum in Chilia.

nueva, y con todos los otros favores y socorros divinos, que son como remos y velas en la galera para navegar, ó como las alas en el ave para volar. Debrias mirar al mesmo nombre y sér de la virtud, la cual esencialmente es hábito, y muy noble hábito : y si lo es, de aquí se sigue que (regularmente hablando), nos ha de hacer obrar con suavidad y facilidad; porque esto es proprio de todos los hábitos. Debrias tambien considerar que no solo tiene prometidos el Señor á los suyos bienes de gloria, sino tambien de gracia : los unos para la otra vida, y los otros para esta (segun que el Profeta dice[1] : Gracia y gloria dará el Señor : que son como dos alforjas llenas de bienes, la una para la vida presente, y la otra para la advenidera), para entender siquiera por aquí, que algo mas debe haber en la virtud de lo que por defuera paresce. Debrias otrosí mirar que pues el Autor de la naturaleza no falta en las cosas necesarias (pues tan perfectamente proveyó las criaturas de todo lo que habian menester); no habiendo en el mundo cosa mas necesaria, ni mas importante que la virtud, no la habia de dejar desamparada á beneficio de un solo libre albedrío tan flaco, y de un entendimiento tan ciego, y de una voluntad tan enferma, y de un apetito tan mal inclinado, y finalmente de una naturaleza por el pecado tan estragada, sin proveerle de habilidades y remos con que poder navegar por este golfo. Porque no era razon que pues la providencia divina habia sido tan solícita en proveer al mosquito, á la araña, y á la hormiga de habilidades, y instrumentos bastantes para conservar su vida, se descuidase de proveer al hombre de lo necesario para conseguir la virtud.

Y añado aun mas : que si el mundo y el demonio proveen de tantas maneras de gustos y contentamientos (á lo ménos aparentes), á los suyos por el servicio que le hacen, ¿ cómo es posible que Dios sea tan estéril para sus fieles amigos y servidores, que los deje ayunos y boquisecos en medio de sus trabajos? ¡ Cómo ! ¿ y por tan caido tienes tú el partido de la virtud, y por tan subido el de los vicios, que permitiese

[1] Psalm. LXXXIII.

Dios haber tantas ventajas en lo uno, y tanto menoscabo y disfavor en lo otro? Pues ¿ qué quiere decir lo que responde Dios por el profeta Malaquías á las palabras y quejas de los malos, diciendo [1] : Convertíos á mí, y veréis la diferencia que hay entre el bueno y el malo, y entre el que sirve á Dios y no le sirve? De manera que no se contenta con la ventaja que habrá en la otra vida (de que mas abajo trata), sino luego de presente dice : Convertíos, y veréis, etc. Como si dijese : no quiero que espereis por el tiempo de la otra vida para conoscer esta ventaja, sino convertíos, y luego entenderéis la diferencia que hay del bueno al malo; las riquezas del uno, y la pobreza del otro; el alegría del uno, y la tristeza del otro; la paz del uno, y las guerras del otro; el contentamiento del uno, y los descontentamientos del otro; la lumbre en que vive el uno, y las tinieblas en que anda el otro; y veréis por experiencia cuánto mas aventajado es este partido de lo que vosotros pensais.

Cuasi la mesma respuesta da Dios á otros tales como estos: los cuales por esta mesma persuasion y engaño hacian burla de los buenos, diciendo por Isaías [2] : Declare Dios la grandeza de su poder y de su gloria, haciéndoos grandes mercedes, para que por esta via conozcamos la prosperidad y ventaja de los que sirven á Dios, á los que no le sirven. Y acabando de decir esto, y declarando luego los azotes y castigos grandes que á los malos estaban aparejados, trata luego del alegría y prosperidad de los buenos, diciendo así [3] : Alegráos con Hierusalem (que es el ánima del justo) todos los que bien la quereis, y gozáos con alegría todos los que fuistes participantes de su tristeza; para que seais llenos de los pechos de su consolacion, y seais abastados de deleites por la grandeza de la gloria que le ha de venir. Porque yo enviaré sobre ella como un rio de paz, y como un rio lleno de gloria, del cual todos beberéis. Á mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os halagaré : de la manera que la madre regala un hijo chiquito, así yo os consolaré, y en Hierusalem

1 Malach. III.
2 Isai. XXVI.
3 Ibid.

(que es en mi casa) seréis consolados. Veréis el cumplimiento de todo esto, y gozarse ha vuestro corazon ; y vuestros huesos así como las plantas reverdecerán ; y en este tiempo conoscerán los siervos de Dios la mano poderosa del Señor. Quiere decir : que así como los hombres por la grandeza del cielo, y de la tierra, y de la mar, y por la hermosura del sol, y de la luna, y de las estrellas vienen á conoscer la omnipotencia y hermosura de Dios, por ser estas obras tan señaladas; así tambien los justos vendrán á conoscer la grandeza del poder, y de las riquezas y bondad de Dios, por las grandezas de las mercedes y favores que dél recibirán, y que en sí mesmos experimentarán. De suerte que así como por los azotes y plagas que Dios envió á Faraon, declaró al mundo la grandeza de su severidad para con los malos, así por los favores y beneficios admirables que hará á los buenos, declarará la grandeza de su bondad y amor para con ellos. Dichosa por cierto el ánima con cuyos beneficios y favores mostrará Dios la grandeza de tal bondad, y desdichada aquella con cuyos azotes y castigos descubrirá la grandeza de tal justicia ; porque como cada rosa destas sea de tan inestimable grandeza, ¿ cuáles serán los rios que de tan caudalosas fuentes manarán ?

Añado mas á todo esto : que si te paresce estéril y triste el camino de la virtud, ¿ qué quiso decir la divina Sabiduría cuando hablando de sí mesmo, dijo [1] : Andaré por los caminos de la justicia, y por medio de las sendas del juicio, para enriquescer á los que me aman, y hinchirles las arcas de mis bienes? Pues ¿ qué riquezas y bienes son estos, sino los desta sabiduría celestial, que sobrepujan á todas las riquezas del mundo, las cuales se communican á los que andan por el camino de la justicia, que es la mesma virtud de que hablamos ? Porque si aquí no se hallaran riquezas mas dignas deste nombre que todas las otras, ¿ cómo diera el apóstol gracias á Dios por los de Corinto, diciendo [2] que estaban ricos en todo género de riquezas espirituales, llamando estos á boca llena

[1] Prov. I.
[2] I Cor. I.

ricos, como quiera que á los otros no llama absolutamente ricos, sino ricos deste siglo[1]?

## § I

### Confirma lo dicho con una autoridad muy notable del Evangelio.

Mas sobre todo esto añade, para confirmacion desta verdad, aquella tan notable sentencia del Salvador, el cual respondiendo á Sant Pedro[2] cuando preguntó por el galardon que habian de recebir los que por él habian dejado todas las cosas (segun refiere Sant Marcos), dice así[3]: En verdad os digo que ninguno hay que deje casa, hermanos ó hermanas, padre ó madre, hijos ó heredades por amor de mí, y por el Evangelio, que no reciba agora en este tiempo presente ciento tanto mas de lo que dejó, y despues en el siglo advenidero la vida eterna. Estas palabras son de Cristo, por las cuales no es razon pasemos de corrida. Porque lo primero, no me puedes negar, sino que expresamente hace aquí distinccion entre el galardon que se da á los buenos en esta vida, y en la otra: prometiendo uno de futuro, y ofresciendo otro de presente. Tampoco me negarás que no puede haber falta en el cumplimiento desa promesa[4], pues es cierto que ántes faltará el cielo y la tierra, que un tilde, ó una palabra destas por imposible que parezca. Porque así como creemos que Dios es trino y uno, porque él lo dijo, aunque este misterio sea sobre toda razon, así estamos obligados á creer esta mesma verdad, aunque sobrepuje todo entendimiento; pues tiene por sí el testimonio del mesmo autor. Pues dime agora, ¿qué ciento tanto es este que de presente se da á los justos en esta vida? Porque no vemos comunmente que se les dén grandes estados, ni riquezas, ó dignidades temporales, ni aparato de cosas de mundo: ántes muchos dellos viven arrinconados y olvidados del mundo, en grandes pobrezas, miserias y enfermedades. Pues siendo esto así, ¿cómo se podrá salvar la infalible ver-

[1] I Tim. VI.
[2] Matth. XIX.
[3] Marc. X.
[4] Luc. XXI.

dad desta sentencia, sino confesando que los provee Dios de tales y tantos dones y riquezas espirituales, que sin ninguno destos aparatos del mundo bastan para darles mayor felicidad, mayor alegría, mayor contentamiento y descanso, que la posesion de todos los bienes del mundo? Y no es esto mucho de espantar, porque así como leemos [1] que no está Dios atado á dar mantenimiento á los cuerpos de los hombres con solo pan (pues tiene otros muchos medios para eso), así tampoco lo está para dar hartura y contentamiento á sus ánimas con solos estos bienes temporales, pues sin estos lo puede él muy bien hacer: como á la verdad lo hizo con todos los sanctos, cuyas oraciones, cuyos ejercicios, cuyas lágrimas, cuyos deleites sobrepujaron á todas las consolaciones y deleites del mundo. Y desta manera se verifica con mucha razon que reciben ciento tanto mas de lo que dejaron; pues por los bienes mentirosos y contrahechos, reciben los verdaderos; por los dudosos, los ciertos; por los corporales, los espirituales; por los cuidados, reposo; por las congojas, tranquilidad, y por la vida viciosa y abominable, vida virtuosa y deleitable. De manera que si despreciaste los bienes temporales por amor de Cristo, en él hallarás inestimables tesoros; si desechaste las honras falsas, en él hallarás las verdaderas; si renunciaste el amor de tus padres, por eso te recreará con mayores regalos el Padre Eterno; y si despediste de ti los pestíferos y ponzoñosos deleites, en él hallarás otros mas dulces y mas nobles deleites. Y cuando aquí hubieres llegado, verás claramente que todas aquellas cosas que ántes te agradaban, no solo no te agradarán, mas ántes te causarán aborrescimiento y hastío. Porque despues que aquella luz celestial ha tocado y esclarescido nuestros ojos, luego nasce otra diversa y nueva faz á todas las cosas, con la cual se nos representan de otra muy diferente figura. Y así lo que poco ántes parescia dulce, agora te parescerá amargo; y lo que parescia amargo, agora se hace dulce; y lo que ántes espantaba, agora contenta; y lo que ántes parescia hermoso, agora paresce feo (aunque ántes tambien lo era, sino que no se conoscia). Desta manera pues se

[1] Matth. IV.

verifica la promesa de Cristo : el cual, por los bienes temporales del cuerpo, nos da bienes espirituales del ánima, y por los bienes que llaman de fortuna, nos da los bienes de gracia, que sin comparacion son mayores y mas poderosos para enriquescer y contentar el corazon del hombre. Y para confirmacion desto no dejaré de referir aquí un ejemplo notable que se escribe en el libro de los Varones ilustres de la órden de Cister. Escríbese pues ahí, que predicando Sant Bernardo en Flándes con un encendidísimo deseo de traer los hombres á Dios, entre otros que por especial tocamiento del Espíritu Sancto se convirtieron, fué un caballero muy principal de aquella tierra, llamado Arnulfo, al cual tenia el mundo preso con grandes cadenas ; y como él finalmente, dejado el mundo, tomase el hábito en el monasterio de Clarevale, alegróse tanto el bienaventurado Padre con esta conversion, que dijo en presencia de todos, que no era ménos admirable Cristo en la conversion de Fr. Arnulfo, que en la resurreccion de Lázaro [1] ; pues estando él ligado con las ataduras de tantos vicios, y sepultado en el profundo de tantos deleites, le resuscitó Cristo, y trajo á aquella nueva vida : la cual no fué ménos admirable en el suceso, que lo fué en la conversion. Y porque seria muy largo contar en particular todas sus virtudes, vengo á lo que hace á nuestro caso. Padescia este sancto varon muchas veces una enfermedad de cólica, la cual le causaba tan grandes dolores, que le llegaban á punto de muerte. Y estando una vez así, cuasi sin sentido, perdida la habla, y tambien la esperanza de la vida, diéronle la Extrema-Uncion, y él de ahí á poco volviendo sobre sí, comenzó súbitamente á alabar á Dios, y decir á grandes voces : Verdaderas son todas las cosas que dijiste, ó buen Iesu. Y como él repitiese muchas veces esta palabra, espantándose los monges desto, y preguntándole cómo estaba, y por qué decia aquello, ninguna cosa respondia, sino replicando la mesma sentencia : Verdaderas son todas las cosas que dijiste, ó buen Iesu. Algunos de los que allí estaban, decian que la grandeza de los dolores le habia privado de su juicio, y que por esto decia aquellas pala-

[1] Joan. XI.

bras. El entónces respondió : No es así, hermanos mios, no es así, sino que con todo mi juicio y entendimiento digo que son verdaderas todas las cosas que habló nuestro Salvador Iesu. Ellos respondieron : Nosotros tambien confesamos eso ; mas ¿ á qué propósito lo dices tú ? Respondió él : Porque el Señor dice en su Evangelio[1] que quien quiera que renunciare por su amor todas las aficiones de sus parientes, recebirá ciento tanto mas en este siglo, y despues la vida eterna en el otro. Pues yo experimento agora en mí, y confieso que de presente recibo este ciento tanto mas en esta vida ; porque os hago saber que la grandeza inmensa deste dolor que padezco, me es tan sabrosa por la firmeza de la esperanza que por ella me han agora dado de mi salvacion, que no la trocaria por ciento tanto mas de lo que en este mundo dejé. Y si yo siendo tan grande pecador, tal consolacion recibo con mis angustias, ¿ cuál será la que los sanctos y perfectos varones recibirán en sus alegrías ? Porque verdaderamente el gozo espiritual que me causa esta esperanza, cien mil veces sobrepuja el gozo mundano que de presente en el mundo recibia. Diciendo él esto, maravilláronse todos de ver que un religioso lego y sin letras tales palabras dijese : sino manifiestamente se conoscia que el Espíritu Sancto, que en su ánima moraba, las decia.

En lo cual se ve claramente cómo sin el estruendo y aparato de los bienes temporales del mundo, da Dios á los suyos mayor contentamiento, y mayores cosas que las que por él dejaron ; y por consiguiente, cuán engañados viven los que no creen que de presente se dé nada desto á la virtud.

Pues para destierro deste engaño tan peligroso (demas de lo dicho) servirán los doce capítulos siguientes, en los cuales trataremos de doce maravillosos fructos y privilegios que acompañan en esta vida á la virtud, para que por aquí vean los amadores del mundo, que hay mas miel en ella de lo que ellos piensan. Y dado caso que para entender esto perfectamente era necesaria la experiencia, y uso de la mesma virtud (porque esta es la que mejor conosce sus riquezas) ; pero la

[1] Marc. x.

falta desto suplirá la fé, la cual confiesa la verdad de las Escripturas sagradas, con cuyos testimonios entiendo probar todo lo que en esta parte dijere, porque á nadie quede lugar para dubdar desta verdad.

## CAPÍTULO XII

Del doceno título por donde estamos obligados á la virtud, por razon del primer privilegio della, que es la providencia especial que Dios tiene de los buenos para encaminarlos á todo bien, y de la que tiene de los malos para castigo de su maldad.

Pues entre estos privilegios y favores el primero y mas principal (del cual como de una fuente caudalosa manan todos los otros) es la providencia y cuidado paternal que Dios tiene de los que le sirven. Porque aunque él tenga general providencia de todas las criaturas, pero ténela muy mas especial de los que ha recebido por suyos. Porque como él tenga estos en lugar de hijos, y les haya dado espíritu y corazon de hijos, él tambien por su parte tiene corazon de padre amantísimo para con ellos, y conforme á este amor tiene el cuidado y providencia dellos.

Mas que tan grande sea esta providencia, en ninguna manera lo podrá entender sino el que la hubiere experimentado, ó el que con estudio y atencion hubiere leido las Escripturas sagradas, y notado con diligencia los pasos que desto tratan. Porque quien así lo hiciere, verá que cuasi toda la Escriptura divina, dende el principio hasta el fin, generalmente trata desto. Ca toda ella se mueve sobre estos dos puntos (como el mundo sobre dos polos), que son pedir y prometer. En los cuales por una parte pide Dios al hombre la obediencia y guarda de sus mandamientos, y por otra promete grandísimos premios al que los guardare, así como amenaza grandísimos castigos al que los quebrantare. La cual doctrina está de tal manera repartida, que todos los libros morales de la Escriptura divina piden y prometen, y todos los historiales verifican el cumplimiento de lo uno y de lo otro, mostrando por las obras cuán diferente se hubo Dios con los buenos y con los malos. Mas como Dios sea tan largo y tan magní-

fico, y el hombre tan flaco y tan miserable : él tan rico para prometer, y el hombre tan pobre para dar : es muy diferente la proporcion que hay entre lo que pide, y lo que da; porque pide poco, y da mucho : pide amor y obediencia, que él mesmo nos da, y por esto nos ofresce bienes inestimables de gracia y de gloria para esta vida y para la otra. Entre los cuales ponemos aquí en el primer lugar este amor y providencia paternal que él tiene de los que recibe por hijos : la cual sobrepuja á todos los amores y providencias que todos los padres de la tierra tienen y pueden tener á los suyos. La razon desto es, porque ningun padre hasta hoy atesoró, ni aparejó tan gran bien á sus hijos, cuanto Dios tiene aparejado y prometido á los suyos, que es la participacion de su mesma gloria : ni trabajó tanto por ellos como él, pues por esta derramó su sangre; ni tiene tan continuo cuidado dellos como él, pues los tiene presentes ante sus ojos, y ayuda en todos sus trabajos. Así lo confiesa David cuando dice[1] : A mí, Señor, recebiste por mi inocencia, y me confirmaste siempre en tu presencia. Esto es : nunca apartaste tus ojos de mí, por el cuidado perpetuo que de mí tienes. Y en otro salmo[2] : Los ojos (dice) del Señor están puestos sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos. Mas su rostro airado está sobre los que hacen mal, para destruir de la tierra la memoria dellos.

Mas porque la mayor riqueza del buen cristiano es esta providencia que Dios tiene dél, y cuanto es mayor la certidumbre que tiene desto, tanto es mayor su alegría y confianza; será bien juntar aquí algunos testimonios de la Escriptura divina, porque cada uno destos es como una cédula real, y una nueva confirmacion destas tan ricas promesas y mandas del testamento de Dios. El Ecclesiástico pues dice[3] : Los ojos del Señor están puestos sobre los que le temen : él es su guarnicion poderosa, su lugar de refugio, escudo de su defension, amparo contra el calor del estío, som-

[1] Psalm. XL.
[2] Ibid. XXXIII.
[3] Eccli. XXXIV.

bra para el mediodía, socorro en sus peligros, y ayuda en todas sus caidas : él es el que levanta sus ánimas, alumbra sus entendimientos, y el que les da salud, vida y bendicion. Hasta aquí son palabras del Eclesiástico, en las cuales ves cuántas maneras de oficios ejercita este Señor para con los suyos. El profeta David en un salmo dice[1] : El Señor tendrá cuidado de regir y enderezar los pasos del justo : y cuando cayere no se quebrantará, porque él pondrá debajo su mano para que no se lastime. Mira tú ¿qué podra empecer la caida al que cae sobre una almohada tan blanda como es la mano divina? En otro lugar dice[2] : Muchas son las tribulaciones de los justos : mas de todas ellas los librará el Señor, porque él tiene cuenta con todos los huesos dellos, de tal manera que ni uno solo será quebrado. Mas en el sancto Evangelio se encaresce mas esta providencia, donde dice el Salvador[3] que no solo tiene contados todos sus huesos, mas tambien todos sus cabellos, porque ni uno solo se pierda : para significar con esta la grandísima y especialísima providencia que tiene dellos. Porque ¿de qué no tendrá cuidado quien lo tiene de los cabellos? Y si esto te paresce mucho, no es ménos lo que significó el profeta Zacarías, diciendo[4] : Quien á vosotros tocare, toca á mí en la lumbre de los ojos. Harto fuera decir : quien tocare á vosotros, toca á mí; pero mucho mas fué decir : quien tocare en vosotros en cualquiera parte que sea, me toca en la lumbre de los ojos.

Y no solo por sí, sino tambien por el ministerio de los ángeles entiende en nuestra guarda; y así dice en un salmo[5] : A los ángeles tiene Dios mandado de ti, que te guarden en todos tus caminos, y te traigan en las palmas de las manos, para que no tropiecen tus piés en alguna piedra. ¿Viste nunca tú tal coche, ó tal litera como son las manos de los ángeles para andar en ellas? Pues desta manera los sanctos ángeles (que son como nuestros hermanos mayores) traen en sus

[1] Psalm. XXXVI.
[2] Psalm. XXXIII.
[3] Luc. XII, XXI.
[4] Zach. II.
[5] Psalm. XC.

brazos á los justos, que son sus hermanos menores, que no saben andar por sí, sino en brazos ajenos; y en estos los traen los ángeles, no solo en vida, sino tambien en muerte: como paresce claro en aquel pobre Lázaro del Evangelio[1], que despues de muerto fué llevado por manos dellos al seno de Abraham. En otro salmo dice[2]: El ángel del Señor anda al derredor de los que le temen, para librarlos de los peligros. Y cuán poderosa sea esta guarda, decláralo mas la translacion de Sant Hierónimo, que en lugar destas palabras dice así: El ángel del Señor tiene sentados sus reales al derredor de los que le temen para librarlos. Pues ¿qué rey hay en el mundo que tal guarda traiga consigo como esta? La cual manifiestamente se vió en el libro de los Reyes[3], donde viniendo el ejército del rey de Siria á prender al profeta Heliseo, y temblando su criado de miedo, hizo el sancto profeta oracion á Dios, suplicándole abriese los ojos de aquel desconfiado mozo, para que viese cuánto mayor ejército tenia él en su favor que sus contrarios; y abrió Dios los ojos del mozo, y vió todo el monte lleno de caballos y carros de fuego al derredor de Heliseo. Y esta mesma guarnicion es aquella de que se escribe en el libro de los Cantares, por estas palabras[4]: ¿Qué verás tú en la Sunamites (que es la figura de la Iglesia, y del ánima que está en gracia), sino compañías de reales, que son la guarda de los sanctos ángeles? Y esto mesmo significa el Esposo en el mesmo libro por otra figura, diciendo[5]: La litera de Salomon guardan sesenta fuertes de los mas esforzados de Israel: y todos ellos tienen sus espadas en las manos, y son muy diestros en pelear. Cada uno tiene su espada sobre el muslo por los temores de la noche. Pues ¿qué es esto sino declararnos el Espíritu Sancto por tantas figuras el recaudo que la divina Providencia tiene sobre las ánimas de los justos? Porque ¿de dónde nasce que un hombre concebido en pecado, viviendo en una carne

1 Luc. XVI.
2 Psalm. XXXIII.
3 IV Reg. VI.
4 Cant VII.
5 Ibid, III

tan mal inclinada, y entre tantos millares de lazos y peligros, viva muchos años sin desbarrar ni en un solo pensamiento que sea pecado mortal, sino desta tan grande guarda y providencia divina?

La cual es tan grande, que no solamente los libra de los males, y encamina á todos los bienes, sino muchas veces los mesmos males en que alguna vez por divina permision caen, los hace materia de bienes, cuando con ellos se hacen mas cautos, mas humildes, y mas agradescidos á quien los sacó de tales peligros, y les perdonó tantos pecados. Porque en este sentido dice el Apóstol[1] que á los que aman á Dios todas las cosas les ayudan y sirven para su bien.

Y si estos favores son dignos de grande admiracion, mucho mas lo es que no solo tiene Dios esta cuenta con sus siervos, sino tambien con sus hijos y descendientes, y con todo lo que toca á ellos; como el mesmo Señor lo testificó, diciendo[2]: Yo soy Señor Dios, fuerte y celoso, que visito la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion, y uso de misericordia en millares de generaciones con aquellos que me aman y guardan mis mandamientos. Así lo mostró él con David[3], cuyos hijos á cabo de tantos años no quiso destruir (aunque lo merescian muchas veces sus pecados), por respecto de su padre David. Y así lo mostró tambien con Abraham[4], á cuyos hijos tantas veces perdonó por amor de sus padres: y al mesmo Ismael, que era hijo de esclava, prometió de multiplicar y engrandescer en la tierra, por ser hijo de Abraham. Y hasta su mesmo criado enderezó en el camino y negocio que llevaba á cargo, de buscar mujer para el hijo de su señor, porque era criado dél[5]. Y no solo tuvo respecto al criado por amor del buen señor, pero (lo que mas es) aun al señor malo, por amor del buen criado. Y así leemos haber hecho él grandes

1 Rom. VIII.
2 Exod. XX.
3 II Reg. III, XV; IV Reg. VIII, XIX.
4 Genes. XVII; Exod. XXXIII.
5 Genes. XXIV.

mercedes á su amo de Josef[1], que era idólatra, por amor del sancto mozo que tenia en su casa. Pues ¿qué mayor benignidad y providencia que esta? ¿Quién no se determinará de servir á un señor tan largo, tan fiel y tan agradescido para con todos los que le sirven, y para con todas sus cosas?

§

De los nombres que en la Escriptura divina se atribuyen á nuestro Señor por razon desta providencia.

Pues como esta divina providencia se extienda á tantos y tan maravillosos efectos, por eso tiene Dios en la Escriptura divina muchos y diversos nombres; pero el mas celebrado y mas usado es llamarse Padre, como lo llama su amantísimo Hijo á cada paso en el Evangelio[2]. Y no solo en el Evangelio, mas tambien en muchos lugares del Viejo Testamento; como lo significó el profeta en el Salmo, cuando dijo[3]: De la manera que el padre se compadesce de sus hijos, así se compadesce el Señor de todos los que le temen; porque él conosce la flaqueza de nuestra humanidad.

Y porque aun le parescia poco á otro profeta llamar á Dios padre (pues su amor y providencia sobrepuja á la de todos los padres), dijo estas palabras[4]: Señor, vos sois nuestro padre, y Abraham no nos conosció, é Israel no tuvo que ver con nosotros. Dando á entender que estos que eran padres carnales, no merescian este nombre en comparacion de Dios. Mas porque entre estos amores de padres el de las madres suele ser, ó mas vehemente, ó mas tierno, no se contenta este Señor con llamarse padre, sino llámase tambien madre, y mas que madre. Y así dice él por Isaías estas dulcísimas palabras[5]: ¿Qué madre hay que se olvide de su hijo chiquito, y que no tenga corazon para apiadarse de lo que salio

[1] Genes. XXXIX.
[2] Joan. V, VI, X; Matth. V, VI, XVIII, XXIII.
[3] Psalm. CII.
[4] Isai. LXIII.
[5] Ibid. XLIX.

de sus entrañas? Pues si fuere posible que haya alguna madre en quien pueda caber este olvido, en mí nunca jamás cabrá: porque en mis manos te tengo escripto, y tus muros están siempre delante de mí[1]. Pues ¿qué palabras de mayor ternura y providencia que estas? ¿Quién será tan ciego, ó tan desconfiado que no se alegre, que no resuscite y levante cabeza con tales prendas de tal providencia y amor? Porque quien considerare que el que estas palabras dice es Dios, cuya verdad no puede faltar, cuyas riquezas no tienen término, cuyo poder es infinito, ¿qué temerá? qué no esperará? cómo no se alegrará con tales palabras? con tales prendas? con tal providencia? y con tal significacion de amor?

Pues pase el negocio aun mas adelante; porque no contento este Señor con comparar este su amor con el vulgar y comun amor de las madres, escogió una entre todas ellas, que es la mas afamada en este amor, la cual (segun dicen) es el águila; y con el desta comparó su amor y providencia, diciendo[2]: De la manera que lo hace el águila, así este Señor defendió su nido, y amó sus hijos: y así extendió sus alas, y los puso encima dellas, y los trajo sobre sus hombros. Lo cual aun mas abiertamente declaró el mesmo profeta al mesmo pueblo, despues de llegado á la tierra de promision, diciendo[3]: Hate traido el Señor en todo este camino por do has caminado, de la manera que un padre trae un hijo chiquito en sus brazos, hasta ponerte en este lugar.

Y así como él toma para sí nombre de padre y de madre, así tambien da á nosotros nombre de hijos, y de hijos muy regalados; como claramente lo testifica él por Hieremías, diciendo[4]: Hijo mio, muy honrado es Efraim, y niño delicado; porque despues que comencé á tratar con él, siempre he tenido memoria dél: y por tanto mis entrañas se han enternescido sobre él, y apiadando, me apiadaré dél. Cada palabra destas (pues es de Dios) era mucho para ponderar, y

[1] Estos muros son la custodia angélica. *Qui semper videt faciem Patris* (Matth. XVIII).
[2] Exod. XIX.
[3] Deut. XXXII.
[4] Jerem. XXXI.

para estimar, y para regalar y enternescer nuestro corazon para con Dios; pues así se enternesció el de Dios para con tan pobres criaturas.

Y por razon desta mesma providencia, despues del nombre de padre, se llama él tambien pastor, como se llama en su Evangelio. Y para declarar hasta donde llegaba el amor y cuidado desta providencia pastoral, dijo estas palabras[1]: Yo soy buen pastor, y conozco á mis ovejas, y ellas conoscen á mí. ¿De qué manera, Señor, las conosceis? ¿Con qué ojos las mirais? Con los ojos (dice él) que mi Padre mira á mí, y yo á él, con esos miro yo á mis ovejas, y ellas miran á mí. ¡Oh bienaventurados ojos! ¡Oh dichosa vista! ¡Oh dichosa providencia! Pues ¿qué mayor gloria, qué mayor tesoro puede nadie desear, que ser mirado del Hijo de Dios con tales ojos, que es con los ojos que su Padre mira á él? Porque aunque la comparacion no sea igual en todo (pues mas meresce el hijo natural que los adoptivos), pero asaz es grande gloria ser ella tal, que merezca ser comparada con esta. Mas cuáles sean las obras y beneficios desta providencia, declara y promete Dios copiosísima y elegantísimamente por el profeta Ezequiel, diciendo así[2]: Yo buscaré mis ovejas, y las visitaré. De la manera que visita el pastor su ganado cuando lo halla descarriado, así yo visitaré mis ovejas, y las sacaré de todos los lugares por donde andaban descarriadas en el dia de la nube y de la escuridad: y sacarlas he de entre los pueblos, y juntarlas he de diversas tierras, y traerlas he á la suya, y apascentarlas he en los montes de Israel, en los rios, y en todos los otros lugares de la tierra: y apascentarlas he en abundantísimos pastos, que será en los montes altos de Israel, donde descansarán sobre las yerbas verdes, y serán apascentadas en pastos muy abundosos. Yo apascentaré mis ovejas, y les daré sueño reposado, dice el Señor. Yo buscaré lo perdido, y recobraré lo hurtado, y ataré lo que estuviere quebrado, y esforzaré lo flaco, y guardaré lo que estuviere fuerte, y apascentarlas he en juicio, que es con

1 Joan. x; Luc. xv.
2 Ezech. xxxiv.

grande recaudo y providencia. Y un poco mas abajo añade luego, diciendo : Y haré con ellas un contrato de paz, y ojearé todas las malas bestias de la tierra ; y los que moran en el desierto estarán seguros en los bosques. Y puestas al derredor de mi collado, derramaré sobre ellas mi bendicion, y inviaré las aguas lluvias á su tiempo, las cuales serán benditas ; esto es, saludables y provechosas, y no dañosas á los pastos del ganado. Hasta aquí son palabras de Ezequiel. Dime agora pues : ¿ qué mas habia que prometer ? ¿ ni con qué mas dulces, y amorosas, y elegantes palabras se pudiera todo esto representar ? Porque es cierto que ni habla el Señor aquí del ganado material, sino del espiritual (que son los hombres), como el mesmo texto expresamente lo dice : ni ménos promete yerbas y abundancia de bienes temporales (que son comunes á buenos y á malos), sino abundancia de favores, y gracias, y providencias especiales, con las cuales rige Dios y gobierna este espiritual ganado, á manera de pastor, como él mesmo lo explica por Isaías, diciendo[1] : Así como pastor apascentará su ganado, y con su brazo juntará los corderos, y los traerá en su seno, y las ovejas paridas y preñadas él las llevará sobre sus hombros. Pues ¿ qué cosa mas tierna ni mas dulce que esta ? Destos mesmos oficios y beneficios de pastor habla y trata todo aquel divino salmo que comienza[2] : *Dominus regit me*. En lugar de las cuales palabras traslada Sant Hierónimo mas claramente : *Dominus pastor meus est*. Y propuesto este principio, prosigue luego en todo el salmo todos los oficios de pastor : los cuales no pongo aquí, porque quien quiera los podrá por sí leer y entender.

Y de la manera que se llama pastor, porque nos rige, así tambien rey, porque nos defiende ; y maestro, porque nos enseña ; y médico, porque nos cura, y ayo, porque nos trae en sus brazos ; y guarda, por el cuidado que tiene de velar sobre nosotros y guardarnos. De los cuales nombres están llenas todas las Escripturas divinas. Mas entre todos estos nombres el mas tierno, y mas regalado, y que mas

1 Isai. XL.
2 Psalm. XXII.

descubre esta providencia, es el nombre de esposo, con que se llama en el libro de los Cantares, y en otros muchos lugares de la Escriptura. Y así convida él al ánima del pecador que lo quiera llamar, diciendo[1]: Si quiera agora me llama padre mio, y guia de mi virginidad. El cual nombre celebra el Apóstol con grande encarescimiento. Porque despues de aquellas palabras que dijo el primer hombre á la primera mujer, conviene saber: Por esta dejará el hombre padre y madre, y allegarse ha á su mujer, y serán dos en una carne; añade el Apóstol, y dice[2]: Este sacramento es grande, entendido como yo lo entiendo, de Cristo y de la Iglesia, que es esposa suya; y así lo es tambien en su manera, de cualquiera de las ánimas que están en gracia. Pues ¿qué no se podrá esperar de quien tal nombre como este tiene, pues no lo tiene de balde?

Mas ¿para qué es andar buscando en las Escripturas sagradas un nombre de aquí, otro de allí? pues los nombres que de sí prometen algun bien, competen á este Señor; pues quien quiera que le ame, y le busque, hallará en él todo lo que desea. Por lo cual dice Sant Ambrosio en un sermon: Todas las cosas tenemos en Cristo, y todas ellas nos es Cristo. Si deseas ser curado de tus llagas, médico es: si ardes con calenturas, fuente es: si te fatiga la carga de los pecados, justicia es: si tienes necesidad de ayuda, fortaleza es: si temes la muerte, vida es: si quieres huir de las tinieblas, luz es: si deseas ir al cielo, camino es: si tienes necesidad de manjar, mantenimiento es. Cata aquí pues, hermano, cuántas maneras de nombres tiene este Señor, que en sí es uno y simplicísimo; porque aunque sea uno en sí, á nosotros es todas las cosas para remedio de todas nuestras necesidades, que son innumerables.

No acabaríamos á este paso de referir todas las autoridades que sobre esta materia se ofrescen en las Escripturas divinas. Mas estas he referido para consuelo y esfuerzo de los que sirven á Dios, y para atraer con ellas á su servicio á los que no le sirven: pues es cierto que ningun tesoro hay de-

[1] Jerem. III.
[2] Ephes. V.

bajo del cielo mayor que este. Por donde así como los que han servido á los reyes en algunas grandes jornadas por mandamientos y cartas suyas en que se les prometen grandes premios por estos trabajos, guardan estas cartas con todo recaudo, y con ellas se animan y alegran en esos mesmos trabajos, y con ellas piden despues la remuneracion de sus servicios, así los siervos de Dios guardan dentro de su corazon todas estas palabras y cédulas divinas, muy mas ciertas que todas las de los reyes de la tierra. En ellas tienen su esperanza, con ellas se esfuerzan en sus trabajos, por ellas confian en sus peligros, con ellas se consuelan en sus angustias, á ellas recurren en todas sus necesidades: ellas los encienden en el amor de tal Señor, y les obligan á entregarse del todo á su servicio: pues él tan fielmente les promete de emplearse todo en su provecho, siéndoles todo en todas las cosas. En lo cual paresce que uno de los principales fundamentos de la vida cristiana es el conoscimiento práctico desta verdad.

Pues dime agora, ruégote, ¿ si es posible imaginarse cosa alguna mas rica, mas preciosa y mas para estimar y desear que esta, y si se puede imaginar en esta vida algun mayor bien que tener á Dios por padre, por madre, por pastor, por médico, por maestro, por ayo, por muro, por defensor, por valedor, y (lo que mas es) por esposo, y finalmente por todas las cosas? ¿ Qué tiene el mundo que poder dar á sus amadores, que iguale con esto? Pues ¿ cuánta razon tienen los que este bien poseen para alegrarse, consolarse, y esforzarse y gloriarse en él sobre todas las cosas? Alegráos, dice el profeta[1], en el Señor los justos, y gloriáos en él todos los rectos de corazon. Como si mas claramente dijera: Alégrense los otros en las riquezas y honras del mundo; otros en la nobleza de sus linages; otros en los favores y privanzas de los príncipes; otros en la preeminencia de sus oficios y dignidades: mas vosotros que presumís tener á Dios por vuestro, que es vuestra heredad y vuestra posesion, alegráos y gloriáos mas de verdad en este bien; pues es tanto mayor

[1] Psalm. XXXI.

que todos los otros, cuanto es mas Dios que todas las cosas. Así lo confiesa expresamente David en un salmo, diciendo[1]: Líbrame, Señor, de las manos de los que están fuera de tu servicio y de tu casa; los cuales no tienen boca sino para hablar vanidad, ni brazo sino para obrar maldad; cuyos hijos andan en su juventud lozanos y frescos, como los árboles nuevos y recien plantados; cuyas hijas andan ataviadas y compuestas á manera de templos; cuyas despensas están llenas y abastadas de todos los bienes; cuyas ovejas están gordas y llenas de hijos. Por bienaventurado tuvieron al pueblo lleno de todos estos bienes; mas yo digo que bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios. ¿Por qué, David? La razon está muy clara; porque en él solo posee un bien en quien está todo lo que se puede desear. Por tanto gloríense los otros en todas estas cosas; mas yo, aunque muy rico y muy poderoso rey, en él solo me gloriaré. Así se gloriaba aquel sancto profeta que decia[2]: Yo me gozaré en el Señor, y alegrarme he en Dios mi Salvador; porque él es mi Dios, y mi fortaleza, y el que hará mis piés ligeros como los de los ciervos para correr sin tropiezo por los caminos desta vida, y hará que ande yo sobre los altos montes cantándole salmos y alabanzas. Este es pues el tesoro, esta la gloria que está aparejada en este mundo para los que sirven á Dios. Y esta es una de las grandes razones que hay para que todos le deseen servir, y una de las justísimas querellas que él tiene contra los que no le sirven; siendo él tan buen Señor, y tan fiel ayudador y defensor dellos: y con esta queja envió al profeta Hieremías á quejarse de su pueblo, diciendo[3]: ¿Qué aspereza hallaron vuestros padres en mí, por qué se alejaron de mí, y se fuéron en pos de la vanidad, y se hicieron vanos? Y mas abajo: ¿Por ventura he sido yo á este pueblo tierra yerma, y tardía, y desaprovechada? Como si dijese: Claro está que no; pues tantas victorias y prosperidades les han venido por mi mano. Pues ¿por qué ha dicho este pueblo, ya nos habe-

[1] Psalm CXLIII.
[2] Habac. III.
[3] Jerem. II.

mos apartado de tu servicio, y no queremos mas volver á ti? ¿Por ventura olvidarse ha la doncella del mas hermoso de sus atavíos, y de la faja rica con que se ciñe los pechos? Pues ¿por qué mi pueblo se ha olvidado de mí por tantos dias, siendo yo todo su ornamento, su gloria, y su hermosura? Pues si de aquellos se quejaba Dios en el tiempo de la ley (donde las mercedes eran mas cortas), ¿cuánta mas razon tendrá agora de quejarse, cuando son tanto mas largas, cuanto mas espirituales y mas divinas?

## § II

### De la manera de la providencia que tiene Dios de los malos para castigo de sus maldades.

Y si no nos mueve tanto el amor desta felicísima providencia de que gozan los buenos, muévanos siquiera el temor de la providencia (si así se puede llamar) que tiene Dios de los malos: la cual es medirlos con su propria medida, y tratarlos conforme al olvido y menosprecio que tienen de su Majestad, olvidándose de los que le olvidan, y despreciando á los que le desprecian. Y para significar esto mas palpablemente, mandó al profeta Oseas[1] que se casase con una mujer fornicaria: para dar á entender la fornicacion espiritual en que habia caido aquel pueblo, que habia desamparado á su legítimo esposo y señor. Y á un hijo que deste matrimonio le nasció, mandó poner por nombre una palabra hebrea que quiere decir: No mi pueblo vosotros; para dar á entender, que pues ellos con sus pecados no le reconoscieron, ni sirvieron como á Dios, él tampoco los reconosceria, y trataria como á pueblo. Y en confirmacion de la mesma sentencia añade luego mas abajo, diciendo: Juzgad á vuestra madre, juzgadla; porque ni ella es mi mujer, ni yo soy su marido[2]. Dando á entender que así como ella no le habia guardado fe y obediencia de buena mujer, así él no tendria para

[1] Osee, I.
[2] Ibid. II.

con ella el amor y providencia de verdadero marido. Ves pues cuán abiertamente nos enseña aquí este Señor cómo mide á cada uno con su mesma medida ; siendo tal para con el hombre, como el hombre es para con él.

Pues desta manera viven los malos, como olvidados de Dios ; y así están en este mundo como hacienda sin dueño, como escuela sin maestro, como navío sin gobernalle, y finalmente como ganado descarriado sin pastor, que nunca escapa de lobos. Y así les dice Dios por el profeta Zacarías [1] : No quiero ya tener mas cargo de apascentaros : lo que muriere, muérase, y lo que mataren, mátenlo ; y los demas, que se coman á bocados unos á otros. Y lo mesmo significó en el cántico de Moysen, diciendo [2] : Apartaré mis ojos dellos, y estarme he mirando las miserias y calamidades en que finalmente han de parar, sin proveerles de remedio.

Pero aun mas copiosamente declara él esta manera de providencia por Isaías [3], hablando de su pueblo en nombre de viña : contra la cual (porque despues de labrada y cultivada con muchos beneficios, no habia acudido con el fructo que era razon) pronuncia él esta sentencia, diciendo : Quiero declararos lo que yo haré con esta mi viña. Quitarle he el vallado, y será robada : derribarle he la cerca, y será hollada : y haré que quede como una tierra desierta. No será podada, ni cavada, cubrirse ha de zarzas y espinas, y á las nubes mandaré que no lluevan sobre ella. Esto es : quitarle he todos los socorros y ayudas eficaces de que la habia proveido, de donde seguirá su total caida y destruccion. ¿ Paréscete pues que es mucho para recelar tal manera de providencia?

Pues dime agora : ¿ qué mayor peligro, y qué mayor miseria, que vivir fuera desta tutela y providencia paternal de Dios, y quedar expuesto á todos los encuentros del mundo, y á todas las calamidades y injurias desta vida ? Porque como este mundo sea por una parte un mar tempestuoso, un desierto lleno de tantos salteadores y bestias fieras, y sean tantos los desastres y acaescimientos de la vida humana, tantos

[1] Zach. XI.
[2] Deut. XXXII.
[3] Isai. V.

y tan fuertes los enemigos que nos combaten, tantos y tan ciegos los lazos que nos arman, y tantos los abrojos que nos tienen por todas partes sembrados; y por otra parte el hombre sea una criatura tan flaca y tan desnuda, tan ciega, tan desarmada, y tan pobre de esfuerzo y de consejo: si le falta esta sombra, y este arrimo y favor de Dios, ¿qué hará el flaco entre tantos fuertes, el enano entre tantos gigantes, el ciego entre tantos lazos; y él solo y desarmado entre tantos y tan poderosos enemigos?

Pues aun no pára el negocio en esto; porque no se contenta esta providencia con desviar sus ojos de los malos (de donde se sigue que caigan en tantas maneras de penas y trabajos): mas ántes ella mesma se los acarrea y procura. De tal manera que los ojos que ántes velaban para su provecho, agora velen para su castigo: como claramente lo testificó él por Amós, diciendo[1]: Pondré mis ojos sobre ellos; mas esto será para su mal, y no para su bien. Como si mas claramente dijera: trocarse ha de tal manera la providencia que tenia dellos, que yo, que ántes los miraba para defenderlos, agora los miraré para castigarlos, y darles el pago que sus maldades merescen. Así lo declaró aun mas expresamente por el profeta Oseas diciendo[2]: Yo seré como polilla de Efraim, y como carcoma de Israel para los ir castigando y destruyendo, como se destruye la ropa con la polilla. Y porque esta manera de persecucion parescia prolija y blanda, añade luego otra mas acelarada y furiosa, diciendo: Yo seré como leona á Efraim, y como cachorro de leona á Judá; yo iré y los prenderé, y los tomaré, y no habrá quien los libre de mis manos. Pues ¿qué mayor miseria quieres que esta?

Y no es ménos claro testimonio deste linage de providencia el que leemos en el profeta Amós[3], en el cual despues de haber dicho Dios que habia de meter á espada todos los malos por los pecados de su avaricia, añade luego y dice así[4]: Y no piensen escapar de mis manos los que huyen. Porque si

[1] Amos, IX.
[2] Osee, V.
[3] Amós, IX.
[4] Psalm. CXXXVIII.

descendieren hasta el infierno, de allí los sacará mi mano, y si subieren á lo alto, de allí los derribaré ; y si subieren á lo mas alto del monte Carmelo, ahí los buscaré y los tomaré ; y si se escondieren de mis ojos en el profundo de la mar, ahí mandaré á la serpiente, y morderlos ha ; y si fueren captivos á tierra de sus enemigos, ahí mandaré al cuchillo, y matarlos ha ; y pondré mis ojos sobre ellos para su mal, y no para su bien. Hasta aquí son palabras del Profeta. Pues dime agora : ¿ qué hombre hay que leyendo estas palabras, y acordándose que son de Dios, y viendo cuál sea esta manera de providencia que él tiene de los malos, no se estremezca todo de ver cuán poderoso enemigo tiene contra sí, el cual con tan grande estudio y diligencia le busque, y le cerque, y le tome todos los caminos, y vele para su destruccion ? ¿ Cómo tendrá reposo ? ¿ cómo comerá bocado que bien le sepa, teniendo tales ojos, tal furor, tal perseguidor, y tal brazo contra sí ? Porque si tan grande mal es carescer del favor y providencia del Señor, ¿ cuánto mayor lo será haber convertido contra sí las armas desta mesma providencia, y que el espada que estaba desenvainada contra tus enemigos, se vuelva contra ti ? y los ojos que velaban para defenderte, velen agora para destruirte ? y el brazo que era para sostenerte, sea agora para derribarte ? y el corazon que pensaba sobre ti pensamientos de paz y de amor, piense agora pensamientos de afliccion y dolor ? y el que habia de ser tu escudo, tu sombra y tu amparo, venga á ser agora polilla para comerte, y leon para despedazarte ? ¿ Cómo puede dormir seguro el que sabe que cuando él duerme está Dios, como aquella vara de Hieremías [1], velando para su castigo y afliccion ? ¿ Qué consejo habrá contra este consejo ? qué brazo contra este brazo ? y qué providencia contra esta providencia ? ¿ Quién jamás, como se escribe en Job [2], se puso en armas contra Dios y le resistió, que tuviese paz ?

Finalmente tal es y tan grande este mal, que uno de los mayores castigos con que Dios suele castigar ó amenazar á

[1] Jerem. I.
[2] Job, IX.

los malos en esta vida, es levantar dellos la mano de su paternal providencia, como él mesmo lo testifica en muchos lugares de la sancta Escriptura. Porque en una parte dice [1] : No quiso mi pueblo oir mi voz, ni tener cuenta conmigo; pues yo tampoco la quise tener con él de la manera que ántes la tenía. Y así permití que fuesen llevados de los deseos de su corazon : de donde se seguirá que vayan cada dia de mal en peor. Y por el profeta Oseas dice [2] : Olvidástete de la ley de tu Dios, olvidarme he yo tambien de tus hijos. De suerte que así como uno de los mayores males que le pueden venir á una mujer, es darle su buen marido libello de repudio, y abrir mano della; y á una viña desampararla su señor, y dejar de labrarla (porque luego de viña se hace monte) : así uno de los mayores males que pueden venir á un ánima, es levantar Dios la mano della. Porque ¿qué podrá ser un ánima sin Dios, sino una viña sin viñador, una huerta sin hortelano, un navío sin piloto, un ejército sin capitan, y una república sin cabeza, ó por mejor decir, un cuerpo sin ánima?

Cata aquí pues, hermano mio, cómo por todas partes te cerca Dios, y te cerca esa razon : porque si no basta para mover tu corazon el amor y deseo de aquella paternal providencia, muévate siquiera el temor deste desamparo; porque á los que no suele mover el deseo de los bienes, mueve muchas veces el temor de grandes males.

## CAPÍTULO XVI

### Del segundo privilegio de la virtud, que es la gracia del Espíritu Sancto que se da á los virtuosos.

Esta paternal providencia es (como dijimos) la fuente de todos los otros privilegios y beneficios que Dios hace á los suyos. Porque á esta providencia pertenesce proveerles de todos los medios necesarios para conseguir su fin (que es su

1 Psalm. LXXX.
2 Osee, IV.

última perfeccion y felicidad), así ayudándoles y dándoles la mano en todas sus necesidades, como criando en sus ánimas todas aquellas habilidades y virtudes, y todos los hábitos infusos que para esto se requieren. Entre los cuales el primero es la gracia del Espíritu Sancto, que despues de esta divina providencia es el principio de todos los otros privilegios y dones celestiales. Y así esta es aquella primera vestidura que se dió al hijo pródigo cuando fué recebido en la casa de su padre [1]. Y si me preguntares qué cosa sea esta gracia, dígote que gracia como declaran los teólogos [2], es una participacion de la naturaleza divina, esto es, de la sanctidad, de la bondad, de la pureza y nobleza de Dios, mediante la cual despide el hombre de sí la bajeza y villanía que le viene por parte de Adam, y se hace participante de la sanctidad y nobleza divina, despojándose de sí, y vistiéndose de Cristo. Esto declaran los sanctos con un comun ejemplo del hierro echado en el fuego, el cual sin dejar de ser hierro, sale de ahí todo abrasado y resplandesciente como el mesmo fuego : de manera que permanesciendo la mesma substancia y nombre de hierro, el resplandor, y el calor, y otros tales accidentes son de fuego. Pues desta manera la gracia (que es una cualidad celestial, la cual infunde Dios en el ánima) tiene esta maravillosa virtud de transformar el hombre en Dios ; de tal manera que, sin dejar de ser hombre, participe en su manera las virtudes y pureza de Dios, como las habia participado aquel que decia [3] : Vivo yo, ya no yo ; mas vive en mí Cristo.

Gracia es otrosí una forma sobrenatural y divina, la cual hace al hombre vivir tal vida, cual es el principio y forma de do procede, que es tambien sobrenatural y divina. En lo cual resplandesce maravillosamente la providencia de Dios, que así como quiso que el hombre viviese dos vidas, una natural y otra sobrenatural, así para esto le proveyó de dos formas (que son como dos ánimas destas vidas), una para vivir la una, y otra para la otra.

De donde así como del ánima (que es forma natural) pro-

[1] Luc, xv.
[2] S. Thom. 1, 2, q. 110, art. 3 et alibi sæpe.
[3] Galat. II.

ceden todas las potencias y sentidos con que se vive la vida natural, así de la gracia (que es forma sobrenatural) proceden todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, con que se vive la otra vida sobrenatural: que es como quien proveyese á un hombre que tuviese dos oficios, de dos maneras de instrumentos para entender en ellos.

Gracia otrosí es un atavío y ornamento espiritual del ánima, hecho por mano del Espíritu Sancto, el cual la hace tan graciosa y hermosa en los ojos de Dios, que la recibe por hija y por esposa suya. En el cual atavío se gloriaba el Profeta cuando decia [1]: Gozando me gozaré en el Señor, y mi ánima se alegrará en mi Dios; porque él me ha vestido con vestidura de salud y cercado de ropas de justicia, y así como á esposo me ha puesto una corona en la cabeza, y como á esposa me ha ataviado con todas sus joyas y atavíos, que son todas las virtudes y dones del Espíritu Sancto, con que el ánima del justo está adornada y ataviada por mano de Dios. Esta es aquella vestidura de muchas colores de que está vestida la hija del Rey, y asentada á la diestra de su esposo [2]; porque de la gracia proceden las colores de todas las virtudes y hábitos celestiales, en que está su hermosura.

De lo dicho se puede luego entender cuáles sean los efectos que esta gracia obra en el ánima donde mora. Porque un efecto suyo, y el mas principal, es hacer el ánima tan graciosa y hermosa en los ojos de Dios que la tome (como dijimos) por hija, por esposa, por templo y morada suya, donde tenga sus deleites con los hijos de los hombres. Otro efecto es, no solo hermosearla, sino tambien fortalecerla mediante las virtudes que della proceden, que son como otros cabellos de Samson [3], en los cuales consiste no solo la hermosura, sino tambien la fortaleza del ánima. Y de lo uno y de lo otro es alabada en el libro de los Cantares, cuando maravillándose los ángeles de su hermosura, dicen [4]: ¿ Quién es esta que sube á lo alto

1 Isai. LXI.
2 Psalm. XLIV.
3 Judic. XVI.
4 Cant. VI.

como la mañana cuando se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como las haces de los reales bien ordenados? Por do paresce que la gracia es como un arnés tranzado que arma el hombre de piés á cabeza, y le hace fuerte, y hermoso : y tan fuerte, que, como dice Sancto Tomás [1], el menor grado de gracia basta para vencer todos los demonios y todos los pecados del mundo.

Otro efecto suyo es hacer al hombre tan grato y de tanta dignidad en los ojos de Dios, que todas cuantas obras deliberadas hace, que no sean pecados, le son gratas y merescedoras de vida eterna. De suerte que no solo los actos de las virtudes, mas las obras naturales, como son el comer, el beber y el dormir, etc., son gratas á Dios, y merescedoras deste tan grande bien, porque por serle tan agradable el subyecto, es agradable y meritorio todo cuanto hace no siendo malo.

Otro efecto es hacer al hombre hijo de Dios por adopcion, y heredero de su reino, y escribirle en el libro de vida, donde están escriptos todos los justos : y así tener derecho á aquella riquísima heredad del cielo. Este es aquel privilegio que encarescia el Salvador á sus discípulos, cuando viniendo ellos muy ufanos por ver que hasta los demonios les obedescian en su nombre, les respondió, diciendo [2] : No teneis de que alegraros por tener señorío sobre los demonios ; mas alegráos porque vuestros nombres están escriptos en el reino de los cielos : pues está claro que este es el mayor bien que el corazon humano en esta vida puede desear.

Finalmente, por abreviar, la gracia es la que habilita al hombre para todo bien : la que allana el camino del cielo ; la que hace el yugo de Dios suave : la que hace correr al hombre por el camino de las virtudes : la que restituye y sana la naturaleza enferma ; y así hace que le sea ligero lo que ántes (cuando estaba enferma) le era pesado : y la que por una manera inefable reforma y arma, mediante las virtudes que della proceden todas las potencias de nuestra ánima, alumbrando el entendimiento, encen-

[1] 3 part., q. 62, art. 6, ad 3, et q. 70, art. 4.
[2] Luc. x.

diendo la voluntad, recogiendo la memoria, esforzando el libre albedrío, templando la parte concupiscible para que no se desperezca por lo malo, y esforzando la irascible para que no se acobarde para lo bueno. Y demás desto, porque todas las pasiones naturales que están en estas dos fuerzas inferiores de nuestro apetito, son unos como padrastros de la virtud, y unos postigos y entraderos por donde los demonios suelen entrar en nuestras ánimas: para remedio deste pone una guarda, y uno como alcaide en cada uno destos lugares para guardar aquel paso, que es una virtud infusa venida del cielo, y que allí asiste para asegurarnos del peligro que por parte de aquella prision nos podria venir. Y así para defendernos del apetito de la gula, pone la virtud de la templanza; para el de la carne, la de la castidad; para el de la honra, la de la humildad, y así en todos los demás.

Y sobre todo esto la gracia aposenta á Dios en èl ánima, para que morando en ella la gobierne, defienda y encamine al cielo; y así está ella como rey en su reino, como capitan en su ejército, como padre de familia en su casa, como maestro en su escuela, y como pastor en su ganado, para que allí ejercite y use espiritualmente todos estos oficios y providencias. Pues si esta perla tan preciosa (de que tantos bienes proceden) es perpetua compañera de la virtud, ¿ quién habrá que no huelgue de buena gana de imitar la prudencia de aquel sabio mercader del Evangelio, que dió todo cuanto tenia por alcanzarla [1] ?

## CAPÍTULO XV

### Del tercero privilegio de la virtud, que es la lumbre y conoscimiento sobrenatural que da nuestro Señor á los virtuosos.

El tercero privilegio que se concede á la virtud, es una especial lumbre y sabiduría que nuestro Señor comunica á los justos, la cual procede de la mesma gracia que dijimos, así

[1] Matth. XIII.

como todos los otros. La razon desto es, porque como á la gracia pertenesce sanar la naturaleza, así como cura el apetito y la voluntad enferma por el pecado, así tambien cura el entendimiento, que no ménos quedó escurescido por el mesmo pecado : para que así con lo uno entienda el hombre lo que debe hacer, y con lo otro lo pueda hacer. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio en los Morales : Pena es que fué dada por el pecado no poder cumplir el hombre lo que entendia : y tambien fué pena no entenderlo. Por lo cual dijo el Profeta[1] : El Señor es mi lumbre contra la ignorancia, y él es mi salud contra la impotencia. En lo uno le enseña lo que debe desear, y en lo otro le da fuerzas para que lo pueda alcanzar ; y así lo uno como lo otro pertenesce á la mesma gracia. Para lo cual, demás del hábito de la fe, y de la prudencia infusa que alumbran nuestro entendimiento para saber lo que ha de creer y lo que ha de obrar, se añaden los dones del Espíritu Sancto : entre los cuales los cuatro pertenescen al entendimiento, que son el don de la sabiduría, para darnos conoscimiento de las cosas mas altas ; el de la ciencia, para las mas bajas ; el del entendimiento, para penetrar los misterios divinos, y la conveniencia y hermosura dellos ; y el del consejo, para sabernos haber en las perplejidades que muchas veces se ofrescen en esta vida. Todos estos rayos y resplandores proceden de la gracia : : la cual por eso se llama en las Escripturas divinas uncion, que, como dice Sant Joan[2], nos enseña todas las cosas. Porque así como el olio entre los otros licuores señaladamete sirve para sustentar la lumbre y para curar las llagas ; así esta divina uncion hace lo uno y lo otro, curando las llagas de nuestra voluntad, y alumbrando las tinieblas de nuestro entendimiento, y este es aquel olio preciosísimo sobre todos los bálsamos, de que el sancto rey David se preciaba, cuando decia[3] : Ungiste, Señor, mi cabeza con abundancia de olio ; porque está claro que no hablaba él aquí ni de la cabeza material, ni tampoco del olio material, sino de la cabeza espiritual, que es la mas

[1] Psalm. XXVI.
[2] I Joan. II.
[3] Psalm. XXII.

alta parte de nuestra ánima (donde está el entendimiento, como Didimo declara sobre este paso), y del olio espiritual, que es la lumbre del Espíritu Sancto con que esta lámpara se sustenta. Pues de la lumbre deste olio tenia grande abundancia este sancto rey ; lo cual él confiesa en otro salmo, donde dice [1], que le habia Dios manifestado las cosas inciertas y ocultas de su sabiduría.

Hay tambien otra razon para esto. Porque como el oficio de la gracia sea hacer á un hombre virtuoso, y esto no pueda ser sino induciéndole á tener dolor y arrepentimiento de la vida pasada, amor de Dios, aborrescimiento del pecado, deseo de los bienes del cielo, y desprecio del mundo : claro está que nunca podrá la voluntad tener estos y otros tales afectos, si no tuviere en el entendimiento lumbre y conoscimiento proporcionado que los despierte ; pues la voluntad es potencia ciega, que no puede dar un paso sin que el entendimiento vaya adelante alumbrándola, y declarándole el mal ó bien de todas las cosas, para que conforme á esto se aficione á ellas ; por lo cual dice Sancto Tomás [2], que así como cresce en el ánima del justo el amor de Dios, así tambien cresce el conoscimiento de la bondad, amabilidad y hermosura de Dios en la mesma proporcion : de tal modo que si cien grados cresce lo uno, otros tantos cresce lo otro ; porque quien mucho ama, muchas razones de amor conosce en la cosa que ama, y quien poco, pocas. Y lo que se entiende claro del amor de Dios, tambien se entiende del temor y de la esperanza, y del aborrescimiento del pecado : el cual nadie aborrescerá sobre todas las cosas, si no entendiere que es él un tan grande mal, que meresce ser aborrescido sobre todas ellas. Pues así como el Espíritu Sancto quiere que haya estos efectos en el ánima del justo, así tambien ha de querer que haya causas que los produzcan : así como queriendo que hubiese diversidad de efectos en la tierra, quiso tambien que la hubiese en las causas y influencias del cielo.

1 Psalm. I.
2 1, 2, q. 63, art. 3, in corp. et q. 65, art. 3, 4, 5.

Y demás desto, si es verdad que la gracia aposenta á Dios en el ánima del justo (segun arriba declaramos), y Dios, como tantas veces dice Sant Joan[1], es lumbre que alumbra á todo hombre que viene á este mundo: claro está que miéntras mas pura y limpia la hallare, mas resplandescerán en ella los rayos de su divina luz, como lo hacen los del sol en un espejo muy acicalado y limpio. Por lo cual llama Sant Augustin á Dios, sabiduría del ánima purificada; porque esta tal esclaresce él con los rayos de su luz, enseñándole lo que le conviene para su salvacion. Mas ¿ qué maravilla es hacer él esto con los hombres, pues lo mesmo hace en su manera con todas las otras criaturas, las cuales por instincto del Autor de la naturaleza saben todo aquello que conviene para su conservacion? ¿ Quién enseña á la oveja entre tantas especies de yerbas como hay en el campo, la que le ha de dañar, y la que le ha de aprovechar, y así pasce la una, y deja la otra; y conoscer otrosí el animal que es su amigo y el que es su enemigo, y así huir del lobo, y seguir al mastin, sino este mesmo Señor? Pues si este conoscimiento da Dios á los brutos para que se conserven en la vida natural, ¡ cuánto mas proveerá á los justos de otro mayor conoscimiento para que se conserven en la espiritual, pues no tiene menor necesidad el bombre dél para las cosas que son sobre su naturaleza, que el bruto para las que son conformes á la suya? Porque si tan solícita fué la divina Providencia en la provision de las obras de naturaleza, ¿ cuánto mas lo será en las da gracia, que son tanto mas excelentes, y que tan levantadas están sobre toda la facultad del hombre?

Y aun este ejemplo no solo prueba que haya este conoscimiento, sino declara tambien de la manera que es; porque no es tanto conoscimiento especulativo, cuanto práctico; porque no se da para saber, sino para obrar: no para hacer sabios disputadores, sino virtuosos obradores. Por lo cual no se queda en solo el entendimiento (como el que se alcanza en las escuelas), sino comunica su virtud á la voluntad, inclinándola á todo aquello á que la despierta y llama

[1] Joan. I, III, VIII.

el tal conoscimiento. Porque esto es proprio de los instinctos del Espíritu Sancto, el cual como perfectísimo maestro enseña muchas veces con esta perfeccion á los suyos lo que les conviene saber. Conforme á lo cual dice la Esposa en los Cantares [1] : Mi ánima se derritió despues que habló mi amado. En lo cual se muestra claro la diferencia que hay desta doctrina á las otras, pues las otras no hacen mas que alumbrar el entendimiento; mas esta regala tambien y mueve la voluntad, y penetra con su virtud todos los rincones y senos de nuestra ánima, obrando en cada uno aquello que conviene para su reformacion : segun que lo declara el apóstol, diciendo [2] : Viva es la palabra de Dios, y eficaz : la cual penetra mas que un cuchillo de dos filos agudo ; pues llega á hacer division entre la parte animal y espiritual del hombre, apartando lo uno de lo otro, y deshaciendo la mala liga que suele haber entre carne y espíritu, cuando el espíritu juntándose con la mala mujer de su carne [3] se hace una cosa con ella. La cual liga deshace la virtud y eficacia de la palabra divina, haciendo que el hombre viva por sí vida espiritual y no carnal.

## § I

Este es pues uno de los principales efectos de la gracia, y uno de los señalados privilegios que tienen los virtuosos en esta vida. Y porque esto (aunque probado por tan claras razones) por ventura parescerá á los hombres carnales escuro de entender, ó dificultoso de creer, probarlo hemos agora evidentísimamente por muchos testimonios, así del Viejo como del Nuevo Testamento. En el Nuevo dice el Señor por Sant Joan asi [4] : El Espíritu Sancto, consolador que enviará el Padre en mi nombre, os enseñará todas los cosas, y repetirá las liciones que yo os he leido, y os las traerá á la

[1] Cant. v.
[2] Hebr. iv.
[3] I Cor. vi.
[4] Joan. xiv.

memoria. Y en otro lugar[1]: Escripto está (dice él) en los profetas, que ha de venir tiempo en que los hombres sean enseñados de Dios. Pues todo aquel que ha dado oídos á este maestro (que es mi Padre), y aprendido dél, viene á mí. Conforme á lo cual dice el mesmo Señor por Hieremías[2]: Yo haré que mis leyes se escriban en los corazones de los hombres, y yo mesmo (que un tiempo las escrebí en tablas de piedra) las escribiré en sus entrañas, y así vendrán todos á ser enseñados de Dios. Y por el profeta Isaías, declarando el Señor la prosperidad de su Iglesia, dice así[3]: Pobrecita, derribada con la fuerza de las tempestades que te han cercado, yo te volveré á reedificar, y asentaré por órden las piedras de tu edificio, y te fundaré sobre piedras preciosas, y haré tus baluartes de jaspe, y serán todos tus hijos enseñados por el Señor. Y mas arriba por el mesmo profeta declara lo mesmo, diciendo[4]: Yo soy tu Señor Dios que te enseño lo que te conviene saber, el que te gobierno por este camino que andas. En las cuales palabras entendemos que hay dos maneras de ciencias, una de sanctos, y otra de sabios: una de justos, y otra de letrados[5]; y la de los sanctos es aquella que dice Salomon[6]: La ciencia de los sanctos es prudencia. Porque la ciencia es para saber, mas la prudencia para obrar: y tal es la ciencia que á los sanctos se da.

Pues en los Salmos de David ¿cuántas veces hallamos prometida esta mesma sabiduría? En un salmo dice[7]: La boca del justo meditará la sabiduría, y su lengua hablará juicio. En otro promete el mesmo Señor al varon justo, diciendo[8]: Yo te daré entendimiento, y te enseñaré lo que has de hacer en este camino por donde andas, y pondré mis ojos sobre ti. Y ántes mas arriba, como cosa de grande

[1] Joan VI.
[2] Jerem. XXXI.
[3] Isai. LIV.
[4] Ibid. XLVIII.
[5] Psalm. XLVIII.
[6] Prov. II, IX; Sap. X.
[7] Psalm. XXXVI.
[8] Ibid. XXXI.

precio y admiracion, pregunta el mesmo profeta, diciendo[1]: ¿Quién es este varon que teme á Dios, á quien él hará tan grande merced, que él será su maestro, y le enseñará la ley en que ha de vivir, y el camino que ha de llevar? Y en el mesmo salmo, donde nosotros leemos: Firmeza es el Señor de los que le temen; traslada Sant Hierónimo: El secreto del Señor se descubre á los que le temen: y su testamento (que son sus leyes sanctísimas), son á ellos manifestadas y declaradas: cuya declaracion es grande luz del entendimiento, dulce pasto de la voluntad, y recreacion para todo el hombre, de grande suavidad. El cual conoscimiento unas veces llama el mesmo profeta pasto de su ánima, en quien Dios le habia puesto[2]; otras agua de refeccion con que le habia recreado; y otras, mesa de fortaleza con cuyos manjares se esforzaba contra toda la furia de sus enemigos.

Por la cual causa el mesmo profeta en aquel divino salmo que comienza[3]: *Beati immaculati in via*, pide tantas veces esta lumbre y enseñanza interior; y así una vez dice: Siervo tuyo soy yo, Señor, dame entendimiento para que sepa tus mandamientos; otras dice: Esclaresce, Señor, mis ojos para que vea las maravillas de tu ley; en otra dice: Dame entendimiento, y escudriñaré tu ley, y guardarla he con todo mi corazon. Finalmente, esta es la peticion que mas veces aquí repite; la cual nunca pidiera con tanta instancia, si no entendiera muy bien la eficacia desta doctrina, y la costumbre que el Señor tiene de comunicarla.

Pues siendo esto así, ¿qué mayor gloria que tener tal maestro, y cursar en tal escuela donde el Señor lee de cátedra, y enseña la sabiduría del cielo á sus escogidos? Si iban los hombres, como dice San Hierónimo[4], dende los últimos términos de España y Francia hasta Roma, por ver á Tito Livio, que tan afamado era de elocuente; y si aquel

[1] Psalm. XXIV.
[2] Ibid. XXII.
[3] Ibid. CXVIII.
[4] In ep. ad Paulinum quæ incipit: Frater Ambros. In principio Bibl.

gran sabio Appolonio, segun algunos lo estiman, rodeó el monte Cáucaso, y mucha parte del mundo por ver á Hiarcas asentado en un trono de oro entre unos pocos de discípulos, disputando del movimiento de los cielos y de las estrellas, ¿ qué debian hacer los hombres por oir á Dios asentado en el trono de su corazon, enseñándoles, no de la manera que se mueven los cielos, sino de cómo se ganan los cielos ?

Y porque no pienses que esta doctrina es así como quiera, oye lo que de la excelencia della dice el profeta David[1], aunque esta luz no sea tan general y comun para todos : Mas supe que todos cuantos me enseñaban ; porque me ocupaba en pensar tus mandamientos : y mas que todos los viejos y ancianos ; porque me empleaba en guardarlos. Pero aun mucho mas promete el Señor por Isaías á los suyos, diciendo[2] : Darte ha el Señor descanso por todas partes, y hinchirá tu ánima de resplandores ; y serás como un vergel de regadío, y como una fuente que siempre corre, y nunca le falta agua. Pues qué resplandores son estos de que hinche Dios las ánimas de los suyos, sino el conoscimiento que les da de las cosas de su salud? Porque allí les enseña cuán grande sea la hermosura de la virtud, la fealdad del vicio, la vanidad del mundo, la dignidad de la gracia, la grandeza de la gloria, la suavidad de las consolaciones del Espíritu Sancto, la bondad de Dios, la malicia del demonio, la brevedad desta vida, y el engaño comun cuasi de todos los que viven en ella. Y con este conoscimiento, como dice el mismo profeta[3], los levanta muchas veces sobre las alturas de los montes, y dende allí contemplan al Rey en su hermosura, y sus ojos ven la tierra de léjos. De donde nasce que los bienes del cielo les parezcan lo que son ; porque los miran como de cerca, y los de la tierra muy pequeños ; porque demás de serlo, los miran de léjos. Lo contrario de lo que acaesce á los malos, como quien tan de léjos mira las cosas del cielo, y tan de cerca las de la tierra.

Y esta es la causa por donde los que participan este don

[1] Psalm. CXVIII.
[2] Isai. LVIII.
[3] Ibid. LVIII, XXXIII.

celestial, ni se envanescen con las cosas prósperas, ni desmayan con las adversas; porque con esta luz ven cuán poco es todo cuanto el mundo puede dar y quitar en comparacion de lo que Dios da. Y así dice Salomon [1]: Que el justo permanesce de una mesma manera en su sabiduría como el sol; mas el loco á cada hora se muda como la luna. Sobre las cuales palabras dice Sant Ambrosio en una epístola: El sabio no se quebranta con el temor, no se muda con el poder, no se levanta con las cosas prósperas, no se ahoga con las adversas. Porque donde está la sabiduría, ahí está la virtud, ahí la constancia, ahí la fortaleza. De manera que siempre se es el mesmo en su ánimo, y ni se hace mayor ni menor con las mudanzas de las cosas, ni se deja llevar de todos los vientos de doctrina, sino persevera perfecto en Cristo, fundado en caridad, y arraigado en la fe.

Y no se debe nadie maravillar que esta sabiduría sea de tan grande virtud; porque no es ella (como ya dijimos) sabiduría de la tierra, sino del cielo; no la que envanesce, sino la que edifica; no la que solamente alumbra con su especulacion el entendimiento, sino la que mueve con su calor la voluntad, de la manera que movia la de Sant Augustin, de quien escribe él mesmo [2]: Que lloraba cuando oia los salmos y voces de la Iglesia, que dulcemente resonaban; las cuales voces entraban por sus oídos á lo íntimo de su corazon, y allí con el calor de la devocion se derretia la verdad en sus entrañas, y corrian lágrimas por sus ojos, con las cuales dice que le iba muy bien. ¡Oh bienaventuradas lágrimas, y bienaventurada escuela, bienaventurada sabiduría, que tales sanctos da! ¿Qué se puede comparar con esta sabiduría? No se dará, dice Job [3], por ella el oro precioso, ni se trocará por toda la plata del mundo. No igualarán con ella los paños de Indias labrados de diversos colores, ni las piedras preciosas de gran valor. No tienen que ver con ella los vasos de oro y vidrio ricamente labrados, ni otra cosa alguna por grande y eminente que sea. Despues de las cuales alabanzas concluye el

[1] Eccli. XXVII.
[2] IX Confess., c. 6.
[3] Job, XXVIII.

sancto varon, diciendo : Mirad que el amor de Dios es esta sabiduría, y apartarse del pecado es la verdadera inteligencia.

Este es pues, hermano, uno de los grandes premios con que te convidamos á la virtud, pues ella es la que tiene las llaves deste tesoro. Y así por este medio nos convidó á ella Salomon en sus Proverbios [1], diciendo que si guardare el hombre sus palabras, y escondiere sus mandamientos en su corazon, entónces entenderá el temor del Señor, hallará la ciencia de Dios; porque el Señor es el que da la sabiduría, y de su boca procede la prudencia y la ciencia. La cual sabiduría no permanesce en un mismo sér; porque cada dia cresce con nuevos resplandores y conoscimientos, como el mesmo sabio lo significó, diciendo [2] : La senda de los justos resplandesce como luz ; y así va procediendo y cresciendo hasta el perfecto dia, que es el de aquella bienaventurada eternidad, donde ya no dirémos con los amigos de Job [3], que recibimos como á hurto las secretas inspiraciones de Dios, sino que claramente verémos y oirémos al mesmo Dios.

Esta es pues la sabiduría de que gozan los hijos de la luz ; mas los malos por el contrario viven en aquellas tan horribles tinieblas de Egipto que se podían palpar con las manos [4]. En figura de lo cual leemos, que en la tierra de Jesé (donde moraban los hijos de Israel) habia siempre luz; mas en la de Egipto dia y noche habia estas tinieblas ; las cuales nos representan la horrible ceguedad y noche escura en que viven los malos ; como ellos mesmos lo confiesan por Isaías, diciendo [5] : Esperamos la luz y vinieron tinieblas; y anduvimos como ciegos palpando las paredes, y como si no tuviéramos ojos, así atentábamos con las manos. Caíamos en medio del dia como si fuera de noche, y en los lugares escuros como cuerpos muertos. Si no, dime : ¿qué mayores ceguedades y desatinos que en los que cada paso caen los malos? qué mayor ceguedad que vender el reino del cielo por las golosinas del mundo,

[1] Prov. II.
[2] Ibid. IV.
[3] Job, IV.
[4] Exod. X.
[5] Isai. LIX.

que no temer el infierno, no buscar el paraíso, no temer el pecado, no hacer caso del juicio divino, no estimar las promesas ni las amenazas de Dios, no recelar la muerte, que á cada hora nos aguarda, no aparejarse para la cuenta, y no ver que es momentáneo lo que deleita, y eterno lo que atormenta? No supieron, dice el profeta [1], ni entendieron : en tinieblas andan perpetuamente; y así por unas tinieblas caminan á otras tinieblas; esto es, por las interiores á las exteriores, y por las desta vida á las de la otra.

Á cabo de toda esta materia me paresció avisar que aunque todo lo que está dicho desta celestial sabiduría y lumbre del Espíritu Sancto sea grande verdad, mas no por eso ha de dejar nadie (por muy justificado que sea) de subjectarse humilmente al parescer y juicio de los mayores, y señaladamente de los que están puestos por maestros y doctores de la Iglesia [2], como en otra parte mas á la larga dijimos. Porque ¿quién mas lleno de luz que el apóstol Sant Pablo, ni que Moysen, que hablaba con Dios cara á cara [3]? Y con todo eso el uno vino á Hierusalem á comunicar con los Apóstoles el Evangelio [4] que habia aprendido en el tercero cielo, y el otro no despreció el consejo de Ietro [5] su suegro, aunque gentil. La razon desto es, porque las ayudas y socorros interiores de la gracia no excluyen las exteriores de la Iglesia; pues de una y de otra manera quiso la divina Providencia proveer á nuestra flaqueza, que de todo tenia necesidad. Por donde así como el calor natural de los cuerpos se ayuda con el calor exterior de los cielos; y la naturaleza que procura cuanto puede la salud de su individuo, es tambien ayudada con las medicinas exteriores que para esto fueron criadas : así tambien las lumbres y favores interiores de la gracia son grandemente ayudados con la luz y doctrina de la Iglesia; y no será merescedor de los unos, el que no se quisiere humildemente subjectar á los otros.

1 Psalm. LXXXI.
2 I Cor. XII.
3 Exod. XXXIV.
4 Galat. II.
5 Exod. XVIII.

## CAPÍTULO XVI

### Del cuarto privilegio de la virtud, que son las consolaciones del Espíritu Sancto que se dan á los buenos.

Bien pudiera yo poner aquí agora por cuarto privilegio de la virtud (despues de la lumbre interior del Espíritu Sancto, con que se esclarescen las tinieblas de nuestro entendimiento) la caridad y amor de Dios, con que se enciende nuestra voluntad, mayormente pues á ella pone el apóstol por el primero de los fructos del Espíritu Sancto [1]. Mas porque aquí mas tratamos de los favores y privilegios que se dan á la virtud, que de la mesma virtud; y la caridad es virtud, y la mas excelente de las virtudes; por eso no tratarémos aquí della, puesto caso que la pudiéramos muy bien poner en esta lista, no en cuanto virtud, sino en cuanto un maravilloso don que da Dios á los virtuosos; el cual por una manera inefable interiormente inflama su voluntad, y la inclina á amar á Dios sobre todo cuanto se puede amar: el cual amor cuanto es mas perfecto, tanto es mas dulce y mas deleitable, y por esta parte bien pudiera entrar en este número como fructo y premio de las otras virtudes, y de sí mesma. Mas por no parescer ambicioso alabador de la virtud (donde tantas otras cosas hay que decir en su favor), pondré en el cuarto lugar el alegría y gozo del Espíritu Sancto, que es propiedad natural desa mesma caridad, y uno de los principales fructos del mesmo Espíritu, como lo refiere Sant Pablo.

Este privilegio se deriva del pasado. Porque (como ya dijimos) aquella luz y conoscimiento que da nuestro Señor á los suyos, no pára en solo el entendimiento, sino desciende á la voluntad, donde echa sus rayos y resplandores, con los cuales la regala y alegra por una manera maravillosa en Dios. De suerte que así como la luz material produce de sí este calor que experimentamos, así esta luz espíritual produce en el ánima esta alegría espiritual de que hablamos, segun aquello

[1] Galat. v.

del profeta, que dice [1] : Amanesció la luz al justo, y á los derechos de corazon el alegría. Y aunque desta materia tratamos en otro lugar, pero ella es tan rica y tan copiosa, que hay para hacer muchos tratados della, sin encontrarse uno con otro.

Conviénenos pues agora para el intento deste libro declarar qué tan grande sea esta alegría; porque el conoscimiento desta verdad hará mucho al caso para aficionar los hombres á la virtud. Porque sabida cosa es, que así como todas las maneras de males que hay se hallan en el vicio, así tambien todas las maneras de bienes, así de honestidad como de utilidad, se hallan perfectísimamente en la virtud, sino es deleite y suavidad, de que los malos dicen que caresce. Por lo cual (como el corazon humano sea tan goloso y amigo de deleites) dicen los tales (á lo ménos por la obra) que mas quieren lo que les deleita con todas esas quiebras, que lo que caresce de deleite con todas sus ventajas. Esto dice Lactancio Firmiano por estas palabras : Porque las virtudes están mezcladas con amargura, y los vicios acompañados con deleites, ofendidos los hombres con lo uno y cebados con lo otro, se van de boca en pos de los vicios y desamparan la virtud. Esta es pues la causa de este tan grande mal; por lo cual no haria pequeño beneficio á los hombres quien los sacase deste engaño, y evidentemente les probase ser muy mas deleitable el camino de la virtud que el de los vicios. Pues esto es lo que agora entiendo probar por evidentes razones, y señaladamente por autoridades y testimonios de la Escriptura divina [2]; porque estas son las mas firmes y ciertas probanzas que hay en todas estas materias; pues ántes faltará el cielo y la tierra que faltar estas verdades.

Pues dime agora, hombre ciego y engañado : si el camino de Dios es tan triste y tan desabrido como tú lo pintas, ¿ qué quiso significar el profeta David, cuando dijo [3] : ¡ Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, la cual

[1] Psalm. XCVI.
[2] Luc. XXI.
[3] Psalm. XXX.

tienes escondida para los que te temen! En las cuales palabras no solo declara cuán grande sea esta dulzura que se da á los buenos, sino tambien la causa de no conoscerla los malos, que es tenerla Dios escondida de sus ojos. Item: ¿qué quiso significar el mesmo profeta, cuando dijo[1]: Mi ánima se alegrará en el Señor, y se gozará en Dios autor de su salud; y todos mis huesos (esto es, todas las fuerzas y potencias de mi ánima) dirán: Señor, ¿quién es como tú? Pues ¿qué es esto, sino dar á entender que el alegría del justo es tan grande, que aunque ella derechamente se reciba en el espíritu, viene á redundar en la carne, de tal manera que la carne que no sabe deleitarse sino en cosas carnales, viene por la comunicacion del espíritu á deleitarse en las espirituales, y alegrarse en Dios vivo; y esto con tan grande alegría, que todos los huesos del cuerpo recreados con esta maravillosa suavidad, dan al hombre motivo para dar voces y decir: Señor, ¿quién es como vos? ¿Qué deleites hay como los vuestros? ¿Qué alegría, qué amor, qué paz, qué contentamiento puede dar ninguna criatura como el que dais vos?

¿Qué quiso otrosí significar el mesmo profeta, cuando dijo[2]: Voz de salud y alegría suena en las moradas de los justos; sino dar á entender que la verdadera salud y verdadera alegría no se halla en las casas de los pecadores, sino en las ánimas de los justos? ¿Qué quiso tambien significar cuando dijo[3]: Alégrense los justos y sean recreados y banqueteados en presencia de Dios, y gócense con alegría; sino dar á entender las fiestas y los banquetes espirituales con que Dios muchas veces maravillosamente recrea las ánimas de sus escogidos con el gusto de las cosas celestiales? En los cuales banquetes se da á beber aquel vino suavísimo que el mesmo profeta alaba, diciendo[4]: Serán, Señor, vuestros siervos embriagados con el abundancia de los bienes de vuestra casa, y darles heis á beber del arroyo impetuoso de vuestros deleites. ¿Con qué palabras pues pudiera mejor sig-

[1] Psalm. XXXIV.
[2] Ibid. CXVII.
[3] Ibid. LXVII.
[4] Ibid. XXXV.

nificar la grandeza destos deleites, que llamándolos embriaguez y arroyo arrebatado, para declarar la fuerza que tienen para arrebatar el corazon del hombre y transportarlo en Dios? Y esto mesmo significa la embriaguez; porque así como el hombre que ha bebido mucho vino, pierde el uso de los sentidos, y está por entónces como muerto con la fuerza del vino, así el hombre que está tomado deste vino celestial, viene á morir al mundo, y á todos los gustos y sentidos desordenados de las cosas dél.

Item : ¿qué quiso significar el mesmo profeta, cuando dijo[1]: Bienaventurado el pueblo que sabe qué cosa es jubilacion? Otros por ventura dijeran : Bienaventurado el pueblo que es abastado y proveido de todas las cosas, y cercado de buenos muros y baluartes, y guardado con muy buena gente de guarnicion. Mas el sancto Rey (que de todo esto sabia mucho) no dice sino que aquel es bienaventurado, que sabe por experiencia qué cosa sea alegrarse y gozarse en Dios, no con cualquier manera de gozo, sino con aquel que meresce nombre de jubilacion; el cual, como dice Sant Gregorio[2], es un gozo del espíritu tan grande, que ni se puede explicar con palabras, ni se deja de manifestar con muestras y obras exteriores. Pues bienaventurado el pueblo que así ha crescido y aprovechado en el gusto y amor de Dios, que sabe por experiencia qué cosa sea esta jubilacion, la cual no alcanzó á saber ni el sabio Platon, ni Demóstenes el elocuente, sino el corazon puro y humilde donde mora Dios. Pues si el mesmo Dios es el autor deste gozo y jubilacion, ¿qué tal será el gozo causado por Dios? Porque cierto es que así como (generalmente hablando) el castigo de Dios es conforme al mesmo Dios; así tambien el consuelo de Dios suele ser conforme á él. Pues si tan grandes son los castigos cuando castiga, ¿qué tan grandes serán los consuelos cuando consuela? Si tan pesada tiene la mano cuando la carga para azotar, ¿qué tan blanda la tendrá cuando la extiende para regalar, mayormente mostrándose este Señor

[1] Psalm. LXXXVIII.
[2] Lib. XXVIII Mor., cap, 14.

muy mas admirable en las obras de misericordia que en las de justicia?

Sobre todo esto dime: ¿Qué bodega es aquella de vinos preciosos donde la esposa se gloria que la habia llevado su esposo y ordenado en ella la caridad[1]? Y ¿qué linage otrosí de convite es aquel á que nos convida el mesmo esposo, diciendo[2]: Bebed, amigos, y embriagáos los muy amados? Pues ¿qué embriaguez es esta, sino la grandeza deste divino dulzor, el cual de tal manera transporta y enajena los corazones de los hombres, que los hace andar como fuera de sí? Porque entónces solemos decir que está un hombre embriagado, cuando es mas el vino que ha bebido del que puede digerir su calor natural; por donde viene el vino á subirse á la cabeza, y enseñorearse de tal manera dél, que ya no se rige por sí, sino por el vino que está en él. Pues si esto es así, dime: ¿qué tal estará un ánima cuando esté tan tomada deste vino celestial? cuando esté tan llena de Dios y de su amor que no pueda ella con tan grande carga de deleites ni baste toda su capacidad y virtud para sufrir tan grande felicidad? Así se escribe del sancto Efren[3], que muchas veces era tan poderosamente arrebatado deste vino de la suavidad celestial, que no pudiendo ya la flaqueza del subjecto sufrir la grandeza destos deleites, era compelido á clamar á Dios, diciendo: Señor, apartáos un poco de mí; porque no puede la flaqueza de mi cuerpo sufrir la grandeza de vuestros deleites. ¡Oh maravillosa bondad! ¡Oh inmensa suavidad deste soberano Señor, que con tan larga mano se comunica á sus criaturas, que no baste la fortaleza de su corazon para sufrir la abundancia de tan grandes alegrías!

Pues con esta celestial embriaguez se adormescen los sentidos del ánima: con esta goza de un sueño de paz y de vida: con esta se levanta sobre sí mesma, y conosce y ama, y gusta sobre todo lo que alcanza el sér natural. De donde así como el agua que está sobre el fuego, cuando está muy caliente, cuasi olvidada de su propria naturaleza (que es

[1] Cant. II.
[2] Ibid. v.
[3] S. Joan. Clim., c. 29.

pesada y tira para bajo), da saltos hácia arriba imitando la ligereza y naturaleza del fuego de que está tomada, así la tal ánima, inflamada desta llama celestial, se levanta sobre sí mesma, y esforzándose por subir con el espíritu de la tierra al cielo (de donde le viene esta llama), hierve con deseo encendidísimo de Dios, y así corre con arrebatados ímpetus por abrazarse con él, y tiende los brazos en alto por ver si podrá alcanzar aquel que tanto ama; y como ni puede alcanzarlo ni dejar de desearlo, desfallesce con la grandeza del deseo no cumplido, y no le queda otro consuelo sino enviar sospiros y deseos entrañables al cielo, diciendo con la Esposa en los Cantares[1]: Haced saber á mi amado que estoy enferma de amor; la cual manera de enfermedad dicen los sanctos que procede de impedírsele y dilatársele el cumplimiento deste tan grande y tan poderoso deseo. Pero no desmayes por eso (dice un doctor), ó amoroso espíritu, porque esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella[2]. Mas ¿qué lengua podrá declarar la grandeza de los deleites que pasan entre estos amados en aquel florido lecho de Salomon[3], labrado de madera de Líbano, con sus columnas de plata, y reclinatorio de oro? Este es el lugar de los desposorios espirituales, el cual por eso se llama lecho, porque es lugar de descanso y de amor, y de cumplido reposo, y de sueño de vida, y de celestiales deleites. Los cuales qué tan grandes sean no lo puede saber nadie sino aquel que los ha probado, como Sant Joan dice en su Apocalipsi[4]. Mas todavía no faltan gravísimas conjecturas por donde nosotros tambien podamos barruntar algo de lo que esto es. Porque quien considerare la inmensidad de la bondad y caridad del Hijo de Dios para con los hombres, la cual llegó á padescer tan extrañas maneras de tormentos y deshonras por ellos, ¿cómo extrañará lo que aquí encarescemos, pues todo esto es como nada en comparacion de aquello? ¿Qué no hará por amor

1 Cant. v.
2 Joan. xi.
3 Cant. iii.
4 Apoc. ii.

de los justos quien hasta aquí llegó por justos y injustos? ¿Qué regalos no hará á los amigos quien todos aquellos dolores padesció por amigos y enemigos? Algun indicio tenemos desto en el libro de los Cantares, donde son tantos los favores y regalos que se escriben del Esposo celestial para con su Esposa (que es la Iglesia, y cada una de las ánimas que están en gracia), y tan dulces y amorosas palabras las que se dicen de parte á parte, que ninguna elocuencia ni amor del mundo las podrá fingir mayores.

Otra conjectura tambien hay de parte de los hombres (digo de los justos y amigos verdaderos de Dios). Porque si miras al corazon destos, hallarás que el mayor deseo que tienen, y en lo que andan ocupados perpetuamente, es pensando como servirán á Dios, y cómo harán de sí mil manjares para agradar en algo á quien tanto aman, y á quien tanto hizo y hace cada dia por ellos, y con tanta blandura los trata y los consuela. Pues dime agora : si el hombre siendo por sí una criatura tan desleal, y tan poco de sí para todo lo bueno, llega á tener esta fe y lealtad con Dios, ¿qué hará para con él aquel cuya bondad, cuya caridad, cuya lealtad es infinitamente mayor? Si, como dice el profeta [1], es proprio de Dios ser sancto con el sancto, y bueno para con el bueno, y la bondad del hombre llega hasta aquí, ¿adónde llegará la de Dios? Si Dios se pone á competir con los buenos en bondad, ¿qué ventaja les hará en esta competencia tan gloriosa? Pues si (como dijimos) tantos potajes desea hacer de sí el varon justo que arde en amor de Dios para agradar al mesmo Dios, ¿qué hará el mesmo Dios para regalar y consolar al justo? Esto ni se puede explicar, ni se puede entender; porque por esto dijo el profeta Isaías [2] que ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazon humano pudo caber lo que Dios tiene aparejado para los que esperan en él. Lo cual no solo se entiende de los bienes de gloria, sino tambien de los de gracia, como declara Sant Pablo [3].

[1] Psalm. XVII.
[2] Isai. LXIV; I Cor. II.
[3] Ibid.

¿Paréscete pues, hermano, que está este camino de la virtud bastantemente proveido de deleites? ¿Paréscete que podrán todos los deleites de los hombres mundanos compararse con estos? ¿Qué comparacion puede haber entre la luz y las tinieblas, y entre Cristo y Belial? ¿Qué comparacion puede haber entre deleites de tierra y deleites de cielo, deleites de carne y deleites de espíritu, deleites de criatura y deleites de Criador? Porque claro está que cuanto las cosas son mas nobles y mas excelentes, tanto son mas poderosas para causar mayores deleites. Si no, dime, ¿qué otra cosa quiso significar el profeta, cuando dijo : Mas vale el poquito del justo, que las muchas riquezas de los pecadores[1]? Y en otro lugar[2] : Mas vale, Señor, un dia en vuestra casa, que mil dias de fiesta fuera della; por lo cual quise yo mas estar abatido en la casa de mi Dios, que morar en las casas soberbias de los pecadores. Finalmente ¿qué otra cosa quiso significar la Esposa en los Cantares, cuando dijo[3] : Mas valen, Señor, tus pechos que el vino ; y luego mas abajo repite lo mesmo, diciendo : Gozarnos hemos, Señor, y alegrarnos hemos en ti, acordándonos de tus pechos, los cuales son mas dulces que el vino. Esto es : acordándonos de la leche suavísima de las consolaciones y regalos con que recreas y crias á tus pechos tus espirituales hijos, los cuales son mas suaves que el vino; por el cual claro está que no entiende este vino material (como ni la leche de los pechos divinos tampoco lo es), sino por él entiende todos los deleites del mundo, los cuales da á beber aquella mala mujer del Apocalipsi[4], que está asentada sobre las muchas aguas con una ropa de oro, con que emborracha y trastorna el seso de todos los moradores de Babilonia, para que no sientan su perdicion.

[1] Psalm. XXXVI.
[2] Ibid. LXXXIII.
[3] Cant. I.
[4] Apoc. XVII.

## § I

De como en la oracion señaladamente gozan los virtuosos destas consolaciones divinas.

Y si (prosiguiendo mas adelante esta materia) me preguntares, ¿dónde señaladamente gozan los virtuosos destas consolaciones que habemos dicho? á esto responde el Señor por el profeta Isaías[1] : Á los hijos de los extranjeros que se llegan al Señor para servirle y amarle, y guardar las leyes de su amistad, yo los llevaré á mi sancto monte, y alegrarlos he en la casa de mi corazon. De manera que en este sancto ejercicio señaladamente alegra el Señor á sus escogidos. Porque (como dice Sant Lorenzo Justiniano) en la oracion se enciende el corazon de los justos en el amor de su Criador : y allí á veces se levantan sobre sí mesmos, y parésceles que están ya entre los coros de los ángeles ; y allí en presencia del Criador cantan y aman, gimen y alaban, lloran y gózanse, comen y han hambre, beben y han sed, y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por transformarse en vos, á quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo y gozan con la caridad. Entónces conoscen por experiencia ser verdad lo que dijistes[2] : Mi gozo será cumplido en ellos : el cual como un rio de paz se extiende por las potencias del ánima, esclaresciendo el entendimiento, alegrando la voluntad, y recogiendo la memoria y todos sus pensamientos en Dios : y aquí con unos brazos de amor abrazan, y tienen una cosa dentro de sí, y no saben qué es ; mas desean con todas sus fuerzas tenerla que no se les vaya.

Y así como el patriarca Jacob luchaba con aquel ángel[3], y no le queria soltar de las manos, así acá lucha en su manera el corazon con aquel divino dulzor porque no se le vaya, como cosa en que halló todo lo que deseaba. Y así dice con Sant Pedro en el monte[4] : Señor, bueno es que nos estemos aquí,

1 Isai. LVI.
2 Joan. XVII.
3 Genes. XXXII.
4 Matth. XVII.

y no nos vamos deste lugar. Aquí luego entiende el ánima todo aquel lenguaje de amor que se habla en los Cantares, y canta ella tambien en su manera todas aquellas suavísimas canciones, diciendo[1] : Su mano siniestra tiene debajo de mi cabeza, y con la diestra me abrazará. Y allí mas arriba dice : Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor. Entónces el ánima encendida con esta divina llama, desea con gran deseo salir desta cárcel, y sus lágrimas le son pan de dia y de noche, miéntras se dilata esta partida.[2] La muerte tiene en deseo, y la vida en paciencia, diciendo á la continua aquellas palabras de la mesma Esposa[3] : ¡ Quién te me diese, hermano mio, que te mantienes de los pechos de mi madre, que te hallase yo allá fuera, y te diese besos de paz ! Entónces maravillándose de sí mesma, como tales tesoros le estaban escondidos en los tiempos pasados, y viendo que todos los hombres son capaces de tan grande bien, desea salir por todas las plazas y calles, y dar voces á los hombres, y decir : ¡ Oh locos ! ¡ Oh desvariados ! ¿ En qué andais? qué buscais ? cómo no os dais priesa por gozar de tan grande bien? Gustad y ved cuán suave es el Señor[4]. Bienaventurado el varon que espera en él. Aquí gustada ya la dulcedumbre espiritual, toda carne le es desabrida. La compañía le es cárcel, la soledad tiene por paraíso, y sus deleites son estar con el Señor que ama. La honra le es carga pesada, y la gobernacion de la casa y hacienda tiene por un linage de cruz. No querria que el cielo ni la tierra le estorbasen sus deleites, y por esto trabaja que no se le trabe el corazon de cosa alguna. No tiene mas de un amor y un deseo : todas las cosas ama en uno, y uno es el amado en todas las cosas. Sabe muy bien decir con el profeta[5] : ¿ Qué tengo yo que querer en el cielo, ni qué bienes te pido yo, Señor, en la tierra? Desfallescido ha mi carne y mi corazon, Dios de mi corazon, y mi única y sola parte, Dios para siempre.

[1] Cant. II.
[2] Psalm. XLI.
[3] Cant. VIII.
[4] Psalm. XXXIII.
[5] Ibid. LXXII.

No le paresce que tiene ya tan escuro conoscimiento de las cosas sagradas, sino que las ve con otros ojos; porque tales movimientos y mudanzas siente en su corazon, que le son grandísimos argumentos y testimonios de las verdades de la fe. El dia le es enojoso cuando amanesce con sus cuidados, y desea la noche quieta para gastarla con Dios.

Ninguna noche tiene por larga, ántes la mas larga le paresce la mejor. Y si la noche fuere serena, alza los ojos á mirar la hermosura de los cielos, y el resplandor de la luna y de las estrellas, y mira todas estas cosas con otros diferentes ojos, y con otros muy diferentes gozos. Míralas como á unas muestras de la hermosura de su Criador; como á unos espejos de su gloria; como á unos intérpretes y mensajeros que le traen nuevas dél; como á unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias, y como á unos presentes y dones, que el esposo envia á su esposa para enamorarla y entretenerla hasta el dia que se hayan de tomar las manos, y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro que le paresce que habla siempre de Dios, y una carta mensajera que su amado le envia, y un largo proceso y testimonio de su amor. Estas son, hermano mio, las noches de los amadores de Dios, y este es el sueño que duermen. Pues con el dulce y blando ruido de la noche sosegada, con la dulce música y armonía de las criaturas, arróllase dentro de sí el ánima, y comienza á dormir aquel sueño velador, de quien se dice[1]: yo duermo, y vela mi corazon. Y como el esposo dulcísimo la ve en sus brazos adormescida, guárdale aquel sueño de vida, y manda que nadie sea osado á la despertar, diciendo[2]: Conjúroos, hijas de Hierusalem, por los gamos y por los ciervos de los campos, que no desperteis á mi amada hasta que ella quiera despertar.

Pues ¿ qué tales te parescen estas noches, hermano? ¿ Cuáles son mejores: estas, ó las de los hijos deste siglo, que andan á estas horas asechando á la castidad de la inocente doncella para destruir su honra y su alma, cargados

[1] Cant. v.
[2] Ibid. II.

de hierro, de temores y sospechas, trayendo las ánimas en peligro, y atesorando ira para el dia de su perdicion[1]?

## § II

### De las consolaciones de los que comienzan á servir á Dios.

Posible seria que á todo esto me respondieses con una sola cosa, diciendo que estos favores tan grandes, de que habemos hablado, no se conceden á todos, sino solamente á los perfectos, y que hay mucho camino que andar hasta serlo. Verdad es que para los tales son tales bienes, mas tambien previene nuestro Señor con bendiciones de dulcedumbre á los que comienzan[2], y les da primero leche dulce como á niños, y despues les enseña á comer pan con corteza. ¿No miras las fiestas que se hicieron en la venida del hijo pródigo[3], los convites, los convidados, la música que sonaba por todas partes? Pues ¿qué es esto sino figura del alegría espiritual que pasa dentro del ánima cuando se ve salida de Egipto, y libre del captiverio de Faraon, y de la servidumbre del demonio? Porque ¿cómo el que así se ve libre, no hará fiesta por tan grande beneficio? ¿cómo no convidará á todas las criaturas para que le ayuden á dar gracias á su libertador por él, diciendo[4]: Cantemos al Señor que tan gloriosamente ha triunfado; pues al caballo y al caballero arrojó en la mar?

Y si esto no fuese así, ¿dónde estaria la providencia de Dios, que á cada criatura provee perfectísimamente segun su naturaleza, su flaqueza, su edad y su capacidad? Pues cierto es que no podrian los hombres aun carnales y mundanos andar por este nuevo camino, y poner debajo de los piés al mundo, si el Señor no los proveyese de semejantes favores. Y por esto á su divina providencia pertenesce (ya que se determina sacarlos del mundo) hacerles este camino tan

[1] Rom. II.
[2] Psalm. XX.
[3] Luc. XV.
[4] Exod. XV.

llano, que puedan fácilmente caminar por él, sin que las dificultades dél los hagan volver atrás. Desto es evidentísima figura aquel camino por donde Dios llevó á los hijos de Israel á la tierra de promision, del cual escribe Moysen estas palabras[1]: Cuando sacó el Señor á los hijos de Israel de la tierra de Egipto, no los quiso llevar por la tierra de los filisteos (por donde era mas corta la jornada), porque no se arrepintiesen á medio camino, y se volviesen á Egipto viendo las guerras que por aquella parte se les levantaban. Pues este mesmo Señor que entónces usó desta providencia para llevar á su pueblo á la tierra de promision cuando lo sacó de Egipto; ese mesmo usa agora de otra semejante á esta, para llevar al cielo á los que él quiere llevar, cuando los saca del mundo.

Ántes quiero que sepas que aunque los favores y consolaciones de los perfectos sean muy altas, pero es tan grande la piedad de nuestro Señor para con los pequeñuelos, que mirando su pobreza, él mesmo les ayuda á poner casa de nuevo; y viendo que se están todavía entre las ocasiones de pecar, y que tienen aun sus pasiones por mortificar; para alcanzar victoria dellas, y para descarnarlos de su carne, y destetarlos de la leche del mundo, y apretarlos consigo con tan fuertes vínculos de amor que no se le vayan de casa, por todas estas causas los provee de una tan poderosa consolacion y alegría, que aunque ellos sean principiantes, tiene semejanza en su proporcion con el alegría de los perfectos. Si no, dime: ¿qué otra cosa quiso Dios significar en aquellas sus fiestas del Testamento viejo, cuando decia[2] que el primer dia y el postrero fuesen de igual veneracion y solemnidad? Los otros seis dias de enmedio eran como de entre semana; mas estos dos extremos eran señalados y aventajados entre todos los otros. Pues ¿qué es esto, sino imágen y figura de lo que hablamos? En el primer dia quiere Dios que se haga fiesta como en el postrero; para dar á entender que en el principio de la conversion y en el fin de la perfeccion, hace nuestro Señor grande fiesta á todos sus siervos, considerando en los unos el merescimiento, y en los otros la necesidad; y usando con los unos de justicia, y

[1] Exod. XIII.
[2] Levit. XXIII; Num. XXVIII.

con los otros de su gracia: dando á unos lo que merescen por su virtud, y á otros mas de lo que merescen por su necesidad.

Cuando los árboles florescen y cuando madura la fruta, están mas hermosos de mirar. El dia del desposorio, y tambien del casamiento, son dias de fiesta señalados. En los principios se desposa nuestro Señor con el ánima, y como la toma en camisa, él hace la fiesta á su costa; y así la fiesta es, no conforme á los merescimientos de su esposa, sino conforme á la riqueza del esposo, que lo pone todo de su casa; y así dice él[1]: Nuestra hermana es pequeña y no tieno pechos, y segun esto con leche agena ha de criar su criatura. Por esto dice la mesma Esposa hablando con su esposo[2]: Las doncellitas te amaron mucho. No dice las doncellas, que son las ánimas ya mas fundadas en la virtud, sino las de mas tierna edad, que son las que comienzan á abrir los ojos á aquella nueva luz: esas (dice ella) te amaron mucho. Porque las tales suelen tener en su comienzo grandes movimientos de amor, como Sancto Tomás lo declara en un opúsculo. Y la causa desto, entre otras, dice él que es la novedad del estado, del amor, de la luz y conoscimiento de las cosas divinas que de presente conoscen, que hasta allí no conoscian. Porque la novedad deste conoscimiento causa en ellas una grande admiracion, acompañada con una grande suavidad y agradescimiento de quien tanto bien les hizo, y que de tales tinieblas las sacó. Vemos que cuando un hombre entra de nuevo en una grande y famosa ciudad, ó en un palacio real, los primeros dias anda como abobado y suspenso con la novedad y hermosura de las cosas que ve; mas despues que ya las ha visto muchas veces, descresce aquella admiracion y gusto con que al principio las miraba. Pues lo mesmo acaesce en su manera á los que entran en esta nueva region de la gracia, por la novedad de las cosas que se les descubren en ella. Por lo cual no es maravilla que algunas veces los nuevos devotos sientan mayores fervores en sus ánimas que los mas

1 Cant. VIII.
2 Ibid. I.

antiguos; porque le novedad de la luz y sentimiento de las cosas divinas causa en ellos mayor alteracion. Y de aquí viene lo que muy bien notó Sant Bernardo[1]: Que no mintió el hermano mayor del hijo pródigo cuando se querelló de su buen padre, diciendo que habiéndole él servido tantos años sin traspasar sus mandamientos, no habia recibido tan grandes favores como los que el hijo desperdiciado recibió cuando se tornó á su casa. Hierve tambien el amor nuevo, como el vino nuevo, en los principios, y la olla da por cima luego como siente la llama y comienza á experimentar el extraño y nuevo calor del fuego; adelante es el calor mas fuerte y mas sosegado; pero á los principios mas fervoroso.

Muy buen recibimiento hace el Señor á los que de nuevo entran en su casa. Los primeros dias comen de balde, y todo se les hace ligero. Hace con ellos el Señor como el mercader, que la primera muestra de la hacienda que quiere vender, da de balde, como quiera que lo demas venda por su justo valor. El amor que se tiene á los hijos chiquitos, aunque no es mayor que el de los que están ya criados, pero es mas tierno y mas regalado. Á estos llevan en brazos, los otros andan por su pié; á los otros ponen en trabajos, á estos de propósito se los quitan, y sin buscar ellos la comida, muchas veces les ruegan con ella, y aun se la ponen en la boca.

Pues deste buen tratamiento del Señor, y destos favores tan conoscidos, nasce en los que comienzan aquella alegría espiritual que el profeta significó, cuando dijo[2]: Con las gotas del agua lluvia que de lo alto caen, se alegrará la nueva planta que comienza á florescer. Pues ¿qué planta es esta, y qué gotas de agua estas, sino el rocío de la divina gracia, con que se riegan las espirituales plantas que de nuevo son transplantadas del mundo en la huerta del Señor? Pues destas dice el profeta que se alegrarán con las gotas desta agua que caen de lo alto: para significar la grande alegría que los tales reciben con las primicias desta nueva visitacion y beneficio celestial. Y no pienses que estos favores, porque se llaman gotas, es tan pequeña su virtud como su nombre;

[1] Euc. 15.
[2] Psalm. LXIV.

porque (como dice Sant Augustin) el que bebiere del rio del paraíso (del cual sola una gota es mayor que todo el mar Oceano), cierto es que sola esta bastará para apagar en él toda la sed del mundo.

Ni es argumento contra esto decir que tú no sientes estas consolaciones y alegrías aunque pienses en Dios. Porque si cuando el paladar está corrompido con malos humores, no juzga bien de los sabores (porque lo amargo les paresce dulce, y lo dulce amargo), ¿ qué maravilla es que teniendo tú el ánima corrompida con tantos malos humores de vicios y aficiones desordenadas, y tan hecho á las ollas podridas de Egipto, tengas hastío del manná del cielo, y del pan de los ángeles ? Purga tú ese paladar con las lágrimas de la penitencia, y así purgado y limpio podrá gustar y ver cuán suave es el Señor.

Pues siendo esto así, dime agora, hermano : ¿ qué bienes hay en el mundo que no sean basura comparados con estos ? Dos bienaventuranzas ponen los sanctos : una comenzada y otra acabada ; de la acabada gozan los bienaventurados en la gloria, y de la comenzada los justos en esta vida. Pues ¿ qué mas quieres tú que comenzar dende agora á ser bienaventurado, y recebir dende acá las arras de aquel divino casamiento, que allí se celebra por palabras de presente, y aquí se comienza por palabras de futuro ? ¡ Oh hombre ! (dice Ricardo) pues en este paraíso puedes vivir y gozar deste tosoro [1], ve y vende todo lo que tienes, y compra esta tan preciosa posesion, que no te será cara ; porque el mercader es Cristo, que lo da cuasi de balde. No lo dilates para adelante ; porque un punto que ahora pierdes, vale mas que todos los tesoros del mundo. Y aunque adelante se te diese, sé, y cierto, que has de vivir con grande dolor de lo que pierdes, y llorar siempre con Sant Augustin, diciendo [2] : Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé. Este sancto lloraba siempre la tardanza de la vuelta, aunque no fué despojado de la corona : mira

1 Matth. XIII.

2 Lib. X Confess., cap. 27, et in Soliloq., cap. 31.

tú no vengas á llorarlo todo, si por un cabo, pierdes los bienes de gloria, de que gozan los sanctos en la vida venidera, y por otro los de gracia, de que los justos gozan en la presente.

## CAPÍTULO XVII

Del quinto privilegio de la virtud, que es el alegria de la buena consciencia de que gozan los buenos, y del tormento y remordimiento interior que padescen los malos.

Con el alegría de las consolaciones del Espíritu Santo se junta otra manera de alegría [1] que tienen los justos con el testimonio de la buena consciencia. Para entender la dignidad y condicion deste privilegio, es de saber que la divina Providencia (la cual á todas las criaturas proveyó de lo necesario para su conservacion y perfeccion) queriendo que la criatura racional fuese perfecta, proveyóle suficientemente de todo lo que para esto era necesario. Y porque la perfeccion desta criatura consiste en la perfeccion de su entendimiento y voluntad (que son las dos principales potencias de nuestra ánima, la una de las cuales se perfecciona con la ciencia, y la otra con la virtud); por esto en el entendimiento crió los principios universales de todas las ciencias (de donde proceden las conclusiones dellas), y en la voluntad crió la simiente de todas las virtudes; porque en ella puso una natural inclinacion á todo lo bueno, y un aborrescimiento á todo lo malo : la cual así como naturalmente se huelga con lo uno, así tambien se entristesce y murmura contra lo otro, como contra cosa que naturalmente aborresce : la cual inclinacion es tan natural y tan poderosa, que puesto caso que con la costumbre larga del mal vivir se puede enflaquescer y debilitar, mas nunca del todo se puede extinguir y acabar : así como acaesce tambien á nuestro libre albedrío, el cual, aunque con el uso del pecar se debilita y enflaquesce, mas nunca del todo

[1] S. Joan. Climac., cap. 6.

muere. Y en figura desto leemos que entre todas las calamidades y pérdidas del sancto Job [1], nunca faltó un criado que escapase de aquella rota, el cual le viniese á dar cuenta della. Y desta manera nunca falta al que peca este criado (que los doctores llaman sindéresis de la consciencia), que entre todas las otras pérdidas queda salvo, y entre todas las otras muertes vivo : el cual no deja de representar al malo los bienes que perdió cuando pecó, y el estado miserable en que cayó.

En lo cual maravillosamente resplandesce el cuidado de la Providencia divina, y el amor que tiene á la virtud ; pues así nos proveyó de un perpetuo despertador que nunca durmiese, y de un perpetuo predicador que nunca se enmudesciese, y de un maestro y ayo que siempre nos encaminase al bien. Esto entendió maravillosamente Epicteto, filósofo estóico, el cual dice que así como los padres suelen encomendar sus hijos cuando son pequeños á algun ayo que tenga cuidado de apartarlos de todo vicio, y encaminarlos á toda virtud, así Dios como padre nuestro, despues de ya criados, nos entregó á esta natural virtud, que llamamos consciencia, como á otro ayo, para que ella nos estuviese siempre enseñando y encaminando á todo bien, y acusando y remordiendo en el mal.

Pues así como esta consciencia es ayo y maestro de los buenos, así por el contrario es verdugo y azote de los malos, que interiormente los azota y acusa por los males que hacen, y echa acíbar en todos sus placeres, de tal manera, que apénas han dado el bocado en la cebolla de Egipto, cuando luego les salta la lágrima viva en el ojo. Y esta es una de las penas con que Dios amenaza á los malos por Isaías, diciendo [2] : Que entregará á Babilonia en poder del erizo ; porque por justo juicio de Dios es entregado el corazon del malo (que es aquí entendido por Babilonia) á los erizos, que son los demonios, y son tambien las espinas de los aguijones y remordimientos de la consciencia, que con-

[1] Job, I.

[2] Isai. XIV.

sigo traen los pecados: los cuales como espinas muy agudas atormentan y punzan su corazon. Y si quieres saber qué espinas sean estas, digo que una espina es la mesma fealdad y enormidad del pecado, la cual de sí es tan abominable, que decia un filósofo: Si supiese que los dioses me habian de perdonar, y los hombres no lo habian de barruntar, todavía no osaria cometer un pecado por sola la fealdad que hay en él. Otra espina es, cuando el pecado trae consigo perjuicio de partes; porque entónces se representa él como aquel derramamiento de la sangre de Abel [1], que estaba clamando á Dios, y pidiendo venganza. Y así se escribe en el primer libro de los Macabeos [2] que se le representaban al rey Antíoco los grandes males y agravios que habia hecho en Hierusalem; los cuales tanto le apretaron, que le causaron tristeza y mal de la muerte. Y así estando él para morir, dijo: Acuérdome de los males que hice en Hierusalem, de donde tomé tantos tesoros de oro y plata; y destruí los moradores de la ciudad sin causa: por donde conozco que me vinieron todos estos males que padezco, y así muero agora con tristeza grande en tierra agena. Otra espina es la infamia que se sigue del mesmo pecado; la cual el malo ni puede dejar de barruntar, ni puede dejar de sentir; pues naturalmente desean los hombres ser bienquistos, y sienten mucho ser malquistos, pues como dijo un sabio: No hay en el mundo mayor tormento que el público odio. Otra espina es el temor necesario de la muerte, y la incertidumbre de la vida; el recelo de la cuenta, y el horror de la pena eterna; porque cada cosa destas es una espina que hiere y punza muy agudamente el corazon del malo; tanto, que todas cuantas veces se le ofresce la memoria de la muerte, por un cabo tan cierta, y por otro tan incierta, no puede dejar de entristescerse, como el Ecclesiástico dice [3], porque ve que aquel dia ha de vengar sus maldades, y poner fin á todos sus vicios y deleites, la cual memoria nadie puede desechar de sí, pues no hay

[1] Genes. IV.
[2] I Mach. VI.
[3] Eccli. XLI.

cosa mas natural al mortal que morir. Y de aquí nasce que con cualquiera mala disposicion que tenga, luego está lleno de temores y sobresaltos : si morirá, si no morirá ; porque la vehemencia del amor proprio, y la pasion del temor le hacen haber miedo de las sombras, y temer donde no hay que temer. Pues ya si hay en la tierra comunes enfermedades, si muertes, temblores de tierra, ó truenos, ó relámpagos, luego se turba y altera con el miedo de su mala consciencia, figurándosele que todo aquello puede venir por su causa.

Pues todas estas espinas juntas atormentan y punzan el corazon de los malos, como muy á la larga lo escribe uno de aquellos amigos del sancto Job, cuyas palabras en sentencia referiré aquí para mayor luz desta doctrina[1]. Todos los dias de su vida (dice él) persevera el malo en su soberbia, siendo tan incierto el número de los años de su tiranía. Siempre suenan en sus oídos voces de temor y de espanto, que son los clamores de la mala consciencia, que le está siempre remordiendo y acusando. En medio de la paz teme celadas de enemigos (porque por muy pacífico y contento que viva, nunca faltan temores y sobresaltos á la mala consciencia). No puede acabar de creer que le sea posible venir de las tinieblas á la luz. Esto es, no cree que sea posible salir de las tinieblas de aquel miserable estado en que vive, y alcanzar la serenidad y tranquilidad de la buena consciencia : la cual como una luz hermosísima alegra y esclaresce todos los senos y rincones del ánima ; porque siempre le paresce que por todas partes ve la espada delante de sí desnuda ; de tal manera, que aun cuando se asienta á comer á la mesa (donde generalmente se suelen los hombres alegrar), allí no le faltan temores, y sobresaltos, y desconfianzas, pareciéndole que le está aguardando el dia de las tinieblas, que es el dia de la muerte, y del juicio, y de la sentencia final. De manera que las tribulaciones y angustias le espantan y cercan por todas partes, así como va cercado un rey de su gente cuando entra en la batalla. Desta manera, pues, escribe aquí este amigo de Job la cruel

[1] Job, xv.

carnicería que pasa en el corazon destos miserables; porque, como dijo muy bien un filósofo, por ley eterna de Dios siempre persigue el temor á los malos. Lo cual concuerda muy bien con aquella sentencia de Salomon, que dice [1] : Huye el malo sin que nadie lo persiga : mas el justo está confiado y esforzado como un leon.

Todo esto comprehende en pocas palabras Sant Augustin, diciendo [2] : Mandásteslo, Señor, y verdaderamente ello es así, que el ánimo desordenado sea tormento de sí mesmo. Lo cual generalmente se halla en todas las cosas. Porque ¿qué cosa hay en el mundo, que estando desordenada, no esté naturalmente inquieta y descontenta? El hueso que está fuera de su juntura y lugar natural, ¡qué dolores causa! El elemento que está fuera de su centro, ¡qué violencia padesce! Los humores del cuerpo humano cuando están fuera de aquella proporcion y templanza natural que habian de tener, ¡qué enfermedades causan! Pues como sea cosa tan propria y tan debida á la criatura racional vivir por órden y por razon, siendo la vida desordenada y fuera de razon, ¿cómo no ha de padescer y reclamar la naturaleza desta criatura? Muy bien dijo el sancto Job [3] : ¿Quién jamás resistió á Dios y vivió en paz? Sobre las cuales palabras dice Sant Gregorio [4] : Que así como Dios crió las cosas maravillosamente, así las dispuso muy ordenadamente; para que así se conservasen, y permanesciesen en su sér. De donde se infiere que quien resiste á la disposicion y órden del Criador, deshace el concierto de la paz que dello se seguia : porque no pueden estar quietas las cosas que salen del compás de la divina disposicion. Y así las que permanesciendo en la subjeccion de Dios, vivian en órden y en paz, salidas desta subjeccion, juntamente con el órden pierden la paz. Como se ve claro en el primero hombre, y en el ángel que cayeron [5], los cuales, porque haciendo

[1] Prov. XXVIII.
[2] Lib. I Confess. c. 12.
[3] Job. IX.
[4] IX Mor., c 2.
[5] Genes. III; Isai. XIV.

su voluntad salieron de la órden y subjeccion de Dios, juntamente con la órden perdieron la felicidad y paz en que vivian; y el hombre, que estando subjecto era señor de sí, cuando perdió esta subjeccion, halló la guerra y la rebelion dentro de sí.

Este es pues el tormento en que por justo juicio de Dios viven los malos, que es una de las grandes miserias que en esta vida padescen. Así lo predican generalmente todos los sanctos. Sant Ambrosio en el libro de sus oficios dice: ¿Qué pena hay mas grave que la llaga interior de la consciencia? Por ventura ¿no es este mal mas para huir que la muerte, que las pérdidas de la hacienda, que el destierro, que la enfermedad y el dolor? Sant Isidoro dice: De todas las cosas puede huir el hombre, sino de sí mesmo. Porque do quiera que fuere, no le ha de desamparar el tormento de la mala consciencia. Y en otro lugar dice el mesmo: Ninguna pena hay mayor que la de la mala consciencia: por tanto, si quieres nunca estar triste, vive bien. Lo cual es en tanta manera verdad, que hasta los mesmos filósofos gentiles (sin conoscer ni creer las penas con que nuestra fe castiga á los malos) confiesan esta mesma verdad. Y así dice Séneca: ¿Qué aprovecha esconderse y huir de los ojos y oídos de los hombres? La buena consciencia llama por testigos á todo el mundo, pero la mala, aunque esté en la soledad, está solícita y congojosa. Si es bueno lo que haces, sépanlo todos; si es malo, ¿qué hace al caso que no lo sepan los otros, si lo sabes tú? ¡Oh miserable de ti, si menosprecias este testigo! pues es cierto que la propria consciencia vale (como dicen) por mil testigos. Y el mesmo en otra parte dice, que la mayor pena que se puede dar á una culpa, es haberla cometido. Y en otra repite lo mesmo, diciendo: Á ningun testigo de tus pecados debes temer mas que á ti mesmo; porque de todos los otros puedes huir, mas de ti no; como sea cierto que la maldad sea pena de sí mesma. Tulio en una oracion dice: Grande es la fuerza de la consciencia en cualquiera de las partes; y así nunca temen los que no hicieron por qué: como quiera que siempre viven en temor los que algo hicieron.

Este es pues uno de los tormentos que perpetuamente pa-

descen los malos : el cual se comienza en esta vida, y se continuará en la otra; porque este es aquel gusano inmortal, segun lo llama Isaías[1], que eternalmente roerá y atormentará la consciencia de los malos[2]. Y esto dice Sant Isidoro que es llamar un abismo á otro abismo, cuando los malos pasen del juicio de su consciencia al juicio de la condemnacion eterna.

## § I

### De la alegría de la buena consciencia de que gozan los buenos.

Pues deste azote y carnicería tan cruel están libres los buenos, pues carescen de todos estos aguijones y estímulos de la consciencia, y gozan de las flores y fructos suavísimos de la virtud, que el Espíritu Sancto planta en sus ánimas, como un paraíso terrenal, y vergel cercado en que él se deleita. Así lo llama Sant Augustin, escribiendo sobre el Génesi, donde dice[3]: El alegría de la buena consciencia que hay en el bueno, paraíso es. Por donde la Iglesia en aquellos que viven con justicia, piedad y templanza, convenientemente se llama paraíso adornado con abundancia de gracias y de castos deleites. Y en el libro que trata de cómo se han de enseñar los ignorantes, dice así[4] : Tú que buscas el verdadero descanso, el cual se promete á los cristianos despues de la muerte, ten por cierto que tambien lo hallarás entre las molestias amarguísimas desta vida, si amares los mandamientos de aquel que lo prometió ; porque en muy poco espacio verás por experiencia como son mas dulces los fructos de la justicia, que los de la maldad : y mas verdadera y dulcemente te alegrarás de la buena consciencia en medio de las tribulaciones, que de la mala entre los deleites. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin. Por las cuales entenderás ser tanta la alegría de la buena consciencia, que así como la miel no solamente es

[1] Isai. LXVI; Marc. IX; Eccles. VII.
[2] Psalm. XLI.
[3] Cont. Manich. lib. II, cap. 9.
[4] Tom. IV, lib, I de Catec. rudib. cap. 16, in fine.

dulce, mas hace tambien dulces las cosas desabridas con que se junta; así la buena consciencia es tan alegre, que hace alegres todas las molestias de la vida. Y así como dijimos que la mesma fealdad y enormidad del pecado atormentaba los malos; así por el contrario la mesma hermosura y dignidad de la virtud alegra y consuela á los buenos, como claramente lo significó el profeta David, cuando dijo [1] : Los juicios del Señor (que son sus sanctos mandamientos) son verdaderos y justificados en sí mesmos, y son mas preciosos que el oro y piedras preciosas, y mas dulces que el panal y la miel. Y así como en tales se deleitaba él mesmo en la guarda dellos; como él lo testificó en otro salmo, diciendo [2] : En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité, así como en todas las riquezas del mundo. La cual sentencia confirma su hijo Salomon en sus Proverbios, diciendo [3] : Alegría es al justo hacer justicia; que es lo mesmo que hacer virtud, y cumplir con las obligaciones que el hombre tiene sobre sí. La cual alegría aunque proceda de otras muchas causas, pero señaladamente procede de la mesma dignidad y hermosura de la virtud, la cual (como dijo Platon) es de inestimable hermosura. Finalmente es tan grande el fructo y gusto de la buena consciencia, que en ella pone Sant Ambrosio en el libro de sus oficios la felicidad de los justos en esta vida; y así dice él : Tan grande es el resplandor de la virtud, que basta para hacer nuestra vida bienaventurada la tranquilidad de la consciencia, y la seguridad de la innocencia.

Y así como los filósofos sin lumbre de fe conoscieron el tormento de la mala consciencia, así conoscieron el alegría de la buena, como lo muestra Tulio en el libro de las cuestiones Tusculanas, donde dice así : La vida que se ha empleado en honestos y nobles ejercicios, trae consigo tanta consolacion, que los que desta manera vivieron, ó no sienten trabajo, ó lo tienen por muy liviano. El mesmo dice en otro lugar, que ningun teatro hay mas público, ni mas honroso para la virtud,

[1] Psalm. XVIII.
[2] Ibid. CXVIII.
[3] Prov. XXI.

que el testimonio de la buena consciencia. Sócrates, preguntado quién podria vivir sin pasion, respondió que el que viviese bien. Y Bias otrosí filósofo insigne, preguntado quién habia en la vida que caresciese de miedo, respondió que la buena consciencia. Y Séneca en una carta dice así : El sabio nunca vive sin alegría, y esta alegría le viene de la buena consciencia. En lo cual verás cuánto concuerda esta sentencia con aquello de Salomon que dice [1] : Todos los dias del pobre son malos (conviene saber, trabajosos y penosos) ; mas el ánima segura es como un banquete perpetuo. No se podia mas decir en tan pocas palabras ; en las cuales se nos da á entender, que así como el que está en un convite, se alegra con la variedad de los manjares, y con la presencia de los amigos con quien los come, así el justo se alegra con el testimonio de la buena consciencia, y con el olor de la presencia divina, de la cual tiene grandes prendas y conjecturas en su ánima. Sino la diferencia es esta : que aquella alegría del convite es bestial y terrena ; mas esta es perpetua ; aquella se comienza con hambre, y se acaba con hastío ; esta se comienza con la buena vida, y se continúa con la perseverancia, y se acaba con la gloria. Pues si los filósofos en tanto estimaban esta alegría, sin esperar nada en la otra vida por ella, el cristiano que sabe cuántos bienes tiene Dios aparejados para galardonarla en la vida advenidera, y cuántos en la presente, ¿ cuánto mas se alegrará? Y aunque este testimonio no deba carescer de un sancto y religioso temor, pero este tal temor no solo no desmaya, mas ántes por una maravillosa manera esfuerza al que lo tiene ; porque tácitamente nos da á entender que es mas legítima y sana nuestra confianza, pues está acompañada y rectificada con este sancto temor : del cual si caresciese, no seria confianza ; sino falsa seguridad y presumpcion.

Cata aquí pues, hermano, otro nuevo privilegio de que gozan los buenos, del cual dice el Apóstol [2] : Nuestra gloria es el testimonio de nuestra consciencia, que es haber vivido con

[1] Prov. xv
[2] II Cor. I.

simplicidad de corazon, y con pureza y sinceridad, y no con sabiduría carnal.

Esto es lo que con palabras se puede significar deste privilegio. Mas ni estas ni otras muchas son mas parte para declarar la excelencia dél, á quien no tiene experiencia della, que quien quisiese con palabras dar á entender el sabor de un manjar exquisito á quien nunca lo probó. Porque sin duda esta alegría es tan grande, que muchas veces cuando el bueno se halla triste y atribulado, y volviendo los ojos á todas partes no ve cosa que le consuele, volviendo los ojos hácia dentro, y mirando la paz de su consciencia, y el testimonio della, se consuela y esfuerza; porque entiende bien que todo lo demas, como quiera que suceda, ni hace ni deshace á su caso, sino solo esto. Y aunque (como dije) no pueda tener evidencia desto; mas así como el sol por la mañana ántes que se descubra, esclaresce el mundo con la vecindad de su resplandor, así la buena consciencia, aunque no se conozca por evidencia, todavía alegra con el resplandor de su testimonio al ánima. Lo cual es en tanto grado verdad, que dice Sant Crisóstomo estas palabras: Toda abundancia de tristeza, cayendo en una buena consciencia, así se apaga como una centella de fuego, cayendo en un lago muy profundo de agua.

## CAPÍTULO XVIII

Del sexto privilegio de la virtud, que es la confianza y esperanza en la divina misericordia de que gozan los buenos; y de la vana y miserable confianza en que viven los malos.

Con el alegría de la buena consciencia se junta la de la confianza y esperanza en que viven los buenos, de la cual dice el apóstol: *Spe gaudentes, in tribulatione patientes* [1], aconsejándonos que nos alegremos con la esperanza, y con ella tengamos en las tribulaciones paciencia; pues tan grande ayudador y galardonador de nuestros trabajos nos dice ella

[1] Rom.. XII.

que tenemos en Dios. Este es uno de los grandes tesoros de la vida cristiana, estas las Indias y patrimonios de los hijos de Dios, y este el comun puerto y remedio de todas las miserias desta vida.

Mas aquí es de notar (porque no nos engañemos) que así como hay dos maneras de fe, una muerta que no hace obras de vida (cual es la de los malos cristianos), y otra viva, y formada con caridad (cual es la que tienen los justos con que hacen obras de vida), así tambien hay dos maneras de esperanza : una muerta, que ni da vida al ánima, ni la aviva y esfuerza en sus obras, ni la anima y consuela en sus trabajos (cual es la que tienen los malos), y otra viva, como la llama Sant Pedro [1], la cual, como cosa que tiene vida, tiene tambien efectos de vida, que son animarnos, consolarnos, alegrarnos, y esforzarnos en el camino del cielo, y darnos aliento y confianza en medio de los trabajos del mundo : como la tenia aquella bienaventurada Susana, de quien se dice que estando ya sentenciada á muerte, y llevándola por las calles públicas á apedrear, con todo esto su corazon estaba esforzado y confiado en Dios. Y tal era tambien la confianza que tenia David, cuando decia [2] : Acuérdate, Señor, de la palabra que tienes dada á tu siervo, con la cual me diste esperanza; porque esta me esforzó y consoló en la afliccion de mis trabajos.

Pues esta esperanza viva obra muchos y muy admirables efectos en el ánima donde mora; y tanto mas, cuanto mas participa de la caridad y amor de Dios, que es el que le da la vida [3]. Entre los cuales efectos el primero es esforzar al hombre en el camino de la virtud con la esperanza del galardon; porque cuanto mas firmes prendas tiene desto, tanto mas alegremente pasa por los trabajos del mundo, como todos los Sanctos á una voz testifican. Sant Gregorio dice : La virtud de la esperanza de tal manera levanta nuestro corazon á los bienes de la eternidad, que nos hace no sentir los males

[1] I Petr. I.
[2] Psalm. CXVIII.
[3] I Joan. III.

desta mortalidad. Orígenes dice : La esperanza de la gloria advenidera da descanso á los que por ella trabajan en esta vida, así como mitiga el dolor de las heridas que el soldado recibe en la guerra la esperanza de la corona. Sant Ambrosio dice : La esperanza firme del galardon esconde los trabajos, y hurta el cuerpo á los peligros. Sant Hierónimo dice : Toda obra se hace liviana cuando se estima el precio della, y así la esperanza del premio disminuye la fuerza del trabajo. Esto mesmo explica Crisóstomo aun mas copiosamente por estas palabras : Si las temerosas ondas de la mar no desmayan á los marineros, ni la lluvia de las tempestades é inviernos á los labradores, ni las heridas y muertes á los soldados, ni los golpes y caidas á los luchadores, cuando ponen los ojos en las esperanzas engañosas de lo que por este pretenden; mucho ménos habian de sentir los trabajos los que esperan el reino de Dios. No mires pues, ó cristiano, que el camino de las virtudes es áspero, sino dónde va á parar; ni que el de los vicios es dulce, sino el paradero que tiene. Dice por cierto muy bien este sancto. Porque ¿ quién irá de buena gana por un camino de rosas y flores, si va á parar en la muerte ; y quién rehusará un camino áspero y dificultoso, si va á parar á la vida ?

Mas no solo sirve la esperanza para alcanzar este tan deseado fin, sino tambien para todos los medios que para él se requieren, y generalmente para todas las necesidades y miserias desta vida. Porque por ellas es el hombre socorrido en sus tribulaciones, defendido en sus peligros, consolado en sus dolores, ayudado en sus enfermedades, proveido en sus necesidades ; pues por ella se alcanza el favor y misericordia de Dios, que para todas las cosas nos ayuda. Desto tenemos evidentísimas prendas y testimonios en todas las Escripturas divinas, mayormente en los Salmos de David ; porque apénas se hallará salmo que no engrandezca esta virtud, y predique los fructos della : lo cual sin duda es una de las mayores riquezas y consolaciones que los buenos tienen en esta vida. Por lo cual no se me debe tener por prolijidad referir aquí algunas dellas ; pues es cierto que muchas mas son las que callo, que las que podré referir. En

el libro segundo del Paralipomenon dijo un profeta al rey Asá[1]: Los ojos del Señor contemplan toda la tierra, y dan fortaleza á todos los que esperan en él. Hieremías dice[2]: Bueno es el Señor á los que esperan en él, y al ánima del que le busca. Y en otro lugar[3]: Bueno es el Señor, el cual esfuerza á los suyos en el tiempo de la tribulacion, y conosce á todos los que esperan en él: esto es, tiene cuenta con ellos para socorrerlos y ayudarlos. Isaías dice[4]: Si os volviéredes á mí, y estuviéredes en mí quietos, seréis salvos; en silencio y esperanza estará vuestra fortaleza. Y entiende aquí por silencio la quietud y reposo interior del ánima en medio de los trabajos, que es efecto desta esperanza, la cual destierra della toda solicitud y congoja desordenada, con el favor que espera de la misericordia divina. El Ecclesiástico dice[5]: Los que teméis al Señor, fiáos dél, y no perderéis vuestro galardon. Los que temeis al Señor, esperad en él, y su misericordia será para vuestra consolacion y alegría. Mirad, hijos, á todas las naciones de los hombres, y sabed cierto que nadie esperó en el Señor, que le saliese en vano su esperanza. Salomon en sus Proverbios dice[6]: Descubre tu corazon al Señor, y espera en él; porque él te guiará y enderezará en tus caminos. El profeta David en un salmo dice[7]: Esperen, Señor, en ti los que conoscen tu nombre; porque nunca desamparaste á los que te buscan. En otro dice[8]: Yo, Señor, esperé en ti; y así me alegraré y gozaré en tu misericordia. En otro dice[9]: Á los que esperan en el Señor cercará la misericordia. Y dice muy bien cercará, para dar á entender que por todas partes los guardará, así como el rey que está cercado de su gente, para que vaya mas seguro. Y en otro salmo prosigue mas á la larga esta materia, di-

1 II Paral. XVI.
2 Thren. III.
3 Nahum, I.
4 Isai. XXX.
5 Eccli. II.
6 Prov. III.
7 Psalm. IX.
8 Psalm. XXX.
9 Ibid. XXXI.

ciendo [1] : Esperando esperé en el Señor, y él miró por mí, y sacóme del lago de la miseria, y del lodo en que estaba atollado, y asentó mis piés sobre una firme piedra, y enderezó todos mis pasos, y puso en mi boca un cantar nuevo, y un himno en alabanza de nuestro Dios. Verán esto los justos, y alabarán á Dios, y esperarán en él : bienaventurado el varon que puso su esperanza en el Señor, y no puso sus ojos en las vanidades y locuras engañosas del mundo. En las cuales palabras hallarás aun otro efecto maravilloso desta virtud, que es abrir la boca y los ojos del hombre para conoscer por experiencia la bondad y providencia paternal de Dios, y cantarle un cantar nuevo, con nuevo gusto y nueva alegría, por el nuevo beneficio recebido con el socorro esperado. No acabaríamos á este paso de traer versos, y aun salmos enteros deste profeta. Porque todo el salmo [2] : *Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion*, desto habla. Y asimesmo todo el salmo [3] : *Qui habitat in adjutorio Altissimi*, se gasta en contar los grandes fructos y provechos de los que esperan en Dios, y viven debajo de su proteccion. Donde sobre una palabra deste salmo, que dice : Tú eres, Señor, mi esperanza, escribe Sant Bernardo así : Para cualquier cosa que deba yo hacer ó no hacer, sufrir ó desear, tú eres, Señor, mi esperanza. Esta es la causa del cumplimiento de todas tus promesas : esta es la principal razon y fundamento de mi esperanza. Alegue otro sus virtudes, gloríese que ha sufrido todo el peso del dia, y del calor [4] : diga con el Fariseo que ayuna dos dias cada semana, y que no es él como los otros hombres [5] ; mas yo, Señor, diré con el profeta [6] : Bueno es á mí llegarme á Dios, y poner en él mi esperanza. Si me prometen premios, por vos esperaré que los alcanzaré ; si se levantaren contra mí batallas, por vos espero que las venceré ; si se embraveciere contra mí el mundo, si bramare el demonio, si la

1 Psalm. XXXI.
2 Ibid. CXXIV.
3 Ibid. XC.
4 Matth. XX.
5 Luc. XVIII.
6 Psalm. LXXII.

mesma carne se levantare contra el espíritu, en vos esperare[1]. Pues siendo esto así, ¿por qué no desechamos luego de nosotros todas estas vanas y engañosas esperanzas, y no nos apegamos con todo fervor y devocion á esta esperanza tan segura? Y mas abajo añade el mesmo sancto, diciendo: La fe dice: Grandes y inestimables bienes tiene Dios aparejados para sus fieles. Mas la esperanza dice: Para mí los tiene guardados. Y no contenta con esto, hace á la caridad que diga: Pues yo me daré prisa por gozarlos.

Cata aquí pues, hermano, cuán grande sea el fructo desta virtud, y para cuántas cosas nos aprovecha. Ella es como un puerto seguro adonde se acogen los justos en el tiempo de la tormenta. Es como un escudo muy fuerte con que se defienden de los mares y ondas deste siglo. Es como un depósito de pan en tiempo de hambre, adonde acuden todos los pobres y necesitados á pedir socorro. Es aquel tabernáculo y sombra que promete Dios por Isaías á sus escogidos[2]; para que en él se escondan y defiendan de los calores del verano, y de las lluvias y torbellinos del invierno: esto es, de las prosperidades y adversidades deste mundo. Es finalmente una medicina y comun remedio de todos nuestros males; pues es verdad que todo lo que justa, fiel y sabiamente esperáremos de Dios, alcanzarémos, siendo cosa saludable. Por donde dice Cipriano que misericordia de Dios es la fuente de los remedios; y que la esperanza es el vaso que los coge; y que segun la cuantidad deste vaso, así será la del remedio; porque por parte de la fuente no puede el agua de la misericordia faltar. De suerte que así como dijo Dios á los hijos de Israel, que toda la tierra sobre que pusiesen sus piés, seria suya[3], así toda la misericordia sobre que el hombre llegare á poner los piés de su esperanza, será suya. Y segun esto, el que movido de Dios esperare todas las cosas, todas las alcanzará. En lo cual paresce que esta esperanza es una imitacion de la virtud y poder de Dios, la cual re-

[1] Psalm. XXVI.
[2] Isai. IV.
[3] Josue, I.

dunda en gloria del mesmo Dios. Porque, como dice muy bien Sant Bernado, no hay cosa que tanto declare la omnipotencia de Dios, como ver que no solo él es todopoderoso, mas que tambien hace en su manera todopoderosos á los que esperan en él. Si no, dime, ¿no participaba desta omnipotencia el que dende la tierra mandaba al sol que se parase en el cielo [1], y él que daba á escoger al rey Ezequías, si queria que mandase al mesmo sol volver atras, ó pasar adelante [2]? Esto es lo que señaladamente engrandesce la gloria de Dios, hacer los suyos tan poderosos. Porque si se gloriaba aquel soberbio rey de los asirios, diciendo que los príncipes que le servian, eran tambien reyes como él [3], ¡cuánto mas se puede gloriar nuestro Señor Dios, diciendo que tambien son dioses en su manera los que sirven á él, pues tanto participan de su poder [4]!

## § I

### De la esperanza vana de los malos.

Este es pues el tesoro de la esperanza de que gozan los buenos, del cual carescen los malos; porque aunque tienen esperanza, no la tienen viva, sino muerta; porque el pecado le quitó la vida, y así no obra en ellos estos efectos que habemos dicho. Porque así como ninguna cosa hay que mas avive la esperanza, que la buena consciencia, así una de las cosas que mas la derriba y desmaya, es la mala; pues esta (como dijimos) ordinariamente anda á sombra de tejados; y así teme y desconfia, por entender que no tiene merescido, sino desmerescido el favor de la divina gracia. De donde así como la sombra sigue al cuerpo do quiera que va, así el temor y la desconfianza acompañan á la mala consciencia por do quiera que ande. En lo cual paresce que

1 Josue, x.
2 IV Reg. xx; Isai. xxxviii.
3 Dan. i, ii.
4 Psalm lxxxi.

cual es su felicidad, tal es su confianza; porque asi como tiene su felicidad en los bienes del mundo, así en ellos tiene su confianza, pues en ellos se gloria, y á ellos se socorre en el tiempo de la tribulacion. De la cual esperanza hallamos escrito en el libro de la Sabiduría [1]: La esperanza del malo es como el pelito de lana, que se lleva el viento, y como la espuma delgada, que deshace la ola, y como el vapor del humo, que esparce el aire. ¿Ves pués cuán vana sea esta confianza?

Pues aun mas mal tiene que este; porque no solo es vana, sino tambien perjudicial y engañosa, como lo significó el Señor por el profeta Isaías, diciendo [2]: ¡ Ay de vosotros, hijos desamparadores de vuestro padre, que tomastes consejo, y no conmigo; y urdistes una tela, y no con mi espíritu, para añadir pecados á pecados; é inviastes á Egipto á pedir socorro, y no tomastes consejo conmigo, esperando ayuda en la fortaleza de Faraon, y poniendo vuestra confianza en la sombra de Egypto! Y volvérseos ha la fortaleza de Faraon en confusion, y la confianza en la sombra de Egipto, en ignominia. Todos quedaron confundidos esperando en el pueblo que no los socorrió, ni les aprovechó nada, ántes les fué materia de mayor vergüenza y confusion. Hasta aquí son palabras de Isaías, el cual (no contento con lo dicho) torna en el capítulo siguiente á repetir esta mesma reprehension, diciendo [3]: ¡ Ay de aquellos que van á Egipto á pedir socorro, esperando en sus caballos, y teniendo confianza en sus carros, porque son muchos; y en sus caballeros, porque son muy esforzados y no pusieron su confianza en el sancto de Israel, ni buscaron al Señor! Porque Egipto es hombre, y no Dios; y sus caballos son carne, y no espíritu; y el Señor extenderá su mano, y caerá el ayudador, y tambien el que es ayudado; y unos y otros serán juntamente confundidos y burlados.

Cata aquí pues la diferencia que hay entre la esperanza de los buenos y de los malos; porque la de los unos es carne

1 Sap. v.
2 Isai xxx.
3 Ibid. xxxi

y la de los otros es espíritu; y (si esto es poco) la de los unos es hombre, y la de los otros es Dios : por do paresce que lo que va de Dios á hombre, eso va de esperanza á esperanza. Por lo cual con mucha razon nos aparta el profeta de la una esperanza, y nos convida á la otra, diciendo [1]: No querais confiar en los príncipes de la tierra, ni en los hijos de los hombres, que no son parte para dar salud. Acabarse ha la vida dellos, y volverse han en la mesma tierra de que fuéron formados, y en este dia perescerán todos los pensamientos de los que confiaban en ellos. Bienaventurado el varon que tiene á Dios por su ayudador, y en él tiene puesta su esperanza : el cual hizo el cielo, la tierra, la mar y todo lo que en ellos es. ¿Ves pues aquí claro la diferencia que va de la una esperanza á la otra? Y en otro salmo declara el mesmo profeta esta mesma diferencia de esperanzas, diciendo [2]: Estos confian en sus carros y caballos, y nosotros en el nombre del Señor. Ellos se enlazaron y cayeron; mas nosotros nos levantamos y estamos en pié. Mira pues cuán bien responde aquí el fructo de la confianza á los estribos y fundamentos della; pues de la una se sigue la caida, y de la otra levantamiento y victoria.

Por lo cual con mucha razon se comparan los unos con aquel hombre del Evangelio [3] que edificó su casa sobre arena, la cual, á la primera tempestad que se levantó, dió consigo en tierra; y los otros con el que la edificó sobre peña viva, y por eso estuvo firme y segura contra todas las aguas y torbellinos desta vida. Y no ménos elegantemente declara el profeta Hieremías por otra muy hermosa comparacion esta mesma diferencia por estas palabras [4]: Maldito sea el hombre que confia en otro hombre, y el que apartando su corazon del Señor, pone la carne flaca por brazo y amparo de su vida. Porque este tal será como el arbolillo silvestre, que nasce en el desierto, que no verá el bien cuando viniere, sino

[1] Psalm. CXLV.
[2] Ibid., XIX.
[3] Matth. VII.
[4] Hier. XVII.

ántes estará desmedrado en perpetua sequedad, y en tierra salobre é inhabitable. Mas, por el contrario, del varon justo dice luego así : Bendito sea el varon que tiene su esperanza en el Señor, porque él será su ayudador. Este tal será como un árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que con la virtud del humor vecino extenderá sus raices, y en el año de la sequedad estará seguro de la fuerza del estío, y sus hojas estarán siempre verdes, y nunca dejará de dar su fructo. Hasta aquí son palabras del profeta. Pues dime, ruégote, ¿qué mas era menester (si tuviesen los hombres seso) para ver la diferencia que hay solo por parte de la esperanza entre la suerte de los buenos y de los malos, y entre la prosperidad de los unos y de los otros? ¿Qué mayor bien puede tener un árbol, que estar plantado de la manera que aquí nos lo pinta este profeta? Pues tal es en su manera el estado del justo, á quien todas las cosas succeden prósperamente, por estar plantado par de las corrientes del agua de la divina gracia. Mas, por el contrario, ninguna peor suerte puede caber á un árbol, que ser infructuoso y silvestre, y estar en mala tierra, y fuera de la vista y culto de los hombres : para que por aquí vean los malos que no pueden tener en esta vida otro mas miserable estado que tener desviados sus ojos y corazon de Dios (que es fuente de aguas vivas), y tenerlos puestos en los arrimos de las criaturas frágiles y engañosas; que es la tierra desierta, seca, y inhabitable. Por donde verás muy bien cuán digno de ser llorado es el mundo, que en tan mala tierra está plantado; pues en tan flacos estribos tiene puesta su esperanza, que no es esperanza, sino engaño y confusion, como arriba se declaró.

Pues dime, ruégote, ¿qué mayor miseria puede ser que esta? ¿Qué mayor pobreza, que vivir sin esta manera de esperanza? Porque si el hombre quedó por el pecado tan pobre y desnudo, como arriba tratamos [1], y para su remedio era tan necesaria la esperanza de la divina misericordia; ¿qué será dél, quebrada esta áncora en la cual se sostenia? Vemos que todos los otros animales nascen en su manera

[1] Cap. 5.

perfectos, y proveidos de todo lo necesario para su vida. Mas el hombre por el pecado quedó medio deshecho, de tal manera que cuasi ninguna cosa de las que ha menester tiene dentro de sí; sino que todo le ha de venir de acarreo, y de limosna por mano de la divina misericordia. Pues quitada esta de por medio, ¿ qué tal podrá ser su vida, sino coja, y manca, y llena de mil defectos ? ¿ Qué cosa es vivir sin esperanza, sino vivir sin Dios ? ¿ Pues qué le quedó al hombre de su antiguo patrimonio para vivir sin este arrimo ? ¿ Qué nacion hay en el mundo tan bárbara, que no tenga alguna noticia de Dios y que no le honre con alguna manera de honra, y que no espere algun beneficio de su providencia ? Un poco de tiempo que se ausentó Moysen de los hijos de Israel, pensaron que estaban sin Dios, y como rudos y groseros dieron luego voces á Aaron diciendo que les hiciese algun dios, porque no se atrevian á caminar sin él [1]. En lo cual paresce que la mesma naturaleza humana, aunque no siempre conosce al verdadero Dios, conosce que tiene necesidad de Dios ; y aunque no conozca la causa de su flaqueza, conosce su flaqueza : y por eso naturalmente busca á Dios para remedio della. De suerte que así como la yedra busca el arrimo del árbol para subir á lo alto, porque por sí no puede ; y así como la mujer naturalmente busca el arrimo y sombra del varon, porque como animal imperfecto entiende la necesidad que tiene deste arrimo, así la mesma naturaleza humana, como pobre y necesitada, busca la sombra y amparo de Dios. Pues siendo esto así, ¿ cuál será la vida de los hombres que viven en tan triste viudez y desamparo de Dios ?

Querria saber : los que desta manera viven ¿ con quién se consuelan en sus trabajos ? á quien se acogen en sus peligros ? con quién se curan en sus enfermedades ? á quién dan parte de sus penas ? con quièn se aconsejan en sus negocios ? à quién piden socorro en sus necesidades ? con quién tratan ? con quién conversan ? con quién platican ? con quién se acuestan ? y con quién se levantan ? y finalmente, cómo pasan por todos los trances desta vida los que no tienen este

[1] Exod. XXXII.

recurso? Si un cuerpo no puede vivir sin ánima, ¿ cómo un ánima puede vivir sin Dios? pues no es ménos necesario Dios para la una vida, que él ánima para la otra. Y si (como arriba dijimos) la esperanza viva es el áncora de nuestra vida, ¿ cómo osa nadie entrar en el golfo deste siglo tan tempestuoso sin el socorro desta áncora? Y si la esperanza decíamos que era el escudo con que nos defendemos del enemigo, ¿ cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Si la esperanza es el báculo con que se sostiene la naturaleza humana despues de aquella general dolencia, ¿ qué será del hombre flaco sin el arrimo deste báculo?

Queda pues aquí bastantemente declarado lo que va de la esperanza de los buenos á la de los malos, y por consiguiente lo que va de la suerte de los unos á la de los otros; pues los unos tienen á Dios por defensor y valedor, y los otros el báculo de Egipto, que si os quisiéredes afirmar sobre él, quebrarse ha, y entrarse ha por la mano del que estriba sobre él [1]. Porque basta la culpa que el hombre comete en poner aquí toda su confianza, para que Dios la cure con el desengaño de su caida: como él lo significó por Hieremías, el cual profetizando la destruicion del reino de Moab, y la causa della, dice así [2]: Porque tuviste confianza en tus muros y en tus tesoros, tú tambien serás presa y destruida, y Chamós (que es el Dios en que confías) será llevado captivo, y sus sacerdotes y príncipes tambien con él. Mira pues agora tú cuál sea este linage de socorro, pues el mesmo confiar en él y procurarlo es perderlo.

Esto baste cuanto á este privilegio de la esperanza; el cual aunque paresce ser el mesmo que el de la providencia especial de Dios para con los suyos (de que arriba tratamos), pero no lo es, ántes se diferencia dél como efecto de su causa. Porque como sean muchos los fundamentos y causas desta esperanza (cuales son la bondad y la verdad de Dios, y los méritos de Cristo, etc.), uno de los principales es esta pater-

[1] Isai. XXXVI.
[2] Jerem. XLVIII.

nal providencia, de la cual procede esta confianza. Porque saber que tiene Dios este cuidado dellos, causa esta confianza en ellos.

## CAPÍTULO XIX

Del séptimo privilegio de la virtud, que es la verdadera libertad de que gozan los buenos; y de la miserable y no conoscida servidumbre en que viven los malos.

De todos estos privilegios susodichos, y señaladamente del segundo y del cuarto (que es de la gracia del Espíritu Sancto, y de las consolaciones divinas), se sigue otro maravilloso de que gozan los buenos; que es la verdadera libertad del ánima, la cual el Hijo de Dios trajo al mundo, y por la cual tiene apellido de Redentor del género humano; por haberlo rescatado de la verdadera y miserable servidumbre en que vivia, y puesto en verdadera libertad. Este es uno de los principales bienes que este Señor trajo al mundo, y uno de los mas señalados beneficios del Evangelio, y uno de los principales efectos del Espíritu Sancto; porque donde este espíritu mora, ahí está la verdadera libertad, como dice el apóstol [1]. Finalmente este es uno de los grandes premios que en esta vida se prometen á los siervos de Dios, como el mesmo Señor lo prometió á unos que le querian comenzar á servir, diciendo [2]: Si vosotros permaneciéredes en mis palabras, seréis de verdad mis discípulos, y conosceréis la verdad, y la verdad os librará, esto es, la verdad os dará la verdadera libertad. Y respondiendo ellos: Hijos somos de Abraham, y nunca servimos á nadie: ¿cómo dices tú agora que serémos libres? respondió el Señor: En verdad os digo que quien quiera que comete pecado, es siervo del pecado, y el siervo no permanesce en la casa para siempre; mas el hijo permanesce siempre, y por tanto, si el hijo os libertare, seréis de verdad libres.

En las cuales palabras manifiestamente da el Señor á entender que hay dos maneras de libertad: una falsa (que pa-

[1] II Cor. III.
[2] Joan. VIII.

resce libertad y no lo es), y otra verdadera que lo es. Falsa es la de aquellos que teniendo el cuerpo libre, tienen el ánimo captivo y subjecto á la tirannía de sus pasiones y pecados : como era la de Alejandro Magno, que siendo señor del mundo, era esclavo de sus vicios. Mas verdadera es la de aquellos que tienen el ánima libre de todos estos tirannos ; como quiera que esté el cuerpo ora suelto, ora captivo : cual era la del apóstol Sant Pablo, que estando preso en una cadena, con el espíritu volaba por el cielo, y con sus cartas y doctrina libertaba el mundo.

La razon de llamar esta á boca llena libertad, y la otra no, es porque como entre las dos partes principales del hombre, el ánima sea sin comparacion mas noble, y cuasi el todo del hombre; y el cuerpo no sea mas que la materia, y el subjecto ó la caja en que está el ánima encerrada, de aquí nasce que aquel se debe decir de verdad libre, que tiene esta tan principal parte libre; y aquel falsamente libre, que teniendo esta captiva, el cuerpo trae por do quiere suelto y libre.

## § I

### De la servidumbre en que viven los malos.

Y si preguntares de quién es captivo el que desta manera lo es, digo que lo es del mas feo, torpe, y abominable tiranno de cuantos se pueden imaginar, que es el pecado. Porque la mas abominable cosa que hay en el mundo, es el tormento del infierno, y peor y mas abominable es el pecado, que es causa dese tormento. Y deste son siervos y esclavos los malos, como claramente lo viste en las palabras del Señor arriba dichas [1] : Quien quiera que comete pecado, esclavo es y siervo del pecado. Pues ¿ qué servidumbre puede ser mas miserable que esta ?

Y no solo es siervo del pecado, mas tambien de los principales atizadores y movedores del pecado, que son : el demonio, el mundo, y nuestra propria carne, corrompida por el mesmo pecado, con todos los apetitos desordenados que

[1] Joan. VIII.

della proceden. Porque quien es esclavo de un hijo, tambien lo es de los padres que lo engendraron; y cónstanos que estos tres son los padres del pecado, por lo cual se llaman enemigos del ánima; porque le hacen tan grande mal como es captivarla y entregarla en poder deste tan abominable tiranno.

Y aunque todos tres de consuno concuerden en esto, pero con alguna diferencia. Porque los dos primeros se sirven del tercero, que es la carne, como de otra Eva para engañar á Adam: ó como de un muy proprio instrumento y despertador con que nos mueven á todo mal. Por la cual causa el apóstol mas claramente la llama pecado [1], poniendo el nombre del efecto á la causa; porque ella es la que nos atiza y mueve á todo género de pecados. Y por la mesma razon la llaman los teólogos *Fomes peccati*, que quiere decir, cebo y nutrimento del pecado; porque es el aceite y la leña con que se sustenta el fuego del pecado. Mas nosotros comunmente le llamamos sensualidad, carne ó concupiscencia, que por términos mas claros es nuestro apetito sensitivo (de quien nascen todas las pasiones) en cuanto corrompido y estragado por el pecado; porque este es el atizador, y despertador, y como un manantial de todos los pecados; y por esto señaladamente se sirven dél, y de todos sus apetitos los otros dos enemigos para hacernos guerra por él. Por lo cual divinamente dijo Sant Basilio que las principales armas con que nos hacia guerra el demonio, eran nuestros deseos; porque la demasiada aficion de las cosas que deseamos, nos hace procurarlas á tuerto ó á derecho, y romper por todo lo que se nos pone delante, aunque sea prohibido por la ley de Dios: de donde nascen todos los pecados.

Pues este tal apetito es uno de los mas principales tirannos á quien están los malos subjectos, y, como dice el apóstol [2], vendidos por esclavos. Y llámalos aquí vendidos como esclavos, no porque por el pecado perdiesen ellos el

[1] Rom. VII.
[2] Ibid.

libre albedrío con que fuéron criados (porque ni se perdió, ni perderá jamas cuanto á su esencia, por mas pecados que se hagan, sino porque por el pecado quedó por una parte este libre albedrío tan flaco, y por otra el apetito tan fuerte, que por la mayor parte prevalesce lo fuerte contra lo flaco, y quiebra la soga por lo mas delgado).

Pues ¿ qué cosa mas para sentir, que ver cómo teniendo el hombre un ánima criada á imágen de Dios, esclarescida con lumbre del cielo, y un entendimiento que sube con su delicadeza sobre todo lo criado, hasta hallar á Dios; que menospreciadas todas estas grandezas, venga á subjectarse y regirse por el ímpetu furioso de su apetito bestial; y este corrompido por el pecado, y sobre todo movido y atizado por el demonio? ¿ Qué se puede esperar deste regimiento, y desta guia, sino despeñaderos, y desastres, y caidas, y males incomparables?

Y porque mas claramente veas la fealdad desta servidumbre, quiero traerte para esto un ejemplo muy palpable. Imaginemos agora que estuviese un hombre casado con una mujer, en quien cupiese toda la nobleza, hermosura y discrecion que en una mujer puede caber; y que estando él así muy bien casado, una mulata criada suya, y grande hechicera, teniendo invidia desto le diese algunos bebedizos, con los cuales de tal manera le trastornase el seso, que despreciada la mujer, y puesta á un rincon de casa, se entregase todo á la mulata, y la hiciese asentar en el estrado de su mujer, y con ella comiese, y durmiese, y se aconsejase, y tratase todos los negocios de su casa, y por su mandamiento gastase y disipase toda la hacienda en comidas, y fiestas, y juegos, y cosas semejantes; y no contento con esto, llegase su desatino á tales términos, que obligase á su propria mujer á servir como esclava á esta mala mujer en todo lo que ella le mandase. ¿ Quién podria imaginar que hasta aquí llegase el embaucamiento de un hombre? Y si hasta aquí llegase, ¿ cómo extrañarian esto los que lo supiesen? ¿ Qué indignacion tendrian contra aquella mala hembra, y qué compasion de la noble mujer, y qué quejas del desatinado marido? Indignísima cosa paresce esta; pero mucho mayor es sin comparacion

la que al presente tratamos. Porque has de saber que dentro de nuestra mesma ánima hay estas dos tan diferentes mujeres, que son espíritu y carne, las cuales, por otros nombres los teólogos llaman porcion superior y inferior. Porcion superior es aquella parte de nuestra ánima en que está la voluntad y la razon, que es la lumbre natural con que Dios nos crió [1] : cuya hermosura y nobleza es tan grande, que por ella es el hombre imágen de Dios, capaz de Dios y hermano de los ángeles. Y esta es la noble mujer con que casó Dios al hombre, para que hiciese vida con ella, guiando todas sus cosas por su consejo, que es por esta lumbre celestial. Mas en la porcion inferior está el apetito sensitivo, de que habemos tratado, que nos fué dado para apetescer las cosas necesarias á la vida, y á la conservacion de la especie humana ; mas esto por la tasa y órden que por la razon le fuése puesta, así como el despensero que compra de comer por la órden que le manda su señor. Pues este apetito es la esclava de que hablamos ; que por carescer de lumbre de razon, no se hizo para guiar ni mandar, sino para ser guiada y mandada. Y siendo esto así, el malaventurado del hombre de tal manera viene á aficionarse y entregarse á los gustos y deseos desta mala mujer, que desamparando el consejo de la razon, por quien debiera guiarse, viene á regirse por ella, haciendo cuanto le dice : que es poniendo por obra todos sus malos deseos y apetitos. Porque hombres vemos tan sensuales, tan desenfrenados, y tan entregados á los deseos de su corazon, que cuasi en todas las cosas como unas bestias le obedescen y siguen, sin tener cuenta con ley de justicia ni de razon. Pues ¿ qué es esto sino entregar todo el gobierno de su vida á la sucia y torpe esclava de la carne, empleándose en todos los juegos, y pasatiempos, y deleites que ella pide, desamparando el consejo de la nobilísima y legítima mujer, que es la razon ?

Y lo que peor y mas intolerable es, que no contentos con esto, hacen á esta mesma señora que sirva á esta tan mala

[1] Psalm. IV.

esclava, y que se desvele noche y dia, inventando y procurando todo lo que conviene para el gusto y contentamiento della. Porque cuando un hombre emplea toda su razon y entendimiento en trazar tantas invenciones y maneras de atavíos, de edificios tan curiosos, de potajes y guisados tan exquisitos, de aderezos de casa y de tratos y negocios para granjear todo lo que para esto se requiere, ¿ qué es esto, sino desquiciar el ánima de los ejercicios espirituales de su propria nobleza, y hacer que sea esclava, cocinera y despensera de quien le fué dada por captiva ? Y cuando un hombre carnal aficionado á una mujer, para vencer su castidad emplea toda su razon y entendimiento en escribir cartas, en componer sonetos llenos de agudeza y sentencias, y en buscar todas las minas y contraminas que para estos tratos se requieren, ¿ qué hace en esto (si piensas) sino servir á la esclava la que era señora, ocupándose aquella lumbre celestial y divina en buscar medios para las vilezas y apetitos de su carne ? Y cuando el rey David usó de tantas maneras de medios para encubrir el hurto de Betsabé, mandando venir al marido de la guerra, y convidándolo á cenar, y emborrachándole en la cena, y despues dándole cartas con avisos y industrias para que el innocente muriese [1] ; estas trazas ¿ quién las hacia sino el entendimiento y la razon ? y ¿ quién instigaba á hacerlas sino la carne perversa, para encubrir ó gozar mas á su salvo de sus deleites ? Cosas son todas estas de que Séneca, con ser filósofo gentil, se afrentaba y avergonzaba, y así decia : Mayor soy, y para mayores cosas nascido que para ser esclavo de mi carne. Pues si nos espantare el embaucamiento de aquel hombre enhechizado, y perdido, ¿ cuánto mas nos debe espantar esto por lo cual tantos mayores bienes se desperdician, y tantos mayores males se ganan ?

Y con ser esta una cosa por una parte tan monstruosa y tan lastimera, y por otra tan usada, pasamos por ella lijeramente sin que nadie pasme de tan gran desórden por estar el mundo tan desordenado. Porque (como dice muy bien

[1] II Reg. xi.

Sant Bernardo) no se siente el hedor abominable de los vicios, por ser tantos los que lo son. Porque así como en la tierra donde todos nascen prietos, no se tiene por injuria la negrura, y donde todos generalmente son beodos, no se tiene por deshonrada la embriaguez, siendo cosa tan vil; así como en todo el mundo generalmente haya esta monstruosidad, apénas hay quien la conozca por tal. Todo esto pues bastantemente nos declara cuán miserable sea esta servidumbre ; y juntamente con esto á cuán espantable pena fué el hombre condenado por el pecado, pues por él fué entregada una criatura tan noble á un tan torpe tiranno. Y por tal lo tenia el Ecclesiástico [1] cuando hacia oracion á Dios, pidiéndole que lo librase de los deseos desordenados del vientre, y de la deshonestidad, y que no le entregase en poder de un ánima desvergonzada y desenfrenada ; como quien pide no ser entregado à algun grande verdugo ó tiranno, porque por tal tenia él este apetito.

## § II

Pues ya si quieres saber qué tan grande sea la potencia deste tiranno, puédeslo claramente colegir considerando lo que ha hecho el mundo y hace cada dia. Y no quiero para esto ponerte ante los ojos las fábulas que los poetas fingiéron, representándonos aquel tan famoso Hércules, el cual despues de vencidos y domados todos los monstruos del mundo, dicen que vencido del amor torpe de una mujer, dejada la maza, se asentaba entre sus criadas á hilar con una rueca en la cinta ; porque ella se lo mandaba, y amenazábale si no lo hiciese. Lo cual sabiamente fingiéron los poetas para significar por aquí la tirannía y potencia deste apetito. Ni tampoco quiero traer aquí las verdades antiguas de las Escripturas divinas, donde se nos propone un Salomon [2], por una parte lleno de tan grande sanctidad y sabiduría, y por otra adorando los ídolos, y edificándoles templos, por complacer á sus mujeres

[1] Eccli. XXIII.
[2] III Reg. VI, XI.

(que no ménos declara la tirannía desta pasion); sino los ejemplos cuotidianos que nos pasan por las manos cada dia. Mira pues á lo que se pone una mujer adúltera por obedescer á un apetito desordenado (porque en esta pasion quiero agora poner ejemplo, para que por esta se vea la fuerza de las otras). Sabe esta muy bien que si el marido la tomare con el hurto en las manos, la matará ; y que en un mesmo punto perderá la vida, la honra, la hacienda, y el alma con todo lo demas que en este mundo y en el otro se puede perder (que es la mayor y mas universal pérdida de cuantas hay), y que juntamente con esto dejará á sus hijos, y padres, y hermanos, y todo su linage deshonrado, y con perpetua materia de dolor : y con todo esto es tan grande la fuerza deste apetito ó (por mejor decir) la potencia deste tiranno, que le hace pasar por todo esto, y beber todos estos tragos tan horribles con grandísima facilidad, por hacer lo que él le manda. Pues ¿ qué tiranno obligó jamás á un captivo que tuviese, á obedescer con tan grande riesgo á lo que él le mandase ? ¿ qué mas duro y miserable captiverio quieres que este ?

Pues en este estado generalmente viven los malos, como claramente lo significó el profeta, cuando dijo [1] : Asentados estan en tinieblas y sombra de muerte, padesciendo hambre, y estando presos con cadenas de hierro. Pues ¿ qué tinieblas son estas, sino la ceguedad en que viven los malos (de que arriba tratamos), pues ni conoscen á sí, ni á Dios como conviene, ni para qué viven, ni para qué fin fuéron criados, ni la vanidad de las cosas que aman, ni el mesmo captiverio y servidumbre en que viven ? Y ¿ qué cadenas son estas con que están presos, sino las fuerzas de las aficiones con que están sus corazones aferrados con las cosas que desordenadamente aman ? Y ¿ qué hambre es esta que padescen sino el apetito insaciable que tienen de infinitas cosas que no alcazan ? Pues ¿ qué mayor captiverio quieres que este ?

Veamos esto mesmo por otros ejemplos. Pon los ojos en Amnon, hijo primogénito de David : el cual, despues que puso los suyos en su hermana Thamar, de tal manera se

[1] Psalm. CVI.

cegó con estas tinieblas, y se prendió con estas cadenas, y se afligió con esta hambre, que vino á perder el comer, el beber, el sueño, la salud, y caer en cama enfermo con la fuerza desta pasion [1]. Pues dime: ¿ qué tales eran las cadenas de la aficion y aprehension con que estaba su corazon captivo, pues tal impresion hicieron en la carne y en los mesmos humores del cuerpo, que bastaron para causarle tan grande enfermedad? Y porque no pienses que la cura desta dolencia es alcanzarse lo que se desea, mira bien cómo quedó mas enfermo y mas perdido despues que alcanzó lo que deseaba, de lo que estaba ántes. Porque muy mayor dice la Escriptura que fué el ódio con que aborresció despues á la hermana, que el amor que ántes le habia tenido. De manera que no quedó con el vicio libre de la pasion, sino trocóla por otra mayor. Pues ¿ hay tiranno en el mundo que así vuelva y revuelva sus prisioneros, y así les haga tejer y destejer, andar y desandar los mesmos caminos?

Tales pues son todos los que están tirannizados deste vicio, los cuales apénas son señores de sí mesmos, pues ni comen, ni beben, ni piensan, ni hablan, ni sueñan sino en él; sin que ni el temor de Dios, ni el ánima, ni la consciencia, ni paraíso, ni infierno, ni muerte, ni juicio, ni aun á veces la mesma vida y honra (que ellos tanto aman), sea parte para revocarlos deste camino, ni romper esta cadena. Pues ¿ qué diré de los celos destos, de los temores, de las sospechas, y de los sobresaltos y peligros en que andan noche y dia aventurando las almas y las vidas por estas golosinas? ¿ Hay pues tiranno en el mundo que así se apodere del cuerpo de su esclavo, como este vicio del corazon? Porque nunca un esclavo está tan atado al servicio de su señor, que no le queden muchos ratos de dia y de noche en que huelgue, y entienda en lo que le cumple. Mas tal es este vicio y otros semejantes, que despues que se apoderan del corazon, de tal manera lo prenden y se lo beben todo, que apénas le queda al hombre valor, ni habilidad, ni tiempo, ni entendimiento para otra cosa. Por lo cual no en balde dijo el Ecclesiástico [2] que las

1 II Reg. XIII.
2 Eccli. XIX.

mujeres y el vino robaban el corazon de los sabios, porque cuasi tan alienado queda un hombre, con este vicio por sabio que sea, y tan inhábil para todas las cosas que son propias de hombre, como si hubiese bebido una cuba de vino. Y para significar esto el ingenioso poeta, finge de aquella famosa reina Dido, que en el punto que se cegó con la aficion de Enéas, luego desistió de todos los públicos ejercicios y reparos de la ciudad. De manera que ni los muros comenzados iban adelante, ni la juventud ejercitaba las armas, ni los oficiales públicos entendian en fortalescer los puertos, nì en los otros pertrechos necesarios para defension de la patria. Porque este tiranno de tal manera dice prendió todos los sentidos desta mujer, que para todo quedó inhábil, si no solo para aquel cuidado, el cual cuanto mas se apoderó del corazon, tanto ménos le dejó de valor para todo lo demás. ¡Oh vicio pestilencial, destruidor de las repúblicas, cuchillo de los buenos ejercicios, muerte de las virtudes, niebla de los buenos ingenios, enajenamiento del hombre, embriaguez de los sabios, locura de los viejos, furor y fuego de los mozos, y comun pestilencia del género humano!

Y no solo en este vicio, mas en todos los otros hay esta mesma tirannía. Si no, pon los ojos en el ambicioso y vanaglorioso que anda perdido por el humo de la honra, y mira cuán subjecto vive á este deseo, cuán apetitoso de gloria, cuán diligente en procurarla; pues toda la vida y todas las cosas ordena para este fin: el servicio, el acompañamiento, el vestido, el calzado, la mesa, la cama, el aparato de casa, los criados, los gestos, los meneos, la manera del andar, y del hablar, y del mirar, y finalmente todo cuanto hace, para este fin lo hace, pues de tal manera lo hace como mas convenga para parescer mejor, y ser loado, y alcanzar este soplo de viento. De manera que si bien lo miras, todo lo que ordinariamente dice y hace, es armar lazos y redes para cazar este aplauso y aire popular. Y si nos maravillamos del otro emperador que gastaba todas las siestas en andar á caza de moscas con un punzon en la mano; ¿cuánto es mas de maravillar la locura deste miserable, que no solo las siestas, sino toda la vida gasta en cazar este mundo y airecico del

mundo? Por lo cual el triste ni hace lo que quiere, ni viste como quiere, ni va donde quiere; pues deja muchas veces de ir aun á las iglesias, y tratar con los buenos, por miedo de lo que el mundo (á quien él vive subjecto) dirá. Y (lo que mas es) por esto gasta mucho mas de lo que quiere, y de lo que tiene, y se pone en mil necesidades con que infierna su ánima, y tambien las de sus descendientes, á los cuales deja por herederos de sus deudas, y imitadores de sus locuras. Pues ¿qué pena merescen estos, sino la que escriben haber dado un rey á un hombre muy ambicioso, al cual mandó que diesen humo á narices hasta que muriese, diciendo que justamente era castigado con muerte de humo, pues toda la vida habia gastado en procurar humo de vanidad? Pues ¿qué mayor miseria que esta?

¿Qué diré tambien del avariento cobdicioso, que no solo es esclavo, sino tambien idólatra de su dinero, á quien sirve, á quien adora, á quien obedesce en todo cuanto le manda, por quien ayuna y se quita el pan de la boca, y á quien finalmente ama mas que á Dios, pues por él mil veces ofende á Dios? En él tiene su descanso, en él su gloria, en él su esperanza, en él todo su corazon y pensamiento; con él se acuesta, con él se levanta, y toda la vida y todos los sentidos emplea en tratar dél, olvidado de sí y de todo lo al. Deste tal, ¿dirémos que es señor del dinero para hacer dél lo que quisiere, ó esclavo y captivo dél, pues no ordena el dinero para sí, sino á sí para el dinero, quitándolo de la boca y aun del ánima, para ponerlo en él?

Pues ¿qué mayor captiverio puede ser que este? Porque si llamais captivo al que está encerrado en una mazmorra, ó al que tiene los piés en un cepo, ¿cómo no estará preso el que tiene el ánima presa con la aficion desordenada de lo que ama? Porque cuando esto hay, ninguna potencia queda al hombre perfectamente libre, ni es señor de sí mesmo, sino esclavo de aquello que desordenadamente ama; porque donde está su amor, allí está preso su corazon, aunque no se pierda por eso su libre albedrío. Y no hace al caso con qué género de ataduras estés preso, si la mejor y mayor parte de ti lo está; ni diminuye la servidumbre desta pri-

sion, que estés voluntariamente preso; porque si ella es verdadera prision, tanto será mas peligrosa, cuanto fuere mas voluntaria; pues vemos que no diminuye la malicia del veneno ser muy dulce, si él es de verdad veneno. Y no puede ser mayor prision que la que de tal manera tira por ti, y te tiene preso, que te hace cerrar los ojos á Dios, á la verdad, á la honestidad, y á las leyes de justicia; y de tal manera te tiene tirannizado, que así como el beodo no es señor de sí mesmo, sino el vino, así el que desta manera está preso, no es del todo señor de sí mesmo, sino de su pasion, aunque no por esto pierda su libre albedrío. Y si el captiverio es tormento, ¡qué mayor tormento que el que uno destos miserables padesce, pues infinitas veces ni puede alcanzar lo que desea, ni quiere dejar de desearlo, ni sabe qué se haga, ni qué camino se tome! Y con esta perplejidad viene á decir lo que el otro poeta dijo á una mujer mal acondicionada: aborrézcote, y ámote juntamente; y si me preguntas la causa, la causa es, porque ni puedo vivir contigo, ni puedo pasar sin ti. Pues ya si alguna vez acomete á romper estas cadenas, y vencer estas aficiones, halla luego tan grande resistencia, que muchas veces desespera de la victoria, y así se torna el miserable otra vez á meter de piés en la mesma cadena. ¿Paréscete pues que se puede llamar tormento y captiverio este?

Y si fuese esta una sola cadena, ménos mal seria; porque estando el hombre preso con una sola prision, y peleando con un solo enemigo, ménos desconfiaria de vencerlo. Mas ¿qué dirémos de otras prisiones de aficiones con que este miserable está preso? Porque como la vida humana está subjecta á tantas maneras de necesidades, todas estas son cadenas y motivos de cobdicias; porque son grandes lazos con que se prende nuestro corazon, aunque esto sea mas en unos que en otros. Porque hay algunos hombres naturalmente tan aprehensivos, que apénas pueden desasirse de lo que una vez aprehenden. Otros hay melancólicos, á quien tambien hace aprehensivos y vehementes en sus deseos este humor. Otros hay pusilánimes, á quien todas las cosas parescen grandes y muy dignas de ser estimadas y deseadas

por pequeñas que sean, porque al corazon pequeño todo le paresce grande por poco que sea, como Séneca dijo. Otros hay naturalmente vehementes en todas las cosas que desean (como son ordinariamente las mujeres), las cuales dice un filósofo que aman ó aborrescen, porque no saben tener medio en sus aficiones. Todos estos pues padescen muy duro y áspero captiverio con la fuerza de las pasiones que los captivan. Pues si tan grande miseria es estar preso con una sola cadena, y ser esclavo de un solo señor, ¿qué será estar preso con tantas cadenas, y ser esclavo de tantos señores, como lo es el malo, el cual tantos señores tiene, cuantas son las pasiones á que obedesce, y los vicios á que sirve?

Pues ¿qué mayor miseria que esta? Si toda la dignidad del hombre, en cuanto hombre, consiste en dos cosas, que son razon y libre albedrío, ¿qué cosa mas contraria á lo uno y á lo otro que la pasion, que ciega la razon, y lleva tras sí el libre albedrío? Por donde verás cuán perjudicial y dañosa sea cualquiera desordenada pasion; pues así derriba al hombre de la silla de su dignidad, escureciéndole la razon, y pervirtiéndole el libre albedrío, sin las cuales dos cosas el hombre no es hombre, sino bestia. Esta es pues, hermano, la miserable servidumbre en que viven todos los malos, como gente que no se rige por Dios, ni por razon, sino por apetito y pasion.

## § III

### De la libertad en que viven los buenos.

Pues desta tan miserable servidumbre nos vino á librar el Hijo de Dios, y esta es la libertad y victoria que celebra el profeta Isaías, cuando dice [1]: Alegrarse han, Señor, en ti tus redemidos, como los labradores cuando cogen el fructo de sus labranzas, y como se alegran los vencedores despues de tomada la presa, cuando reparten los despojos. Porque tú, Señor, quitaste de encima dellos el yugo pesado que los apremiaba, y la vara que los heria, y el sceptro del tiranno

[1] Isai. II.

que con tributos desaforados los oprimia. Todos estos nombres de yugo, de vara, de sceptro, convienen á la tirannía y fuerza de nuestro apetito, porque dél, como de muy proprio instrumento, se aprovecha el demonio (que es el príncipe de este mundo) para tirannizar los hombres y subjectarlos al pecado. Pues de toda esta fuerza y potencia nos libró el Hijo de Dios con la abundancia de la gracia que con el sacrificio de su muerte nos ganó. Por lo cual dice el apóstol que nuestro viejo hombre fue juntamente crucificado con él[1]. Y llama aquí viejo hombre este apetito, que se desordenó por aquel primer pecado. Porque por aquel grande sacrificio y mérito de su pasion, nos alcanza gracia para sojuzgar este tiranno, y ponerlo debajo los piés, y hacerlo pasar por la pena del Talion; crucificando á quien ántes nos crucificaba, y captivando á quien ántes nos tenia captivos. Y así viene á cumplirse lo que el mesmo Isaías en otra parte profetizó diciendo[2]: Prenderán á los que ántes los prendian, y subjectarán á sus opresores. Porque ántes de la gracia nuestro apetito sensual traia subjecto y tirannizado á nuestro espíritu, haciéndolo servir á sus malos deseos (como arriba se declaró); mas recebida la gracia, de tal manera es ayudado por ella, que prevalesce contra este tiranno, y le subjecta y hace obedescer á lo que es razon.

Esto fué maravillosamente figurado en la muerte de Adonibezec, rey de Hierusalem, á quien mataron los hijos de Israel, cortándole primero los piés y las manos[3]; el cual como así se viese y se acordase de las crueldades y tirannías que hasta allí habia usado, dijo estas palabras: Sesenta reyes cortados los piés y las manos comian debajo de mi mesa las migajas que della caían, y agora veo que de la manera que yo lo hice, así lo ha hecho Dios conmigo. Y añade la Escriptura que lo llevaron así como estaba á Hierusalem, y que ahí murió. Este tan cruel tiranno, figura es del príncipe deste mundo; el cual ántes de la venida del Hijo de

[1] Rom. VI.
[2] Isai. XIV.
[3] Judic. I.

Dios generalmente mancaba los hombres de piés y de manos, destroncándolos y inhabilitándolos para servir á Dios, cortándoles las manos para no hacer bien, y los piés para no desearlo; y demás desto haciéndolos andar comiendo las migajuelas pobres que de su mesa caían : que son los deleites mundanales y sensuales, con que este mal príncipe apascienta á sus servidores; los cuales con mucha razon se llaman migajas y no pedazos de pan, por la escaseza grande con que este tiranno reparte á los suyos estos relieves, pues nunca se los da en la hartura y abundancia que ellos desean. Mas despues que el Salvador vino al mundo, hizo pasar á este tiranno por la pena que él daba á los otros, cortándole los piés y las manos: esto es, deshaciendo y quebrantando todas sus fuerzas. Cuya muerte señaladamente se dice fué en Hierusalem; porque ahí fué donde el Salvador del mundo, muriendo, mató al príncipe deste mundo; y donde siendo él crucificado, le crucifijó, y ató de piés y manos, y le quitó su poder. Y así luego despues de su sacratísima pasion comenzaron los hombres á triunfar deste tiranno, enseñoreándose tan poderosamente del mundo, del demonio y de todos sus vicios y apetitos, que todos los tormentos y halagos del mundo no fuéron bastantes para derribarlos en un pecado mortal.

## § IV

### De las causas de do procede esta libertad.

¿Preguntarás por ventura de dónde procede esta tan maravillosa victoria y libertad? esto digo que despues de Dios procede primeramente (como ya dijimos) de la divina gracia, la cual mediante las virtudes que della proceden, de tal manera adormesce y templa el furor de nuestras pasiones, que no las deja prevalescer contra la razon. Por donde así como los encantadores suelen con algunas palabras encantar las serpientes para que no hagan mal á nadie (de manera que estando vivas no son ponzoñosas, y teniendo veneno no dañan con él), así tambien esta divina gracia de tal modo

encanta estas ponzoñosas serpientes de nuestras pasiones, que estándose ellas vivas y enteras en el sér de naturaleza, no lo están en la malicia de la ponzoña; pues no bastan (como ántes hacian) para emponzoñar nuestra vida. Lo cual divinamente significó el profeta Isaías, cuando dijo [1] : Alegrarse ha el niño de teta sobre los agujeros de la serpiente; y el que estuviere ya destetado meterá seguramente la mano en la cueva del basilisco. No harán mal ni matarán en todo mi sancto monte; porque la tierra estará tan llena del conoscimiento de Dios, como de las aguas del mar que la cubre. Pues claro está que no habla aquí el profeta de las serpientes materiales, sino de las espirituales que son nuestras pasiones y malas inclinaciones, que cuando se desmandan, bastan para emponzoñar el mundo. Ni tampoco habla de niños corporales, sino espirituales; entre los cuales se llama niño de teta el que comienza á servir á Dios, que aun ha menester leche para criarse; y destetado el que está ya mas aprovechado, que puede andar por su pié, y comer pan con corteza. Pues tratando de los unos y de los otros, dice de los primeros, que se alegrarán de ver cómo estando en compañía destas espirituales serpientes, por virtud de la divina gracia no recebirán dellas daño mortal, consintiendo en el pecado; mas de los postreros que están ya destetados, y adelantados en el camino de Dios, dice que que meterán la mano en la cueva del basilisco : esto es, que los guardará Dios aun entre mayores peligros; porque en ellos se cumplirá aquella promesa del Salmo, que dice : Sobre la serpiente y basilisco andarás, y pondrás los piés sobre el leon y el dragon [2]. Pues estos son los que metiendo las manos en la cueva del basilisco, no recebirán daño; porque la abundancia de la gracia que se derramará sobre la tierra, de tal manera encantará estas serpientes, que no sean parte para hacer daño á los hijos de Dios.

Esto mesmo aun mas claramente y sin metáforas esplicó el apóstol, cuando despues de haber tratado muy copiosa-

[1] Isai. XI.
[2] Psalm. XC.

mente de la tirannía de nuestros apetitos y de nuestra carne, al cabo exclamó diciendo [1]: Miserable de mí, ¿ quién me librará del cuerpo desta muerte? responde él mesmo en una palabra, diciendo : la gracia de Dios que se nos da por Cristo. En el cual lugar no entiende él por el cuerpo de muerte este cuerpo subjecto á la muerte natural que todos esperamos, sino el que en otro lugar llama él cuerpo de pecado [2], que es nuestro apetito mal inclinado, del cual (como de un cuerpo) proceden los miembros de todas las pasiones y deseos desordenados que nos llevan á pecar. Y deste tal cuerpo (como de un cruel tiranno) dice el apóstol que nos libra la gracia que se da por Cristo, como está dicho.

Despues de la cual la segunda y muy principal causa es la grandeza del alegría y de las consolaciones espirituales de que los justos gozan, segun que arriba declaramos. La cual de tal manera apaga la sed de todos sus deseos, que con esto fácilmente vencen y despiden de sí todos los apetitos y deseos; y hallada esta fuente de todos los bienes, luego pierden el apetito congojoso de todos los otros bienes, como el Señor lo declaró á la mujer samaritana, diciendo [3]: Quien bebiere del agua que yo le daré ( que es la divina gracia) nunca jamás padescerá sed. Lo cual dice Sant Gregorio en una homilía por estas palabras [4]: El que perfectamente ha conoscido la dulcedumbre de la vida celestial, luego desampara todas las cosas que sensualmente amaba, deja lo que poseia, derrama lo que allegaba, enciéndesele el corazon con deseos del cielo, desagrádale todo lo que hay en la tierra, y paréscele feo todo lo que ántes le era hermoso; porque solo el resplandor desta preciosa margarita reluce en su ánima. Pues desta manera lleno el vaso de nuestro corazon deste licuor celestial, y apagada con é la sed de nuestra ánima, no tiene por qué andar hambrean-

[1] Rom. VII.
[2] Ibid. VI.
[3] Joan. IV.
[4] Hom. XI in Evang.

do y procurando los bienes perescederos de esta vida; y así queda libre de las cadenas de aficiones dellos, porque donde no hay deseo ni amor, no hay cadena ni prision. Y desta manera el corazon que vino á hallar al Señor de todo, se halla él tambien en su manera señor de todo; pues tiene resumidos los otros bienes en este bien.

Con estos dos favores de Dios (que para esta libertad nos ayuda) se junta tambien la diligencia y cuidado que los buenos tienen de subjectar la carne al espíritu, y las pasiones á la razon, con la cual vienen ellas poco á poco á mortificarse, y habituarse á lo bueno, y á perder muy gran parte del furor y brio que ántes tenian. Porque (como dice Sant Crisóstomo) si las bestias fieras acostumbradas á tratar con los hombres, vienen por tiempo á perder su natural fiereza, y envestirse de la blandura y mansedumbre de los hombres (por donde dijo el poeta, que el tiempo y la costumbre hacia á los leones obedescer á los hombres), ¿qué mucho es que nuestras pasiones naturales, acostumbradas á obedescer á la razon, vengan poco á poco á razonarse y domesticarse : esto es, á participar en algo la condicion del espíritu y de la razon, y holgar con las obras della? Y si para esto basta el uso y la buena costumbre, ¿ cuánto mas bastará la gracia a ayudada con la mesma costumbre?

Pues de aquí nasce que muchas veces los siervos de Dios sensualmente (si decirse puede) huelguen mas con el recogimiento, y con el silencio, y con la licion, y oracion, y meditacion, y con otros tales ejercicios, que nunca holgaran con el juego, y con la caza, y con todas las conversaciones y recreaciones del mundo; las cuales ellos tienen por tormento : de tal manera que aun la mesma carne viene á aborrescer lo que ántes amaba, y tomar gusto y contentamiento en lo que ántes aborrescia. Lo cual es en tanta manera verdad, que muchas veces (como dice Sant Buenaventura en el prólogo del estímulo del amor de Dios) se deleita tanto la parte interior de nuestra ánima en los ejercicios de la oracion y comunicacion con Dios, que recibe tormento cuando por algun justo impedimento la apartan de allí. Y esto

es lo que quiso significar el profeta, cuando dijo [1]: Alabaré yo al Señor, porque me dió entendimiento; y tambien porque de noche mis rehenes me reprehenden, ó (como trasladó otro intérprete) me enseñan. Esta es cierto una señalada obra de la divina gracia. Porque por las rehenes entienden aquí los exponedores, los afectos y movimientos interiores del hombre, que suelen ser (como ya dijimos) estímulos y despertadores de pecar: los cuales por virtud de la gracia, muchas veces no solo no nos incitan al mal de la manera que solian; mas ántes á veces ayudan al bien; y no solo no sirven al demonio (en cuyos reales servian), mas ántes pasándose á los de Cristo, vuelven las armas contra el enemigo. Lo cual aunque en muchos ejercicios de vida espiritual se pueda ver, pero señaladamente en el afecto de la contricion y dolor de los pecados, en el cual tiene tambien su parte la porcion inferior de nuestra ánima, afligiéndose y derramando lágrimas por ellos. Y por esto dice el sancto profeta que de noche, cuando suelen los justos al cabo del dia examinar su consciencia y llorar sus culpas; cuando este profeta dice en otra parte, que barria su espíritu con este ejercicio, entónces le reprehendian sus rehenes [2]; porque con el desabrimiento que en esta parte de su ánima sentia por haber ofendido á Dios, quedaba castigado y escarmentado para no volver á cometer lo que tanto le habia dolido. Por lo cual con mucha razon da gracias al Señor, porque no solo la parte superior de su ánima (donde está la razon) le convidaba al bien, mas tambien la parte inferior della, que comunmente suele ser incentivo y despertador de mal. Mas aunque esto en su manera sea verdad (y sea esta una grande gloria de la redempcion de Cristo, que como perfectísimo Redemptor, perfectísimamente nos redimió y libertó); no por eso debe nadie descuidarse ni fiarse de su carne (por muy mortificada que esté), miéntras vive en esta vida mortal.

Estas pues son las causas principales desta maravillosa

[1] Psalm. XV.
[2] Ibid. LXXVI.

libertad : de la cual (entre otros efectos) se sigue un nuevo conoscimiento de Dios, una confirmacion de la fe y religion que profesamos : como claramente lo testifica el mesmo Señor por Ezequiel, diciendo [1] : Conoscerán los hombres que soy Dios, cuando quebrare las cadenas del yugo dellos, y los librare de las manos de los que los tenian tirannizados. Este yugo ya dijimos que era la sensualidad, ó apetito desordenado de pecar, que dentro de nuestra carne mora, y nos oprime, y subjecta al pecado. Las cadenas deste yugo son las malas inclinaciones con que el demonio nos prende y lleva tras sí ; las cuales son tanto mas fuertes, cuanto mas confirmadas están con la mala costumbre, como Sant Augustin lo confiesa en sí mesmo, diciendo [2] : Preso estaba yo, no con hierro, sino con mi propria voluntad, que era mas dura que hierro. Mi querer tenia en sus manos mi enemigo, y de mí habia hecho cadena contra mí, con la cual me tenia preso. Porque de mi perversa voluntad nasció mi mal deseo, y de mal deseo el vicio, y de la continuacion del vicio la costumbre; y esta era la cadena con que el demonio tenia preso mi corazon. Pues cuando un hombre se vió algun tiempo desta manera preso (como se vió este mesmo sancto), y probando muchas veces á salir deste captiverio, halló tan dificultosa la salida (como él mesmo la halló), cuando despues de vuelto á Dios ve quebradas estas cadenas, y mortificadas estas pasiones, y se halla libre y señor de sus apetitos, y ve puesto debajo de sus piés el yugo que tenia sobre sus hombros ; ¿ qué ha de hacer sino conjecturar por aquí que es Dios el que quebró tales cadenas, y quitó aquel yugo tan pesado de su cerviz? ¿ Qué ha de hacer sino alabar á Dios con el profeta, diciendo [3] : Quebrastes, Señor, mis ataduras ; á ti sacrificaré sacrificio de alabanza, y invocaré tu sancto nombre.

[1] Ezech. XXXIV.
[0] Lib. VIII Confess. cap. 5.
[3] Psalm. CXV.

## CAPÍTULO XX

Del octavo privilegio de la virtud, que es la bienaventurada paz y quietud interior de que gozan los buenos, y de la miserable guerra y desasosiego que dentro de sí padescen los malos.

Deste privilegio susodicho (que es la liberatd de los hijos de Dios) se sigue otro no menor, que es la paz y sosiego interior en que viven los tales. Para cuyo entendimiento es de saber que hay tres maneras de paz. Una con los prójimos, otra con Dios, y otra consigo mesmo. La paz con los prójimos es estar en gracia y amistad con ellos, sin querer mal á nadie : la cual tenia David, cuaudo decia [1] : Con los que aborrescian la paz era yo pacífico, y cuando les hablaba con mansedumbre me hacian guerra sin causa. Esta paz nos encomienda el apóstol Sant Pablo [2], amonestándonos que trabajemos todo lo posible (á lo ménos cuanto es de nuestra parte) por tener paz con todos los hombres. La segunda paz, que es con Dios, consiste tambien en la gracia y amistad de Dios, que se alcanza por medio de la justificacion, la cual reconcilia el hombre con Dios, y hace que Dios ame al hombre, y el hombre á Dios, sin que haya guerra ni contradiccion de parte á parte. De la cual dijo el apóstol [3] : Pues estamos ya justificados mediante la fe y amor por Cristo nuestro Salvador, por el cual alcanzamos esta gracia, tengamos paz con Dios. La tercera paz es la que el hombre tiene consigo mesmo, de lo cual nadie se debe maravillar ; pues nos consta que en un mesmo hombre hay dos hombres tan contrarios en sí, como son el interior y el exterior, que son espíritu y carne, pasiones y razon ; las cuales no solo hacen guerra cruel y contradiccion al espíritu, mas tambien inquietan con sus apetitos y deseos encendidos, y con su hambre canina á todo el hombre, con

[1] Psalm. CXIX.
[2] Rom. XII.
[3] Ibid. V.

lo cual perturban la paz interior, que es sosiego y reposo de nuestro espíritu.

## § I

### De la guerra y desasosiego interior de los malos.

Esta es pues la guerra y desasosiego continuo en que generalmente viven todos los hombres carnales. Porque como ellos por una parte carezcan de gracia, que es el freno con que se mortifican las pasiones ; y por otra tengan tan desenfrenado y suelto su apetito, que apénas saben qué cosa sea resistirle en nada ; de aquí nasce que viven con infinitas maneras de deseos de cosas diversas : unos de honras, otros de oficios, otros de privanzas, otros de dignidades, otros de hacienda, otros de tales y tales casamientos, y otros de diversas maneras de pasatiempos y deleites ; porque este apetito es como un fuego insaciable que nunca dice basta, ó como una bestia tragadora que jamás se harta, ó como aquella sanguijuela chupadora de sangre, de quien dice Salomon [1] que tiene dos hijas, las cuales siempre dicen : daca, daca. Esta sanguijuela es el apetito insaciable de nuestro corazon ; y estas dos hijas suyas son, por una parte la necesidad, y por otra la cobdicia : de las cuales la una es como sed verdadera, la otra como falsa, y no ménos aflige la una que la otra ; puesto caso que la una sea necesidad verdadera, y la otra falsa. De donde nasce que ni los pobres, ni los ricos (si son malos) tienen sosiego ; porque en los unos la necesidad, y en los otros la cobdicia, siempre está solicitando el corazon, y diciendo : daca, daca. Pues ¿ qué descanso, qué reposo, qué paz puede tener el hombre estando siempre estos dos solicitadores perpetuos llamando á la puerta, pidiéndole infinitas cosas que no está en su mano dárselas ? ¿ Qué reposo podria tener el corazon de una madre, si viese diez ó doce hijos al derredor de sí dando voces, y pidiéndole pan, sin

[1] Prov. xxx.

tenerlo ? Pues esta es una de las principales miserias de los malos. Los cuales, como dice el Salmista [1], están perresciendo de hambre y de sed, y desfallesciendo su ánima en ellos. Porque como esté tan apoderado dellos el amor proprio (cuyos son estos deseos), y tengan puesta toda su felicidad en estos bienes visibles ; de aquí nasce esta sed y hambre canina que tienen de aquellas cosas en que piensan que consiste esta felicidad ; y como no todas veces pueden alcanzar lo que desean (porque se lo defienden otros mas golosos, ó mas poderosos), de aquí vienen á perturbarse y congojarse, de la manera que hace el niño goloso y regalado, que cuando le niegan lo que pide, llora y patea, y está para reventar. Porque así como es árbol de vida el cumplimiento del deseo, segun dice el Sabio [2], así no hay otro mayor desabrimiento que desear, y no alcanzar lo deseado ; porque esto es como perescer de hambre, y no tener que comer. Y es lo bueno, que miéntras mas se les defiende lo que desean, mas les cresce con esta prohibicion el deseo, y con el deseo no cumplido, el tormento ; y ansí andan siempre en una rueda viva sin reposo.

Este es aquel estado miserable que significó muy altamente el Salvador en aquella parábola del hijo pródigo, de quien dice [3] que salido de la casa de su padre, se fué á una region muy léjos, donde hubo una grande hambre, de la cual alcanzó á él tanta parte, que la necesidad le hizo venir á guardar puercos, siendo hijo de tan noble padre ; y lo que mas es, que deseaba henchir el vientre de aquel manjar vil que comian los puercos, y no habia quien se lo diese. ¿ Con qué otros colores se pudiera pintar mas al proprio todo el discurso y miserias de la vida de los malos ? ¿ Quién es este hijo pródigo que sale de la casa de su padre, sino el miserable pecador que se aparta de Dios, y se derrama por los vicios, y usa mal de todos los beneficios divinos ? ¿ Qué region es esta de tanta hambre, sino este mundo miserable, donde es tan insaciable el apetito de los

[1] Psalm. CVI.
[2] Prov. XIII.
[3] Luc. XV.

mundanos, que jamás se ven hartos y contentos con las cosas que poseen, sino que siempre andan como lobos hambrientos, deseando y suspirando por mas ? ¿ Y cuál es, si piensas, el oficio en que estos entienden toda la vida, sino en apascentar puercos ; que es en buscar hartura y contentamiento para sus apetitos sucios y deshonestos ? Si no, párate á mirar los pasos que da un hombre muy verde, y muy metido en el mundo, desde la mañana hasta la noche, y aun desde la noche hasta la mañana, y hallarás que todo se le va en buscar cómo apascentar y deleitar alguno destos sentidos bestiales, ó la vista, ó el gusto, ó el oido, ó el tacto, ó los demas ; como unos puros discípulos de Epicuro, y no de Cristo; como si no tuviesen mas que solos cuerpos de bestias ; como si no creyesen que hay otro fin, sino para deleites sensuales : así en ninguna otra cosa entienden, sino, hoy aquí, mañana allí, andar á caza de gustos y pasatiempos con que apascentar algunos destos sentidos. ¿ Qué otra cosa son sus galas, sus fiestas, sus banquetes, sus regalos, sus camas, sus músicas, sus conversaciones, sus vistas y sus salidas, sino andar buscando pasto para este linage de puercos ? Ponle tú á eso el nombre que quisieres : llámalo gentileza, ó grandeza, ó (si quisieres) cortesanía ; que en el vocabulario de Dios no se llama eso, sino apascentar puercos. Porque así como los puercos son un linage de animales que se huelgan con el cieno hediondo, y se apascientan de manjares viles y sucios, así los corazones de los tales no se deleitan sino con el cieno sucio y hediondo de los deleites carnales.

Y lo que excede á toda miseria es que el hijo de tan noble padre, criado para mantenerse en la mesa de Dios con manjares de ángeles, aun no puede hartarse destos manjares tan viles, segun es grande la carestía dellos ; porque como son tantos los merchantes desta mercaduría, los unos se impiden á los otros ; y así se quedan todos ayunos. Quiero decir, que como son tantos los que andan á la rebatiña, no puede dejar de haber entre ellos mucha contienda ; ni es posible que los puercos debajo de la encina no gruñan, y se dén de navajadas.

unos á otros sobre quién tendrá mas parte en la bellota.

Este es aquel estado miserable, y aquella hambre que describe tambien el profeta, cuando dice [1]: Anduvieron por lugares yermos y solitarios, y por grandes páramos y sequedades peresciendo de sed y hambre hasta venir á desfallescer. Pues ¿ qué hambre es esta, y qué sed, sino el apetito encendido que los malos tienen de las cosas del mundo, el cual miéntra mas se cumple mas se enciende, y miéntra mas bebe mas sed padesce, y miéntra mas leña le echan mas arde? ¡ Oh gente miserable! ¿ y de dónde os nasce esta sed tan encendida, sino de que habeis desamparado la fuente de las aguas vivas, y os vais á beber á los aljibes rotos, que no pueden retener las aguas [2]? Faltóos el rio de la verdadera felicidad, y por eso andais perdidos por los desiertos, y por los charquillos y lagunas turbias de los bienes perescederos á matar la sed. Artificio fué este de aquel cruel Holofernes que, cuando cercó la ciudad de Betulia, mandó cortar los caños por do entraba el agua á la ciudad; y así no les quedaron á los pobres cercados, sino unas fuentezuelas junto á los muros, donde á hurto bebian algunas gotillas de agua, mas para untar los labios, que para matar la sed [3]. ¿ Pues qué otra cosa haceis los amadores de deleites, los cazadores de honras, los amigos de regalos, despues que perdistes la vena de las aguas vivas, sino andar bebiendo á hurto desas pobres fuentezuelas de las criaturas que hallais á mano, que mas son para untar los labios y atizar la sed, que para matarla? ¡ Oh miserable criatura, en qué andas, como dice el profeta [4], por el camino de los Asirios á beber agua turbia y cenagosa? ¿ Qué agua puede ser mas cenagosa que el deleite sensual, pues no se puede beber sin mal olor, y mal sabor? Porque ¿ qué peor olor que la infamia del pecado? y qué peor sabor que el remordimiento de consciencia, que dél pro-

[1] Psalm. CVI.
[2] Jerem. II.
[3] Judith, VII.
[4] Jerem. VI.

ceden? que (como dice muy bien un filósofo) son dos perpetuos compañeros del deleite carnal.

Y acaesce aun mas, que como este apetito sea ciego, y no haga diferencia de lo que se puede, ó no se puede alcanzar, y muchas veces la fuerza del deseo haga parescer fácil lo que es mas difícil: de aquí nasce desear muchas cosas que no puede alcanzar; porque no hay cosa mucho para desear, que no tenga otros muchos deseosos que anden en pos della, y muchos amadores y contentadores que la defiendan; y como el apetito quiere, y no puede; cobdicia, y no alcanza; tiene hambre, y no hay quien le dé de comer; y muchas veces tiende los brazos en balde, y madruga de mañana, nada le sucede; y á veces subiendo ya por la escala le derriban de los muros abajo, y le quitan de las manos lo que paresce que ya tenia: de aquí procede el morir, y el reventar, y el congojarse, y despedazarse dentro de sí mesmo, por verse tan alejado de lo que desea. Porque como estas dos tan principales fuerzas del ánima (que son irascible y concupiscible), están entre sí de tal manera ordenadas, que una sirve á la otra, claro está que miéntra la parte concupiscible no alcanzare lo que desea, luego la irascible ha de salir por ella, congojándose, y embraveciéndose, y poniéndose á todos los encuentros y peligros que pudiere, por dar contentamiento á su hermana, cuando la ve triste y descontenta. Pues desta confusion de deseos nasce este desasosiego interior de que tratamos, el cual llama guerra el apóstol Sanctiago, cuando dice: ¿De dónde proceden las guerras y las contiendas que hay entre vosotros, sino de las cobdicias y apetitos que militan y pelean en vuestras ánimas, cuando cobdiciais las cosas, y no podeis alcanzarlas? Y llámala guerra con mucha razon, por la lucha y contradiccion natural que hay entre el espíritu y la carne, y los deseos de la una parte y de la otra.

Y aun acaesce en este género de cosas otra mas para sentir, y es: que muchas veces vienen los hombres á alcanzar todo lo que paresce que bastaba para tener el contentamiento que ellos habian deseado; y estando en tal estado que po-

[1] Jacob. IV.

drian si quisiesen vivir á su placer, con todo esto viene á metérseles en la cabeza, que les conviene pretender tal manera de honra, ó de título, ó de lugar, ó de precedencia, ó de cosa semejante, la cual si procuran y no alcanzan, vienen á entristecerse, y congojarse, y recebir mayor tormento con aquella nonada que les falta, que contentamiento con todo cuanto les queda; y así viven con esta espina, ó por mejor decir, con este perpetuo azote toda la vida, que les agua y vierte toda su prosperidad, y se la convierte en humo. Esto llamo yo enclavar el artillería, que es cosa que suelen hacer los enemigos en la guerra, lo cual basta para que un tiro muy poderoso no sea de provecho, quedándose tan entero y tan grande como de ántes; porque solo esto bastó para deshacer toda su fuerza. Y deste mesmo artificio usa Dios con los malos, para que clarísimamente entiendan (si ellos quisiesen abrir los ojos), que la felicidad y contentamiento del corazon humano es dádiva de Dios, y que él la da cuando quiere, y á quien quiere, sin ninguno destos aparatos, y la quita cuando quiere, con solo enclavar (como dijimos) el artillería, que es permitiendo alguno destos desaguadores y vertederos de su prosperidad. Por donde quedándose tan ricos y tan prósperos en lo que paresce por defuera, por solo esta falta secreta viven tan tristes y descontentos como si nada tuvieran. Y esto es lo que divinamente significó el mesmo Señor por Isaías, hablando contra la soberbia y potencia del rey de los Asirios, diciendo que él pondria flaqueza en medio de su grosura, y fuego debajo de su gloria, con el cual ardiese[1]. Para que por aquí se vea como sabe Dios dar un barreno al navío que prósperamente navegaba, y poner flaqueza en medio de la fortaleza, y miseria en medio de la prosperidad. Lo mesmo tambien nos es significado en el libro de Job, donde se dice que los gigantes gimen debajo de las aguas[2], para que se vea que tambien para estos tiene Dios sus honduras y sus trabajos, como para los pequeñuelos que parescen estar mas subjectos á las injurias del mundo. Pero muy mas claramente significó esto Salomon, cuando entre las grandes miserias del mundo

[1] Isai. x.
[2] Job, xxvi.

contó esta por una de las mayores, diciendo [1]: Hay aun otro mal que vi debajo del sol, y muy comun en el mundo. Veréis un hombre á quien Dios dió riquezas, y hacienda, y honra, y ningun bien falta á su ánima de todos los que desea, y con todo esto no le dió poder para comer de lo que tiene, sino que otro extraño se lo tragará. ¿Pues qué es no tener el hombre poder para comer de lo que tiene, sino no lograr las cosas que posee, ni tener con ellas aquel contentamiento que le pudieran dar? Porque con un desaguadero destos que dijimos, ordena Dios que se vierta toda su felicidad, para que por aquí se entienda que así como la verdadera sabiduría no la dan letras muertas, sino Dios, así la verdadera paz y contentamiento, tampoco lo dan las riquezas y bienes del mundo, sino Dios.

Pues tornando al propósito, si aun los que tienen todas las cosas que desean, no teniendo á Dios, viven tan descontentos y desabridos, ¿qué harán aquellos á quien todas las cosas faltan; pues cada una de estas faltas es una hambre, y una sed que los fatiga, y una espina que traen hincada en el corazon? ¿Pues qué paz, qué sosiego puede haber en el ánima donde hay tanta importunidad, tanta guerra, y tanto desasosiego de apetitos y pensamientos? Muy bien dijo el profeta de los tales [2]: El corazon del malo es como la mar cuando anda en tormenta, que no puede reposar. Porque ¿qué mar, ni qué olas y vientos pueden ser mas furiosos que las pasiones y apetitos de los malos? las cuales suelen á veces revolver mares y mundos. Y aun acontesce muchas veces levantarse en este mar vientos contrarios, que es otro linage de tormenta mayor. Ca mnchas veces los mesmos apetitos pelean entre sí unos contra otros, como vientos contrarios; porque lo que quiere la carne, no quiere la honra; y lo que quiere la honra, no quiere la hacienda,; y lo que quiere la hacienda, no quiere la fama; y lo que quiere la fama, no quiere la pereza, y el amor del regalo: y así acaesce que deseándolo todo, no saben qué desearse, y aun ellos mesmos no se entienden, ni saben qué tomar ni qué dejar, por encontrarse los apetitos unos con otros, como hacen los malos hu-

[1] Eccles. VI.
[2] Isai. LVII.

mores en las enfermedades complicadas, donde apénas halla la medicina lo que deba hacer; porque lo que es saludable contra un humor, es contrario para otro. Esta es aquella confusion de las lenguas de Babilonia[1], y aquella contradiccion contra la cual el profeta hace oracion á Dios, diciendo[2]: Destruye, Señor, y divide sus lenguas; porque vi maldad y contradiccion en la ciudad. Pues ¿qué division de lenguas, y qué maldad y contradiccion es esta, sino la que pasa en el corazon de los hombres mundanos, entre la diversidad de sus apetitos, cuando se encuentran unos con otros, deseando cosas contrarias, y aborresciendo uno lo que quiere el otro?

## § II

### De la paz y sosiego interior en que viven los buenos.

Esta es pues la suerte de los malos; mas los buenos por el contrario, como tienen tan bien gobernados todos sus apetitos y deseos; como tienen tan domadas y mortificadas sus pasiones; como tienen puesta su felicidad, no en estos falsos perescederos bienes, sino en solo Dios (que es el centro de su felicidad, y en aquellos eternos y verdaderos bienes que nadie les puede quitar; como tienen por enemigo perpetuo el amor proprio, y su carne propria, con toda la cuadrilla de sus apetitos y deseos; y como tienen finalmente su voluntad tan resignada y puesta en las manos de Dios: de aquí nasce que ninguna destas molestias los inquieta y perturba, de tal manera que les haga perder su paz.

Pues este es uno de los principales garlardones entre otros muchos que promete Dios á los amadores de la virtud, lo cual nos testifican á cada paso todas las Escrituras divinas. El real profeta dice[3]: Mucha paz tienen, Señor, los que guardan vuestra ley; y no hay cosa que los escandalice. Y por Isaías dice el mesmo Seúor[4]: Ojalá hubieras

[1] Genes. XI.
[2] Psalm. LIV.
[3] Psalm. CXVIII.
[4] Isai. XLVIII.

tenido cuenta con mis mandamientos, porque fuera tu paz como un rio caudaloso, y tu justicia como las aguas de la mar. Y llama aquí esta paz rio, por la gran virtud que ella tiene para apagar las llamas de nuestros apetitos, y templar el ardor de nuestras cobdicias, y regar las venas estériles y secas de nuestro corazon, y dar á nuestras ánimas refrigerio. Lo mesmo tambien significó divinamente (aunque con grande brevedad) Salomon, diciendo [1] : Cuando hubieren agradado á Dios los caminos del hombre, él hará que sus enemigos tengan paz con él. Pues ¿ qué enemigos son estos que hacen guerra al hombre, sino sus proprias pasiones, y malas inclinaciones de su carne, que pelea siempre contra el espíritu ? Pues estas dice el Señor que hará venir á tener paz con él, cuando por virtud de la gracia y de la buena costumbre vienen á habituarse á las obras del espíritu, y así tienen paz con él; porque no le hacen tan cruel guerra como ántes solian. Porque aunque la virtud en sus principios sienta grande contradiccion en las pasiones ; despues que llega á su perfeccion, obra con gran suavidad y facilidad, y con mucho menor contradiccion. Finalmente, esta es aquella paz que por otro nombre llama el profeta David anchura de corazon, cuando dice [2] : Ensanchaste, Señor, mis pasos debajo de mí, y no se enflaquescieron ni debilitaron mis piés. Por las cuales palabras quiso el profeta declarar la diferencia que hay del camino de los buenos al de los malos. Porque los unos andan con los corazones apretados y congojosos por los temores y cuidados con que viven, como el caminante que va por una senda muy estrecha entre grandes barrancos y despeñaderos, temiendo caer á cada paso ; mas el otro camina holgado y seguro, como el que va por un camino llano y espacioso, que no tiene por qué temer. Esto entienden mucho mejor los justos por la práctica que por la teórica ; porque todos ellos reconoscen la diferencia que hay de su corazon en el tiempo que sirvieron al mundo, y en el que se ofrescieron al servicio de Dios ;

[1] Prov. XVI.
[2] Psalm. XVII.

porque entónces á cada ocasion de trabajos todo eran congojas, y sobresaltos, y temores, y apretamientos de corazon; mas despues que, dejado el camino del mundo, trasladaron su corazon al amor de los bienes eternos, y pusieron toda su felicidad y confianza en Dios, pasan ordinariamente por todas estas cosas con un corazon tan ancho, tan quieto, y tan rendido á la voluntad de Dios, que muchas veces ellos mesmos se espantan tanto desta mudanza, que les paresce no ser ellos los que ántes eran, ó que les han trocado los corazones : tan mudados se hallan. Y á la verdad son ellos, y no son ellos; porque aunque sean ellos cuanto á la naturaleza, no son ellos mesmos cuanto á la gracia; pues della procede esta mudanza, aunque nadie pueda tener evidencia della. Esto es lo que promete el mesmo Señor por Isaías, diciendo [1] : Cuando pasares por las aguas estaré contigo, y los rios no te cubrirán, y en medio del fuego no te quemarás. Pues ¿ qué aguas son estas, sino los arroyos de las tribulaciones desta vida, y el diluvio de las miserias innumerables que cada dia se ofrescen en ella ? Y ¿ qué fuego es este, sino el ardor de nuestra carne, que es aquel horno de Babilonia que atizan los ministros de Nabucodonosor, que son los demonios , de donde se levantan las llamas de nuestros desordenados apetitos y deseos ? Pues el que en medio destas aguas y destas llamas en que todo el mundo generalmente peligra, persevera sin quemarse, ¿ cómo no barruntará por aquí la presencia del Espíritu Sancto, y la virtud del favor divino ? Esta es aquella paz que, como dice el apóstol [3], sobrepuja todo sentido ; porque ella es un tan alto, y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender cómo sea posible que un corazon de carne esté quieto, y pacífico, y consolado en medio de los torbellinos y tempestades del mundo.

Mas el que esto siente, alaba y reconosce al hacedor destas maravillas, diciendo con el profeta [4] : Venid y ved las

[1] Isai. XLIII.
[2] Dan. III.
[3] Philip. IV.
[4] Psalm. XLV.

obras del Señor, y las maravillas que ha obrado en la tierra. Ca él hizo pedazos el arco, y quebró las armas, y los escudos quemó en el fuego, diciendo : Dejad las armas, y vivid en paz y reposo ; para que veais como yo soy Dios, ensalzado en el cielo y en la tierra. Pues siendo esto así, ¿ qué cosa mas rica, mas dulce, y mas para ser deseada, que esta quietud, este reposo, esta anchura y grandeza de corazon, y esta bienaventurada paz ?

Y si pasares mas adelante, y quisieres saber cuáles sean las causas de do procede este don celestial, á esto respondo que procede de todos estos privilegios de la virtud que habemos dicho ; porque así como en la cadena de los vicios unos están trabados con otros, que son causa dellos ; así en la escala de las virtudes, unas tambien tienen esta mesma dependencia de las otras, de tal modo, que la mas alta así como produce de sí mas fructos, así tiene mas raices de donde nasce. Y así esta bienaventurada paz, que es uno de los doce fructos del Espíritu Sancto [1], nasce destotros fructos y privilegios que dijimos, y señaladamente procede de la mesma virtud, cuya compañera indivisible ella es; porque así como á la virtud naturalmente se debe reverencia y honra exterior, así tambien se le debe paz interior, la cual juntamente es fructo y premio della. Porque como la guerra interior proceda de la soberbia y desasosiego de las pasiones (como ya dijimos), estando estas domadas, y enfrenadas con las mesmas virtudes que este oficio tienen, cesa la causa de todos estos bullicios y desasosiegos. Y esta es una de las tres cosas en que consiste la felicidad del reino del cielo en la tierra ; del cual dice el apóstol [2] : El reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia, paz, y alegría en el Espíritu Sancto. Donde por la justicia (segun la costumbre de la lengua hebrea), se entiende la mesma virtud y sanctidad de que aquí tratamos ; en la cual juntamente con estos dos fructos admirables, que son paz, y alegría en el Espíritu Sancto, consiste la felicidad y biena-

1 Galat. v.
2 Rom. xiv

venturanza comenzada de que los justos gozan en esta vida. Y que esta paz sea efecto de la virtud, dícelo el mesmo Señor claramente por Isaías así : La paz será obra de la justicia, y el fructo desa mesma justicia será el silencio, y seguridad perpetua ; y asentarse ha mi pueblo en la hermosura de la paz, y en las moradas de la confianza, y en un descanso harto y abundoso. Y llama aquí silencio á la mesma paz interior, que es el reposo y quietud de las pasiones, que perturban con sus clamores y deseos congojosos el reposo y silencio del ánima.

Lo segundo nasce esta paz de la libertad y señorío de las pasiones de que arriba tratamos. Porque así como despues de conquistada y señoreada una tierra, y subjectados los moradores della, luego hay en ella paz y tranquilidad, y cada uno se asienta debajo de su higuera, y de su parra, sin temor ni recelo de enemigos; así despues de conquistadas y señoreadas las pasiones de nuestra ánima, que son (como dijimos) la causa de todos sus desasosiegos, luego se sigue en ella un silencio interior, y una paz admirable, con que vive quieta y libre de la guerra y contradiccion importuna destas perturbaciones. De manera que así como ellas cuando eran señoras, y estaban apoderadas del hombre lo revolvian, y alteraban todo ; así agora cuando el hombre está libre de la tirannía dellas, y las tiene captivas, no tiene quien desta manera le revuelva la casa, y le perturbe la paz.

Lo tercero nasce tambien esta paz de la grandeza de las consolaciones espirituales de que arriba tratamos, con las cuales de tal manera se satisfacen y adormescen hasta los deseos y afectos de nuestro apetito, que por entónces están quietos, y satisfechos con la parte que les cabe destos relieves de la porcion superior del ánima. Porque allí la parte concupiscible se da por contenta con aquel soberano gusto que recibe en Dios, y la irascible se quieta viendo á su hermana satisfecha y contenta. Y aquí queda todo el hombre quieto y sosegado con esta participacion y gusto del sumo bien.

Lo cuarto nasce tambien esta paz del testimonio y alegría interoir de la buena consciencia (de que arriba tratamos)

que da grande quietud y descanso al ánima del justo ; aunque no la asegure perfectamente, porque no se descuide y pierda el estímulo sancto del temor.

Últimamente nasce esta paz de la confianza que los buenos tienen en Dios (de quien tambien tratamos) ; porque esta señaladamente les hace estar quietos y consolados aun en medio de las tormentas desta vida, por estar aferrados con las áncoras de la esperanza, que es por confiar que tienen á Dios por padre, por valedor, por defensor y por escudo ; debajo de cuyo amparo con mucha razon viven quietos, cantando con el profeta [1] : En paz juntamente dormiré y descansaré ; porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia. Ca desta nasce la paz de los justos, y el remedio de todos sus males ; porque ¿ qué razon tiene para congojarse quien tiene tal valedor ?

## CAPÍTULO XXI

Del nono privilegio de la virtud, que es de cómo oye Dios las oraciones de los buenos, y desecha las de los malos.

Tienen tambien otro grande privilegio los seguidores de la virtud, que es ser oidos de Dios en sus oraciones ; lo cual es un gran remedio para todas las necesidades y miserias desta vida. Y para esto es de saber que dos diluvios universales ha habido en el mundo. Uno material, y otro espiritual ; y ambos por una mesma causa, que es por pecados. El material, que fué en tiempo de Noé [2], no dejó en el mundo cosa viva mas de lo que pudo caber en una arca ; porque todo se lo tragaron las aguas, de tal manera que la mar sorbió á la tierra con todos los trabajos y riquezas de los hombres. Mas el otro primer diluvio, que nasció del primer pecado, fué mucho mayor que este ; porque no solo dañó á los hombres que en aquel tiempo eran, sino á todos los siglos presentes, pasados, y venideros ; y no solo hizo daño á los cuerpos, sino mucho

[1] Psalm. IV.
[2] Genes. VII.

mas á las ánimas, pues tan robadas y desnudas quedaron de las riquezas y gracias que el mundo en aquel primer hombre habia recebido, como se ve claro en un niño recien nascido, el cual nasce tan desnudo de todos estos bienes, cuan desnudas trae las carnes.

Pues deste primer diluvio nascieron todas las pobrezas y miserias á que la vida humana está subjecta: las cuales son tantas y tan grandes, que dieron materia á un gran doctor y sumo pontífice para hacer un libro de solas ellas [1]. Y muchos grandes filósofos considerando por una parte la dignidad del hombre sobre todos los otros animales, y por otra á cuántas miserias y vicios está subjecto, no acaban de maravillarse viendo este desórden en el mundo; porque no alcanzaron la causa dello, que fué el pecado. Porque veian que solo este entre todos los animales usa de mil diferencias de carnalidades y deleites; á solo este fatiga la avaricia, la ambicion, y un insaciable deseo de vivir, y el cuidado de la sepultura, y de lo que despues della ha de ser. Ninguno otro tiene la vida mas frágil, ni la cobdicia mas encendida, ni el miedo mas sin propósito, ni mas rabiosa la ira. Veian tambien á los otros animales pasar la mayor parte de la vida sin enfermedades, y sin los tormentos de los médicos y de las medicinas; veíanlos proveidos de todo lo necesario sin trabajo, y sin cuidado. Mas al hombre miserable veian subjecto á mil cuentos de enfermedades, de accidentes, de desastres, de necesidades, de dolores, así de cuerpo como de ánima, así suyos proprios como de todos los que ama. Lo pasado le da pena, lo presente le aflige, y lo que está por venir le congoja; y para sustentar con pan y agua una sola boca, muchas veces le es forzado trabajar toda la vida.

No acabaríamos á este paso de contar las miserias de la vida humana, la cual el sancto Job dice que es una perpetua batalla, y que los dias della son como los de un jornalero que de sol á sol trabaja [2]. Lo cual sintieron en tanta manera algunos sabios antiguos, que unos dijeron que no sabian si

[1] Innocentius, de Vilitate conditionis humanæ.
[2] Job, VII.

la naturaleza nos habia sido madre, ó madrastra, pues á tantas miserias nos subjectó. Otros dijeron que lo mejor de todo era no nascer, ó á lo ménos morir luego acabando de nascer. Y no faltó quien dijo que muchos no tomaran la vida, si se la dieran despues de experimentada: esto es, si fuera posible probarla ántes de recebirla.

Pues habiendo quedado tal la vida por el pecado, y habiéndose perdido en aquel primer diluvio todo el caudal que habíamos recebido, ¿qué remedio nos dejó el que desta manera nos castigó? Dime tú, ¿qué remedio tiene un hombre enfermo y lisiado, que navegando por la mar en una tempestad perdió toda su hacienda; sino que, pues ni tiene patrimonio, ni salud para ganarlo, ande toda la vida mendigando? Pues si el hombre en aquel universal diluvio perdió cuanto tenia, y quedó tan pobre y desnudo, ¿qué remedio le queda sino llamar á las puertas de Dios como un pobre mendigo? Esto nos enseñó muy á la clara aquel sancto rey Josafat, cuando dijo [1]: Como quiera que no sepamos, Señor, lo que nos convenga hacer, solo este remedio nos queda, que es levantar nuestros ojos á vos. Y no ménos significó esto mesmo el sancto rey Ezequías, cuando dijo [2]: De la mañana á la tarde daréis, Señor, fin á mi vida; mas yo así como el hijo de la golondrina llamaré, y gemiré como paloma. Como si dijera: Soy tan pobre, y estoy tan colgado, Señor, de vuestra misericordia y providencia, que no tengo un solo dia de vida seguro; y por esto todo mi ejercicio ha de ser estar siempre dando gemidos ante vos como paloma, y llamaros como hace á sus padres el hijo de la golondrina. Esto decia este sancto varon con ser rey, y grande rey; pero mucho mayor lo era su padre David, y con todo eso usaba deste mesmo remedio en todas sus necesidades, y así con este mesmo espíritu y sentimiento decia [3]: Con mi voz clamé al Señor, con mi voz hice oracion á él. Derramo en presencia dél mi oracion, y doile cuenta de mi tribulacion. cuando mi

1 II Par. XX.
2 Isai. XXXVIII.
3 Psalm. CXI.

espíritu fatigado comienza á desfallescer. Esto es, cuando mirando á todas partes veo cerrados los caminos y puertos de la esperanza : cuando me faltan los remedios de la tierra, busco los del cielo por medio de la oracion, la cual Dios me dejó para socorro de todos mis males.

¿Preguntarás por ventura, si es este seguro y universal remedio para todas las necesidades de la vida? Á esto (pues es cosa que pende de la divina voluntad), no pueden responder sino los que Dios escogió para secretarios della, que son los apóstoles y profetas, entre los cuales dice uno así [1]: No hay nacion en el mundo tan grande, que tenga sus dioses tan cerca de sí, como nuestro Señor Dios asiste á todas nuestras oraciones. Estas son palabras de Dios, salidas por boca de un hombre, las cuales nos certifican sobre todo lo que se puede certificar, que cuando oramos, aunque no veamos á nadie, ni nos responda nadie, no hablamos á las paredes, ni azotamos el aire; sino que allí está Dios dándonos audiencia, y asistiendo á nuestras oraciones, y compadesciéndose de nuestras necesidades, y aparejándonos el remedio, si es remedio que nos conviene. ¿Pues qué mayor consuelo para el que ora, que tener esta prenda tan cierta de la asistencia divina? Y si esto solo basta para esforzarnos y consolarnos, ¿cuánto mas lo harán aquellas palabras y prendas que tenemos de la boca del mesmo Señor en su Evangelio, donde dice [2] : Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han? ¿Pues qué prenda mas rica que esta? ¿Quién dudará destas palabras? ¿Quién no se consolará con esta cédula real en todas sus oraciones?

Pues este es uno de los mayores privilegios que tienen los amadores de la virtud en esta vida : conoscer que estas tan ricas y seguras promesas principalmente dicen á ellos. Porque una de las señaladas mercedes que nuestro Señor les hace en pago de su fidelidad y obediencia, es que él les acudirá, y oirá siempre en todas sus oraciones. Así lo testifica el sancto rey David, cuando dice [3] : Los ojos del Señor

[1] Deut. IV.
[2] Matth. VII ; Luc. XI.
[3] Psalm. XXXIII.

están puestos sobre los justos, y sus oídos en las oraciones dellos. Y por Isaías promete el mesmo Señor, diciendo [1]: Entónces (conviene á saber, cuando hubieres guardado mis mandamientos) invocarás, y el Señor te oirá; llamarás, y decirte ha: Cátame aquí presente para todo lo que quisieres. Y no solo cuando llaman, sino aun ántes que llamen promete por este mesmo profeta que los oirá. Mas á todas estas promesas hace ventaja aquella que el Señor promete por Sant Joan, diciendo [2]: Si permanesciéredes en mí, y guardáredes mis palabras, todo cuanto quisiéredes, pediréis, y hacerse ha. Y porque la grandeza desta promesa parescia sobrepujar toda la fe y credulidad de los hombres, vuélvela á repetir otra vez con mayor afirmacion, diciendo [3]: En verdad, en verdad os digo que cualquiera cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre os será concedida. ¿ Pues qué mayor gracia, qué mayor riqueza, qué mayor señorío que este? Todo cuanto quisiéredes (dice) pediréis, y hacerse ha. ¡ Oh palabra digna de tal prometedor ¡ ¿ Quién pudiera prometer esto, sino Dios? ¿ Cuyo poder se extendiera á tan grandes cosas, sino el de Dios? Y ¿ qué bondad se obligara á tan grandes mercedes, sino la de Dios? Esto es hacer al hombre en su manera señor de todo; esto es entregarle las llaves de los tesoros divinos. Todas las otras dádivas y mercedes de Dios, por grandes que sean, tienen sus términos en que se rematan; mas esta entre todas (como dádiva real de Señor infinito) tiene consigo esta manera de infinidad, porque no determina esto ni aquello, sino todo lo que vosotros quisiéredes, siendo cosa conveniente para vuestra salud. Y si los hombres fuesen justos apreciadores de las cosas, ¿ en cuánto habian de estimar esta promesa? ¿ En cuánto estimaria un hombre tener tanta gracia y cabida con un rey, que hiciese dél todo lo que quisiese? Pues si en tanto se preciaria esto con un rey de la tierra, ¿ cuánto mas con el Rey del cielo?

Isai. LVIII.
Joan. XV.
Ibid. XVI.

Y porque no pienses que esto es decir, y no hacer, pon los ojos en las vidas de los sanctos, y mira cuántas y cuán grandes cosas acabaron con la oracion. ¿ Qué hizo Moysen en Egipto, y en todo aquel camino del desierto con la oracion? ¿ Qué no acabaron Elías y Eliseo su discípulo con oracion? ¿ Qué milagros no hicieron los apóstoles con oracion? Con esta arma pelearon los sanctos, con esta vencieron á los demonios, con esta triunfaron del mundo, con esta se enseñorearon de la naturaleza, con esta volvieron en rocío templado las llamas del fuego, con esta aplacaron y amansaron la saña de Dios, y alcanzaron dél todo lo que quisieron. De nuestro padre Sancto Domingo se escribe haber descubierto á un grande amigo suyo, que ninguna cosa jamás habia pedido á nuestro Señor que no la hubiese alcanzado. Y como el amigo le respondiese que pidiese á Dios para religioso de su órden al maestro Reginaldo, que era un famoso hombre en aquellos tiempos, el sancto varon hizo aquella noche oracion por él, y otro dia por la mañana, comenzando el himno de prima, *Jam lucis orto sidere*, entró aquel nuevo lucero por el coro, y echado á los piés del sancto varon, le pidió humildemente el hábito de su órden. Este es pues el galardon prometido á la obediencia de los justos, que pues ellos son tan fieles y obedientes á las voces de Dios, así tambien lo sea en su manera á las voces dellos, y pues ellos responden á Dios cuando los llama, les pague él (como dicen) á torna peon en la mesma moneda, respondiendo á su llamado. Y por esto dice Salomon que el varon obediente hablará victorias [1]; porque justo es que haga Dios la voluntad del hombre, cuando el hombre haee la de Dios.

Mas por el contrario, de las oraciones de los malos dice Dios por Isaías [2] : Cuando estendiéredes vuestras manos apartaré mis ojos de vosotros, y cuando multiplicáredes vuestras oraciones no las oiré. Y pór Hieremías los amenaza el mesmo Señor, diciendo [3] : En el tiempo de la tribulacion di-

[1] Prov. XXI.
[2] Isai. I.
[3] Jerem. II.

rán : Levántate, Señor, y líbranos; y responderles ha : ¿Dónde están los dioses que adorastes? Pues levántense esos, y líbrente en el tiempo de la necesidad. Y en el libro del Sancto Job se escribe [1] : ¿Qué esperanza tendrá el malo habiendo robado lo ajeno? ¿Por ventura oirá Dios su clamor cuando venga sobre él la angustia? Y Sant Joan en su canónica dice [2] : Hermanos muy amados, si nuestra consciencia no nos reprehendiere, confianza tenemos en Dios que alcanzarémos todo lo que pidiéremos; porque guardamos sus mandamientos, y hacemos lo que es agradable á sus ojos. Conforme á lo cual dice David [3] : Si cometí maldad en mi corazon, no me oirá Dios; mas porque no la cometí, oyó él mi oracion.

Destos lugares hallarémos otros infinitos en las Escripturas sagradas ; para que por todo esto veas la diferencia que hay de las oraciones de los buenos á las de los malos, y por consiguiente la ventaja que hay del partido de los unos al de los otros ; pues los unos son oidos y tratados como hijos y los otros despedidos comunmente como enemigos. Porque como no acompañan su oracion con buenas obras, ni con aquella devocion ni fervor de espíritu, ni con aquella caridad y humildad, no es maravilla que no sea oida ; porque (como dice muy bien Cipriano) no es eficaz la peticion cuando es estéril la oracion. Verdad es que aunque esto generalmente sea así, pero es tan grande la bondad y largueza de Dios, que algunas veces se extiende á oir las oraciones de los malos; las cuales aunque no sean meritorias, no dejan de ser impetratorias ; porque, como dice Sancto Tomás [4], el merescer nasce de la caridad ; mas el impetrar, de la infinita bondad y misericordia de Dios, la cual algunas veces oye las oraciones de los tales.

[1] Job, XXVII.
[2] Joan. III.
[3] Psalm. LVI.
[4] 2, 2, q. 83, art. 15 et 16.

## CAPÍTULO XXII

Décimo privilegio de la virtud, que es el ayuda y favor de Dios que los buenos reciben en sus tribulaciones; y por el contrario la impaciencia y tormento con que los malos padescen las suyas.

Otro maravilloso privilegio tiene tambien la virtud, que es alcanzarse por ella fuerzas para pasár alegremente por las tribulaciones y miserias que en esta vida no pueden faltar. Porque sabemos ya que no hay mar en el mundo tan tempestuoso y tan instable como esta vida es; pues no hay en ella felicidad tan segura, que no esté subjecta á infinitas maneras de accidentes, y desastres nunca pensados, que á cada hora nos saltean. Pues es cosa mucho para notar, veer cuán diferentemente pasan por estas mudanzas los buenos y los malos. Porque los buenos, considerando que tienen á Dios por padre, y que él es el que les envía aquel cáliz (como una purga ordenada por mano de un médico sapientísimo para su remedio), y que la tribulacion es como una lima de hierro, que cuanto es mas áspera, tanto mas alimpia el ánima del orin de los vicios, y que ella es la que hace al hombre mas humilde en sus pensamientos, mas devoto en su oracion, y mas puro y limpio en la consciencia; con estas y otras consideraciones abajan la cabeza, y humíllanse blandamente en el tiempo de la tribulacion, y aguan el cáliz de la pasion; ó (por hablar mas propriamente) águaselo el mesmo Dios; el cual, como dice el profeta [1], les da á beber las lágrimas por medida. Porque no hay médico que con tanto cuidado mida las onzas del acíbar que da á un doliente (conforme á la disposicion que tiene), cuanto aquel físico celestial mide el acíbar de la tribulacion que da á los justos, conforme á las fuerzas que tienen para pasarla. Y si alguna vez acrescienta el trabajo, acrescienta tambien el favor y ayuda para llevarlo; para que así quede el hombre con la tribulacion tanto mas enriquescido, cuanto mas atribulado; y de ahí adelante no huya della como de cosa dañosa, sino

[1] Psalm. LXXIX.

ántes la desee como mercaduría de mucha ganancia. Pues con todas estas cosas llevan los buenos muchas veces los trabajos no solo con paciencia, sino tambien con alegría; porque no miran al trabajo, sino al premio; no á la pena, sino á la corona; no á la amargura de la medicina, sino á la salud que por ella se alcanza; no al dolor del azote, sino al amor del que lo envía; el cual tiene ya dicho que á los que ama castiga [1].

Júntase con estas consideraciones el favor de la divina gracia (como ya dijimos), la cual no falta al justo en el tiempo de la tribulacion. Porque como Dios sea tan verdadero y fiel amigo de los suyos, en ninguna parte está mas presente que en sus tribulaciones, aunque ménos lo parezca. Si no, discurre por toda la Escritura sagrada, y verás cómo apénas hay cosa mas veces repetida y prometida que esta. ¿No se dice dél que es ayudador en las necesidades, y en la tribulacion [2]? ¿No se convida él á que lo llamen para este tiempo, diciendo [3]: Llámame en el tiempo de la tribulacion, y librarte he, y honrarme has? ¿No probó esto por experiencia el mesmo profeta, cuando dijo [4]: Cuando llamé oyó mi oracion el Señor Dios de mi justicia, y ensanchó mi corazon en el dia de la tribulacion? ¿No es este Señor en quien confiaba el mesmo profeta, cuando decia [5]: Esperaba yo aquel que me libró de la pusilanimidad del espíritu y de la tempestad? La cual tempestad no es cierto la de la mar, sino la que pasa en el corazon del pusilánime y del flaco, cuando es atribulado; que es tanto mayor, cuanto es mas pequeño su corazon. La cual sentencia confirma él con palabras muchas veces repetidas y multiplicadas, para mayor confirmacion desta verdad, y mayor esfuerzo de nuestra pusilanimidad, diciendo [6]: La salud de los justos viene del Señor, y él es su defensor en el tiempo de la tribulacion; y ayudarlos ha el Señor, y librar-

[1] Hebr. XII.
[2] Psalm. IX.
[3] Ibid. XLIX.
[4] Ibid. IV.
[5] Ibid. LIV.
[6] Ibid. XXXVI.

los ha, y defenderlos ha de los pecadores, y salvarlos ha; porque en él pusieron su esperanza.

Y en otra parte muy mas claramente dice el mesmo profeta [1]: ¿ Cuán grandes son, Señor, los bienes que habeis hecho á todos los que esperan en vos en presencia de los hijos de los hombres ? Esconderlos heis en lo escondido y secreto de vuestro rostro, de las tribulaciones y persecuciones de los hombres; y defenderlos heis en vuestro tabernáculo de la contradiccion de las lenguas. Por lo cual sea bendito el Señor, que tan maravillosamente usó conmigo de su misericordia, defendiéndome y asegurándome, como si estuviera en una ciudad de guarnicion; estando yo tan derribado y caido en medio de la tribulacion, que me parescia estar ya desamparado y desechado de la presencia de vuestros ojos. Mira pues cuán á la clara nos enseña aquí el profeta el favor y amparo que los justos tienen de Dios en lo mas recio de su tribulacion. Y es mucho de notar aquella palabra que dice: esconderlos heis en lo escondido y secreto de vuestro rostro. Dando á entender (como dice un intérprete) que así como cuando los reyes de la tierra quieren guardar á un hombre muy seguro, lo encierran dentro de su palacio, para que no solamente las paredes reales, mas tambien los ojos del rey lo defiendan de sus enemigos (que no puede ser mejor guarda), así aquel Rey soberano defiende los suyos con este mesmo recaudo y providencia. De donde vemos y leemos que muchas veces los sanctos varones, cercados de grandísimos peligros y tentaciones, estaban con un ánimo quieto y esforzado, y con un rostro y semblante sereno; porque sabian que tenian sobre sí esta guarda tan fiel que nunca los desamparaba, ántes entónces se hallaba mas presente, cuando los veia en mayor peligro. Así lo hizo él con aquellos tres sanctos mozos que mandó echar Nabucodonosor en el horno de Babilonia [2], entre los cuales andaba el ángel del Señor convirtiendo las llamas de fuego en aire templado. De lo cual espantado el mesmo tiranno, comenzó á decir: ¿Qué es esto?

[1] Psalm. xxx.
[2] Dan. III.

¿ no eran tres hombres los que echamos en el fuego atados ? ¿ Pues quién es aquel cuarto que yo veo tan hermoso, que paresce hijo de Dios ? ¿ Vees pues cuán cierta es la compañía de nuestro Señor en el tiempo de la tribulacion ? Y no es menor argumento desta verdad lo que hizo este mesmo señor con el sancto mozo Josef, despues de vendido por sus hermanos [1]; pues, como se escribe en el libro de la Sabiduría [2], descendió con él á la cárcel, y estando en medio de las prisiones, nunca le desamparó hasta que le entregó el sceptro y señorío de Egipto, y le dió poder contra los que le habian afligido, y mostró que habian sido mentirosos los que le habian infamado y puesto mácula en su gloria. Los cuales ejemplos manifiestamente nos declaran la verdad de aquella promesa del Señor, que por el Salmista dice [3]: Con él estoy en la tribulacion ; librarlo he, y glorificarlo he. Dichosa por cierto la tribulacion, pues meresce tal compañía. Si así es, démos todos voces con Sant Bernardo, diciendo : Dame, Señor, siempre tribulaciones ; porque siempre estés conmigo.

Júntase tambien con esto el socorro y favor de todas las virtudes, las cuales concurren en este tiempo á dar esfuerzo al corazon afligido, cada una con su lanza. Porque así como cuando el corazon está en algun aprieto, toda la sangre acude á socorrerle, porque no desfallezca, así tambien cuando el ánima está apretada y puesta en peligro con alguna tribulacion, luego todas las virtudes acuden á socorrerla, cada una de su manera. Y así primeramente acude la fe con el conoscimiento firme de los bienes y males de la otra vida, en cuya comparacion es nada todo lo que se padesce en esta. Ayúdaos tambien la esperanza ; la cual hace al hombre paciente en los trabajos con la esperanza ; la cual hace al hombre paciente en los trabajos con la esperanza del galardon. Ayúdalos el amor de Dios ; por el cual desean afectuosamente padescer aflicciones y dolores en este siglo. Ayúdalos la obediencia y conformidad que tienen con la divina voluntad, d:

[1] Genes. XLI.
[2] Sap. X.
[3] Psalm. XC.

cuya mano toman alegremente y sin murmuracion todo lo que les viene. Ayúdalos la paciencia, á la cual pertenesce tener hombros para poder llevar esta carga. Ayúdalos la humildad; la cual les hace inclinar los corazones, como árboles delgados, al furioso viento de la tribulacion, y humillarse debajo de la mano poderosa de Dios, reconosciendo siempre que es ménos lo que padescen, de lo que sus culpas merescen. Ayúdalos otrosí la consideracion de los trabajos de Cristo crucificado, y de todos los otros sanctos, en cuya comparacion nada son todos los nuestros.

Desta manera pues ayudan aquí las virtudes con sus oficios; y no solo con sus oficios, sino tambien (si se sufre decir) con sus dichos. Porque la fe primeramente dice, que no son dignas las pasiones deste tiempo para la gloria advenidera que será revelada en nosotros [1]. La caridad tambien acude, diciendo que algo es razon que se padezca por aquel que tanto nos amó. El agradescimiento dice tambien con el sancto Job [2]: Que si hemos recebido bienes de la mano del Señor, justo es tambien recibamos las penas dél. La penitencia dice: Razon es que padezca algo contra su voluntad, quien tantas veces la hizo contra la de Dios. La fidelidad dice: Justo es que nos halle fieles una vez en la vida, quien tantas mercedes nos ha hecho en toda ella. La paciencia dice: Que la tribulacion es materia de paciencia, y la paciencia de probacion, y la probacion de esperanza, y la esperanza no saldrá en vano, ni dejará al hombre confundido [3]. La obediencia dice: Que no hay mayor sanctidad, ni mayor sacrificio, que conformarse el hombre en todos los trabajos con el beneplácito de la divina voluntad.

Mas entre todas estas virtudes, la esperanza viva es la que señaladamente los ayuda en este tiempo, y la que maravillosamente tiene firme y constante nuestro corazon en medio de la tribulacion. Y esto nos declaró el apóstol, el cual acabando de decir [4]: Gozándoos con la esperanza, añadió luego: Te-

1 Rom. VIII.
2 Job, II.
3 Rom. V.
4 Ibid. XII.

niendo en los trabajos paciencia ; entendiendo muy bien que de lo uno se seguia lo otro: conviene saber, de la alegría de la esperanza el esfuerzo de la paciencia. Por la cual causa elegantemente la llamó el apóstol áncora[1]; porque así como el áncora aferrada en la tierra tiene seguro el navío que está en el agua, y le hace que desprecie las ondas y la tormenta, así la virtud de la esperanza viva, aferrada fuertemente en las promesas del cielo, tiene firme el ánima del justo en medio de las ondas y tormentas deste siglo, y le hace despreciar toda la furia de los vientos y tempestades dél. Así dicen que lo hacia un sancto varon, el cual, viéndose cercado de trabajos, decia : Tan grande es el bien que espero, que toda pena me deleita.

Desta manera pues concurren todas las virtudes á conhortar el corazon del justo cuando lo ven atribulado. Y si aun con todo esto desmayan, tornan á volver sobre él con mas calor, diciendo : Pues si al tiempo de la prueba, cuando Dios te quiere examinar, desfallesces, ¿ dónde está la fe viva que para con él has de tener ? ¿ Dónde la caridad, y la fortaleza, y la obediencia, y la paciencia, y la lealtad, y el esfuerzo de la esperanza ? ¿ Esto es para lo que tú tantas veces te aparejabas y determinabas ? ¿ Esto es lo que tú tantas veces deseabas y aun pedias á Dios ? Mira que no es ser buen cristiano solamente rezar y ayunar, y oir misa ; sino que te halle Dios fiel (como á otro Job, y otro Abraham) en el tiempo de la tribulacion. Pues desta manera el justo, ayudándose de sus buenas consideraciones, y de las virtudes que tiene, y del favor de la divina gracia que no le desampara, viene á llevar estas cargas, no solo con paciencia, mas muchas veces con hacimiento de gracias y alegría. Y para prueba desto, bástenos por agora el ejemplo del sancto Tobías[2], de quien se escribe que habiendo nuestro Señor permitido que, despues de otros muchos trabajos pasados, perdiese tambien la vista, para que se diese á los hombres ejemplo de su paciencia ; no por eso se desconsoló, ni perdió punto de la fidelidad y

[1] Hebr. VI.
[2] Tob. II.

obediencia que ántes tenia. Y añade luego la Escriptura la causa desto, diciendo : Porque como siempre dende su niñez hubiese vivido en temor de Dios, no se entristeció contra el Señor por este azote ; sino permanesciendo sin moverse en su temor, le daba gracias todos los dias de su vida. Mira pues aquí cuán abiertamente atribuye el Espíritu Sancto la paciencia en la tribulacion á la virtud y temor de Dios que este sancto varon tenia, conforme á lo que aquí está declarado. Y aun de nuestros tiempos podia yo referir muy ilustres ejemplos de grandes enfermedades y trabajos, llevados por siervos y siervas de Dios con grande alegría, los cuales en la hiel hallaron miel, y en la tempestad bonanza, y en el medio de las llamas de Babilonia refrigerio saludable.

## § II

### De la impaciencia y furor de los malos en sus trabajos.

Mas por el contrario, ¿ qué cosa es ver los malos en la tribulacion ? Como no tienen caridad, ni paciencia, ni fortaleza, ni esperanza viva, ni otras virtudes semejantes; y como los toman los trabajos tan desarmados y desapercebidos : como no tienen luz para ver aquello que los justos ven con la fe formada, ni lo abrazan con la esperanza viva, ni han probado por experiencia aquella bondad y providencia paternal de Dios para con los suyos ; es cosa de lástima ver de la manera que se ahogan en este golfo, sin hallar donde hacer pié, ni de qué echar mano. Porque como carescen de todas estas ayudas, como navegan sin este gobernalle, como pelean sin estas armas, ¿ qué se puede esperar dellos, sino que perezcan en la tormenta, y mueran en la batalla ? ¿ Qué se puede esperar, sino que con la furia de los vientos, y con las ondas de los trabajos vengan á dar en las rocas de la ira y de la braveza, y de la pusilanimidad, y de la impaciencia, y de la blasfemia, y de la desesperacion ? Y así algunos hay que junto con esto han venido á perder el seso, ó la salud, ó la vida, ó á lo ménos la vista con el continuo llorar. De manera, que los unos como plata fina perseveran sanos y enteros en el fuego

de la tribulacion; los otros, como vil y bajo estaño, luego se derriten y deshacen con la fuerza del calor [1]. Y así donde los unos lloran, los otros cantan; donde los unos se ahogan, los otros pasan á pié enjuto; donde los unos como vil y flaco vaso de barro estallan en el fuego, los otros como oro puro se paran mas hermosos. Desta manera pues suena siempre voz de salud y alegría en los tabernáculos de los justos; mas en las casas de los malos siempre se oyen voces de tristeza y confusion.

Y si quieres entender lo que digo, mira los extremos que han hecho, y hacen cada dia muchas mujeres principales cuando vienen á perder sus hijos ó maridos; y hallarás que unas se encierran en lugares escuros donde nunca mas vean sol ni luna; otras hay aun, que se han encerrado en jaulas como bestias fieras; otras que se han arrojado en medio del fuego; otras vienen á dar con la cabeza por las paredes con rabia y aborrescimiento de la vida, y aun otras vemos que la acaban despues muy presto con la impaciencia y furia del dolor; y así queda asolada y destruida una casa y familia en un momento. Y lo que mas es, que no solo son crueles y desatinadas para consigo, sino tambien atrevidas y blasfemas para con Dios, acusando su providencia, condenando su justicia, blasfemando de su misericordia, y poniendo en el cielo contra Dios su boca sacrílega. Lo cual todo en fin les viene á llover en casa, con otras calamidades aun mayores que les envía Dios por estas blasfemias; porque este es el galardon que meresce quien escupe hácia el cielo, y echa coces contra el aguijon. Y esta suele ser á veces una cura muy justa de la mano de Dios, que así divierte sus corazones de unos trabajos grandes con otros mayores.

Desta manera los miserables, como les falta el gobernalle de la virtud, vienen á dar al través al tiempo de la tormenta, blasfemando por lo que habian de bendecir, ensoberbeciéndose con lo que se habian de humillar, endureciéndose con el castigo, y empeorando con la medicina: lo cual paresce que es un infierno comenzado, y principio de otro que se le apareja. Porque si no es otra cosa infierno sino lugar de pe-

[1] Psalm. CXVII.

nas y culpas, ¿qué falta aquí para que no tengamos este por una manera de infierno, donde hay tanto de uno y de otro?

Y ¡qué lástima es ver sobre todo esto, que así como así se se han de padescer los trabajos, y que tomándolos con paciencia se hacian mas lijeros de llevar, y mas meritorios para el ánima y que con todo esto quiera el malaventurado hombre perder el fructo inestimable de la paciencia, y hacer la carga mayor con el trabajo de la impaciencia, la cual sola pesa mas que la mesma carga! Gran desconsuelo es trabajar y no ganar nada con el trabajo, ni tener á quien hacer cargo dél; pero mayor es sin comparacion perder aun lo ganado, y despues de haber habido mala noche, hallar desandada la jornada.

Todo esto pues nos declara cuán diferentemente pasan por las tribulaciones los buenos y los malos; cuánta paz, alegría y esfuerzo tienen los unos, donde tanta afliccion y desasosiego padescen los otros. Lo cual fué maravillosamente figurado en los grandes clamores y llantos que hubo en toda la tierra de Egipto, cuando les mató Dios en una noche todos los primogénitos [1]; porque no habia casa donde no hubiese su llanto, como quiera que en toda la tierra de José (donde moraban los hijos de Israel) no se oyese un solo perro que ladrase.

Pues ¿qué diré (demás desta paz) del provecho que de sus tribulaciones sacan los justos, de donde los malos sacan tanto daño? Porque (segun dice Crisóstomo) así como en el mesmo fuego se purifica el oro y el madero se quema, así en el fuego de la tribulacion el justo se hace mas hermoso, como el oro; y el malo, como el leño seco é infructuoso, se hace ceniza. Conforme á lo cual dice tambien Cipriano que así como el aire al tiempo de trillar avienta y esparce las pajuelas livianas, mas con esto purifica el trigo, y lo deja mas limpio, así el viento de la tribulacion desbarata y derrama los malos como paja liviana; mas por el contrario, recoge y purifica los buenos como trigo escogido. Lo mesmo tambien nos representan en figura las aguas y ondas del mar Bermejo, las cuales no solamente no ahogaron á los

[1] Exod. XII.

hijos de Israel al tiempo que por él pasaron; mas ántes les eran muro á la diestra y á la siniestra. Y por el contrario, esas mesmas aguas envolvieron y anegaron los carros de los egipcios con todo el pueblo de Faraon [1]. Pues desta manera las aguas de las tribulaciones son para mayor guarda y defension de los buenos, y para conservacion y ejercicio de su humildad y de su paciencia; mas para los malos son como olas y tormenta que los anega y sume en el abismo de la impaciencia, de la blasfemia y de la desesperacion.

Esta es pues otra maravillosa ventaja que la virtud hace al vicio, por la cual los filósofos alabaron y preciaron mucho á la filosofía, creyendo que á ella sola pertenescia hacer al hombre constante en cualquier trabajo. Mas vivian en esto muy engañados, como en otras cosas. Porque así la verdadera virtud, como la verdadera constancia, no se hallan entre los filósofos, sino en la escuela de aquel Señor que puesto en la cruz nos consuela con su ejemplo, y reinando en el cielo nos fortalesce con su espíritu, y prometiéndonos la gloria nos anima con la esperanza della: de lo cual todo caresce la filosofía humana.

## CAPÍTULO XXIII

### Undécimo privilegio de la virtud, que es como nuestro Señor provee á los virtuosos de lo temporal.

Todo esto que hasta aquí habemos dicho, son riquezas y bienes espirituales que se dan á los amadores de la virtud en esta vida, demás de la gloria perdurable que les está guardada en la otra: los cuales todos se prometieron al mundo en la venida de Cristo (segun que todas las escripturas proféticas testifican), por lo cual se llama con razon Salvador del mundo; porque por él se nos da la verdadera salud, que es la gracia, y la sabiduría, y la paz, y la victoria, y señorío de nuestras pasiones, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y las riquezas de la esperanza; y finalmente todos los otros

[1] Exod. XIV.

bienes que se requieren para alcanzar aquella salud, de la cual dijo el profeta[1] : Israel fué hecho salvo en el Señor con salud eterna.

Mas si alguno hubiere tan de carne que tenga mas puestos los ojos en los bienes de carne, que en los del espíritu (como hacian los judíos) no quiero que por esto nos desavengamos; porque aquí le darémos mucho mejor despacho de lo que él pueda desear. Si no, dime : ¿ qué quiso significar el Sabio, cuando (hablando de la verdadera sabiduría en que está la perfeccion de la virtud) dijo[2] : La longura de dias está en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria? De manera, que ella tiene en sus manos estos dos linages de bienes con que convida á los hombres : en la una bienes eternos, y en la otra temporales. No pienses que mata Dios á los suyos de hambre, ni que sea tan desproveido, que dando de comer á las hormigas y gusanos de la tierra, deje ayunos á los que dia y noche le sirven en su casa. Y si no quieres creer á mí, lee todo el capítulo sexto de Sant Matteo, y verás las prendas y la seguridad que allí se te da sobre esto. Mirad, dice el Salvador, las aves del cielo que no siembran, ni cogen, ni encierran, ni hacen provision para adelante, y vuestro padre que está en los cielos tiene cuidado de proveerlas. ¿ Pues no sois vosotros de mas precio que ellas? Finalmente, despues destas palabras concluye el Salvador, diciendo : No querais pues estar solícitos sobre qué comerémos, ó qué beberémos; porque estas cosas buscan las gentes que no conoscen á Dios. Mas vosotros buscad primero el reino de Dios y su justicia : y todo lo demás se os dará como por añadidura. Pues por esta causa entre otras nos convida el Salmista á servir á Dios (viendo que por sola esta se obligan unos hombres á servir á otros hombres) diciendo[3] : Temed al Señor todos sus sanctos; porque ninguna cosa falta á los que le temen. Los ricos deste mundo padescerán necesidad y hambre; mas á los que buscan al Señor nunca fallescerá todo bien. Y es esto una cosa tan cierta, que el mesmo profeta, añade en otro

[1] Isai. XLV.
[2] Prov. III.
[3] Psalm. XXXIII.

salmo, diciendo [1] : Mozo fuí, y agora soy viejo; y nunca hasta hoy vi al justo desamparado, ni á sus hijos buscar pan.

Y si quieres mas por extenso ver el recaudo que los buenos tienen en esta parte, oye lo que Dios promete en el Deuteronomio á los guardadores de su ley, diciendo [2] : Si oyeres la voz de tu Señor Dios, y guardares sus mandamientos, hacerte ha él mas alto que todas las gentes que moran sobre la haz de la tierra, y vendrán sobre ti todas estas bendiciones : Bendito serás en la ciudad, y bendito en el campo. Bendito será el fructo de tu vientre, y el fructo de tu tierra, y el fructo de tus bestias y ganados, y las majadas de tus ovejas. Benditos serán tus graneros, y las migajas de tu casa. Bendito serás en tus entradas y salidas; y en todo lo que pusieres mano serás prosperado. Derribará Dios ante tus piés todos los enemigos que se levantaren contra ti : por un camino vendrán, y por siete huirán. Inviará Dios su bendicion sobre tus cilleros, y en todo serás bendito. Hacerte ha Dios un pueblo sancto para gloria suya, así como te lo tiene jurado, si guardares sus mandamientos, y anduvieres en sus caminos : y serán tan grandes tus prosperidades, que por ellas conoscerán todos los pueblos de la tierra que el nombre del Señor es invocado sobre ti, y temerte han. Hacerte ha Dios abundar en todos los bienes, en el fructo de tu vientre, y en el fructo de tus ganados, y en los fructos de la tierra que te prometió de dar. Abrirá Dios sobre ti aquel riquísimo tesoro suyo del cielo, y lloverá sobre tus tierras á sus tiempos, y echará su bendicion á todas las obras de tus manos. Hasta aquí son palabras de Dios por su profeta. Pues dime agora : ¿ qué Indias, qué tesoras se pueden comparar con estas bendiciones?

Y puesto caso que estas promesas mas se dieron al pueblo de los judíos que al de los cristianos (porque este segundo promete Dios por Ecequiel [3] que enriquescerá con otros mayores bienes, que son bienes de gracia y gloria); pero toda-

[1] Psalm. XXXVI.
[2] Deut. XXVIII.
[3] Ezech. XXXIV, XXXVI, etc.

vía así como en aquella ley carnal no dejaba Dios de dar bienes espirituales á los buenos judíos; así en esta espiritual no deja de dar tambien sus prosperidades temporales á los buenos cristianos : sino que las prosperidades dáselas con dos grandes ventajas que no conoscen los malos. La una, que como médico prudentísimo se las da en aquella medida que pide su necesidad; para que de tal manera los sustenten, que no los envanezcan. Lo cual no hacen los malos; pues abarcan todo cuanto pueden, sin mirar que no es menor el daño que la demasía de los bienes temporales hace en las ánimas, que la del mentenimiento en los cuerpos. Porque aunque el comer sea necesario para sustentar la vida, pero el demasiado comer hace daño á la mesma vida. Y así tambien aunque en la sangre esté la vida del hombre, pero con todo esto muchas veces el pujamiento de sangre mata al hombre. La otra ventaja es, que con menor estruendo y aparato de cosas les da mayor descanso y contentamiento, que es el fin para que buscan los hombres todo lo temporal. Porque todo lo que él puede hacer por medio de las causas segundas, puede hacer por sí solo aun mas perfectamente que por ellas. Y así lo hizo con todos los sanctos, en nombre de los cuales decia el apóstol [1] : Nada tenemos, y todo lo poseemos; porque tan grande contentamiento tenemos con lo poco, como si fuésemos señores de todo el mundo. Los caminantes procuran llevar en oro su dinero; porque así van mas ricos, y con ménos carga; y desta manera procura el Señor de proveer y aliviar los suyos, dándoles pequeña carga, y grande contentamiento con ella. Desta manera pues caminan los justos, desnudos y contentos, pobres y ricos; mas por el contrario, los malos llenos de bienes, y muriendo de hambre, y (como dicen de Tántalo) el agua á la boca, y muriendo dé sed.

Pues por esta y otras semejantes causas encomendaba tanto aquel gran profeta la guarda de la divina ley, queriendo que solo este fuese nuestro cuidado, porque sabia él muy bien que con esta todo lo demas estaba cumplido. Y así dice

1 II Cor. VI.

él[1] : Poned estas mis palabras en vuestros corazones, y traedlas atadas por señal en vuestras manos, y colgadas delante de vuestros ojos, y enseñadlas á vuestros hijos para que piensen en ellas. Cuando estuvieres asentado en tu casa, y anduvieres por el camino, cuando te acostares y levantares pensarás en ellas, y escribirlas has en los umbrales y puertas de tu casa de manera que siempre las traigas ante los ojos; para que así se multipliquen los dias de tu vida y de tus hijos en la tierra que Dios te dará. ¡ Oh sancto profeta! ¿ qué veias, qué hallabas en la guarda destos mandamientos divinos, porque así la encomendabas? Verdaderamente como grande profeta y secretario de los consejos divinos, entendias la grandeza inestimable deste bien, y cómo en él estaban todos los bienes presentes y venideros, temporales y eternos, espirituales y corporales; y cumplido con esta obligacion, todo lo demás estaba cumplido. Entendias muy bien que cuando el hombre se ocupaba en hacer la voluntad de Dios, no por eso perdia jornada; sino que entónces labraba su viña, y regaba su huerta, y granjeaba su hacienda, y entendia en sus negocios muy mejor que haciéndolos él por su mano; pues con aquello echaba á Dios cargo para que él los hiciese por la suya. Porque esta es la ley de aquel pacto y concierto que tiene Dios hecho con los hombres: que entendiendo ellos en la guarda de su testamento, él entenderia en la guarda de sus cosas; y está cierto que no ha de cojear por la parte de Dios este contrato, sino que si el hombre le fuere buen siervo, él será mejor Señor. Esta es aquella sola una cosa que el Salvador dijo ser necesaria[2] : que es conoscer y amar á Dios, porque quien á Dios tiene contento, todo lo demás tiene seguro. La piedad, dice Sant Pablo[3], para todas las cosas aprovecha; porque para ella son todas las promesas de la vida presente y advenidera. Ves pues aquí cuán abiertamente promete aquí el apóstol á la piedad (que es el culto y veneracion de Dios), no solo los bienes de la otra vida, sino tambien los desta, en cuanto nos sirven y ayudan para al-

[1] Deut. VI.
[2] Luc. X.
[3] I Tim. IV.

canzar aquella. Aunque no se excusa por esto que el hombre trabaje y haga lo que es de su parte, conforme á la cualidad y condicion de su estado.

## § I

### De las necesidades y pobreza de los malos.

Mas por el contrario, quien quisiere saber qué tan grandes sean las adversidades, y las calamidades, y pobreza que están guardadas para los malos, lea el capítulo veinte y ocho del Deuteronomio, y verá cosas que le pongan espanto y admiracion, porque entre otras muchas palabras dice así : Si no quisieres oir la voz de tu Señor Dios, y guardar sus mandamientos, vendrán sobre ti estas maldiciones, y comprehenderte han. Maldito serás en la ciudad, y maldito en el campo; maldito tu cillero, y malditas las sobras de tu mesa; maldito el fructo de tu vientre, y el fructo de tu tierra, y los hatos de tus bueyes, y las manadas de tus ovejas; maldito serás en todas tus entradas y salidas ; esto es, en todo lo que pusieres las manos. Inviará el Señor sobre ti esterilidad, y hambre, y confusion en todas las obras de tus manos hasta destruirte. Inviarte ha pestilencia hasta que te consuma, y eche de la tierra que vas agora á poseer. Castíguete el Señor con pobreza, fiebres, y frios, y ardores, y aire corrupto, y mangla hasta que perezcas. Sea el cielo que está sobre ti de metal, y la tierra que hollares de hierro, y el Señor invíe sobre ella polvo en lugar de agua, y del cielo descienda sobre ti ceniza hasta que seas destruido. Entréguete el Señor en manos de tus enemigos, por una puerta salgas contra ellos, y por siete huyas dellos, y seas derramado por todos los reinos de la tierra, y tu cuerpo muerto sea manjar de todas las aves del aire, y de las bestias de la tierra, y no haya quien las ojee. Castíguete el Señor con locuras y ceguedad, y furor de entendimiento, de tal manera que andes palpando las paredes en el mediodía, así como anda el ciego en las tinieblas, sin saber enderezar tus caminos. En todo tiempo padezcas calumnias, y andes oprimido con violencia, y no haya quien te

libre. La mujer que tuvieres, otro la deshonre; y la casa que edificares, no mores en ella; y la viña que plantares, no la vendimies; y tu buey sea muerto delante de ti, y no comas dél; tu bestia sea llevada delante tus ojos, y no se te vuelva; tus hijos y hijas sean entregadas á otro pueblo, viéndolo tus ojos, desfallesciendo á la vista dellos todo el dia, y no haya fortaleza en ti, y andarás perdido, y serás proverbio y fábula en todos los pueblos donde serás llevado. Y finalmente despues de otras muchas y muy terribles maldiciones, añade y dice : Vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y comprehenderte han hasta que perezcas. Y porque no quisiste servir á tu Señor Dios con gozo y alegría de corazon por la abundancia de todas las cosas, servirás al enemigo que él te inviará, con hambre, sed, desnudez y pobreza, el cual pondrá un yugo de hierro sobre tu cerviz hasta destruirte. Traerá el Señor contra ti una gente de los últimos fines de la tierra con tanta lijereza como el águila que vuela; cuya lengua no puedas entender; una gente desvergonzadísima, que no cate cortesía al viejo, ni tenga compasion del niño, la cual se trague el fructo de tus ganados, y el fructo de tu tierra, de tal manera que no te deje trigo, ni vino, ni aceite, ni bueyes, ni vacas, ni ovejas hasta que te consuma en todas tus ciudades, y sean destruidos tus muros altos y firmes en que tenias tu confianza. Serás cercado dentro de tus puertas, y puesto en tanto aprieto que comerás el fructo de tu vientre, y las carnes de tus hijos y de tus hijas : tan grande será el aprieto en que tus enemigos te pondrán. Todas estas son palabras de la Escriptura divina, con otras muchas mas que dejo aquí de referir. Las cuales quienquiera que leyere con atencion, quedará como atónito y fuera de sí, leyendo cosas tan horribles, y entónces por ventura abrirá los ojos, y comenzará á entender algo del rigor espantable de la justicia divina, y de la malicia horrible del pecado, y del odio tan extraño que Dios tiene contra él; pues con tan extrañas penas lo castiga en esta vida; por donde verá lo que se puede esperar en la otra. Y juntamente con esto compadescerse ha de la insensibilidad y miseria de los malos, que tan ciegos viven para no ver lo que les está guardado.

Y no pienses que estas amenazas sean de solas palabras; porque todo esto no fué tanto amenaza, cuanto profecía de las calamidades que á aquel pueblo sucedieron. Porque en tiempo de Achab, rey de Israel, estando él cercado en Samaria por el ejército del rey de Siria [1], se lee que comian los hombres estiércol de palomas; y aun, que este manjar se vendia por gran suma de dineros; y llegó el negocio á términos que hasta las madres mataban á sus hijos para comer, y lo mesmo escribe Josefo haber acaescido en el cerco de Hierusalem. Pues ya los captiverios deste pueblo muy notorios son, con toda la destruicion de su república y reino. Porque los once tribus fuéron llevados en perpetuo captiverio, que nunca fué revocado, por el rey de los Asirios [2]; y uno solo que quedaba fué despues de mucho tiempo asolado y destruido por el ejército de los romanos; donde fue muy grande el número de los captivos, y mucho mayor sin comparacion el de los muertos, como el mesmo historiador escribe.

Ni ménos se engañe nadie creyendo que estas calamidades pertenescian á solo aquel pueblo; porque generales son á todos los pueblos, que teniendo ley de Dios la menosprecian y quebrantan, como él mesmo lo testifica por Amós, diciendo [3]: ¿Por ventura no hice yo subir á los hijos de Israel de Egipto, y á los palestinos de Capadocia, y á los sirios de Sirene? Porque los ojos del Señor están puestos sobre el reino que peca; para destruirlo y echarlo de sobre la haz de la tierra. Dando á entender que todas estas mudanzas de reinos, destruyendo unos, y plantando otros, se hacen por pecados. Y quien quisiere ver si esto nos toca, revuelva las historias pasadas, y verá cómo por un mesmo rasero lleva Dios á todos los malos, especialmente á los que, teniendo verdadera ley, no la guardan. Porque ahí verá cuánta parte de Europa, de África y de Asia, que estaba llena de iglesias de pueblos cristianos, está agora poseida de bárbaros y pa-

[1] IV Reg. VI.
[2] IV Reg. XVII.
[3] Amos, IX.

ganos; y verá cuántas destruiciones ha padescido la Iglesia por los godos, por los hunnos, y por los wándalos, que en tiempo de Sant Augustin destruyeron toda la provincia de África, sin perdonar á hombre, ni mujer, ni viejo, ni niño, ni doncella. Y en este mesmo tiempo de tal manera fué asolado por los mesmos bárbaros el reino de Dalmacia con las provincias comarcanas, que (como dice Sant Hierónimo, natural desta provincia) quien por ella pasaba, no veia mas que cielo y tierra : tan asolada habia quedado. Lo cual todo nos declara cómo la virtud y verdadera religion no solo ayuda para alcanzar los bienes eternos, sino tambien para no perder los temporales; porque la consideracion desto con todas las demás sirva para aficionar nuestros corazones á esa mesma virtud que de tantos males nos libra, y de tantos bienes está acompañada.

## CAPÍTULO XXIV

Duodécimo privilegio de la virtud, que es : cuán alegre y quieta sea la muerte de los buenos, y por el contrario, cuán miserable y congojosa la de los malos.

Á todos estos privilegios se añade el postrero, que es el fin y muerte gloriosa de los buenos, al cual todos los otros se ordenan. Porque si (como dicen) al fin se canta la gloria, dime : ¿ qué cosa mas gloriosa que el fin de los buenos, ni mas miserable que el de los malos? Preciosa es, como dice el Salmo [1], la muerte de los sanctos en el acatamiento del Señor; mas la muerte de los pecadores dice que es pésima [2] : que quiere decir muy mala en superlativo grado, porque así para el cuerpo, como para el ánima, es el último de todos los males. Y así dice Sant Bernardo sobre estas palabras [3] : La muerte de los pecadores es pésima. Porque ella es primeramente mala por razon del apartamiento del mundo, y peor por el apartamiento del cuerpo, y pésima por

[1] Psalm. cxv.
[2] Ibid. xxxiii.
[3] In parvis Ser., ser. XLI.

los dos eternos tormentos del fuego y del gusano inmortal, que se siguen despues della [1]. Porque mucho duele dejar el mundo, y mucho mas salir de la carne; pero mucho mas el tormento del infierno. Pues todas estas cosas juntas, con otras anejas á ellas atormentan al malo en aquel tiempo. Porque allí primeramente le fatigan los accidentes de la enfermedad, los dolores del cuerpo, los temores del ánima, las congojas de lo que queda, los cuidados de lo que será, la memoria de los pecados pasados, el recelo de la cuenta venidera, el temor de la sentencia, el horror de la sepultura, el apartamiento de todo lo que desordenadamente ama; esto es, de la hacienda, de los amigos, de la mujer, de los hijos, y desta luz y aire comun, y de la mesma vida. Cada cosa destas por su parte tanto mas le lastima, cuanto era mas amada. Porque, como dice muy bien Sant Augustin, no se pierden sin dolor las cosas que se poseen con amor. Por donde dijo un filósofo que aquel temia ménos la muerte, que ménos deleites tenia en la vida.

Pero sobre todo esto fatiga en aquella hora el tormento de la mala consciencia, y la consideracion y temor de lo que le está guardado. Porque entónces despertando el hombre con la presencia de la muerte, abre los ojos, y mira lo que nunca habia mirado en la vida. La razon de lo cual señala muy bien Eusebio Emiseno en una homelía, diciendo: Que porque en aquel tiempo cesan todos los cuidados de allegar, y de buscar lo necesario para la vida, y cesa tambien la ambicion de la honra, y de la hacienda, y ninguna ocupacion hay entónces, ni de trabajar, ni de militar, ni de hacer otra cosa alguna; de aquí es que sola la consideracion de la cuenta ocupa el ánima vacía de todos los otros cuidados; y solo el peso del divino juicio toma todos los sentidos. Estando pues así el hombre miserable con la vida puesta á las espaldas, y la muerte ante los ojos, olvídase de todo lo presente que deja, y comienza á pensar en lo venidero que le aguarda. Allí ve cómo ya se acabaron los deleites, y solos los pecados que se hicieron cometiéndolos, quedan para el

[1] Marc IX.

divino juicio. Y prosiguiendo el mesmo doctor esta materia en otra homelía, dice así : Pensemos ¡ qué llanto será aquel del ánima negligente cuando salga desta vida ! ¡ Qué angustias, qué escuridad, qué tinieblas, cuando vea que entre los adversarios que la han de cercar, le salga primero al encuentro su mesma consciencia acompañada de diversos pecados! Porque ella sola sin mas probanza se ha de ofrescer á nuestros ojos, para que nos convenza su testimonio y nos confunda su conoscimiento. No será posible encubrirse aquí nada, ni negarse; pues no de léjos, ni de otra parte, sino de dentro de nos mesmos ha de salir el acusador y el testigo. Hasta aquí son palabras de Eusebio.

Pero mas á la larga y mas divinamente prosigue Pedro Damiano Cardenal esta materia, diciendo así [1] : Pensemos con mucha atencion cuando el ánima de un pecador comienza á salir de la prision desta carne, ¡ con cuán recios temores combatida, y con cuántos estímulos de la consciencia acusadora pungida ! Acuérdase de las culpas que cometió; ve los mandamientos divinos que menospreció; duélese por haber vanamente gastado el tiempo de la penitencia; y aflígese viendo que está presente al artículo inevitable de la cuenta, y de la divina venganza. Querria quedarse, y es compelida á partirse; querria recobrar lo perdido, y no se le da espacio para ello. Volviendo los ojos atras, mira todo el curso de la vida pasada, y paréscele un brevísimo punto. Échalos adelante, y ve un espacio de infinita perpetuidad que la está esperando. Llora viendo que perdió el alegría de todos los siglos (la cual en este brevísimo espacio pudiera ganar), y aflígese porque perdió aquella inefable dulzura de perpetua suavidad, por un breve deleite de la carne sensual ; y avergüénzase considerando que por aquella substancia que habia de ser comida de gusanos, despreció aquella que habia de ser colocada entre los coros de los ángeles. Y contemplando la gloria de aquellas riquezas inmortales, confúndese de ver cómo las perdió por la pobreza despues destos bienes

[1] Está este tratado entre las meditaciones de S. Aug., al fin del lib.

temporales. Mas cuando abaja los ojos de lo alto á mirar el valle tenebroso deste mundo, y ve sobre sí la claridad de aquella luz eterna, conosce claramente que era noche y tinieblas todo lo que en este mundo amaba. ¡ Oh si pudiese entónces merescer espacio de penitencia, cuán áspera vida abrazaria, cuán grandes cosas prometeria, y á cuántos votos y oraciones se obligaria!

Mas entre tanto que estas cosas revuelve en su corazon, comienzan á venir los mensageros y precursores de la muerte, que son escurecerse y hundirse los ojos, levantarse el pecho, enronquecerse la voz, helarse los miembros, pararse los dientes negros, hinchirse la boca de sarro, y mudarse la color del rostro. Pues miéntras estas cosas pasan, como oficios que sirven á la muerte vecina, represéntanse á la miserable ánima todas las obras, y palabras, y pensamientos de la mala vida pasada, dando triste testimonio contra su autor, y aunque él las quiera dejar de mirar, es forzado que las vea.

Con esto se junta por una parte la horrible compañía de los demonios, y por otra la virtud y compañía de los ángeles. Y luego se comienza á barruntar á cuál de las dos partes ha de pertenescer aquella presa. Porque si en él hay obras de piedad y virtud, luego es consolado con el regalo y convite de los ángeles. Mas si la fealdad de sus deméritos y mala vida piden otra cosa, luego se estremece con intolerable temor y desconfianza; y así es despeñado, y acometido, y arrancado de su miserable carne, y llevado á los tormentos eternos. Todo lo susodicho es de Pedro Damiano. Dime pues agora : si esto es verdad, y si esto así ha de pasar, ¿qué mas era menester, si los hombres tuviesen seso, para ver cuán miserable sea, y cuánto para huir, la suerte de los malos, pues les está guardado un tan triste y tan desastrado fin?

Y si para aquel tiempo pudiesen ayudar en algo las cosas desta vida como ayudan para todo lo al, ménos mal seria. Pero ¿qué dirémos? Que allí ninguna destas ayuda, pues es cierto que allí ni aprovechan las honras, ni defienden las riquezas, ni valen los amigos, ni acompañan los criados, ni ayuda el linage, ni socorre la hacienda, ni sirve otra cosa sino sola la virtud é inocencia de la vida. Porque, como dice

el Sabio[1], no aprovecharán las riquezas en el dia de la venganza; mas la justicia sola (que es la virtud) librará de la muerte. Pues como el malo se halle tan pobre y tan desnudo deste socorro, ¿cómo podrá dejar de temblar y congojarse viéndose tan solo y desfavorescido en el juicio divino?

## § I

### De la muerte de los justos.

Mas por el contrario la muerte de los justos ¿cuán ajena está de todos estos males? Porque así como el malo recibe aquí el castigo de sus maldades, así el bueno el galardon de sus merescimientos, segun aquello del Ecclesiástico que dice[2] : Al que teme á Dios irá bien en sus postrimerías, y en la hora de la muerte será bendito : esto es, será enriquescido y galardonado por sus trabajos. Y esto es lo que mas claramente significó el evangelista Sant Joan en el Apocalipsi[3]. El cual dice que oyó una voz del cielo que le dijo que escribiese, y las palabras que le mandó escribir eran estas : Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Porque luego les dice el Espíritu Sancto que descansen ya de sus trabajos; porque sus buenas obras van en seguimiento dellos. Pues el justo que esta palabra tiene de Dios, ¿cómo desmayará en esta hora viendo que va á recebir lo que procuró toda la vida? Pues por esto se escribe en el libro de Job[4], hablando del justo, que á la hora de la tarde le saldrá el resplandor del mediodía, y cuando le paresciere que estaba consumido, resplandescerá como lucero. Sobre las cuales palabras dice Sant Gregorio : Que por esto amanesce este resplandor al justo en la hora de la tarde, porque á la hora de su muerte reconosce la claridad y gloria que le está aparejada; y así en el tiempo que los otros se entristescen y desmayan, está él en Dios consolado y confiado. Así lo tes-

1 Prov. XI.
2 Eccli. IV.
3 Apoc. XIV.
4 Job, XI.

tifica Salomon en sus Proverbios, diciendo[1] : Por su malicia será desechado el malo : mas el justo á la hora de su muerte estará confiado.

Si no, dime : ¿qué mayor confianza que la que el bienaventurado Sant Martin tenia á la hora de su muerte, el cual viendo ante sí al demonio dijo estas palabras : ¿Qué haces aquí, bestia sangrienta? No hallarás en mí cosa muerta en que te puedas cebar; y por esto el seno de Abraham me recibirá en paz. ¿Qué mayor confianza otrosí que la que en este mesmo paso tenia nuestro padre Sancto Domingo, el cual viendo á sus frailes llorar por su partida, y por la falta que les hacia, los consoló y esforzó diciendo : No os desconsoleis, hijos mios, porque en el lugar donde voy os seré mas provechoso? Pues ¿cómo podia en aquel trance desconsolarse ni temer la muerte, quien tenia la gloria por tan suya, que no solo esperaba alcanzarla para sí, sino tambien para sus hijos?

Pues por esta causa los justos no tienen por qué temer la muerte; ántes mueren alabando y dando gracias á Dios por su acabamiento; pues en él acaban sus trabajos y comienza su felicidad. Y así dice Sant Augustin sobre la Epístola de Sant Joan : El que desea ser desatado y verse con Cristo, no se ha de decir dél que muere con paciencia; sino que vive con paciencia y muere con alegría. Así que el justo no tiene por qué entristescerse ni temer la muerte; ántes con mucha razon se dice dél que muere cantando como cisne, dando gloria á Dios por su llamamiento. No teme la muerte, porque temió á Dios, y quien á este Señor teme no tiene mas que temer. No teme la muerte, porque temió la vida; porque los temores de la muerte, efectos son de mala vida. No teme la muerte, porque toda la vida gastó en aprender á morir y en aparejarse para morir; y el hombre bien apercebido no tiene por qué temer á su enemigo. No teme la muerte, porque ninguna otra cosa hizo en la vida, sino buscar ayudadores y valedores para esta hora, que son las virtudes y buenas obras. No teme la muerte, porque tiene

[1] Prov. XIV.

al juez granjeado y propicio para este tiempo, con muchos servicios que le ha hecho. Finalmente, no teme la muerte, porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño; no muerte, sino mudanza; no muerte, sino último dia de trabajos; no muerte, sino camino para la vida, y escalon para la inmortalidad; porque entiende que despues que la muerte pasó por el veneno de la vida, perdió los resabios que tenia de muerte, y cobró dulzura de vida.

Ni tampoco desmaya por todos los otros accidentes y compañeros deste paso, porque sabe que estos son dolores de parto con que nasce para la eternidad, por cuyo amor tuvo siempre la muerte en deseo, y la vida en paciencia. No desmaya con la memoria de los pecados, porque tiene á Cristo por Redemptor, á quien siempre agradó; no por rigor del juicio divino, porque le tiene por abogado; no por la presencia de los demonios, porque le tiene por capitan; no por el horror de la sepultura, porque sabe que allí siembra el cuerpo animal para que despues nazca espiritual[1]. Pues si al fin se canta la gloria, y el postrer dia (como dice muy bien Séneca) juzga de todos los otros dias y da sentencia sobre toda la vida pasada (porque él es el que justifica ó condena todos los pasos della), y tan pacífico y quieto es el fin de los buenos, y tan congojoso y peligroso el de los malos, ¿qué mas era menester que esta sola diferencia para escupir la mala vida y abrazar la buena[2]? ¿Qué montan todos los placeres, toda prosperidad, todas las riquezas y todos los regalos y señoríos del mundo, si en el fin vengo á ser despeñado en el infierno? Y ¿qué me pueden dañar todas las miserias desta vida, acabando en paz y tranquilidad, y llevando prendas de la gloria advenidera? Sea el malo cuán sabio quisiere en saber vivir; ¿para qué presta este saber, sino para saber adquirir cosas con que te hagas mas soberbio, mas vano, mas regalado, mas poderoso para el mal, mas inhábil para el bien; y para que te sea tanto mas amarga la muerte, cuanto era mas dulce la vida? Si seso hay en la tierra, no hay otro mayor que saber

[1] I Cor. xv.
[2] Sap. v.

bien ordenar la vida para este fin : pues el principal oficio del sabio es saber ordenar convenientemente los medios para su fin. Por donde si es sabio médico el que sabe ordenar la medicina para la salud, que es el fin desa medicina; aquel será perfecta y absolutamente sabio, que supiere ordenar su vida para la muerte : esto es, para la cuenta que se ha de dar en ella, á la cual se debe ordenar toda la vida.

## § II

### Prueba lo dicho por ejemplos.

Mas para mayor declaracion y confirmacion de lo dicho, y para espiritual recreacion del lector, me paresció añadir aquí algunos ejemplos dignos de memoria, de las muertes gloriosas de algunos sanctos, tomadas del cuarto libro de los diálogos de Sant Gregorio papa [1], en los cuales claramente se verá cuán alegre y dichosa sea la muerte de los justos. Y si en esto me extendiere algo, no se perderá en ello tiempo; porque este sancto doctor de tal manera cuenta estas historias, que de camino va dando mucha doctrina y avisos saludables en ellas.

Escribe él pues, que en tiempo de los godos habia en la ciudad de Roma una nobilísima doncella, por nombre Gala, hija de un cónsul llamado Símaco. La cual siendo de poca edad, dentro de un año fué juntamente casada y viuda. Y como el mundo, y la edad, y las riquezas la convidasen otra vez al mesmo estado, quiso ella ántes desposarse con Cristo en aquellos desposorios que comienzan con llanto y acaban con alegría que en estos del mundo, que comenzando con alegría acaban con tristeza, por la muerte necesaria que ha de ver el uno del otro. Mas como ella fuese de complexion muy caliente, certificáronle los médicos que si no casaba la habian de nascer barbas como á hombre; y así le acaesció. Pero la sancta mujer, que habia amado la her-

[1] Greg., lib. IV Dialog. c. 13.

mosura interior de su esposo, no temió la fealdad exterior de su cuerpo, ni hizo caso de aquella fealdad que no desagradaba al esposo celestial. Dejado pues el hábito secular, entregóse toda al servicio de Dios, entrando en un monasterio que estaba junto á la iglesia del apóstol Sant Pedro donde perseveró muchos años con gran simplicidad de corazon, y grande ejercicio de oracion, haciendo muy largas limosnas á pobres. Y determinando el Señor Todopoderoso de dar perpetuo galardon á los trabajos de su sierva, vino á adolescer de un cancro que le nasció en el pecho. Y estando ella acostada en su cama, tenia siempre dos lámparas encendidas, porque como amiga de luz, no solo aborrescia las tinieblas espirituales, mas tambien las corporales. Estando pues una noche fatigada con su enfermedad, vió entre las dos lámparas al bienaventurado apóstol Sant Pedro, y no temió nada de verle; ántes tomando con él amor y osadía, se alegró y le preguntó diciendo : ¿ Qué es esto, Señor mio ? ¿ Por ventura son ya perdonados mis pecados ? Respondió el apóstol glorioso con un rostro benignísimo, y abajando la cabeza le dijo : Ya son perdonados; vén. Mas porque esta sierva de Dios tenia muy especial amistad con otra religiosa de aquel monasterio, que se llamaba Benedicta, replicó luego diciendo : Ruégote que venga conmigo la hermana Benedicta. Respondió él : No ha de venir esa, sino fulana (nombrando otra religiosa por su nombre), y esa que pides, de aquí á treinta dias te seguirá. Pasado esto, cesó la vision; y la doliente, llamando á la madre del monasterio, dióle cuenta de todo lo que habia pasado; y de ahí á tres dias falleció ella, y juntamente la otra que le era señalada; y cumplidos los treinta, pasó desta vida á la otra la que ella habia pedido. La memoria deste hecho permanesce hasta agora en aquel monasterio, y las religiosas mas nuevas que supieron esto de sus madres, lo cuentan agora con tanto fervor y devocion como si estas mesmas se hallaran presentes á esta maravilla. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio. Considere pues aquí el cristiano lector cuán glorioso fin haya sido este.

Tras deste ejemplo escribe el mesmo sancto otro no ménos memorable. Habia, dice él, en Roma un hombre llamado Sérvulo, muy pobre de hacienda, y muy rico de merescimientos, el cual estaba en un portal, que era paso para la iglesia de Sant Clemente, pidiendo limosna á los que por allí pasaban ; y estaba tan tullido de perlesía en un lecho, que ni se podia levantar, ni asentar en la cama, ni llegar la mano á la boca. ni mudarse de un lado á otro. Tenia él una madre, y un hermano que le acompañaban y servian, y todo lo que él podia haber de sus limosnas, mandábalo dar á otros pobres por mano de la madre y del hermano. No sabia leer ; mas habia comprado algunos libros sagrados, y cuando recebia en casa algunos raligiosos, hacia que le leyesen en ellos : de donde vino á ser que en su manera supiese mucho de las Escripturas sagradas, aunque del todo no sabia leer. Y juntamente con esto procuraba dar siempre gracias á nuestro Señor en medio de sus delores, y acuparse dia y noche en himnos y alabanzas divinas. Mas llegándose ya el tiempo en que el Señor queria remunerar esta tan gran paciencia, llegó á lo postrero. Y como él se viese vecino á la muerte, llamó á los peregrinos huéspedes que en su casa habia, y amonestóles que se levantasen, y cantasen juntamente con él salmos por la esperanza de su acabamiento.

Y estando él con ellos muriendo y cantando, súbitamente los atajó, y puso silencio con un grande clamor y terror, diciendo : Calla. Por ventura no ois las voces de alabanza que suenan en el cielo ? Y estando él atento con el oído de su corazon á las voces que dentro de sí oia, luego aquella sancta ánima fué desatada de la carne ; y así como acabó de espirar, sintióse allí un tan maravilloso olor, que todos cuantos presentes estaban fuéron llenos de inestimable suavidad : por las cuales cosas evidentemente conoscieron que eran verdaderas las voces de alabanza con que aquella ánima habia sido recebida en el cielo. Á la cual maravilla se halló presente un monje nuestro, que hasta hoy es vivo, el cual con grandes lágrimas suele testificar que aquel olor maravilloso no se quitó de las narices de los que

allí asistian, hasta que el cuerpo fué entregado á la sepultura.

Tras deste añadiré aquí otro ejemplo memorable del mesmo Sant Gregorio, del cual da él fiel testimonio, como de cosa que mucho le tocaba [1]: Tres hermanas, dice él, tuvo mi padre, las cuales todas fuéron vírgenes dedicadas á Dios. La una se llamaba Tarsilla, y la otra Gordiana, y la otra Emiliana. Y todas tres con un mesmo fervor y devocion se ofrescieron á Dios, y en un mesmo tiempo se consagraron á él; y así vivian en su propria casa debajo de una estrecha regla y observancia. Y perseverando mucho tiempo en esta vida, comenzaron Tarsilla y Emiliana á crescer cada dia mas en el amor de su Criador; de tal manera que estando en la tierra con solo el cuerpo, cada dia con el ánimo subian á la eternidad. Mas por el contrario el ánimo de Gordiana comenzó á entibiarse cada dia mas en el amor íntimo de Dios, y encenderse poco á poco mas en el amor deste siglo. En el cual tiempo decia muchas veces Tarsilla con un gran gemido á su hermana: Veo que mi hermana Gordiana no pertenesce á nuestro estado. Veo que se derrama de fuera, y que no guarda su corazon conforme al propósito de su religion. Y procuraban cada dia las hermanas con blandas palabras amonestarla, para que dejada la liviandad de sus costumbres tuviese la gravedad que le pedia su hábito. Y ella mostrando un rostro grave cuando oia estas palabras, pasada la hora del castigo, perdia luego aquella fingida gravedad; y así gastaba el tiempo en hablar palabras livianas, y holgábase con la compañía de las doncellas legas, y érale muy pesada la conversacion de cualquier persona que no era dada á este mundo. Pues una noche mi bisabuelo Félix (pontífice que fué desta iglesia de Roma) aparesció á Tarsilla (la cual se habia aventajado sobre sus hermanas en la virtud de la continua oracion, y de la afliccion corporal, y de singular abstinencia, y gravedad de vida, y en toda sanctidad), y mostrándole una morada de perpetua claridad, le dijo: Vén, porque en esta morada de luz te tengo de recibir. Y ella cayendo otro dia enferma de una calentura,

[1] Rom. XXXVIII in Evang. circa finem.

llegó á lo postrero. Y como es costumbre juntarse mucha gente cuando las personas nobles están en paso de muerte, para consolar los deudos del que muere; así en aquella hora se hallaron allí muchas personas señaladas. Entre las cuales estaba tambien allí mi madre.

Entónces la doliente, levantando los ojos á lo alto, vió venir á Jesús, y con grande admiracion comenzó á dar voces y decir: Apartáos, que viene Jesús. Y puestos los ojos en aquel Señor que veia, luego aquella sancta ánima se despidió de la carne. Y súbitamente fué sentido allí por todos un olor de tan grande suavidad, que daba bien á entender que el autor de toda la suavidad habia allí venido. Y como despues la desnudasen para lavar su cuerpo, como se suele hacer á los muertos, hallaron que en las rodillas y en los cobdos tenia hechos callos como de camello, del continuo uso de estar prostrada en oracion: de manera que la carne muerta daba testimonio de lo que el espíritu hacia siempre en la vida. Todo esto pasó ántes de la fiesta del nascimiento de nuestro Salvador. Despues de la cual aparesció luego Tarsilla á su hermana Emiliana de noche en una vision diciéndole: Vén, hermana, para que celebre contigo la fiesta de la Epifanía; pues sin ti celebré la del Sancto Nascimiento. Mas Emiliana, congojada por el peligro y desamparo de su hermana Gordiana, respondió: Si yo voy contigo, ¿á quién dejaré encomendada nuestra hermana Gordiana? Á lo cual ella con un triste semblante respondió: Vén tú; porque Gordiana nuestra hermana está en la cuenta de las legas. Despues de la cual vision luego cayó Emiliana enferma, y cresciendo la enfermedad, vino á morir ántes del dia de la fiesta que le era señalada. Mas Gordiana, como se vió sola, luego cresció mas en su maldad; porque olvidada del temor de Dios, y olvidada de la vergüenza, y de la reverencia, y olvidada de su voto y consagracion, vino á casar con un hombre á quien tenia arrendada su hacienda. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio, que con historias de su mesma casa y familia nos da bien á entender el dichoso y próspero fin de la virtud, y el triste y feo paradero de la liviandad. Mas

á esta materia daré cabo con otra maravillosa historia que el mesmo sancto refiere de su proprio tiempo, por estas palabras [1] :

En el tiempo que yo fuí á entrar en el monasterio, habia en Roma una mujer anciana que se llamaba Redempta, la cual en hábito de religiosa moraba junto á la iglesia de la bienaventurada siempre Vírgen María. Esta habia sido discípula de una vírgen llamada Hirundina, de quien se decia que, resplandesciendo con grandes virtudes, habia hecho vida heremítica sobre los montes Prenestinos. Habíanse juntado con esta Redempta dos discípulas : una que se llamaba Romula, y la otra, que es agora viva, conózcola de rostro, mas no le sé el nombre. Morando pues estas tres en una mesma casa, vivian una vida muy pobre de riquezas, mas muy rica de virtudes. Pero esta Romula sobrepujaba á la otra su condiscípula con grandes méritos de vida, porque era mujer de maravillosa paciencia, y de suma obediencia, y grande guardadora de silencio, y muy ejercitada en el uso de la continua oracion. Mas porque muchas veces los que parescen perfectos en los ojos de los hombres, no carescen de alguna imperfeccion en los de Dios (como vemos que muchas veces los hombres ignorantes alaban una imágen esculpida, que no está del todo acabada, como si ya lo estuviese; mas el artifice entiende que hay mas que hacer en ella, y aunque la oya alabar, todavía procura de la limar mas y perfeccionar), así se hubo el Señor con esta Romula, la cual quiso afinar y purificar mas con una recia enfermedad de perlesía, de la cual estuvo muchos años en cama, cuasi sin poder servirse de sus miembros. Mas estos azotes nunca movieron su ánima á impaciencia; ántes la falta de los miembros se le hizo acrescentamiento de vírtudes, y tanto mas se ejercitaba en el ejercicio de la oracion, cuanto ménos tenia otra cosa que poder hacer. Pues una noche llamó á la madre Redempta, la cual criaba estas dos discípulas como hijas, diciéndole : Madre, vén; madre, vén. La

[1] Homilia ultima in Evangelia.

cual se levantó luego con la otra condiscípula, como despues ambas lo contaron á muchos, y la cosa fué muy notoria á todos, y yo tambien en aquel mesmo tiempo lo supe. Pues estando ellas á la media noche junto á la cama de la enferma, súbitamente resplendesció allí una luz del cielo, que hinchió todo el espacio de aquella celdilla. Y el resplandor desta claridad era tan grande, que hacia estremecer á los que presentes estaban, de tal manera, que (como despues ellas contaban), todo el cuerpo tenian como helado y yerto por la grandeza del pavor. Porque comenzaron á oir un sonido como de mucha gente, que por la puerta de la celda entraba, y la mesma puerta crujia, como apretada, de los que por ella entraban. Y así sentian entrar muchedumbre de gente; mas la grandeza del temor y de la claridad hacia que no pudiesen ver nada. Porque el temor derribaba su corazon, y la grandeza de la claridad les escurecia y reverberaba la vista. Despues de la cual luz sintieron un olor de tan maravillosa suavidad, que el temor que habia causado la luz, templaba la suavidad deste olor. Mas como no pudiesen sufrir la fuerza de tan grande luz, la enferma comenzó con una voz blanda á consolar á la maestra que allí estaba tremiendo, con estas palabras : No temas, madre mia, que no muero agora. Y diciendo esto muchas veces, fué poco á poco remitiéndose la luz hasta que del todo cesó la suavidad del olor; ántes perseveró de la mesma manera hasta el segundo y el tercero dia. Y pasado el tercero dia, en la noche que despues se siguió, llamó á su maestra, y pidió el Viático, que es el Sanctísimo Sacramento, y recibiólo; y apénas se habia apartado la madre y la otra condiscípula de su cama, cuando súbitamente se comenzaron á oir en la plaza ántes de la puerta de aquella celda dos coros de cantores, los cuales, segun que por las voces se podia juzgar, parescian de hombres y mujeres, cantando los hombres los salmos, y respondiendo las mujeres. Y estándose desta manera celebrando aquellos oficios y exequias celestiales, aquella sancta ánima, salida de las carnes, comenzó á subir al cielo, y juntamente con ella iba aquel canto y olor celestial; y cuanto mas subia á lo alto, ménos se sentia acá bajo,

hasta que del todo lo uno y lo otro cesó. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio.

Muchos otros ejemplos se pudieran traer á este propósito; pero estos bastarán para que se vea cuán quieta, cuán pacífica y alegre comunmente sea la muerte de los buenos. Porque aunque no á todos se concedan estas señales tan sensibles, pero como todos sean hijos de Dios, y á la hora de la muerte se acabe el plazo de los trabajos, y comience el de la remuneracion, siempre son allí esforzados y consolados con el socorro de la divina gracia, y con el testimonio de su buena consciencia. Y así se consolaba el bienaventurado Sant Ambrosio en este paso, diciendo : No he vivido de tal manera, que me pese por haber vivido; ni temo la muerte, porque tenemos buen Señor. Y á quien estos tan grandes favores parescieren increibles, ponga los ojos en la inmensidad incomprehensible de la bondad de Dios (á la cual pertenesce amar, honrar y favorescer los buenos), y parescerle ha poco todo lo que aquí se ha contado. Porque si esta bondad llegó á tomar carne humana y morir en una cruz por los hombres, ¿ qué mucho es consolar y honrar á la hora de la muerte á los buenos que por tan caro precio redimió? Y si acabando de espirar los ha de llevar á su casa, y hacerlos participantes de su gloria, y mostrarles la esencia divina, ¿qué mucho es hacerles estos favores al tiempo de la partida?

## § III

### Conclusion de la segunda parte.

Estos son pues, hermano mio, los doce privilegios que se conceden á la virtud en esta vida; que son como los doce fructos de aquel hermosísimo árbol que vió Sant Joan en el Apocalipsi [1], plantado á la ribera de un rio, que daba doce fructos en el año, segun el número de los meses dél. Porque ¿ qué otro árbol puede ser este, despues del Hijo de Dios, sino la mesma virtud, que es el árbol que da fructos de sanctidad y de vida? ¿ y qué otros fructos mas preciosos

[1] Apoc. XXII.

que estos que aquí se han declarado? Porque ¿qué mas hermoso fructo que la providencia paternal que Dios tiene de los suyos, y la gracia divina, y la lumbre de la sabiduría, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y el alegría de la buena consciencia, y el socorro de la esperanza, y la verdadera libertad del ánima, y la paz interior del corazon, y el ser oido en las oraciones, y socorrido en las tribulaciones, y proveido en las necesidades temporales, y finalmente ayudado y consolado con alegre muerte al fin de la vida? Verdaderamente cada uno destos privilegios es en sí tan grande, que si bien se conosciese, solo él bastaria para hacer á un hombre abrazar la virtud, y mudar la vida, y para que entendiese con cuánta verdad dijo el Salvador [1] que el que por él dejase el mundo, recibiria aquí ciento tanto mas de lo que dejó, y despues la vida eterna, como arriba se declaró.

Cata aquí pues, hermano, cuál sea este bien á que te convidamos: mira si te puedes llamar á engaño, aunque dejases por él todas las cosas del mundo. Un solo inconveniente tiene (si así se puede llamar) por donde no es de los malos tan preciado, que es, no ser dellos conoscido. Por lo cual dijo el Salvador [2] que el reino de los cielos era semejante al tesoro escondido. Porque verdaderamente él es tesoro; mas es tesoro escondido á los otros, no á su poseedor. Porque muy bien conoscia el valor deste tesoro el profeta, cuando decia [3]: Mi secreto para mí, mi secreto para mí. Poco se le daba (por lo que á él tocaba) que supiesen los otros parte deste su bien; porque no es este como los otros bienes, que no son bienes si no son conoscidos; porque como no son bienes por sí, sino por la opinion del mundo, es menester que sean conoscidos del mundo para que se llamen bienes. Mas este bien hace bueno y bienaventurado al que lo posee, y no ménos calienta el corazon de su poseedor, sabiéndolo él solo, que si lo supiese todo el mundo.

Mas la llave deste secreto no es mi lengua, ni todo lo que

[1] Matth. XIX.
[2] Ibid. XIII.
[3] Isai. XXIV.

aquí habemos dicho; porque todo lo que se puede declarar con lengua mortal queda bajo, para lo que él es. La llave es la luz divina, y la expreriencia y uso de la virtud. Esta pide tú al Señor, y luego hallarás este tesoro ; y hallarás al mesmo Dios, en quien todas las cosas hallarás, y verás con cuánta razon dijo el profeta[1] : Bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios, porque ¿ qué puede faltar á quien este bien posee? Escríbese en el libro de los Reyes[2] que dijo Helcana, padre de Samuel, á su mujer Anna, viéndola llorar porque no tenia hijos : Anna, ¿por qué lloras, y por qué se se aflige tu corazon? ¿Por ventura no te valgo yo mas que diez hijos? Pues si un buen marido (que hoy es y mañana no) vale mas á la mujer que diez hijos, ¿cuánto te paresce que valdrá mas Dios al ánima que de verdad le posee? ¿Qué haceis, hombres? ¿en qué andais? ¿qué buscais? ¿por qué dejais la fuente del paraíso por los charquillos turbios del mundo[3]? ¿ Por qué no tomais aquel tan sano consejo que os da el profeta, diciendo[4] : Probad y ved cuán suave es el Señor? ¿ Por qué no tentaréis algunas veces este vado? ¿ Por qué no probaréis este manjar? Fiáos de la palabra deste Señor y comenzad, que despues el mesmo camino y el negocio os desengañarán. Espantosa parescia aquella serpiente hecha de la vara de Moysen, cuando se miraba de léjos ; mas tomada en la mano, se hizo vara inocente como lo era de ántes. No sin causa dijo Salomon[5] : Caro es, caro es, dice el comprador : mas despues que tiene la mercaduría en la mano, vase gloriando. Pues así acaesce cada dia á los hombres en este trato : que como al principio no conoscen la cualidad desta mercaduría, porque no son espirituales, y sienten lo que les piden por ella, porque son carnales; háceseles muy caro lo que les piden, por lo que les dan. Mas despues que comienza á gustar cuán suave es el Señor, luego se glorían en su mercaduría, y conoscen que por nin-

[1] Psalm. CXLIII.
[2] I Reg. I.
[3] Jerem. II.
[4] Psalm. XXXIII.
Prov. XX.

gun precio es caro tan grande bien. ¡Cuán alegremente vendió aquel hombre del Evangelio todo lo que tenia, por comprar aquella heredad en que habia hallado el tesoro[1]! ¿Pues por qué el cristiano, oído este nombre, no querrá saber lo que esto es? Cosa es por cierto maravillosa, que si un burlador te certificase que dentro de tu casa en tal parte habia un gran tesoro, no dejarias de cavar y probar si esto era verdad; y certificándote aquí la palabra de Dios que dentro de ti puedes hallar un incomparable tesoro[2], ¡que no se te levante el corazon para quererlo buscar! ¡Oh si supieses cuánto son mas ciertas estas nuevas, y cuánto mayor este tesoro! ¡Oh si supieses á cuán pocas azadadas encontrarias con él! ¡Oh si entendieses cuán cerca está el Señor de los que le llaman si le llaman de verdad[3]! ¿Cuántos hombres habrá habido en el mundo, que arrepintiéndose de sus pecados, y perseverando en pedir perdon dellos, en ménos que una semana de camino, descubrieron tierra, ó por mejor decir, hallaron cielo nuevo y tierra nueva, y comenzaron á barruntar dentro de sí el reino de Dios? ¿Qué mucho es hacer esto aquel Señor que dijo[4]: En cualquier hora que el pecador gimiere su pecado, no tendré mas memoria dél? ¿Qué mucho es hacer esto aquel que apénas dejó acabar al hijo pródigo aquella breve oracion que traia pensada, cuando le echó los brazos encima, y le recibió con tanta fiesta[5]? Vuélvete pues agora, hermano, á este piadoso padre, y madruga un poco por la mañana, y persevera algunos dias en llamar á las puertas de su misericordia; y ten por cierto que si humildemente perseverares, en cabo te responderá, y descubrirá el tesoro secreto de su amor; y cuando lo hayas probado, dirás luego con la Esposa en los Cantares: Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, como nada la despreciará.

1 Matth. XIII.
2 Luc. XVII.
3 Psalm. CXLIV.
4 Ezech. XVIII, XXXIII.
5 Luc. XV.

# TERCERA PARTE

## DESTE PRIMERO LIBRO,

### EN LA CUAL SE RESPONDE Á LAS EXCUSAS QUE LOS HOMRRES SUELEN ALEGAR PARA NO SEGUIR EL CAMINO DL LA VIRTUD.

## CAPÍTULO XXV

**Contra la primera excusa de los que dilatan la mudanza de la vida y el estudio de la virtud para adelante.**

Ninguna duda hay sino que lo que hasta aquí habemos dicho bastaba y sobraba para el principal propósito que aquí pretendemos; que es inclinar los corazones de los hombres (supuesta la divina gracia) al amor y seguimiento de la virtud. Mas con ser todo esto verdad, no faltan á la malicia humana excusas y aparentes razones con que defenderse ó consolarse en sus males, como afirma el Eclesiástico, diciendo [1] : El hombre pecador huirá de la correccion, y nunca le faltará para su mal propósito alguna aparente razon. Y Salomon otrosí dice [2] : Que anda buscando achaques y ocasiones el que se quiere apartar de su amigo, y así los buscan los malos para apartarse de Dios, alegando para esto cada uno su manera de excusa. Porque unos dilatan este negocio para adelante; otros le reservan para la hora de la muerte; otros dicen que recelan esta jornada por paresceries trabajosa, y otros que se consuelan con la esperanza de la divina misericordia, paresciéndoles que con sola la fe y esperanza, sin caridad, podrán salvarse;

[1] Eccli. XXXII.
[2] Prov. XVIII.

y otros finalmente presos con el amor del mundo, no quieren dejar la felicidad que en él poseen, por la que les promete la palabra de Dios. Estos son los mas comunes embaimientos y engaños con que el enemigo del linage humano de tal manera trastorna lor entendimientos de los hombres, que los tiene cuasi toda la vida captivos en sus pecados; para que en este miserable estado los saltee la muerte, tomándolos con el hurto en las manos. Pues á estos engaños responderémos agora en la postrera parte deste libro, y primero contra los que dilatan este negocio para adelante, que es el mas general de todos estos.

Dicen pues algunos que todo lo dicho hasta aquí es verdad, y que no hay otro partido mas seguro que el de la virtud, y que no quieren dejar de seguirle; mas que al presente no pueden, que adelante habrá tiempo en que mas fácilmente y mejor lo puedan hacer. Desta manera escribe Sant Augustin que respondia á Dios ántes de su conversion, diciendo [1] : Espera, Señor, un poco, aguarda otro poco, agora dejaré el mundo, agora saldré de pecado. Así pues andan los malos en traspasos con Dios, quebrantando de cada dia unos plazos, y señalando otros, sin acabar de llegar esta hora de su conversion.

Pues que este sea manifiesto engaño de aquella antigua serpiente (á quien no es nueva cosa mentir y engañar los hombres), no seria dificultoso de probar; y seria todo este pleito acabado, si solo esto quedase concluido. Porque ya nos consta que la cosa que todo hombre cristiano mas debe desear, en su salvacion, y que para esta le es necesaria la conversion y enmienda de la vida; porque de otra manera no hay salud. Resta pues que veamos cuándo esta se haya de hacer. De manera que no nos queda aquí por averiguar sino solo el tiempo; porque en todo lo demás no hay debate. Tú dices que adelante; yo digo que luego. Tú dices que adelante te será esto mas fácil de hacer; yo digo que luego lo será: veamos quien tiene razon.

Mas ántes que tratemos de la facilidad, ruégote me digas

[1] Lib. VIII Confess., cap. 5.

¿ quién te dió seguridad que llegarias adelante ? ¿ Cuántos te paresce que se habrán burlado con esta esperanza ? Sant Gregorio dice[1] : Dios que prometió perdon al pecador si hiciese penitencia, nunca le prometió el dia de mañana. Conforme á lo cual dice Cesario : Dirá alguno por ventura : cuando llegare á la vejez me cogeré á la medicina de la penitencia. ¿ Cómo tiene atrevimiento para presumir esto de sí la fragilidad humana, pues no tiene seguro solo un dia ? Creo verdaderamente que son innumerables las ánimas que por este camino se han perdido ; á lo ménos así se perdió aquel rico del Evangelio, de quien escribe Sant Lúcas[2] : Que como le hobiese succedido muy bien la cosecha de un año, púsose á hacer consigo esta cuenta : ¿ Qué haré de tanta hacienda ? Quiero derribar mis graneros y hacerlos mayores, para guardar estos fructos ; y hecho esto hablaré con mi ánima, y decirle he : aquí tienes, ánima mia, muchos bienes para muchos años. Pues que así es, come, y bebe, y huelga, y date buena vida. Y estando el miserable haciendo esta cuenta, oyó una voz que le dijo : Loco, esta noche te pedirán tu ánima ; eso que tienes guardado ¿ para quién será ? Pues ¿ qué mayor locura que disponer un hombre por su autoridad lo que ha de ser adelante, como si tuviese en su mano la presidencia de los tiempos y momentos que el Padre Eterno tiene puestos en su poder ? Y si del Hijo solo dice Sant Joan[3] que tiene las llaves de la vida y de la muerte para cerrar y abrir á quien y cuando él quisiere, ¿ cómo el vil gusanillo quiere adjudicar á sí, y usurpar ese tan gran poder ? Solo este atrevimiento meresce ser castigado con este castigo (para que el loco por la pena sea cuerdo), que no halle adelante tiempo de penitencia el que no quiso aprovecharse del que Dios le daba.

Y pues son tantos los que desta manera son castigados, muy mejor acuerdo será escarmentar en cabeza ajena, y

[1] Hom. XII in Evang.
[2] Luc. XII.
[3] Apoc. I.

sacar de los peligros de los otros seguridad; tomando aquel tan sano consejo que nos da el Ecclesiástico, diciendo [1]: Hijo, no tardes de convertirte al Señor, y no lo dilates de dia en dia, porque súbitamente suele venir su ira, y destruirte ha en el tiempo de la venganza.

## § I

Mas ya que te concediésemos esa vida tan larga como tú imaginas, ¿ cuál será mas fácil, comenzar dende luego á enmendarla, ó dejarse esto para adelante ? Y para que esto se vea mas claro, señalarémos aquí sumariamente las principales causas de donde esta dificultad procede. Nasce pues esta dificultad, no de los impedimentos y embarazos que los hombres imaginan, sino del mal hábito y costumbre de la mala vida pasada; que mudarla (como dicen) es á par de muerte. Por lo cual dijo Sant Hierónimo que el camino de la virtud nos habia hecho áspero y desabrido la costumbre larga de pecar. Porque la costumbre es otra segunda naturaleza; y así prevalescer contra ella, es vencer la mesma naturaleza, que es la mayor de todas las victorias. Y así dice Sant Bernardo [2] que despues que un vicio se ha confirmado con la costumbre de muchos años, es menester especialísimo y cuasi miraculoso socorro de la divina gracia para vencerlo. Por donde el cristiano debe temer mucho la costumbre de cualquier vicio; porque así como hay prescripcion en las haciendas, así tambien en su manera la hay en los vicios. Y despues que un vicio ha prescripto, es muy malo de vencer por pleito, si no hay (como dice aquí Sant Bernardo) especialísimo favor divino.

Nasce tambien esta dificultad de la potencia del demonio, que tiene especial señorío sobre el ánima que está en pecado; el cual es aquel fuerte armado del Evangelio, que guarda con grandísimo recaudo todo lo que tiene á su

[1] Eccli. v.
[2] Serm. de Sept. donis; et de consider. ad Eugen., lib. I in princip.

cargo [1]. Nasce tambien de estar Dios apartado del ánimo que está en pecado, que es aquella guarda que vela siempre sobre los muros de Hierusalem [2]: el cual está tanto mas alejado del pecador, cuanto él está mas lleno de pecados. Y deste alejamiento nascen grandes miserias en el ánima, como el Señor lo significó, cuando por un profeta dijo [3]: ¡ Ay dellos, porque se apartaron de mí ! Y en otro capítulo dice [4]: ¡ Ay dellos cuando yo me apartare dellos ! Que es el segundo ay de que Sant Joan hace mencion en su Apocalipsis [5].

Últimamente nasce esta dificultad de la corrupcion de las potencias de nuestra ánima, las cuales en gran manera se estragan y corrompen por el pecado, aunque esto no sea en sí mesmas, sino en sus operaciones y efectos. Porque así como el vino se corrompe con el vinagre, la fruta con el gusano, y finalmante cualquier contrario con su contrario (como arriba dijimos), así tambien todas las virtudes y potencias de nuestra ánima se estragan con el pecado, que es el mayor de todos sus enemigos y contrarios. Porque con el pecado se escurece el entendimiento, y se enflaquece la voluntad, y se desordena el apetito, y se debilita mas el libre albedrío, y se hace ménos señor de sí y de sus obras; aunque nunca del todo pierda ni su fe ni su libertad. Y siendo estas potencias los instrumentos con que nuestra ánima ha de obrar el bien, siendo estas como las ruedas deste reloj (que es la vida bien ordenada), estando estas ruedas y instrumentos tan maltratados y desordenados, ¿ qué se puede esperar de aquí sino desórden y dificultad ? Estas pues son las principales causas deste trabajo, las cuales todas originalmente nascen del pecado, y crescen mas y mas con el uso dél.

Pues siendo esto así, ¿ en qué seso cabe creer que ade-

[1] Luc. XI.
[2] Isai. XXVI, LXII.
[3] Osee, VII.
[4] Ibid. IX.
[5] Apoc. XI.

lante te será la conversion y mudanza de vida mas fácil, cuando habrás multiplicado mas pecados, con los cuales juntamente habrán crescido todas las causas desta dificultad? Claro está que adelante estarás tanto mas mal habituado, cuanto mas hubieres pecado. Y adelante estará tambien el demonio mas apoderado de ti, y Dios mucho mas alejado. Y adelante estará mucho mas estragada el ánima con todas aquellas fuerzas y potencias que dijimos. Pues si estas son las causas desta dificultad ; ¿ en qué juicio cabe creer que será este negocio mas fácil, cresciendo por todas partes las causas de la dificultad?

Porque continuando cada dia los pecados, claro está que adelante habrás añadido otros ñudos ciegos á los que ya tenias dados : adelante habrás añadido otras cadenas nuevas á las que ya te tenian preso : adelante habrás hecho mayor la carga de los pecados que te tenian oprimido : adelante estará tu entendimiento con el uso del pecar mas escurecido, tu voluntad mas flaca para el bien y tu apetito mas esforzado para el mal, y tu libre albedrío (como ya declaramos) mas enfermo y debilitado para defenderse dél. Pues siendo esto así, ¿ cómo puedes tú creer que adelante te será este negocio mas fácil? Si dices que no puedes agora pasar este vado, aun ántes que el rio haya crescido mucho, ¿ cómo lo pasarás mejor cuando vaya de mar á mar? Si tan trabajoso se te hace arrancar agora las plantas de los vicios, que están en tu ánima recien plantadas, ¿ cuánto mas lo será adelante, cuando hayan echado mas hondas raíces? Quiero decir ; si agora que están los vicios mas flacos, dices que no puedes prevalescer contra ellos, ¿ cómo podrás adelante cuando estén mas arraigados y fortificados ? Agora por ventura peleas con cien pecados, adelante pelearás con mil ; agora con un año ó dos de mala costumbre, adelante quizá con diez. Pues ¿ quién te dijo que adelante podrás mas fácilmente con la carga que agora no puedes, haciéndose ella por todas partes mas pesada? ¿ Cómo no ves que estas son trapazas de mal pegador, que porque no quiere pagar dilata la paga de dia en dia? ¿ Cómo no ves que estas son mentiras de aquella antigua serpiente, que con mentiras engañó á

nuestros primeros padres [1], y con ellas trata de engañar á sus hijos?

Pues siendo esto así ¿cómo es posible que cresciendo las dificultades por todas partes, te será mas fácil lo que agora te paresce imposible? ¿En qué seso cabe creer que multiplicándose las culpas, será mas lijero el perdon, y cresciendo la dolencia, será mas fácil la medicina? ¿No has leido lo que el Ecclesiástico dice [2], que la enfermedad antigua y de muchos años pone en trabajo al médico, y que la de pocos dias es la que mas presto se cura? Esta manera de engaño declaró muy al proprio un ángel á uno de aquellos sanctos padres del yermo, segun leemos en sus vidas [3]. Porque tomándole por la mano, sacóle al campo, y mostróle un hombre que estaba haciendo leña; el cual despues de hecho un grande hace, como probase á llevarlo á cuestas, y no pudiese, volvió á cortar mas leña, y juntarla con la otra; y como ménos pudiese con esta por ser mayor, todavía porfiaba á hacer aun mayor la carga, creyendo que así la podria mejor llevar. Pues como el sancto monje se maravillase desto, díjole el ángel que tal era la locura de los hombres, que no pudiendo levantarse de los pecados, por el peso grande que tenian sobre sí, añadian cada dia pecados á pecados, y cargas á cargas, creyendo que adelante podrian con lo mas, no pudiendo agora con lo ménos.

Pues ¿qué diré entre todas estas cosas del poder solo de la mala costumbre, y de la fuerza que tiene para detenernos en el mal? Porque cierto es que así como los que hincan un clavo, con cada golpe que le dan lo hincan mas, y con otro golpe mas; y así miéntras mas golpes le dan, mas fijo queda y mas dificultoso de arrancar : así con cada obra mala que hacemos, como con una martillada se hinca mas y mas el vicio en nuestras ánimas; y así queda tan aferrado, que apénas hay manera para poderlo despues arrancar. Por donde vemos que la vejez de aquellos que gastaron la mocedad en vicios, suele ser muchas veces amancillada con las

1 Genes. III.
2 Eccli. X.
3 En el libro de *Vitis Patrum*, 2 p., § 36.

disoluciones de aquella edad pasada, aunque la presente las rehuse, y la mesma naturaleza las sacuda de sí. Y estando ya la naturaleza cansada del vicio, sola la costumbre que queda en pié corre el campo, y les hace buscar deleites imposibles : tanto puede la tirannia y fuerza de la mala costumbre. Por lo cual se escribe en el libro de Job [1], que los huesos del malo serán llenos de los vicios de su mocedad, y con él dormirán en la sepultura. De manera que los tales vicios no tienen otro término, sino el comun término de todas las cosas, que es la muerte, en la cual vienen á acabar, aunque en la verdad ni aun aquí acaban, sino continúanse en perpetua eternidad ; por lo cual se dice que duermen con él en la sepultura. Y la causa desto es, porque por razon de la vieja costumbre (que está ya convertida en naturaleza) tienen los apetitos de los vicios tan íntimamente arraigados en los huesos y médulas de su ánima, como una calentura lenta de tísicos, que está allá metida en las entrañas del hombre, que no espera cura ni medicina.

Esto mesmo nos mostró tambien el Salvador en la resurreccion de Lázaro, de cuatro dias muerto [2]; al cual resuscitó con tan grandes clamores y sentimientos, como quiera que los otros muertos resuscitase con tanta muestra de facilidad, para dar á entender cuán gran maravilla sea resuscitar Dios al que está ya de cuatro dias muerto y hediondo : esto es, de muchos dias, y de mucho tiempo acostumbrado á pecar. Porque, como declara Sant Augustin, entre estos cuatro dias el primero es el deleite del pecado, el segundo el consentimiento, el tercero la obra, el cuarto la costumbre del pecar; y el que á este punto llega, ya es Lázaro de cuatro dias muerto, que no resuscita sino á fuerza de bramidos y lágrimas del Salvador.

Todo esto evidentísimamente nos declara la dificultad grande que se añade á este negocio con la dilacion del tiempo, y como miéntras mas se dilata, mas se dificulta; y por consiguiente cuán manifiesta sea la mentira de los

[1] Job, xx.
[2] Joan. xi.

que adelante dicen que será mas fácil la enmienda de su vida.

§ II

Mas pongamos ya que todo te sucediese de la manera que tú lo sueñas, y que esas esperanzas tan vanas no te saliesen en blanco : ¿ qué me dirás del tiempo que en el entretanto pierdes, en el cual podrias merescer tan grandes y tan preciosos tesoros? ¿Qué locura seria (juzgando agora segun el mundo) si al tiempo que entrada una riquísima ciudad por armas, y estando los soldados saqueándola á gran priesa, cargándose de joyas y de tesoros, dejase uno de hacer otro tanto por estarse muy de espacio jugando al tejo con los muchachos en la plaza? Pues ¿ cuánto mayor locura es, que al tiempo que los justos están dándose priesa en hacer buenas obras para ganar con ellas los tesoros del cielo, que estés tú, que podrias hacer lo mesmo, perdiendo este tiempo, y ocupándote en los juguetes y niñerías del mundo?

¿ Qué me dirás tambien, no solo de los bienes que pierdes, sino de los males que en el entretanto haces ? ¿ No está claro que un pecado venial no se debria hacer (como dice Sant Augustin) por todo el mundo? Pues ¿ cómo te pones tú á hacer tantos mortales en ese medio tiempo, de los cuales ni uno solo debias de hacer por la salud de mil mundos? ¿ Cómo quieres en el entretanto ofender, y provocar á ira á aquel por cuyas puertas despues te has de meter, á cuyos piés te has de derribar, de cuyas manos ha de estar colgada la suerte de tu eternidad, y cuya misericordia finalmente pretendes pedir con lágrimas y gemidos? ¿Cómo quieres agora porfiadamente enojar á quien despues has de haber menester, y á quien tanto ménos hallarás propicio, cuanto mas le tuvieres enojado? Muy bien arguye Sant Bernardo contra los tales, diciendo así : Tú que haces estas malas cuentas, perseverando en la mala vida, ¿ dime si piensas que el Señor te ha de perdonar, ó no ? Si crees que no te perdonará, ¿ qué mayor locura que pecar sin esperanza de perdon? Y si piensas dél que es tan bueno y misericordioso, que aun-

que tantas veces le hayas ofendido, te perdonará, dime, ¿ qué mayor maldad, que tomar ocasion para mas ofenderle, de donde la habias de tomar para mas amarle? ¿ Qué se puede responder á esta razon?

¿ Qué me dirás tambien de las lágrimas que adelante has de derramar por los pecados que agora haces ? Porque si Dios adelante te llama y visita (y cuitado de ti si no lo hace), ten por cierto qne te ha de amargar mas que la hiel cada uno desos bocados que agora comes, y que has de llorar siempre lo que en una vez heciste, y que quisieras ántes haber padescido mil muertes, que haber ofendido á tal Señor. Brevísimo fué el espacio que David pasó en sus placeres[1], y tan largo el que vivió con dolor, que él mesmo dice de sí[2] : Lavaré cada una de las noches mi cama con lágrimas, y con ellas regaré mi estrado. Y era tanta la abundancia destas lágrimas, que la translacion de Sant Hierónimo, en lugar de : Lavaré mi cama, dice : Haré nadar mi cama en lágrimas; para significar aquellas tan grandes lluvias y corrientes de aguas que salian de sus ojos, porque no guardaron la ley de Dios. ¿ Pues para qué quieres gastar tiempo en tal sementera, de la cual no tengas otro fructo que coger, sino lágrimas?

Allende desto debrias aun mirar que no solo siembras lágrimas para adelante, sino tambien dificultades para la buena vida, por el largo uso de la mala. Porque así como el que ha tenido una larga ó recia enfermedad pocas veces sale della sin reliquia para adelante; así lo hace tambien el largo uso de los pecados y la grandeza dellos. Siempre queda el hombre mas flaco y lisiado en aquella parte por do pecó, y por allí le da el enemigo mayores alcances. Los hijos de Israel adoraron un becerro, y en castigo desta culpa dióles Moysen á beber los polvos del becerro[3]. Porque esta suele ser la pena con que castiga Dios algunos pecados, permitiendo por su justo juicio que se nos queden como embebi-

[1] II Reg. XI.
[2] Psalm. VI.
[3] Exod. XXXII.

dos en los huesos, y así sean nuestros verdugos los que ántes habian sido nuestros ídolos.

Sobre todo esto ¿ no mirarias cuán mal repartimiento es disputar el tiempo de la vejez para hacer penitencia, y dejar pasar en flor los años de la mocedad ? ¿ Qué locura seria, si un hombre tuviese muchas bestias, y muchas cargas que llevar en allas, que las echase todas sobre la bestia mas flaca, y dejase las otras irse holgando vacías ? Tal es por cierto la locura de los que guardan para la vejez toda la carga de la penitencia, y dejan los mejores tercios de la mocedad y de los buenos años, que eran cierto mejores para llevar esta carga que la vejez, la cual apénas puede sostener á sí mesma. Muy bien dijo aquel gran filósofo Séneca : que quien espera por la vejez para ser bueno, claro muestra que no quiere dar á la virtud sino el tiempo que no le sirve para otra cosa. Pues ¿ qué será si con esto consideras la grandeza de la satisfaccion que aquella Majestad infinita pide para perfecto descargo de sus ofensas ? La cual es tan grande, que, como dice Sant Joan Clímaco, apénas puede el hombre satisfacer hoy por las culpas de hoy, y apénas puede el mesmo dia descargar á sí mesmo. Pues ¿ cómo quieres tú amontonar deudas en toda la vida, y reservar la paga para la vejez, que apénas podrá pagar las suyas proprias ? Es tan grande esta maldad, que la tiene Sant Gregorio por una grande deslealtad, como él lo significa por estas palabras [1] : Harto léjos está de la fidelidad que debe á Dios el que espera el tiempo de la vejez para hacer penitencia. Debia este tal temer no venga á caer en las manos de la justicia, esperando indiscretamente en la misericordia.

## § III

Mas pongamos agora que todo lo susodicho no hobiese lugar, ni entreviniesen aquí todas estas cosas : dime, ¿ no bastaria, si hay ley, si razon, si justicia en el mundo, la grandeza de los beneficios recebidos, y de la gloria prome-

[1] Lib. XXV Mor. cap. 2, 3, et Hom. XII in Evang.

tida, para hacer que no fueses tan escaso en el tiempo del servicio con quien tan largo te ha sido en el hacer de las mercedes? ¡ Oh con cuánta razon dijo el Ecclesiástico [1]: Nunca ceses de hacer bien en todo tiempo; porque el galardon de Dios permanesce para siempre! Pues si el galardon ha de durar tanto, ¿por qué quieres tú que dure tan poco el servicio? Si el galardon ha de durar miéntra Dios reinare en el cielo, ¿por qué no quieres tú que el servicio dure siquiera miéntra tú vivieres en la tierra (que todo ello es un punto), sino que dese punto quieres quitar los dos tercios, y dejar un soplo para Dios?

Demás desto, si tú esperas que te has de salvar, tambien has de presuponer que te tiene Dios ab eterno predestinado para esta salud. Pues dime agora: si madrugó este Señor dende su eternidad á amarte, y hacerte cristiano, y adoptarte por hijo, y hacerte heredero de su reino, ¿cómo aguardas tú en el fin de tus dias á amar aquel que dende el principio de su eternidad (que es sin principio) te amó? ¿Cómo puedes acabar contigo de hacer servicios tan cortos á quien determinó hacerte beneficios tan largos? Porque á buena razon, ya que el galardon es eterno, tambien lo habia de ser el servicio, si esto fuera posible. Mas ya que no lo es, sino tan breve cuanto es la vida del hombre, ¿cómo dese espacio tan corto quieres quitar un pedazo tan largo al servicio de tal Señor, y dejarle tan poco, y aun eso de lo peor? Porque (como dice muy bien Séneca) en lo bajo del vaso no solo queda lo poco, sino tambien lo malo. Pues, ¿qué racion es esa que dejas para Dios? Maldito sea, dice él por Malaquías [2], el engañador que teniendo en su manada animal sano y sin defecto, ofrece al Señor el mas flaco de su ganado; porque Rey grande soy yo (dice el Señor de los ejércitos), y mi nombre es terrible entre las gentes. Como si mas claramente dijera: Á tan grande Señor como yo, grandes servicios pertenescen, y injuria es de tan grande Majestad ofrescerle el desecho de las cosas. Pues ¿cómo guardas tú lo mejor y mas hermoso

[1] Eccli. XVIII.
[2] Malach. I.

de la vida, para servicio del demonio, y quieres ofrecer á Dios lo que ya el mundo desecha de sí ? Dice Dios [1] : No ternás en tu casa medida mayor ni menor, sino medida justa y verdedera : ¿ y quieres tú contra esta ley tener dos medidas tan desiguales, una tan grande para el demonio (como medida de amigo), y otra tan pequeña para Dios como si fuera enemigo ?

Sobre todo esto ruego que si ya de todos estos beneficios no haces caso, te acuerdes á lo ménos de aquel inestimable beneficio que el Padre Eterno te hizo en darte á su unigénito Hijo, que fué dar en precio de tu ánima aquella vida que valia mas que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Por donde aunque tuvieras tú en ti todas estas vidas y otras infinitas, las debias al dador de aquella vida, y aun todo esto era poco para pagarla. Pues ¿ con qué razon, con qué cara, con qué título niegas esa sola vida que tienes tan pobre al que tal vida puso por ti ? ¿ Y aun desa quieres quitar lo mejor y mas bien parado, y dejar las heces para él ?

Sea pues la conclusion deste capítulo la que dió Salomon á su Ecclesiastes [2] donde finalmente vino á resolverse en aconsejar al hombre se acordase de su Criador en el tiempo de su mocedad, y no dejase este negocio para la vejez, que para todos los trabajos corporales es inhábil ; cuyas pesadumbres y inhabilidades describe él allí por ocultas y admirables semejanzas, las cuales en sentencia dicen así : Acuérdate de tu Criador en el tiempo de tu mocedad, ántes que vengan aquellos dias trabajosos, y aquellos años en que ya la mesma vida suele ser á los hombres enojosa ; ántes que se menoscabe la vista, y te parezca ya que el sol está escuro, y la luna y las estrellas ; cuando ya tiemblan las guardas de la casa (que son las manos), y se estremecen los varones fuertes (que son las piernas que sustentan toda la carga deste edificio), y cesa ya el uso de la dentadura, que ántes molia y desmenuzaba el manjar menudamente ; y asimesmo comienza á desfallescer la potencia visiva del ánima, que veia

[1] Deut. xxv.
[2] Eccles. xii.

por las ventanas y agujeros de los ojos, y se cierran las puertas de la plaza (porque tambien desfallescen los órganos de los otros sentidos), y despierta el hombre á la voz del gallo (por la flaqueza que suele haber de sueño en aquella edad), y se ensordescen las hijas de la música (porque se cierran y estrechan las arterias donde se forma la voz), donde no hay fuerza para subir á lo alto, y andar por camino fragoso, ántes aun en lo llano estropieza el hombre ; donde ya está florido el almendro (porque la cabeza viene á cubrirse de canas); donde ya no hay hombros para poder llevar carga (por pequeña que sea) ; donde está ya el hombre desgañado de todas las cosas (por ir cada dia mas desfallesciendo las fuerzas de nuestro corazon, donde está el asiento de nuestros apetitos); porque se va el hombre á mas andar acercando á la casa de su eternidad (que es la sepultura); donde le irán por la plaza llorando los suyos, cuando finalmente el polvo se tornará en su polvo, y el espíritu volverá al Señor que lo crió. Hasta aquí son cuasi todas estas palabras de Salomon.

Acuérdate pues, hermano, conforme á esta descripcion, de tu Criador en el tiempo de la mocedad, y no dilates la penitencia para estos años tan cargados, donde ya desfallesce la mesma naturaleza, y el vigor de todos los sentidos; donde el hombre mas está para suplir con regalos y industria lo que falta de virtud á la naturaleza, que para abrazar los trabajos de la penitencia; cuando ya la virtud mas paresce necesidad que voluntad; cuando ya los vicios ganan honra con nosotros, porque ellos nos dejan primero que los dejemos, aunque lo mas comun es ser tal la vejez, cual fué la mocedad, segun aquello del Ecclesiástico que dice[1] : Lo que no allegaste en la mocedad, ¿ cómo lo hallarás en la vejez ?

Este es pues el consejo tan saludable que te da Salomon, y este mesmo te da el Ecclesiástico, diciendo[2]: Confesarte has, y alabarás á Dios estando vivo; vivo y sano te confesarás, y si así lo hicieres, serás glorificado y enriquescido con sus misericordias. Gran misterio es que entre los enfermos que

[1] Eccli. xxv.
[2] Ibid. xvii.

estaban al derredor de la Piscina, aquel libraba mejor, que llegaba primero, cuando se meneaba el agua[1]; para que por aquí entiendas, cómo toda nuestra salud está en acudir luego sin dilacion al movimiento interior de Dios. Corre pues, hermano mio, y date priesa; y si, como dice el profeta[2], hoy en este dia oyeres la voz de Dios, no dilates la respuesta para mañana; ántes comienza luego á poner por obra lo que te será tanto mas fácil de obrar, cuanto mas presto lo comenzares.

## CAPÍTULO XXVI

### Contra los que dilatan la penitencia hasta la hora de la muerte.

Razon seria que bastase lo dicho para confusion de otros que dejan (como ya declaramos) la penitencia para la hora de la muerte. Porque si tan gran peligro es dilatarla para adelante, ¿qué será para este punto? Mas porque este engaño está muy extendido por el mundo, y son muchas las ánimas que por aquí perescen, necesario es que dél particularmente tratemos. Y aunque sea algun peligro hablar desta materia, porque podria ser ocasion de desconfianza para algunos flacos; pero muy mayor peligro es no saber los hombres el peligro á que se ponen, cuando para este tiempo se guardan. De manera que pesados ambos peligros, sin comparacion es mayor este que el otro; pues vemos cuántas mas son las ánimas que se pierden por indiscreta confianza, que por demasiado temor. Y por tanto á nosotros que estamos puestos en el atalaya de Ecequiel[3], conviene avisar destos peligros; porque los que por nosotros deben ser avisados, no se llamen á engaño; y si ellos se perdieren, no cargue su sangre sobre nosotros. Y pues no tenemos otra lumbre ni otra verdad en esta vida, sino la de la Escriptura Divina, y de los sanctos Padres, y doctores que la declaran; veamos qué es lo que ellos dicen acerca desto, por-

[1] Joan. v.
[2] Psalm. XCIV.
[3] Ezech. III, XXXIII.

que bien creo que nadie será tan atrevido, que ose anteponer su parescer á este. Y procediendo por esta via, traigamos primero lo que los sanctos antiguos, y en cabo lo que la Sancta Escriptura acerca desto nos enseñan.

## § I

### Autoridades de los sanctos antiguos, de la penitencia final.

Mas ántes que entremos en esta disputa, presupongamos primero lo que Sant Augustin y todos los doctores generalmente dicen : conviene saber, que así como es obra de Dios la verdadera penitencia, así la puede él inspirar cuando quisiere, y así en cualquier tiempo que la penitencia fuere verdadera (aunque sea en el punto de la muerte) es poderosa para dar salud. Mas esto cuán pocas veces acaezca, ni quiero que yo ni tú seamos creidos en esta parte ; sino que lo sean los sanctos, por cuya boca habló el Espíritu Sancto, y por sus dichos y testimonios será razon que todos estemos. Oye pues primeramente lo que sobre este caso dice Sant Augustin en el libro de la verdadera y falsa penitencia : Ninguno espere á hacer penitencia cuando ya no puede pecar, porque libertad nos pide para esto Dios y no necesidad. Y por tanto aquel á quien primero dejan los pecados, que él deja á ellos, no paresce que los deja por voluntad, sino por necesidad. Por donde los que no quiesieron convertirse á Dios en el tiempo que podian, y despues vienen á confesarse cuando ya no pueden pecar, no así fácilmente alcanzarán lo que desean. Y un poco mas abajo, declarando cuál haya de ser esta conversion, dice así : Aquel se convierte á Dios, que todo, y del todo se vuelve á él ; el cual no solo teme las penas, sino trabaja por alcanzar la gracia y los bienes del Señor. Y si desta manera acaesciere convertirse alguno al fin de la vida, no habemos de desesperar de su perdon. Mas porque apénas ó muy pocas veces se halla en aquel tiempo esta tan perfecta conversion, hay razon para temer del que tan tarde se convierte. Porque el que se ve apretado con los dolores de la

enfermedad, y espantado con el temor de la pena, con dificultad llegará á hacer verdadera satisfaccion, mayormente viendo delante de sí los hijos que desordenadamente amó, y á la mujer, y al mundo que están tirando por él. Y porque hay muchas cosas que en este tiempo impiden el hacer penitencia, peligrosísima cosa es, y muy vecina de la perdicion, dilatar hasta la muerte el remedio della. Y con todo esto digo que si este tal alcanzare perdon de sus culpas, no por eso quedará libre de todas las penas. Porque primero ha de ser purgado con el fuego del purgatorio, por haber dejado el fructo de la satisfaccion para el otro siglo. Y este fuego aunque no sea eterno (como es el del infierno), mas es extrañamente grande ; porque sobrepuja todas las maneras de penas que se han padescido en este mundo. Ni jamas en carne mortal se sintieron tales tormentos, aunque los de los mártires hayan sido tan grandes, y los que han padescido algunos malhechores. Y por tanto procure cada uno de corregir así sus males, que no le sea necesario despues de la muerte padescer tan terribles tormentos.

Hasta aquí son palabras de Sant Augustin, donde habrás visto la grandeza del peligro en que se pone el que de propósito guarda la penitencia para este tiempo.

Sant Ambrosio tambien en el libro de la penitencia (aunque otros atribuyen este dicho al mesmo Sant Augustin) trata copiosamente esta materia, donde entre otras muchas cosas dice así : El que puesto ya en el postrer término de la vida pide el sacramento de la penitencia, y le recibe, y así sale desta vida, yo os confieso que no le negamos lo que pide ; mas no osamos afirmar que salga de aquí bien encaminado. Torno á repetir que no oso decir esto ; que no os lo prometo ; que no lo digo, que no os quiero engañar. ¿Pues quieres, hermano, salir desta duda, y escaparte de cosa tan incierta? Haz penitencia en el tiempo que estás sano. Si así lo haces, dígote que vas bien encaminado ; porque heciste penitencia en tiempo que pudieras pecar. Pero si aguardas á hacer penitencia en tiempo que ya no podias pecar, los pecados dejaron á ti, y no tú á ellos.

Lo mesmo dice Sant Isidoro por estas palabras : El que

quiere á la hora de la muerte estar cierto del perdon, haga penitencia cuando está sano, y entónces llore sus maldades; mas el que habiendo vivido mal hace penitencia á la hora del morir, este corre mucho peligro; porque así como su condenacion es incierta, así su salvacion es dudosa.

Todas estas palabras son mucho para temer; mas mucho mas son las que escribe Eusebio, discípulo de Sant Hierónimo, que este, su sancto maestro, dijo estando para morir, echado en tierra, vestido de saco: y porque no osaré referirlas con el rigor que están escriptas, por no dar motivo á los flacos para desmayar, el que quisiere las podrá leer en el cuarto tomo de las obras de Sant Hierónimo en una epístola que Eusebio escribe á Dámaso, obispo, sobre la gloriosa muerte de Sant Hierónimo. Pero entre otras cosas dice así: ¿Podrá decir el que todos los dias de su vida perseveró en su pecado: Á la hora de la muerte haré penitencia y me convertiré? ¡Oh cuán triste es esta consolacion! Porque el que ha vivido mal toda la vida sin acordarse (sino por ventura por entre sueños) qué cosa era penitencia, muy dubdoso remedio tendrá en esta hora. Porque estando él en este tiempo enlazado con los negocios del mundo, y fatigado con los dolores de la enfermedad, y congojado con la memoria de los hijos que deja, y con el amor de los bienes temporales de que ya no espera gozar: estando así cercado de todas estas angustias, ¿qué disposicion tiene para levantar el corazon á Dios, y hacer verdadera penitencia, la cual en toda la vida nunca hizo, cuando esperaba vivir, y agora no haria si esperase sanar? Pues ¿qué manera de penitencia es la que se hace cuando la mesma vida se despide? Conozco algunos de los ricos deste siglo, que despues de graves enfermedades recobraron la salud del cuerpo y empeoraron en la del ánima. Esto tengo, esto pienso, esto he aprendido por larga experiencia: que por maravilla tendrá buen fin aquel cuya vida fué siempre mala, el que nunca temió pecar, y siempre sirvió á la vanidad. Hasta aquí son palabras del dicho Eusebio, en las cuales ves el temor que este santo doctor tiene de la penitencia que hace en esta hora aquel que nunca la hizo en toda la vida.

Y no es menor el que Sant Gregorio en esta parte tiene[1], el cual sobre aquellas palabras de Job que dicen[2]: ¿Qué esperanza tendrá el hipócrita si roba lo ajeno? ¿Por ventura oirá Dios su clamor en el dia de su angustia? dice así: No oye Dios en el tiempo de la angustia las voces de aquel que en tiempo de paz no quiso oir las voces de su Señor. Porque escripto está[3]: El que cierra las orejas para no oir la ley, no será recebida su oracion. Mirando, pues, el sancto Job cómo todos los que agora dejan de obrar bien, al fin de la vida se vuelven á pedir mercedes á Dios, dice: ¿Por ventura oirá Dios el clamor de los tales? En las cuales palabras se conforma con la sentencia del Redemptor, que[4]: Á la postre vinieron las vírgines locas, diciendo: Señor, Señor, abridnos; y fuéles respondido: En verdad os digo que no os conozco. Porque en aquel tiempo usa Dios de tanto mayor severidad cuanto agora usa de mayor misericordia; y entónces castigará á los que pecaron con mayor rigor de justicia, el que agora benignamente les ofresce su misericordia. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio. Tambien Hugo de Sant Víctor en el segundo libro de los sacramentos, conformándose con los paresceres destos sanctos, dice así[5]: Dificultosa cosa es que sea verdadera la penitencia cuando viene tardía, y muy sospechosa debe ser aquella penitencia que paresce forzada. Porque fácil cosa es creer de sí el hombre que no quiere lo que no puede. Por donde la posibilidad declara muy bien la voluntad. Y por esto si no haces penitencia cuando puedes, argumento es que no quieres.

El Maestro de las sentencias va tambien por este mesmo camino, y así dice: Como la penitencia verdadera sea obra de Dios, puédela él inspirar cuando quisiere, y galardonar por misericordia á los que podria condenar por justicia. Mas porque en aquel paso hay muchas cosas que retraen al

1 Lib. XVIII Mor. cap. 5.
2 Job, XXVII.
3 Prov. XXVIII.
4 Matth. XXV.
Homil. XII in Evang.

hombre deste negocio, cosa es peligrosa y vecina á la muerte dilatar hasta allí el remedio de la penitencia. Pero gran cosa es inspirarla Dios en aquella hora, si alguno hay á quien la inspire. ¡ Mira qué palabras estas tan para temer! ¿ Pues cuál es el desatinado que osa poner el mayor de los tesoros en el mayor de los peligros ? ¿ Hay cosa mayor en el mundo que tu salvacion ? ¿ Pues en qué seso cabe poner una cosa tan preciosa en tan grande peligro ?

Este es pues el parescer de todos estos tan grandes doctores. Por donde verás cuán grande locura sea tener tú por segura la navegacion de un golfo, de quien tan sabios pilotos hablan con tan gran temor. Oficio es el bien morir que conviene aprenderse toda la vida; porque á la hora de la muerte hay tanto que hacer en morir, que apénas hay espacio para aprender á bien morir.

## § II

### Autoridades de doctores escolásticos acerca de lo mesmo.

Resta agora para mayor confirmacion desta verdad, ver tambien lo que acerca desto sienten los doctores escolásticos. Entre los cuales Scoto trata muy de propósito esta cuestion en el cuarto de las sentencias, donde pone una conclusion que dice así : La penitencia que se hace á la hora de la muerte, apénas es verdadera penitencia, por la dificultad grande que entónces hay para hacerla. Prueba él esta conclusion por cuatro razones.

La primera es, por el grande estorbo que hacen allí los dolores de la enfermedad, y la presencia de la muerte para levantar el corazon á Dios, y ocuparlo en ejercicios de verdadera penitencia . Para cuyo entendimiento es de saber que todas las pasiones de nuestro corazon tienen grande fuerza para llevar en pos de sí el sentido y el libre albedrío del hombre. Y segun reglas de filosofía, muy mas poderosas son para esto las pasiones que dan tristeza, que las que causan alegría. De donde nasce que las pasiones y afectos del que está para morir, son las mas

fuertes que hay; porque (como dice Aristóteles) el último trance, y la mas terrible cosa de las terribles, es la muerte; donde hay tantos dolores en el cuerpo, tantas angustias en el ánima, y tanta congoja por los hijos, y mujer, y mundo que se dejan. Pues entre tan recios vientos de pasiones, ¿dónde ha de estar el sentido y el pensamiento, sino donde tan fuertes dolores y pasiones lo llevaron?

Vemos por experiencia cuando uno está con un dolor de ijada, ó con algun otro dolor agudo, que aunque sea hombre virtuoso, apénas puede por entónces tener el pensamiento fijo en Dios; sino que allí está todo el sentido, donde lo llama el dolor. Pues si esto acaesce al justo, ¿qué hará el que nunca supo qué cosa era pensar en Dios, y que tanto cuanto está mas habituado á amar su cuerpo que su ánima, tanto mas lijeramente acude al peligro del mayor amigo, que del menor? Entre cuatro impedimentos que Sant Bernardo pone de la contemplacion, uno dellos dice que es la mala disposicion del cuerpo [1]. Porque entónces el ánima está tan ocupada en sentir los dolores de su carne, que apénas puede admitir otro pensamiento que aquel que de presente la fatiga. Pues si esto es verdad, ¿qué locura es aguardar á la mayor de las indisposiciones del cuerpo para tratar del mayor de los negocios del ánima?

Supe de una persona, que estando en paso de muerte, y diciéndole que se aparejase para lo postrero, recibió tan grande angustia de ver tan cerca de sí la muerte, que (como si la pudiera detener con las manos) todo su negocio era pedir á muy gran priesa remedios y confortativos para evitar aquel trago si le fuera posible. Y como un sacerdote lo viese tan olvidado de lo que convenia para aquella hora, y le amonestase que se dejase ya de aquellos cuidados, y comenzase á llamar á Dios; importunado del buen consejo, respondió palabras muy ajenas de lo que aquel tiempo

[1] Serm. V de Assumptione B. M. circ. med., et serm. S. Martini paulo infra initium.

requeria, con las cuales espiró. Y el que así habló, habia sido persona virtuosa: para que por aquí veas tú, cómo turbará la presencia de la muerte á los que aman la vida cuando así turbó á quien otro tiempo la despreciaba.

Asimesmo supe de otra persona, que estando en una recia enfermedad, y pensando que se llegaba ya su hora, deseaba con gran deseo, primero que partiese, hablar un rato muy de propósito con Dios, y prevenir á su juez con alguna devota suplicacion; y parescíale que nunca los dolores y accidentes continuos de la enfermedad le daban un rato de alivio para hacerlo. Pues si para esto solo hay allí tan mal aparejo, ¿cuál es el loco que para tal tiempo guarda el remedio de toda la vida?

La segunda razon deste doctor es, porque la verdadera penitencia ha de ser voluntaria, esto es, hecha con promptitud de voluntad, y no por sola necesidad. Por lo cual dice Sant Augustin: Menester es no solo temer al juez, sino tambien amarle. Y hacer lo que se hiciere por voluntad, y no por necesidad. Pues el que en toda la vida nunca hizo penitencia verdadera, y aguarda entónces á hacerla, no paresce que la hace por voluntad, sino por pura necesidad. Y si por sola esta causa la hace, no es su penitencia puramente voluntaria.

Tal fué la penitencia que hizo Semeí por la ofensa que habia hecho á David cuando iba huyendo de Absalom su hijo [1]: el cual despues que lo vió volver de la huida victorioso, y entendió el mal que por allí le podia venir, adelantóse con mucha gente á recibir al Rey y pedirle con mucha humildad perdon de la culpa pasada. Lo cual como viese un pariente de David llamado Abisaí, dijo: Cómo? ¿y por estas palabras fingidas se ha de escapar de la muerte Semeí, habiendo hecho tan grande injuria al rey David? Mas el sancto rey, que tan bien entendia de cuán poco mérito era aquella satisfaccion, aunque por entónces prudentemente disimuló, no por eso le dejó sin castigo; ántes á la hora de la muerte, con celo de justicia, no de

[1] Reg. XVI, XIX.

venganza, dejó mandado como en testamento á su hijo Salamon que le diese su merescido : y así lo hizo [1]. Tal pues paresce la penitencia de muchos malos cristianos, los cuales habiendo perseverado en ofender á Dios toda la vida, cuando llega la hora de la cuenta, como ven la muerte al ojo, y la sepultura abierta, y el juez presente, y entienden que no hay fuerza ni poder contra aquel sumo poder, y que en aquel punto se ha de determinar lo que para siempre ha de ser, vuélvense al juez con grandes suplicaciones y protestaciones : las cuales si son verdaderas, no dejan de ser provechosas ; mas el comun suceso dellas declara lo que son. Porque por experiencia habemos visto muchos destos, que si escapan de aquel peligro, luego se descuidan de todo lo que prometieron, y vuelven á ser los que eran ; y aun tornan á revocar los descargos que dejaban ordenados, como hombres que no hicieron lo que hicieron por virtud y por amor de Dios, sino solamente por aquella prisa en que se vieron : la cual como cesó, cesó tambien el efecto que della se seguia.

En lo cual paresce ser esta manera de penitencia muy semejante á la que suelen hacer los mareantes en tiempo de alguna grande tormenta, donde proponen y prometen grandes virtudes y mudanzas de vida. Mas acabada la tormenta, y escapados del presente peligro, luego se vuelven á jugar y blasfemar como lo hacian ántes ; sin hacer mas caso de todo lo pasado, que si fuera un propósito soñado.

La tercera razon es porque el mal hábito y costumbre de pecar que el malo ha tenido todo la vida, comunmente le suele acompañar (como la sombra al cuerpo) hasta la muerte ; porque la costumbre es como otra naturaleza, que con gran dificultad se vence. Y así vemos por experiencia muchos en aquella hora tan olvidados de su ánima, tan avarientos para ella, aun en la muerte, tan encarnizados en el amor de la vida (si la pudiesen redemir por algun precio), tan captivos del amor deste mundo, y de todas las cosas que en él amaron, como si no estuviesen en el paso que están.

[1] III Reg. II.

¿ No has visto algunos viejos en aquella hora tan guardosos, y cobdiciosos, y tan atentos á mirar por sus trapillos y pajuelas, y tan cerradas las manos para todo bien, y tan vivo el apetito, aun de aquello que no pueden consigo llevar ? Este es un linage de pena con que muchas veces castiga Dios la culpa, permitiendo que acompañe á su autor hasta la sepultura, segun que lo dice Sant Gregorio por estas palabras : Con este linage de castigo castiga Dios al pecador, permitiendo que se olvide de sí en la muerte el que no se acordó de Dios en la vida. Desta manera se castiga un olvido con otro olvido : el olvido que fué culpa con el que juntamente es pena y culpa. Lo cual se ve cada dia por experiencia ; pues tantas veces habemos oido de muchos que se dejaron morir entre los brazos de las malas mujeres, que mal amaron, sin quererlas despedir de su compañía, ni aun en aquella hora, por estar por justo juicio de Dios olvidados de sí mesmos y de sus ánimas.

La cuarta razon se funda en la cualidad del valor que ordinariamente suelen tener las obras que en aquel tiempo se hacen. Porque paresce claro (á quien tiene algun conoscimiento de Dios), cuánto ménos le agrade este linage de servicios, que los que en otros tiempos se hacen. Porque ¿ qué mucho es (como decia la sancta vírgen Lucia) ser muy largo de lo que, aunque te pese, has acá de dejar ? ¿ Qué mucho es perdonar allí la deshonra, cuando seria mayor deshonra no perdonarla ? ¿ Qué mucho es dejar la manceba, cuando aunque quisieses, no la podrias ya mas tener en casa ?

Por estas razones pues concluye este doctor que en aquella hora con dificultad se hace penitencia verdadera ; y añade aun mas, diciendo : Que el cristiano que con deliberacion determina guardar la penitencia para aquella hora, peca mortalmente, por la grande ofensa que hace á su ánima, y por el grandísimo peligro en que pone su salvacion. Pues ¿ qué cosa mas para temer que esta ?

## § III

**Autoridades de la sagrada Escriptura para el mesmo propósito.**

Mas porque todo el peso desta disputa principalmente pende de la palabra de Dios (porque para contra esta no hay apelacion ni respuesta), oye agora lo que ella acerca desto nos enseña. En el primer capítulo de los Proverbios, despues de haber escripto Salomon las palabras con que la sabiduría eterna llama á los hombres á penitencia, dice luego las que dirá á los rebeldes á este llamamiento, en esta forma[1]: Porque os llamé, y no quisistes acudir á mi llamamiento, extendí mis manos, y no hubo quien las mirase, y despreciastes todas mis reprehensiones y consejos: yo tambien me reiré en vuestra muerte, y haré burla de vosotros cuando os vinieren los males que temíades. Cuando viniere de improviso la muerte, como tempestad que á deshora se levanta, entónces me llamarán, y no los oiré; y de mañana madrugarán á ponérseme delante, y no me hallarán; porque aborrescieron el castigo y la doctrina, y no tuvieron temor de Dios, ni quisieron obedescer mis consejos. Hasta aquí son palabras de Salomon, ó por mejor decir del mismo Dios. Las cuales Sant Gregorio en el susodicho libro de los Morales entiende y declara al propósito que aquí hablamos. Pues ¿ qué tienes que responder á esto? ¿ Por qué no bastarán estas amenazas, pues son de Dios, para hacerte temer un tan gran peligro, y aparejarte para esta hora con tiempo?

Pues oye aun otro testimonio no ménos claro. Hablando el Salvador en el Evangelio[2] de su venida á juicio, aconseja á sus discípulos con grande instancia que estén aparejados para esta hora; trayéndoles para esto muchas comparaciones por las cuales entendiesen cuánto esto les importaba. Y así dice[3]: Bienaventurado es el siervo á quien el Señor hallare

[1] Prov. I.
[2] Matth. XIII.
[3] Ibid. XXIV.

en aquella hora velando. Mas si el mal siervo dijere en su corazon : Mi Señor se tarda mucho ; tiempo me queda para aparejarme : y él entre tanto se diere á comer, y beber, y hacer mal á sus compañeros, vendrá su Señor en el dia que él no piensa, y en la hora que no sabe, y partirlo ha por medio, y darle ha el castigo que se da á los hipócritas. Aquí paresce claro que el Señor sabía bien los consejos de los malos, y las veredas que buscan para sus vicios ; y por esto les sale al canino, y les dice cómo les ha de ir por él, y en qué han de parar sus confianzas. Pues ¿ que otro pleito es el que agora tratamos, sino este ? ¿ Qué digo yo aquí, sino lo que el mesmo Señor te dice ? Tú eres ese siervo malo que haces en tu corazon la mesma cuenta ; y así te quieres aprovechar de la dilacion del tiempo para comer y beber, y perseverar en los mesmos delictos. Pues ¿ cómo no temerás esta amenaza que te hace quien es tan poderoso para cumplirla, como para hacerla ? Contigo habla, contigo lo ha, á ti lo dice : despierta, miserable, y repárate con tiempo, porque no seas despedazado cuando llegue la hora deste juicio.

Parésceme que gasto mucho tiempo en cosa tan clara. Mas ¿ qué haré, que aun con todo esto veo muy gran parte del mundo cubrirse con este manto ? Pues para que aun mas claro veas la grandeza deste peligro, oye otro testimonio del mesmo Salvador. Acabadas estas palabras, añade luego lo que se sigue, diciendo [1] : Entónces será semejante el reino de los cielos á diez vírgines, cinco locas, y cinco sabias. Entónces dice : ¿ Cuándo entónces ? Cuando venga el juez ; cuando se llegue la hora de su juicio, así el universal de todos, como el particular de cada uno, segun declara Sant Augustin ; porque no se altera en el universal lo que en el particular se determina. Pues en este paso (dice el Señor) acaesceros ha, como acaesció á diez vírgines, cinco locas, y cinco sabias, las cuales aguardaban por la venida del esposo. Las sabias proveyéronse con tiempo de lámparas y de óleo para salirle á recebir ; mas las locas, como tales, no curaron desto. Y á la media noche, al tiempo del mayor sueño (que es

[1] Matth. xxv.

cuando los hombres están mas descuidados, y ménos piensan en este paso), diéronles rebato, diciendo que venia el esposo, que le saliesen á recebir. Entónces levantáronse todas aquellas vírgines, y aderezaron sus lámparas; y las que estaban ya aparejadas entraron con él á las bodas, y cerróse la puerta; mas las que no estaban aparejadas, comenzaron entónces á querer proveerse, y aparejarse, y á dar voces al esposo, diciendo : Señor, Señor, abridnos. Á las cuales respondió : En verdad os digo que no os conozco. Y así concluye el sancto Evangelio la parábola, y la declaracion della, diciendo : Por tanto velad, y estad aparejados; pues no sabeis el dia ni la hora. Como si dijera : ¿ Habeis visto cuán bien libraron en este trance las vírgines que estaban aparejadas, y cuán mal las que no lo estaban? Por tanto, pues no sabeis el dia ni la hora desta venida, y el negocio de vuestra salvacion pende tanto deste aparejo, velad y estad aparejados en todo tiempo; porque no os tome aquel dia desapercebidos, como á estas vírgines, y así perezcais, como ellas perecieron. Este es el sentido literal desta parábola, como declara el cardenal Cayetano en este lugar, donde díce : Esto solo sacamos de aquí, que la penitencia que se dilata hasta la hora de la muerte (cuando se oye esta palabra : Cata que viene el esposo), no es segura : ántes en esta parábola se describe como no verdadera ; porque por la mayor parte no lo es. Y al cabo pone este doctor la resolucion de todo la parábola, diciendo : La conclusion desta doctrina es dar á entender que por tanto las cinco vírgines locas fuéron desechadas, porque al tiempo que el esposo vino, no estaban aparejadas; y por esto las otras cinco fuéron admitidas, porque estaban apercebidas. Por donde conviene que siempre lo estémos, pues no sabemos la hora desta venida. Pues ¿ qué cosa se podia pintar mas clara que esta ? Por lo cual me maravillo mucho cómo despues de la justificacion tan clara desta verdad, se osan los hombres entretener y consolar con esta tan flaca esperanza. Porque ántes desta luz tan clara, no me maravillara yo tanto que se persuadieran lo contrario, ó se quisieran engañar; mas despues que aquel maestro del cielo esolvió esta materia; despues que el mesmo juez nos de-

claró con tantos ejemplos las leyes de su juicio, y el norte por donde nos habia de juzgar, ¿en qué seso cabe creer que de otra manera pasará el negocio, que lo predicó el que lo ha de sentenciar?

## § IV

### Responde á algunas objecciones.

Mas por ventura contra todo esto me dirás: ¿pues el ladron no se salvó con una sola palabra á la hora de la muerte[1]? Á esto responde Sant Augustin en el libro alegado[2], que aquella confesion del buen ladron fué la hora de su conversion, y de su baptismo, y de su muerte juntamente. Por donde así como el que muere acabándose de baptizar (como á otros muchos ha acontescido) va derecho al cielo, así acaesció á este dichoso ladron; porque aquella hora fué para él hora de su baptismo.

Respóndese tambien que así esta obra tan maravillosa como todos los milagros y obras semejantes, estaban profetizadas, y guardadas para la venida del Hijo de Dios al mundo, y para testimonio de su gloria: y así convenia que para la hora en que aquel Señor padescia, se escureciesen los cielos, y temblase la tierra, y se abriesen los sepulcros, y resuscitasen los muertos[3]; porque todas estas maravillas estaban guardadas para testimonio de la gloria de aquella persona; y en la cuenta destas entra la salud de aquel sancto ladron, en la cual obra no es ménos admirable su confesion, que su salvacion, pues confesó en la Cruz el reino, y predicó la fe cuando los apóstoles la perdieron, y honró al Señor cuando todo el mundo le blasfemaba. Pues como esta maravilla junto con las otras pertenescan á la dignidad de aquel Señor, y de aquel tiempo, grande engaño es querer que generalmente se haga en todos los tiempos lo que estaba reservado para aquel.

Cónstanos tambien que en todas las repúblicas del mundo

1 Luc. XXIII.
2 De vera et falsa pœnitentia.
3 Matth. XXVII.

hay cosas que ordinariamente se hacen, y cosas tambien extraordinarias : y las ordinarias son comunes para todos ; mas las extraordinarias son para algunos particulares. Lo mesmo tambien pasa en la república de Dios, que es su Iglesia. Porque cosa regular y ordinaria es aquella que dice el Apostol [1] : que el fin de los malos será conforme á sus obras : dando á entender que (generalmente hablando) á la buena vida se sigue buena muerte, y á la mala vida mala muerte. Cosa tambien es ordinaria que los que hicieren buenas obras irán á la vida eterna, y los que malas al fuego eterno. Esta es una sentencia que á cada paso repiten todas las Escrituras Divinas. Esto cantan los Salmos, esto dicen los profetas, esto anuncian los apóstoles, esto predican los evangelistas. Lo cual en pocas palabras resumió el profeta David, cuando dijo : Una vez habló Dios, y dos cosas le oí decir : que él tenia poder y misericordia, y que así daria á cada uno segun sus obras. Esta es la suma de toda la filosofía cristiana. Pues segun esta cuenta decimos que cosa es ordinaria que así el justo como el malo reciban su merescido al fin de la vida segun sus obras ; pero fuera desta ley universal puede Dios usar de especial gracia con algunos para gloria suya, y dar muerte de justos á los que tuvieron vida de pecadores, como tambien podria acaescer que el que hubiese vivido como justo, por algun secreto juicio de Dios viniese á morir como pecador, que es como el que ha navegado prósperamente toda la carrera, y á boca del puerto viniese á padescer tormenta. Por lo cual dijo Salomon [2] : ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adam sube á lo alto, y el espíritu de las bestias desciende á lo bajo ? Porque aunque universalmente acaesce que las ánimas de los que viven como bestias desciendan à los infiernos, y las de los que viven como hombres de razon suban al cielo ; mas todavía por algun especial juicio de Dios puede suceder esto de otra manera ; pero la doctrina segura y general es : Quien viviere bien, tendrá buena muerte. Pues por esta causa nadie debe asegurarse con ejemplos de gracias

[1] II Cor. XI.
[2] Eccles. III.

particulares; pues estos no hacen regla general, ni pertenescen á todos, sino á pocos, y esos no conoscidos; por donde no puedes tú saber si serás del número dellos.

Otros alegan otra manera de remedio diciendo que los sacramentos de la ley de gracia hacen al hombre de atrito contrito, y que entónces á lo ménos tendrán esta manera de disposicion, la cual junto con la virtud de los sacramentos será bastante para darles salud. La respuesta desto es [1]: que no cualquier dolor basta para tener aquella manera de atricion, que junta con el sacramento da gracia al que lo recibe. Porque cierto es que hay muchas maneras de atricion y de dolor, y que no por cualquier atricion destas se hace el hombre de atrito contrito; sino por sola aquella que en particular sabe el dador de la gracia, y otro fuera dél no puede saber.

No ignoraban esta teología los sanctos doctores, y con todo esto hablan con tanto temor en esta manera de penitencia, como arriba declaramos; y expresamente Sant Augustin en la primera autoritad que dél alegamos, habla del que recibe penitencia, y es reconciliado por los sacramentos de la Iglesia: al cual, dice, damos penitencia, mas no seguridad.

Y si me alegares para esto la penitencia de los ninivitas [2], que procedia del temor que tuvieron de ser destruidos dentro de cuarenta dias, mira tú, no solo la penitencia tan áspera que hicieron, sino tambien la mudanza de su vida; y múdala tú desa manera, no te faltará esa mesma misericordia. Pero veo que apénas has escapado de la enfermedad, cuando luego tornas á la mesma maldad, y revocas cuanto tenias ordenado. ¿Qué quieres pues que juzgue desta penitencia?

## § V

### Conclusion de todo lo susodicho.

Todo esto se ha dicho, no para cerrar á nadie la puerta de la salud, ni de la esperanza (porque esta ni los sanctos la

[1] Soto in 4, d. 19, q. 6, art. 2.
[2] Jonæ, III.

cierran, ni nadie la debe cerrar); sino para desencastillar á los malos deste lugar de refugio, adonde se acogen para perseverar en sus males. Pues dime agora, hermano, por amor de Dios; si todas las voces de los doctores, y de los sanctos, y de la razon, y de la mesma Escriptura, tan peligrosas nuevas te dan desta penitencia, ¿cómo osas fiar tu salvacion de tan grande peligro? ¿En qué confías parar en aquella hora? ¿En tus aparejos y mandas de testamentos y oraciones? Ya ves la prísa que se dieron aquellas vírgines locas á proveerse, y las voces que dieron al esposo pidiéndole la puerta, y cuán poco les valieron; porque no procedian de verdadera penitencia [1]. ¿Confías en las lágrimas que allí derramarás? Mucho valen cierto las lágrimas en todo tiempo, y dichoso el que las derramare de corazon; mas acuérdate cuántas lágrimas derramó aquel que por una golosina vendió su mayorazgo, y cómo, segun dice el apóstol [2], no halló lugar de penitencia, aunque con tantas lágrimas la buscó; porque no lloraba por Dios, sino por el interese que perdia. ¿Confías en los buenos propósitos que allí propondrás? Mucho valen tambien estos cuando son verdaderos; mas acuérdate de los propósitos que propuso el rey Antíoco [3], el cual estando en este paso, prometió á Dios tan grandes cosas, que ponen admiracion á quien las lee, y con todo esto dice la Escriptura: Hacia aquel malvado oracion á Dios, del cual no habia de alcanzar misericordia; y la causa era, porque todo aquello que proponia, no lo proponia con espíritu de amor, sino de puro temor servil, el cual aunque sea bueno, pero solo él no basta para alcanzar el reino del cielo. Porque temer las penas del infierno es cosa que puede proceder del amor natural que el hombre tiene á sí mesmo; y amar el hombre á sí, no es cosa por la cual se dé á nadie este reino. De suerte que así como con ropa de sayal no entraba nadie en el palacio del rey Asuero [4], así tampoco entrará en el de Dios con ropa de siervo, que

[1] Matth. xxv.
[2] Hebr. xii.
[3] II Mach. ix.
[4] Esther, iv.

es con solo este temor, si no va vestido con ropa de bodas, que es amor.

¡Oh pues, hermano mio! ruégote agora pienses atentamente que sin duda te has de ver en esta hora, y no será de aquí á muchos dias, pues ya ves la prisa que se dan los cielos á correr. Presto se acabará de hilar con tantas vueltas este copo de lana, que es nuestra vida mortal. Cerca está, dice el profeta [1], el dia de la perdicion, y los tiempos se dan priesa por llegar. Pues acabado este tan lijero plazo, verná el cumplimiento destas profecías, y allí verás cuán verdadero profeta te he sido en lo que te he anunciado. Allí te verás cercado de dolores, fatigado con cuidados, agonizando con la presencia de la muerte, esperando la suerte que de ahí á poco te ha de caber. ¡Oh suerte dudosa! ¡Oh trance riguroso! ¡Oh pleito donde se espera sentencia de vida para siempre, ó muerte para siempre! ¡Quién pudiese entónces trocar aquellas suertes! ¡Quién tuviese mano en aquella sentencia! Agora la tienes: no la desprecies. Agora tienes tiempo para granjear al juez. Agora puedes ganarle la voluntad. Toma pues el consejo del profeta que dice [2]: Buscad al Señor en el tiempo que se puede hallar, y llamadlo cuando está cerca para os oir. Agora está cerca para nos oir, aunque no lo podemos ver; mas en la hora del juicio verse ha, pero no nos oirá, si dende agora no lo tuviéremos merescido.

## CAPÍTULO XXVII

### Contra los que perseveran en sus pecados con esperanza de la divina misericordia.

Otros hay que, perseverando en su mala vida, se aseguran con la esperanza de la divina misericodia, y de la pasion de Cristo: á los cuales tambien será razon que demos su desengaño, como á todos los demás. Dices que es grande la misericordia de Dios, pues por los pecadores se puso en la

[1] Deut. XXXIX.
[2] Isai. LV.

Cruz. Yo te confieso que es muy grande, pues te consiente tan grande blasfemia como es hacer tú su bondad fautora de tu maldad; y que la Cruz que él tomó por medio para destruir el reino del pecado, tomes tú por medio para fortalecerlo; y donde le habias de ofrescer mil vidas que tuvieras por haber puesto la suya por ti, tomes de ahí ocasion para negarle esa sola que él te dió. Mas le dolió esto al Salvador que la mesma muerte que padescia; pues no quejándose della, se quejó deste agravio por su profeta, diciendo [1] : Sobre mis espaldas fabricaron los pecadores, y extendieron su maldad. Dime, ruégote, ¿quién te enseñó á hacer esa consecuencia, que porque Dios es bueno, tomes tú licencia para ser malo, y salir con ello? Á lo ménos el Espíritu Sancto no enseña á argüir desa manera, sino desta : Porque Dios es bueno meresce ser servido, y obedescido, y amado sobre todas las cosas. Porque Dios es bueno es razon que yo lo sea, y espere en él que me perdonará por gran pecador que haya sido, si de todo corazon me volviere á él. Porque Dios es bueno, y tan bueno, por eso es mayor maldad ofender á tal bondad. Y así cuánto mas engrandesces la bondad en que confías, tanto mas encarsces la culpa que contra ella cometes. Y esa tan grande culpa no es justo que quede sin castigo; y ese cargo pertenesce á la divina justicia, que es, no como tú piensas, contraria, sino hermana y defensora de la divina bondad, la cual no consiente que tal ofensa quede sin debido castigo.

No es nueva esta manera de excusa, sino muy vieja y muy usada en el mundo; porque esta era la contienda que tenian los profetas verdaderos con los falsos : ca los unos amenazaban de parte de Dios castigos de justicia, y los otros prometian de su propria cabeza falsa paz y misericordia ; y despues que el azote de Dios declaraba la verdad de los unos, y la mentira de los otros, decian los verdaderos profetas [2] : ¿ Dónde están vuestros profetas que os aseguraban, y decian : No vendrá Nabucodonosor sobre nosotros ?

[1] Psalm. CXXVIII.
[2] Jerem. XXXVII.

Dices que es grande la misericordia de Dios. Tú que eso dices, créeme que no te ha Dios abierto los ojos para que veas la grandeza de su justicia. Porque si esto fuera, tú dijeras con el profeta [1] : ¿ Quién hay, Señor, que alcance á conoscer el poder de vuestra saña, y que pueda contar la grandeza de vuestra ira?

Pues para que salgas dese engaño tan peligroso, ruégote que nos pongamos agora en razon. Ni tú ni yo habemos visto la justicia divina en sí mesma, para que por esta via podamos conoscer su medida. Ni tampoco podemos en este mundo conoscer á Dios sino por sus obras. Pues entremos agora en ese mundo espiritual de la Sagrada Escriptura, y despues salgamos á este corporal en que vivimos; y notemos en el uno y en el otro las obras de la divina justicia, para que por ellas la conozcamos.

Sernos ha esta jornada muy provechosa; porque demás del fin que pretendemos, sacarémos otro fructo muy grande, que será avivar y criar en nuestros corazones el temor de Dios, el cual dicen los sanctos que es el tesoro, la guarda, y el peso de nuestras ánimas. Por donde así como el navío que va sin lastre y sin peso, no va seguro, porque cualquier viento recio hasta para trastornarlo; así tampoco lo va el ánima que camina sin el peso deste temor. El temor la sostiene, para que los vientos de los favores humanos y divinos no la levanten y trastumben. Por muy rica que vaya, si caresce deste peso, va á peligro. Y por tanto, no solo los principiantes, sino tambien los criados viejos en la casa del Señor, han de vivir con temor; y no solamente los culpados que tienen por qué temer, sino tambien los justos que no han hecho tanto por qué. Los unos teman porque cayeron, y los otros porque no caigan : á los unos los males pasados, y á los otros los peligros venideros deben poner temor.

Y si quieres saber cómo se engendrará en ti este sancto temor, dígote que despues de infundido con la gracia, se conserva y cresce con esta consideracion de las obras de la divina justicia, de que agora comenzamos á tratar. Pién-

[1] Psalm. LXXXIX.

salas, y rúmialas muchas veces, y poco á poco verás criado en ti este sancto temor.

## § I

### De las obras de la divina justicia que se cuentan en la sagrada Escriptura.

La primera obra de la divina justicia (de que se hace mencion en la Escriptura divina) fué la condenacion de los ángeles. El principio de los caminos de Dios fué aquella terrible y sangrienta bestia, que es el príncipe de los demonios, como se escribe en Job [1]: Porque como todos los caminos de Dios sean misericordia y justicia [2], hasta aquella primera culpa no se habia descubierto la justicia. Encerrada estaba en el seno de Dios, como espada en su vaina, á la cual enviaba el profeta Ecequiel, si se cumpliera su deseo [3]. Esta primera culpa hizo que se desvainase la espada; y mira tú aquel primer golpe que tal fué. Alza los ojos, y verás una gran lástima, verás una de las mas ricas joyas de la casa de Dios, una de las principales hermosuras del cielo, una imágen en quien tan altamente resplandescia la hermosura divina, caer del cielo como un rayo [4], por un solo pensamiento soberbio. De príncipe entre los ángeles se hizo príncipe de los demonios; de hermosísimo, el mas feo; de gloriosísimo, el mas atormentado; de graciosísimo, el mayor enemigo de todos cuantos Dios tiene y tendrá jamás. ¿ Qué cosa de tan grande admiracion debe ser esta para aquellos espíritus celestiales, los cuales tambien conoscen de dónde y adónde cayó una tan excelente criatura? ¿ Con qué espanto dirán todas aquellas palabras de Isaías [5]: Cómo caíste del cielo, lucero que salias á la mañana?

Deciende luego mas abajo al paraíso terrenal [6], y verás

[1] Job, XL.
[2] Psalm. XXIV.
[3] Ezech. XXI
[4] Luc. X.
[5] Isai. XIV.
[6] Genes. III.

otra caída no ménos espantosa, si no fuera reparada. Porque si los ángeles cayeron, cada uno hizo su pecado actual por do cayese. Mas ¿qué pecado actual hace el niño que nasce, por do nazca hijo de ira? No es menester que haya actualmente pecado: basta que sea de linaje de un hombre que pecó, y pecando corrompió la comun raiz de toda la naturaleza humana [1], que en él estaba, para que éste nazca con su proprio pecado. Es tan grande la gloria y la majestad de Dios, que haberle una criatura ofendido meresce este tan espantoso castigo. Porque si aquel gran privado del rey Asuero, que se decia Aman, no se tenia por satisfecho con tomar venganza de solo Mardoqueo [2], de quien se tenia por injuriado, sino parescíale que convenia á su grandeza que todo el linaje de los judíos pagase con universal muerte el desacato de uno; ¿qué mucho es que la gloria y grandeza infinita de Dios pida este castigo? Cata aquí pues el primer hombre desterrado del paraíso por un bocado, el cual todo el universo mundo hasta el dia de hoy está ayunando. Y al cabo de tantos siglos el hijo que nasce, saca la lanzada del padre; y no solo ántes que sepa pecar, sino ántes que nazca, nasce hijo de ira: y esto á cabo de tantos siglos. En tan largo espacio no está aun olvidada aquella injuria por tantos hombres repartida, y con tantos azotes castigada; ántes todas cuantas penas hasta hoy se han padescido, y todas cuantas muertes ha habido, y todas cuantas ánimas arden y arderán para siempre en el infierno, todas son centellas que originalmente decienden de aquella primera culpa, y argumentos y testimonios de la divina justicia. Y todo esto pasa aun despues de la redempcion del género humano por la sangre de Cristo; porque á no estar esto de por medio, ¿qué diferencia hubiera del hombre al demonio, pues tan poco remedio tenia el uno y el otro para se salvar? ¿Paréscete pues que es esta razonable muestra de la justicia divina?

Y como si no bastara este yugo tan pesado sobre los hijos de Adam, añadiéronse de ahí adelante otros y otros nuevos

[1] Ephes. II; Psalm. L.
[2] Esther, III.

castigos por otros nuevos pecados, que (como dijimos) se derívaron de aquel pecado. Todo el universo mundo peresció con las aguas del diluvio [1]. Sobre aquellas cinco deshonestas ciudades llovió Dios fuego y piedra azufre del cielo [2]. Á Dathan y Abiron, por una competencia que tuvieron con Moysen, tragó la tierra vivos [3]. Dos hijos de Aaron, Nadab y Abiú, porque dejaron de guardar una cerimoia en su sacrificio, fuéron súbitamente abrasados con el fuego del sanctuario [4] ; sin que les valiese la dignidad del sacerdocio, ni la sanctidad del padre, ni la privanza que tenia con Dios Moysen su tio. Ananías y Saphira, en el nuevo Testamento, por una mentira que dijeron, al parescer liviana, en un punto los arrebató la muerte juntos [5].

¿ Pues qué diré de los juicios espantosos de Dios ? Salomon, el mas sabio de los hijos de los hombres [6], y tan amado de Dios, que le mandó él poner por nombre: *El amado del Señor* [7] vino por sus altos juicios á dar en el extremo de todos los males, que fué arrodillarse ante las estatuas de los ídolos. ¿ Qué cosa mas para temer ? Y si supieses los juicios que desta manera acaescen cada dia en la Iglesia, no ménos por ventura te espantaria que todo lo dicho ; porque verias muchas estrellas del cielo caidas en tierra ; verias muchos que asentados á la mesa de Dios comian pan de ángeles, venir á desear hinchir sus vientres de manjares de puercos [8]; verias muchas castidades mas finas y mas hermosas que el marfil antiguo, tiznadas y convertidas en carbones de fuego : de lo cual todo fuéron causa las culpas y pecados de los que cayeron ; porque la ordenacion y los juicios de Dios no ponen necesidad á las obras de los hombres, ni les quitan su libre albedrío.

Mas sobre todo esto, ¿ qué mayor muestra de justicia que

[1] Genes. VII.
[2] Ibid. XIX.
[3] Num. XVI.
[4] Levit. X.
[5] Act. V.
[6] III Reg. XI, XII
[7] II Reg. XII.
[8] Luc. XV.

no contentarse Dios con otra menor satisfaccion, que la muerte de su unigénito Hijo para haber de perdonar al mundo? Qué palabras tan para sentir aquellas que el Salvador dijo á las mujeres que le iban llorando[1]: Hijas de Hierusalem, no lloreis sobre mí, sino sobre vosotras, y sobre vuestros hijos; porque dias vendrán en que diréis: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entónces dirán á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Cubridnos. Porque si esto se hace en el madero verde, ¿en el seco qué se hará? Como si mas claramente dijera: Si este árbol de vida y de innocencia (en el cual nunca hubo gusano ni carcoma de pecado) así arde con las llamas de la justicia divina por los pecados ajenos; ¿cómo arderá el árbol estéril y seco, á quien no la caridad, sino la maldad tiene tan cargado de los suyos proprios? Pues si en esta que fué obra de tanta misericordia ves tan grande rigor de justicia, ¿qué será en las otras obras, donde no resplandesce tanto esta misericordia?

Mas si por ventura eres tan rudo que no penetras la fuerza desta razon, párate á considerar aquella eternidad de las penas del infierno, y mira cuán espantable sea aquella justicia, que el pecado que se puede hacer en un punto, castiga con eterno tormento. Con esa tan grande misericordia que alaba, se compadesce esta tan espantable justicia que ves. Qué cosa tan espantosa como ver de la manera que estará aquel sumo Dios mirando dende el trono de su gloria un ánima que habrá estado penando millones de años en tan terribles tormentos, y que no por eso se inclinará jamás á compasion della, sino ántes se holgará que pene, y que esta pena sea sin cabo, y sin término, y sin esperanza de remedio. ¡Oh alteza de la justicia divina! ¡Oh cosa de grande admiracion! ¡Oh secreto y abismo de altísima profundidad! ¿Qué hombre hay tan fuera de juicio, que considerando esto no se estremezca y admire de tan grande castigo?

[1] Luc. XXIII.

§ II

De las obras de la divina justicia que en este mundo se ven.

Mas dejemos agora la Escritura Sagrada, y salgamos á este mundo visible, y en él hallarémos otras obras de grandísima y espantosa justicia. Dígote de verdad que los que tienen un poquito de lumbre y conoscimiento de Dios, viven en este mundo con tan gran temor y espanto destas obras, que hallando salida para todas las otras obras divinas, no la hallan para esta, sino en sola la humilde y sencilla confesion de la fe. ¿ Á quién no pone en admiracion ver cuasi toda la haz de la tierra cubierta de infidelidad ? ¿ ver que tan grande sementera tienen aquí los demonios para poblar los infiernos ? ¿ ver que tan gran parte del mundo, aun despues de la redempcion del género humano, se está como de ántes en las tinieblas de sus errores ? ¿ Qué es toda la tierra de cristianos, comparada con la que hay de infieles, y con la que cada dia se va descubriendo, sino un estrecho rincon ? Y todo lo demás tiene tirannizado el reino de las tinieblas : donde no resplandesce el sol de justicia ; donde no ha amanecido la lumbre de la verdad ; donde, como en los montes de Gelboé, no cae agua ni rocío del cielo [1] ; donde cada dia dende el principio del mundo se llevan los demonios tantas presas de ánimas á los fuegos eternos ; pues está claro que así como fuera del Arca de Noé no escapó ninguno en tiempo del diluvio[2], ni fuera de la casa de Raab se guareció ninguno de los moradores de Hiericó[3], así ninguno se salva fuera de la casa de Dios, que es su Iglesia.

Pues ese pedazo que hay de cristiandad, mira de la manera que está en nuestros tiempos, y hallarás por cierto que en todo este cuerpo místico, dende la planta del pié hasta la cabeza, apénas hay cosa del todo sana [4]. Saca á fuera algunas

[1] II Reg. I.
[2] Genes. VII ; II Petr. II.
[3] Josue, VI.
[4] Job, II ; Isai. I.

ciudades principales (donde hay algun rastro de doctrina) y discurre por todo esotro carruaje de villas y lugares (donde no hay memoria della), y hallarás muchos pueblos de quien se puede verificar aquello que dijo Dios en un tiempo por Hierusalem [1]: Rodead todas las calles y barrios de Hierusalem, y buscad un hombre que sea verdaderamente justo, y yo usaré de misericordia con él. Corre, no digo ya por todos los mesones y plazas, que estos son lugares dedicados á mentiras y trampas, sino por todas las casas de vecinos, y, como dice Hieremías [2], pon la oreja á escuchar lo que hablan, y hallarás que apénas se oye palabra que buena sea: sino que aquí oirás murmuraciones, allí torpezas, aquí juramentos, allí blasfemias, y rencillas, y cobdicias, y amenazas; y finalmente en toda parte el corazon y lengua tratan de la tierra y de sus ganancias, y en muy pocas de Dios y de sus cosas, sino es para jurar y perjurar su nombre: que es aquella memoria de que se queja él mesmo por su profeta diciendo [3]: Acuérdanse de mí, mas no como debrian, jurando por mi nombre mentiras. De manera que á lo ménos por las insignias que se ven de fuera, apénas podrás juzgar si aquel pueblo es de cristianos ó de gentiles; sino es por ventura por las torres de las campanas que asoman de léjos, ó por los juramentos, ó perjuros que se oyen de cerca; y por todo lo demás apénas lo conocerás. Pues ¿cómo pueden entrar estos en la cuenta de aquellos de quien dice Isaías [4]: Todos cuantos los vieren luego los conoscerán; porque estas son las plantas á quien bendijo el Señor? Pues si tal ha de ser la vida del cristiano, que todos cuantos le vieren le juzguen por hijo de Dios; ¿en qué cuenta pondrémos á estos que mas parescen burladores y despreciadores de Cristo, que cristianos?

Pues si tantos son los pecados y males del mundo, ¿cómo no ves aquí claro los indicios y efectos de la justicia del

[1] Jerem. v.
[2] Ibid. VIII.
[3] Zach. v; Isai. XLVIII.
[4] Isai, LXI.

cielo? Porque no se puede negar que así como uno de los mayores beneficios de Dios es preservar al hombre de pecado, así uno de los mayores castigos y señales de ira es dejarlo caer en ellos. Y así leemos en el libro de los Reyes[1] que el furor de Dios se airó contra Israel: por donde permitió á David caer en aquel pecado de soberbia, cuando mandó contar el pueblo. Y así tambien leemos en el Ecclesiástico[2] que á los varones misericordiosos apartará Dios de todo mal, y no permitirá que se vean envueltos en pecados. Porque así como una parte del premio de la virtud es acrescentamiento desa mesma virtud, así muchas veces el castigo del pecado es permitir Dios otros pecados. Y así vemos que el mayor castigo que se dió por el mayor de los pecados del mundo (que fué la muerte del Hijo de Dios), fué aquel que denuncia el profeta contra los obradores desta maldad, diciendo[3]: Añade, Señor, maldad á las maldades dellos, y no entren en tu justicia, que es en la obediencia y guarda de tus mandamientos. ¿Y qué se sigue de ahí? Luego lo declara el mesmo profeta, diciendo: Sean borrados del libro de la vida, y no sean escriptos con los justos.

Pues si tan grande castigo, y tan grande muestra de ira es castigar Dios pecados con pecados; ¿cómo entre tanta muchedumbre de pecados como hierven en el mundo, no ves las señales de la justicia divina? Á doquiera que volviéredes los ojos (como el que está engolfado en la mar, que no ve sino cielo y agua), apénas verás otra cosa que pecados; y viendo pecados, ¿no ves justicia? ¿En medio de la mar no ves agua? Y si todo este mundo es un mar de pecados, ¿qué será sino un mar de justicia? No he menester yo decender al infierno para ver cómo resplandesce allí la justicia divina: bástame estar en este mundo para verla.

Y si á todo lo que está fuera de ti estás ciego, mira siquiera á ti mesmo: que si estás en pecado, estás debajo de la lanza desta justicia, y miéntras mas seguro y mas confiado,

[1] II Reg. XXIV.
[2] Eccli. XLIV.
[3] Psalm. LXVIII.

mas caido debajo della. Así estuvo un tiempo Sant Augustin, como él mismo lo confiesa, diciendo: Estaba yo ahogado en el golfo de los pecados y habia prevalescido contra mí tu ira, y yo no la conoscia. Habíame hecho sordo con el ruido de las cadenas de mi mortalidad, y esta ignorancia de tu ira y de mi culpa era pena de mi soberbia. Pues si Dios te ha castigado desta manera, permitiéndote estar tanto tiempo ahogado y ciego en tus maldades; ¿cómo cuentas de la feria tan al reves de como te va en ella? El favorecido cuente de las misericordias de Dios; mas el justiciado de sus justicias. Con la misericordia de Dios se compadesce dejarte tanto tiempo en pecado; ¿y no se compadescerá inviarte al infierno? ¡Oh si supieses cuán poco camino hay de la culpa á la pena, y de la gracia á la gloria! Puesto un hombre en gracia, ¿qué mucho es darle la gloria? y caido en una culpa, ¿qué mucho es darle la pena? La gracia es principio y merescimiento de la gloria, y el pecado es infierno merescido y comenzado.

Demás desto ¿qué cosa puede ser mas espantable que siendo las penas del infierno tan horribles, como arriba dijimos [1], consienta Dios que sea tan grande el número de los que se condenan, y tan pequeño el de los que se salvan? Qné tan pequeño sea este número (porque no pienses que esto es adivinar), dícelo aquel que cuenta las estrellas del cielo, y á cada una llama por su nombre [2]. ¿Á quién no espantan aquellas palabras tan bien sabidas, y tan mal sentidas, que el Señor respondió á los discípulos, cuando le preguntaban si eran pocos los que se salvaban, diciendo [3]: Entrad por estrecha puerta; porque ancha es la puerta, y muy seguido el camino que va á la perdicion, y muchos son los que van por él? ¡Cuán estrecha es la puerta, y cuán angosto el camino que va á la vida! y pocos son los que atinan con él. ¡Quién sintiera lo que el Salvador sentia, cuando no simplemente, sino con aquella exclamacion y encaresci-

[1] Cap. X.
[2] Psalm. CXLVI.
[3] Matth. VII; Luc. XIII.

miento, dijo [1]: ¡ Cuán estrecha es la puerta, y cuán angosto el camino ! Todo el mundo pereció con las aguas del diluvio, y solas ocho ánimas se escaparon en el Arca de Noé : lo cual, como dice Sant Pedro en su Canónica [2], es figura de cuán poquitos son los que se salvan, en comparacion de los que se condenan.

Seiscientos mil hombres sacó Dios de Egipto para llevar á la tierra de promision [3], sin mujeres y niños que no se cuentan, y para esto fuéron ayudados con mil favores del cielo; y con todo esto la tierra que les habia Dios ofrescido por su gracia, perdieron ellos por su culpa [4]; pues de tanto número de hombres solos dos entraron en ella [5]. Donde todos los doctores comunmente dicen ser esto figura de los muchos que se condenan, y de los pocos que se salvan : que es, de ser muchos los llamados, y pocos los escogidos [6]. Por donde no sin causa se llaman los justos muchas veces en la Escriptura Divina [7], piedras preciosas; para dar á entender que son tan raros en el mundo como ellas, y que la ventaja que hace el número de las otras piedras toscas á estas, esa hace el número de los malos al de los buenos, como lo testificó Salomon, cuando dijo [8] que era infinito el número de los locos. Pues dime agora, si tan pocos y tan contados son los escogidos, como te dice la figura y la verdad (pues ves cuantos fuéron por justo juicio de Dios privados de aquello para que fuéron llamados), ¿ cómo no temerás tú en ese tan comun peligro y diluvio universal ? Si fueran las partes iguales, aun habia grandísima razon para temer. ¿ Mas qué digo partes iguales ? Dígote de verdad que es tan grande mal infierno para siempre, que aunque no hubiera de ser mas que un hombre solo en todo el linaje humano el que hubiese de ir á él, solo este habia

[1] Vide Climacum, fol. 110.
[2] II Petr. II.
[3] Exod. XII.
[4] I Cor. X.
[5] Num. XIV.
[6] Matth. XX.
[7] Apoc.
[8] Eccles. I.

de hacer temblar á todos los otros. Cuando el Salvador cenando con sus discípulos dijo [1] que uno de ellos le habia de vender, todos comenzaron á temer, aunque su consciencia los aseguraba; porque cuando el mal es grande, aunque sea de pocos, cada uno teme por la parte que le puede caber. Si estuviese un grande ejército de hombres en un campo, y supiesen todos por revelacion de Dios que habia de caer un rayo y matar á uno, sin saber á quién, no hay dubda sino que cada uno temeria su proprio peligro. ¿ Pues qué seria si la mitad dellos ó la mayor parte hubiese de peligrar ? ¿ Cuánto seria mayor este temor ? Pues dime, hombre sabio para todas las cosas del mundo, y del todo bruto para tu salvacion, revélate aquí Dios que han de ser tantos los que aquel rayo de la divina justicia ha de herir, y tan pocos los que han de escapar, y no sabes tú á cual parte desta perteneces, ¿ y con todo eso no temes ? ¿ Es por ventura ménos mal el infierno que el rayo ? ¿ Hate Dios á ti asegurado ? ¿ Tienes cédula de tu salvacion ? Hasta agora ninguna cosa te asegura, y tus obras te condenan, y segun la presente justicia (si no vuelves la hoja) estás reprobado : ¿ y con todo esto no temes ?

Dices que te esfuerza la misericordia divina. Esa no deshace lo dicho ; ántes si con ella se compadesce tanto número de perdidos, ¿ no se compadescerá que seas tú tambien uno dellos, si vivieres como ellos ? ¿ No ves, miserable de ti, que te engaña el amor proprio, pues te hace presumir de ti otra cosa que de todo el mundo ? Porque, ¿ qué privilegio tienes tú mas que todos los hijos de Adam, para que no vayas tú donde van aquellos cuyas obras imitas ?

Y si por sus obras habemos de conoscer á Dios (como arriba se dijo) una cosa te sé decir, que aunque sean muchas las comparaciones que se pueden hacer de la misericordia á la justicia (donde siempre son aventajadas las obras de la misericordia), pero en cabo venimos á hallar que en el linaje de Adam, de quien tú deciendes [2], mas

[1] Joan. XIII; Marc. XIV.
[2] Rom. IX.

son los vasos de ira, que los de misericordia; pues son tantos los que se condenan y tan pocos los que se salvan. Lo cual no es porque falte á nadie el favor y ayuda de Dios, el cual, como dice el Apóstol [1], quiere que todos se salven, y vengan al conoscimiento de la verdad; sino por falta de los malos que no se quieren aprovechar de los favores de Dios.

He dicho todo esto, para que entiendas que si con esta tan grande misericordia de Dios que tú alegas, se compadesce que haya en el mundo tantos infieles, y en la Iglesia tantos malos cristianos; y que si de los infieles se pierden todos, y de los cristianos tantos, tambien se compadescerá que te pierdas tú tambien con ellos, si fueses tal como ellos. ¿Por ventura riéronse á ti los cielos cuando nascias, ó mudáronse entónces los derechos de Dios, y las leyes de su Evangelio, porque para ti haya de ser un mundo, y para los otros otro? Pues si con esta tan gran misericordia se compadesce que el infierno haya dilatado su seno, y que deciendan cada dia millares de ánimas á él [2], ¿no se compadescerá que decienda tambien la tuya, si vivieres esa mesma vida? Y porque no digas que entónces era Dios riguroso y agora manso, mira que con esa mansedumbre se compadesce agora todo esto que has oido; para que no dejes tú tambien de temer tu castigo, aunque seas cristiano, si eres malo.

¿Perderá por ventura Dios su gloria, si tú solo dejares de entrar en ella? ¿Tienes tú algunas grandes habilidades de que Dios tenga particular necesidad, porque te haya de sufrir con todas tus tachas buenas y malas? ¿ó tienes algun especial privilegio mas que los otros, porque no te hayas de perder con ellos, si fueres malo como ellos? Pues á los hijos de David, que fuéron privilegiados por los méritos de su padre, no dejó Dios de dar su merescido, cuando fuéron malos [3]; y así muchos dellos acabaron desastradamente [4]; ¿y estás tú

[1] I Tim. II.
[2] Isai. V.
[3] III Reg. II; II Reg. XVIII.
[4] Absalon, Amnon, Adonías.

vanamente confiado, creyendo que con todo eso estás seguro? Yerras, hermano mio, yerras si crees que eso sea esperar en Dios. No es esa esperanza, sino presumpcion; porque esperanza es confiar que arrepintiéndote y apartándote del pecado, te perdonará Dios, por malo que hayas sido; mas presumpcion es creer que perseverando siempre en mala vida, todavía tienes tu salvacion segura. Y no pienses que es este cualquier pecado; porque él es uno de los pecados que se cuentan contra el Espíritu Sancto (porque esto es injuriar y usar mal de la bondad de Dios, que especialmente se atribuye al Espíritu Sancto); los cuales pecados dice el Salvador[1] que no se perdonan en este siglo ni en el otro: dando á entender que son dificultosísimos de perdonar; porque cuanto es de su parte cierran la puerta de la gracia, y ofenden al mesmo médico que nos ha de dar la vida.

## § III

### Conclusion de todo lo dicho.

Concluyamos pues esta materia con aquel desengaño que el Espíritu Sancto nos da por el Ecelesiático, diciendo[2]: Del pecado perdonado no dejes de tener temor, y no digas: misericordioso es el Señor; no se acordará de la muchedumbre de mis pecados. Porque su misericordia y su ira están muy cerca, y su ira tiene los ojos puestos sobre los pecadores. Dime, ruégote, si de los pecados ya perdonados nos manda tener temor, ¿cómo tú no temes añadiendo cada dia pecados á pecados? Y nota bien aquella palabra que dice que la ira divina mira á los pecadores; porque desa pende el entendimiento desta materia. Para lo cual has de saber que aunque la misericordia de Dios se extienda á justos y pecadores, y á todos alcance su parte, conservando á los unos y llamando y esperando á los otros; pero con todo esto, aquellos grandes favores que promete Dios en sus Escripturas, señaladamente pertenescen á los justos; los cuales así como

[1] Matt. XII.
[2] Eccli. V.

guardan fielmente las leyes de Dios, así les guarda él fielmente su palabra, y les es verdadero padre, como ellos le son obedientes hijos. Y por el contrario cuanto lees de amenazas, y maldiciones, y rigores de justicias, todo eso habla contigo, y con los tales como tú. Pues ¿qué ceguedad es la tuya, que no tengas miedo de las amenazas que hablan contigo, y tomes grande contentamiento con las palabras que no dicen á ti? Toma la parte que te cabe, y deja al justo su hacienda. Para ti es la ira; teme. Para el justo el amor y la bienquerencia : alégrese. ¿Quiéreslo ver? Mira qué dice David[1] : Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos sobre las oraciones dellos. Mas su rostro airado está sobre los malos ; para destruir de la tierra la memoria dellos. Y en el libro de Esdras hallarás escriptas estas palabras[2] : La mano del Señor (que es su providencia paternal) está puesta sobre aquellos que de verdad lo buscan ; mas su imperio, y su fortaleza, y su furor, contra todos los que lo desamparan.

Pues si esto es así, tú, miserable, que perseveras en pecado, ¿cómo andas engañado? ¿cómo cruzas los brazos? ¿cómo truecas las cartas? no dice á ti ese sobre escripto. No habla contigo en ese estado de ira y de enemistad la dulzura del amor y de la bienquerencia divina. Esa parte es de Jacob : no pertenesce á Esaú. Esa suerte es de los buenos : tú que eres malo, ¿qué tienes que ver con ella? deja de serlo, y será tuya. Deja de serlo, y hablará contigo la benevolencia y la providencia paternal de Dios. Entretanto tiranno eres, y usurpador de lo ajeno, y en lo vedado quieres entrar. Espera en el Señor, dice David[3], y haz buenas obras. Y en otro lugar[4] : Sacrificad (dice él) sacrificio de justicia, y esperad en el Señor. Esta es buena manera de esperar, y no haciéndote truhan de la divina misericordia, perseverar en pecado, y pensar de ir al paraíso. El buen esperar es apartándote de las malas obras, y llamando á Dios ; mas si obstinadamente perseveras en ellas, no es esperar, sino presumir ; no es

[1] Psalm. XXXIII.
[2] I Esdr. VIII.
[3] Psalm. XXXVI.
[4] Ibid. IV.

esperar, y esperando merescer misericordia, sino ofendiendo á la misericordia, hacerse indigno della. Porque así como la Iglesia no vale al que confiando en ella sale della á hacer mal; así es justo que no valga la misericordia de Dios al que se favoresce della para el mal.

Esto habian de considerar los dispensadores de la palabra de Dios : los cuales muchas veces no mirando con quien hablan, dan ocasion á los malos para perseverar en sus males. Debrian mirar, que así como á los cuerpos enfermos el que mas les da de comer, mas los daña ; así á las ánimas obstinadas en pecados, el que mas las sustenta con esta manera de confianza, mas motivo les da para continuar la mala vida.

Finalmente, acabo esta materia con aquella prudente sentencia de Sant Augustin, el cual dice que esperando y desesperando, van los hombres al infierno : esperando mal en la vida, y desesperando peor en la muerte. Así que, hermano mio, déjate esas presumptuosas confianzas, y acuérdate que hay en Dios misericordia y justicia ; por donde así como pones los ojos en la misericordia para esperar, así tambien los debes poner en la justicia para temer. Porque (como dice muy bien Sant Bernardo), dos piés tiene Dios, uno de misericordia y otro de justicia, y nadie debe abrazar el uno sin el otro; porque la justicia sola sin misericordia no nos haga temer tanto, que desesperemos : ni la misericordia sola sin la justicia nos haga presumir y esperar tanto, que perseveremos en el mal vivir.

## CAPÍTULO XXVIII

Contra los que se excusan diciendo que es áspero y dificultoso el camino de la virtud.

Otra excusa suelen alegar en su favor los hombres del mundo para desamparar la virtud, diciendo que es áspera y dificultosa ; aunque esta aspereza bien conoscen que no nasce della (pues como amiga de la razon es muy conforme á la naturaleza de la criatura racional), sino de la mala inclinacion de nuestra carne y apetito : la cual nos vino por

el pecado. Por lo cual dijo el apóstol[1]: Que la carne cobdiciaba contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, y que estas dos cosas eran entre sí contrarias. Y en otro lugar: Huélgome, dice él[2], con la ley de Dios segun el hombre interior; mas siento otra ley en mis miembros que contradice á la de mi ánima y me captiva y subjecta al pecado. En las cuales palabras da á entender él que la virtud y la ley de Dios es conforme y agradable á la porcion superior de nuestra ánima, que es toda espiritual (donde está el entendimiento y la voluntad); mas la guarda della se impide por la ley de los miembros, que es por la mala inclinacion y corrupcion de nuestro apetito con todas sus pasiones; el cual rebeló contra la porcion superior desta ánima, cuando ella rebeló contra Dios: la cual rebelion es causa de toda esta dificultad. Pues por esta razon son tantos los que dan de mano á la virtud, aunque la estimen en mucho, como hacen algunas veces los enfermos, que aunque desean la salud, aborrescen la medicina, porque la tienen por desabrida. Por do paresce que si sacásemos á los hombres deste engaño, habríamos hecho una gran jornada; pues esto es lo que principalmente los aparta de la virtud; porque por lo demás no hay en ella cosa que no sea de grandísimo precio y dignidad.

## § I

### De cómo la gracia que se nos da por Cristo hace fácil el camino de la virtud.

Has pues agora de saber que la causa principal deste engaño es poner los hombres los ojos en sola esta dificultad que hay en la virtud, y no en las ayudas que de parte de Dios se nos ofrescen para vencerla; que es aquella manera de engaño que padescia el discípulo del profeta Eliseo[3] segun arriba declaramos, el cual como veia el ejército de Siria que

[1] Galat. v.
[2] Rom. VII.
[3] IV Reg. VI.

tenia cercada la casa de su Señor, y no veia el que de parte de Dios estaba en su defensa, desmayaba y teníase por perdido; hasta que por oracion del sancto profeta le abrió Dios los ojos, y vió cuánto mayor poder habia de su parte que de la de los contrarios. Pues tal es el engaño destos que hablamos: porque como ellos experimentan en sí la dificultad de la virtud, y no han experimentado los favores y socorro que se dan para alcanzarla, tienen por dificultosísima esta empresa, y así se despiden della.

Pues dime agora, ruégote: si el camino de la virtud es tan dificultoso, ¿qué quiso significar el profeta cuando dijo[1]: En el camino de tus mandamientos, Señor, me deleité, así como en todas las riquezas del mundo? Y en otro lugar[2]: Tus mandamientos, Señor, son mas dignos de ser deseados que el oro y las piedras preciosas, y mas dulces que el panal y la miel. De manera que no solo concede lo que todos concedemos á la virtud, que es su maravillosa excelencia y preciosidad, sino tambien lo que el mundo le quita, que es dulzura y suavidad. Por donde puedes tener por cierto que los que hacen esta carga pesada (aunque sean cristianos, y vivan en la ley de gracia) no han aun desayunádose deste misterio. Pobre de ti, tú que dices que eres cristiano, dime: ¿para qué vino Cristo al mundo? para qué derramó su sangre? para qué instituyó los sacramentos? para qué invió al Espíritu Sancto? ¿Qué quiere decir Evangelio? qué quiere decir gracia? qué Jesús? ¿Qué significa este nombre tan celebrado dese mesmo Señor que adoras? Y si no lo sabes, pregúntalo al evangelista que dice[3]: Ponerle has por nombre Jesús; porque el hará salvo á su pueblo de sus pecados. ¿Pues qué es ser Salvador y librador de pecados, sino merescernos el perdon de los pecados pasados, y alcanzarnos gracia para excusar los venideros? ¿Para qué, pues, vino este Salvador al mundo, sino para ayudarte á salvar? ¿Para qué murió en la Cruz, sino para matar el pecado? ¿Para qué resuscitó despues de muerto,

[1] Psalm. CXVIII.
[2] Ibid. XVIII.
[3] Matth. I.

sino para hacerte resuscitar en esta nueva manera de vida? ¿Para qué derramó su sangre, sino para hacer della una medicina con que sanase tus llagas? ¿Para qué ordenó los Sacramentos, sino para remedio y socorro de los pecados? ¿Cuál es uno de los mas principales fructos de su pasion, y de su venida, sino habernos allanado el camino del cielo, que ántes era áspero y dificultoso? Así lo significó Isaías, cuando dijo [1] que en la venida del Mesías los caminos torcidos se enderezarian, y los ásperos se allanarian. Finalmente, ¿para qué, sobre todo esto, invió el Espíritu Sancto, sino para que de carne te hiciese espíritu? ¿y para qué lo invió en forma de fuego [2], sino para que como fuego te encendiese, y alumbrase, y avivase, y transformase en sí mesmo, y te levantase á lo alto, de donde él bajó? ¿Para qué es la gracia con las virtudes infusas que della proceden, sino para hacer suave el yugo de Cristo? para hacer lijero el ejercicio de las virtudes? para cantar en las tribulaciones? para esperar en los peligros, y vencer en las tentaciones? Este es el principio, y el medio, y el fin del Evangelio : conviene saber [3], que así como un hombre terrenal y pecador (que fué Adam) nos hizo pecadores y terrenos, así otro hombre celestial y justo (que fué Cristo) nos hiciese celestiales y justos. ¿Qué otra cosa escriben los evangelistas? ¿qué otras promesas anunciaron los profetas? ¿qué otra predicaron los apóstoles? Esta es la suma de toda la teología cristiana. Esta es la palabra abreviada que Dios hizo sobre la tierra. Esta es la consumacion y abreviacion que el profeta Isaías dice que oyó á Dios [4], de la cual se siguieron luego en el mundo tantas riquezas de virtudes y de justicia.

Declaremos esto mas en particular. Pregúntote, ¿de dónde procede la dificultad que hay en la virtud? Decirme has que de las malas inclinaciones de nuestro corazon, de nuestra carne concebida en pecado : porque la carne contradice al

[1] Isai. XL.
[2] Act. II.
[3] Cor. XV.
[4] Isai. X.

espíritu, y el espíritu á la carne [1], como cosas entre sí contrarias. Pues pongamos agora por caso que te dijese Dios : Ven acá, hombre; yo te quitaré ese mal corazon que tienes, y te daré otro corazon nuevo, y te daré fuerzas para mortificar tus malas inclinaciones y apetitos. Si esto te prometiese Dios, ¿serte hia entónces dificultoso el camino de la virtud? Claro está que no. Pues dime, ¿qué otra cosa es la que tiene este Señor tantas veces prometida y firmada en todas sus Escrituras? Oye lo que dice por el profeta Ecequiel, hablando señaladamente con los que viven en la ley de gracia [2]. Yo (dice él) os daré un corazon nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros, y quitaros he el corazon que teneis de piedra, y daros he corazon de carne; y pondré mi espíritu en medio de vosotros, y mediante él, haré que andeis por el camino de mis mandamientos, y guardeis mis justicias, y las pongais por obra, y moraréis en la tierra que yo dí á vuestros padres, y seréis vosotros mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. Hasta aquí son palabras de Ecequiel. ¿De qué dudas tú agora aquí? ¿De qué no guardará Dios contigo esta palabra? ¿Ó si podrás con el cumplimiento della guardar su ley? Si dices lo primero, haces á Dios falso prometedor, que es una de las mayores blasfemias que pueden ser. Si dices que con este socorro no podrás cumplir su ley, háceslo defectuoso proveedor; pues queriendo remediar el hombre, no dió para ello bastante remedio. ¿Pues qué te queda aquí en que dudar?

Allende desto, tambien te dará virtud para mortificar estas malas inclinaciones que pelean contra ti, y te hacen dificultoso este camino. Este es uno de los principales efectos de aquel árbol de vida, que el Salvador con su sangre sanctificó. Así lo confiesa el apóstol, cuando dice [3] : Nuestro viejo hombre fué juntamente crucificado con Cristo, para que así fuese destruido el cuerpo del pecado, para que ya no sirviésemos mas al pecado. Y llama aquí el apóstol viejo hombre y cuerpo de pecado á nuestro apetito sensitivo, con todas

[1] Galat. v; Rom. vii.
[2] Ezech. xi.
[3] Rom. vi.

las malas inclinaciones que dél proceden : el cual dice que fué crucificado en la Cruz con Cristo; porque por aquel nobilísimo sacrificio nos alcanzó gracia y fortaleza para poder vencer este tiranno, y quedar libres de las fuerzas de sus malas inclinaciones, y de la servidumbre del pecado, como arriba se declaró. Esta es aquella victoria, y aquel tan gran favor que el mesmo Señor promete por Isaías, diciendo así [1] : No temas, porque yo estoy contigo : no te apartes de mí, porque yo soy tu Dios. Yo te esforzaré, y te ayudaré, y la mano diestra de mi justo (que es el mesmo Hijo de Dios) te sostenrá. Buscarás á los que peleaban contra ti, y no los hallarás : serán como si no fuesen, y quedarán como un hombre rendido y gastado ante los piés de su vencedor. Porque yo soy tu Señor Dios, qne te tomaré por la mano, y te diré : No temas, que yo te ayudaré. Hasta aquí son palabras de Dios por Isaías. Pues ¿quién desmayará con tal esfuerzo? ¿Quién desmayará con el temor de sus malas inclinaciones, pues así las vence la gracia?

## § II

### Responde á algunas objecciones.

Y si me dices que todavía quedan á los justos sus rinconcillos secretos, que son aquellas rugas que, como se escribe en Job [2], los acusan y dan testimonio contra ellos, á eso te responde el mesmo profeta con una palabra diciendo [3] : Serán como si no fuesen; porque si quedan, quedan para nuestro ejercicio, y no para nuestro escándalo : quedan para despertarnos, y no para enseñorearnos; quedan para darnos ocasiones de coronas, y no para ser lazos de pecados ; quedan para nuestro triunfo, no para nuestro caimiento; finalmente quedan de tal manera, como convenia que quedasen para nuestra aprobacion, y para nuestra humildad, y para el conoscimiento de nuestra flaqueza, y para gloria de Dios, y

[1] Isai. XLI.
[2] Job. XV.
[3] Isai. XLII.

de su gracia : de manera que el haber así quedado redunda en provecho nuestro. Porque así como las bestias fieras (que de suyo son perjudiciales al hombre) cuando son amansadas y domésticas sirven al provecho del hombre, así tambien las pasiones moderadas y templadas ayudan en muchas cosas á los ejercicios de la virtud.

Pues dime agora : si Dios es el que así te esfuerza, ¿quién te derribará? Si Dios es por ti, ¿quién contra ti [1]? El Señor, dice David [2], es mi lumbre, y mi salud, ¿á quién temeré? El Señor es defensor de mi vida, ¿de quién habré yo temor? Si se asentaren reales de enemigos contra mí, no temerá mi corazon; y si se levantare batalla contra mí, en él tendré yo mi esperanza. Por cierto, hermano mio, si con tales promesas como estas no osas determinarte á servir á Dios, que debes ser muy cobarde; y si de tales palabras no te fias, sin duda eres muy desleal. Dios es el que te dice que te dará otro nuevo sér [3]; que te mudará el corazon de piedra, y te lo dará de carne; que mortificará tus pasiones ; que vendrás á tal estado, que no te conoscerás; que mirarás por tus malas inclinaciones, y no las hallarás; porque él las debilitará y enflaquecerá : ¿pues qué tienes mas aquí que pedir? ¿qué tienes mas que desear? ¿qué te falta, sino fe viva, y esperanza viva, para que te quieras fiar de Dios, y arrojarte en sus brazos [4]?

Parésceme que no puedes responder á esto, sino diciendo que son grandes tus pecados, y que por ellos te será por ventura negada esta gracia. Á esto te respondo que una de las mayores injurias que puedes hacer á Dios, es esa ; pues das á entender que hay alguna cosa que él ó no pueda ó no quiera remediar, convirtiéndose á él su criatura, y pidiéndole remedio. No quiero que en esta parte creas á mí, cree aquel sancto profeta, el cual paresce que se acordaba de ti, y te salia al camino, cuando escribió aquellas palabras que en sentencia dicen así [5]: Si por tus pecados te hobieren com-

[1] Rom. VIII.
[2] Psalm. XXVI.
[3] Ezech. XI.
[4] Psalm. XXXVI.
[5] Deut. XXX.

prendido estas maldiciones susodichas, y despues movido á penitencia te volvieres á tu Señor Dios con todo tu corazon y ánima, él se apiadará de ti, y te librará del captiverio, en que estuvieres, y te traerá á la tierra que te tiene jurada, aunque te hayan llevado hasta el cabo del mundo. Y añade mas : Y circuncidará el Señor Dios tu corazon, y el corazon de tus hijos, para que así le puedas amar con toda tu ánima, y con todo tu corazon. ¡ Oh si te circuncidase agora este Señor tambien los ojos, y te quitase las tinieblas dellos, para que vieses claramente la manera desta circuncision ! No serás tan grosero que entiendas esta circuncision corporalmente, porque deso no es capaz el corazon. Pues ¿ qué circuncision es esta que el Señor aquí promete ? Sin dubda es la demasía de nuestras pasiones y malas inclinaciones que nascen del corazon, las cuales son un muy grande impedimento de su amor. Pues todas estas ramas estériles y dañosas promete él que circuncidará con el cuchillo de su gracia, para que estando el corazon (si decir se puede) desta manera podado y circuncidado, emplee toda su virtud por sola esta rama del amor de Dios. Entónces serás verdadero israelita [1] ; entónces te habrás circuncidado al Señor, cuando él hubiere cercenado de tu ánima el amor del mundo, y no quedare en ella mas que solo su amor.

Y querria que notases atentamente cómo esto que el Señor aquí promete que hará si te volvieres á él, eso mesmo te manda él en otra parte que hagas, diciendo [2] : Circuncidáos al Señor, y cercenad las demasías de vuestros corazones. Pues ¿ cómo, Señor, lo que vos aquí prometeis de hacer, me mandais á mí que haga ? Si vos habeis de hacer esto, ¿ para qué me lo mandais ? Y si yo lo tengo de hacer, ¿ para qué me lo prometeis ? Esta dificultad se suelta con aquellas palabras de Sant Augustin, que dicen [3] : Señor, dadme gracia para hacer lo que vos me mandais, y mandadme lo que quisiéredes. De manera que él es el que manda lo que tengo de hacer, y el

[1] Joan. I.
[2] Jerem. IV.
[3] Lib. X Confess. c. 31.

que me da gracia para hacerlo : por donde en una mesma cosa se hallan juntamente mandamiento y promesa, y una mesma cosa hace él, y hace el hombre : él como causa principal, y el hombre como ménos principal. De suerte que se ha Dios en esta parte con el hombre, como el pintor que rigiese el pincel en las manos de un discípulo suyo, y así viniese á hacer una imágen perfecta : la cual está claro que hacen ambos, mas no es igual ni la honra ni la eficacia de ambos. Pues así lo hace Dios aquí (guardada la libertad de nuestro albedrío) con nosotros, porque despues de acabada la obra, no tenga el hombre por qué gloriarse, sino por qué glorificar al Señor con el profeta, diciendo[1] : Todas nuestras obras obraste, Señor, en nosotros.

Pues acuérdate desta palabra, y por ella glosarás todos los mandamientos de Dios ; porque todo cuanto él te manda que hagas él promete ser contigo para hacerlo. Y así como cuando te manda circuncidar el corazon, él dice que lo circuncidará, así cuando te manda que le ames sobre todas las cosas, él te dará gracia para que así lo ames. De aquí nasce llamarse el yugo de Dios suave[2] ; porque lo tiran dos : conviene saber, Dios y el hombre : y así lo que la naturaleza sola hacia dificultoso, la divina gracia hace lijero. Y por esto acabadas estas palabras, dice luego el profeta mas abajo[3] : Ese mandamiento que yo te mando hoy, ni está sobre ti, ni muy léjos de ti, ni está levantado en el cielo, para que hayas de decir : ¿ Quién de nosotros podrá subir al cielo para traerlo de allí ? Ní tampoco está puesto dese cabo de la mar, para que tengas ocasion de decir : ¿ Quién podrá pasar la mar y traerlo de tan léjos ? No está pues así alejado, sino muy cerca de ti lo hallarás en tu boca y en tu corazon para haberlo de cumplir. En las cuales palabras quiso el sancto profeta quitar todos los nublados y dificultades que los hombres sensuales ponen en la ley de Dios ; porque como miran á la ley sin el Evangelio, esto es, lo que les mandan hacer, sin la gracia que les darán

1 Isai. XXVI.
2 Matth. XI.
3 Deut. XXX.

para poderlo hacer: ponen este achaque en la ley de Dios, llamándola pesada y dificultosa, y no miran que expresamente contradicen en esto á las palabras del evangelista Sant Joan, que dice[1]: La verdadera caridad consiste en que guardemos los mandamientos de Dios. Los cuales mandamientos no son pesados; porque todo aquello que nasce de Dios, vence el mundo. Quiere decir, que los que recibieron en sus ánimas el espíritu de Dios, mediante el cual fuéron reengendrados y hechos hijos de aquel cuyo espíritu recibieron; estos, como tienen dentro de sí á Dios que en ellos mora por gracia, pueden mas que todo lo que no es Dios; y así ni el mundo, ni el demonio, ni todo el poder del infierno es poderoso contra ellos. De donde se sigue que aunque la carga de los mandamientos divinos fuera muy pesada, las nuevas fuerzas que por la gracia se comunican, la hacen liviana.

## § III

### De cómo el amor de Dios hace tambien fácil y suave el camino del cielo.

¿Pues qué será si con todo lo susodicho juntamos tambien el socorro que nos viene por parte de la caridad? Ca cierto es que una de las principales condiciones de la caridad es hacer suavísimo el yugo de la ley de Dios. Porque, como dice Sant Augustin, no son penosos los trabajos de los que aman, sino ántes ellos mesmos deleitan, como los de los que pescan, montean, y cazan. ¿Quién hace á la madre no sentir los trabajos continuos de la crianza del niño, sino el amor? ¿Quién hace á la buena mujer curar noche y dia sin cesar el marido enfermo, sino el amor? ¿Quién hace hasta las bestias y las aves andar tan solícitas en la crianza de sus hijos, y ayunar lo que ellos comen, y trabajar porque ellos descansen, y atreverse á defenderlos con tan gran coraje. sino el amor? ¿Quién hizo al apóstol Sant Pablo decir aquellas tan animosas palabras que él escribe en la Epístola á los romanos[2]: ¿Quién

[1] I Joan. v.
[2] Rom. VIII.

nos apartará del amor de Cristo? ¿Habrá tribulacion, ó angustia, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo que esto pueda? Cierto estoy que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni fuerza, ni alteza, ni profundidad, ni otra criatura alguna será bastante para apartarnos del amor de Dios. ¿Quién otrosí hizo á nuestro padre Sancto Domingo tener tan grande sed del martirio, como el ciervo de las fuentes de las aguas [1], sino la fuerza deste amor? ¿De dónde le vino á Sant Lorenzo estar con tanta alegría asándose en las parrillas, que viniese á decir que aquellas brasas le daban refrigerio, sino de la sed grande que tenia del martirio, la cual habia encendido la llama deste amor? Porque el verdadero amor de Dios (como dice Crisólogo) ninguna cosa tiene por dura, ninguna por amarga, ninguna por pesada. ¿Qué hierro, qué heridas, qué penas, qué muertes pueden vencer al amor perfecto? El amor es una cota de malla que no se puede falsear: despide las saetas, sacude los dardos, escarnesce los peligros, burla de la muerte; finalmente si es amor todas las cosas vence.

Mas no se contenta el perfecto amor con vencer los trabajos que se le ofrescen, sino desea tambien que se le ofrezcan por lo que ama. De aquí nasce una gran sed que los varones perfectos tienen de martirios, que es derramar sangre por aquel que primero derramó la suya por ellos. Y como no se les cumple este deseo, encruelécense contra sí mesmos, y hacen de sí verdugos contra sí. Por esto martirizan sus cuerpos, y aflígenlos con hambre, sed, frio, calor y con otros muchos trabajos, y desta manera descansan algun tanto, porque se les cumple en algo su deseo.

Este lenguaje no entienden los amadores del mundo, ni alcanzan cómo se pueda amar lo que ellos tanto aborrescen, y aborrescer lo que tanto aman; mas verdaderamente es ello así. En la Escriptura leemos [2] que los egipcios tenian por dioses los animales brutos, y como á tales los adoraban. Mas

[1] Psaml. XLI.
[2] Exod. VIII. Vide de hoc Sanct. Thom. 1, 2, q. 102, art. 3 ad secund.

por el contrario los hijos de Israel llamaban abominaciones á los que ellos llamaban dioses, y sacrificaban y mataban para gloria del verdadero Dios á los que ellos adoraban por dioses. Pues desta manera los justos (como verdaderos israelitas), llaman abominaciones á los dioses del mundo, que son las honras, los deleites y las riquezas, á quien él adora y sacrifica : escupen y matan estos falsos dioses (como unas abominaciones) para gloria del verdadero Dios. Y así el que quisiere ofrescer á Dios sacrificio agradable, mire lo que el mundo adora, y eso le sacrifique ; y por el contrario, abrace por su amor lo que viere que aborresce. ¿Por ventura no lo hacian así aquellos que despues de haber recebido las primicias del Espíritu Sancto iban alegres delante del Concilio por haber padescido injurias por el nombre de Cristo? ¿Pues cómo lo que bastó para hacer dulces las cárceles, y los azotes, y las parrillas, y las llamas, no bastará para hacerte dulce la guarda de los mandamientos divinos? Y lo que basta cada dia para hacer llevar á los justos no solamente la carga de la ley, sino tambien la sobrecarga de sus ayunos, vigilias, disciplinas, cilicios, desnudez y pobreza ¿no bastará para hacer à ti llevar la simple carga de la ley de Dios y de su Iglesia? ¡Oh cómo vives engañado! ¡Oh cómo no conosces la virtud, y las fuerzas de la caridad y de la gracia divina!

## § IV

### De otras cosas que nos hacen suave el camino de la virtud.

Lo dicho bastaba suficientemente para deshacer del todo este comun impedimento que muchos alegan. Mas ya que nada desto fuese así, ya que en este camino hubiese trabajos, dime, ruégote : ¿qué mucho era por la salvacion de tu ánima hacer algo de lo que haces por la salud de tu cuerpo? ¿Qué mucho seria hacer algo por escapar de tormentos eternos? ¿Qué te paresce que haria aquel rico avariento [1] que está en el infierno, si le diesen licencia para tornar á este mundo á enmendar los yerros pasados? Pues no ménos es

[1] Luc. XVI.

razon que hagas tú agora de lo que él hiciera, pues si fueres malo, te está guardado el mesmo tormento, y así has de tener el mesmo deseo.

Y demás desto si atentamente considerares lo mucho que Dios por ti ha hecho, y lo mucho mas que te promete, y los muchos pecados que tienes contra él cometidos, y los muchos trabajos que padescieron los sanctos, y mucho mas lo que padesció el Sancto de los sanctos, sin duda te avergonzarias de no padescer algo por Dios, y aun de cualquier bocado que bien te supiese, vendrias á tener miedo y descontentamiento. Por lo cual dijo Sant Bernardo que no igualaban las pasiones y tribulaciones deste siglo, ni con la gloria que esperamos, ni con la pena que tememos, ni con los pecados que habemos cometido, ni con los beneficios que habemos recibido de Dios. Cualquiera destas consideraciones bastaba para acometer esta vida por trabajosa que fuera.

Mas para decirte la verdad : aunque en todas partes, y en todas las maneras de vidas haya trabajos, sin comparacion es mayor el trabajo que hay en el camino de los malos que en el de los buenos. Porque aunque sea trabajo caminar de cualquier manera que caminares (porque al fin el camino cansa), pero muy mayor trabajo pasa el ciego que camina, y mil veces tropieza, que el que tiene ojos y mira por donde va. Pues como esta vida sea camino, no se pueden en ella excusar trabajos, hasta que vamos al lugar de los descansos. Mas el malo, como no se rige por razon, sino por pasion, claro está que camina á ciegas; pues no hay en el mundo cosa mas ciega que la pasion. Pero los buenos, como se guian por razon, ven estos despeñaderos, y barrancos, y desvíanse dellos; y así caminan con ménos trabajo, y mayor seguridad. Así lo entendió y confesó aquel gran sabio Salomon, cuando dijo[1]: La senda de los justos resplandesce como la luz, y va siempre cresciendo hasta llegar al mediodía; mas el camino de los malos es escuro y tenebroso, y así no ven los depeñaderos en que caen. Y no solo es escuro (como aqui dice Salomon), sino tambien deleznable y resbaladizo, como dice David[2];

[1] Prov. IV.
[2] Psalm. XXXIV.

para que por aquí veas cuántas caídas dará quien camina por tal camino, y esto á escuras y sin ojos, y así entiendas por estas semejanzas la diferencia que va de camino á camino y de trabajo á trabajo.

Y aun para ese poco de trabajo que á los buenos queda, hay mil maneras de ayudas que los alivian y disminuyen, como ya dijimos. Porque primeramente ayúdalos la asistencia, y providencia paternal de Dios que los rige, y la gracia del Espíritu Sancto que los anima, y la virtud de los sacramentos que los sanctifica, y las consolaciones divinas que los alegran, y los ejemplos de los buenos que los esfuerzan, y las escripturas de los sanctos que los enseñan, y el alegría de la buena consciencia que los consuela, y la esperanza de la gloria que los alienta, con otros mil favores y socorros de Dios; con los cuales se les hace tan dulce este camino, que vienen con el profeta á decir [1]: ¡ Cuán dulces son, Señor, las palabras de tus mandamientos á mi garganta ! Mas que la miel en mi boca.

Pues quienquiera que todo esto considerare, verá luego claramente la concordia de muchas autoridades de la Escriptura divina, de las cuales unas hacen este camino áspero, y otras suave. Porque en un lugar dice el profeta [2]: Por amor de las palabras de tus labios yo anduve por caminos duros. Y en otro dice [3]: En el camino de tus mandamientos me deleité, así como en todas las riquezas. Porque este camino tiene ambas estas cosas : conviene saber, dificultad y suavidad : la una por parte de la naturaleza, y la otra por virtud de la gracia ; y así lo que era dificultoso por una razon, se hace lijero por otra. Lo uno y lo otro significó el Señor, cuando dijo [4] que su yugo era suave, y su carga liviana. Porque en decir yugo, significó el peso que aquí habia ; y en decir suave, la facilidad que por parte de la gracia se le daba.

Y si por ventura preguntares : ¿ cómo es posible que sea

[1] Psalm. CXVIII.
[2] Psalm. XVI.
[3] Ibid. CXVIII.
[4] Matth. XI.

yugo y sea suave, pues la condicion del yugo es ser pesado? Á esto se responde: Que la causa es, porque Dios lo alivia, como él lo prometió por el profeta Oseas, diciendo[1]: Yo les seré como quien levanta el yugo, y lo quita de encima de sus mejillas. Pues luego, ¿qué maravilla es que sea liviano el yugo que Dios alivia, y el que él mesmo ayuda á levantar? Si la zarza ardia y no se quemaba, porque Dios estaba en ella[2], ¿qué mucho es que esta sea carga, y sea liviana, pues el mesmo Dios está en ella ayudándola á llevar? ¿Quieres ver lo uno y lo otro en una mesma persona? Oye lo que dice Sant Pablo[3]: En todas las cosas padescemos tribulaciones, y no nos angustiamos: vivimos en extrema pobreza, y no nos falta nada; sufrimos persecuciones, y no somos desamparados; humíllannos, y no somos confundidos; abátennos hasta la tierra, y no somos por eso perdidos. Cata aquí pues por un cabo la carga de los trabajos, y por otro el alivio y suavidad que Dios suele poner en ellos.

Pues aun mas claro significó esto el profeta Isaías, cuando dijo[4]: Los que esperan en el Señor mudarán la fortaleza, tomarán alas como águilas, correrán y no trabajarán, andarán y no desfallescerán. Ves pues aquí el yugo deshecho por virtud de la gracia, y ves trocada la fortaleza de carne en fortaleza de espíritu; ó por mejor decir, la fortaleza de hombre en fortaleza de Dios. Ves cómo el sancto profeta ni calló el trabajo, ni calló el descanso, ni la ventaja que habia de lo uno á lo otro, cuando dijo: Correrán, y no trabajarán, andarán, y no desfallescerán. Así que, hermano mio, no tienes por qué desechar este camino por áspero y dificultoso; pues tantas cosas hay en él que lo hacen llano.

## § V

### Prueba por ejemplo ser verdad todo lo dicho.

Y si todas estas razones no te acaban de convencer, y tu

[1] Osee, XI.
[2] Exod. III.
[3] II Cor. IV.
[4] Isai. XL.

incredulidad es como la de Sancto Tomas, que no queria creer sino lo que viese con los ojos [1], tambien decenderé contigo á este partido; porque no temo ninguna prueba defendiendo tan buena causa. Pues para esto tomemos agora un hombre que lo haya corrido todo; que algun tiempo fué vicioso y mundano, y despues por la misericordia de Dios está ya trocado y hecho otro. Este es bueno para juez desta causa; pues no solamente ha oido, sino tambien visto, y probado por experiencia ambas cosas, y bebido de ambos cálices. Pues á este podrias tú muy bien conjurar, y pedirle te dijese cuál dellos halló mas suave. Desto podrian dar muy buen testimonio muchos de los que están diputados en la Iglesia para examinadores de las consciencias ajenas; porque estos son los que decienden á la mar en navíos, y ven las obras de Dios en las muchas aguas [2]: que son las obras de su gracia, y las grandes mudanzas que cada dia se hacen por ella, las cuales sin duda son de grande admiracion. Porque verdaderamente no hay en el mundo cosa de mayor espanto, ni que cada dia se haga mas nueva á quien bien la considera, que ver lo que en el ánima de un justo obra esta divina gracia. ¡ Cómo la transforma ! cómo la levanta ! cómo la esfuerza ! cómo la consuela ! cómo la compone toda dentro y fuera ! cómo le hace mudar las costumbres del hombre viejo ! cómo le trueca todas sus aficiones y deleites ! cómo le hace amar lo que ántes aborrescia, y aborrescer lo que ántes amaba, y tomar gusto en lo que ántes le era desabrido, y desgusto en lo que ántes le era sabroso ! ¡ Qué fuerzas le da para pelear ! qué alegría ! qué paz ! qué lumbre para conoscer la voluntad de Dios, la vanidad del mundo, y el valor de las cosas espirituales que ántes despreciaba ! Y sobre todo esto lo que mayor espanto pone, es ver en cuán poco tiempo se obran todas estas cosas; porque no es menester cursar muchos años en las escuelas de los filósofos, y aguardar al tiempo de las canas para que la edad nos ayude á cobrar seso, y mortificar las pasiones : sino que en medio del fervor de la

[1] Joan. XX.
[2] Psalm. CVI.

mocedad, y en espacio de muy pocos dias, se muda un hombre tan mudado, que apénas paresce el mesmo. Por lo cual dice muy bien Cipriano que este negocio primero se siente que se aprende; y que no se alcanza por estudio de muchos años, sino por el atajo de la gracia, que en muy breve lo da todo. La cual gracia podemos decir que es como unos espirituales hechizos con que Dios por una manera maravillosa muda los corazones de los hombres de tal modo, que les hace amar con grandísimo amor lo que ántes aborrescian (que era el ejercicio de las virtudes), y aborrescer con grandísimo aborrescimiento lo que ántes amaban, que eran los gustos y deleites de los vicios.

Este es uno de los grandes provechos que sacan del oficio del confesar los que esto hacen con aquella devocion y espíritu que deben; porque allí ven cada dia muchas destas maravillas, con las cuales paresce que les paga nuestro Salvador el trabajo de su servicio tan bien pagado, que muchos habemos visto mudados con la vista destas mudanzas, y muy aprovechados en el camino de la virtud con estos cuotidianos ejemplos. Estos pues callando oyen, como otro Jacob [1], las palabras y misterios de Josef; y estiman con su justo precio lo que no sabe estimar el niño simple que lo relata.

Mas para mayor claridad y confirmacion de lo dicho, añadiré aquí el ejemplo y autoridad de dos grandes sanctos, los cuales en un tiempo vivieron en este mesmo engaño, y despues vieron el desengaño: y lo uno y lo otro quiso Dios que dejasen escripto para nuestro ejemplo y aviso. Pues el bienaventurado mártir Cipriano, escribiendo á un amigo suyo llamado Donato, el principio y manera de su conversion, dice así [2]:

En el tiempo que andaba yo perdido y engolfado en el mundo, sin saber de mi vida, sin tener lumbre y conoscimiento de la verdad, tenia por imposible lo que para mi salud y remedio la divina gracia me prometia: conviene saber, que el hombre podia volver á nascer de nuevo [3], y recebir

[1] Genes. XXXVII.
[2] II lib. Ep. Epist. 2.
[3] Joan. III.

otro espíritu, y otra manera de vida, con la cual dejase de ser lo que ántes era, y comenzase á tener otro nuevo sér, y otra contradicion de vida ; de tal modo que aunque la sustancia y figura del cuerpo fuese la mesma, el hombre interior del todo se mudaria. Ántes decia yo que era imposible la tal mudanza ; porque no podia tan presto deshacerse lo que tan asentado estaba en nosotros, así por parte de la naturaleza corrupta, como de la costumbre depravada. Porque ¿cómo será posible que sea abstinente el que está acostumbrado á mesas largas y delicadas ? ¿ Cómo se querrá abajar á traer una capa raida, el que huelga de resplandescer con oro y púrpura ? Y el que se deleita con los magistrados y cargos de república, ¿ cómo le sufrirá el corazon verse sin honra ? Y el que se precia de andar muy acompañado de servidores, y de hinchir la calle por do va de criados, ¿ cómo no terná por tormento verse solo y desacompañado ? No puede ser sino que los vicios y costumbres pasadas han de acudir á pedir cada uno su derecho, y convidar y solicitar el corazon con sus halagos y blanduras. No puede ser sino que muchas veces ha de solicitar la gula, y envanescer la soberbia, y deleitar la honra, é inflamar la ira, y indignar la crueldad, y despeñar la lujuria.

Esto era lo que yo conmigo muchas veces trataba. Porque como estaba enlazado en tantas maneras de males (de los cuales no creia poder librarme), con la desconfianza de la emienda favorescia á los mesmos vicios á quien servia, como á criados familiares nascidos en mi casa. Mas despues que alimpiadas las culpas de la vida pasada, entró la luz de lo alto en el corazon purificado ya, y limpio con el agua del sancto baptismo : despues que recebido el espíritu del cielo, el segundo nascimiento me hizo otro nuevo hombre ; luego por una manera maravillosa comenzaron á asentárseme las cosas ántes dudosas, y aclarárseme las escuras, y abrírseme las cerradas, y aparescérseme fáciles las que ántes parescian difíciles, y posibles las que se me hacian imposibles ; de tal manera que se parescia bien claro ser proprio del hombre lo que habia nascido de carne, y así vivia segun carne [1] : mas

[1] Joan. III.

de Dios, y no del hombre, lo que el Espíritu habia animado. Bien sabes tú por cierto, amigo Donato, bien sabes lo que este espíritu del cielo me quitó, y lo que me dió : el cual es muerte de los vicios, y vida de las virtudes. Bien sabes tú todo esto : porque no predico yo aquí mis alabanzas, sino la gloria de Dios. Excusada es en este caso la jactancia ; aunque no se puede llamar jactancia, sino agradescimiento, lo que no se atribuye á la virtud del hombre, sino á la gracia de Dios ; pues está claro que el haber dejado de pecar procedió de su gracia : así como el haber ántes pecado fué de la naturaleza corrupta.

Hasta aquí son palabras de Cipriano : en las cuales abiertamente ves el engaño tuyo, y de muchos otros ; los cuales midiendo la dificultad de la virtud con sus proprias fuerzas, tienen por dificultoso, y aun por imposible alcanzarla ; y no miran que en arrojándose en los brazos de Dios, y determinando de salir de pecado, los recibe en su gracia ; la cual hace tan llano este camino, cuanto aquí has visto por este ejemplo ; pues es cierto que ni aquí se te dice mentira, ni tampoco faltará á ti la gracia que á este sancto no faltó, si te volvieres á Dios, como él lo hizo.

Oye otro ejemplo no ménos admirable que este. Escribe Sant Augustin en el octavo libro de sus Confesiones [1], que como él comenzase á tratar en su corazon de dejar el mundo, que se le ofrescian grandes dificultades en esta mudanza, y que le parescia que por una parte todos sus deleites pasados se le atravesaban delante, y le decian : ¿ Cómo ? ¿ y para siempre nos quieres dejar? ¿ y dende agora nunca mas eternalmente nos has de ver ? Por otra parte dice que se le representaba la virtud con un rostro alegre y sereno, acompañada de muchos buenos ejemplos, así de doncellas, como de viudas, y de otras personas que en todo género de estados y edades castamente vivian, diciéndole : ¿ Cómo ? ¿ no podrás tú lo que estos y estas pueden ? ¿ Por ventura estos y estas pueden lo que pueden por su virtud, ó por la de Dios? Mira que porque estribas en ti caes.

[1] Cap. 11.

Arrójate en Dios, y no temas; porque no se desviará, ni te desamparará. Arrójate en él seguramente, que él te recibirá y te salvará.

En medio desta batalla tan reñida, dice este sancto que comenzó á llorar fuertemente y que se apartó á solas, y se dejó caer debajo de una higuera, y que soltando las riendas á las lágrimas, comenzó á dar voces de lo íntimo de su corazon, diciendo [1]: ¿ Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo te airarás contra mí ? ¿ hasta cuándo no se dará fin á mis torpezas ? ¿ hasta cuándo ha de durar este mañana, mañana ? ¿ por qué no será luego ? ¿ por qué no se da en esta hora fin á mis maldades ?

Acabadas estas y otras cosas que este sancto allí refiere, dice luego que le mudó nuestro Señor súbitamente el corazon, de tal manera que nunca mas tuvo apetito de vicios carnales, ni de otra cosa del mundo; sino que del todo sintió su corazon libre de todos los apetitos. Y así, como suelto ya destas cadenas, comienza en el libro siguiente á dar gracias á su libertador, diciendo [2]: ¡ Oh Señor, yo soy tu siervo, yo tu siervo, é hijo de tu sierva [3] ! Rompiste, Señor, mis ataduras; á ti sacrificaré sacrificio de alabanza. Alábente mi corazon y mi lengua, y todos mis huesos digan [4]: Señor, ¿ quién es como tú ? ¿ Dónde estaba Cristo Iesu ayudador mio ? ¿ Dónde estaba tantos años habia mi libre albedrío, pues no se convertia á ti ? ¿ De cuán profundo piélago lo sacaste en un momento para que subjectase yo mi cuello á tu dulce yugo, y á la carga liviana de tu sancta ley ? ¿ Cuán deleitable se me hizo luego carescer de los deleites del mundo, y cuán dulce dejar lo que ántes recelaba perder ? Echabas tú fuera de mi ánima, verdadero y sumo deleite, todos los otros vanos deleites : echábaslos fuera, y entrabas tú en lugar dellos, mas dulce que todo otro deleite, y mas hermoso que toda otra hermosura. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin.

[1] Cap. 12.
[2] Lib. IX, cap. 1.
[3] Psalm. cxv.
[4] Ibid. xxxiv.

Pues dime agora : si esto así pasa, si tan grande es la virtud y eficacia de la divina gracia ; ¿ qué es lo que te tiene captivo para que no hagas otro tanto ? Si tú crees que esto es verdad, y que esta gracia es poderosa para hacer esta mudanza, y que esta no se negará á quien de todo su corazon la buscare (pues es agora el mesmo Dios que entónces era, sin accepcion de personas) ; ¿ qué te detiene para que no salgas desa miserable servidumbre, y abraces el sumo bien que se te ofresce de balde ? ¿ Por qué quieres mas con un infierno ganar otro infierno, que con un paraíso otro paraíso ? No seas cobarde ni desconfiado. Prueba una vez este negocio, y confía en Dios; que no lo habrás comenzado, cuando te salga él á recebir, como al hijo pródigo, los brazos abiertos [1]. Cosa maravillosa es, que si un burlador te prometiese enseñar un arte de alquimia, con que pudieses hacer del cobre oro, no dejarias (aunque te cortase mucho) de probarla : y date aquí la palabra Dios de manera como puedas tú de tierra hacerte cielo, y de carne espíritu, y de hombre ángel, ¿ y no lo quieres probar ?

Y pues en cabo, tarde ó temprano has de conoscer esta verdad en esta vida, ó en la otra : ruégote pienses atentamente cuán burlado te hallarás el dia de la cuenta, viéndote condenado porque dejaste el camino de la virtud por áspero y dificultoso ; conosciendo allí claramente que era mucho mas deleitable que el de los vicios, y el que solo llevaba á los deleites eternos.

## CAPÍTULO XXIX

Contra los que recelan seguir el camino de la virtud, por el amor del mundo.

Si tomásemos el pulso á todos los que recelan el camino de la virtud, por ventura hallaríamos que una de las principales cosas que mas los acobarda, es el amor engañoso deste siglo. Y llámalo engañoso, porque la causa dél es una

[1] Luc. xv.

falsa imágen y apariencia de bien que tienen las cosas del mundo, la cual hace á los ignorantes que las estimen en mucho. Porque así como las bestias espantadizas huyen de algunas cosas, por imaginar que son peligrosas, no lo siendo; así estos por el contrario aman y siguen las del mundo, creyendo ser deleitables, no lo siendo. Y por esto así como los que quieren hacer perder á las tales bestias este siniestro, procuran llevarlas por aquel mesmo paso que rehusan, porque vean que no era mas que sombra lo que temian; así conviene que llevemos agora estos por la sombra destas cosas mundanas que tan desordenamente aman, y se las hagamos mirar con otros ojos; para que claramente vean como es vanidad y sombra todo lo que aman, y que así como aquellos peligros no merescen ser temidos, así ni estos bienes amados.

Mirando pues agora atentamente el mundo con toda su felicidad, hallo en él estas seis maneras de males, que nadie me podrá negar: conviene saber, brevedad, miseria, peligro, ceguedades, pecados y engaños, con los cuales anda acompañada esta su felicidad: por donde claramente se verá lo que ella es. Pues de cada cosa destas tratarémos agora aquí brevemente por su órden.

## § I

### De cuán breve sea la felicidad del mundo.

#### 1.ª MISERIA.

Comenzando pues agora por la brevedad, no me podrás negar que toda la felicidad y suavidad del mundo (cualquiera que ella sea) á lo ménos es breve. Porque la felicidad del hombre no puede ser mas larga que la vida del hombre. Y que tan larga sea esta vida, ya en otra parte lo declaramos [1]; pues la mas larga vida de los hombres apénas llega á cien años. Mas ¿cuántos son los que llegan hasta aquí? Visto he yo obispos de dos meses, y sumos pontífices

[1] Libro de la Oracion, en la consideracion del mártes en la nobre, § 2.

de uno, y recien casados de una sola semana; y destos ejemplos leemos muchos en los tiempos pasados, y vemos cada dia muchos en los presentes. Mas concedámoste agora que sea muy larga tu vida. Démos (dice Sant Crisóstomo) cien años á los pasatiempos del mundo, y añade á estos otros ciento, y aun otras dos veces ciento: ¿qué tiene que ver todo esto con la eternidad? Si muchos años, dice Salomon [1], viviere el hombre, y en todos ellos le succedieren las cosas á su voluntad, debria acordarse del tiempo tenebroso, y de los dias de la eternidad, los cuales cuando vinieren, verse ha claro como todo lo pasado fué vanidad. Porque en presencia de una eternidad, toda felicidad (por grandísima que haya sido), vanidad paresce y así lo es. Esto confiesan aun los mesmos malos en el libro de la Sabiduría, diciendo [2] que acabando de nascer luego dejaron de ser. Mira pues cuán breve parescerá entónces á los malos todo el tiempo desta vida, pues realmente allí se les figura que apénas vivieron un dia, sino que luego fuéron transladados del vientre á la sepultura. De do se sigue que todos los placeres y contentamientos deste mundo les parescerán allí unos placeres soñados, que parescian placeres y no lo eran. Lo cual maravillosamente significó el profeta Isaías por estas palabras [3]: Así como el que tiene hambre y sueña que come, despues que despierta se halla burlado y hambriento; y así como el que tiene sed y sueña que bebe, cuando despierta tiene la mesma sed, y conosce que fué vano su contentamiento cuando pensaba que bebia: así acaescerá á todas las gentes que pelearon contra el monte Sion, cuya prosperidad será tan breve, que despues que abrieren los ojos, y se pasare aquel poquito de tiempo, verán como todos sus gozos no fuéron mas que soñados. Si no dime agora: ¿Qué mas que esto fué la gloria de todos cuantos príncipes y emperadores ha habido en el mundo? ¿Dónde están, dice el profeta [4], los principes de las gentes,

[1] Eccles. XI.
[2] Sap. V.
[3] Isai. XXIX.
[4] Baruch. III.

que tuvieron señorío sobre las bestias de la tierra, que buscaron sus pasatiempos y recreaciones en cazas y cetrerías, lidiando con las aves del aire ? los que atesoraron montones de plata y oro (en que confían los hombres) sin dar fin á sus tesoros ? los que labraron tantas y tan ricas vajillas de oro y plata, que no hay quien acabe de contar las invenciones de sus obras ? ¿ Qué se hicieron todos estos ? en qué pararon ? Ya están fuera de sus palacios, y á los infiernos descendieron, y otros succedieron en su lugar. ¿ Qué es del sabio ? qué es del letrado ? dónde está el escudriñador de los secretos de naturaleza ? ¿ Qué se hizo la gloria de Salomon ? ¿ Dónde está el poderoso Alejandro, y el glorioso Asuero ? ¿ Dónde están los famosos Césares de los romanos ? ¿ Dónde los otros príncipes y reyes de la tierra ? ¿ Qué les aprovechó su vanagloria, el poder del mundo, los muchos servidores, las falsas riquezas, las huestes de sus ejércitos, la muchedumbre de sus truhanes, y las compañías de mentirosos y lisonjeros que les andaban al derredor ? Todo esto fué sombra, todo sueño, todo felicidad que pasó en un momento. Cata aquí pues, hermano, cuán breve sea esta felicidad del mundo.

## § II

### De las miserias grandes con que está mezclada la felicidad del mundo.

#### 2. ª MISERIA.

Tiene aun otro mal esta felicidad (demas de ser tan breve), que es andar acompañada con mil maneras de miserias que no se pueden excusar en esta vida, ó por mejor decir en este valle de lágrimas, en este lugar de destierro, y en este mar de tantos movimientos. Porque verdaderamente mas son las miserias del hombre que los dias, y aun que las horas de la vida del hombre ; porque cada dia amanesce con su cuidado, y á cada hora le está amenazando su miseria. Mas ¿ qué lengua bastará para explicar todas estas miserias ? ¿ Quién po-

drá contar todas las enfermedades de nuestros cuerpos, y todas las pasiones de nuestras ánimas, y todos los agravios de nuestros prójimos, y todos los desastres de nuestras vidas? Uno os pone pleito en la hacienda, otro os persigue en la vida, otro os pone mácula en la honra: unos con odios, otros con invidias, otros con engaños, otros con deseos de venganzas, otros con falsos testimonios, otros con armas, y otros con sus lenguas (peores que las mesmas armas), os hacen guerra mortal. Y sobre todas estas miserias hay otras infinitas que no tienen nombre; porque son acaescimientos no esperados. Á uno le quebraron un ojo, á otro un brazo, otro cayó de una ventana, otro del caballo, otro se ahogó en un rio, otro se perdió en unas rentas, y otro en una fianza. Y si quieres saber aun mas males, pide cuenta á los hombres del mundo de los ratos de placeres y pesares que han llevado en él; porque si los unos y los otros se pesaren en dos balanzas, verás claramente cuánto es mayor la una carga que la otra, y cómo para un solo rato de placer hay cien horas de pesar. Pues si la vida toda en sí es tan corta (como está ya declarado), y tanta parte della ocupan tantas miserias; ruégote me digas ¿qué tanto es lo que queda de verdadera y pura felicidad?

Mas estas miserias que aquí he contado, son comunes á buenos y malos: los cuales así como navegan en un mesmo mar, así están subjectos á unas mesmas tormentas. Otras miserias hay mucho mas para sentir, que son proprias de los malos (porque son hijas de sus maldades), cuyo conoscimiento hace mas á nuestro caso; porque hace mas aborrescible la vida de los tales, pues á tales miserias está subjecta. Mas cuántas y cuán grandes sean estas, los mesmos malos lo confiesan en el libro de la Sabiduría, diciendo [1]: Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdicion, y nuestros caminos fuéron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor tan llano, nunca supimos atinarlo. De suerte que así como los buenos tienen en esta vida un paraíso, y esperan otro, y de un sábado van á otro sábado (que es de una holganza á otra holganza); así los malos tienen

[1] Sap. v.

en esta vida un infierno, y esperan otro; porque del infierno de la mala consciencia, van al infierno de la pena.

Estos trabajos vienen á los malos por muchas maneras; porque unos les vienen por parte de Dios, que como justo juez no consiente que pase el mal de la culpa sin el castigo de la pena: el cual aunque generalmente se guarde para la otra vida, pero muchas veces se comienza en esta. Porque cierto es que así como tiene Dios universal providencia del mundo, así tambien la tiene particular de cada uno; y pues vemos que cuando en el mundo hay mayores pecados, hay tambien mayores castigos de hambres, de guerras, de pestilencias, y de herejías, y de otras semejantes calamidades: así tambien muchas veces conforme á los pecados del hombre, se invian los castigos al hombre. Por lo cual dijo Dios á Cain [1]: Si hicieres bien, recibirás el galardon: y si mal, luego á la puerta hallarás tu pecado, que es la pena y castigo dél. Y en el Deuteronomio dijo Moysen al pueblo de Israel [2]: Has de saber que tu Señor Dios es fuerte y fiel; y que mantiene su palabra, y usa de misericordia con los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta la milésima generacion; y castiga luego á los que le aborrescen, de tal manera, que luego los destruye, sin dilatar mas el castigo, dándoles luego lo que merescen. Mira cuántas veces repite aquí esta palabra *luego*. Por donde se entiende que demás del castigo que á los malos se debe en la otra vida, tambien son muchas veces castigados en esta, pues tantas veces repite aquí la Escriptura que luego sin mas dilacion serán castigados en ella. Pues de aquí proceden muchas maneras de calamidades y azotes que padescen: los cuales andan en una rueda viva de cuidados, fatigas, necesidades, y trabajos: puesto caso que aunque los sientan, no conoscen de dónde les vienen, y así mas los tienen por condiciones de naturaleza, que por castigos de su culpa; porque así como los bienes de naturalza no reconoscen por beneficios de Dios, ni le dan gracias por ellos, así los azotes de su ira no conoscen por castigos, ni se enmiendan por ellos.

[1] Genes. IV.
[2] Deut. VII.

Otros trabajos les vienen por parte de los vicarios de Dios, que son los ministros de su justicia, que muchas veces encuentran con los malhechores, y así los persiguen y aprietan con cárceles, con destierros, con gastos, con persecuciones, con infamias y perdimiento de bienes, y con otras mil maneras de penas : con las cuales hacen que le amargue la golosina de su culpa, y la paguen con las setenas aun en esta vida.

Otros trabajos y miserias les vienen por parte de los apetitos y pasiones desordenadas de su corazon ; porque ¿ qué se puede esperar de la afliccion demasiada, y del vano temor, y de la esperanza dubdosa, y del deseo desordenado, y de la tristeza congojosa, sino enjambres de sobresaltos y cuidados, los cuales roban la paz y libertad del corazon (de que arriba tratamos), inquietan la vida, solicitan al pecado, impiden la oracion, quitan el sueño de la noche, y hacen tristes y miserables los dias de la vida ? Todas estas maneras de miserias nascen en el hombre de sí mesmo : esto es, de la desórden de sus pasiones : para que veas qué puede esperar de otra parte quien esto tiene de su cosecha, y con quién podrá tener paz quien consigo tiene tanta guerra.

## § III

### De los grandes lazos y peligros del mundo.

#### 3.ª MISERIA

Y si no hubiese en el mundo mas que solas penas y trabajos de cuerpo, no seria tanto para temer ; mas no solo hay en él trabajos de cuerpo, sino tambien peligros de ánima, que son mucho mas para sentir, porque tocan mas en lo vivo. Y estos son tantos, que dijo el profeta[1] : Lloverá Dios lazos sobre los pecadores. ¿ Pues qué tantos lazos te paresce que veia en el mundo quien los comparaba con las gotas de agua que caen del cielo ? Y dice señaladamente sobre los pecadores ; porque como estos tienen tan poca guarda en el corazon y en los sentidos, y tan poco cuidado de huir las ocasiones

[1] Psalm. x.

de los pecadores, y tan poco estudio en proveerse de espirituales remedios, y sobre todo esto andan en medio de los fuegos del mundo, ¿ cómo pueden dejar de andar entre infinitos peligros? Pues por esta muchedumbre de peligros dice que lloverá sobre los pecadores lazos. Lazos en la mocedad, y lazos en la vejez ; lazos en las riquezas, y lazos en la pobreza ; lazos en la honra, y lazos en la deshonra ; lazos en la compañía, y lazos en la soledad ; lazos en las adversidades, y lazos en las prosperidades ; y finalmente, lazos para todos los sentidos del hombre : para los ojos, para los oídos, para la lengua, y para todo lo demás. Finalmente, tantos son los lazos, que da voces el profeta, diciendo [1] : Lazo sobre ti, morador de la tierra. Y si nos abriese Dios un poco los ojos (como los abrió á Sant Antonio), veríamos á todo el mundo lleno de lazos trabados unos con otros, y exclamaríamos con él, diciendo : ¡ Oh quién escapará de tanto lazo ! y de aqui nasce perecer tantas ánimas como cada dia perecen ; pues (como llora Sant Bernardo) en el mar de Marsella, de diez naos apénas se pierde una : mas en el mar deste mundo, de diez ánimas apénas se salva una. ¿ Quién pues no temerá un mundo tan peligroso ? ¿ Quién no procurará huir de tanto lazo ? ¿ Quién no temblará de andar descalzo entre tantas serpientes, desarmado entre tantos enemigos, desproveido entre tantas ocasiones de pecados, sin medicina entre tantas ocasiones de enfermedades mortales ? ¿ Quién no trabajará por salir deste Egipto [2] ? ¿ Quién no huirá desta Babilonia [3] ? ¿ Quién no procurará escaparse de las llamas de Sodoma y Gomorra [4], y salvarse en el monte de la buena vida ? Pues estando el mundo lleno de tantos lazos y despeñaderos, y ardiendo en tantas llamas de vicios, ¿ quién se tendrá por seguro ? ¿ Andará, dice el Sabio [5], alguno sobre las brasas sin que se le quemen las plantas, y esconderá fuego en su seno sin que ardan sus vestiduras ? Cierto está,

[1] Jerem. XLVIII.
[2] Exod. XII.
[3] Jerem. LI.
[4] Genes. XIX.
[5] Prov. VI.

dice el Sabio [1], que el que toca á la pez se ha de ensuciar en ella; y así el que trata con soberbios corre peligro hacerse uno dellos.

## § IV

### De la ceguedad y tinieblas del mundo.

4.ª MISERIA.

Á esta muchedumbre de lazos y peligros añade otra miseria que los hace mayores, que es la ceguedad y tienieblas de los mundanos; la cual convenientísimamente es figurada por aquellas tinieblas de Egipto [2], las cuales eran tan espesas que se podian palpar con las manos, y que en aquellos tres dias que duraron, ninguno se movió del lugar donde estaba, ni vió al prójimo que par de sí tenia. Tales son por cierto y mucho mas palpables las tinieblas que el mundo padesce. Si no (discurriendo agora por las cegueras y desatinos dél), dime: ¿qué mayor ceguedad que creer los hombres lo que creen, y vivir de la manera que viven? ¿Qué mayor ceguedad que hacer tanto caso de los hombres, y tan poco de Dios; tener tanta cuenta con las leyes del mundo, y tan poca con las de Dios; trabajar tanto por este cuerpo (que es una bestia bruta), y tan poco por el ánima, que es imágen de la Majestad divina; atesorar tanto para esta vida, que mañana se ha de acabar, y no allegar nada para la otra, que para siempre ha de durar; hacerse pedazos por los intereses de la tierra, y no dar un paso por los bienes del cielo? ¿Qué mayor ceguedad que sabiendo tan cierto que habemos de morir, y que en aquella hora se ha de determinar lo que para siempre ha de ser de nuestra vida, vivamos tan descuidados como si siempre hubiéramos de vivir? Porque ¿qué ménos hacen los malos habiendo de morir mañana, que si hubieran de vivir para siempre? ¿Qué mayor ceguedad, que por la golosina de un apetito perder el mayorazgo del cielo; tener tanta cuenta con la hacienda, y tan poca con la consciencia; que-

1 Eccli. XIII.
2 Exod. X.

rer que todas tus cosas sean buenas, no querer que tu propria vida lo sea? Destas ceguedades, hallarás tantas en el mundo, que te paresceră estar los hombres como encantados y enhechizados; de tal manera que teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no oyen; y teniendo la vista mas aguda que la de linces para ver las cosas de la tierra, tiénenla mas que de topos para las cosas del cielo: como en figura acaesció á Sant Pablo cuando iba á perseguir la Iglesia[1]: el cual despues que fué derribado en tierra, abiertos los ojos ninguna cosa veia. Pues así acaesce á estos miserables, que teniendo los ojos tan abiertos para las cosas del mundo, los tengan tan cerrados para las cosas de Dios.

## § V

### De la muchedumbre de pecados que hay en el mundo.

5.ª MISERIA.

Pues habiendo en el mundo tantas tinieblas y lazos (como habemos dicho) ¿qué se puede esperar de aquí, sino caídas y pecados? Este es el sumo mal de los males del mundo, y el que mas nos habia de mover á aborrescerlo. Y así con sola esta consideracion pretende Sant Cipriano inducir á un amigo suyo al menosprecio del mundo[2]. Para lo cual finge que lo sube consigo á un monte muy alto de donde se vea todo el mundo, y dende allí le va mostrando como con el dedo todos los mares y tierras, y todas las plazas y tribunales, llenos de mil maneras de pecados y injusticias que en cada parte hay; para que vistos cuasi con los ojos tantos y tan grandes males como hay en el mundo, entienda cuánto debe ser aborrescido, y cuánto debe á Dios, porque dél lo sacó. Pues conforme á esta consideracion sube tú agora, hermano, á este mesmo monte, y extiende un poco los ojos por las plazas, por los palacios, y por las audiencias, y oficinas del mundo; y verás ahí tantas maneras de pecados, tantas mentiras, tan-

[1] Act. IX.
[2] Donato, lib. II ep., ep. 2.

tas calumnias, tantos engaños, tantos perjuros, tantos robos, tantas invidias, tantas lisonjas, tanta vanidad; y sobre todo, tanto olvido de Dios, y tanto menosprecio de la propria salud, que no podrás dejar de maravillarte, y quedar atónito de ver tanto mal. Verás la mayor parte de los hombres vivir como bestias brutas, siguiendo al ímpetu de sus pasiones, sin tener cuenta con ley de justicia ni de razon, mas que la tendrian unos gentiles, que ningun conoscimiento tienen de Dios, ni piensan que hay mas que nascer y morir. Verás maltratados los innocentes, perdonados los culpados, menospreciados los buenos, honrados y sublimados los malos; verás los pobres y humildes abatidos, y poder mas en todos los negocios el favor que la virtud. Verás vendidas las leyes, despreciada la verdad, perdida la vergüenza, estragadas las artes, adulterados los oficios, y corrompidos en muy gran parte los Estados. Verás á muchos perversos y merescedores de grandes castigos, los cuales con hurtos, con engaños, y con otras malas maneras vinieron á tener grandes riquezas, y á ser alabados y temidos de todos. Y verás así á estos, como á otros que apénas tienen mas que la figura de hombres, puestos en grandes oficios y dignidades. Y finalmente verás en el mundo amado y adorado el dinero mas que Dios, y muy gran parte de las leyes divinas y humanas corrompidas por él: y en muchos lugares no queda ya de la justicia mas que solo el nombre della. Y vistas todas estas cosas entenderás luego con cuánta razon dijo el profeta[1]: El Señor se puso á mirar dende el cielo sobre los hijos de los hombres, para ver si habia quien conosciese á Dios, ó le buscase; mas todos habian prevaricado, y héchose inútiles, y no habia quien hiciese bien, ni solo uno. Y no ménos se queja por el profeta Oseas, diciendo[2] que ni habia misericordia, ni verdad, ni conoscimiento de Dios en la tierra; sino que las malicias, y las mentiras, y los hurtos, y los homicidios, y los adulterios se habian extendido por toda ella; y que una sangre caia sobre otra sangre, y una maldad sobre otra maldad.

Finalmente, para que mas claro veas qué tal está el mundo, pon los ojos en la cabeza que lo gobierna, y por ahí enten-

[1] Psalm. XIII.
[2] Osee, IV.

derás cuál estará lo gobernado. Porque si es verdad que el príncipe deste mundo (esto es de los malos), es el demonio, como dice Cristo[1], ¿qué se puede esperar del cuerpo donde tal es la cabeza, y de la república donde tal es el gobernador? Solo esto basta para darte á entender que tal está el mundo, cuales los amadores dél. ¿Pues qué será luego este mundo, sino una cueva de ladrones, un ejército de salteadores, un revolcadero de puercos, una galera de forzados, un lago de serpientes y basiliscos? Pues si tal es el mundo como esto, ¿por qué no desampararé yo (dice un fiilósofo) un lugar tan feo, tan sucio, tan lleno de traiciones, de engaños y maldades, donde apénas hay lealdad, ni piedad, ni justicia; donde todos los vicios reinan; donde el hermano arma celada á su hermano; donde el hijo desea la muerte de su padre, el marido de la mujer, y la mujer del marido; donde tan pocos son los que no roben ó engañen, pues muchos así de los grandes como de los pequeños, debajo de honestos nombres, hurtan y roban; y donde finalmente tantos fuegos arden de cobdicia, de lujuria, de ira, de ambicion, y de otros infinitos males? ¿Pues quién no deseará huir de tal mundo? Deseábalo cierto aquel profeta que decia: ¡Quién me llevase á un desierto ó á algun lugar apartado de caminantes, para verme libre de la compañía deste pueblo; porque todos son adúlteros, y cuadrillas de prevaricadores! Esto que hasta aquí se ha dicho, generalmente pertenesce á los malos; aunque no se puede negar haber en todos los estados muchos buenos en el mundo, por los cuales lo sustenta Dios.

Consideradas pues estas cosas, mira cuánta razon tienes de aborrescer una cosa tan mala, donde si te abriese Dios los ojos, verias mas demonios, y mas pecados que los átomos que se parescen en los rayos del sol. Y con esto crezca en ti el deseo de verte fuera dél (á lo ménos con el espíritu) sospirando con el profeta, y diciendo[2]: ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré y descansaré?

[1] Joan. XII.
[2] Psalm. LIV.

## § VI

### De cuán engañosa sea la felicidad del mundo.

6.ª MISERIA.

Estos y otros muchos tales son los tributos y contrapesos con que esta miserable felicidad del mundo está acompañada; para que veas cuánto mas hiel que miel, y cuánto mas acíbar que azúcar trae consigo. Dejo aquí de contar otros muchos males que tiene. Porque demás de ser esta felicidad y suavidad tan breve y tan miserable, es tambien sucia; porque hace á los hombres carnales y sucios : es bestial; porque los hace bestiales : es loca; porque los hace locos, y los saca muchas veces de juicio : es instable; porque nunca permanesce en un mismo sér : es finalmente infiel y deslead ; porque al mejor tiempo nos falta y deja en el aire. Mas un solo mal no dejaré de contar, que por ventura es el peor de todos; que es, ser falsa y engañosa; porque paresce lo que no es, y promete lo que no da, y con esto trae en pos de sí perdida la mayor parte de la gente. Porque así como hay oro verdadero, y oro falso, y piedras preciosas verdaderas, y falsas que parescen preciosas, y no lo son; así tambien hay bienes verdaderos y falsos : felicidad verdadera, y falsa, que paresce felicidad y no lo es : y tal es la deste mundo ; y por esto nos engaña con esta muestra contrahecha. Porque así como dice Aristóteles que muchas veces acaesce haber algunas mentiras, que (con ser mentiras) tienen mas apariencia de verdad que las mesmas verdades ; así realmente (lo que es mucho para notar) hay algunos males que, con ser verdaderos males, tienen mas apariencia de bienes que los mesmos bienes : y tal es sin duda la felicidad del mundo ; y por esto se engañan con ella los ignorantes, como se engañan los peces y las aves con el cebo que les ponen delante. Porque esta es la condicion de las cosas corporales : que luego se nos ofrescen con un alegre semblante, y con un rostro lisonjero y halagüeño, que nos promete alegría y contentamiento; mas despues que la experiencia de las cosas nos desengaña, luego

sentimos el anzuelo debajo del cebo, y vemos claramente que no era oro todo lo que relucia. Así hallarás por experiencia que pasa en todas las cosas del mundo. Si no mira los placeres de los recien casados, y hallarás cómo despues de pasados los primeros dias del casamiento, luego comienza á cerrárseles aquel dia de su felicidad, y caer la noche escura de los cuidados, necesidades, y fatigas que despues desto sobrevienen. Porque luego cargan trabajos de hijos, de enfermedades, de ausencias, de celos, de pleitos, de partos revesados, de desastres, de dolores, y finalmente de la muerte necesaria del uno de los dos, que á veces previene muy temprano, y convierte las alegrías de los desposorios no acabados, en lágrimas de perpetua viudez y soledad. ¿Pues qué mayor engaño, y qué mayor hipocresía que esta? ¡Qué contenta va la doncella al tálamo el dia de su desposorio, porque no tiene ojos para ver mas de lo que de fuera paresce! Mas si le diesen ojos para ver la sementera de trabajos que aquel dia se siembran, ¿cuánto mayor causa tendria para llorar, que para reir? Deseaba Rebeca tener hijos, y despues que se vió preñada, y sintió que los hijos en el vientre peleaban, dijo[1]: Si así habia ello de ser, ¿qué necesidad habia de concebir? ¡Oh á cuántos acaesce esta manera de desengaño, despues que alcanzaron lo que deseaban; por hallar otra cosa en el proceso de lo que al principio se prometian!

Pues ¿qué diré de los oficios, de las honras, de las sillas y dignidades? ¡cuán alegres se representan luego cuando de nuevo se ofrescen! Mas ¡cuántos enjambres de pasiones, de cuidados, de invidias y trabajos se descubren despues de aquel primero y engañoso resplandor! Pues ¿qué dirémos de los que andan metidos en amores deshonestos? ¡Cuán blandas hallan al principio las entradas deste ciego labirinto! Mas despues de entrados en él ¿cuántos trabajos han de pasar? cuántas malas noches han de llevar? á cuántos peligros se han de poner? Porque aquel fructo del árbol vedado guarda la furia del dragon venenoso (que es la espada cruel del pariente, ó del marido celoso), con la cual muchas

[1] Genes. xxv.

veces se pierde la vida, la honra, la hacienda, y el ánima en un momento. Así puedes discurrir por la vida de los avarientos, de los mundanos, y de los que buscan la gloria del mundo, con las armas, ó con las privanzas ; y en todos ellos hallarás grandes tragedias de dulces principios y desastrados fines, porque esta es la condicion de aquel cáliz de Babilonia; por defuera dorado, y de dentro lleno de veneno [1].

Pues segun esto ¿ qué es toda la gloria del mundo, sino un canto de sirenas que adormece, una ponzoña azucarada que mata, una víbora por defuera pintada, y de dentro llena de ponzoña? Si halaga, es para engañar; si levanta, es para derribar; si alegra, es para entristecer. Todos sus bienes da con incomparables usuras. Si os nasce un hijo, y despues se os muere, con las setenas es mayor el dolor de su muerte que el alegría de su nascimiento. Mas duele la pérdida que alegra la ganancia, mas aflige la enfermedad que alegra la salud, mas quema la injuria que deleita la honra ; porque no sé qué género de desigualdad fué esta, que mas poderosos quiso naturaleza que fuesen los males para dar pena, que los placeres para dar alegría. Lo cual, todo bien considerado, manifiestamente nos declara cuán falsa y engañosa sea esta felicidad.

## § VII

### Conclusion de lo susodicho.

Cata aquí pues, hermano mio, la figura verdadera del mundo, aunque sea otra la que él por defuera muestra, y cata aquí cuál sea su felicidad, breve, miserable, peligrosa, ciega y llena de pecados y de engaños. Pues segun esto ¿qué otra cosa es este mundo sino (como dijo un filósofo) un arca de trabajos, una escuela de vanidades, una plaza de engaños, un labirinto de errores, una cárcel de tinieblas, un camino de salteadores, una laguna cenagosa, y un mar de continuos movimientos? ¿ Qué es este mundo sino tierra estéril, campo pedregoso, bosque lleno de espinas, prado verde

1 Apoc. XVII.

y lleno de serpientes, jardin florido y sin fructo, rio de lágrimas, fuente de cuidados, dulce ponzoña, fábula compuesta, y frenesí deleitable? ¿Qué bienes hay en él que no sean falsos, y qué males que no sean verdaderos? Su sosiego es congojoso, su seguridad sin fundamento, su miedo sin causa, sus trabajos sin fructo, sus lágrimas sin propósito, sus propósitos sin succeso, su esperanza vana, su alegría fingida, y su dolor verdadero.

En lo cual verás cuánta semejanza tiene este mundo con el infierno; porque si ninguna otra cosa es infierno sino lugar de penas y culpas, ¿qué otra cosa abunda mas en este mundo que esta? Á lo ménos así lo testifica el profeta, cuando dice [1] que de dia y de noche estaba por todas partes cercado de pecados, y que lo que habia en él era trabajos y sin justicia. Esta es la fruta del mundo, esta la mercaduría que en él se vende, este el trato que en todos sus rincones se halla: trabajo sin justicia, que son males de pena, y males de culpa. Pues si ninguna otra cosa es el infierno sino lugar de penas y culpas, ¿cómo no se llamará tambien en su manera este mundo infierno, pues en él hay tanto de lo uno y de lo otro? Á lo ménos por tal lo tenia Sant Bernardo, cuando decia [2] que si no fuera por la simiente de esperanza que tenemos en esta vida de la otra, poco ménos malo le parescia este mundo que el infierno.

## § VIII

### De cómo la verdadera felicidad y descanso se halla solo en Dios, y cómo es imposible hallarse en el mundo.

Mas ya que hasta aquí habemos tan claramente visto cuán miserable y engañosa sea la felicidad del mundo, resta que veamos agora cómo la verdadera felicidad y descanso que no se halla en el mundo, está en Dios. Lo cual si entendiesen bien los hombres mundanos, no tendrian por qué seguir al mundo como lo siguen. Y por esto determino probar aquí

[1] Psalm. LIV.
[2] Serm. IV Ascensionis, prope initium.

brevemente esta tan importante verdad, no tanto por autoridad y testimonio de la fe, cuanto por clara razon.

Para lo cual es de saber que ninguna criatura puede tener perfecto contentamiento hasta llegar á su último fin, que es á la última perfeccion que segun su naturaleza le conviene. Porque miéntras no llegare aquí, necesariamente ha de estar inquieta y descontenta, como quien se siente necesitada de lo que le falta. Pregunto pues agora : ¿ cuál es el último fin del hombre, en cuya posesion está su felicidad, que es lo que los teólogos llaman su bienaventuranza objectiva? No se puede negar sino que esta es Dios : el cual así como es su primer principio, así es su último fin ; y así como es imposible haber dos primeros principios, así lo es haber dos últimos fines : porque eso seria haber dos dioses. Pues si solo Dios es el último fin del hombre, y su última bienaventuranza ; y dos últimos fines y bienaventuranzas es imposible que haya, ¿luego fuera de Dios imposible es hallar bienaventuranza ? Porque sin dubda así como el guante se hizo para la mano, y la vaina para el espada, por lo cual para ningunos otros usos vienen bien estas cosas sino para estos ; así el corazon humano criado para Dios, en ninguna cosa puede hallar descanso sino en Dios. Con él solo estará contento, y fuera dél pobre y necesitado. La razon desto es, porque como el principal subjecto de la bienaventuranza sean el entendimiento y la voluntad del hombre (que son las dos mas nobles potencias que hay en él), miéntras estas estuvieren inquietas, no puede él estar sosegado y quieto. Pues cierto es que estas dos potencias en ninguna manera pueden estar quietas sino con solo Dios. Porque, como dice Sancto Tomas [1], no puede nuestro entendimiento entender ni saber tantas cosas, que no le quede habilidad y deseo natural para saber mas, si hubiere mas que saber. Y asimesmo no puede nuestra voluntad amar ni gozar de tantos bienes, que no le quede virtud y capacidad para mas, si mas le dieren. Y por tanto nunca reposarán estas dos potencias hasta hallar un objecto universal en quien estén todas las cosas : el cual una vez conoscido y amado, ni le quedan

[1] 1, q. 76, art. 2 in corp.

mas verdades que saber, ni mas bienes de que gozar. De aquí nasce que ninguna cosa criada (aunque sea la posesion de todo el mundo) basta para dar hartura á nuestro corazon; sino solo aquel para quien fué criado, que es Dios. Y así escribe Plutarco de un soldado que llegó de grado en grado á ser emperador, y como se viese en este estado tan deseado, y no hallase el contentamiento que deseaba, dijo: En todos los estados he vivido, y en ninguno he hallado contentamiento. Porque claro está que lo que fué criado para solo Dios, no habia de hallar reposo fuera de Dios.

Y para que aun mas claro entiendas esto, ponte á mirar una aguja de un relojico de sol, porque allí verás representada esta filosofía tan necesaria. La naturaleza desta aguja, despues de tocada con la piedra iman, es mirar al norte; porque Dios que crió esta piedra, le dió esta natural inclinacion, que siempre mire á este lugar; y verás por experiencia qué desasosiego tiene consigo, y qué de veces se vuelve, y revuelve hasta que endereza la punta á él: y esto hecho, luego pára y queda fija como si la hincaras con clavos. Pues así has de entender que crió Dios el hombre con esta natural inclinacion y respecto á el, como á su norte, y á su centro, y á su último fin [1]: y por tanto miéntras fuera dél estuviere, siempre estará como aquella aguja, inquieto y desasosegado, aunque posea todos los tesoros del mundo; mas volviéndose á él, luego reposará como ella reposa; porque ahí tiene todo su descanso. De lo cual se infiere que aquel solo será bienaventurado, que poseyere á Dios; y aquel estará mas cerca de ser bienaventurado, que mas cerca estuviere de Dios. Y porque los justos en esta vida están mas cerca dél, ellos son los mas bienaventurados: aunque su bienaventuranza no la conosce el mundo.

La causa es, porque no consiste en deleites sensibles y corporales, como la pusieron los filósofos epicúreos, y despues destos los moros, y despues destos los discípulos de ambas escuelas, que son los malos cristianos, los cuales con la boca reniegan de la ley de Mahoma, y con la vida no guar-

[1] Aug. lib. I Conf. cap. 1.

dan otra, ni buscan en esta vida otro paraíso que el suyo. Si no, dime : ¿ qué otra cosa hacen muchos de los ricos y poderosos deste siglo, mayormente en la mocedad, sino andar buscando y probando todos cuantos géneros de pasatiempos se pueden hallar? Pues ¿ qué es esto sino tener por último fin el deleite con Epicuro. y buscar el paraíso de Mahoma en el mundo? Miserable de ti, discípulo de tales maestros : ¿ por qué no aborresces la vida de aquellos cuyos nombres escupes y abominas? Si acá quieres tener el paraíso de Epicuro, ten por cierto que perderás el de Cristo. No está pues la bienaventuranza del hombre, ni en el cuerpo, ni en bienes de cuerpo (como la ponen los moros) : sino en el espíritu, y en bienes espirituales y invisibles, como la pusieron los grandes filósofos, y la ponen los cristianos aunque en diferente manera. Así lo significó el profeta, cuando dijo [1] : Toda la gloria y hermosura de la hija del Rey dentro está escondida, donde está guarnecida de oro y vestida de mil colores, y donde tiene tanta paz y alegría, cuanta nunca tuvieron, ni tandrán todos los reyes del mundo. Si no queremos decir que tuvieron mayor contentamiento los príncipes de la tierra que los amigos de Dios : lo cual negarán muchos dellos, que muy alegremente dejaron grandes Estados y riquezas, despues que gustaron de Dios ; y negará tambien con ellos Sant Gregorio papa, que probó lo uno y lo otro, y á fuerza de brazos fué llevado á la silla del pontificado ; y estando en ella siempre lloraba y sospiraba por aquella pobre celda que habia dejado en el monasterio, como el captivo que está en tierra de moros, sospira por su patria y libertad.

## § IX

### Prueba lo dicho por ejemplos.

Mas porque este engaño es tan grande y tan universal, añadiré aun otra razon no ménos eficaz que la pasada, por

[1] Psalm. XLIV.

la cual vean los amadores del mundo cuán imposible sea hallar en él la felicidad que desean. Para lo cual has de presuponer (lo que es muy notorio) que muchas mas cosas se requieren para que una cosa sea perfecta, que para ser imperfecta; porque para ser perfecta requiérese que tenga todas sus perfecciones juntas; mas para ser imperfecta basta que tenga una sola imperfeccion. Pues desta manera has de presuponer que para que uno tenga perfecta felicidad, requiérese que tenga todas las cosas á su gusto, y si una sola tiene á su desgusto, esa es mas parte para hacerlo miserable, que todas las otras bienaventurado. Visto he yo muchas personas en grandes estados, y con muchos cuentos de renta, las cuales con todo esto vivian la mas triste vida del mundo; porque muy mayor tormento les daba una cosa muy deseada que no alcanzaban, que contentamiento todo cuanto poseian. Porque sin duda todo cuanto se posee no consuela tanto, cuanto un solo apetito destos (como una espina hincada por el corazon) atormenta: ca no hace al hombre bienaventurado la posesion de los bienes, sino el cumplimiento de sus deseos. Lo cual divinamente explicó Sant Augustin en el libro de *Moribus Ecclesiæ*, por estas palabras: Segun yo pienso, no se puede llamar bienaventurado el que no alcanzó lo que ama, de cualquier condicion que sea lo amado. Ni tampoco es bienaventurado el que no ama lo que posee, aunque sea muy bueno lo poseido; porque el que desea lo que no puede alcanzar, padesce tormento; y el que alcanza lo que no merescia ser deseado, padesce engaño; y el que no desea lo que meresce ser deseado, está enfermo. De donde se infiere que en sola la posesion y amor del summo bien está nuestra bienaventuranza, y fuera deso no puede estar. De suerte que estas tres cosas juntas, posesion, amor, y summo bien, hacen al hombre bienaventurado: fuera de las cuales nadie lo puede ser por mucho que posea.

Y aunque para confirmacion desto te pudiera traer muchos ejemplos, pero baste por todos el de aquel tan famoso privado del rey Asuero, llamado Aman [1], el cual teniéndose

[1] Esther, v.

por agraviado porque Mardoqueo, que guardaba á las puertas del palacio, no le hacia la cortesía que él queria, juntando en uno sus amigos y su mujer, díjoles estas palabras : Vosotros sabeis cuán grandes sean mis prosperidades y privanzas, y cuán lleno estoy de riquezas, y de hijos, y de todo lo que el corazon humano puede desear; mas con todo esto os hago saber que teniendo todas estas cosas, no me paresce que tengo nada, miéntra Mardoqueo, que está á las puertas del Rey, no me hace la cortesía que yo quiero. Mira pues, ruégote, cuánto mas parte era serlo este trabajo para hacer aquel corazon miserable, que todas cuantas prosperidades tenia para hacerlo bienaventurado. Y mira tambien cuán léjos está el hombre en esta vida de solo, y cuán cerca de ser miserable, pues para lo uno son menester tantos bienes, y para lo otro basta un solo defecto. Pues segun esto, ¿ quién habrá en este mundo que pueda escapar de ser miserable? ¿Qué rey, qué emperador habrá tan poderoso, qne todas las cosas tenga á su voluntad, y que no haya cosa que le dé desgusto? Porque ya que por parte de los hombres faltase toda contradiccion, ¿ quién podrá escapar de todos los golpes de la naturaleza, de todas las enfermedades del cuerpo, y de todos los temores y fantasías del ánima, la cual muchas veces teme sin temor, y se congoja sin causa ? Pues ¿ cómo piensas tú, hombrecillo miserable, alcanzar contentamiento por el camino del mundo, por el cual nunca los summos príncipes y monarcas lo alcanzaron? Si para alcanzar ese bien, son menester todos los bienes juntos, ¿ cuándo serás tú tan dichoso, estando fuera de Dios, que ninguna cosa te falte ? Eso pertenesce á serlo Dios ; y si alguno en esta vida en alguna manera los posee, es el que ama y posee á Dios ; pues segun las leyes del amistad, entre los amigos todas las cosas son comunes.

Y si todas estas razones tan evidentes no te convencen, y quieres mas experiencia que razon, vete á aquel gran sabio Salomon, y dile que pues él navegó por este mar con mayor prosperidad que nadie, probando y descubriendo todos los géneros de grandezas y recreaciones del mundo, que te dé nuevas de la tierra que descubrió : si por ventura

halló en todo eso cosa que le hartase, y responderte ha en cabo diciendo [1] : *Vanitas vanitatum, dixit Ecclesiastes : vanitas vanitatum, et omnia vanitas.* Cree pues á un hombre tan experimentado, que no te habla por especulacion, sino por vista de ojos. No pienses que serás tú ni nadie parte para descubrir otra cosa mas de lo que este descubrió. Porque ¿ qué príncipe ha habido en el mundo, ni mas sabio, ni mas rico, ni mas bien servido, ni mas glorioso, ni mas afamado que este fué ? ¿ Quién jamás probó mas linajes de pasatiempos, de cazas, de músicas, de mujeres, de atavíos, de monterías, de caballerías que este probó ? Y probadas todas estas cosas no sacó otro fructo de todas ellas, sino este que has oido. ¿ Adónde pues vas á probar lo ya probado ? No pienses tú hallar lo que este no halló, pues ni tienes otro mundo que buscar, ni otros mayores aparejos para buscar, que este tuvo ; y pues este no mató la sed que tenia con tan grande vendimia, no pienses tú que la podrás matar con la rebusca. Ya este gastó aquí su tiempo, y por ventura por esta causa cayó (como dice Sant Hierónimo escribiendo á Eustoquio) : pues ¿ para qué te quieres tú ir tambien tras él ? Mas porque los hombres creen mas la experiencia que á la razon : por ventura dejó Dios este hombre experimentar todos los bienes y pasatiempos del mundo, para que despues de probados diese dellos estas nuevas que has oido ; porque con el trabajo de uno se excusasen los trabajos de todos, y con el desengaño de uno se desengañasen todos, y escarmentasen en cabeza ajena.

Pues si esto es así, con mucha razon podré agora exclamar con el profeta, diciendo [2] : Hijos de los hombres, ¿ hasta cuándo seréis de tan pesado corazon ? ¿ Por qué amais la vanidad, y buscais la mentira ? Muy bien dice, vanidad y mentira. Porque si no hubiera en las cosas del mundo mas de vanidad (que es ser nada), pequeño mal fuera este ; pero hay otro mayor que es la mentira y la falsa apariencia con que nos hacen creer que son algo, siendo nada. Por

[1] Eccles. I, XII.
[2] Psalm. IV.

lo cual dijo el mesmo Salomon [1] : Engañosa es la gentileza, y vana la hermosura. Pequeño mal fuera ser solamente vana, si no fuera tambien engañosa. Porque la vanidad conoscida poco mal puede hacer. Mas la que lo es y no lo paresce, esa es la que principalmente daña. En lo cual se ve cuán grande hipócrita sea el mundo. Porque así como los hipócritas trabajan por encubrir las culpas que hacen, así los ricos del mundo por disimular las miserias que padescen. Los unos se nos venden por sanctos, siendo pecadores; y los otros por bienaventurados, siendo miserables. Si no, llégate mas de cerca á tomar el pulso, y meter la mano en el lado desos que por de fuera parescen bienaventurados, y verás cuánto desdice ese que por de fuera paresce, de lo que dentro pasa. Algunas yerbas nascen en los campos, que mirándolas dende léjos, parescen muy hermosas, y llegándoos á ellas y tocándolas con las manos dan de sí tan mal olor, que las sacude luego el hombre de sí, y corrige el engaño de los ojos con el tocamiento de las manos. Pues tales son por cierto los mas de los ricos y poderosos del mundo; porque si miras á la grandeza de sus estados, y al resplandor de sus casas y criados, parescen ser ellos solos bienaventurados; mas si te llegas mas cerca á oler los rincones de sus casas y de sus ánimas, hallarás que tienen muy diferente el sér del parescer. Por donde muchos de los que al principio desearon sus estados cuando los vieron de léjos, despues los sacudieron de sí cuando los miraron de cerca : como lo leemos en muchas historias aun de gentiles. Y en las vidas de los emperadores hallamos que no faltó quien siendo electo emperador por todo el ejército, por ninguna via lo quiso acceptar, siendo gentil; solo por conoscer las espinas que debajo de aquella flor (al parescer tan hermosa) estaban escondidas.

Pues ¡ oh hijos de los hombres, criados á imágen de Dios, redemidos por su sangre, diputados para ser compañeros de los ángeles ! ¿ por qué amais la vanidad, y buscais la mentira, creyendo que hallaréis descanso en esos falsos bienes,

[1] Prov. XXXI.

que nunca lo dieron ni darán jamás ? ¿ Por qué habeis dejado la mesa de los ángeles por los manjares de las bestias ? Por qué habeis dejado los deleites y olores del paraíso por los hedores y amarguras del mundo ? ¿ Cómo no bastan tantas calamidades y miserias, que cada dia experimentais en él, para apartaros deste tan cruel tirano ? Tales paresce que somos en esta parte, como algunas malas mujeres que se andan perdidas tras un rufian, que les come y juega cuanto tienen, y sobre esto las arrastra y da de coces cada dia ; y ellas todavía con una miserable subyeccion y captiverio se andan perdidas tras él.

Resumiendo pues aquí todo lo dicho, si por tantas razones, ejemplos y experiencias nos consta que no se halla la felicidad y descanso que todos buscamos en el mundo sino en Dios ; por qué no le buscamos en Dios ? Esto es lo que en breves palabras nos amonesta Sant Augustin, diciendo : Cerca la mar y la tierra, y anda por do quisieres, que á do quiera que fueres serás miserable, si no vas á Dios.

## CAPÍTULO XXX

### Conclusion de todo lo contenido en este primero libro.

De todo lo susodicho se colige claro cómo todas las maneras de bienes que el corazon humano puede en esta vida alcanzar, se encierran en la virtud. Por do paresce que ella es un bien tan universal y tan grande, que ni en el cielo, ni en la tierra hay cosa con que mejor la podamos en su manera comparar, que con el mesmo Dios. Porque así como Dios es un bien tan universal, que en él solo se hallan las perfecciones de todos los bienes ; así tambien en su manera se hallan en la virtud. Porque vemos que entre las cosas criadas, unas hay honestas, otras hermosas, otras honrosas, otras provechosas, otras agradables, y otras con otras perfecciones : entre las cuales tanto suele ser una mas perfecta y mas digna de ser amada, cuanto mas destas perfecciones participa. Pues segun esto ¿cuánto meresce ser amada a virtud, en quien todas estas perfecciones se hallan? Porque

si por honestidad va, ¿qué cosa mas honesta que la virtud, que es la mesma raiz y fuente de toda honestidad? Si por honra va, ¿á quién se debe la honra y el acatamiento sino á la virtud? Si por hormosura va, ¿qué cosa mas hermosa que la imágen de la virtud? Si con ojos mortales se pudiese ver su hermosura, á todo el mundo llevaria en pos de sí, como dice Platon. Si por utilidad va, ¿qué cosa hay de mayores utilidades y esperanzas que la virtud, pues por ella se alcanza el summo bien? La longura de los dias con los bienes de la eternidad están en su diestra, y en su siniestra riquezas, y gloria [1]. Pues si por deleites va, ¿qué mayores deleites que los de la buena consciencia, y de la caridad, y de la paz, y de la libertad de los hijos de Dios y de las consolaciones del Espíritu Sancto, lo cual todo anda en compañía de la virtud? Pues si se desea fama y memoria, en memoria eterna vivirá el justo; y el nombre de los malos se pudrirá, y así como humo desaparescerá[2]. Si se desea sabiduría no la hay otra mayor que conoscer á Dios, y saber encaminar la vida por debidos medios á su último fin. Si es dulce cosa ser bienquisto de los hombres, no hay cosa mas amable, ni mas conveniente para esto que la virtud. Porque (como dice Tulio) así como de la conveniencia y proporcion de los miembros y humores del cuerpo nasce la hermosura corporal que lleva los ojos en pos de sí; así de la conveniencia y órden de la vida nasce una tan grande hermosura en la persona, que no solo enamora los ojos de Dios y de sus ángeles, sino aun á los malos y enemigos es amable.

Este es aquel bien que por todas partes es bien, y ninguna cosa tiene de mal. Por donde con gradísima razon envió Dios al justo aquella tan breve y tan magnífica embajada que al principio deste libro propusimos [3], con lo cual agora lo acabamos, diciendo : *Dicite justo quoniam bene* [4] : Decid al justo que bien. Decidle que en hora buena él nasció, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida y su

[1] Prov. III.
[2] Psalm. CXI ; Prov. X.
[3] In principio prologi.
[4] Isai III.

muerte, y lo que despues della succederá. Decidle que en todo le succederá bien : en los placeres, y en los pesares; en los trabajos, y en los descansos; en las honras, y en las deshonras; porque á los que aman á Dios todas las cosas sirven para su bien [1]. Decidle que aunque á todo el mundo vaya mal, y aunque se trastornen los elementos, y se cayan los cielos á pedazos, él no tiene por qué temer, sino por qué levantar cabeza; porque entónces se llega el dia de su redempcion [2]. Decidle que bien, pues para él está aparejado el mayor bien de los bienes, que es Dios; y está libre del mayor mal de los males, que es la compañía de Satanas. Decidle que bien; pues su nombre está escripto en el libro de la vida, y Dios Padre lo ha tomado por hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu Sancto por su templo vivo. Decidle que bien; pues el camino que ha tomado, y el partido que ha seguido, por todas partes le viene bien : bien para el ánima, y bien para el cuerpo : bien para con Dios, y bien para con los hombres : bien para esta vida, y bien para la otra; pues á los que buscan el Reino de Dios, todo lo demás será concedido [3]. Y si para alguna cosa temporal no viniere bien; esa llevada con paciencia es mayor bien; porque á os que tienen paciencia, las pérdidas se les convierten en ganancias, y los trabajos en merescimientos, y las batallas en coronas. Todas cuantas veces mudó Laban la soldada á Jacob, pretendiendo aprovechar á sí, y dañar al yerno, tantas se le volvió el sueño al reves, y aprovechó al yerno y dañó á sí [4].

Pues ¡ oh hermano mio! ¿por qué serás tan cruel para contigo, y tan enemigo de ti mesmo, que dejes de abrazar una cosa que por todas partes te arma tan bien? ¿Qué mejor consejo, qué mejor partido puedes tú seguir que este? ¡ Oh mil veces bienaventurados los límpios en el camino, los que andan en la ley de Dios! Bienaventurados otra vez los que escudriñan sus mandamientos, y le buscan con todo su corazon [5].

[1] Rom. VIII.
[2] Luc. XXI.
[3] Luc. XII.
[4] Genes. XXXI.
[5] Psalm. CXVIII.

Pues si, como dicen los filósofos, el bien es objecto de nuestra voluntad, y por consiguiente, cuanto una cosa es mas buena, tanto meresce ser mas amada y deseada ; ¿ quién estragó de tal manera tu voluntad, que ni guste ni abrace este tan universal y tan grande bien? ¡Oh cuánto mejor lo hacia aquel sancto Rey que decia [1] : Tu ley, Señor, tengo en medio de mi corazon! No al rincon, no á trasmano; sino en medio, que es en el primero y mejor lugar de todos. Como si dijera : este es el mayor de mis tesoros, y el mayor de mis negocios, y el mayor de mis cuidados. ¡ Cuán al reves lo hacen los hombres del mundo! pues las leyes de la vanidad tienen puestas en la primera silla de su corazon, y las de Dios en el mas bajo lugar. Mas este sancto varon, aunque era rey tenia mucho que apreciar y que perder, todo esto tenia debajo los piés, y la ley sola de Dios en el medio de su corazon ; porque sabía él muy bien que guardada esta fielmente, todo lo demas tenia seguro.

¿Qué falta pues agora para que no quieras tú tambien seguir este mesmo ejemplo, y abrazar este tan grande bien? Porque si por obligacion va, ¿qué mayor obligacion que la que tenemos á Dios nuestro Señor, por solo ser él quien es; pues todas las otras obligaciones del mundo no se llaman obligaciones, comparadas con esta como al principio declaramos? Si por beneficios va, ¿qué mayores beneficios que los que habemos recebido dél , pues demás de habernos criado, y redemido con su sangre, todo cuanto hay dentro y fuera de nosotros, el cuerpo, el ánima, la vida, la salud, la hacienda, la gracia (si la tenemos) y todos los pasos y momentos de nuestra vida, y todos los buenos propósitos y deseos de nuestra ánima, y finalmente todo lo que tiene nombre de sér, ó de bien, originalmente procede de aquel que es fuente del sér y del bien? Pues si por interese va, digan todos los ángeles y hombres, ¿qué mayor interese que darnos gloria para siempre, y librarnos de pena para siempre ; pues este es el premio de la virtud? Y si pretendemos bienes de presente, ¿qué mayores bienes que aque-

[1] Psalm. XXXIX.

llos doce privilegios de que gozan todos los buenos en esta vida, de que arriba tratamos [1], el menor de los cuales es mas parte para darnos alegría y contentamiento, que todos los estados y tesoros del mundo? ¿Pues qué mas se puede cargar en esta balanza para pender á esta parte, de lo que aquí se promete? Pues ya las excusas que contra esto suelen alegar los hombres del mundo, de tal manera quedan deshechas, que no veo portillo abierto por do se puedan descabullir, si no quieren á sabiendas atapar los oídos, y cerrar los ojos á tan clara y manifiesta verdad.

Pues segun esto, ¿qué resta sino que vista la perfeccion y hermosura de la virtud, digas tú tambien aquellas palabras que el Sabio dijo hablando de la sabiduría, hermana y compañera desa mesma virtud [2]: Esta es la que yo amé y busqué dende mi mocedad: y trabajé por tomarla por esposa, é híceme amador de su hermosura? La nobleza della se paresce en que el mesmo Dios trató con ella; y el que es Señor de todas las cosas, es su enamorado. Porque ella es la que tiene á cargo enseñar su doctrina, y elegir y administrar sus obras. Y si la posesion de las riquezas es para ser deseada; ¿qué cosa mas rica que la sabiduría, la cual obra todas los cosas? Y si la sabiduría es la fabricadora de todas las cosas; ¿qué cosa hay en el mundo mas artificiosa que ella? Y si se desea la virtud y la justicia; ¿en qué otra cosa se emplean los trabajos de la sabiduría? Esta es la que enseña la templanza, y la prudencia, y la justicia, y la fortaleza; que son las cosas que mas aprovechan á los hombres. Esta pues determiné tomar por compañera de mi vida: sabiendo cierto que ella partiria conmigo de sus bienes, y seria descanso de mis cuidados, y alivio de todos mis hastíos y trabajos. Hasta aquí son palabras del Sabio. Qué resta pues sino concluir esta materia con la conclusion que el bienaventurado mártir Cipriano acaba una elegantísima epístola que escribió á un amigo suyo, del menosprecio del mundo, diciendo así [3]:

Una es pues la quieta y segura tranquilidad: una la firme

[1] Desde el c. XI.
[2] Sap. VIII.
[3] Lib. II ep., ep. 2 ad Donatum.

y perpetua seguridad; si librado el hombre de la tempestad y torbellinos deste siglo tempestuoso, y colocado en la fiel estancia y puerto de la salud, levanta los ojos de la tierra al cielo, y admitido ya á la compañía y gracia del Señor, se alegra de ver cómo todo lo que está en la opinion del mundo levantado, dentro de su corazon está caido. No puede este tal desear alguna cosa del mundo ; porque es ya mayor que el mundo. Y mas abajo añade, diciendo : Y no son menester muchas riquezas, ni negocios ambiciosos para alcanzar esta felicidad ; porque dádiva es esta de Dios, que en el ánima religiosa se recibe : el cual es tan liberal y tan comunicable, que así como el sol calienta, y el dia alumbra, y la fuente corre, y el agua cae de lo alto ; así aquel espíritu divino liberalmente se comunica á todos. Por donde tú, hermano mio, que estás ya asentado en la nómina deste ejército celestial, trabaja con todas tus fuerzas por guardar fielmente la disciplina desta milicia con religiosas costumbres. Ten por compañera perpetua la oracion y la licion ; unas veces habla con Dios, y otras hable Dios contigo. Él te enseñe sus mandamientos, y él disponga y ordene todos los negocios de tu vida. Á quien él hiciere rico, nadie tenga por pobre. Ya no podrá padescer hambre ni pobreza el pecho que estuivere lleno de la bendicion y abundancia celestial. Entónces te parescerán estiércol las casas vestidas de preciosos mármoles, y los maderamientos guarnecidos de oro, cuando entiendas que tú eres el que principalmente conviene ser adornado, y que esa mucho mejor casa es, en la cual (como en un templo vivo) reposa Dios, y donde el Espíritu Sancto tiene hecha su morada. Pintemos pues esta casa, y pintémosla con innocencia, y esclarezcámosla con lumbre y resplandor de justicia. Esta nunca amenazará caída por antigüedad ni vejez, ni perderá su lustre cuando el oro y el color de las paredes se desfloraren. Caducas son todas las cosas afeitadas y compuestas, y no dan estable firmeza á sus poseedores ; porque no son verdadera posesion. Mas esta permanesce con el color siempre vivo, y con honra entera, y caridad perdurable : ni puede caer ni desflorarse ; aunque puede con la resurreccion de les cuerpos reformarse. Hasta aquí son palabras de Cipriano.

Pues el que movido por todas las razones y persuasiones que en este libro habemos tratado (entreviniendo en ello el favor y tocamiento de Dios, sin el cual nada se puede bien hacer) desea abrazar este bien tan alabado de la virtud; cómo se haya esto de hacer, en el libro siguiente se declara.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

# LIBRO SEGUNDO

DE

# LA GUIA DE PECADORES

EN EL CUAL SE TRATA

## DE LA DOCTRINA DE LAS VIRTUDES

DONDE SE PONEN DIVERSOS AVISOS Y DOCUMENTOS PARA HACER UN HOMBRE VIRTUOSO.

---

## PRÓLOGO

*Porque no basta persuadir á un hombre que quiera ser virtuoso, si no le enseñamos cómo lo haya de ser; por tanto, ya que en el libro pasado alegamos tantas y tan graves razones para mover nuestro corazon al amor de la virtud, será razon que agora descendamos á la práctica y uso della, dando diversos avisos y documentos que sirvan para hacer á un hombre verdaderamente virtuoso. Y porque (como dice un sabio) la primera virtud es carecer de vicios (despues de lo cual puede el hombre insistir en el ejercicio de las virtudes); por tanto repartirémos esta doctrina en dos partes: en la primera de las cuales tratarémos de los mas comunes vicios que hay y de sus remedios; y ne la segunda, de las virtudes. Mas ántes que entre en esta materia, pondré primero dos preámbulos, que son dos presupuestos muy necesarios para quien quiera que se determine á andar este camino.*

# PRIMERA PARTE

## DESTE SEGUNDO LIBRO

### QUE TRATA DE LOS VICIOS Y DE SUS REMEDIOS

---

## CAPÍTULO PRIMERO

De la primera cosa que ha de presuponer el que quiere servir á Dios.

Primeramente el que de nuevo se determina de ofrescer al servicio de nuestro Señor, y mudar la vida, la primera cosa que le conviene hacer es que sienta bien desta empresa que toma, y la estime en lo que ella meresce. Quiero decir : que entienda que este negocio es el mayor negocío, y el mayor tesoro, la mayor empresa, y la mayor sabiduría de cuantas hay en el mundo : ántes crea que ni hay otro tesoro, ni otra sabiduría, ni otro negocio, sino este ; como lo significó el profeta, cuando dijo[1] : Aprende, oh Israel, dónde está la prudencia, dónde la fortaleza, dónde el seso y la discrecion, para que juntamente veas dónde está la longura de dias, y la provision de todas las cosas, y la lumbre de los ojos, y la paz. Por lo cual con mucha razon dijo el Señor por Hieremías[2] : No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el rico en sus riquezas, ni el fuerte en su fortaleza, sino en esto se gloríe el que se quiere gloriar, que es saberme á mí y conoscerme á mí ; porque aquí está la summa de todos los bienes. Y si alguno fuere consumado entre los hijos de los hombres,

[1] Baruch, III.
[2] Jerem. IX.

y no tuviere este conoscimiento acompañado con la virtud, no tiene de qué se gloriar [1].

Á esto nos convidan señaladamente todas la Escripturas divinas, que por tantas vias y maneras nos encomiendan y encarescen este negocio; á esto todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra; á esto todas las voces y clamores de la Iglesia; á esto todas las leyes divinas y humanas; á esto los ejemplos de innumerables sanctos que llenos desta lumbre del cielo despreciaron el mundo, y abrazaron tan de corazon el propósito de la virtud, que muchos dellos se dejaron arrastrar, y asar en parrillas, y padescer otras mil maneras de tormentos, ántes que hacer una sola ofensa contra Dios, y estar por un solo momento en su desgracia. Finalmente á esto nos llaman y obligan todas las cosas que en el libro precedente habemos tratado; porque todas ellas apellidan virtud, y declaran la grandeza de su valor. Cada cosa destas profundamente considerada basta para declarar la importancia deste negocio, y mucho mas todas ellas juntas: para que por aquí entienda el que se determina seguir este partido, cuán grande y cuán gloriosa sea la empresa que ha tomado, y á cuánto es razon que se ponga por ella, como luego se dirá. Este sea pues el primer preámbulo y presupuesto deste negocio.

## CAPÍTULO II

### De la segunda cosa que ha de presuponer el que quiere servir á nuestro Señor.

El segundo sea [2], que (pues el negocio es de tanta dignidad y merescimiento) te ofrezcas á él con un corazon esforzado, y aparejado para sufrir todos los encuentros y combates que te se ofrescieren por él, teniéndolo todo en poco por salir con una empresa tan gloriosa: presuponiendo que ninguna cosa grande quiso la naturaleza que hubiese en este mundo, que no tuviese un pedazo de dificultad. Porque en el punto que

[1] Sap. IX.
[2] Á este propósito adviértase el cap. XXIII deste segundo libro.

esto determinares, luego la potencia del infierno ha de armar toda su flota contra ti ; luego la carne amadora de deleites, y mal ínclinada dende su nascimiento (despues que fué toxicada con el veneno mortifero de aquella ponzoñosa serpiente), te ha de solicitar importunamente, y convidar á todos sus acostumbrados pasatiempos y regalos. Luego tambien la costumbre depravada, no ménos poderosa que la mesma naturaleza, rehusará esta mudanza, y te la pintará muy dificultosa ; porque así como es cosa de gran trabajo sacar un rio caudaloso de la madre por do ha corrido muchos años, así lo es tambien en su manera sacar un hombre del curso por donde la mala costumbre hasta agora le ha llevado, y hacerle tomar otro camino. Luego tambien el mundo, poderosísima y cruelísima bestia (armada con la autoridad de tantos malos ejemplos como hay en él), acudirá unas veces convidándonos con sus pompas y vanidades ; otras solicitándonos con malos ejemplos y pecados : otras tambien desmayándonos con las persecuciones y murmuraciones de los malos ; y como si todo esto fuese poco, sobrevendrá tambien el demonio, astuísimo, poderosísimo, y antiquísimo engañador, y hará tambien lo que suele, que es perseguir mas crudamente á los que de nuevo se le declaran por enemigos, y rebelan contra él.

Por todas estas partes se te han de mover dificultades, y contradicciones, y todo esto has de tener ya tragado y presupuesto ; porque no se te haga de nuevo cuando viniere, acordándote de aquel prudente consejo del Sabio, que dice [1] : Hijo, cuando te llegares á servir á Dios vive con temor, y apareja tu ánima para la tentacion. Y así has de presuponer que no eres aquí llamado á fiestas, á juegos, á pasatiempos ; sino á embrazar el escudo, y vestir el arnes, y tomar la lanza para pelear. Porque aunque sea verdad que tengamos muchas y grandes ayudas para este camino (como arriba declaramos) ; mas con todo esto no se puede negar, sino que todavía no falta aquí á los principios un pedazo de dificultad. Lo cual todo debe tener el siervo de Dios ya presupuesto y tragado (porque no se le haga nuevo), teniendo entendido que la joya porque mi-

[1] Eccli. II.

lita es de tan gran precio, que meresce esto y mucho mas. Y para que el temor de todos estos enemigos susodichos no te haga desmayar, acuérdate (como arriba dijimos) que muchos mas son los que son por ti, que los que son contra ti. Porque aunque de parte del pecado estén todos esos opositores, de parte de la virtud están otros mas poderosos que ellos. Porque contra la naturaleza corrompida está (como dijimos) la gracia divina, y contra el demonio Dios, y contra la mala costumbre la buena, y contra la muchedumbre de los espíritus malos la de los buenos, y contra los malos ejemplos y persecuciones de los hombres los buenos ejemplos y exhortaciones de los sanctos, y contra los deleites y gustos del mundo los deleites y consolaciones del Espíritu Sancto. Y manifiesta cosa es que mas poderoso es cada uno destos opositores, que su contrario. Porque mas poderosa es la gracia que la naturaleza, y mas poderoso Dios que el demonio, y mas poderosos los buenos ángeles que los malos, y finalmente mayores y mas eficaces los deleites espirituales que los sensuales, sin comparacion.

## CAPÍTULO III

### Del firme propósito que el buen cristiano debe tener de nunca hacer cosa que sea pecado mortal.

Presupuestos estos dos preámbulos como fundamentos principales de todo este edificio, la primera y mas principal cosa que debe hacer el que de veras se determina ofrescer al servicio de nuestro Señor, y al estudio de la virtud, es plantar en su ánima un firmísimo propósito de nunca hacer cosa que sea pecado mortal, por el cual se pierde la amistad y gracia de nuestro Señor, con todos los otros bienes que en el segundo tratado de la penitencia dijimos que por él se perdian. Este es el fundamento principal de la vida virtuosa; esto es con lo que se conserva la amistad y gracia de Dios, y el derecho del reino del cielo; en esto consiste la caridad, y la vida espiritual del ánima; esto es lo que hace á los hombres hijos de Dios, templos del Espíritu Sancto, y miembros vivos de Cristo, y como tales participantes de todos los bienes de la

iglesia. Miéntras este propósito conservare el ánima, estará en caridad y en estado de salvacion ; y en faltando esto, luego es raida del libro de la vida, y escripta en el libro de la perdicion, y trasladada al reino de las tinieblas.

De suerte que bien mirado este negocio, paresce que así como en todas las cosas, así naturales como artificiales, hay sustancia y accidentes ; entre las cuales cosas hay esta diferencia. que mudados los accidentes, todavía queda la sustancia, como gastadas las labores y pinturas de una casa, todavía queda en pié la casa, aunque imperfecta ; pero caída la casa (que es como la sustancia) no queda en pié cosa alguna : así miéntras este sancto propósito estuviere fijo en el ánima, está en pié la sustancia de la virtud ; pero faltando este, ninguna cosa hay que no quede por tierra. La razon desto es, porque todo el sér de la vida virtuosa consiste en la caridad, que es amar á Dios sobre todas las cosas ; y aquel le ama sobre todas las cosas que aboresce el pecado mortal sobre todas ellas ; porque por solo este se pierde la caridad y amistad de Dios. Por donde así como la cosa que mas contradice al casamiento es el adulterio, así la cosa que mas repugna á la vida virtuosa es el pecado mortal, porque este solo mata la caridad en que esta vida consiste.

Esta es la causa por donde todos los sanctos mártires se dejaron padescer tan horribles tormentos ; por esto se permitieron asar, y desollar, y arrastrar, atenazar y despedazar, por no cometer un pecado mortal, con que estuviesen un punto fuera de la amistad y gracia de Dios ; porque bien sabian ellos que acabando de pecar se podian arrepentir de su pecado, y alcanzar perdon dél (como lo hizo Sant Pedro acabando de negar) ; mas con todo esto escogieron ántes pasar por todos los tormentos del mundo, que estar por espacio de un credo en desgracia deste Señor.

Entre los cuales ejemplos son muy señalados los de tres mujeres : una del testamento viejo, madre de siete hijos, y dos del nuevo, llamadas Felicitas y Sinforosa, madres tambien cada cual de otros siete ; las cuales todas se hallaron presentes á los tormentos y martirios dellos, y viéndolos despedazar ante sus ojos, no solo no desmayaron con este tan doloroso

espectáculo, mas ántes ellas los estuvieron esforzando y animando á morir constantísimamente por la fe y obediencia de Dios; y así ellas juntamente con ellos murieron con grande ánimo por esta causa.

Mas no sé si anteponga á estos tan ilustres ejemplos uno que escribe Sant Hierónimo [1] en la vida de Sant Pablo, primer ermitaño, de un sancto mancebo; al cual despues de intentados otros muchos medios, quisieron los tirannos cuasi por fuerza hacer ofender á Dios. Y para esto le hicieron acostar de espaldas y desnudo en una cama blanda, á la sombra de los árboles de un jardin muy fresco, atándole con unas muy blandas ataduras piés y manos, para que ni pudiese huir, ni defenderse. Y esto hecho inviaron una mala mujer muy bien ataviada para que usase de todos los medios posibles con que venciese la virtud y constancia del sancto mancebo. ¿ Pues qué haria aquí el caballero de Cristo? ¿ Qué medio tomaria para evitar tan grande deshonra, donde el cuerpo estaba desnudo y atados los piés y las manos? Mas con todo esto no faltó aquí la virtud del cielo y la presencia del Espíritu Sancto; el cual le inspiró que, para defenderse del presente peligro, hiciese una cosa la mas nueva y extraña de todas cuantas hasta hoy están escriptas en historias de griegos y de latinos. Porque el sancto mancebo, con la grandeza del temor de Dios, y aborrescimiento del pecado, se cortó la lengua con sus proprios dientes (que solos libres tenia), y la escupió en la cara de la deshonesta mujer; y así espantó y despidió de sí á ella con este tan extraño hecho, y templó el natural encendimiento de su carne con la fuerza deste dolor. Esto basta para que por aquí en breve se vea el grado en que todos los sanctos aborrescieron un pecado mortal. Donde tambien pudiera contar otros que desnudos se revolcaron entre las zarzas y espinas, y otros en medio del invierno entre las pellas de nieve, para resfriar los fuegos de la carne atizados por el enemigo.

Pues el que quisiere caminar por este camino, procure de fijar en su ánima este breve propósito, estimando en mas

[1] In tomo Epistolarum.

(como justo apreciador de las cosas) la amistad de Dios, que todos los tesoros del mundo; dejando perder lo ménos por lo mas, cuando se ofresciere ocasion para ello. En esto funde su vida; á esto ordene todos sus ejercicios; esto pida al Señor en todas sus oraciones; para esto frecuente los sacramentos; esto saque de los sermones, y de los buenos libros que leyere; esto aprenda de la fábrica y hermosura de todas las criaturas deste mundo; este fructo señaladamente coja de la pasion de Cristo y de todos los otros beneficios divinos (que es no ofender á quien tanto debe); y conforme á la firmeza deste sancto temor y propósito, mida la cuantidad de su aprovechamiento; estimándose por mas ó ménos aprovechado, cuanto mas ó ménos tuviere de la firmeza deste propósito.

Y así como el que quiere hincar un clavo muy fuertemente, no se contenta con darle una ni dos ó tres martilladas, sino añade otra y otras muchas mas hasta cansar; así él no se contente con este propósito así como quiera, sino cada dia trabaje por tomar ocasion de cuantas cosas viere, oyere, leyere ó meditare, para criar mas y mas amor de Dios, y mas aborrescimiento del pecado; porque cuanto mas creciere en este aborrescimiento, tanto mas aprovechará en aquel amor divino, y por consiguiente en toda virtud.

Y para estar mas firme en esto, persuádase y crea firmemente que si todos cuantos desastres y males de pena ha habido en el mundo, dende que Dios lo crió hasta hoy, y cuantas penas en el infierno padescen cuantos condenados hay en él, se pusiesen juntas en una balanza, y un pecado mortal en otra, sin comparacion es mayor mal solo este pecado, y mas digno de ser huido que todas aquellas; puesto caso que la ceguedad y tinieblas horribles deste Egipto no lo platican así, sino de otra muy diferente manera. Mas no es mucho que ni los ciegos vean este tan grande mal, ni los muertos sientan esta tan grande lanzada; pues no es dado á los ciegos ver cosa alguna por grande que sea; ni á los muertos sentir herida alguna, aunque sea mortal.

§ ÚNICO

Pues como en este segundo libro se trate de la doctrina de la virtud (cuyo contrario es el pecado) la primera parte dél se empleará en tratar del aborrescimiento del pecado, y señaladamente de sus remedios; porque arrancadas del ánima estas malas raices, fácil cosa será plantar en su lugar las plantas de las virtudes, de las cuales se trata en la segunda parte dél. Y no solo se tratará aquí de los pecados mortales, sino tambien de los veniales; no porque estos quiten la vida al ánima, sino porque la relajan y enflaquescen, y así disponen para la muerte della. Y por esta mesma causa se trata aquí tambien de aquellos siete vicios que comunmente se llaman capitales ó mortales (que son cabezas y raices de todos los otros); no porque siempre sean mortales, sino porque muchas veces lo pueden ser cuando por ellos se viene á quebrantar alguno de los mandamientos de Dios ó de la Iglesia, ó se hace algo contra la caridad.

Servirá esta doctrina para que el que se viere muy tentado y acosado de algun vicio, acuda á ella como á una espiritual botica, y entre diversas medicinas y remedios que aquí se señalan, escoja el que mas hiciere á su propósito. Verdad es que entre estos remedios unos hay generales contra todo genero de vicios (de los cuales tratamos en el Memorial de la Vida Cristiana, donde se pusieron quince ó diez y seis maneras de remedios contra el pecado), otros hay particulares contra particulares vicios; como contra la soberbia, avaricia, ira, etc. Y destos tratarémos en este lugar, aplicando á cada manera de vicio su remedio, y proveyendo de armas espirituales contra él.

Mas aquí es mucho de notar que para esta batalla no tenemos tanta necesidad, ni de brazos para pelear, ni de piés para huir, cuanta de ojos para considerar: porque estos son los principales instrumentos y armas desta milicia, que no es contra carne y sangre, sino contra los perversos demonios, que son criaturas espirituales. La razon desto es, porque la primera raiz de todo pecado es el error y engaño del

entendimiento, que es el consejero de la voluntad. Por lo cual procuran siempre nuestros adversarios de pervertir el entendimiento; porque pervertido este, luego es pervertida la volundad que se rige por él. Por esto trabajan de vestir el mal con color de bien, y vender el vicio debajo de imágen de virtud, y encubrir de tal manera la tentacion que no parezca tentacion sino razon. Porque si nos quieren tentar de ambicion, de avaricia, ó de ira, y deseos do venganza, procuran de hacernos entender que está en razon desear lo que deseamos, y que seria contra razon hacer otra cosa; encubriendo el lazo de tentacion con la capa de la razon, para que así puedan mejor engañar aun á aquellos que se rigen por razon. Pues para esto es necesario que el hombre tenga ojos con que vea el anzuelo debajo del cebo, y no se engañe con la imágen y aparencia sola del bien.

Tambien son necesarios ojos para ver la malicia, la fealdad, el peligro, y los daños é inconvenientes que consigo trae el vicio de que somos tentados, para que con esto se refrene nuestro apetito, y tema de gustar lo que gustado le ha de causar la muerte. Por donde aquellos misteriosos animales de Ecequiel [1], que son figura de los sanctos varones, con tener los otros miembros sencillos, estaban por todas partes llenos de ojos; para dar á entender cuánta necesidad tienen los siervos de Dios destos espirituales ojos para defenderse de los vicios. Deste remedio pues principalmente usarémos en esta materia, con el cual tambien juntarémos todos los otros que parescieren necesarios, como en el proceso se verá.

## CAPÍTULO IV

### Remedios contra la soberbia.

Habiendo pues de tratar en esta primera parte de los vicios, y de sus remedios, comenzarémos por aquellos siete que se llaman capitales, porque son cabezas y fuentes de todos los otros. Porque así como cortada la raiz de un árbol

[1] Ezech. I.

se secan luego todas las ramas que recebian vida de la raiz, así cortadas estas siete universales raíces de todos los vicios, luego cesarán todos los otros vicios que destas raices procedian. Por esta causa Casiano escribió con tanta diligencia ocho libros contra estos vicios (lo cual tambien han hecho con mucho estudio otros muy graves autores), por tener muy bien entendido que vencidos estos enemigos, no podrian levantar cabeza todos los otros.

La razon desto es, porque todos los pecados, como dice Sancto Tomas [1], originalmente nascen del amor proprio; porque todos ellos se cometen por cobdicia de algun bien particular que este amor proprio nos hace desear. Deste amor nascen aquellas tres ramas que dice Sant Joan en su Canónica [2], que son : cobdicia de la carne, cobdicia de los ojos, y soberbia de la vida, que por términos mas claros son : amor de deleites, amor de hacienda, y amor de honra; porque estos tres amores proceden de aquel primer amor. Pues del amor de los deleites nascen tres vicios capitales que son lujuria, gula, y pereza. Del amor de la honra nasce la soberbia, y del amor de la hacienda el avaricia. Mas los otros dos vicios, que son ira y invidia, sirven á cualquiera destos malos amores; porque la ira nasce de impedirnos cualquiera destas cosas que deseamos; y la invidia de quien quiera que nos gana por la mano y alcanza aquello que el amor proprio quisiera ántes para sí que para sus vecinos. Pues como estas sean las tres universales raices de todos los males, de las cuales proceden estos siete vicios; de aquí es que vencidos estos siete, queda luego el escuadron de todos los otros vencido. Por lo cual todo nuestro estudio se ha de emplear agora en pelear contra estos tan poderosos gigantes, si queremos quedar señores de todos los otros enemigos que nos tienen ocupada la tierra de promision.

Entre los cuales el primero y mas principal es la soberbia, que es apetito desordenado de la propria excelencia. Esta dicen los sanctos que es la madre y reina de todos los vicios, y por tanto con mucha razon aquel sancto Tobías, entre

[1] 1, 2, q. 77, art. 4.
[2] I Joan. II.

otros avisos que daba á su hijo, le daba este, diciendo[1]: Nunca permitas que la soberbia tenga señorío sobre tu pensamiento, ni sobre tus palabras; porque della tomó principio toda nestra perdicion. Pues cuando este pestilencial vicio tentare tu corazon, puedes ayudarte contra él de las armas siguientes.

Primeramente considera aquel espantoso castigo con que fuéron castigados aquellos malos ángeles que se ensoberbecieron; pues en un punto fuéron derribados del cielo y echados en los abismos. Mira pues cómo este vicio escureció al que resplandescia mas que todas las estrellas del cielo; y al que era no solamente ángel, mas muy principal entre los ángeles, hizo no solamente demonio, mas el peor de todos los demonios. Pues si esto se hizo con los ángeles, ¿ qué se hará contigo, polvo y ceniza ? Porque Dios no es contrario á sí mesmo, ni acceptador de personas; mas así en el ángel como en el hombre le descontenta la soberbia, y le agrada la humildad. Por lo cual dice Sant Augustin: La humildad hace de los hombres ángeles, y la soberbia de los ángeles demonios. Y Sant Bernardo dice: La soberbia derriba de lo mas alto hasta lo mas bajo; y la humildad levanta de lo mas bajo hasta lo mas alto. El ángel ensoberbeciéndse en el cielo, cayó en los abismos[2]; y el hombre humillándose en la tierra, es levantado sobre las estrellas del cielo.

Juntamente con este castigo de la soberbia considera el ejemplo de aquella inestimable humildad del Hijo de Dios, que por ti tomó tan baja naturaleza, y por ti obedesció al Padre hasta la muerte, y muerte de Cruz[3]. Pues aprende, hombre, á obedescer; aprende, tierra, á estar debajo de los piés; aprende, polvo, á tenerte en nada; aprende, oh cristiano, de tu Señor y tu Dios, que fué manso y humilde de corazon[4]. Si te desprecias de imitar el ejemplo de los otros hombres, no te desprecies de imitar el de Dios, el cual se

[1] Tob. IV.
[2] Isai. XXIV; Apoc. XII.
[3] Philip. II.
[4] Matth. XI.

hizo hombre, no solamente para redemirnos, sino tambien para humillarnos.

Pon tambien los ojos en ti mesmo; porque dentro de ti hallarás cosas que te prediquen humildad. Considera pues lo que fuiste ántes de tu nascimiento, y lo que eres agora despues de nascido, y lo que serás despues de muerto. Ántes que nascieses eras una materia sucia, indigna de ser nombrada; agora eres un muladar cubierto de nieve, y despues serás manjar de gusanos. ¿ Pues de qué te ensoberbeces, hombre cuyo nascimiento es culpa, cuya vida es miseria, y cuyo fin es podre y corrupcion? Si te ensoberbeces por el resplandor de los bienes temporales que posees, espera un poco, vendrá la muerte, la cual nos hará iguales á todos. Porque como todos nascimos iguales (cuanto á la condicion natural), así todos morirémos iguales por la comun necesidad : salvo que despues de la muerte tendrán mas de que dar cuenta los que tuvieron mas. Conforme á lo cual dice Sant Crisóstomo : Mira con atencion las sepulturas de los muertos, y busca en ellos algun rastro de la magnificencia con que vivieron, ó de las riquezas y deleites que gozaron. Dime : ¿ dónde están allí los atavíos y vestiduras preciosas? dónde los pasatiempos y recreaciones? dónde la compañía y muchedumbre de los criados? Acabáronse los gastos de los banquetes, las risas, los juegos, y el alegría mundana. Llégate mas de cerca al sepulcro de cada uno dellos, y no hallarás mas que polvo y ceniza, gusanos y huesos hediondos. Este pues es el fin de los cuerpos, dado que en muchos placeres y regalos se hayan criado. Y pluguiese á Dios que todo el mal parase en solo esto. Pero mucho mas es para temer lo que despues desto se sigue : que es el temeroso tribunal del juicio divino, la sentencia que allí se dará, el llanto y crujir de dientes, y las tinieblas sin remedio, y los gusanos roedores de la consciencia que nunca mueren, y el fuego que nunca se apagará [1].

Considera tambien el peligro de la vanagloria, hija de la soberbia, de la cual dice Sant Bernardo que livianamente

[1] Marc. XIII, XXII; Isai. LXVI; Eccli. VII; Marc. IX.

vuela, y livianamente penetra; mas no hace liviana herida. Por lo cual si alguna vez los hombres te alabaren y honraren, debes luego mirar si caben en ti esas cosas de que eres alabado, ó no. Porque si nada deso cabe en ti, ninguna cosa tienes de que te gloriar. Mas si por ventura cabe en ti, di luego con el apóstol [1]: Por la gracia de Dios soy lo que soy. Así que no te debes por eso ensoberbecer, sino humillar, y dar la gloria á Dios, á quien debes todo lo que tienes, porque no te hagas indigno dello; pues es cierto que así la honra que te hacen, como la causa porque la hacen, es de Dios. Por donde todo el favor que á ti aproprias, á él lo hurtas. ¿Pues qué siervo puede ser mas desleal que el que hurta la gloría á su Señor? Mira tambien cuán gran desvarío sea pesar tu valía con el parescer de los hombres, en cuya mano está inclinar la balanza á la parte que quisieren, y quitarte de aquí á poco lo que agora te dan, y deshonrarte los que agora te honran. Si pones tu estima en sus lenguas, unas veces serás grande, otras pequeño, otras nada, como quisieren las lenguas de los hombres mudables. Por lo cual nunca jamas debes medirte por loores ajenos, sino por lo que tú sabes de ti : y aunque los otros te levanten hasta el cielo, mira lo que de ti te dice tu censciencia, y cree mas á ti que te conosces mejor, que á los otros que te miran de léjos, y juzgan como por oídas[2]. Déjate pues de los juicios de los hombres, y deposita tu gloria en las manos de Dios, el cual es sabio para guardarla, y fiel para restituirla.

Piensa tambien, hombre ambicioso, á cuánto peligro te pones deseando mandar á otros. Porque ¿cómo podrás man dar á otros, no habiendo primero obedescido á ti? ¿Cómo darás cuenta de muchos, pues apénas la puedes dar de ti solo? Mira el peligro grande á que te pones, añadiendo los pecados de tus súbditos á los tuyos, que se asientan á tu cuenta. Por lo cual dice la Escriptura [3]: Que se hará durísimo juicio contra los que tienen cargo de justicia, y que los

[1] I Cor. xv.

[2] Como dice Sant Bernardo, que el mundo todo no lo podia levantar tanto, cuanto él á sí mismo se abatia.

[3] Sap. vi.

poderosos poderosamente serán atormentados. Mas ¿quién podrá declarar los trabajos grandes en que viven los que tienen cargo de muchos? Esto declaró muy bien un rey, que habiendo de ser coronado, primero que le pusiesen la corona en la cabeza, la tomó en las manos, y la tuvo así por un poco de espacio, diciendo : ¡ Oh corona, corona mas preciosa que dichosa, la cual si alguno bien conosciese, aunque te hallase en el suelo, no te levantaria !

Considera tambien, ¡ oh soberbio! que á nadie contentas con tu soberbia : no á Dios, á quien tienes por contrario, porque él resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia[1]; no á los humildes, porque estos claro está que aborrescen toda altivez y soberbia; ni tampoco á los otros soberbios tus semejantes, porque por las mesmas razones que tú te levantas, ellos te aborrescen; porque no quieren ver otro mayor que á sí. Ni aun á tí mesmo contentarás en este mundo, si tornando en ti conoscieres tu vanidad y locura; y mucho ménos en el otro, cuando por tu soberbia perpetuamente padescerás. Por lo cual dice Dios por Sant Bernardo : ¡ Oh hombre, si bien te conoscieses, de ti te descontentarias, y á mí agradarias : mas porque no conosces á ti, estás ufano en ti, y descontentas á mí ! Vendrá tiempo cuando ni á mí ni á ti contentarás : á mí no, porque pecaste ; y á ti tampoco, porque arderás para asiempre. Á solo el diablo paresce bien tu soberbia : el cual por ella de graciosísimo ángel se hizo abominable demonio ; y por esto naturalmente huelga con su semejante.

Ayudará tambien para humillarte considerar cuán pocos servicios y méritos tienes delante de Dios, que sean puros y verdaderos servicios : porque muchos vicios hay que tienen imágen de virtudes, y muchas veces la vanagloria destruye la obra que de suyo es buena : y muchas veces á los ojos de Dios es escuro lo que á los de los hombres paresce claro. Otros son los paresceres de aquel rectísimo juez, que los nuestros : al cual desagrada ménos el pecador humilde, que el justo soberbio ; aunque este no se pueda llamar justo, si es soberbio. Y si por ventura tienes hechas

1 IV Petr. v.

algunas buenas obras, acuérdate que por ventura serán mas las malas que las buenas. Y esas buenas que heciste, por ventura fuéron hechas con tantos defectos y friezas, que quizá tienes mas razon de pedir por ellas perdon, que galardon. Por lo cual dijo Sant Gregorio[1] : Ay de la vida virtuosa, si la juzgare Dios poniendo aparte su piedad; porque por as mesmas cosas con que piensa que agrada, puede ser que por esas sea confundida; porque nuestros males son puramente males; mas nuestros bienes no siempre son puramente bienes, porque muchas veces van acompañados con muchas imperfecciones. Por lo cual mas razon tienes para temer tus buenas obras, que para preciarte dellas; como lo hacia aquel Sancto Job, que decia : Temia yo en todas mis obras, sabiendo que no perdonas al delincuente.

## § I

### De otros mas particulares remedios contra la soberbia.

Mas porque así como el principal fundamento de la humildad es el conoscimiento de sí mesmo, así el de la soberbia es la ignorancia de sí mesmo; por tanto el que desea de verdad humillarse, trabaje por conoscerse, y así se humillará. Porque ¿cómo no humillará sus pensamientos el que mirándose sin lisonja á la luz de la verdad, se halla lleno de pecados, sucio con las heces de los deleites carnales, envuelto en mil errores, espantado con mil vanos temores, cercado de muchas perplejidades, cargado con el peso del cuerpo mortal, tan fácil para todo lo malo, y tan pesado para todo lo bueno? Por tanto si diligentemente y con atencion te mirares, verás claramente como no tienes por qué ensoberbecerte[2].

Mas algunos hay que aunque mirando á sí se humillan, mirando á los otros se ensoberbecen; haciendo comparacion

[1] Lib. IX Mor. cap. 11 et 27, et D. Aug. lib. IX Confess. cap. 13, et Med. cap. 4.
[2] Job, XXXIII, et vide ibi Gregorium.

de sí á ellos, y hallándose mejores que ellos. Los que por esta via se levantan y presumen de sí, debrian considerar que dado caso que en alguna cosa sean mayores que los otros; pero todavía, si bien se conoscieren, en muchas cosas se hallarán menores. Pues ¿por qué presumes de ti, y desprecias á tu prójimo, por ser mas abstinente, ó mayor trabajador que él, pues él por ventura (aunque no tenga eso) será mas humilde, ó mas prudente, ó mas paciente, ó mas caritativo que tú? Por tanto mayor cuidado debes tener de mirar lo que te falta, que lo que tienes; y las virtudes que el otro tiene, que las que tienes tú; porque este pensamiento te conservará en humildad, y despertará en ti el deseo de la perfeccion. Mas si por el contrario pones los ojos en lo que tú tienes, y en lo que á los otros falta, tenerte has en mas que ellos, y hacerte has negligente en el estudio de la virtud; porque paresciéndote por comparacion de los otros que eres algo, vendrás á estar contento de ti mesmo, y á perder el deseo de pasar adelante.

Si por alguna buena obra sintieres que tu pensamiento se levanta, entónces has de mirar mas por ti; porque el contentamiento de ti mesmo no destruya la buena obra que heciste, y la vanagloria (pestilencia de las buenas obras) no la corrompa. Mas sin atribuir cosa alguna á tus merescimzientos, agradéscelo todo á la divina clemencia, y reprime tu soberbia con las palabras del apóstol, que dice[1]: ¿Qué tienes que no hayas recebido? y si lo recebiste, ¿por qué te glorías como si nada recibieras? Las buenas obras que sin obligacion y para mas perfeccion haces (si no eres prelado) trabaja por esconderlas de tal manera, que no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha[2]; porque la vanagloria muy fácilmente acomete las obras que se hacen en descubierto. Cuando vieres que tu corazon se comienza á levantar, luego debes aplicar el remedio; y este será traer á la memoria tus pecados, y especialmente el mayor ó los mayores dellos, y desta manera con una ponzoña curarás otra, como

[1] I Cor. IV.
[2] Matth. VI.

hacen los médicos. De suerte que mirando, como el pavon, la mas fea cosa que en ti tienes, luego desharás la rueda de tu vanidad.

Cuanto mayor fueres, tanto te debes tratar mas humildemente; ponque si en verdad eres bajo, no es mucho que seas humilde; pero si eres grande y honrado, y con todo eso te humillas, alcanzarás una muy rara y muy grande virtud; porque la humildad en la honra es honra de la mesma honra, y dignidad de la dignidad; y si esta falta, piérdese esa mesma dignidad.

Si deseas alcanzar la virtud de la humildad, sigue el camino de la humillacion; porque si no quieres ser humillado nunca llegarás á ser humilde. Y puesto que muchos se humillan que en la verdad no son humildes, todavía no hay duda sino que, como dice muy bien Sant Bernardo [1], la humillacion es camino para la humildad, así como la paciencia para la paz, y el estudio para la sabiduría. Obedesce pues humildemente á Dios, y, como dice Sant Pedro [2], á toda humana criatura por amor de Dios.

Tres temores quiere Sant Bernardo [3] que moren siempre en nuestro corazon: uno cuando tienes gracia, y otro cuando la perdiste, y otro cuando la tornas á cobrar. Teme cuando estás en gracia; porque no hagas alguna cosa indigna della. Teme cuando la pierdes; porque faltando ella, quedas tú desamparado de la guarda que te defendia. Y teme si despues de perdida la cobrares; porque no la tornes á perder. Y temiendo desta manera, no presumirás de ti, estando lleno de temor de Dios.

Ten paciencia en todas tus persecuciones; porque en el sufrimiento de las injurias se conosce el verdadero humilde. No desprecies los pobres y necesitados; porque á la miseria del prójimo mas se debe compasion que menosprecio. Procura que tus vestidos no sean curiosos, porque quien ama mucho el vestido precioso, no siempre tiene el corazon humilde, y respecto tiene el que esto hace á los ojos de los

[1] Epist. LXXXVII circa fin.
[2] Petr. II.
[3] Super Cant. serm. LIV, infra med.

hombres, pues no los viste sino cuando puede ser visto. Pero juntamente mira no sea el vestido mas vil de lo que te conviene; porque huyendo de la gloria no la procures: como hacen muchos que quieren agradar á los hombres, mostrando que no hacen caso de les agradar; y así huyendo las alabanzas, astutamente los procuran. Tampoco has de despreciar los oficios bajos; porque el verdadero humilde no huye delos servicios humildes, como indignos de su persona: mas ántes de su propria voluntad se ofresce á ellos, como quien en sus ojos se tiene por bajo.

## CAPÍTULO V

### Remedios contra la avaricia.

Avaricia es desordenado deseo de hacienda. Por lo cual con razon es tenido por avariento no solo el que roba, sino tambien el que desordenadamente cobdicia las cosas ajenas, ó desordenadamente guarda las suyas. Este vicio condena el apóstol, cuando dice [1]: Los que desean de ser ricos, caen en tentaciones y lazos del demonio, y en muchos deseos inútiles y dañosos que llevan los hombres á la perdicion. Porque la raiz de todos los males es la cobdicia. No se podia mas encarescer la malicia deste vicio que con esta palabra; pues por ella se da á entender que quien á este vicio está subjecto, de todos los otros es esclavo.

Pues cuando este vicio tentare tu corazon, puedes armarte contra él con la consideraciones siguientes. Primeramente considera, ¡oh avariento! que tu Señor y tu Dios cuando decendió del cielo á este mundo, no quiso poseer estas riquezas que tú deseas; ántes de tal manera amó la pobreza, que quiso tomar carne de una vírgen pobre y humilde, y no de una reina muy alta y muy poderosa. Y cuando nasció no quiso ser aposentado en grandes palacios, ni echado en cama blanda, ni en cunas delicadas, sino en un vil y duro pesebre sobre unas pajas [2]. Despues desto en cuanto en esta

[1] I Tim. VI.
[2] Luc. II.

vida vivió, siempre amó la pobreza, y despreció las riquezas; pues para ser embajadores y apóstoles escogió, no príncipes, ni grandes señores, sino unos pobres pescadores [1]. Pues ¿qué mayor abusion que querer ser rico el gusano, siendo por él tan pobre el Señor de todo lo criado?

Considera tambien cuánta sea la vileza de tu corazon; pues siendo tu ánima criada á imágen de Dios, y redemida por su sangre (en cuya comparacion es nada todo el mundo), la quieres perder por un poco de interese. No diera Dios su vida por todo el mundo, y dióla por el ánima del hombre: luego de mayor valor es un ánima que todo el mundo. Las verdaderas riquezas no son oro, ni plata, ni piedras preciosas; sino las virtudes que consigo trae la buena consciencia. Pon aparte la falsa opinion de los hombres, y verás que no es otra cosa oro y plata, sino tierra blanca y amarilla, que el engaño de los hombres hizo preciosas. Lo que todos los filósofos del mundo despreciaron, ¿tú, discípulo de Cristo, llamado para mayores bienes, tienes por cosa tan grande, que te hagas esclavo della? Porque, como dice Sant Hierónimo [2], aquel es siervo de las riquezas que las guarda como siervo; mas quien de sí sacudió este yugo, repártelas como señor.

Mira tambien que, como el Salvador dice [3], nadie puede servir á dos señores: que son, Dios y las riquezas: y que no puede el ánimo del hombre libremente contemplar á Dios, si anda la boca abierta tras las riquezas del mundo. Los deleites espirituales huyen del corazon ocupado en los temporales, y no se podrán juntar en uno las cosas vanas con las verdaderas, las altas con las bajas, las eternas con las temporales, y las espirituales con las carnales, para que puedas juntamente gozar de las unas y de las otras. Considera otrosí que cuanto mas prósperamente te suceden las cosas terrenas, tanto por ventura eres mas miserable; por el motivo que aquí se te da de fiarte de esa falsa felicidad que se te ofresce. ¡Oh si supieses cuánta desventura trae consigo esa pequeña prosperidad! El amor de las riquezas mas ator-

[1] I Cor. I.
[2] Lib. I com. in cap. VI Matth.
[3] Matth. VI.

menta con su deseo, que deleita con su uso; porque enlaza el ánima con diversas tentaciones; enrédala con muchos cuidados; convídala con vanos deleites; provócala á pecar; é impide su quietud y reposo. Y sobre todo esto nunca las riquezas se adquieren sin trabajo, ni se poseen sin cuidado, ni se pierden sin dolor: mas lo peor es que pocas veces se alcanzan sin ofensas de Dios; porque (como dice el proverbio) el rico ó es malo, ó heredero de malo [1].

Considera otrosí cuán gran desatino sea desear continuamente aquellas cosas que aunque todas se junten en uno, es cierto que no pueden hartar tu apetito; mas ántes lo atizan y acrescientan, así como el beber al hidrópico la sed; porque, por mucho que tengas, siempre cobdicias lo que te falta, y siempre estás sospirando por mas. De suerte que discurriendo el triste corazon por las cosas del mundo, cánsase, y no se harta; bebe y no apaga la sed, porque no hace caso de lo que tiene, sino de lo que podria mas haber; y no ménos modestia tiene por lo que no alcanza, que contentamiento por lo que posee: ni se harta mas de oro, que su corazon de aire. De lo cual con mucha razon se maravilla Sant Augustin diciendo: ¡Qué cobdicia esta tan insaciable de los hombres, pues aun los brutos animales tienen medida en sus deseos? Porque entónces cazan cuando padescen hambre; mas cuando están hartos, luego dejan de cazar. Sola la avaricia de los ricos no pone tasa en sus deseos, ca siempre roba y nunca se harta.

Considera tambien que donde hay muchas riquezas, tambien hay muchos que las consuman, muchos que las gasten, muchos que las desperdicien y hurten. ¿Qué tiene el mas rico del mundo de sus riquezas, mas que lo necesario para la vida? Pues desto te podrias descuidar si pusieses tu esperanza en Dios, y te encomendases á su providencia; porque nunca desampara á los que esperan en él; porque quien hizo al hombre con necesidad de comer, no consentirá que perezca de hambre [2]. ¿Cómo puede ser que mante-

[1] Dives, iniquus aut iniqui hæres. (S. Hier. Comment. in Habac. c. 3).

[2] Matth. VI.

niendo Dios á los pajaricos, y vistiendo los lirios, desampare al hombre; mayormente siendo tan poco lo que basta para remedio de la necesidad? La vida es breve, y la muerte se apresura á mas andar: ¿qué necesidad tienes de tanta provision para tan corto camino? ¿Para qué quieres tantas riquezas, pues cuantas ménos tuvieres, tanto mas libre y desembarazado caminarás? Y cuando llegares al fin de la jornada, no te irá ménos bien si llegares pobre, que á los ricos que llegarán mas cargados; sino que acabado el camino, te quedará ménos que sentir lo qué dejas, y ménos de que dar cuenta á Dios: como quiera que los muy ricos al fin de la jornada, no sin grande angustia, dejarán los montones de oro que mucho amaron, y no sin mucho peligro darán cuenta de lo mucho que poseyeron.

Considera otrosí, ¡oh avariento! para quién amontonas tantas riquezas; pues es cierto que así como veniste á este mundo desnudo, así tambien has de salir dél[1]. Pobre naciste en esta vida, pobre la dejarás. Esto debrias pensar muchas veces; porque, como dice Sant Hierónimo[2], fácilmente desprecia todas las cosas quien se acuerda que ha de morir. En el artículo de la muerte dejarás todos los bienes temporales, y llevarás contigo solamente las obras que hiciste, buenas ó malas: donde perderás todos los bienes celestiales, si teniéndolos en poco en cuanto viviste, todo tu trabajo empleaste en los temporales. Porque tus cosas serán entónces divididas en tres partes: el cuerpo se entregará á los gusanos, el ánima á los demonios, y los bienes temporales á los herederos, que por ventura serán desagradescidos, ó pródigos ó malos. Pues luego mejor será, segun el consejo del Salvador[3], distribuirlos á pobres, que te los lleven delante (como hacen los grandes señores cuando caminan, que invian delante sus tesoros); porque ¿qué mayor desatino que dejar tus bienes adonde nunca tornarás, y no enviarlos adonde para siempre vivirás?

Considera tambien que aquel soberano gobernador del

[1] Job, I.
[2] Ad Paulinum in prologo Bibl.
[3] Luc. XVI.

mundo (como un prudente padre de familia) repartió los cargos y los bienes de tal manera, que á unos ordenó para que rigiesen, y otros para que fuesen regidos : unos para que destribuyesen lo necesario, y otros para que lo recibiesen. Y pues tú eres uno de los que están puestos para despenseros de la hacienda que á ti sobra : ¿ paréscete que te será lícito guardar para ti solo lo que recebiste para muchos? Porque, como dice Sant Basilio, de los pobres es el pan que tú encierras, y de los desnudos el vestido que tú escondes, y de los miserables el dinero que tú entierras. Pues sabe cierto que á tantos hurtaste sus bienes, á cuantos pudieras aprovechar con lo que á ti sobraba, y no aprovechaste. Por tanto mira que los bienes que de Dios recebiste, son remedios de la miseria humana, y no instrumentos de mala vida. Mira pues que succediéndote todas las cosas prósperamente no te olvides de quien te las da ; ni de los remedios de la miseria ajena hagas materia de vanagloria. No quieras ¡ oh hermano ! amar el destierro mas que la patria ; ni de los aparejos y provisiones para caminar hagas estorbos del camino ; ni amando mucho la claridad de la luna, desprecies la luz del mediodía ; ni conviertas los socorros de la vida presente en materia de muerte perpetua. Vive contento con la suerte que tienes, acordándote que dice el apóstol[1] : Teniendo suficiente mantenimiento, y ropa con que nos cubramos, con esto estamos contentos. Porque (como dice Sant Crisóstomo) el siervo de Dios no se ha de vestir ni para parescer bien, ni para regalo de su carne, sino para cumplir con su neeesidad. Busca primero el reino de Dios y su justicia, y todas las otras cosas te serán concedidas[2] ; porque Dios que te quiere dar las cosas grandes, no te negará las pequeñas. Acuérdate que no es la pobreza virtud, sino el amor de la pobreza.

Los pobres que voluntariamente son pobres, son semejantes á Cristo, que siendo rico, por nosotros se hizo pobre[3].

[1] Tim. VI.
[2] Matth. VI.
[3] II Cor. VIII.

Mas los que viven en pobreza necesaria, y la sufren con paciencia, y desprecian las riquezas que no tienen, desa pobreza necesaria hacen virtud. Y así como los pobres con su pobreza se conforman con Cristo, así los ricos con sus limosnas se reforman para Cristo; porque no solamente los pobres pastores hallaron á Crsito, mas tambien los sabios y poderosos, cuando le ofrescieron sus tesoros[1]. Pues tú que tienes bastante hacienda, da limosna á los pobres; porque dándola á ellos, la recibe Cristo. Y ten por cierto que en el cielo (donde ha de ser tu perpetua morada) te está guardado lo que agora les dieres; mas si en esta tierra escondieres tus tesoros, no esperes hallar nada donde nada pusiste. Pues ¿cómo se llamarán bienes del hombre los que no puede llevar consigo, ántes los pierde contra sa voluntad? Mas por el contrario los bienes espirituales son verdaderamente bienes, pues no desamparan á su dueño aun en su muerte; ni nadie se los puede quitar, si él no quisiere.

## § I

### Que no debe nadie retener lo ajeno.

Acerca deste pecado conviene avisar del peligro que hay en retener lo ajeno. Para lo cual es de saber que no solo es pecado tomar lo ajeno, sino tambien retenerlo contra voluntad de cuyo es. Y no basta que tenga el hombre propósito de restituir adelante, si luego puede; porque no solo tiene obligacion á restituir, sino tambien á luego restituir: verdad es que si no pudiese luego, ó del todo no pudiese, por haber venido á gran pobreza, en tal caso no seria obligado á uno, ni á otro, porque Dios no obliga á lo imposible.

Para persuadir esto, no me paresce hay necesidad de mas palabras que de aquellas que Sant Gregorio escribe á un caballero, diciendo[2]: Acuérdate, señor, que las riquezas mal habidas se han de quedar acá, y el pecado que hicieres en haberlas así, ha de ir contigo allá. Pues ¿que mayor locura que

[1] Luc. II; Matth. II.
[2] Lib. epist. ad Justin. cap. 2.

quedarse acá el provecho, y llevar contigo el daño, y dejar á otro el gusto, y tomar para ti el tormento, y obligarte á penar en la otra vida por lo que otros hayan de lograr en esta?

Y demas desto ¿ qué mayor desatino que tener en mas tus cosas que á ti mesmo? y padescer detrimento en el ánima, por no padescerlo en la hacienda? y poner el cuerpo al golpe del espada, por no recibirlo en la capa? Y allende desto, ¿ qué tan cerca está de parescer á Júdas el que por un poco de dinero vende la justicia, la gracia, y su mesma ánima [1]? Y finalmente, si es cierto (como lo es) que á la hora de la muerte has de restituir, si te has de salvar; ¿ qué mayor locura que, habiendo en cabo de pagar lo que debes, querer estar de aquí allá en pecado, y acostarte en pecado, y levantarte en pecado, y confesar y comulgar en pecado, y perder todo lo que pierde el que está en pecado, que vale mas que todo el interese del mundo? No paresce que tiene juicio de hombre el que pasa por tan grandes males.

Trabaja pues, hermano, por pagar muy bien lo que debes, y por no hacer agravio á nadie. Procura tambien que no duerma en tu casa el trabajo y sudor de tu jornalero [2]. No le hagas ir ni venir muchas veces y echar tantos caminos por cobrar su hacienda, que trabaje mas en cobrarla que en ganarla, como muchas veces acaesce con la dilacion de los malos pagadores. Si tienes testamento que cumplir, mira no defraudes las ánimas de los defunctos de su debido socorro; porque no paguen la culpa de tu negligencia con la dilacion de su pena, y despues cargue todo sobre tu ánima. Si tienes criados á quien debes, trabaja por tener muy asentadas y claras sus cuentas, y desembarázate (ó á lo ménos declárate muy bien con ellos) en la vida, para no dejar despues marañas en la muerte. Lo que tú pudieres cumplir de tu testamento, no lo dejes á otros ejecutores; porque si tú eres descuidado en tus cosas proprias, ¿ cómo crees que serán los otros diligentes en las ajenas?

Préciate de no deber nada á nadie, y así tendrás el sueño quieto, la consciencia reposada, la vida pacífica, y la muerte

[1] Matth. XXVI.
Deut. x; xiv Tob. iv.[2]

descansada. Y para que puedas salir con esto, el medio es que pongas freno á tus apetitos y deseos, y ni hagas todo lo que deseas, ni gastes mas de lo que tienes; y desta manera midiendo el gasto, no con la voluntad, sino con la posibilidad, nunca tendrás por qué deber. Todas nuestras deudas nascen de nuestros apetitos, y la moderacion destos vale mas que muchos cuentos de renta. Ten por sumas y verdaderas riquezas aquellas que dice el apóstol[1]: Piedad, y contentamiento con la suerte que Dios te dió. Si los hombres no quisiesen ser mas de lo que Dios quiere que sean, siempre vivirian en paz; mas cuando quieren pasar esta raya, siempre han de perder mucho de su descanso; porque nunca tiene buen succeso lo que se hace contra la divina voluntad.

## CAPÍTULO VI

### Remedios contra la lujuria.

Lujuria es apetito desordenado de sucios y deshonestos deleites. Este es uno de los vicios mas generales, y mas cosarios, y mas furiosos en acometer que hay. Porque (como dice Sant Bernardo) entre todas las batallas de los cristianos, las mas duras son las de la castidad: donde es muy cuotidiana la pelea, y muy rara la victoria.

Pues cuando este feo y abominable vicio tentare tu corazon, puedes salirle al camino con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que este vicio no solo ensucia el ánima (que el Hijo de Dios alimpió con su sangre), sino tambien el cuerpo, en quien como en un sagrado relicario es depositado el sacratísimo cuerpo de Cristo. Pues si tan grande culpa es profanar y ensuciar el templo material de Dios, ¿qué será profanar este templo en que mora Dios? Por esto dice el apóstol[2]: Huid, hermanos, del pecado de la fornicacion; porque todo otro pecado que hiciere el hombre, fuera de su cuerpo es; mas el que cae en fornicacion, peca contra su mesmo cuerpo, profanándolo, y ensuciándolo con

[1] I Tim. VI.
[2] I Cor. VI.

el pecado carnal. Considera tambien que este pecado no se puede poner por obra sin escándalo y perjuicio de otros muchos que comunmente intervienen en él: que es la cosa que á la hora de la muerte mas agudamente suele herir la consciencia. Porque si la ley de Dios manda que se dé vida por vida, ojo por ojo, y diente por diente[1]; ¿ qué podrá dar á Dios el que tantas ánimas destruyó? ¿y con qué pagará lo que él con su mesma sangre redimió?

Considera tambien que este halagüeño vicio tiene muy dulces principios, y muy amargos fines; muy fáciles las entradas, y muy dificultosas las salidas. Por donde dijo el Sábio[2] que la mala mujer era como una cava muy honda, y un pozo boquiangosto, donde siendo tan fácil la entrada, es dificultosísima la salida. Porque verdaderamente no hay cosa en que mas fácilmente se enreden los hombres, que en este dulce vicio, segun que á los principios se demuestra; mas despues de enlazados en él, y trabadas las amistades, y roto el velo de la vergüenza, ¿ quién los sacará de ahí? Por lo cual con mucha razon se compara con las nasas de los pescadores, que teniendo las entradas muy anchas, tienen las salidas muy angostas; por donde el pesce que una vez entra, por maravilla sale de ahí. Y por aquí entenderás cuánta muchedumbre de pecados pare este tan prolijo pecado; pues en todo este tiempo tan largo está claro que así por pensamiento, como por obra, como por deseo, ha de ser Dios cuasi infinitas veces ofendido.

Considera tambien sobre todo esto (como dice un doctor) cuánta muchedumbre de otros males trae consigo esta halagüeña pestilencia. Primeramente roba la fama (que entre las cosas humanas es la mas hermosa posesion que puedes tener); ca ningun rumor de vicio huele mas mal, ni trae consigo mayor infamia que este. Y allende desto debilita las fuerzas, amortigua la hermosura, quita la buene disposicion, hace daño á la salud, pare enfermedades sin cuento, y estas muy feas y sucias, desflora ántes de tiempo la frescura de la

[1] Exod. XXI.
[2] Prov. XXIII.

juventud, y hace venir mas temprano una torpe vejez; quita la fuerza del ingenio, embota la agudeza del entendimiento, y cuasi la torna brutal. Aparta el hombre de todos honestos estudios y ejercicios; y así le zabulle todo en el cieno deste deleite, que ya no huelga de pensar, ni hablar, ni tratar cosa que no sea vileza y suciedad. Hace loca la juventud é infame, y la vejez aborrescible y miserable. Mas no se contenta este vicio con todo este estrago que hace en la persona del hombre; sino tambien lo hace en sus cosas. Porque ninguna hacienda hay tan gruesa, ningun tan gran tesoro á quien la lujuria no gaste y consuma en poco tiempo. Porque el estómago y los miembros vergonzosos son vecinos y compañeros, y los unos á los otros se ayudan y conforman en los vicios. De donde los hombres dados á vicios carnales, comunmente son comedores y bebedores; y así en banquetes y vestidos gastan todo cuanto tienen. Y demas desto las mujeres deshonestas nunca se hartan de joyas, de anillos, de vestidos, de holandas, de perfumes y olores, y cosas tales; y mas aman estos presentes, que á los mesmos amadores que se los dan. Para cuya confirmacion basta el ejemplo de aquel hijo pródigo que en esto gastó toda la legítima de su padre[1].

Mira tambien que cuanto mas entregares tus pensamientos y tu cuerpo á deleites, tanto ménos hartura hallarás; ca este deleite no causa hartura sino hambre; porque el amor del hombre á la mujer, ó de la mujer al hombre, nunca se pierde, ántes apagado una vez, se torna á encender. Y mira otrosí como este deleite es breve, y la pena que por él se da, perpetua; y por consiguiente que es muy desigual trueque, por una brevísima y torpísima hora de placer, perder en esta vida el gozo de la buena consciencia, y despues la gloria que para siempre dura, y padescer la pena que nunca se acaba. Por lo cual dice Sant Gregorio[2]: Un momento dura lo que deleita, y eternalmente lo que atormenta.

Considera tambien por otra parte la dignidad y precio de la pureza virginal que este vicio destruye; porque los vírgines

[1] Luc. xv,
[2] Lib. IX Mor. cap. 44.

en esta vida comienzan á vivir vida de ángeles, y singularmente por su limpieza son semejantes á los espíritus celestiales; porque vivir en carne sin obras de carne, mas es virtud angélica que humana. Solo la virginidad es la que, como dice Sant Hierónimo [1], en este lugar y tiempo de mortalidad representa el estado de la gloria inmortal. Solo ella guarda la costumbre de aquella ciudad soberana donde no hay bodas, ni desposorios, y así da á los hombres terrenos experiencia de aquella celestial conversacion. Por lo cual en el cielo se da cierto y singular premio á los vírgines, de los cuales escribe Sant Joan en el Apocalipsi, diciendo : Estos son los que no amancillaron su carne con mujeres, mas permanescieron vírgines ; y estos siguen al Cordero por donde quiera que va. Y porque en este mundo se aventajaron sobre los otros hombres en parescerse con Cristo en la pureza virginal, por esto en el otro se llegarán á él mas familiarmente, y singularmente se deleitarán de la limpieza de sus cuerpos.

Y no solo hace esta virtud á los que la tienen semejantes á Cristo, mas hácelos tambien templos vivos del Espíritu Sancto ; porque aquel divino espíritu, amador de la limpieza, así como uno de los vicios que mas huye es la deshonestidad, así en ninguna parte mas alegremente reposa que en las ánimas puras y limpias. Por lo cual el Hijo de Dios, concebido por el Espíritu Sancto, tanto amó y honró la virginidad, que por ella hizo un tan gran milagro como fué nascer de madre vírgen. Mas tú, ya que perdiste la virginidad, á lo ménos despues del naufragio teme los peligros que ya experimentaste. Y ya que no quisiste guardar entero el bien de naturaleza, siquiera despues de quebrado le repara, y tornándote á Dios despues del pecado, tanto mas diligentemente te ocupa en buenas obras, cuanto por las malas que has hecho te conosces por mas merescedor de castigo. Porque muchas veces acontesce, como dice Sant Gregorio [2], que despues de la culpa se hace mas ferviente el ánima, la cual en el estado de la innocencia estaba mas floja y descuidada. Y pues Dios

[1] Ad Demetr. ad Mauritii filiam. Eus. de morte Hier. circa medium.
[2] Lib. VIII Mor. c. 16 et super. Ezech. Hom. X.

te guardó, habiendo cometido tantos males, no hagas agora por donde pagues lo presente y lo pasado, y sea el postrer yerro peor que el primero.

Pues con estas y otras semejantes consideraciones debe el hombre estar apercebido y armado contra este vicio ; y esta sea la primera manera de remedios que damos contra él.

## § I

### De otra manera de remedios mas particulares contra la lujuria.

Demas destos comunes remedios que se dan contra este vicio, hay otros mas especiales y eficaces, de que tambien será razon tratar. Entre los cuales el primero es resistir á los principios, como ya en otra parte dijimos [1], porque si al principio no se rechaza el enemigo, luego crece y se fortalesce; porque, como dice Sant Gregorio [2], despues que la golosina del deleite se apodera del corazon, no le deja pensar otra cosa que aquello que le deleita. Por esto se debe resistir al principio, echando fuera los pensamientos carnales; porque así como la leña sustenta el fuego, así los pensamientos mantienen á los deseos : los cuales si fueren buenos, enciéndese el fuego de la caridad; y si malos, el de la lujuria.

Demas desto conviene guardar con diligencia todos los sentidos, mayormente los ojos de ver cosas que le pueden causar peligro. Porque muchas veces mira el hombre sencillamente, y por sola la vista queda el ánima herida. Y porque el mirar inconsideradamente las mujeres, ó inclina ó ablanda la constancia del que las mira, nos aconsejó el Ecclesiástico, diciendo [3] : No quieras traer los ojos por los rincones de la ciudad, ni por sus calles ó plazas : aparta los ojos de la mujer ataviada, y no veas su hermosura. Para lo cual nos debria bastar el ejemplo del Sancto Job [4], que (con ser varon de tanta santidad) guardaba muy bien sus

[1] Primera parte del Memor. trat. 4, c. 1, § 3, 9, 1, col. fin.
[2] Lib. XXI Mor. c. 7.
[3] Eccli. IX.
[4] Job, XXXI.

ojos (como él mesmo lo confiesa), no fiándose de sí, ni de tan largo uso de virtud como tenia. Y si este no basta, á lo ménos debria bastar el de David [1], que siendo varon sanctísimo, y tan hecho á la voluntad de Dios, bastó la vista de una mujer para traerle á tres tan grandes males como fuéron, homicidio, escándalo, y adulterio.

Y no ménos tambien debes guardar los oídos de oir cosas deshonestas; y cuando las oyeres, recíbelas con rostro triste; porque fácilmente se hace lo que de buena gana se oye. Guarda tambien tu lengua de cualquier palabra torpe; porque las buenas costumbres se corrompen con las pláticas malas. La lengua descubre las aficiones del hombre, porque cual muestra la plática, tal se descubre el corazon: ca de lo que el corazon está lleno, habla la lengua.

Trabaja por traer ocupado tu corazon en sanctos pensamientos, y tu cuerpo en buenos ejercicios; porque (como dice Sanct Bernardo) los demonios envian al ánima ociosa malos pensamientos en que se ocupe, porque aunque cese de mal obrar, no cese de pensar mal.

En toda tentacion, mayormente en esta, pon ante los ojos de tu corazon el ángel de tu guarda, y el demonio tu acusador: los cuales en la verdad siempre están mirando todo lo que haces, y lo representan al mesmo juez que todo lo ve; porque siendo esto así, ¿ cómo te atreverás á hacer obra tan fea, que delante de otro hombrecillo como tú no osarias hacer, teniendo delante tu guardador, tu acusador y tu juez? Pon tambien ante los ojos el espanto del juicio divino, la llama de los tormentos eternos; porque cualquier pena se vence con temor de otra mas grave, como un clavo se saca con otro; y así muchas veces el fuego de la lujuria se mata con la memoria del fuego del infierno. Demas desto excúsate cuanto fuere posible de hablar solo con mujeres de sospechosa edad (porque como dice Crisóstomo) entónces acomete mas atrevidamente nuestro adversario á los hombres y mujeres, cuando los ve solos; porque donde no se teme reprehensor, mas osado llega

[1] II Reg. XI

el tentador. Por tanto nunca te pongas á tratar con mujer sin testigos; porque esto solo incita y convida á todos los males. Ni confíes en la virtud pasada, aunque sea muy antigua, pues sabes que aquellos viejos se encendieron en el amor de Susanna, porque la vieron muchas veces en su jardin sola [1]. Huye pues toda sospechosa compañía de mujeres; porque verlas daña los corazones : oirlas los atrae, hablarlas los inflama, tocarlas los estimula; y finalmente todo lo dellas es lazo para los que tratan con ellas. Por esto dice Sant Gregorio [2] : Los que dedicaron sus cuerpos á continencia, no se atrevan á morar con mujeres : porque en cuanto el calor vive en el cuerpo, nadie presuma que del todo tiene apagado el fuego del corazon.

Huye tambien los presentillos, visitaciones, y cartas de mujeres; porque todo esto es liga para prender los corazones, y soplos para encender el fuego del mal deseo cuando la llama se va acabando. Y si amas alguna mujer honesta y sancta, ámala en tu ánima sin curar de visitarla á menudo, ni tratar con ella familiarmente. Y porque la llave de todo este negocio principalmente consiste en huir destas ocasiones, añadiré aquí dos ejemplos que Sant Gregorio escribe en sus Diálogos [3], los cuales servirán grandemente para este propósito. Cuenta él allí que en la provincia de Misia habia un sacerdote, el cual regía con gran temor de Dios una iglesia que le era encomendada. Y estando allí una mujer virtuosa que tenia cargo de la ropa y de las cosas de la iglesia, él la amaba como á hermana, mas guardábase della como de enemiga, y así por ninguna via permitia que se llegase á él, con lo cual habia quitado toda ocasion de familiaridad y comunicacion. Ca proprio es de los sanctos varones, por estar mas léjos de las cosas ilícitas, apartarse aun de las que son lícitas; y por esta causa no consentia que ella le sirviese en ninguna necesidad. Pues este venerable sacerdote siendo de mucha

[1] Dan. XIII.
[2] III lib. Dialog. c. 7.
[3] IV Dialog. c. 11.

edad, y pasados ya cuarenta años de su sacerdocio, vino á tener una recia enfermedad, que llegó á lo postrero; y estando en este estado, llegó aquella buena mujer á poner los oídos cerca de sus narices para ver si respiraba, ó si era ya defuncto. Lo cual como él sintiese, indignándose mucho dello, con toda la fuerza que pudo dió voces á la mujer, diciendo: Apártate, apártate de aquí, mujer, porque todavía el foguezuelo está vivo: quita la paja. Y apartándose ella, y esforzándose él mas, comenzó á decir con una grande alegría: En hora buena vengan mis señores, en hora buena vengan. ¿Cómo tuvistes por bien venir á este tan pequeñuelo siervo vuestro? Ya voy, ya voy. Muchas gracias, muchas gracias. Y repitiendo él estas palabras muchas veces, preguntáronle los que allí estaban, con quién hablaba. Á los cuales él maravillado respondió: ¿Por ventura no veis aquí los bienaventurados apóstoles Sant Padro y Sant Peblo? Y volviéndose á ellos, tornó á decir: Ya voy, ya voy. Y en acabando estas palabras dió el ánima á Dios. Este ejemplo de varon tan recatado escribe Sant Gregorio en el cuarto libro de los Diálogos con este fin tan glorioso; porque tal convenia que fuese la muerte de quien con tanto temor habia vivido.

Mas otro ejemplo escribe en el tercero de los mesmos Diálogos [1] de un religioso obispo, aunque no tan recatado: el cual tambien referiré aquí para castigo y escarmiento de los que no lo son. Del cual ejemplo dice que fuéron tantos los testigos, cuasi cuantos eran los moradores de la ciudad donde el caso acontesció.

Dice él pues que en una ciudad de Italia habia un obispo llamado Andreas, el cual habiendo siempre vivido una vida muy religiosa y llena de virtudes, tenia en su casa y compañía una mujer tambien religiosa, por estar muy cierto y satisfecho de su virtud y castidad. De la cual ocasion aprovechándose el enemigo, halló entrada para tentar su corazon. Y así comenzó á imprimir la figura della en los ojos de su ánimo, é incitarle á tener feos pensamientos.

[1] III Dialog. c. 7.

Acaesció pues que en este tiempo un judío caminando de Campania para Roma, y tomándole la noche cerca de la ciudad deste obispo, y no teniendo lugar donde se acoger, vino á parar á un templo antiguo que estaba allí de un ídolo, donde se acostó á dormir. Y temiendo la mala vecindad de la casa del ídolo, aunque él no creia en la Cruz, todavía por la costumbre que tenia de ver persignar á los cristianos en el tiempo de los peligros, hizo él tambien sobre sí la señal de la Cruz. Mas como él no pudiese dormir de miedo de aquel lugar, vió á la media noche una gran cuadrilla de demonios entrar en él, y entre ellos uno mas principal, el cual, asentado en una silla en medio del templo, comenzó á preguntar á aquellos malvados espíritus, cuánto mal habia hecho cada uno en el mundo. Y como cada uno respondiese lo que habia hecho, salió uno dellos en medio, y dijo que habia solicitado el ánimo del obispo Andreas con la figura de una mujer religiosa que tenia en su casa. Y como aquel malvado presidente oyese esto con grande atencion, y lo tuviese por tanto mayor ganancia, cuanto mas religiosa era la persona; el espíritu malo, que habia dado cuenta desto, añadió que el dia pasado á hora de Vísperas habia tentado tan fuertemente su corazon, que llegándose á la religiosa con semblante alegre, le habia dado una palmadica en las espaldas. Entónces aquel antiguo enemigo del género humano comenzó á exhortar á este tentador á que diese cabo á lo que habia comenzado, para que con esto alcanzase una corona singular entre todos sus compañeros. Pues estando el judío viendo todas estas cosas, y temblando con gran pavor de lo que veia, aquel malvado espíritu que allí presidia, mandó á los otros que fuesen á mirar quién era aquel que habia osado dormir en aquel lugar. Y mirándolo ellos con grande atencion, dieron voces diciendo: ¡ Ay, ay ! vaso vacío; mas bien sellado. Y respondiendo ellos esto, desapareció luego toda aquella compañía de espíritus malignos. Y hecho esto, el judío se levantó luego, y viniendo con gran prisa á la ciudad, y hallando el obispo en la iglesia tomóle aparte, y preguntóle si era molestado de alguna tentacion. Y como

el obispo de vergüenza no le confesase nada, él replicó que en tal dia habia puesto los ojos con mal amor en una sierva de Dios. Y como él todavía negase esto, el judío añadió diciendo ; ¿ Por qué niegas lo que te pregunto, pues ayer á hora de Vísperas llegaste á darle uua palmada en las espaldas ? De lo cual maravillado el obispo. y viéndose comprendido en aquella culpa, confesó lo que ántes habia negado. Entónces el judío le declaró la manera en que esto habia sabido. Lo cual entendido, el obispo se postró en tierra haciendo oracion á Dios, y luego despidió de su casa no solo aquella buena mujer, mas cualquiera otra que estuviese en su servicio. Y en aquel mesmo templo de Apolo hizo un oratorio en nombre de Sant Andrés, y quedó libre de toda aquella tentacion. Y juntamente con esto trajo á conoscimiento de Dios al judío por cuya vision y amonestacion habia sido curado ; é intruyéndole en los misterios de la fe, y lavándole con agua del sancto Baptismo, le puso en el gremio de la sancta Iglesia. Y así succedió que el judío, procurando la salud ajena, alcanzase la suya propria. Y nuestro Señor Dios, por el medio que encaminó la buena vida de uno, conservó en la buena vida al otro. Otros muchos ejemplos de semejantes historias, así pasadas como presentes, pudiera referir en este lugar, pero estos basten por agora.

## CAPÍTULO VII

### Remedios contra la invidia.

Invidia es tristeza del bien ajeno, y pesar de la felicidad de los otros : conviene saber, de los mayores, por ver el invidioso que no se puede igualar con ellos ; y de los menores, porque se igualan con él ; y de los iguales, porque compiten con él. Desta manera tuvieron invidia Saul á David [1], y los fariseos á Cristo ; por lo cual le procuraron la muerte ; porque tal es esta bestia fiera, y que á tales

[1] I Reg. XVIII.

personas no perdona. Este pecado de su género es mortal, porque milita derechamente contra la caridad, así como el odio. Pero muchas veces no lo será cuando no fuere la invidia consumada, como acaesce en todas las otras materias de pecados. Porque así como hay odio, y tambien rencor, que no es odio formado, aunque camina para él, así hay una invidia perfecta, y otra imperfecta, que camina para ella.

Este es uno de los pecados mas poderosos y mas perjudiciales que hay, y que mas extendido tiene su imperio por el mundo, especialmente por las cortes, y palacios, y casas de señores, y príncipes; aunque ni deja universidades, ni cabildos, ni religiones por do no corra. Pues ¿quién se podrá defender deste monstruo? ¿Quién será tan dichoso que se escape, ó de tener invidia, ó de padescerla? Porque cuando el hombre considera la invidia que hubo, no digo ya entre los primeros dos hermanos que fundaron á Roma [1], sino entre los dos primeros hermanos que poblaron el mundo [2], la cual fué tan grande, que bastó para matar el uno al otro; y la que hubo entre sus hermanos y José [3], la cual les hizo venderle por esclavo; y la que hubo entre los mesmos discípulos de Cristo ántes que sobre ellos viniese el Espíritu Sancto [4]; y sobre todo esto la que tuvieron Aaron y María, hermanos y escogidos de Dios, á su hermano Moysen [5]: cuando el hombre todo esto lee, ¿qué podrá imaginar de los otros hombres del mundo, donde ni hay esta sanctidad, ni este vínculo de parentesco? Verdaderamente este es un vicio de los que de callada tienen grandísimo señorío sobre la tierra, y el que la tiene destruida. Porque su proprio efecto es perseguir á los buenos, y á los que por sus virtudes y habilidades son preciados; porque aquí señaladamente tira ella sus saetas. Por lo cual dijo Salomon [6] que todos trabajos é industrias de los

[1] Rómulo y Remo.
[2] Abel y Cain. Genes. IV.
[3] Genes. XXXVII.
[4] Luc. XXII; Matth. XVIII.
[5] Num. XII.
[6] Eccles. IV.

hombres estaban subjectas á la invidia de sus prójimos. Pues por esto con todo estudio y diligencia te conviene armar contra este enemigo, pidiendo siempre á Dios ayuda contra él, y sacudiéndole de ti con todo cuidado. Y si todavía él perseverare solicitando tu corazon, persevera tú siempre peleando contra él; porque no consintiendo con la voluntad, no hace al caso que la carne maliciosa sienta en sí el pellizco deste feo y desabrido movimiento. Y cuando vieres á tu vecino ó amigo mas próspero y aventajado que á ti, da gracias al Señor por ello, y piensa que tú, ó no meresciste otro tanto, ó á lo ménos que no te convino tenerlo; acordándote siempre que no socorres á tu pobreza teniendo invidia de la felicidad ajena, sino ántes la acrescientas.

Y si quisieres saber con qué género de armas podrás pelear con este vicio, dígote que con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que todos los invidiosos son semejantes á los demonios, que en gran manera tienen pesar de las buenas obras que hacemos, y de los bienes eternos que alcanzamos : no porque ellos los puedan haber, aunque los hombres los perdiesen (porque ya ellos los perdieron irrevocablemente); sino porque los hombres levantados del polvo de la tierra no gocen de lo que ellos perdieron. Por lo cual dice Sant Augustin en el libro de la Disciplina cristiana[1] : Aparte Dios este vicio, no solo de los corazones de todos los cristianos, mas tambien de todos los hombres, pues este es vicio diabólico, de que señaladamente se hace cargo al demonio, y por el cual sin remedio para siempre padescerá. Porque no es reprehendido el demonio porque cayó en adulterio, ó porque hizo algun hurto, ó porque robó el hacienda del prójimo; sino porque estando caido, tuvo invidia del hombre que estaba en pié. Pues desta manera los invidiosos á manera de demonios suelen haber invidia de los hombres, no tanto porque pretenden alcanzar la prosperidad dellos[2], cuanto porque querrian que todos fuesen miserables como ellos. Mira pues ¡ oh invidioso ! que

[1] Et contra Julia., lib. VI.
[2] Sap. II.

dado caso que el otro no tuviera los bienes de que tú tienes invidia, tú tampoco los tuvieras; y pues él los tiene sin tu daño, no hay por qué á ti te pese por ello. Y si por ventura tienes invidia de la virtud ajena, mira que en eso eres enemigo de ti mismo; porque de todas las buenas obras de tu prójimo tú eres participante, si estuvieres en gracia con Dios; y cuanto mas él aprovecha y meresce, tanto mas aprovechas tú á ti mesmo. Por donde sin razon tienes invidia á su virtud; ántes debias holgar con ella por su provecho y por el tuyo, pues participas de sus bienes. Mira pues cuánta miseria sea que donde tu prójimo se mejora, tú te hagas peor; como quier que si amases en el prójimo los bienes que tú no puedes haber, los mesmos bienes serian tuyos por razon de la caridad; y así gozarias de los trabajos ajenos sin trabajo tuyo.

Considera tambien que la invidia abrasa el corazon, seca las carnes, fatiga el entendimiento, roba la paz de la consciencia, hace tristes los dias de la vida, y destierra del ánima todo contentamiento y alegría. Porque ella es como el gusano que nasce en el madero, que lo primero que roe es el mesmo madero donde nasce; y así la invidia (que nasce del corazon) lo primero que atormenta es el mesmo corazon. Y despues deste corrompido, corrompe tambien el color del rostro; porque la amarillez que paresce por defuera, declara bien cuán gravemente aflige de dentro. Ca ningun juez hay mas riguroso que la mesma invidia contra sí mesma: la cual continuamente aflige y castiga á su proprio autor. Por lo cual no sin causa llaman algunos doctores á este vicio justo, no porque él lo sea (pues es gravísimo pecado), sino porque él mesmo castiga con su proprio tormento al que lo tiene, y hace justicia dél.

Mira otrosí cuán contraria cosa sea á la caridad (que es Dios), y al bien comun (que él tanto procura), tener invidia de los bienes ajenos, y aborrescer aquellos á quien Dios crió y redimió, y á quien está siempre haciendo bien; porque esto es estar condenando y deshaciendo lo que Dios hace, á lo ménos con la voluntad.

Y si quieres una muy cierta medicina contra este veneno,

ama la humildad, y aborresce la soberbia, que esta es la madre desta pestilencia. Porque como el soberbio ni puede sufrir superior, ni tener igual, fácilmente tiene invidia de aquellos que en alguna cosa le hacen ventaja ; por parescerle que queda él mas bajo, si ve á otros en mas alto lugar. Lo cual entendió muy bien el apóstol, cuando dijo [1] : No seamos cobdiciosos de la gloria mundana, compitiendo unos con otros, y habiendo invidia unos á otros. En las cuales palabras, pretendiendo cortar las ramas de la invidia, cortó primero la mala raiz de la ambicion, de donde ella procedió. Y por la mesma razon debes apartar tu corazon del amor desordenado de los bienes del mundo, y solamente ama la heredad celestial, y los bienes espirituales ; los cuales no se hacen menores por ser muchos los poseedores, ántes tanto mas se dilatan cuanto mas cresce el número de los que los poseen. Mas por el contrario, los bienes temporales tanto mas se disminuyen, cuanto entre mas poseedores se reparten. Y por esto la invidia atormenta el ánima de quien los desea; porque recibiendo otro lo que él cobdicia, ó del todo se lo quita, ó á lo ménos se lo disminuye. Porque con dificultad puede este tal dejar de tener pena, si otro tiene lo que él desea.

Y no te debes contentar con no tener pesar de los bienes del prójimo ; sino trabaja por hacerle todo el bien que pudieres, y pide á nuestro Señor le haga lo que tú no pudieres. Á ningun hombre del mundo aborrezcas : tus amigos ama en Dios, y tus enemigos por amor de Dios, el cual siendo tú primero su enemigo, te amó tanto, que por rescatarte del poder de tus enemigos puso su vida por ti. Y aunque el prójimo sea malo, no por eso debe ser aborrescido : ántes en este caso debes imitar al médico, el cual aborresce la enfermedad, y ama la persona : que es amar lo que Dios hizo, y aborrescer lo que el hombre hizo. Nunca digas en tu corazon : ¿Qué tengo yo que ver con este, ó en qué le soy obligado? no le conozco, ni es mi pariente, nunca me aprovechó, y alguna vez me dañó. Mas acuérdate solamente que

[1] Galat. v.

sin ningun merescimiento tuyo te hizo Dios grandes mercedes; por lo cual te pide que en pago desto uses de liberalidad, no con él, pues no tiene necesidad de tus bienes [1], sino con el prójimo que él te encomendó.

## CAPÍTULO VIII

### Remedios contra la gula.

Gula es apetito desordenado de comer y beber. Deste vicio nos aparta Cristo, diciendo [2] : Mirad no se hagan pesados vuestros corazones con demasiado comer y beber, y con los cuidados deste mundo.

Pues cuando este feo vicio tentare tu corazon, podrás resistirle con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que por un pecado de gula vino la muerte á todo el género humano [3]. Y de aquí viene á ser esta la primera batalla que te conviene vencer; porque cuanto ménos la vencieres, tanto serán mas terribles las otras, y tú mas flaco para ellas. Por esto comienza por la gula, si quieres alcanzar victoria; ca si esta no vences primero, de balde trabajarás en las otras. Porque entónces podrás sojuzgar los enemigos que vienen de fuera, cuando tuvieres muertos los que nascen de dentro. Y con poco fructo hace guerra á los extraños quien dentro de su casa tiene los enemigos. Por esto el diablo tentó á nuestro Salvador primero de gula, queriendo luego apoderarse de la puerta de todos los otros vicios.

Pon tambien los ojos en aquella singular abstinencia de Cristo nuestro Salvador [4]; el cual no solo despues del ayuno del desierto, mas tambien otras muchas veces trató muy ásperamente su carne sanctísima, y padesció hambre, no solo para nuestro remedio, sino tambien para nuestro ejemplo. Pues si aquel que con su vista mantiene los ángeles, y da de comer á las aves del aire, padesció hambre por ti,

1 Psalm. xv.
2 Luc. xxi.
3 Genes. iii.
4 Matth. iv.

¿cuánta razon será que tú tambien por ti la padezcas? ¿Con qué título te precias de siervo de Cristo, si sufriendo él hambre, tú gastas la vida en comer y beber, y padesciendo él trabajos por tu salvacion, tú no los quieres padescer por la tuya? Y si te es pesada la cruz de la abstinencia, pon los ojos en la hiel y vinagre que el Señor probó en la Cruz[1]; porque (como dice Sant Bernardo) no hay manjar tan desabrido, que no se haga sabroso, si fuere templado con la hiel y vinagre de Cristo.

Considera tambien la abstinencia de todos aquellos sanctos padres del yermo, los cuales, apartándose á los desiertos, crucificaron con Cristo su carne con todos sus apetitos, y pudieron con el favor deste Señor sustentarse muchos años con raices de yerbas, y hacer tan grandes abstinencias que parescen á los hombres increibles. Pues si estos así imitaron á Cristo, y por este camino fuéron al cielo; ¿cómo quieres tú ir á donde ellos fuéron, caminando por deleites y regalos?

Mira tú tambien cuántos pobres hay en el mundo que tendrian por gran felicidad hartarse de pan y agua; y por aquí entenderás cuán liberal fué contigo el Señor, que por ventura te proveyó mas largamente que á ellos: por lo cual no es razon que la liberalidad de su gracia conviertas en instrumento de tu gula. Considera tambien cuántas veces con tu boca has recibido aquella hostia consagrada, y no consientas que, por la mesma puerta por donde entra la vida, entre la muerte, y el nutrimento y cebo de los otros pecados. Mira otrosí que el deleite de la gula apénas se extiende por dos dedos de espacio, y por dos puntos de tiempo, y que es muy fuera de razon que á tan pequeña parte del hombre, y á tan breve deleite, no basten la tierra, la mar y el aire. Por esta causa muchas veces se roban los pobres; por esto se hacen los insultos; para que la hambre de los pequeños se convierta en deleite de los poderosos. Miserable cosa es por cierto que el deleite de una tan pequeña parte del hombre eche todo el hombre en el infierno, y que todos los miembros y sentidos del cuerpo padezcan perpetuamente

[1] Joan. XLIX; Matth. XXVII.

por la golosina de uno. ¿No miras cuán ciegamente yerras, pues al cuerpo que de aquí á muy poco han de comer los gusanos, crias con manjares delicados, y dejas de curar el ánima, que será luego presentada ante el tribunal de Dios, y si se hallare hambrienta de virtudes (con cuanto el vientre esté lleno de preciosos manjares) será condenada á los tormentos eternos? Y siendo ella castigada, no quedará el cuerpo sin castigo; porque así como para ella fué criado, así juntamente con ella será castigado. Así que despreciando lo que en ti es mas principal, y regalando lo que es de ménos estima, pierdes lo uno y lo otro, y con tu mesma espada te degüellas; porque la carne que te fué dada por ayudadora, haces que sea lazo de tu vida; la cual te acompañará en los tormentos, como aquí te siguió en los vicios.

Acuérdate de la hambre y pobreza de Lázaro[1], el cual deseaba comer de las migajuelas que caian de la mesa del rico, y no habia quién se las diese; y con todo esto, muriendo, fué llevado al seno de Abraham por mano de los ángeles; mas por el contrario el rico gloton, vestido de púrpura y holanda, fué sepultado en los infiernos. Porque no pueden tener una mesma despedida la hambre y la hartura, el deleite y la continencia; mas en la muerte succede la miseria á los deleites, y los deleites á la miseria. Abundantementa comiste y bebiste los años pasados: ¿qué es agora lo que ganaste con tantos regalos? Por cierto nada, sino remordimiento de consciencia, que por ventura perpetuamente te atormentará De manera que todo cuanto desordenadamente comiste, perdiste; y lo que no quisiste para ti, ántes lo partiste con los pobres, eso es lo que tienes guardado y depositado en la ciudad celestial.

Mas para que no te enredes con este vicio, debes primeramente considerar que muchas veces cuando la necesidad busca la satisfaccion de sí mesma, el deleite que debajo deste manto está escondido, pretende cumplir su deseo, y tanto mas fácilmente engaña, cuanto con color de mas honesta necesidad encubre su apetito. Por esto es necesaria grande

[1] Luc. XVI.

cautela y prudencia para refrenar el apetito del deleite, y poner la sensualidad debajo del imperio de la razon. Pues si quieres que tu carne sirva y se subjecte al ánima, haz que tu ánima se subjecte á Dios, porque necesario es que el ánima sea regida por Dios, para que pueda regir su carne; y por esta órden somos maravillosamente reformados, conviene saber, que Dios enseñoree la razon, y la razon al ánima, y y el ánima al cuerpo; porque así queda todo el hombre reformado. Pero el cuerpo resiste al imperio del ánima, si ella no se somete al imperio de la razon, y si la razon no se conforma con la voluntad de Dios.

Cuando fueres tentado de la gula, imagina que ya gozaste dese breve deleite, y que pasó ya aquella hora; pues el deleite del gusto es como el sueño de la noche pasada: sino que este deleite acabado, deja triste la consciencia, mas vencido, déjala contenta y alegre. Conforme á esto con mucha razon es celebrada aquella noble sentencia de un sabio, que dice[1]: Si hicieres alguna obra virtuosa con trabajo, el trabajo pasa, y la virtud persevera; mas si hicieres alguna cosa torpe con deleite, el deleite pasa, y la orpeza permanesce.

## CAPÍTULO IX

### Remedios contra la ira, y contra los odios y enemistades que nascen della.

Ira es apetito desordenado de venganza contra quien pensamos que nos ofendió. Contra esta pestilencia nos provee de medicina el apóstol, diciendo[2]: Toda amargura de corazon, toda ira é indignacion, y clamor, y blasfemia sea quitada de vosotros, con toda malicia. Y sed entre vosotros benignos y misericordiosos, perdonándoos unos á otros, como Dios nos perdonó por Cristo. Deste vicio, dice el Señor por Sant Mateo[3]: El que se airare contra su hermano, quedará

1 Aul. Gelii, lib. I Noctium Atti. c. 3, 15.
2 Ephes. IV.
3 Matth. V.

obligado á dar cuenta en el juicio; y quien le dijere necio, ó alguna palabra injuriosa, será condenado á las penas del infierno.

Pues cuando este furioso vicio tentare tu corazon, acuérdate de salirle al encuentro con las consideraciones siguientes. Primeramente considera que aun los animales brutos por la mayor parte viven en paz con los de su mesma especie. Los elefantes andan juntos con los elefantes; las vacas y las ovejas viven juntas en sus rebaños; los pájaros vuelan en bandos; las grullas se revezan para velar de noche, y andan en compañía; lo mesmo hacen las cigüeñas, los ciervos, los delfines, y otros muchos animales. Pues la unidad y concierto de las hormigas y de las abejas á todos es manifiesta. Y entre las mesmas fieras, por crudelísimas que sean, hay comun paz. La fiereza de los leones cesa con los de su género; el puerco montés no acomete á otro puerco; un lince no pelea con otro lince; un dragon no se ensaña contra otro dragon; finalmente los mesmos espíritus malignos, que son los primeros autores de toda nuestra discordia, entre sí tienen su liga, y de comun consentimiento conservan su tirannía[1]. Solamente los hombres (á quien mas convenia la humanidad y la paz, y á quien fuera mas necesaria) tienen entre sí entrañables odios y discordias : que es mucho para sentir. Y no es ménos para notar que la mesma naturaleza dió á todos los animales armas para pelear : al caballo piés, al toro cuernos, al jabalin dientes, á las abejas aguijon, á las aves picos y uñas : tanto que hasta á las pulgas y mosquitos dió habilidad para morder y sacar sangre; pero á ti, hombre (porque te crió para paz y concordia), crió desarmado y desnudo; porque no tuvieses con que hacer mal. Mira pues cuán contra tu naturaleza es vengarte de otro, y hacer mal á quien mal te hace, mayormente con armas buscadas fuera de ti, las cuales naturaleza te negó.

Considera tambien que la ira y apetito de vengaza es vi-

[1] Luc. XI.

cio proprio de bestias fieras (de cuyas iras dice el Sabio[1] que le habia dado Dios conoscimiento), y por consiguiente que bastardeas y tuerces mucho de la generosidad y nobleza de tu condicion, imitando la de los leones, y serpientes, y de los otros fieros animales. De un leon escribe Eliano que habiendo recebido una lanzada en cierta montería, á cabo de un año, pasando el que le hirió por aquel mesmo lugar en compañía del rey Juba, y de otra mucha gente que le seguia, el leon le reconosció, y rompiendo por toda la gente sin poder ser resistido, no paró hasta llegar al que le habia herido, y hacerlo pedazos. Lo mesmo vemos tambien cada dia que hacen los toros con los que los traen muy acosados, por tomar venganza dellos. Y destos son imitadores los hombres feroces y airados, los cuales pudiendo amansar la ira con la razon y discrecion de hombres, quieren ántes seguir el ímpetu y furor de bestias, preciándose y usando mas de la parte mas vil que tienen comun con ellas, que de la mas divina, que es propria de ángeles. Y si dices que es cosa muy dura amansar el corazon embravescido, ¿cómo no miras cuánto mas duro fué lo que el Hijo de Dios padesció por ti? ¿Quién eras tú cuando él por ti derramó su sangre? ¿Por ventura no eras su enemigo? ¿No consideras tambien con cuánta mansedumbre te sufre él pecando tú á cada hora, y cuán misericordiosamente te recibe cuando á él te vuelves? Dirás que no meresce tu enemigo perdon. ¿Por ventura meresces tú que Dios te perdone, que Dios use contigo de misericordia? ¿Y tú quieres usar con tu prójimo de justicia? Mira que si tu enemigo es indigno de perdon, tú eres indigno para haber de perdonar, y Cristo dignísimo por quien le perdones.

Considera tambien que todo el tiempo que estás en odio no puedes ofrescer á Dios sacrificio que le sea agradable. Por lo cual dice el Salvador[2]: Si ofresces tu ofrenda en el altar, y allí se te acordare que tu prójimo está ofendido de ti, ve primero y reconcilíate con él, y entónces vuelve á ofrescer tu

[1] Sap. VII.
[2] Matth. V.

don. Donde puedes claramente conoscer cuán grande sea la culpa de la discordia entre los hermanos, pues en cuanto ella dura, estás en discordia con Dios, y no le agrada cosa que hagas. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio [1]: Ninguna cosa valen los bienes que hacemos, si no sufrimos mansamente los males que padescemos.

Considera otrosí quién sea ese que tienes por enemigo; porque forzadamente ha de ser justo, ó injusto: si es justo, por cierto cosa es mucho para sentir, que quieras mal á un justo, y que seas enemigo de quien Dios se tiene por amigo. Mas si es injusto, no ménos es cosa miserable que quieras vengar la maldad ajena con tu maldad propria, y que, queriendo tú ser juez en tu causa, castigues la injusticia ajena con la tuya. Mayormente que si tú quieres vengar tus injurias, y el otro las suyas, ¿qué fin habrán las discordias? Muy mas gloriosa manera de vencer es aquella que el apóstol nos enseña, diciendo [2]: que venzamos los males con los bienes: esto es, los vicios ajenos con las virtudes proprias. Porque muchas veces tratando de tornar mal por mal, y no queriendo ser en nada vencido, eres mas feamente vencido; pues eres acoceado de la ira, y vencido de la pasion: la cual si vencieses, serias mas fuerte que el que por armas tomase una ciudad [3]; porque menor victoria es sojuzgar las ciudades que están fuera de ti, que las pasiones que están dentro de ti, y ponerte á ti mesmo leyes, y refrenar, y domar la bravísima fiera de la ira, que dentro de ti está encerrada. La cual si no quisieres reprimir, levantarse ha contra ti, é incitarte á hacer cosas de que despues te arrepientas. Y lo que peor es, que apénas podrás entender el mal que haces; porque al airado cualquier venganza paresce justa, y las mas veces se engaña, creyendo que el estímulo de la ira es celo de justicia; y desta manera se encubre el vicio con color de virtud.

[1] Lib. XXI Mor. cap. 16 in princip.
[2] Rom. XII.
[3] Prov. XVI.

## § I

Pues para mejor vencer este vicio, uno de los mayores remedios es trabajar por arrancar de tu ánima la mala raiz del amor desordenado de ti mesmo y de todas tus cosas; porque de otra manera fácilmente te encenderás en ira, siendo tú ó los tuyos tocados con cualquier liviana palabra. Y demas desto cuanto te sintieres naturalmente mas inclinado á ira, tanto debes estar mas aparejado á paciencia, previniendo ántes todas las maneras de agravios que te pueden succeder en cualquier negocio; porque las saetas que de léjos se ven, ménos hieren. Para lo cual debes tener en tu corazon muy determinado, que cuando en tu pecho hirviere la ira, ninguna cosa digas, ó hagas, ni creas á tí mesmo: mas ten por sospechoso todo lo que en este tiempo te dijere tu corazon, puesto que parezca muy conforme á razon: dilata la ejecucion hasta que se abaje la cólera, ó reze devotamente una vez ó mas la oracion del Pater noster, ó otra semejante. Plutarco refiere que un hombre muy sabio y experimentado, despidiéndose de un emperador, grande amigo suyo, no le dió otro consejo que cuando estuviese airado, no mandase hacer cosa alguna hasta que pasase primero entre sí todas las letras del *a b c*, para darle á entender cuán desatinados son consejos de la ira al tiempo que hierve en el corazon.

Y es mucho para notar que no habiendo en el mundo peor tiempo para deliberar lo que se debe de hacer, que este, ninguno hay en que el hombre tenga mayor deseo de lo hacer. Por lo cual conviene resistir con grande discrecion y ánimo esta tentacion. Porque sin dubda así como el que está tomado de vino, no puede asentar cosa que sea conforme á razon, y que despues no se deba arrepentir (como se escribe de Alejandro Magno); así el que está tomado del vino de la ira, y ciego con los humos desta pasion, ningun asiento ni consejo puede tomar, que por muy acertado que le parezca, otro dia por la mañana no le condene. Porque cierto es que la ira, el vino, y el apetito carnal son los peores consejeros que hay. Por donde dijo Salomon [1] que el vino y la mujer hacian salir

[1] Eccli, XIX.

de seso á los sabios. Y por vino entiende él aquí, no solo este material (que suele cegar la razon), sino cualquier pasion vehemente, que tambien en su manera la ciega ; aunque no deja de ser culpa lo que desta manera se hace.

Tambien es muy buen consejo, cuando estuvieres airado, ocuparte en otros negocios, divertiendo el pensamiento de la indignacion ; porque quitando la leña del fuego, luego cesará la llama dél. Procura otrosí amar á quien de necesidad has de sufrir ; porque si el sufrimiento no es acompañado con amor, la paciencia que se muestra por defuera, muchas veces se vuelve en rancor. Por lo cual diciendo Sant Pablo [1]: La caridad es paciente ; luago añadió : y benigna ; porque la verdadera caridad no cesa de amar benignamente á los que sufren pacientemente. Tambien es muy loable consejo dar lugar á la ira del hermano : porque si te apartares del airado, darle has lugar para que pierda la ira : ó á lo ménos respóndele blandamente ; porque, como dice Salomon [2], la respuesta blanda quebranta la ira.

## CAPÍTULO X

### Remedios contra la pereza.

Acidia es una flojedad y caimiento del corazon para bien obrar [3]. Y particularmente es una tristeza y hastío de las cosas espirituales. El peligro deste pecado se conosce por aquellas palabras que el Salvador dice [4]: Todo árbol que no diere buen fructo, será cortado y echado en el fuego. Y en otra parte, exhortándonos á vivir con cuidado y diligencia (que es contraria á este vicio) dice [5] : Abrid los ojos, velad y orad ; porque no sabeis cuándo seréis llamados.

Pues cuando este torpe vicio tentare tu corazon, puedes armarte contra él con las consideraciones siguientes. Prime-

[1] I Cor. XIII.
[2] Prov. XV.
[3] Casianus, lib. X.
[4] Matth. VII.
[5] Ibid. XXV.

ramente considera cuántos trabajos pasó Cristo por ti dende el principio hasta el fin de su vida; cómo pasaba las noches sin sueño, haciendo oracion por ti; cómo discurria de una provincia á otra, enseñando y sanando los hombres; cómo se ocupaba siempre en las cosas que pertenescian á nuestra salud, y sobre todo esto, cómo en el tiempo de su pasion llevó sobre sus sacratísimos hombros, cansados de los muchos trabajos pasados, aquel grande y pesado madero de la Cruz. Pues si el Señor de la Majestad tanto trabajó por tu salud, ¿cuánto será razon trabajes tú por la tuya? Por librarte de tus pecados padesció aquel tan tierno cordero tantos y tan grandes trabajos, ¿y tú no quieres sufrir aun los pequeños por ellos? Mira tambien cuántos trabajos sufrieron los apóstoles cuando fuéron por todo el mundo predicando; cuántos los confesores, cuántos las vírgines, cuántos todos aquellos padres que vivian apartados en los desiertos, y cuántos finalmente todos los sanctos que agora reinan con Dios; por cuya doctrina y sudores la fe católica y la Iglesia se dilató hasta el dia de hoy.

Considera junto con esto cómo ninguua de todas las cosas criadas está ociosa; porque los ejércitos del cielo sin cesar cantan loores á Dios[1]; el sol, y las estrellas, y todos los cuerpos celestiales cada dia dan una vuelta al mundo para nuestro servicio; las yerbas, los árboles, de una pequeña planta van cresciendo hasta su justa grandeza; las hormigas juntan granos en sus cilleros en el verano, con que se sustentan en el invierno; las abejas hacen sus panales de miel, y con grande diligencia matan los zánganos negligentes y perezosos; y lo mesmo hallarás en todos los otros géneros de animales. ¿Pues cómo no habrás tú vergüenza, hombre capaz de razon, de tener pereza, la cual aborrescen todas las criaturas irracionales por instincto de naturaleza?

Item si los negociadores deste mundo pasan tantos trabajos para juntar sus riquezas perecederas (las cuales despues de ganadas con muchos trabajos, han de guardar con muchos peligros), ¿qué será razon hagas tú, negociador del cielo, para adquirir tesoros eternos que para siempre duran?

[1] Isai. VI, Apoc. IV.

Mira tambien que si no quieres trabajar agora cuando tienes fuerzas y tiempo, que por ventura despues te faltará lo uno y lo otro : como cada dia vemos acaescer á muchos. El tiempo de la vida es breve, y lleno de mil estorbos ; por tanto, cuando tuvieres oportunidad para bien obrar, no lo dejes por pereza, porque vendrá la noche cuando nadie podrá obrar [1].

Mira tambien que tus muchos y grandes pecados piden grande penitencia, y grande fervor de devocion para satisfacer por ellos. Tres veces negó Sant Pedro [2], y todos los dias de su vida lloró aquel pecado, puesto que ya estaba perdonado. María Magdalena hasta el postrer punto de su vida lloró los pecados que habia cometido, puesto que habia oido aquella tan dulce palabra de Cristo [3] : Tus pecados te son perdonados. Y por abreviar dejo aquí de referir otros que acabaron la penitencia con la vida, de los cuales muchos tenian mas livianos pecados que tú. Pues tú que cada dia acrescientas pecados á pecados, ¿ cómo tienes por grave el trabajo necesario para satisfacer por ellos ? Por tanto en el tiempo de la gracia y de la misericordia trabaja por hacer fructos dignos de penitencia, para que con los trabajos desta vida redimas los de la otra. Y dado que nuestros trabajos y obras parezcan pequeñas, pero todavía, en cuanto proceden de la gracia, son de grande merescimiento; por donde en el trabajo son temporales, y en el premio eternas : breves en el espacio de la carrera, y perpetuas en la corona. Por lo cual no consintamos que este espacio de merescer se nos pase sin fructo, poniendo ante nuestros ojos el ejemplo de un devoto varon, que todas las veces que oia el reloj, decia : ¡ Oh Señor Dios mio, ya es pasada otra hora de las que vos teneis contadas de mi vida, y de que tengo de daros cuenta.

Si alguna vez nos viéremos cercados de trabajos, acordémonos que por muchas tribulaciones nos conviene entrar en el reino de Dios ; y que no será coronado sino aquel que

1 Joan. IX.
2 Luc. XXII.
3 Ibid. VII.

varonilmente peleare[1]. Y si te paresce que asaz tienes peleado y trabajado, acuérdate que está escripto[2]: El que perseverare hasta la fin, será salvo. Porque sin perseverancia ni la obra es finalmente fructuosa, ni el trabajo tiene premio, ni el que corre alcanza victoria, ni el que sirve la gracia final del Señor. Por lo cual no quiso el Salvador bajar de la Cruz[3] cuando se lo pedian los judíos, por no dejar imperfecta la obra de nuestra Redempcion. Por tanto si queremos seguir á nuestra cabeza, trabajemos con toda diligencia hasta la muerte, pues el premio del Señor dura para siempre. No cesemos de hacer penitencia[4]: no cesemos de llevar nuestra Cruz en pos de Cristo; porque de otra manera ¿qué nos aprovechará haber navegado una muy larga y próspera navegacion, si al cabo nos perdemos en el puerto?

Y no nos debe espantar la dificultad de los trabajos y peleas; porque Dios, que te amonesta que pelees, te ayuda para que venzas, y ve tus combates, y te socorre cuando desfallesces, y te corona cuando vences. Y cuando te fatigaren los trabajos toma este remedio: no compares el trabajo de la virtud con el deleite del vicio contrario, sino la tristeza que agora sientes en la virtud, con la que sentirás despues de haber pecado; y el alegría que puedes tener en la hora de la culpa, con la que tendrás despues en la gloria; y luego verás cuánto es mejor el partido de la virtud que el de los vicios. Vencida una batalla, no te descuides; porque muchas veces (como dice un sabio) nascen descuidos del buen suceso: ántes debes estar apercebido, como si luego hobiesen de tocar la trompeta para otra; porque ni la mar puede estar sin ondas, ni esta vida sin tentaciones. Y demas desto, el que comienza la buena vida suele ser mas fuertemente tentado del enemigo; el cual no se precia de tentar los que posee con pacífico señorío, sino los que están fuera de su jurisdiccion. Así que en todo tiempo has de velar, y siempre estar alerta y armado en cuanto estuvieres en esta frontera. Y si alguna

[1] II Tim. II.
[2] Matth. X, XXIV.
[3] Marc. XV.
[4] Eccli. XVIII.

vez sintieres tu ánima herida, guárdate de cruzar luego las manos, y arrojar las armas, y el escudo, y entregarte al enemigo; ántes debes imitar á los caballeros esforzados, á los cuales muchas veces la vergüenza de ser vencidos, y el dolor de las heridas, no solamente no hace huir, mas ántes los incita á pelear. Desta manera cobrando nuevo esfuerzo con la caída, verás luego huir aquellos de quien tú huias, y perseguirás á los que te perseguian. Y si por ventura (como acontesce en las batallas) otra vez fueres herido; ni aun entónces has de desmayar, acordándote que esta es la condicion de los que pelean varonilmente: no que nunca sean heridos, mas que nunca se rindan á sus contrarios. Porque no se llama vencido el que fué muchas veces herido; sino el que siendo herido perdió las armas y el corazon. Y siendo herido, luego procura de curar tu llaga; porque mas fácilmente curarás una llaga que muchas, y mas lijeramente curarás la fresca, que la que está ya afistolada.

Cuando alguna vez fueres tentado, no te contentes con no obedescer á la tentacion; mas ántes procura sacar de la mesma tentacion motivos para la virtud, y con esta diligencia, y con la divina gracia no serás peor por la tentacion, sino mejor; y así todo servirá por tu bien. Si fueres tentado de lujuria, ó de gula, quita un poco de los regalos acostumbrados, aunque sean lícitos, acrescienta mas á los sanctos ayunos y ejercicios. Si eres combatido de avaricia, acrescienta mas las limosnas y buenas obras que haces. Si eres estimulado de vanagloria, tanto mas te humilla en todas las cosas. Desta manera por ventura temerá el demonio tentarte, por no darte ocasion de mejorarte, y de hacer obras buenas; el cual siempre desea que las hagas malas. Huye cuanto pudieres la ociosidad, y nunca estés tan ocioso, que en la ociosidad no entiendas en alguna cosa de provecho, ni tan ocupado que no procures en la mesma ocupacion levantar tu corazon á Dios y negociar con él.

## CAPÍTULO XI

De otra manera de pecados que debe trabajar por huir el buen cristiano.

Demas destos siete pecados que se llaman capitales, hay otros tambien que se derivan dellos, los cuales no ménos debe trabajar de evitar todo fiel cristiano, que los pasados.

Entre estos uno de los mas principales es jurar el nombre de Dios en vano ; porque este pecado es derechamente contra Dios, y así de su condicion es mas grave que cualquier otro pecado que se haga contra el prójimo, por muy grave que sea. Y no solo tiene esto verdad cuando se jura por el mesmo nombre de Dios ; sino tambien cuando se jura por la Cruz, y por los sanctos, y por la vida propria ; porque cualquier destos juramentos (si cae sobre mentira) es pecado mortal, y pecado muy reprehendido en las Escripturas sagradas, como injurioso á la divina Majestad. Verdad es que cuando el hombre descuidadamente jura mentira, excusarse ha de pecado mortal ; porque donde no hay juicio de razon, ni determinacion de voluntad, no hay esta manera de pecado. Mas esto no se entiende en los que tienen costumbre de jurar á cada paso, sin hacer caso ni mirar cómo juran, y no les pesa de tenerla, ni procuran hacer lo que es de su parte por quitarla ; porque estos no se excusan de pecado cuando por razon desta mala costumbre juran mentira sin mirar en ello, pudiendo y debiendo mirarlo. Ni pueden alegar que no miraron en ello, ni era su voluntad jurar mentira ; porque supuesto que ellos quieren tener esta mala costumbre, tambien quieren lo que se sigue della que es este, y otros semejantes inconvenientes ; y por esto no dejan de imputárseles por pecados, y llamarse voluntarios.

Por esto debe trabajar el cristiano todo lo posible por desarraigar de sí esta mala costumbre, para que así no se le imputen estos descuidos por culpa mortal. Y para esto no hay otro mejor medio que tomar aquel tan saludable consejo

que nos dió primero el Salvador [1], y despues su apóstol Sanctiago [2], diciendo : Ante todas las cosas, hermanos mios, no querais jurar ni por el cielo, ni por la tierra, ni otro cualquier juramento ; sino sea vuestra manera de hablar : sí por sí, y no por no ; porque no vengais á caer en juicio de condenacion. Quiere decir : porque no os lleve la costumbre á jurar alguna mentira, por donde seais juzgados y sentenciados á muerte perpetua. Y no solo de su propria persona, sino tambien de sus hijos, y familia, y casa trabaje por desterrar este tan peligroso vicio, reprehendiendo y avisando á todos sus familiares cuando los viere jurar cualquier juramento que sea. Y cuando él mesmo en esto se descuidare, tenga por estilo dar alguna limosna, ó rezar siquiera un Pater noster, y un Ave María, para que esto le sea no tanto penitencia de la culpa, cuanto memorial y despertador para no caer mas en ella.

## § I

### Del murmurar, escarnescer y júzgar temerariamente.

Otro pecado que se debe tambien mucho evitar, es el de la murmuracion ; el cual no ménos reina hoy en el mundo que el pasado, sin que haya casa fuerte, ni congregacion religiosa, ni lugar sagrado contra él. Y aunque este vicio sea familiar á todo género de personas (porque el mesmo mundo con los desatinos que cada dia hace, como da materia de llorar á los buenos, así la da de murmurar á los flacos) ; pero todavía hay algunas personas por natural pasion mas inclinadas á él, que otras. Porque así como hay gustos que no arrastran á cosa dulce, ni la pueden tragar, sino á cosas amargas y acetosas; así hay personas tan podridas en sí, y tan llenas de humor triste y melancólico, que en ninguna materia de virtud, ni alabanza ajena toman gusto sino en solo mofar, y maldecir, y tratar de males ajenos. De suerte que á todas las otras pláticas y materias están dormidos y mudos,

[1] Matth. v.
[2] Jacob. v.

y en tocándose esta tecla, luego paresce que resuscitan, y cobran nuevos espíritus para tratar desta materia.

Pues para criar en tu corazon odio de un vicio tan perjudicial y aborrescible como este, considera tres grandes males que trae consigo. El primero es, que está muy cerca de pecado mortal ; porque de la murmuracion á la detraccion hay muy poco camino que andar; y como estos dos vicios sean tan vecinos, fácil cosa es pasar del uno al otro : así como los filósofos dicen que entre los elementos que concuerdan en alguna cualidad, es muy fácil el pasaje de uno á otro. Y así vemos acaescer muchas veces que cuando los hombres comienzan á murmurar, fácilmente pasan de los defectos comunes á los particulares, y de los públicos á los secretos, y de los pequeños á los grandes ; con que dejan las famas de sus prójimos tiznadas y desdoradas. Porque despues que la lengua se comienza á calentar, y cresce el ardor y deseo de encarescer las cosas, tan mal se enfrena el apetito del corazon, como el ímpetu de la llama cuando la sopla el viento, ó el caballo de mala boca cuando corre á toda furia. Y ya entónces el murmurador no guarda la cara á nadie, ni cesa de ir adelante hasta llegar al mas secreto rincon de la posada. Y por esta causa deseaba tanto el Ecclesiástico la guarda deste portillo, cuando decia [1] : ¿ Quién dará guarda á mi boca, y pondrá un sello en mis labios, para que no venga á caer por ellos, y mi propria lengua me condene ? Quien esto decia, muy bien conoscia la importancia y dificultad deste negocio ; pues de solo Dios deseaba y esperaba el remedio (que es el verdadero médico deste mal, como lo testifica Salomon, diciendo [2] : Al hombre pertenesce aparejar el ánima, mas á Dios gobernar la lengua). Tan grande es este negocio.

El segundo mal que tiene este vicio, es ser muy perjudicial y dañoso, porque á lo ménos no se pueden excusar en él tres males : uno del que dice, otro de los que oyen y consienten, y el tercero de los ausentes de quien el mal se dice ;

[1] Eccli. XXII.
[2] Prov XVI.

porque como las paredes tienen oídos, y las palabras alas, y los hombres son amigos de ganar amigos, y congraciarse con otros llevando y trayendo estas consejas (so color de que tienen mucha cuenta con la honra de las personas), de aquí nasce que cuando estas llegan á oídos del infamado, se escandalice, y embravezca, y tome pasion contra quien dijo mal dél; de donde suelen recrecerse enemistades eternas, y aun á veces desafíos y sangre. Por donde dijo el Sabio [1]: El escarnescedor y maldiciente será maldito; porque revolvió á muchos que vivian en paz. Y todo esto (como ves) nasció de una palabra desmandada; porque como dice el Sabio [2], de una centella se levanta á veces una grande llama.

Por razon destos daños es comparado este vicio en la Escriptura [3] unas veces con las navajas que cortan los cabellos sin que lo sintais; otras veces con arcos y saetas que tiran de léjos, y hieren á los ausentes [4]; otras veces con las serpientes que muerden de callada, y dejan la ponzoña en la herida: por las cuales comparaciones el Espíritu Sancto nos quiso dar á entender la malicia y daños deste vicio, el cual es tan grande. que dijo el Sabio [5]: La herida del azote deja una señal en el cuerpo; mas la de la mala lengua deja molidos los huesos.

El tercero mal que este vicio tiene, es ser muy aborrescible é infame entre los hombres; porque todos naturalmente huyen de las personas de mala lengua, como de serpientes ponzoñosas. Por donde dijo el Sabio [6], que era terrible en su ciudad el hombre deslenguado. Pues ¿qué mayores inconvenientes quieres tú para aborrescer un vicio, que por una parte es tan dañoso, y por otra tan sin fructo? ¿Por qué querrás ser de balde sin causa infame y aborrescible á Dios y á los hombres; especialmente en un vicio tan cuotidiano y tan usado, donde cuasi tantas veces has de peligrar, cuantas hablares y platicares con otros?

1 Eccli. XXVIII.
2 Ibid. XI.
3 Prov. XXV; Psalm. LI, CXIX.
4 Psalm. VII.
5 Eccli. XXVIII.
6 Ibid. IX.

Haz pues agora cuenta que la vida del prójimo es para ti como un árbol vedado, en que no has de tocar. Con igual cuidado has de procurar nunca decir bien de ti, ni mal de otro; porque lo uno es de vanos, y lo otro de maldicientes. Sean todos de tu boca virtuosos y honrados, y tenga todo el mundo creido que nadie es malo por tu dicho. Desta manera excusarás infinitos pecados, y otros tantos escrúpulos y remordimientos de consciencia, y serás amable á Dios y á los hombres, y de la manera que honrares á todos, así de todos serás honrado. Haz un freno á tu boca, y está siempre atento á engullir y tragar las palabras que se te revuelven en el estómago, cuando vieres que llevan sangre. Cree que esta es una de las grandes prudencias y discreciones que hay, y uno de los grandes imperios que puedes tener, si lo tuvieres sobre tu lengua.

Y no pienses que te excusas deste vicio cuando murmuras artificiosamente, alabando primero al que quieres condenar; porque algunos murmuradores hay que son como los barberos que, cuando quieren sangrar, untan primero blandamente la vena con aceite, y despues hieren con la lanceta y sacan sangre. Destos dice el profeta [1] que hablan palabras mas blandas que el olio, mas que ellas de verdad son saetas.

Y como quiera que sea gran virtud abstenerse de toda especie de murmuracion, mucho mas lo es para con aquellos de quien habemos sido ofendidos; porque cuanto es mas fuerte el apetito de hablar mal destos, tanto es de mas generoso corazon ser templado en esta parte, y vencer esta pasion. Y por esto aquí conviene tener mayor recaudo, donde se conosce mayor peligro.

Y no solo de maldecir y murmurar, sino tambien de oir lenguas de murmuradores te debes abstener, guardando aquel consejo del Ecclesiástico, que dice [2]: Atapa tus oídos con espinas, y no oyas la lengua del maldiciente. Donde no se contenta con que tapes los oídos con algodon, ó con otra materia blanda; sino quiere que sea con espinas: para que

1 Psalm. LIV.
2 Cap. XXVIII.

no solo no te entren las tales palabras en el corazon, holgando de oirlas, sino tambien punces el corazon del que murmura, haciendo mala cara á sus palabras; como mas claramente lo significó Salomon, cuando dijo [1] : El viento cierzo esparce las nubes, y el rostro triste la cara del que murmura. Porque (como dice Sant Hierónimo) la saeta que sale del arco, no se hinca en la piedra dura ; sino ántes de allí resurte, y hiere á veces al que la tiró.

Y por tanto si el que murmura es tu súbdito, ó tal persona que sin escándalo le puedes mandar que calle, débeslo hacer; y si esto no puedes, á lo ménos entremete otras pláticas discretamente para cortar el hilo de aquellas, ó muéstrale tan mala cara, que él mesmo se avergüence de lo que habla, y así quede cortesmente avisado, y se vuelva del camino. Porque de otra manera si le oyes con alegre rostro, dasle ocasion que pase adelante, y así no ménos pecas oyendo tú, que hablando él ; pues así como es gran mal pegar fuego á una casa, así tambien lo es estarse calentando á la llama que otro enciende, estando obligado á acudir con agua.

Mas entre todas estas murmuraciones la peor es murmurar de los buenos ; porque esto es acobardar á los flacos y pusilánimes, y cerrar la puerta á otros mas flacos, para que no osen entrar con este recelo. Porque aunque esto no sea escándalo para los fuertes, no se puede negar sino que lo es para los pequeñuelos. Y porque no tengas en poco esta manera de escándalo, acuérdate que dice el Señor [2] : Quien escandalizare á uno destos pequeñuelos que en mí creen, mas valdria que le atasen una piedra de atahona al cuello, y le arrojasen en el profundo de la mar. Por eso tú, hermano mio, ten por un linaje de sacrilegio poner boca en los que sirven á Dios ; porque aunque fuesen lo que los malos dicen, solo por el sobrescripto que traen merescen honra. Mayormente pues está Dios diciendo dellos [3] : Quien á vosotros tocare, toca en mí en la lumbre de los ojos.

Todo esto que se ha dicho contra los murmuradores y

[1] Prov. XXV.
[2] Matth. XVIII.
[3] Zach. II.

maldicientes, cabe tambien en los escarnescedores y mofadores, y mucho mas. Porque este vicio tiene todo lo que el pasado, y sobre esto tiene otra tinne aun mas de soberbia, y presumpcion, y menosprecio de los otros, por donde es muy mas para huir que el otro, como lo mandó Dios en la ley, cuando dijo [1]: No serás maldiciente, ni escarnescedor en los pueblos. Y por esto no será necesario gastar mas palabras en afear este vicio, pues para esto debe bastar lo dicho.

## § II

### De los juicios temerarios, y de los mandamientos de la Iglesia.

Con estos dos pecados (como muy vecino dellos) se junta el juzgar temerariamente; porque los murmuradores y escarnescedores no solo hablan mal de las cosas que realmente pasan, sino de todo aquello que ellos juzgan ó sospechan. Ca porque no les falte materia de murmurar, ellos mesmos la levantan cuando falta, con los juicios y sospechas de su corazon, echando á mala parte lo que se podia echar á buena; contra aquello que el Salvador nos manda, diciendo [2]: No juzgueis y no seréis juzgados; no condeneis, y no seréis condenados. Esto tambien muchas veces puede ser pecado mortal, cuando lo que se juzga es cosa grave, y se juzga livianamente y con poco fundamento. Mas cuando el juicio fuese mas sospecha que juicio, entónces no seria pecado mortal por la imperfeccion de la obra.

Con estos pecados que son contra Dios, se juntan los que se hacen contra aquellos cinco mandamientos de la sancta madre Iglesia, los cuales obligan de precepto: como son oir misa entera domingos y fiestas, confesar una vez al año, comulgar por Pascua, y ayunar los dias que ella manda, y pagar fielmente los diezmos. El mandamiento del ayuno obliga de veintiun años arriba (mas ó ménos, conforme al parescer del discreto confesor, ó cura) á los que no son enfermos, ó muy

[1] Levit. XIX.
[2] Matth. VII.

flacos, ó viejos, ó trabajadores, ó mujeres que crian, ó están preñadas, y á los que no tienen para comer bastantemente una vez al dia. Y así puede haber otros impedimentos semejantes.

En lo que toca al oir de las misas los dias de obligacion, trabaje el hombre por asistir á ellas no solo con el cuerpo, sino tambien con el espíritu, recogidos los sentidos, y la lengua callada; mas el corazon esté atento á Dios, y á los misterios de la misa, ó de alguno otro sancto pensamiento, ó á lo ménos rezando alguna cosa devota.

Y los que tienen esclavos, criados, hijos y familia, deben procurar con todo estudio y diligencia que estos oyan misa los dias de fiesta; y si no pudieren acudir á la mayor (por haber de quedar en casa á aderezar la comida, ó á otras cosas necesarias), á lo ménos procuren que ese dia por la mañana oyan una misa rezada, para que así cumplan con esta obligacion. En lo cual hay muchos señores de familia muy culpados y negligentes, los cuales darán á Dios cuenta estrecha desta negligencia. Verdad es que cuando se ofreciese urgente y razonable causa por donde no se pudiese oir la misa (como es estar curando de un enfermo, ó cosas semejantes), entónces no seria pecado dejar la misa; porque la necesidad no está subjecta á esta ley.

Estos son los pecados mas cuotidianos en que mas veces suelen caer los hombres: de los cuales todos debemos siempre huir con suma diligencia; de unos porque son mortales, y de otros porqua están muy corca de serlo, demás de ser de suyo mas graves que los otros comunes veniales. Desta manera conservarémos la innocencia, y aquellas vestiduras blancas que nos pide Salomon, cuando dice [1]: En todo tiempo estén blancas tus vestiduras, y nunca jamás falte olio de tu cabeza: que es la uncion de la divina gracia, la cual nos da lumbre y fortaleza para todas las cosas, y así nos enseña y esfuerza para todo bien: que son los principales efectos deste olio celestial.

[1] Eccles. IX.

## CAPÍTULO XII

### De los pecados veniales.

Y aunque estos sean los principales pecados de que te debes guardar, no por eso pienses ya que tienes licencia para aflojar la rienda á todos los otros pecados veniales. Ántes instantísimamente te ruego no seas de aquellos que, en sabiendo que una cosa no es pecado mortal, luego sin mas escrúpulo se arrojan á ella con grandísima facilidad. Acuérdate que dice el Sabio[1] que el que menosprecia las cosas menores, presto caerá en las mayores. Acuérdate del proverbio que dice, que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. Las casas que vienen á caer por tiempo, primero comienzan por unas pequeñas goteras y así vienen á arruinarse y dar consigo en tierra. Acuérdate que aunque sea verdad que no bastan siete ni siete mil pecados veniales para hacer un mortal, pero todavía es verdad lo que dice Sant Augustin por estas palabras[2]: No querais menospreciar los pecados veniales porque son pequeños; sino temedlos porque son muchos. Porque muchas veces acaesce que las bestias pequeñas, cuando son muchas, matan los hombres. ¿ Por ventura no son menudos los granos de la arena? pues si cargais un navío de mucha arena, presto se irá á fondo. ¿ Cuán menudas son las gotas del agua? ¿Por ventura no hinchen los caudalosos rios, y derriban las casas soberbias? Esto pues dice Sant Augustin, no porque muchos pecados veniales hagan un mortal (como ya dijimos); sino porque disponen para él, y muchas veces vienen á dar en él. Y no solo esto es verdad, sino tambien lo que dice Sant Gregorio[3]: Que en parte es mayor peligro caer en las culpas pequeñas, que en las grandes; porque la culpa grande, cuanto mas claro

[1] Eccli. XIX.

[2] Super Joan. tract. XII ad finem, tom. IX, et lib. de Medicina pœnitentium ad finem, tom. IX, cap. 2.

[3] De pastorali cura, admon. XXXIV.

se conosce, tanto mas presto se enmienda; mas la pequeña, como se tiene en nada, tanto mas peligrosamente se repite, cuanto mas seguramente se comete.

Finalmente los pecados veniales, por pequeños que sean, hacen mucho daño en el ánima; porque quitan la devocion, turban la paz de la consciencia, apagan el fervor de la caridad, enflaquescen los corazones, amortiguan el vigor del ánimo, aflojan el vigor de la vida espiritual, y finalmente resisten en su manera al Espíritu Santo, é impiden su operacion en nosotros: por donde con todo estudio se deben evitar; pues nos consta cierto que no hay enemigo tan pequeño, que despreciado no sea muy poderoso para dañar.

Y si quieres saber en qué géneros de cosas se cometen estos pecados, dígote que en un poco de ira, ó de gula, ó de vanagloria; en palabras y pensamientos ociosos, en risas, en burlas desordenadas, en tiempo perdido, en dormir demasiado, en mentiras y lisonjerías de cosas livianas, y así en otras cosas semejantes.

Tenemos, pues, aquí señaladas tres diferencias de pecados: unos que comunmente son mortales otros que comunmente son veniales; otros como medios entre estos dos extremos, que á veces son mortales, y á veces veniales. De todos conviene que nos guardemos; pero mucho mas destos que están como en medio, y mucho mas de los mortales; pues por ellos solos se rompe la paz y amistad con Dios, y se pierden todos los bienes de gracia, y todas las virtudes infusas; puesto caso que la fe y esperanza no se pierdan sino por sus actos contrarios.

## CAPÍTULO XIII

### De otros mas breves remedios contra todo género de pecados, mayormente contra aquellos siete que llaman capitales.

Las consideraciones que hasta aquí habemos escripto, servirán para tener el hombre su ánimo bien dispuesto y armado contra todo género de pecados; mas para el tiempo de pelear, que es cuando alguno destos vicios tienta nuestro corazon, uedes usar destas breves sentencias que nos dejó escriptas

un religioso varon, el cual contra cada uno destos vicios se armaba desta manera.

Contra la soberbia decia : Cuando considero á cuán grande extremo de humildad se abajó aquel altísimo Hijo de Dios por mí, nunca tanto me pudo abatir alguna criatura, que no me tuviese por digno de mayor abatimiento.

Contra la avaricia decia : Como entendí que con ninguna cosa podia mi ánima tener hartura, sino con solo Dios, parescióme que era gran locura buscar otra cosa fuera dél.

Contra la lujuria decia : Despues que entendí la grandísima dignidad que se da á mi cuerpo cuando recibe el sacratísimo cuerpo de Cristo, parescióme que era grande sacrilegio profanar el templo que él para sí consagró, con la torpeza de los pecados carnales.

Contra la ira decia : Ninguna injuria de hombres bastará para turbarme, si me acordare de las injurias que yo tengo hechas contra Dios.

Contra el odio é invidia decia : Despues que entendí como Dios habia recebido un tan gran pecador como yo, no pude querer á nadie mal, ni negarle perdon.

Contra la gula decia : Quien considerare aquella amarguísima hiel y vinagre que en medio de sus tormentos se dió por último refrigerio al Hijo de Dios, que por ajenos pecados padescia, habrá vergüenza de buscar manjares regalados y exquisitos, teniendo tanta obligacion á padescer algo por sus pecados proprios.

Contra la pereza decia : Como entendí que despues de tan brevísimo trabajo se alcanzaba gloria perdurable, parescióme que era pequeña cualquiera fatiga que por esta causa se padesciese.

## § I

Otra manera de remedios así breves pone Sant Augustin[1] contra todos los vicios (aunque algunos atribuyen esto á Sant Leon Papa) ; donde por una parte representa de la manera

[1] Tom. IX opusc. August. lib. unic. de Conflict. vit. et virtut.

que el vicio tienta, y lo que propone, y por otra las consideraciones y palabras con que le habemos de salir al encuentro. Las cuales por parescerme muy provechosas, quise tambien añadir aquí.

Comienza pues primeramente á hablar la soberbia, y dice así : Ciertamente tú haces ventaja á otros muchos en saber, en hablar, en riquezas, y en otras muchas habilidades ; por tanto á todos es razon que tengas en poco, pues á todos eres superior. La humildad responde : Acuérdate que eres polvo y ceniza, podre y gusanos; y puesto que seas grande, si cuanto mayor eres mas no te humillares, dejarás de ser lo que eres. Porque ¿ por ventura eres tú mayor que el ángel que cayó [1]? ¿ Por ventura resplandesces tú mas en la tierra que Lucifer en el cielo? Pues si aquel por su soberbia de tan alta cumbre cayó en tanta miseria, ¿cómo quieres tú de tanta miseria subir á tan alta gloria, permanesciendo en la mesma soberbia ?

La gloria vana dice : Haz todos los bienes que pudieres, y publícalos á todos ; para que todos te tengan por bueno, y de todos seas reverenciado, y ninguno te desprecie, ni tenga en poco. El temor de Dios responde : Gran locura es dar por honra temporal aquello con que se gana gloria perdurable. Por tanto trabaja por encubrir á lo ménos con la voluntad las buenas obras que haces; porque si en tu voluntad las escondes, no será vanidad mostrarlas ; porque no se podrá llamar público lo que en tu voluntad está secreto.

La hipocresía dice : Pues ningun bien en la verdad tienes, finge á lo ménos defuera lo que no tienes ; porque no seas de todos aborrescido, si por tal fueres de todos conoscido. La verdadera religion responde : Mucho mas trabaja por ser que por parescer lo que no eres ; ca proprio oficio es del verdadero cristiano procurar mas de ser bueno, que de parescerlo. Porque en engañar á los hombres con esa disimulacion ¿ qué otra cosa ganas sino tu propria condenacion?

El menosprecio y desobediencia dice : ¿ Quién eres tú para que sirvas á otros que son tus inferiores? Á ti convenia man-

[1] Luc. XIV ; Isai. XIV.

dar, y á ellos obedescer, pues no igualan contigo, ni en ingenio, ni en discrecion, ni en virtud. Basta que guardes los mandamientos de Dios, y no cures de lo que te mandan los hombres. La subjeccion y obediencia responde: Si es necesario subjectarte á los mandamientos de Dios, por la mesma razon te debes subjectar á la ordenacion de los hombres; porque el mesmo Dios dice[1]: Quien á vosotros oye, á mí oye, y quien á vosotros desprecia, á mí desprecia. Y si dices que esto es razon cuando el que manda es bueno, y no cuando no lo es, oye lo que el Apóstol en contrario dice[2]: Todo el poder de los hombres de Dios se deriva; y las cosas que de Dios son, ordenadas son. Así que no pertenesce á ti saber cuáles son los que mandan; sino que es lo que te mandan, para haberlo de cumplir.

La invidia dice: ¿En qué cosa eres tú menor que aquel ó aquella? Pues ¿por qué no serás tenido en tanto, ó en mas que aquellos? ¿Cuántas cosas puedes tú hacer que ellos no pueden? Pues contra justicia es igualarse ellos contigo, ó hacerse tus superiores. La concordia responde: Si en virtud sobrepujas á otros, mas seguro estarás en el lugar bajo, que en el alto. Porque la caída de lo alto siempre es de mayor peligro. Y dado que muchos te sean iguales, ó superiores en la fortuna, ¿qué perjuicio recibes tú por eso? Debrias mirar que teniendo invidia al que está en lugar mas alto, te haces semejante á aquel de quien se escribe[3]: Por invidia del diablo entró la muerte en el mundo, y á él imitan todos los que son de su parte.

El odio dice: Nunca Dios quiera que tú ames á quien en todas las cosas se encuentra contigo: quien siempre de ti murmura, quien de todas tus cosas escarnesce, quien te da en rostro con el pecado que hiciste, y finalmente quien en todas sus palabras y obras siempre se te pone delante. Porque cierto es que si él no te tuviese odio, no te pondria debajo los piés. El amor verdadero responde: Por ventura, dado que

[1] Luc. x.
[2] Rom. XIII.
[3] Sap. II.

esas cosas sean aborrescibles en el hombre, ¿por eso se ha de aborrescer la imágen de Dios en el hombre? ¿Por ventura Cristo estando en la Cruz no amó á sus enemigos? Y partiendo desta vida, ¿no nos amonestó que hiciésemos lo mesmo? Pues echa fuera de tu pecho toda amargura de odio, y bebe la dulzura del amor; porque (demás de los respectos y razones eternas que á esto te obligan) ninguna cosa hay en esta vida mas dulce, ni mas suave que el amor; y ninguna mas amarga y desabrida que el odio, el cual es como un zaratan que está siempre royendo las entrañas donde mora.

La murmuracion dice : ¿Quién puede ya sufrir, quién puede callar cuántos males aquel ó aquella han cometido, sino quien por ventura es en su consentimiento? La correccion caritativa responde : Ni se han de publicar los males del prójimo, ni se han de consentir; mas el mesmo delincuente con caridad debe ser amonestado, y con paciencia sufrido[1]. Pero algunas veces conviene que los yerros de los pecadores á tiempos se callen, para que en otro tiempo mas convenible se reprehendan.

La ira dice : ¿Cómo se puede sufrir con paciencia lo que contigo se hace? Ántes sufrir tales cosas es pecado : y si no las resistes con grande saña, cada dia se harán contra ti otras peores. La paciencia responde : Si la pasion del Redemptor se trae á la memoria, no habrá cosa que con igual ánimo no se sufra. Porque, como dice Sant Pedro[2], Cristo padesció por nosotros, dejándonos ejemplo que sigamos sus pisadas : el cual cuando padescia no se airaba, ni amenazaba á quien le maltrataba. Mayormente siendo tan poco lo que padescemos, en comparacion de lo que él padesció. Porque él sufrió injurias, escarnios, bofetadas, azotes, espinas, y Cruz; y á nosotros, miserables, una palabra nos fatiga, una descortesía nos mata.

La dureza de corazon dice : ¿Por ventura has de hablar dulcemente, y con palabras blandas á unos hombres brutos, necios é insensibles, que á veces con esto se ensoberbescen y alzan á mayores? La mansedumbre responde : No se ha de

[1] Matth. XVIII.
[2] I Petr. II.

oir en esto tu consejo, sino el del Apóstol que dice[1]: No conviene al siervo del Señor litigar, sino ser manso en todas las cosas. Verdad es que este vicio de reñir, mas dañoso es en los súbditos, que en los prelados. Porque muchas veces acaesce que los súbditos desprecian las palabras humildes y dulces de sus prelados, y tiran contra ellas saetas de menosprecio.

La presumpcion y temeridad dice : Testigo tienes á Dios en el cielo ; no hagas caso de lo que los hombres sospechan en la tierra. La satisfaccion debida responde : No es razon dar ocasion á otros de murmurar, ni publicar lo que sospechan; mas si con verdad eres reprehendido, confiesa tu culpa, y si no es así, niégala con humilde respuesta.

La pereza y flojedad dice : Si continuamente te das al estudio de la licion, y oracion, y lágrimas, perderás la vista; si extiendes mucho las vigilias de la noche, perderás el seso, y si te fatigas con trabajo demasiado, quedarás inhábil para todo espiritual ejercicio. La diligencia y trabajo responde : Porque te prometes luengos años en que hayas de padescer estos trabajos ; ¿quién te asegura el dia de mañana, ó la hora presente? ¿Por ventura has olvidado lo que el Salvador dice[2] : Velad ; porque no sabeis el dia ni la hora? Por tanto sacude de ti toda negligencia y pereza; porque no ganan el reino del cielo los tibios y perezosos, sino los esforzados y diligentes.

La escaseza dice : Si los bienes que posees das á los extraños, ¿con qué podrás mantener á los tuyos? La misericordia responde : Acuérdate de lo que acaesció al rico que se vestia de púrpura y holanda[3]; el cual no fué condenado porque robase lo ajeno, sino porque no daba lo proprio. Por lo cual estando en el infierno llegó á tanta miseria, que pidió una gota de agua, y no la alcanzó; porque pidiéndole el pobre una sola migaja de pan, no se la dió.

La gula dice : Todas las cosas crió Dios para comer : pues el que no quiere comer, ¿qué otra cosa hace sino despreciar los beneficios de Dios? La templanza responde :

[1] II Tim. II.
[2] Matth. XXV.
[3] Luc. XVI.

La una desas cosas que dices, es verdadera; porque todas esas crió Dios porque el hombre no muriese de hambre, mas porque no excediese la justa medida, mandóle que tuviese abstinencia; y no tenerla se cuenta por uno de los principales pecados que hubo en Sodoma[1], por donde esta miserable ciudad llegó al extremo de la perdicion. Por tanto conviene que el sano reciba el manjar, así como el enfermo la medicina : conviene saber, no para deleitarse en él, sino para socorrer á su necesidad. Y aquel del todo vence este vicio, que no solamente en la cuantidad del manjar pone la medida que debe, sino tambien desprecia los delicados y sabrosos manjares; si no es cuando la enfermedad ó la caridad lo pide.

La vana alegría dice : ¿Por qué escondes dentro de ti el gozo de tu corazon? Publica á todos tu alegría, y dí en presencia de tus compañeros alguna cosa con que huelguen y rian. La templada tristeza responde : ¿De dónde, ó de qué tienes tanta alegría? ¿Por ventura tienes ya vencido al diablo; ó has acabado ya el tiempo de tu destierro, y llegado á la patria? ¿Por ventura no te acuerdas de lo que dice el Señor[2] : El mundo se alegrará, y vosotros os entristeceréis; mas vuestra tristeza se volverá en alegría? Por tanto refrena ese vano regocijo; porque aun no has escapado de todos los males deste tan peligroso golfo.

La parlería dice : No es pecado hablar mucho, si se habla bien : así como no deja de serlo hablar mal, aunque se hable poco. El discreto callar responde : Verdad es lo que dices; pero muchas mas veces queriendo el hombre hablar muchas cosas buenas, acaesce que la plática que comenzó bien, acaba mal. Por lo cual dijo el Sabio[3], que en el mucho hablar no podia faltar pecado. Y si por ventura en la larga plática huyes de palabras dañosas, no podrás quizá huir de las ociosas, de que has de dar cuenta en el dia del juicio[4]. Conviene pues tener medida en el hablar, aunque las

[1] Ezech. XVI.
[2] Joan. X.
[3] Prov. X.
[4] Matth. XII.

palabras sean buenas; porque no vengan á parar en malas.

La lujuria dice: ¿Por qué agora no gozas de tus deleites y placeres, pues no sabes lo que te está guardado? No es razon que pierdas este buen tiempo; porque no sabes cuán presto se pasará. Porque si Dios no quisiera que holgaran los hombres con estos deleites, no criara al principio hombres y mujeres.

La castidad responde: No quiero que disimules, ó finjas que no sabes lo que te está guardado despues desta vida. Porque si limpia y castamente vivieres, tendrás placeres y alegría sin fin; y si deshonestamente, serás llevado á los tormentos eternos. Y cuanto mas sientes que pasa lijeramente el tiempo, tanto mas te conviene vivir castamente; porque muy miserable es la hora del deleite, en la cual se pierde vida que dura para siempre.

Todo lo que hasta aquí se ha dicho sirve para proveernos de armas espirituales, que para esta pelea son necesarias: con las cuales podrémos alcanzar la primera parte de la virtud, que es carescer de vicios, y defender esta estancia en que Dios nos puso (en la cual él mora), para que no sea ocupada del enemigo. Porque guardada fielmente la posada, sin duda tendrémos aquel celestial huésped en ella, pues, como dice Sant Joan[1], Dios es caridad, y quien está en caridad, en Dios está, y Dios en él: y aquel está en caridad, que ninguna cosa hace contra ella; y no hay cosa que sea contra ella sino solo el pecado mortal; contra el cual sirve todo lo que hasta aquí habemos dicho.

[1] I Joan. IV.

# SEGUNDA PARTE

## DESTE SEGUNDO LIBRO

### EN LA CUAL SE TRATA DEL EJERCICIO DE LAS VIRTUDES.

---

## CAPÍTULO XIV.

De tres maneras de virtudes en las cuales se comprehende la suma de toda justicia.

Dicho ya en la primera parte deste libro de los vicios con que se afean y oscurescen las ánimas, digamos agora de las virtudes que las adornan y hermosean con el ornamento espiritual de la justicia. Y porque á esta justicia pertenesce dar á cada uno lo que se le debe, así á Dios, como al prójimo, como á sí mesmo; así hay tres maneras de virtudes de que se compone : unas que principalmente sirven para cumplir con lo que el hombre debe á Dios, y otras con lo que debe á su prójimo, y otras con lo que debe á sí mesmo. Y esto hecho, no resta mas para cumplir toda virtud y justicia; que es para ser un hombre verdaderamente justo y virtuoso : que es lo que aquí pretendemos hacer.

Y si quieres saber en muy pocas palabras, y por unas muy breves comparaciones cómo esto se puede hacer; digo que con estas tres obligaciones cumplirá el hombre perfectísimamente, si tuviere estas tres cosas : conviene saber, para con Dios corazon de hijo, y para con el prójimo corazon de madre, y para consigo espíritu y corazon de juez. Estas son aquellas tres partes de justicia en que el profeta puso la

suma de todo nuestro bien, cuando dijo[1] : Enseñarte he ¡oh hombre! en qué está todo el bien, y qué es lo que el Señor quiere de ti. Quiere que hagas juicio, y que ames la misericordia, y que andes solícito y cuidadoso con Dios. Entre las cuales partes el hacer juicio declara lo que el hombre debe hacer para consigo; y el amar la misericordia, lo que debe para con el prójimo, y el andar solícito con Dios, lo que debe hacer para con él. Y pues en estas tres cosas está todo nuestro bien, dellas tratarémos agora mas copiosamente, porque en el Memorial de la Vida Cristiana[2] no hecimos mas que pasar por ellas brevemente, reservando su declaracion para este lugar.

## CAPÍTULO XV

### De lo que debe el hombre hacer para consigo mesmo.

Porque la caridad bien ordenada comienza de sí mesmo, comencemos por donde el profeta comenzó, que es por el hacer juicio, que pertenesce al espíritu y corazon de juez, el cual debe el hombre tener para consigo. Pues al oficio del buen juez pertenesce tener bien ordenada y reformada su república. Y porque en esta pequeña república del hombre hay dos partes principales que reformar (que son el cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y el ánima con todos sus afectos y potencias), todas estas cosas conviene que sean reformadas y enderezadas virtuosamente en la forma que aquí declararémos, y desta manera habrá el hombre cumplido con lo que debe á sí mesmo.

### § I

### De la reformacion del cuerpo.

Pues para reformacion del cuerpo [3] sirve primeramente la composicion y disciplina del hombre exterior, guardando

[1] Mich. VI.
[2] 1ª part., tract. IV, c. 3.
[3] Vide Casian. lib. V, cap. 12.

aquello que dice Sant Augustin en su regla : Que en el andar, y en el estar, y en el vestido, ninguna cosa se haga que escandalice, y ofenda los ojos de nadie; sino lo que convenga á la sanctitad de nuestra profesion. Y por esto procure el siervo de Dios tratar con los hombres con tanta gravedad, humildad, suavidad y mansedumbre, que todos cuantos con él trataren, queden siempre edificados y aprovechados con su ejemplo. El Apóstol quiere que seamos como una especia aromática [1], la cual comunica luego su olor á quien quiera que la toca ; y así le quedan oliendo las manos como á ella ; porque tales han de ser las palabras, las obras, la composicion y conversacion de los siervos de Dios, que todos cuantos trataren con ellos queden edificados, y como sanctificados con su ejemplo y conversacion. Y este es uno de los principales fructos que se siguen desta modestia y composicion, que es una manera de predicar callada, donde no con estruendo de palabras, sino con ejemplo de virtudes convidamos á los hombres á glorificar á Dios, y amar la virtud : segun que nos lo encomienda el Salvador, cuando dice [2] : Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos. Conforme á lo cual dice Isaías [3], que el siervo de Dios ha de ser como un árbol, ó una planta hermosísima que Dios plantó; para que quien quiera que la viere, glorifique á Dios por ella. Mas no se entiende que por esto debe hacer el hombre sus buenas obras para que sean vistas ; ántes, como dice Sant Gregorio [4], de tal manera se ha de hacer la buena obra en público, que la intencion esté en secreto ; para que con la buena obra demos á los prójimos ejemplo, y con la intencion de agradar á solo Dios siempre deseemos el secreto.

El segundo fructo que se sigue desta composicion del hombre exterior, es la guarda del interior, y la conservacion de la devocion. Porque es tan grande la union y la liga que

[1] II Cor. II.
[2] Matth. V.
[3] Isai. LXI.
XIX Mor. c. 19, explicans illud : Oculus fui cæco, et pes claudo

hay entre estos dos hombres, que lo que hay en el uno, luego se comunica al otro, y al revés: por donde si el espíritu está compuesto, luego naturalmente se compone el mesmo cuerpo; y por el contrario, si el cuerpo anda inquieto y descompuesto (luego no sé cómo), el espíritu tambien se descompone é inquieta. De suerte que cualquier de los dos es como un espejo del otro; porque así como todo lo que vos haceis, hace el espejo que teneis delante, así todo lo que pasa en cualquier destos dos hombres, luego se representa en el otro. Por donde la composicion y modestia de fuera ayuda mucho á la de dentro; y gran maravilla seria hallarse espíritu recogido en cuerpo inquieto y desasosegado. Y por esto dice el Ecclesiástico [1] que el que tenia los piés lijeros, caeria: dando á entender que los que carescen de aquella gravedad y reposo que pide la disciplina cristiana, muhas veces han de tropezar y caer en muchos defectos; como suelen caer los que traen los piés muy lijeros cuando andan.

La tercera cosa para que sirve esta virtud, es para conservar el hombre con ella la autoridad y gravedad que pertenesce á su persona y oficio, si es persona constituida en dignidad: como la conservaba el sancto Job [2], el cual en una parte dice que la luz y resplandor de su rostro nunca por diversas ocasiones y acontescimientos caia en tierra, y en otra dice [3] que era tanta su autoridad, que cuando le veian los mozos se escondian, y los viejos se levantaban á él, y los príncipes dejaban de hablar, y ponian el dedo en su boca, por el acatamiento grande que le tenian. La cual autoridad (porque estuviese muy léjos de toda repunta de soberbia) acompañaba el sancto varon con tanta suavidad y mansedumbre, que dice él mesmo de sí, que estando asentado en su silla como un rey acompañado de su ejército, por otra parte era abrigo y consuelo comun de todos los miserables.

Donde notarás que la falta desta mesura y composicion no

1 Prov. XIX.
2 Job, XXIX.
3 Ibid.

es tanto reprehendida de los sabios por grande culpa, cuanto por nota de liviandad; porque la desenvoltura demasiada del hombre exterior es argumento del poco lastre y asiento del interior, como ya dijimos. Por lo cual dice el Ecclesiástico [1] que la vestidura del hombre, y la manera del reir y del andar dan testimonio dél. Lo cual confirma Salomon en sus Proverbios, diciendo [2] : Así como en el agua clara se paresce el rostro del que la mira, así los sabios conoscen los corazones de los hombres por la muestra de las obras exteriores que ven en ellos.

Estos son los provechos que trae consigo esta composicion susodicha : que son muy grandes. Por lo cual no me paresce bien la demasiada desenvoltura de algunos, que con achaque de que no digan que son hipócritas, rien, y parlan, y se sueltan á muchas cosas, con las cuales pierden todos estos provechos. Porque así como dice muy bien Sant Joan Clímaco que no ha de dejar el monje la abstinencia por temor de la vanagloria, así tampoco es razon carescer del fructo desta virtud por respectos del mundo ; porque así como no conviene vencer un vicio con otro, así tampoco desistir de una virtud por ningun respecto del mundo.

Esto es lo que generalmente pertenesce á la composicion del hombre exterior en todo lugar y tiempo. Mas porque esto se requiere muy mas particularmente en los convites y en la mesa ; cómo esta se haya de guardar, declararémos en el párrafo siguiente.

## § II

### De la virtud de la abstinencia.

Prosiguiendo lo que pertenesce á la reformacion del cuerpo, lo que principalmente para esto sirve, es tratarlo con rigor y aspereza, no con regalos ni blandura ; porque así como la carne muerta se conserva con la mirra, que es amarguísima (sin la cual luego se daña é hinche de gusonnos), así

1 Eccli. XIX.
2 Prov. XXVII.

tambien esta nuestra carme con regalos y blanduras se corrompe, y se hinche de vicios ; y con el rigor y aspereza se conserva en toda virtud. Pues para esto nos conviene aquí tratar de abstinencia; porque esta es una de las principales virtudes que se presuponen para alcanzar las otras virtudes ; y ella es en sí muy dificultosa de alcanzar, por la contradiccion y repugnancia que tiene en nuestra naturaleza corrupta. Y aunque lo arriba dicho contra la gula bastaba para entender la condicion y valor de la abstinencia (pues conoscido un contrario, se conosce el otro), pero todavía para mayor luz desta doctrina será bien tratar della por sí, declarando así el uso y plática della, como los medios por do se alcanza.

Comenzando pues por la disciplina y modestia que se debe guardar en la mesa ; esta nos enseña muy particularmente el Espíritu Sancto en el Ecclesiástico por estas palabras [1] : Usa como hombre templado de las cosas que te ponen delante ; porque no seas aborrescido de los hombres, si te vieren comer desordenamente. Y acaba primero que los otros ; porque así lo pide la órden y disciplina de la templanza. Y si estás asentado en medio de otros muchos, no seas tú el primero que pongas mano en el plato, ni pidas de beber primero. Por cierto muy convenientes reglas son estas para la vida mortal, y dignas de aquel Señor que todas las cosas hizo con suma órden y concierto : y así quiere tambien que nosotros las hagamos.

Esta mesma disciplina nos enseña Sant Bernardo por estas palabras : En el comer habemos de tener cuenta con el modo, con el tiempo, y con la cuantitad y cualidad de los manjares. El modo ha de ser, que no derrame el hombre todos sus sentidos sobre la comida. El tiempo, que no anticipe la hora ordinaria del comer. Y la cualidad, que contentándose con lo que los otros comen, no quiera otras particularidades ni delicadezas, si no fuere por evidente necesidad. Esta es la regla que nos da en pocas palabras este sancto.

Y no es muy diferente la que nos da Sant Gregorio en sus

1 Cap. XXXI.

Morales, diciendo[1]: Abstinencia es la que no anticipa la hora del comer (como hizo Jonatas [2], cuando comió el panal de miel), ni tampoco desea manjares apetitosos, como hicieron los hijos de Israel en el desierto, cobdiciando los manjares de Egipto [3], ni quiere guisados curiosamente aparejados como los querian los hijos de Helí [4], ni come hasta mas no poder, como hacian los de Sodoma [5], ni con demasiado gusto y apetito, de la manera que comió Esaú la escudilla de lentejas, por la cual vendió su mayorazgo [6]. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio; en las cuales brevemente comprehende muchas cosas, y las acompaña con muy convenientes ejemplos.

Pero mas copiosamente trata esta materia Hugo de Sant Víctor, el cual en el libro de la disciplina de los monjes enseña la que debemos tener en el comer, por estas palabras: En dos cosas (dice él) se ha de guardar la disciplina y modestia en el comer: conviene saber, en la comida y en el que la come. Porque el que come ha de procurar de tener modestia en el callar, y en el mirar, y en la compostura del cuerpo, para que enfrene su lengua de toda parlería, y abstenga sus ojos de mirar á todas partes, y tenga todos los otros miembros y sentidos compuestos y quietos. Porque algunos hay que cuando se asientan á la mesa, descubren el apetito de la gula, y la destemplanza de su ánimo; y con una desasosegada inquietud de los miembros menean la cabeza, arremangan los brazos, levantan las manos en alto, y (como si hubiesen ellos solos de tragarse toda la mesa) así verás en ellos unos acometimientos y meneos, que (no sin gran fealdad) están descubriendo la agonía y hambre del comer. Y estando asentados en un mesmo lugar, con los ojos y con las manos lo andan todo: y así en un mesmo tiempo piden el vino, parten el pan, y revuelven los platos; y como el capitan que quiere combatir una fortaleza, así ellos están como dudando por

[1] Lib. XXX Moralium, cap. 27.
[2] I Reg. XIV.
[3] Num. XI, XVI.
[4] I Reg. II.
[5] Ezech. XVI.
[6] Genes. XXV.

qué parte acometerán este combate ; porque por todas partes querrian entrar. Todas estas fealdades ha de evitar el que come, en su propria persona. Mas en la comida conviene mirar lo que come, y la manera del comer, como ya está declarado.

Y aunque en todo tiempo sea necesario llegarse á la mesa con toda esta preparacion, pero mucho mas cuando hay hambre, y aun mucho mas cuando la delicadeza y precio de los manjares despierta el apetito del comer ; porque en este caso son mayores los incentivos de la gula por la buena disposicion de órgano del gusto, y por la excelencia del objecto. Mire pues el hombre con atencion en este tiempo, no le haga creer la gula que tiene hambre para comer mesa y manteles ; porque por esta causa dijo muy bien Sant Joan Clímaco[1] : Que la gula era hipocresía del vientre : porque al principio de la comida finge que tiene mas hambre de la que en hecho de verdad tiene, y así le paresce que todo lo ha de tragar : lo cual de ahi á poco se ve que era engaño ; pues con mucho ménos queda el hombre satisfecho.

Para remedio desto piense cuando se asienta á la mesa, que (como dice muy bien un filósofo) tiene ahí dos huéspedes á que ha de proveer : conviene saber, el cuerpo y el espíritu. Al cuerpo ha de proveer de su mantenimiento, dándole lo necesario ; y al espíritu del suyo, dándoselo con aquella conposicion y modestia que piden las leyes de la templanza ; porque esto es hacer virtud, la cual es pasto y mantenimiento del ánima.

Es otrosí muy conveniente remedio contra este apetito poner en una balanza los fructos de la virtud de la abstinencia, y en otra la brevedad del deleite de la gula : para que por aqui vea el hombre como no es razon perder tan grandes fructos por tan bestial y breve deleite.

Para cuyo entendimiento es mucho de notar que entre todos los sentidos de nuestro cuerpo, los mas bajos son el sentido del tocar y del gustar. Porque ningun animal hay en el mundo tan imperfecto, que no tenga estos dos sentidos:

[1] Cap. 14.

como quiera que haya muchos á quien faltan los otros tres, que son ver, oir y oler. Y así como estos dos sentidos son los mas viles y materiales de todos, así los deleites que dellos proceden, son los mas viles, y mas bestiales; pues no hay animal en el mundo tan imperfecto que no los tenga. Y demas de ser vilísimos son tambien brevísimos, porque no dura mas el deleite dellos, de cuanto el objeto está materialmente ayuntado con su sentido, como vemos que no dura mas el deleite del gusto, de cuanto el manjar está sobre el paladar: y en el punto que deja de estar sobre él, cesa el deleite dél. Pues si este deleite por una parte es tan vil y tan bestial, y por otra tan breve y tan momentáneo; ¿ cuál es el hombre tan bruto, que despide de sí la virtud de la abstinencia (de quien tantos y tan grandes fructos se predican) por un tan vil y bajo deleite? Esto solo debia bastar para vencer este apetito, cuanto mas si se juntaren aquí tantas otras cosas que á esto mesmo nos obligan. Ponga pues (como dijimos) el siervo de Dios en una balanza la brevedad y vileza deste deleite, y en otra la hermosura de la abstinencia, los fructos que se siguen della, los ejemplos de los sanctos, y los trabajos de los mártires (que por fuego y por agua pasaron al cielo), la memoria de sus pecados, las penas del infierno, y tambien las del purgatorio, y cada cosa destas le dirá que es necesario abrazar la Cruz, afligir le carne, y enfrenar la gula, y satisfacer á Dios con el dolor de la penitencia por el deleite de la culpa. Y si con este aparejo se asentare á la mesa, verá cuán fácil cosa le será renunciar y despedir de sí toda esta manera de regalos y deleites.

Y si toda esta providencia se requiere en el comer, mucho mayor es necesaria para el beber, cuando se bebe vino. Porque entre cuantas cosas hay contrarias á la castidad, una de las mas contrarias es el vino; del cual tiembla esta virtud, como de un capital enemigo; porque el Apóstol la tiene ya avisada, diciendo [1] que en el vino está la lujuria. El cual es tanto mas peligroso, cuanto mas hierve la sangre en los años de las juventud. Por lo cual dice Sant Hieróni-

[1] Ephes. v.

mo[1]: El vino y la mocedad son dos incentivos de la lujuria. ¿Para qué echamos aceite en la llama; para qué ponemos leña en el fuego que arde? Porque como el vino es tan caliente, inflama todos los humores y miembros del cuerpo, y especialmente el corazon (adonde él derechamente camina, y donde está la silla y asiento de todas nuestras pasiones); y así á todas ellas inflama y fortifica: de manera que en este tiempo el alegría es mayor, y la ira, y el furor, y el amor, y la osadía, y el deleite, y así las otras pasiones. Por do paresce que siendo uno de los principales oficios de las virtudes morales domar y mitigar estas pasiones; el vino es de tal cualidad, que hace el oficio contrario; pues con la vehemencia de su calor enciende lo que estas virtudes apagan: para que por aquí vea el hombre cuánto se debe guardar dél.

De aquí pues suelen proceder parlerías, risas demasiadas, porfías, peleas, clamores desentonados, descubrimientos de secretos, y otras semejantes desórdenes; así por estar entónces mas vehementes las pasiones, como por estar la razon mas escurescida con los humos del vino. Con lo cual se junta la ocasion que el hombre tiene para desmandarse, viendo desmandarse los otros con quien come: y todas estas causas juntas vienen á parir y producir estas desórdenes. Por donde dijo elegamente un filósofo, que tres racimos procedian de la vid: el primero era de necesidad, el segundo de deleite, el tercero de furor. Dando á entender que beber un poco de vino servia á la necesidad natural; pero exceder esto algun tanto servia ya mas al deleite que á la necesidad. Pero pasar desordenadamente esta regla, servia al furor y á la locura. Por donde todos los paresceres que el hombre diere, ó tuviere en este tiempo, debe tener por sospechosos; porque sin dubda (regularmente hablando) tiene parte en ellos no solo la razon, sino tambien el vino, que es el peor de los consejeros. Y no ménos se debe guardar de hablar mucho, ó porfiar en la mesa, ó sobremesa, si quiere estar libre de todos estos peligros; porque muchas veces se comienza la porfía en paz, y se acaba en guerra; y muchas veces descubre el hombre

[1] Ad Eustochium, de custodia virginitatis.

con el calor del vino lo que despues quisiera mucho haber callado: pues, como dice Salomon[1], ningun secreto hay donde reina el vino.

Y aunque toda demasía en hablar sea reprehensible en este tiempo, mucho mas lo es cuando la habla es sobre cosas de comer, alabando el vino, ó la fruta, ó el pescado que se come, ó quejándose dello, ó tratando de diversidad de manjares de tales y tales tierras, ó de pesces de tales rios; porque todas estas pláticas son señales de ánimo destemplado, y de hombre que todo él entero quiere estar comiendo, no solo con la boca, sino tambien con el corazon, con el entendimiento, con la memoria, y con las palabras.

Pero mucho mas se debe guardar, cuando come, de estar comiendo las vidas ajenas; porque esto es cosa que entra mas en hondo: pues (como dice Sant Crisóstomo) esto es ya no comer carne de animales, sino de hombres: que es contra toda humanidad. Por lo cual se escribe de Sant Augustin, que recelando este vicio (que tan familiar suele ser en algunas mesas), tenia él escriptos en el lugar donde comia dos versos que decian: Quien huelga de roer con sus palabras la vida de los ausentes, sepa que esta mesa no se puso para él.

Aquí es tambien de notar que, como dice Sant Hierónimo[2], mucho mejor es comer cada dia poco, que pasados muchos dias de ayuno, comer despues demasiado. Aquella agua (dice él) es muy provechosa á la tierra, que á sus tiempos cae mansamente; mas los torbellinos grandes y tempestuosos roban las tierras. Cuando comes acuérdate que no vives para servir al vientre: mas que luego has de estudiar, ó leer, ó hacer otra buena obra, para lo cual quedarás inhábil, si cargares el estómago demasiadamente. Y desta manera en cada manjar, y en cada vez que bebieres, medirás no lo que el deleite pide, sino lo que la necesidad y la virtud requiere. Ca no te persuadimos que te mates de hambre, sino que no sirvas al deleite, mas de lo que al uso de la vida con-

[1] Prov. XXXI.
[2] Ubi supr.

viene. Porque tu cuerpo (así como cualquier otro animal) tiene necesidad de mantenimiento porque no desfallezca, y tambien de carga para que no respingue. Por la cual dice Sant Bernardo[1] : Á la carne conviene apretarla, no consumirla; apremiarla, no despedazarla; procurar que se humille y no se ensoberbezca, y que sirva y no sea señora.

Esto basta para entender lo que toca á esta virtud. Quien demás desto quisiere saber los fructos grandes que se siguen della, y cómo aprovecha para todas las cosas, no solo para el ánima, sino tambien para el cuerpo; esto es, para la salud, para la vida, para la honra, y para la hacienda, lea un tratado que sobre esta materia escribimos al fin del libro de la Oracion y Meditacion.

## § III

### De la guarda de los sentidos.

Castigado y concertado el cuerpo en la forma susodicha, resta luego reformar tambien los sentidos del cuerpo, en los cuales debe el siervo de Dios poner gran recaudo, y señaladamente en los ojos, que son como unas puertas donde se desembarcan todas las vanidades que entran en nuestra ánima, y muchas veces suelen ser ventanas de perdicion por donde nos entra la muerte. Y especialmente las personas dadas á la oracion tienen particular necesidad de poner mayor recaudo en este sentido, no solo por la guarda de la castidad, sino tambien por el recogimiento del corazon; porque de otra manera las imágines de las cosas que por estas puertas se nos entran, dejan el ánima pintada de tantas figuras, que cuando se pone á orar ó meditar, la molestan é inquietan, y hacen que no pueda pensar sino en aquello que tienne delante. Por donde la personas espirituales procuran traer la vista tan recogida, que no solamente no quieren poner los ojos en las cosas que les pueden empecer, mas aun se guardan de mirar la hermosura de los edificios, y las imágines de las ricas tapi-

[1] In Psalm. qui habitat, serm. X.

cerías y cosas semejantes, para tener mas desnuda y limpia la imaginacion al tiempo que han de tratar con Dios; porque tal es y tan delicado este ejercicio, que no solo se impide con los pecados, sino tambien con las representaciones de las imágines y figuras de las cosas, puesto caso que no sean malas.

En los oídos tambien conviene poner el mesmo cobro que en los ojos; porque por estas puertas entran muchas cosas en nuestra ánima que la inquietan, distraen y ensucian. Y no solo nos debemos guardar de oir palabras perjudiciales (como ya dijimos), sino tambien nuevas de cosas que pasan por el mundo, que no nos tocan; porque los que destas cosas no se guardan, despues lo vienen á pagar al tiempo del recogimiento, donde se les ponen delante las imágines de las cosas que oyeron, las cuales de tal manera ocupan sus corazones, que no les dejan puramente pensar en Dios.

Del sentido del oler no hay que decir; porque traer olores, ó ser amigo dellos (demás de ser una cosa muy lasciva y sensual), es cosa infame, y no de hombres, sino de mujeres, y aun no de buenas mujeres.

Del gusto habia mas que decir; pero desto ya se trató en el párrafo precedente, donde hablamos de la virtud de la abstinencia.

## § IV

### De la guarda de la lengua.

De la lengua hay mucho que decir, pues dijo el Sabio[1]: La muerte y la vida están en manos de la lengua. En las cuales palabras dió á entender que todo el bien y mal del hombre consistia en la buena ó mala guarda deste órgano. Y no ménos encareció este negocio el apóstol Sanctiago, cuando dijo[2]: Que así como los navíos grandes se rigen con un pequeño gobernalle, y los caballos poderosos con un pequeño freno, así quien quiera que trajere muy bien gobernada su

[1] Prov. XVIII,
[2] Jacob. III.

lengua, será poderoso para enfrenar y poner en órden todo lo demás de la vida. Pues para el buen gobierno desta parte conviene que todas las veces que habláremos, tengamos atencion á cuatro cosas; conviene saber, á lo que se dice, y á la manera en que se dice; al tiempo en que se dice, y al fin con que se dice.

Y primeramente en lo que se dice (que es la materia de que hablamos) conviene guardar aquello que el apóstol aconseja, diciendo[1]: Toda palabra mala no salga por vuestra boca, sino la que fuera buena y provechosa para edificar los oyentes. Y en otro lugar especificando mas las palabras malas, dice[2]: Palabras torpes, y locas, y chocarrerías, ó truhanerías que no convienen para la gravedad de nuestro instituto, no se nombren entre vosotros. Por donde así como dicen que los sabios marineros tienen marcados en la carta de marear todos los bajos en que las naos podrian peligrar, para guardarse dellos; así el siervo de Dios debe tambien tener señaladas todas estas especies de palabras malas, de que siempre se debe guardar, para no peligrar en ellas. Y no ménos debes ser fiel en el secreto que te encomendaron, y tener por otra roca no ménos peligrosa que las pasadas, descubrir el negocio que de ti se confió.

En el modo del hablar conviene mirar que no hablemos ni con demasiada blandura, ni con demasiada desenvoltura, ni apresuradamente, ni curiosa y polidamente; sino con gravedad, con reposo, con mansedumbre, con llaneza, y simplicidad. Á este modo pertenesce tambien no ser el hombre porfiado, y cabezudo, y amigo de salir con la suya; porque muchas veces por aquí se pierde la paz de la consciencia, y aun la caridad, y la paciencia, y los amigos. De largos y generosos corazones es dejarse vencer en semejantes contiendas; y de prudentes y discretos varones cumplir aquello que nos aconseja el Sabio, diciendo[3]: En muchas cosas conviene que te hayas como hombre que no sabe, y oye callando, y preguntando á los que saben.

1 Ephes. IV.
2 Ibid. V.
3 Eccli. XXXII.

Lo tercero conviene mirar demás del modo, que digamos tambien las cosas en su tiempo; porque, como dice el Sabio[1]: De la boca del loco no es bien recebida la palabra sentenciosa; porque no la dice en su tiempo. Lo último despues de todo esto, conviene mirar el fin y la intencion que tenemos cuando hablamos; porque unos hablan cosas buenas por parescer discretos, otros por venderse por agudos y bien hablados: de lo cual lo uno es hipocresía y fingimiento, y lo otro vanidad y locura. Y por esto conviene mirar que no solo sean las palabras buenas, sino tambien el fin sea bueno: pretendiendo siempre con purísima intencion la gloria de solo Dios, y el provecho de nuestros prójimos.

Tambien conviene despues de todo esto mirar quién habla: porque hablar mozos donde están viejos, y simples donde estan sabios, y seglares en presencia de sacerdotes y religiosos; y finalmente donde quiera que no se recibirá bien lo que se dice, ó parescerá presumpcion decirse, es muy loable y necesaria cosa callar.

Todos estos puntos y acentos ha de mirar el que habla, para que no yerre. Y porque no es de todos mirar todas estas circunstancias, por eso es gran remedio acogerse al puerto del silencio, donde con solo cuidado y atencion de callar cumple el hombre con todas estas observancias y obligaciones. Por lo cual dijo el Sabio[2]: Que aun el loco si callase, seria tenido por sabio; y si cerrase sus labios, á muchos paresceria discreto.

## § V

### De la mortificacion de las pasiones.

Concertando desta manera el cuerpo con todo sus sentidos, quédanos agora la mayora parte deste negocio, que es el concierto del ánima con todas su potencias. Donde primeramente se nos ofresce el apetito sensitivo, que comprehende todos los afectos y movimientos naturales, como son amor, odio, alegría, tristeza, deseo, temor, esperanza, ira, y otros semejantes afectos.

[1] Eccli. xx.
[2] Prov. xvii.

Este apetito es la mas baja parte de nuestra ánima, y por consiguiente la que mas nos hace semejantes á bestias, las cuales en todo y por todo se rigen por estos apetitos y afectos. Esta es la que mas nos acevila y abate á la tierra, y mas nos aparta de las cosas del cielo. Esta es la fuente y el venero de todos cuantos males hay en el mundo, y la que es causa de nuestra perdicion; porque, como dice Sant Bernardo[1]: cese la propria voluntad (que son los deseos deste apetito), y no habrá para quien sea el infierno. Aquí principalmente está todo el almacen, y toda la municion del pecado; porque de aquí toma todos sus filos y aceros para herirnos mas agudamente. Esta es otra nuestra Eva (que es la parte mas flaca y mas mal inclinada de nuestra ánima), por la cual aquella antigua serpiente acomete á nuestro Adam[2], que es la parte superior della, donde está el entendimiento y la voluntad, para que quiera poner los ojos en el árbol vedado. Esta es donde mas se descubren y señalan las fuerzas del pecado original, y donde mas poderosamente empleó toda la fuerza de su ponzoña. Aquí son las batallas, aquí las caídas, aquí las victorias, aquí las coronas: quiero decir, que aquí son las caídas de los flacos, aquí las victorias de los esforzados, y aquí las coronas de los vencedores, y aquí finalmente toda la milicia y ejercicio de la virtud; porque en domar estas fieras, y enfrenar estas bestias bravas, consiste una muy gran parte del ejercicio de las virtudes morales.

Esta es la viña que habemos siempre de cavar; esta la huerta que habemos de escardar; estas las malas plantas que habemos de arrancar, para plantar en su lugar las de las virtudes.

Pues segun esto el principal ejercicio del siervo de Dios es andar siempre por esta huerta con un escardillo en la mano, entresacando las malas yerbas de las buenas: ó por otra comparacion, estar siempre como el gobernador de un carro sobre estas pasiones para reprimirlas, y regirlas, y enderezarlas; unas veces aflojando las riendas, otras recogiéndo-

[1] De resurrect. Dom. serm. III; S. Thom. 1, 2, q. 77, art. 4.
[2] Cor. XI.

las, para que no vayan al paso que ellas quisieren, sino al que quiere la ley de la razon.

Este es el ejercicio paincipal de los hijos de Dios, los cuales no se rigen ya por afectos de carne ni sangre, sino por el espíritu de Dios. En esto se diferencian los hombres carnales de los espirituales : que los unos á manera de bestias brutas se mueven por estos afectos, y los otros por espíritu de Dios y por razon. Esta es aquella mortificacion y aquella mirra tan alabada en las Escripturas sagradas.

Esta es la muerte y la sepultura á que tantas veces nos convida el apóstol [1]. Esta es la Cruz y el negamiento de sí mesmo que nos predica el Evangelio [2]. Esto el hacer juicio y justicia, que tantas veces nos repiten los salmos y profetas [3]. Y por esto aquí principalmente conviene emplear todos nuestros trabajos, nuestras fuerzas, nuestras oraciones y ejercicios.

Y particularmente conviene que cada uno tenga muy bien entendida su natural condicion, y sus inclinaciones, y allí tenga siempre mayor recaudo donde sintiere mayor peligro. Y aunque hayamos de tener siempre guerra con todos nuestros apetitos, pero especialmente la conviene tener con los deseos de honra, de deleites, y de bienes temporales, porque estas son las tres principales fuentes y raices de todos los males. Miremos tambien no seamos apetitosos : esto es, muy amigos de que se haga siempre nuestra voluntad, y se cumplan todos nuestros apetitos ; que es un vicio muy aparejado para grandes desasosiegos y caídas, muy familiar á grandes señores, y á todas las personas criadas y habituadas en hacer su voluntad. Para lo cual muchas veces aprovechará ejercitarnos en cosas contrarias á nuestros apetitos, y negar nuestra propria voluntad aun en las cosas lícitas ; para que así estemos mas diestros y fáciles para negarla en las ilícitas. Porque no ménos se requieren estos ensayes y ejercicios para ser diestros en las armas espiritua-

[1] Rom. VIII, etc.
[2] Matth. XVI, etc.
[3] Psalm. CXVIII, etc, ; Isai. I, etc. ; Jerem. XXII, etc. ; Ezech. c. XVIII, etc. ; Mich. VI.

les, que en las carnales; sino tanto mas cuanto es mayor victoria vencer á sí, y vencer demonios, que vencer todo lo demás. Debemos tambien ejercitarnos en oficios humildes y bajos, sin tener cuenta con el decir de las gentes: pues tan poco es lo que el mundo puede dar ni quitar al que tiene á Dios por su tesoro y heredad.

## § VI

### De la reformacion de la voluntad.

Para alcanzar esta mortificacion susodicha, ayuda en grande manera la reformacion y ornamento de la voluntad superior (que es el apetito racional); la cual habemos de adornar con estos tres sanctos afectos (entre otros muchos) que para esto sirven: que son, humildad de corazon, pobreza de espíritu, y odio sancto de sí mesmo. Porque estas tres cosas hacen mas fácil el negocio de la mortificacion. La humildad es, como la difine Sant Bernardo [1], desprecio de sí mesmo, que nasce del profundo y verdadero conoscimiento de si mismo. Á la cual virtud pertenesce desterrar del ánima todos los ramos é hijos de la soberbia, con todos los apetitos y deseos de honra, y ponerse en el mas bajo lugar de las criaturas, creyendo que cualquier otra criatura á quien nuestro Señor diese los aparejos para bien vivir que ha dado á él, los agradesceria mejor, y se aprovecharia mas dellos que él. Y no basta que tenga el hombre dentro de sí este reconoscimiento y desprecio; sino que procure tratarse en lo de fuera lo mas llana y humildemente que le sea posible (segun la cualidad de su estado), haciendo poco caso de los juicios y voces del mundo que á esto contradijeren. Para lo cual conviene que todas nuestras cosas dén olor de pobreza, bajeza y humildad, subjectándonos por amor de Dios, no solo á los mayores é iguales, sino tambien á los menores. La segunda cosa que para esto se requiere, es pobreza de espíritu, que es un menosprecio voluntario de las cosas del mundo, y un

[1] Serm. IV de Adv. Dom. in med. et sup. Cant. serm. XXXVI.

contentamiento con la suerte que Dios nos dió (por muy pobre que sea), la cual corta de un golpe la raiz de todos los males, que es la cobdicia [1], y pone al hombre en tanta paz y sosiego de corazon, que osó decir della Séneca estas palabras : El que tiene cerrada la puerta á los deseos de su cobdicia, bien puede competir con Júpiter en la felicidad y bienaventuranza. Dando á entender que pues la felicidad del hombre es la hartura de los deseos de su corazon, quien ha llegado á la cumbre de la felicidad, ó á lo ménos tiene alcanzado gran parte della.

El tercero afecto es el odio sancto de sí mesmo, de que dice el Salvador [2] : El que ama su vida, ese la destruye; y el que la aborresce, ese la guarda para la vida eterna. Lo cual no se entiende del mal odio (como el que tienen los hombres aborridos y desesperados), sino del que tuvieron los sanctos á su propria carne, como á quien les fué causa de muchos males, y siempre estorbo de muchos bienes : no tratándola conforme á su gusto y apetito, sino conforme á lo que pide la ley de la razon ; la cual muchas veces quiere que la trayamos arrastrada, y maltratada, y hecha un estropajo del espíritu, para que á costa della se haga lo que conviene á él. Porque de otra manera vendrá á ser lo que dice el Sabio [3] : El que cria regaladamente á su criado dende su niñez, despues le hallará rebelde y contumaz, cuando se quiera servir dél.

Por donde se nos amonesta en otro lugar que como á bestia mal domada le démos de palos y sofrenadas, y la tengamos presa con unas sueltas, y la hagamos trabajar ; porque no esté ociosa, y así se haga soberbia y maliciosa. Pues este sancto odio señaladamente aprovecha para el negocio de la mortificacion (que es para mortificar y cortar todos nuestros malos deseos, aunque duela) ; porque de otra manera ¿ cómo será posible herir de agudo, y sacar sangre, y dar gran golpe en cosa que mucho amamos ? Porque el brazo y fortaleza de la mortificacion toma las fuerzas emprestadas, no solo del

[1] I Tim. VI.
[2] Joan XII.
[3] Prov. XXIX.

amor de Dios, sino tambien del odio sancto de sí mesmo; y con ellas tiene ánimo, no de piadoso, sino de severo zurujano, para cortar por do quiera que le pide la corrupcion de los miembros dañados, sin alguna piedad. Destas tres virtudes susodichas, que son humildad, pobreza de espíritu, y odio sancto de sí mesmo, y así tambien de la mortificacion de muchas pasiones, que se trató en el capítulo pasado, como de cosas mas principales en la vida espiritual, habia mucho mas que decir; pero esto quedará para otros lugares, donde estas materias se tratarán mas de propósito de lo que conviene á memorial.

## § VII

### De la reformacion de la imaginacion.

Despues destas dos potencias apetitivas hay otras dos (si se sufre decir) cognoscitivas, que son imaginacion y entendimiento; las cuales corresponden á las dos precedentes, para que cada cual de los apetitos susodichos tenga su guia, y su conoscimiento proporcionado. Pues la imaginacion (que es la mas baja dellas) es una de las potencias de nuestra ánima qne mas desmandadas quedaron por el pecado, y ménos subjectas á la razon. De donde nasce que muchas veces se nos va de casa, como esclavo fugitivo, sin licencia; y primero ha dado una vuelta al mundo que echemos de ver adonde está. Es tambien una potencia muy apetitosa y cobdiciosa de pensar todo cuanto se le pone delante, á manera de los perros golosos, que todo lo andan probando, y trastornando, y en todo quieren meter el hocico, y aunque á veces los azoten y echen á palos, siempre se vuelven al regosto. Es tambien una potencia muy libre y muy cerrera, como una bestia salvaje, que se anda de otero en otero, sin querer sufrir sueltas, ni cabestro, ni dueño que la gobierne.

Y demás de tener ella de suyo estas malas mañas, hay algunos que acrescientan su malicia con negligencia tratántdola como á un hijo regalado, al cual dejan discurrir por odas cuantas cosas quiere sin contradiccion: de donde nasce

que despues cuando la quieren quietar en la consideracion de las cosas divinas, no le obedesce por el mal hábito que tiene cobrado. Por lo cual conviene que entendidas las malas mañas desta bestia, le acortemos los pasos, y la atemos á un pesebre (que es á la consideracion sola de las cosas buenas ó necesarias), poniéndole perpetuo silencio en lo demás. De suerte que así como atamos arriba la lengua para que no hablase sino palabras buenas ó necesarias [1], así tambien atemos la imaginacion á buenos y sanctos pensamientos, cerrando la puerta á todos los otros.

Para lo cual conviene que haya de nuestra parte grande discrecion y vigilancia para examinar cuáles pensamientos debemos admitir, y cuáles desechar; para que á los unos recibamos como á amigos, y á los otros desechemos como á enemigos. Porque los que en esto son desproveidos, muchas veces dejan entrar en su ánima cosas que le quitan no solamente la devocion y el fervor de la caridad, sino tambien la mesma caridad en que está la vida del ánima. Durmióse la portera del rey Isboset [2], que estaba limpiando el trigo á la puerta de su recámara, y entraron dos ladrones famosos, y cortaron la cabeza al Rey. Desta manera pues cuando se duerme la discrecion, que tiene por oficio escoger y apartar la paja del grano (que es el buen pensamiento del malo), entran tales pensamientos en el ánima, que muchas veces le quitan la vida.

Y no solo para conservar esta vida, sino tambien para el silencio y recogimiento de la oracion vale mucho esta diligencia; porque así como la imaginacion inquieta y corredora no deja tener oracion sosegada, así la recogida y habituada á sanctos pensamientos fácilmente persevera y se quieta en ellos.

## § VIII

### De la reformacion del entendimiento.

Despues de todas estas partes y potencias del hombre, resta

[1] Supra § 4.
[2] II Reg. IV.

la mas alta y mas noble de todas, que es el entendimiento; el cual entre otras virtudes ha de ser adornado con aquella altísima y rarísima virtud de la prudencia y discrecion. Esta virtud en la vida espiritual es lo que los ojos en el cuerpo, lo que el piloto en el navío, lo que el rey en el reino, y lo que el gobernador en el carro, que tiene por oficio llevar las riendas en la mano, y guiarlo por donde ha de caminar. Sin esta virtud la vida espiritual seria toda ciega, desproveida, desconcertada, y llena de confusion. Por donde aquel bienaventurado padre Antonio[1] en un ayuntamiento que tuvo con otros sanctos monges (donde se trataba de la excelencia de las virtudes), vino á poner esta en altísimo lugar, como á guia y maestra de todas las otras. Por donde todos los amadores de la virtud deben señaladamente poner sus ojos en ella, para que así puedan aprovechar mas en todas las otras.

Esta virtud no tiene un oficio solo, sino muchos y diversos; porque no solo es virtud particular, sino tambien general, que entreviene en los ejercicios de todas las otras virtudes, dando órden en todo lo que conviene. Y segun este oficio general tratarémos aquí de algunos actos que á ella pertenescen. Porque primeramente á la prudencia pertenesce (presupuesta la fe y la caridad) enderezar todas nuestras obras á Dios, como á nuestro último fin, examinando sutilmente la intencion que tenemos en las obras que hacemos: para ver si buscamos puramente á Dios, ó si á nosotros; porque la naturaleza del amor proprio, como dice un doctor[2], es muy sutil, y en todas las cosas busca á sí mesmo, aun en los muy altos ejercicios.

Prudencia es tambien saber tratar con los prójimos, para que les aprovechemos, y no escandalicemos. Para lo cual conviene prudentemente tomar el pulso á la condicion y espíritu de cada uno, y llevarlo por aquellos medios por donde pueda ser mejor encaminado.

Prudencia es tambien saber sufrir los defectos de los otros,

[1] Cassian, II Collatione de discretione, c. 2.
[2] *Thomas de Kempis*, lib. III de Contemptu mundi, cap. 54.

y dar pasada á las flaquezas ajenas [1], y no querer descarnar las llagas hasta el hueso ; acordándose que todas las cosas humanas están compuestas de acto y potencia, esto es, de perfecto é imperfecto, y que no puede dejar de haber infinitas imperfecciones y defectos en la vida, especialmente despues de aquella gran caída de la naturaleza por el pecado. De donde así como dijo Aristóteles que no era de hombre sabio pedir igual certidumbre y averiguacion en todas las materias (porque unas se pueden claramente averiguar y otras no) ; así tampoco es de hombre prudente pedir que todas las cosas humanas estén tan sentadas por nivel, que no haya mas que desear ; porque unas pueden sufrir esto, y otras no. Y el que pusiese piés en pared por hacer violentamente lo contrario, por ventura causaria mas daño con los medios que para esto tomase, que provecho con el fin que pretendiese, aunque saliese con él.

Prudencia es tambien conoscer el hombre á sí mesmo, y tener muy bien entendido todo lo que hay de sus puertas á dentro : conviene á saber, todos sus resabios, siniestros apetitos, y malas inclinaciones, y finalmente, su poco saber, y poca virtud ; para que no presuma de sí vanamente, y para que mejor entienda con qué género de enemigos ha de tener guerra continua, hasta acabar de echarlos fuera de la tierra de promision (que es su ánima), y con cuánta solicitdud y atencion le conviene velar sobre esto.

Prudencia es tambien saber gobernar la lengua conforme á las leyes y circunstancias que arriba dijimos [2], y entender muy bien lo que se debe hablar, y lo que se debe callar, y el tiempo de lo uno y de lo otro ; porque (como dice Salomon) hay tiempo de hablar, y tiempo tambien de callar ; pues nos consta que en la mesa, y en los convites, y en otras cosas semejantes, con major alabanza calla el sabio, que habla.

Prudencia es no fiarse de todos, ni derramar luego todo su espíritu con el calor de la plática, ni decir luego lo que el hombre siente de las cosas ; pues como dice el Sabio [3] :

[1] Galat. VI. Vide S. Thom. 2, 2, q. 33, art. 1 ad 2.
[2] Sup. § 4.
[3] Prov. XXIX.

Todo su espíritu derrama el necio; mas el sabio detiénese, y guarda las cosas para adelante, mas el que se fia de quien no se debe fiar, siempre vivirá en peligro, y será perpetuo esclavo de quien se fió.

Prudencia es saber el hombre repararse ántes de los peligros, y sangrarse en sanidad, y oler dende léjos la guerra que se puede levantar en tales y tales negocios, y repararse primero con oraciones y consideraciones para lo que podrá suceder. Este aviso es del Ecclesiástico, que dice[1]: Ántes que venga la enfermedad apareja la medicina. Por lo cual cuando fueres á fiestas, á convites, ó á tratar con hombres rijosos, y mal acondicionados, ó á lugares donde se puede ofrescer alguna ocasion, ó peligro, siempre debes ir proveido, y reparado para lo que podria suceder.

Prudencia es tambien saber tratar el cuerpo con discrecion y templanza[2]; para que ni lo regalemos, ni lo matemos: ni le quitemos lo necesario, ni le demos lo superfluo, trayéndolo castigado, y no casi muerto; para que ni nos falte en el camino por flaqueza, ni derribe al que va encima con la la hartura y abundancia.

Prudencia es tambien y muy grande saber tomar las ocupaciones (por honestas que sean) con templanza; para que no ahoguemos el espíritu con el demasiado trabajo, á quien todas las cosas (como dice Sant Francisco en su Regla) deben servir; y para que de tal manera nos entreguemos á las cosas exteriores, que no perdamos las interiores; y así entendamos en los ejercicios del amor del prójimo, que no perdamos las del amor divino. Porque si los apóstoles[3], que tanto espíritu y suficiencia tenian para todo, se desembarazaron de algunas cosas menores por no faltar en las mayores, nadie debe presumir tanto de sus fuerzas, que piense bastar para todo; pues es cierto que por la mayor parte aprieta poco quien abarca mucho.

Prudencia es tambien entender las artes y celadas del enemigo, sus entradas, y sus salidas, y sus reveses; y no creer

[1] Eccli. XVIII.
[2] Vide S. Thom. 2, 2, q. 168, art. 2.
[3] Act. VI.

á todo espíritu [1], ni dejarse vencer de cualquier figura de bien; pues muchas veces Satanas se transfigura en ángel de luz [2], y trabaja por engañar siempre á los buenos con especie de bíen. Y por esto de ningun peligro nos debemos mas recatar, que de aquel que viene con máscara de virtud. Á lo ménos es cierto que á los muy determinados en el bien, comunmente acomete el demonio por esta via.

Prudencia es tambien saber temer, y saber acometer; saber cuando es ganancia perder, y cuando es perdida ganar; y sobre todo, saber despreciar los juicios y paresceres del mundo, y el decir de las gentes, y los ladridos de los gozques que nunca cesan de ladrar sin propósito; acordándose que está escripto [3]: Si hiciese caso de agradar á los hombres, no me tendria por siervo de Cristo. Á lo ménos esto es cierto, que ninguna mayor locura puede hacer un hombre, que regirse por una bestia de tantas cabezas como es el vulgo, que ningun tiento ni consideracion tiene en lo que dice. Bien es no escandalizar á nadie, y temer donde hay razon de temer, y bien es no moverse á todos vientos. Pues hallar medio entre estos extremos, oficio es de prudencia singular.

## § IX

### De la prudencia en los negocios.

No ménos se requiere prudencia para acertar en los negocios, y no caer en yerros, que despues no se puedan curar sin grandes inconvenientes, con que muchas veces se pierde la paz de la consciencia, y se perturba la órden de la vida. Para lo cual podrán algun tanto aprovechar los avisos siguientes.

El primero de los cuales es del Sabio, que dice [4]: Tus ojos estén siempre atentos á la rectitud, y tus párpados miren primero los pasos que has de dar. Donde nos aconseja que

1 I Joan IV.
2 II Cor. XI.
3 Galat. I.
4 Prov. IV.

no nos arrojemos inconsideradamente á las cosas que se han de hacer ; sino que ante toda obra preceda maduro consejo y deliberacion. Para lo cual hallo ser cinco cosas necesarias. La primera encomendar á nuestro Señor los negocios. La segunda pensarlos primero muy bien pensados, con toda atencion y discrecion, mirando no solamente la sustancia de la obra, sino tambien todas las circunstancias della ; porque una sola que falte, basta para condenacion de todo lo que se hace. Porque aunque sea muy acabada la obra, y muy bien circunstancionada, solo hacerse sin tiempo basta para poner mácula en ella. La tercera tomar consejo, y tratar con otros lo que se ha de hacer ; mas estos sean pocos, y muy escogidos, porque aunque es provechoso oir los pareceres de todos para ventilar la causa, pero la determinacion ha de ser de pocos, para no errar en la sentencia. La cuarta y muy necesaria es dar tiempo á la deliberacion, y dejar madurar el consejo por algunos dias ; porque así como se conocen mejor las personas con la comunicacion de muchos dias, así tambien lo hacen los consejos. Muchas veces una persona á las primeras entradas paresce uno, y despues descubre otro ; y así lo hacen á veces los consejos y determinaciones ; que lo que á los principios agradaba, despues de bien considerado viene á desagradar. La quinta cosa es guardarse de cuatro madrastras que tiene la virtud de la prudencia, que son : precipitacion, pasion, obstinacion en el proprio parescer, y repunta de vanidad. Porque la precipitacion no delibera, la pasion ciega, la obstinacion cierra la puerta al buen consejo, y la vanidad (do quiera que entreviene) todo lo tizna.

Á esta mesma virtud pertenesce huir siempre los extremos, y ponerse en el medio, porque la virtud y la verdad huyen siempre de los extremos, y ponen su silla en este lugar. Por donde ni todo lo condenes, ni tode lo justifiques ; ni todo lo niegues, ni todo lo concedas ; ni todo lo creas, ni todo lo dejes de creer ; ni por la culpa de pocos condenes á muchos, ni por la sanctidad de algunos apruebes á todos : sino en todo mira siempre el fiel de la razon, y no te dejes llevar del ímpetu de la pasion á los extremos.

Regla es tambien de prudencia no mirar á la antigüedad y novedad de las cosas para aprobarlas ó condenarlas : porque muchas cosas hay muy acostumbradas y muy malas, y otras hay muy nuevas y muy buenas, y ni la vejez es parte para justificar lo malo, ni la novedad lo debe ser para condenar lo bueno [1] : sino en todo y por todo hinca los ojos en los méritos de las cosas, y no en los años. Porque el vicio ninguna cosa gana por ser antiguo, sino ser mas incurable ; y la virtud ninguna cosa pierde por ser nueva, sino ser ménos conoscida.

Regla es tambien de prudencia no engañarse con la figura y aparencia de las cosas, para arrojarse luego á dar sentencia sobre ellas ; porque ni es oro todo lo que reluce, ni bueno todo lo que paresce bien ; y muchas veces debajo de la miel hay hiel, y debajo de las flores espinas. Acuérdate que dice Aristóteles que algunas veces tiene la mentira mas aparencia de verdad que la mesma verdad ; y así tambien podrá acaescer que el mal tenga mas aparencia de bien que el mesmo bien.

Sobre todo esto debes asentar en tu corazon que así como la gravedad y peso en las cosas es compañera de la prudencia, así la facilidad y liviandad lo es de la locura. Por lo cual debes estar muy avisado, no seas fácil en estas seis cosas, conviene saber :

1. En creer.
2. En conceder.
3. En prometer.
4. En determinar.
5. En conversar livianamente con los hombres.
6. Y mucho ménos en la ira.

Porque en todas estas cosas hay conoscido peligro en ser el hombre fácil y lijero para ellas. Porque creer lijeramente es liviandad de corazon ; prometer fácilmente es perder la libertad ; conceder fácilmente es tener de qué arrepentirse ; determinarse fácilmente es ponerse á peligro de errar, como hizo David en la causa de Mifiboset [2] ; facilidad en la conver-

[1] Prov. XIV.
[2] II Reg. IX.

sacion es causa de menosprecio, y facilidad en la ira es manifiesto indicio de locura. Porque escripto está[1] que el hombre que sabe sufrir, sabrá gobernar su vida con mucha prudencia; mas el que no sabe sufrir, no podrá dejar de hacer grandes locuras.

## § X

### De algunos medios por donde se alcanza esta virtud.

Para alcanzar esta virtud (entre otros medios) aprovecha mucho la experiencia de los yerros pasados, y tambien de los acertamientos y buenos sucesos, así proprios como ajenos; porque de aquí se toman ordinariamente muchos avisos y reglas de prudencia. Y por la mesma razon se dice que la memoria de lo pasado es muy familiar ayudadora y maestra de la prudencia, y que el dia presente es discípulo del pasado, pues, como dice Salomon[2], lo que será es lo que fué; y lo que fué es lo que será. Y por esto por lo pasado podrémos juzgar lo presente, y por lo presente lo pasado.

Mas sobre todo ayuda para alcanzar esta virtud la profunda y verdadera humildad de corazon, así como lo que mas la impide es la soberbia, porque escripto está que donde está la humildad, ahí está la sabiduría[3]. Y demás desto todas las escripturas claman que Dios enseña á los humildes, y que es maestro de los pequeñuelos, y que á ellos comunica sus secretos[4]. Mas con todo esto no ha de ser tal la humildad que se rinda á cualesquier paresceres, y se deje llevar de todos vientos; porque esta ya no seria humildad, sino instabilidad y flaqueza de corazon. En lo cual quiso proveer el Sabio, cuando dijo[5]: No quieras ser humilde en tu sabiduria: dando á entender que en las verdades que tiene el hombre con justos y católicos fundamentos asentadas, ha de ser constante, y no

[1] Prov. XIV.
[2] Eccles. I.
[3] Prov. XI.
[4] Psalm. VIII; Matth. XI; I Petr. V; Jacob. IV.
[5] Eccli. XIII.

se ha de mover á lumbre de pajas (como hacen algunos flacos), ni dejarse llevar de cualesquier paresceres.

Lo último que ayuda á alcanzar esta virtud es la humilde y devota oracion; porque como uno de los principales oficios del Espíritu Sancto sea alumbrar el entendimiento con el don de la ciencia, sabiduría, consejo y entendimiento, cuando el hombre con mayor devocion y humildad se presentare delante dél con corazon de discípulo y de niño, tanto será mas claramente enseñado, y lleno destos dones celestiales.

Mucho nos habemos alargado en tratar desta virtud; porque como ella sea la guia de todas las otras, era necesario procurar que la guia no fuese ciega; porque no quedase á escuras y sin ojos todo el cuerpo de las virtudes. Y porque todo esto sirve para justificar y ordenar el hombre para consigo mesmo (que es la primera parte de justicia que arriba pusimos), será bien que digamos ya de la segunda, qué nos ordena para con el prójimo.

## CAPÍTULO XVI

### De lo que el hombre debe hacer para con el prójimo.

La segunda parte de justicia es hacer el hombre lo que debe para con sus prójimos [1]: que es usar con ellos de aquella caridad y misericordia que Dios nos manda. Que tan principal sea esta parte, y cuánto nos sea encomendada en las Escripturas divinas (que son los maestros y adalides de nuestra vida), no lo podrá creer sino quien las hubiere leido. Lee los Profetas, lee los Evangelios, lee las Epístolas sagradas, y verás tan encarescido este negocio, que te pondrá admiracion. En Isaías [2] pone Dios una muy principal parte de justicia en la caridad, y buen tratamiento de los prójimos. Y así cuando los judíos se quejaban, diciendo: ¿Por qué, Señor, ayunamos, y no miraste nuestros ayunos; afligimos nuestras ánimas, y no heciste caso dello? Respóndeles Dios:

1 Matth. v.
2 Isai. LVIII.

Porque en el dia del ayuno vivís á vuestra voluntad, y no á la mia ; y apretais, y fatigais á todos vuestros deudores. Ayunais ; mas no de pleitos, y contiendas, ni de hacer mal á vuestro prójimo. No es pues ese el ayuno que me agrada, sino este : Rompe las escripturas y contratos usurarios ; quita de encima de los pobres las cargas con que los tienes opresos ; deja en su libertad á los afligidos y necesitados, y sácalos del yugo que tienes puesto sobre ellos ; de un pan que tuvieres parte el medio con el pobre, y acoge á los necesitados y peregrinos en tu casa. Y cuando esto hicieres, y abrieres tus entrañas al necesitado, y le socorrieres, y dieres hartura, entónces te haré tales y tales bienes : los cuales prosigue muy copiosamente, hasta el fin deste capítulo. Ves aquí pues, hermano, en qué puso Dios una gran parte de la verdadera justicia, y cuán piadosamente quiso que nos hubiésemos con nuestros prójimos en esta parte.

Pues ¿ qué diré del apóstol Sant Pablo [1] ? ¿ En cuál de sus Epístolas no es esta la mayor de sus encomiendas ? ¡ Qué alabanzas predica de la caridad, cuánto la engrandesce, cuán por menudo cuenta todas sus excelencias, cómo la antepone á todas las otras virtudes, diciendo que ella es el mas excelente camino que hay para ir á Dios ! Y no contento con esto, en un lugar dice [2] que la caridad es vinculo de perfeccion ; en otro dice[3] que es fin de todos los mandamientos ; en otro[4] que el que ama á su prójimo tiene cumplida la ley. Pues ¿ que mayores alabanzas se podian esperar de una virtud que estas ? ¿ Cuál es el hombre deseoso de saber con qué género de obras agradará á Dios, que no quede admirado y enamorado de esta virtud, y determinado de ordenar y enderezar todas sus obras á ella ?

Pues aun queda sobre todo esto la Canónica de aquel tan grande amado y amador de Cristo San Joan Evangelista, en la cual ninguna cosa mas repite, ni mas encaresce, ni mas encomienda que esta virtud. Y lo que hizo en esta Epístola,

[1] I Cor. XIII ; Rom. XII.
[2] Colos. III
[3] I Tim. I.
[4] Rom. XIII ; Galat. V.

eso mesmo dice su historia que hacia toda la vida[1]. Y preguntado ¿por qué tantas veces repetia esta sentencia? respondió que porque si esta debidamente se cumpliese, bastaba para nuestra salud.

## § 1

### De los oficios de la caridad.

Segun esto el que de veras desea acertar á contentar á Dios, entienda que una de las cosas mas principales que para esto sirven, es el cumplimiento deste mandamiento de amor: con tanto que este amor no sea desnudo y seco, sino acompañado de todos los efectos y obras que del verdadero amor se suelen seguir; porque de otra manera no meresceria el nombre de amor, como lo significó el mesmo Evangelista, cuando dijo[2]: Si alguno tuviere de los bienes deste mundo, y viendo á su prójimo en necesidad no le socorre; ¿cómo está la caridad de Dios en él? Hijuelos, no amemos con solas palabras; sino con obras y con verdad. Segun esto debajo deste nombre de amor (entre otras muchas obras) se encierran señaladamente estas seis: conviene saber, amar, aconsejar, socorrer, sufrir, perdonar, y edificar. Las cuales obras tienen tal conexion con la caridad, que el que mas tuviere dellas, tendrá mas caridad; y el que ménos, ménos. Porque algunos dicen que aman, y no pasa mas adelante este amor. Otros aman, y ayudan con avisos y buenos consejos; mas no echarán mano á la bolsa, ni abrirán el arca para socorrernos. Otros aman, y avisan, y socorren con lo que tienen; mas no sufren con paciencia las injurias, ni las flaquezas ajenas, ni cumplen con aquel consejo del apóstol, que dice[3]: Llevad cada uno la carga de otro, y así cumpliréis la ley de Cristo. Otros hay que sufren las injurias con paciencia, y no las perdonan con misericordia; y aunque dentro del corazon no tienen odio, no quieren mostrar buena

[1] Refiere esto Sant Hier. c. 5 Epistolæ ad Galatas.
[2] I Joan. III.
[3] Galat. VI.

cara en lo de fuera. Estos aunque aciertan en lo primero, todavía desfallescen en lo segundo, y no llegan á la perfeccion desta virtud. Otros hay que tienen todo esto ; mas no edifican á sus prójimos con palabras y ejemplos : que es uno de los mas altos oficios de la caridad. Pues segun esta órden podrá cada uno examinar cuánto tiene y cuánto le falta de la perfeccion desta virtud. Porque el que ama, podemos decir que está en el primer grado de caridad ; el que ama y aconseja, en el segundo ; el que ayuda, en el tercero ; el que sufre, en el cuarto ; el que perdona y sufre, en el quinto ; y el que sobre todo esto edifica con sus palabras y buena vida, que es oficio de varones perfectos y apostólicos, en el postrero.

Estos son los actos positivos ó afirmativos que encierra en sí la caridad : en que se declara lo que debemos hacer con el prójimo. Hay otros negativos, donde se declara lo que no debemos hacer, que son : No juzgar á nadie ; no decir mal de nadie ; no tocar en la hacienda, ni en la honra, ni en la mujer de nadie ; no escandalizar con palabras injuriosas, ni descorteses, ni desentonadas á nadie, y mucho ménos con malos ejemplos y consejos. Quien quiera que esto hiciere, cumplirá enteramente con todo lo que nos pide la perfeccion deste divino mandamiento.

Y si de todo esto quieres tener particular memoria, y comprehenderlo en una palabra, trabaja por tener (como ya dijimos) para con el prójimo corazon de madre, y así podrás cumplir enteramente con todo lo susodicho. Mira de la manera que una buena y cuerda madre ama á su hijo : cómo le avisa en sus peligros, cómo le acude en sus necesidades, cómo lleva todas sus faltas, unas veces sufriéndolas con paciencia, otras castigándolas con justicia, otras disimulándolas y tapándolas con prudencia ; porque de todas estas virtudes se sirve la caridad, como reina y madre de las virtudes. Mira cómo se goza de sus bienes ; cómo le pesa de sus males ; cómo los tiene y los siente por suyos proprios ; cuán grande celo tiene de su honra y de su provecho ; con qué devocion ruega siempre á Dios por él, y finalmente cuánto mas cuidado tiene dél que de sí mesma, y cómo es cruel para sí, por

ser piadosa para con él. Y si tú pudieres arribar á tener esta manera de corazon para con el prójimo, habrás llegado á la perfeccion de la caridad, y ya que no puedas llegar aquí, á lo ménos esto debes tener por blanco de tu deseo, y á esto debes siempre enderezar tu vida ; porque miéntras mas alto pretendieres subir, ménos bajo quedarás.

Y si me preguntas, ¿ cómo podré yo llegar á tener esa manera de corazon para con un extraño ? Á esto respondo que no has de mirar tú al prójimo como á extraño, sino como á imágen de Dios, como á obra de sus manos, como á hijo suyo, y como á miembro vivo de Cristo ; pues tantas veces nos predica Sant Pablo que todos somos miembros de Cristo [1], y que por esto pecar contra el prójimo es pecar contra Cristo ; y hacer bien al prójimo es hacer bien á Cristo [2]. De suerte que no has de mirar al prójimo como á hombre, ni como á tal hombre, sino como al mesmo Cristo, ó como á miembro vivo deste Señor ; y dado que no lo sea cuanto á la materia del cuerpo, ¿ qué hace eso al caso, pues lo es cuanto á la participacion de su espíritu, y cuanto á la grandeza del galardon ; pues él dice, que así pagará este beneficio, como si él lo recibiera ?

Considera tambien todas aquellas encomiendas y encarescimientos que arriba pusimos de la excelencia desta virtud, y de lo mucho que por el mesmo Señor nos es encomendada ; porque si hay en ti deseo vivo de agradar á Dios, no podrás dejar de procurar con summa diligencia una cosa que tanto le agrada. Mira tambien el amor que tienen entre sí parientes con parientes, solo por comunicar en un poco de carne y de sangre, y avergüénzate que no pueda mas en ti la gracia que la naturaleza, y la union del espíritu que la de la carne. Si dices que ahí se halla union y participacion en una mesma raiz, y en una mesma sangre, que es comun á entrambos ; mira cuánto mas nobles son las uniones que el apóstol pone entre los fieles [3] ; pues todos tienen un padre, una madre, un señor, un baptismo, una fe, una esperanza, un mantenimiento,

[1] Rom. XII.
[2] Cor. VIII.
[3] Ephes. IV.

y un mesmo espíritu que les da vida. Todos tienen un padre, que es Dios ; una madre, que es la Iglesia ; un señor, que es Cristo ; una fe, que es una lumbre sobrenatural en que todos comunicamos, y nos diferenciamos de todas otras gentes ; una esperanza, que es una mesma heredad de gloria, en la cual serémos todos una ánima y un corazon ; un baptismo, donde todos fuímos adoptados por hijos de un mesmo padre, y hechos hermanos unos con otros ; un mesmo mantenimiento, que es el sanctísimo Sacramento del cuerpo de Cristo, con que todos somos unidos y hechos una mesma cosa con él : así como de muchos granos de trigo se hace un pan, y de muchos granos de uvas un solo vino. Y sobre todo esto participamos un mesmo espíritu (que es el Espíritu Sancto), el cual mora en todas las ánimas de los fieles, ó por fe, ó por fe y gracia juntamente, y los anima y sustenta en esta vida. Pues si los miembros de un cuerpo (aunque tengan diversos oficios y figuras entre sí) se aman tanto por ser todos animados con una mesma ánima racional[1] ; ¿ cuánta mayor razon será que se amen los fieles entre sí, pues todos son animados con este espíritu Divino, que cuanto es mas noble, tanto es mas poderoso para causar mayor unidad en las cosas donde está ? Pues si sola la unidad de carne y de sangre basta para causar tan grande amor entre parientes ; ¿ cuánto mas todas estas unidades y comunicaciones tan grandes ?

Sobre todo esto pon los ojos en aquel único y singular ejemplo de amor que Cristo nos tuvo : el cual nos amó tan fuertemente, tan dulcemente, tan graciosamente, tan perseverantemente, y tan sin interese suyo, ni merescimiento nuestro ; para que esforzado tú con este tan notable ejemplo, y obligado con tan grande beneficio, te dispongas segun tu posibilidad á amar al prójimo desta manera ; para que así cumplas fielmente aquel mandamiento que este Señor te dejó tan encomendado á la salida deste mundo, cuando dijo[2] : Este es mi mandamiento, que os ameis unos á otros,

[1] Rom. XII ; I Cor. XII.
[2] Joan. XIII.

así como yo os amé. Quién demás de lo dicho quisiere saber qué tan grande sea la virtud de la limosna y misericordia para con el prójimo, y cuántas las excelencias della, lea un tratado que desta materia hallará escripto al fin de nuestra libro de la Oracion y Meditacion.

## CAPÍTULO XVII

### De lo que el hombre debe hacer para con Dios.

Dicho ya de lo que debemos hacer para con nosotros, y con nuestros prójimos, digamos agora de lo que debemos hacer para con Dios, que es la principal, y la mas alta parte de justicia que hay, á la cual sirven aquellas tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que tienen por objecto á Dios; y la virtud que los teólogos llaman religion, que tiene por objecto el culto de Dios.

Pues con todas las obligaciones que debajo de todas estas virtudes se comprehenden, cumplirá el hombre enteramente si llegare á tener para con Dios el corazon que tiene un buen hijo para con su padre. De suerte que así como cumple consigo quien para consigo tiene corazon de buen juez, y con el prójimo quien para con él tiene corazon de madre (como ya dijimos); así tambien en su manera cumplirá con Dios quien tuviere corazon de hijo para con él; pues uno de los principales oficios del espíritu de Cristo es darnos esta manera de corazon para con Dios.

Considera pues agora diligentemente el corazon que tiene un buen hijo para con su padre: qué amor le tiene, qué temor y reverencia, qué obediencia, qué celo de su honra, cuán sin interese le sirve, cuán confiadamente acude á él en todas sus necesidades, cuán humilmente sufre sus reprehensiones y castigos, con todo lo demás. Ten tú este mesmo corazon para con Dios, y habrás cumplido enteramente con esta parte de justicia.

Pues para tener este corazon, nueve virtudes principalmente me parescen necesarias: entre las cuales la primera y la mas principal es amor, la segunda temor y reverencia, la tercera

confianza, la cuarta celo de la honra divina, la quinta pureza de intencion en las obras de su servicio, la sexta oracion y recurso á él en todas las necesidades, la séptima agradescimiento á sus beneficios, la octava obediencia y conformidad entera con su sancta voluntad, y la nona humildad y paciencia en todos los azotes y trabajos que nos inviare.

## § I

Segun esta órden la primera cosa y mas principal que debemos hacer, es amar á este Señor así como él lo manda: que es con todo corazon, con toda nuestra ánima, y con todas nuestras fuerzas[1]. De suerte que todo cuanto hay en el hombre (cada cosa en su manera) ame y sirva á este Señor: el entendimiento, pensando en él; la voluntad, amándole; los afectos, inclinándose á lo que pide su amor; y las fuerzas de todos los miembros y sentidos, empleándose en ejecutar todo lo que ordenare este amor. Y porque desta materia hay un tratado entero en la segunda parte de nuestro Memorial de la Vida Cristiana, ahí podrá ver lo que quisiere della el estudioso lector.

La segunda cosa que despues deste sancto amor se requiere, es temor; el cual procede deste mesmo amor. Porque cuanto mas amais una persona, tanto mas temeis no solo perderla, sino tambien enojarla: como vemos que lo hace el buen hijo para con su padre, y la buena mujer para con su marido; que cuanto mas le quiere, tanto mas trabaja porque no haya en su casa cosa que le puede dar pena. Este temor es guarda de la innocencia, y por esto conviene que esté muy profundamente arraigado en nuestra ánima, segun que lo pedia el profeta David, cuando decia[2]: Traspasa, Señor, mis carnes con tu temor; porque de tus juicios temí. De manera que no se contentaba este sancto rey con tener el temor de Dios arraigado en su ánima, sino queria tambien tener traspasadas con él su carne y sus entrañas: para que este tan grande

[1] Deut. VI; Matth. XXII.
[2] Psal. CXVIII.

sentimiento le fuese como un clavo hincado en el corazon, que le sirviese de perpetuo memorial y despertador para no desmandarse en cosa con que ofendiese los ojos de quien así temia. Por lo cual con mucha razon se dice que el temor del Señor echa fuera el pecado[1]; porque cuando se teme mucho la persona, natural cosa es temerse mucho la ofensa della.

Á este mesmo temor pertenesce temer no solo las malas obras, sino tambien las buenas, si por ventura no van tan puras y tan bien circunstancionadas como seria razon: por donde lo que de su naturaleza es bueno, por culpa nuestra deje de serlo. Por lo cual dice Sant Gregorio[2] que de buenas ánimas es temer culpa donde culpa no es; como muestra que la tenia el sancto Job, cuando decia[3]: Temia yo, Señor, todas las obras que hacia, sabiendo que no disimulas el castigo de lo mal hecho. Á este mesmo temor pertenesce que cuando estuviéremos en los oficios divinos, y en las iglesias (mayormente donde está el sanctísimo Sacramento), estémos allí, no parlando, ni paseando, ni derramando los ojos á diversas partes (como hacen muchos), sino con grande temor y acatamiento de aquella imperial Majestad ante quien estamos, la cual por una especial manera asiste en aquel lugar. Estas y otras cosas tales pertenescen á este sancto temor. Y si me preguntares cómo este sancto afecto se cria en nuestras ánimas, á esto digo que la principal raiz de do procede, es el amor de Dios, como arriba tocamos[4], despues de lo cual tambien sirve en su manera para esto el temor servil, que es principio del filial, y así lo introduce en el ánima, como la seda al hilo con que se cose el zapato. Y demás desto ayuda mucho á criar y acrescentar este sancto afecto la consideracion destas cuatro cosas: conviene saber, la alteza de la divina Majestad, la profundidad de sus juicios, la grandeza de su justicia, la muchedumbre de nuestros pecados; y especialmente la resistencia que hacemos á las inspiraciones divinas. Por

[1] Eccli. I.
[2] IX Mor. cap. 15, 16, 17. Et habetur in c. Consuluit, de observantia jejuniorum.
[3] Job, IX.
[4] Al principio deste §.

lo cual será bien algunas veces ocupar nuestro corazon en la consideracion destas cuatro cosas; porque ella es la que sirve para criar y fomentar en nuestras ánimas este sancto afecto : de lo cual tratamos mas á la larga en el capítulo veinte y ocho del libro pasado.

§ II

La tercera virtud que para esto nos sirve, es la confianza : esto es, que así como un hijo en todas las tribulaciones y necesidades que se le ofrescen (si tiene el padre rico y poderoso) está muy confiado que no le ha de faltar el socorro y providencia de su padre, así el hombre ha de tener en esta parte un corazon tan de hijo para con Dios, que considerando cómo tiene por padre aquel en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra, esté confiado en todas las tribulaciones que se le ofrescieren, que volviéndose á él, y confiando en su misericordia, le sacará de aquel trabajo, ó lo enderezará para mayor bien y provecho suyo. Porque si esta manera de confianza tiene un hijo en su padre, y con ella duerme seguro, ¿cuánto mas se debe tener en aquel que es mas padre que todos los padres, y mas rico que todos los ricos? Y si dijeres que la falta de servicios y merescimientos, y la muchedumbre de los pecados de la vida pasada te hace desmayar; el remedio es no mirar por entónces á esto, sino mirar á Dios, y mirar á su Hijo, nuestro único Salvador y medianero, para cobrar esfuerzo en él. De donde así como los que pasan un rio impetuoso (cuando se les desvanece la cabeza con la fuerza de la corriente) les damos voces, y decimos que no miren las aguas que desvanecen, sino que alcen los ojos á lo alto, y caminarán seguros; así tambien se debe aconsejar á los flacos en esta parte, avisándoles que no miren por entónces á sí, ni á sus pecados pasados. Pues dirás : ¿Á qué debo mirar para cobrar esa manera de esfuerzo y confianza? Á esto te respondo que mires primerante aquella inmensa bondad y misericordia de Dios, que se extiende al remedio de todos los males del mundo : y mira tambien la verdad de su palabra, por la cual tiene prometido favor y socorro á todos los que

invocaren humilmente su sancto nombre, y se pusieren debajo de su amparo; pues vemos que aun los mesmos enemigos que traen bandos unos con otros, no niegan su favor á los que se van á meter por sus puertas y guarescer en sus casas al tiempo del peligro. Y mira otrosí la muchedumbre de los beneficios que hasta agora tienes de su piadosa mano recibidos, y aprende de la misericordia experimentada en las mercedes pasadas, á esperar las venideras. Y sobre todo esto mira á Cristo con todos sus trabajos y merescimientos, los cuales son el principal derecho y título que tenemos para pedir mercedes á Dios; pues nos consta que estos merescimientos por una parte son tan grandes, que no pueden ser mayores, y por otra son tesoros de la Iglesia para el remedio y socorro de todas sus necesidades. Estos pues son los principales estribos de nuestra confianza: y estos los que hacian á los sanctos estar tan firmes en lo que esperaban, como el monte de Sion[1].

Mas es mucho de sentir que teniendo tan grandes motives para confiar, somos muy flacos en esta parte; pues luego como vemos el peligro al ojo, desmayamos, y nos vamos á Egipto á buscar amparo en la sombra y carros de Faraon[2]. De manera que hallaréis muchos siervos de Dios muy ayunadores, y rezadores, y limosneros, y llenos de otras virtudes; mas muy pocos que tengan aquella manera de confianza que tenia Sancta Susanna, la cual estando sentenciada á muerte, y sacándola ya para la ejecucion de la sentencia, dice la Escriptura[3] que estaba su corazon confiado en el Señor. Autoridades para persuadir esta virtud, quien las quiesiere traer, puede traer aquí toda la Escriptura Sagrada: mayormente Salmos, y Profetas: porque apénas hay en ellos cosa mas repetida que la esperanza en Dios, y la certidumbre de socorro para los que esperan en él.

[1] Psalm. CXXIV.
[2] Isai XXX.
[3] Dan. XIII.

§ III

La cuerta virtud es celo de la honra de Dios, esto es que el mayor de nuestros cuidados sea ver prosperada y adelantada la honra de Dios, y ver santificado y glorificado su nombre, y hecha su voluntad en el cielo y en la tierra : y el mayor de todos nuestros dolores sea ver que esto no se hace así, sino muy al reves. Tal era el corazon y celo que tuvieron los sanctos, en cuyo nombre fuéron dichas aquellas palabras [1] ; El celo, Señor, de la gloria de vuestra casa tiene enflaquescidas mis carnes; porque era tan grande la afliccion que por esta causa sentian, que el dolor del ánima enflaquescia el cuerpo, y corrompia la sangre, y daba muestras de sí en todo el hombre exterior. Y si nosotros tal celo tuviésemos, luego seríamos señalados en las frentes con aquella gloriosa señal de Ecequiel [2] : por la cual estaríamos libres de todos los castigos y azotes de la justicia divina.

La quinta virtud es pureza de intencion [3] : á la cual pertenesce que en todas la obras que hiciéremos, no busquemos á nosotros, ni pretendamos solo nuestro interese ; sino la gloria y beneplácito deste Señor : teniendo por cierto que así como los que juegan á la ganapierde, perdiendo ganan, y ganando pierden, así miéntras mas sin interese tratáremos en esta parte con Dios, mas ganarémos con él, y al reves. Esta es una de las cosas que habemos de mirar y examinar en nuestras obras, y de que mayores celos habemos de tener : recelando no se nos vayan por ventura los ojos á mirar en ellas otra cosa que Dios; porque la naturaleza del amor proprio (como ya dijimos) es subtil, y en todas las cosas busca á sí mesma. Muchos hay muy ricos de buenas obras, que por ventura cuando sean examinadas en el contraste de la justicia divina, se hallarán faltas desta pureza de intencion, que es aquel ojo del Evangelio, que si es claro, todo el cuerpo hace claro ; y si escuro, todo lo hace escuro [4].

[1] Psalm. CXVIII, LXVIII, etc.
[2] Ezech. IX.
[3] Luc. XI. Si oculus tuus fuerit simplex, etc.
[4] Luc. XI.

Muchas personas hay constituidas en dignidad, así en la república como en la Iglesía, que viendo como siempre la virtud en semejantes oficios es favorecida, trabajan por ser virtuosos, y vivir á ley de hombres de bien, lavando sus manos de toda vileza, y de toda cosa que pueda amancillar su honra; mas esto hacen por no caer de la reputacion en que están; por ser quistos con sus príncipes; por ser favorescidos y acrescentados en sus oficios, y llevados á otros mayores. De manera que estas obras no proceden de centella viva de amor y temor de Dios, ni tienen por fin su obediencia y su gloria; sino solo el interese y gloria propria del hombre. Pues lo que así hace, aunque á los ojos del mundo parezca algo, en los de Dios es todo humo y sombra de justicia, no verdadera justicia. Porque no son meritorias ante Dios ni las virtudes morales por sí solas, ni los trabajos corporales (aunque sea sacrificar los proprios hijos), sino solo este espíritu de amor inviado del cielo y lo que nasce desta raiz. No habia en el templo cosa que no fuese ó de oro, ó dorada: y así no es razon que haya en el templo vivo de nuestra ánima cosa que no sea caridad, ó vaya dorada con ella. Por donde el siervo de Dios no ponga tanto los ojos en lo que hace, cuanto en lo que pretende hacer; porque bajísimas obras con altísima intencion son altísimas; y altísimas con bajísima intencion son muy bajas. Porque no mira Dios tanto al cuerpo de la obra, cuanto al ánima de la intencion que procede del amor.

Esto es imitar en su manera aquel nobilísimo y graciosísimo amor del Hijo de Dios, el cual nos pide en su Evangelio[1] que le amemos de la manera que él nos amó: conviene saber, de pura gracia, y sin ninguna manera de interese. Y como entre las circunstancias desta divina caridad esta sea la mas admirable en la persona de Dios, muy dichoso será aquel que en todas las obras que hiciere, trabajare por imitarle. Y el que esto hiciere, sepa cierto que será muy amado de Dios, como muy semejante á él en la alteza de la virtud, y en la pureza de la intencion: pues la semejanza suele ser causa de amor. Por tanto desvíe el hombre sus ojos en las buenas

[1] Joan. XIII, XIV, XV.

obras que hace de todo respecto humano, y póngalos en Dios : y no consienta que la obra que tiene por premio á tal Señor, sirva para solo respecto temporal. Porque así como seria gran lástima ver una doncella nobilísima y hermosísima casada con un carbonero, siendo merescedora de un rey, así lo es, y mucho mas, ver á la virtud merescedora de Dios, empleada en adquirir por ella bienes del mundo.

Mas porque esta pureza de intencion no es fácil de alcanzar, pídala el hombre instantemente en todas sus oraciones á Dios; mayormente en aquella peticion de la oracion del Señor, cuando dice [1] que se haga su voluntad en la tierra como se hace en el cielo; para que así como todos aquellos ejércitos celestiales cumplen la voluntad de Dios con purísima intencion por solo agradarle, así procure él morando en la tierra imitar esta costumbre y policía del cielo en cuanto le sea posible : no porque no sea bueno y sancto, demás del de agradar á Dios, pretender su reino ; sino porque tanto será la obra mas perfecta, cuanto mas desnuda fuere de todo interese proprio.

## § IV

La sexta virtud es oracion, mediante la cual como hijos debemos recorrer á nuestro padre en el tiempo de la tribulacion (como hacen hasta los niños chiquitos, que con cualquier miedo ó sobresalto que tengan, luego acuden á sus padres); para que mediante ella tengamos continua memoria de nuestro padre, y andemos siempre en su presencia, y muchas veces platiquemos con él : pues todo esto está annexo á la condicion y obligacion de los buenos hijos para con sus padres. Y porque desta virtud tratamos en otros lugares, al presente no se ofresce que decir mas.

La séptima virtud despues destas es hacimiento de gracias, al cual pertenesce que tengamos un corazon muy agradescido á todos los beneficios divinos, y una lengua que la mayor parte de la vida gaste en dar gracias por ellos, di-

[1] Matth. VI.

ciendo con el profeta [1]: Bendeciré yo al Señor en todo tiempo, y en mi boca estará siempre su alabanza. Y en otro lugar [2]: Sea Señor, mi boca llena de tus alabanzas; para que todo el dia gaste en cantar tu gloria. Porque si siempre está el Señor dándonos vida, y conservándonos en el sér que nos dió, y lloviendo perpetuamente sobre nosotros beneficios con el movimiento de los cielos, y con el continuo servicio de todas las criaturas; ¿ qué mucho es estar siempre alabando á quien siempre está conservando, y preservando, y gobernando, y haciéndonos mil bienes? Sea pues este el primero de todos nuestros ejercicios, y por donde (como aconseja Sant Basilio) comencemos ordinariamente nuestras oraciones: de tal manera que á la mañana, y á la noche, y al mediodía, y á todos los tiempos, siempre démos al Señor gracias por todos sus beneficios, así generales como particulares, así de naturaleza como de gracia; y mucho mas por aquel beneficio de beneficios y gracia de gracias, que fué hacerse hombre, y derramar toda cuanta sangre tenia por las hombres [3], y haber querido quedarse mediante el santísimo Sacramento del altar en nuestra compañía; considerando principalmente en estos beneficios esta circunstancia que acabamos de decir: conviene saber, que es Señor de todo lo criado el que esto hacia, el cual ningun interese podia en todo esto pretender, y así hizo todo cuanto hizo por pura bondad y amor. Desta materia habia mucho que decir; pero porque ya della tratamos en otra parte hablando de los beneficios divinis [4], esto bastará para el presente lugar.

## § V

### De cuatro grados de obediencia.

La octava virtud que para con este celestial Padre nos ordena, es una general obediencia á todo lo que él manda;

[1] Psalm xxxiii.
[2] Ibid. lxx.
[3] Luc. xviii.
[4] Al principio deste libro, en el libro de la Oracion en la consideracion del Domingo en la noche.

en la cual consiste el cumplimiento y summa de toda justicia. Esta virtud tiene tres grados. El primero, obedescer á los mandamientos divinos; el segundo, á los consejos; el tercero, á las inspiraciones y llamamientos de Dios. La guarda de los mandamientos de todo punto es necesaria para la salud; la de los consejos ayuda para la de los mandamientos, sin la cual muchas veces suele correr peligro. Porque el no jurar (aunque sea verdad) sirve para no jurar cuando sea mentira; el no pleitear, para no perder la paz y la caridad; el no poseer cosa propria, para estar mas seguro de cobdiciar la ajena ; y el hacer bien á quien nos hace mal, para estar mas léjos de procurarle, ó hacerle mal. Desta manera los consejos sirven como de antemuro á los preceptos; y por esto el que desea acertar, no se contente con la guarda de lo uno, sino trabaje (segun le fuere posible, y segun la condicion de su estado) por guardar lo otro. Porque así como el que pasa un rio impetuoso, no se contenta con atravesar por medio del rio, sino ántes sube hácia arriba, y corta el agua contra la corriente, por estar mas seguro de irse tras ella : así el siervo de Dios no solo ha de poner los ojos en aquello que punctualmente basta para salvarse, sino debe tomar el negocio mas de atras; porque si no saliere con lo que pretende (que es lo mejor), á lo ménos llegue á lo que cumple para su salud, que es lo que basta.

El tercero grado dijimos que era obedescer á las inspiraciones divinas; pues los buenos servidores no sólo obedescen á lo que su señor les manda por palabras, sino tambien á lo que les significa por señales. Y porque en esto podria haber engaño, tomando por inspiracion divina la que podria ser humana ó diabólica, por esto nos conviene hacer aquí aquello que dice Sant Joan [1]. No querais creer á todo espíritu; sino probad los espíritus si son de Dios. Y para esto (demás del contraste de la Escriptura Divina, y de la doctrina de los sanctos, en el cual se han de examinar estas cosas), podrás guardar esta regla general, que como haya dos maneras de servicios de Dios, unos voluntarios, y otros obligatorios,

[1] I Joan. IV.

cuando estos acaesciere encontrarse, siempre han de preceder los obligatorios á los voluntarios, por muy grandes y muy meritorios que sean. Y así se ha de entender aquella sentencia tan celebrada de Samuel, que dice [1] : Mas vale la obediencia que el sacrificio, porque primero quiere Dios que el hombre obedezca á su palabra, y despues le haga todos los servicios que quisiere, sin perjuicio de su obediencia.

Y por servicios necesarios entendemos primeramente la guarda de los mandamientos de Dios, sin la cual no hay salud. Lo segundo, la guarda de los mandamientos de aquellos que están en su lugar, pues quien á estos resiste, resiste á la ordenacion de Dios [2]. Lo tercero, la guarda de todas aquellas cosas que están annexas al estado de cada uno, como son las obligaciones que tiene el prelado en su estado, y el religioso y el casado en el suyo. Lo cuarto, la de aquellas cosas que aunque no sean absolutamente necesarias, ayudan grandemente á la conservacion de las necesarias, porque tambien estas participan alguna manera de necesidad por razon de las otras. Pongamos ejemplo. Tienes tú ya experiencia de mucho tiempo, que cuando cada dia tienes un pedazo de recogimiento para entrar dentro de ti mesmo, y examinar tu consciencia, y tratar con Dios del remedio della, traes la vida mas concertada, y eres mas señor de ti y de tus pasiones, y estás mas hábil y prompto para toda virtud, y por el contrario, que cuando faltas en este, luego desfallesces, y desbarras en muchas faltas, y te ves en peligro de volver á las costumbres pasadas, porque aun no tienes suficiente caudal de gracia, ni estás aun del todo fundado en la virtud ; y por esto, como el pobre que el dia que no lo gana, no lo come, así tú el dia que no te dan este socorro de devocion, quedas ayuno, y flaco, y fácil para caer en las cosas menores, que disponen para las mayores. Pues en tal caso debes entender que Dios te llama á este ejercicio ; pues ves que comunmente por este medio te ayuda, y sin él sueles desfallescer. Esto digo, no para que entiendas aquí necesidad de

[1] Reg. xv.
[2] Rom. XIII.

precepto; sino necesidad de un muy conveniente medio para mejor responder á tu profesion.

Item, eres regalado y amigo de ti mesmo, y enemigo de cualquier trabajo y aspereza, y ves que por esto se impide mucho tu aprovechamiento; porque por esta causa dejas de entender en muchas obras virtuosas, por ser trabajosas, y desbarras en muchas culpables, por ser deleitables: en este caso entiende que el Señor te llama á la fortaleza, y á la aspereza y mal tratamiento de tu cuerpo, y al trabajo de la mortificacion de todos tus gustos y apetitos; pues ves por experiencia lo que te importa este negocio. Desta manera puedes discurrir por todas aquellas obras cuyo ejercicio te hace mayor provecho, y cuya falta te hace mayor falta, y á esas entiende que te llama nuestro Señor; aunque en esto y en todas las cosas debes siempre seguir el consejo de los mayores.

De lo dicho paresce que para acertar á escoger no ha de poner el hombre los ojos en lo que de suyo es mejor, sino en lo que para él es mejor y mas necesario; porque muchas obras hay altísimas, y de grandísima perfeccion, que no serán por eso mejores para mí, aunque sean mejores en sí, porque no tengo yo fuerzas para ellas, ni soy llamado para eso. Y por tanto cada uno permanezca en su llamamiento [1], y se mida consigo mesmo, y ponga los ojos en lo que mas le arma, y no los extienda á lo que de todo en todo excede sus fuerzas, como lo aconseja el Sabio, diciendo [2]: No levantes los ojos á las riquezas que no puedes alcanzar; porque tomarán alas como de águila, y volarán al cielo. Y á los que hacen lo contrario reprehende el profeta, diciendo [3]: Mirastes á lo mas, y convirtióseos en ménos: abarcastes mucho, y apretastes poco.

Esta es la ley que se ha de guardar entre los servicios voluntarios y obligatorios; mas entre los que son voluntarios podrás tener la siguiente. Entre esta manera de servicios unos son públicos, y otros secretos; de unos se nos sigue

[1] I Cor. VII.
[2] Prov. XXIII.
[3] Agg. I.

honra, interese y deleite, y de otros no. Pues entre estos (si quieres no errar) siempre debes tener un poco mas de recelo de los públicos que de los secretos, y de los que traen algun interese que de los que no lo traen. Porque (como ya muchas veces dijimos) la naturaleza del amor proprio es muy sutil, y siempre busca á sí mesma aun en los muy altos ejercicios. Por lo cual decia un religioso varon : ¿ Sabeis dónde está Dios? donde no estais vos. Dando á entender que aquella era mas puramente obra de Dios, donde no se hallaba interese proprio ; porque aquí no paresce que se busca ni se pretende otra cosa que Dios. Y no digo esto para que de tal manera declinemos á este extremo, que siempre hayamos de acudir á él (porque en el otro puede haber, y hay muchas veces mayor mérito, y mayor razon de obligacion con todos esos contrapesos) ; sino para dar aviso de las malicias y resabios del amor proprio, para que no todas veces el hombre se fie dél, aunque venga con máscara de virtud.

Estos tres grados abraza en sí la obediencia perfecta : los cuales por ventura significó el apóstol, cuando dijo [1] : No querais, hermanos mios, ser imprudentes, sino discretos y avisados para entender cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta : donde paresce comprehender estos tres grados de obediencia ; porque buena es la obediencia de los preceptos, y agradable la de los consejos, y perfecta la de las inspiraciones y llamamientos divinos ; porque entónces habrá llegado el hombre á la perfeccion de la obediencia, cuando hubiere puesto por obra todo lo que Dios le manda, aconseja é inspira.

Á estos tres grados se añade el cuarto, que es una perfectísima conformidad con la divina voluntad en todo lo que ordenare de nosotros ; caminando con igual corazon por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama, por salud ó por enfermedad, por muerte ó por vída; abajando humildemente la cabeza á todo lo que él ordenare de nos ; y tomando con igual corazon los azotes y los regalos, los favores y los disfavores de su mano ; no mirando lo que nos da,

[1] Rom. XII.

sino quien lo da, y el amor con que lo da, pues no con menor amor azota el padre á su hijo, que le regala cuando ve que le cumple.

El que estos cuatro grados de obediencia tuviere, habrá alcanzado aquella resignacion que tanto engrandescen los maestros de la vida espiritual : la cual de tal manera subjecta y pone un hombre en las manos de Dios, como un poco de cera blanda en las manos de un artífice. Y llámase resignacion, porque así como un clérigo que resigna un beneficio, totalmente se desposee dél, y lo entrega en manos del prelado para que disponga dél á su voluntad, sin contradiccion del primer poseedor : así el varon perfecto se entrega de tal manera en las manos de Dios, que no quiere ya ser mas suyo, ni vivir para sí, ni comer, ni dormir, ni trabajar para sí, sino para gloria de su Criador : conformándose con su sanctísima voluntad en todo lo que dispusiere dél, y tomando de su mano con igual corazon todos los azotes y trabajos que le vinieren : desposeyéndose de sí, y de su propria voluntad para cumplir enteramente la de aquel Señor cuyo esclavo conosce que es por mil titulos que para esto hay. Así muestra David que estaba resignado, cuando decia [1] : Así como un jumento soy, Señor, ante ti, y yo siempre estoy contigo. Porque así como la bestia no va por donde quiere, ni descansa cuando quiere, ni hace lo que quiere, sino en todo y por todo obedesce al que la rige ; así tambien lo ha de hacer el siervo de Dios, subjectándose perfectamente á él. Esto mesmo significó el profeta Isaías, cuando dijo [2] : El Señor me habló al oído, y yo no le contradigo, ni doy paso atras, rehusando lo que el me manda por muy áspero y dificultoso que sea. Esto mesmo nos enseñan por figura aquellos misteriosos animales de Ecequiel [3], de quien se escribe que á do quiera que sentian el impetu y movimiento del Espíritu Sancto, luego se movian con gran lijereza, sin tornar atras : para significar en esto con cuánta promptitud y alegría debe el hombre acudir á

[1] Psalm. LXXII.
[2] Isai. L.
[3] Ezech. I.

todo aquello que entendiere ser la voluntad de Dios. Para lo cual no solo se requiere promptitud de voluntad, sino tambien discrecion de entendimiento, y discrecion de espíritu (como dijimos), para que no nos engañemos abrazando nuestra propria voluntad por la suya. Ántes (regularmente hablando) todo aquello que fuére muy conforme á nuestro gusto, debemos tener por sospechoso; y lo que fuére contra él, por mas seguro.

Este es el mayor sacrificio que el hombre puede hacer á Dios, porque en los otros sacrificios ofresce sus cosas; mas en este ofresce á sí mesmo; y cuanto va del hombre á las cosas del hombre, tanto va deste sacrificio á los otros sacrificios. Y en este tal se cumple aquello que Sant Augustin dice: conviene saber, que aunque Dios sea Señor de todas las cosas, mas no es de todos decir aquellas palabras de David [1]: Tuyo soy yo, Señor; sino de solos aquellos que desposeidos de sí mesmo, totalmente se entregaron al servicio deste Señor, y así se hicieron suyos. Es otrosí esta la mayor dísposicion que hay para alcanzar la perfeccíon de la vida cristiana; porque como Dios nuestro Señor por su infinita bondad esté siempre aparejado para enriquecer y reformar el hombre, cuando este por su parte no le resiste ni contradice, ántes se entrega todo á su obediencia, fácilmente puede obrar en él todo lo que quiere, y hacerlo (como á otro David) hombre segun su corazon [2].

## § VI

### De la paciencia en los trabajos.

Para alcanzar este último grado de obediencia aprovecha mucho la última virtud que al principio deste capítulo propusimos: que es la paciencia en los trabajos que nuestro piadoso Padre muchas veces nos envía, así para nuestro ejercicio, como para materia de merescimiento. Á la cual pa-

[1] Psalm. cxv.
[2] I Reg. XIII.

ciencia nos convida Salomon en sus Proverbios, diciendo [1]: Hijo mio, no deseches la disciplina y castigo del Señor, ni desmayes cuando eres castigado dél; porque los que él ama, castiga, y huelga con ellos, como padre con sus hijos. La cual sentencia prosigue y declara muy por extenso el apósto en la carta que escribe á los hebreos, exhortándolos á paciencia por estas palabras [2]: Perseverad, hermanos, en la disciplina y castigo paternal de Dios, considerando que él en esto os trata como á hijos. Porque ¿qué hijo hay que no sea castigado de su padre? Porque si caresceis deste castigo, por el cual han pasado todos los hijos de Dios, síguese que sois hijos de otro padre, y no de Dios. Acordáos que nuestros padres carnales nos castigaban y enseñaban; á los cuales teníamos reverencia: ¿pues no será mas razon que obedezcamos al padre de los espíritus, para que vivamos?

Todas estas palabras nos dan claramente á entender como el oficio de padres es castigar y emendar á sus hijos; y así el de los buenos hijos ha de ser abajar humildemente la cabeza, y tener aquel castigo por grandísimo beneficio, por testimonio de amor y corazon paternal. Esto nos enseñó con su ejemplo el unigénito Hijo del Eterno Padre, cuando queriendo Sant Pedro librarlo de la muerte, dijo [3]: ¿El cáliz que me dió mi Padre, no quieres que beba? Como si dijera: Si este cáliz viniera por otra mano, tuvieras algun color de contradecirlo; mas viniendo por mano de un tal Padre, que tan bien sabe, y puede, y quiere ayudar á los que tiene por hijos, ¿cómo no se beberá tal cáliz cerrados los ojos, sin querer saber mas de que viene por él?

Mas con todo esto hay algunos que en tiempo de paz están á su parescer subjectos á este Padre, y conformes en todo con su voluntad; los cuales en el tiempo de la adversidad desmayan, y dan bien á entender que era falsa y engañosa aquella conformidad, pues al tiempo del menester la perdieron: como hacen los hombres pusilánimes y cobardes, que en tiempo de paz muestran grande ánimo, mas al tiempo de

[1] Prov. III.
[2] Hebr. XII.
[3] Joan. XVIII.

la pelea pierden el corazon y las armas. Y pues los combates y tribulaciones desta vida son tan continuas, será bien armar á los tales con espirituales armas, de las cuales se puedan ayudar en los tales tiempos.

Pues para esto primeramente puedes considerar que no igualan los trabajos desta vida con la grandeza de la gloria que por ellos se alcanza. Porque tanta es el alegría de aquella luz eterna, que puesto que no pudiésemos gozar della mas que por una sola hora, debríamos abrazar de buena gana todos los trabajos, y despreciar todos los contentamientos del mundo por ella. Porque, como dice el apóstol [1], el trabajo momentáneo y liviano de nuestra tribulacion es materia de un inestimable peso de gloria que por él se nos da en el cielo.

Considera tambien que las cosas prósperas muchas veces estragan el corazon con soberbia, y las adversas por el contrario le purifican con el dolor : en aquellas se levanta el corazon ; en estas, aunque esté levantado, se humilla : en aquellas se olvida el hombre de sí mesmo, y en estas ordinariamente se acuerda de Dios; por aquellas muchas veces las buenas obras hechas se pierden, por estas las culpas cometidas en muchos años se limpian, y el ánima se conserva para no caer en otras.

Y si por ventura te aprietan algunas enfermedades, debes de presuponer que muchas veces entendiendo nuestro Señor los males que haríamos teniendo salud, nos corta las alas, é inhabilita para ellos con la enfermedad ; y mucho mas nos importa estar así quebrantados con la dolencia, que perseverar sanos en nuestra malicia ; pues mas vale, como el mesmo Señor dice [2], entrar en la vida eterna cojo ó manco, que con dos piés y dos manos ser echados en los fuegos eternos. Porque claro está que nuestro misericordioso Señor no se deleita con nuestros tormentos, mas huelga de curar nuestras enfermedades con medicinas contrarias, para que los que adolecímos con deleites, convalezcamos con dolores, y los que caímos cometiendo cosas ilícitas, nos levante-

[1] II Cor. IV.
[2] Matth. XVIII.

mos caresciendo aun de las lícitas. Por donde entenderás cómo aquella soberana bondad se aíra en este mundo, por no airarse en el otro; y por eso agora misericordiosamente usa de rigor, porque despues no tome justa venganza. Porque, como dice Sant Hierónimo [1], muy grande ira es no airarse Dios contra los pecadores; y así quien no quisiere aquí ser azotado con los hijos, será en el infierno condenado con los demonios. Por lo cual con mucha razon exclama Sant Bernardo, diciendo: Señor, aquí me quema, aquí me cauteriza, para que en el otro me perdones. En esto pues verás con cuánta diligencia mira por ti el Criador de todas las cosas; pues no te deja de la mano, ni te suelta la rienda para cumplir tus malos deseos. Los médicos del cuerpo [2] fácilmente conceden á los desahuciados todo lo que desean; mas al que tiene remedio, danle dieta, y mándanle que se refrene de todo lo que le puede dañar. Los padres otrosí quitan á los hijos traviesos el dinero con que juegan: á los cuales despues dejan toda su hacienda. Lo mesmo pues hace tambien en su manera con nosotros aquel soberano médico de nuestras ánimas, y aquel que es padre sobre todos los padres.

Allende desto considera cuántas y cuán grandes afrentas sufrió nuestros Redemptor de aquellos mesmos que él habia criado; cuántos escarnios, cuántas bofetadas, cuán pacientemente tuvo descubierto su rostro á aquellas infernales bocas de los que le escupian: cuán mansamente dejó traspasar su cabeza con las espinas que le hincaban; cuán de buena voluntad recibió para remedio de su sed aquel amargo brebaje que le dieron; con qué silencio sufrió ser adorado por escarnio; y finalmente con cuánto fervor y paciencia corrió hasta la muerte por librarnos de la muerte. Pues no te debe parescer áspero que tú, vil hombrecillo, sufras los azotes que él te quisiere dar por tus pecados, pues él sufrió tantos por los tuyos, y no quiso salir desta vida sin azotes, viniendo á ella sin pecados; porque así convenia que

[1] Super psalm. CXL ad v. 5.
[2] Similitudo D. Gregorii XXI Morr, c. 4.

Cristo padesciese y entrase en su gloria [1], para enseñar por la obra lo que el apóstol dice por palabra [2]: No será coronado sino el que legitimamente peleare. Por lo cual mucho mejor es sufrir aquí los males presentes con paciencia, donde aprovechan para perdon de la culpa, y acrescentamiento de gloria, que sufrirlos impacientemente con mayor trabajo, y sin esperanza de fructo; pues que quieras, ó no quieras, los has de pasar cuando quisiere Dios, á cuyo poder nada resiste.

Mas sobre todas estas consideraciones y remedios añadiré el postrero y mas eficaz: conviene saber, que para conservar esta paciencia ande el hombre siempre reparado y prevenido para todas las adversidades y desgustos que por cualquier parte le puedan venir. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de un mundo tan malo, y de una carne tan frágil, y de la invidia de los demonios, y de la malicia de los hombres, sino continuos desgustos, y sobresaltos no pensados? Pues contra todos estos accidentes ha de andar el va ron prudente apercebido y armado, como quien anda en tierra de enemigos; de lo cual sacará dos grandes provechos: el primero, que llevará mas lijeramente los trabajos, teniéndolos desta manera prevenidos, porque, como dice Séneca, mas blanda suele ser la herida del golpe que se ve de léjos. Lo cual nos aconseja el Ecclesiástico, cuando dice [3]: que ántes de la enfermedad aparejemos la medicina: que es como quien se sangra en sanidad. El segundo provecho es, que todas las veces que esto hiciere, entienda que hace á Dios un sacrificio muy semejante en su manera al del patriarca Abraham, cuando estuvo aparejado para sacrificar á su hijo Isaac [4]. Porque todas las veces que el hombre presupone que ó por parte de Dios ó de los hombres le pueden venir tales trabajos ó desgustos, y él como siervo de Dios se dispone y apareja para recebirlos con toda humildad y paciencia; y para esto se resigna en las manos de su

[1] Luc. xxiv.
[2] II Tim. ii.
[3] Eccli. xviii.
[4] Genes. xxii.

Señor, acceptando y tomando dellas todo lo que por cualquier via destas le viniere, como hizo David las injurias de Semeí, las cuales tomó como si Dios se las enviara [1]: entienda cierto que cada vez que esto hace, hace un sacrificio muy agradable á Dios; y que tanto meresce con la promptitud de la voluntad sin la obra, como con la mesma obra.

Para lo cual se debe el hombre acordar que una de las principales partes de la profesion cristiana es esta. Así lo testifica Sant Pedro, diciendo [2]: Que ninguno desmaye en los trabajos, pues todos sabemos que para esto estamos diputados. Piense pues el cristiano que vive en este mundo, que es como una roca que está en medio de la mar, la cual es perpetuamente combatida de diversas ondas, pero ella persevera siempre sin moverse en un lugar. Esto se ha dicho tan por extenso, porque como toda la profesion de la Vida Cristiana, segun dice Sant Bernado [3], se divida en dos partes, que es en hacer bienes, y padescer males : claro está que la segunda es mas dificultosa que la primera, y por esto aquí convenia poner mayor recaudo, donde es mayor peligro.

Mas aquí es de notar que en esta virtud de la paciencia señalan los sanctos doctores tres grados excelentes (aunque cada uno mas perfecto que el otro). Entre los cuales el primero es llevar los trabajos con paciencia ; el segundo desearlos por amor de Cristo ; el tercero alegrarse en ellos por la mesma causa. Por lo cual no se debe el siervo de Díos contentar con aquel primer grado de paciencia ; sino del primero trabaje por subir al segundo, y puesto en este, no descanse hasta llegar al tercero. El primero grado se ve claramente en la paciencia del sancto Job [4]; el segundo en el deseo que tuvieron algunos mártires del martirio; el tercero en el alegría que recibieron los apóstoles por haber sido merescedores de padescer injuria por el nombre de Cristo [5]. Y este mesmo tuvo el apóstol, cuando en una parte

[1] II Reg. XVI.
[2] I Petr. II.
[3] Serm. I apostolorum Petri et Pauli, infra medium.
[4] Job, I, II.
[5] Act. V.

dice [1], que se gloriaba en las tribulaciones; en otra [2], que se alegraba en sus enfermedades, en angustias, en azoes, etc., por Cristo; en otra [3], donde (trantado de su prision) pide á los filipenses que le sean compañeros en el alegría que tenia por verse preso en aquella cadena por Cristo. Y esta mesma gracia escribe él [4] que fué dada en aquellos tiempos á los fieles de la iglesia de Macedonia, los cuales tuvieron abundantísima alegría en medio de una grande tribulacion que les sobrevino. Este es uno de los altos grados de paciencia, y de caridad, y perfeccion, adonde una criatura puede llegar: al cual grado llegan muy pocos, y por esto no obliga Dios á nadie debajo de precepto á él, así como ni al pasado.

Verdad es que no se entiende por esto que nos hayamos de alegrar en las muertes, y calamidades, y trabajos de nuestros prójimos, ni ménos de nuestros parientes y amigos, y mucho ménos de la Iglesia; porque la mesma caridad que nos pide alegría en lo uno, nos mueve á tristeza y compasion en lo otro; pues ella es la que sabe gozar con los que gozan y llorar con los que lloran [5]; como vemos que lo hacian los profetas [6], los cuales gastaban toda la vida en llorar y sentir las calamidades y azotes de los hombres.

Pues quien quiera que estas nueve condiciones ó virtudes tuviere, tendrá para con Dios corazon de hijo, y habrá cumplido enteramente con esta postrera y summa parte de justicia, que da á Dios lo que se le debe.

## CAPÍTULO XVIII.

### De las obligaciones de los estados.

Dicho ya en general de lo que conviene á todo género de personas, convenia decender en particular á tratar de lo que á cada uno conviene en su estado; mas porque este seria

[1] Rom. v.
[2] II Cor. xi.
[3] Philip. ii.
[4] II Cor. viii.
[5] Rom. xii.
[6] Jerem. ix.

largo negocio, por agora bastará avisar brevemente que demas de lo susodicho debe tener cada uno respecto á las leyes y obligaciones de su estado, las cuales son muchas y diversas, segun la diversidad de los estados que hay en la Iglesia. Porque unos son prelados, otros súbditos, otros casados, otros religiosos, otros padres de familia, etc. Y para cada uno destos hay una ley por sí.

El prelado, dice el apóstol [1], que ejercite su oficio con toda solicitud y vigilancia. Y lo mesmo le aconseja Salomon, cuando dice [2] : Hijo mio, si te obligaste y saliste por fiador de algun amigo tuyo, mira que has tomado sobre ti una grande carga ; y por esto discurre, date prisa, despierta á tu amigo, no dés sueño á tus ojos, ni dejes plegar tus párpados hasta poner el negocio en tales términos, que salgas bien desa obligacion. Y no te maravilles que este sabio pida tanta solicitud sobre este caso ; porque por dos causas suelen tener los hombres grande solicitud en la guarda de las cosas : ó porque son de grande valor, ó porque están en gran peligro : y ambas concurren en el negocio de las ánimas, en tan subido grado, que ni el precio puede ser mayor, ni tampoco el peligro : por donde conviene que sean guardadas con grandísimo recaudo.

El súbdito ha de mirar á su prelado, no como á hombre, sino como á Dios ; para reverenciarle, y hacer lo que manda, con aquella promptitud y devocion que lo hiciera si se lo mandara Dios. Porque si el señor á quien yo sirvo, me manda obedescer á su mayordomo ; cuando obedezco al mayordomo, ¿ á quién obedezco sino al señor ? Pues si Dios me manda obedescer al prelado, cuando hago lo que el prelado manda, ¿ á quien obedezco, al prelado, ó á Dios ? Y si Sant Pablo quiere [3] que el siervo obedezca á su señor, no como á hombre, sino como á Cristo : ¿ cuánto mas el súbdito á su prelado, á quien subjectó el vínculo de la obediencia ?

En esta obediencia ponen tres grados : el primero, obedescer con sola obra ; el segundo, con obra y con voluntad ;

1 Rom. XII.
2 Prov. VI.
3 Ephes. VI.

el tercero, con obra, voluntad y entendimiento. Porque algunos hacen lo que les mandan; mas ni les paresce bien lo mandado, ni lo hacen de voluntad: otros lo hacen, y de buena voluntad; mas no les paresce acertado lo que se les manda: otros hay que (captivando su entendimiento en servicio de Cristo) obedescen al prelado como á Dios, que es con obra, voluntad y entendimiento; haciendo lo que les manda voluntariamente, y aprobando lo que se manda humilmente, sin se querer hacer jueces de aquellos de quien han de ser juzgados.

Así que, hermano mio, con todo estudio trabaja por obedescer á tu prelado, acordándote que está escripto [1]: El que á vosotros oye, á mí oye; y el que á vosotros desprecia, á mí desprecia. No pongas jamás la boca en ellos; porque no te sea dicho de parte del Señor [2]: No es vuestra murmuracion contra nosotros, sino contra Dios. No los tengas en poco; porque no te diga el mesmo Señor [3]: No despreciaron á ti, sino á mí, para que no reine sobre ellos. No trates con ellos con falsedad y doblez; porque no te sea dicho [4]: No mentiste á los hombres, sino á Dios; y así pagues con arrebatada muerte la culpa de tu atrevimiento, como los que esto hicieron.

La mujer casada mire por el gobierno de su casa, por la provision de los suyos, por el contentamiento de su marido, y por todo lo demás; y cuando hubiere satisfecho á esta obligacion, extienda las velas á toda la devocion que quisiere, habiendo primero cumplido con las obligaciones de su estado.

Los padres que tienen hijos, tengan siempre ante los ojos aquel espantoso castigo que recibió Helí por haber sido negligente en el castigo y enseñanza de sus hijos [5]: cuya negligencia castigó Dios, no solo con las arrebatadas muertes dél y dellos, sino tambien con privacion perpetua del summo sacerdocio, que por esto le fué quitado. Mira que los pecados del hijo son pecados (en su manera) tambien del padre, y la per-

[1] Luc. x.
[2] Exod. xvi.
[3] I Reg. viii
[4] Act. v.
[5] I Reg. iv.

dicion del hijo es perdicion de su padre ; y que no meresce nombre de padre el que habiendo engendrado á su hijo para este mundo, no le engendra para el cielo. Castíguelo, avísele, apártele de malas compañías, búsquele buenos maestros, críele en virtud, enseñele dende su ñiñez con Tobías á temer á Dios [1] ; quiébrele muchas veces la propria voluntad, y pues ántes que nasciese le fué padre del cuerpo, despues de nascido séale padre del ánima. Porque no es razon que se contente el hombre con ser padre de la manera de los pájaros y los animales, que son padres que no hacen mas que dar de comer, y sustentar sus hijos. Séale padre como hombre, y como hombre cristiano, y como verdadero siervo de Dios, que cria su hijo para hijo de Dios, heredero del cielo, y no para esclavo de Satanas, y morador del infierno.

Los señores de familia que tienen criados y esclavos, acuérdense de aquella amenaza de Sant Pablo que dice [2] : Si alguno no tiene cuidado de sus domésticos y familiares, este tal negado ha la fe (que es la fidelidad que debiere guardar), y es peor que un hombre desleal. Acuérdese que estos son como ovejas de su manada, y que él es como pastor y guarda dellas (mayormente de los que son esclavos), y piense que algun tiempo le pedirán cuenta dellos, y le dirán [3] : ¿Dónde esta la grey que te fué encomendada y el ganado noble que tenias á tu cargo ? Y llamólo con mucha razon noble ; por causa del precio con que fué comprado, y por la sacratísima humanidad de Cristo con que fué ennoblecido ; pues ningun esclavo hay tan bajo, que no sea libre y noble por la humanidad y sangre de Cristo. Tenga pues el buen cristiano cuidado que los que tiene en su casa estén libres de vicios conoscidos, como son enemistades, juegos, perjurios, blasfemias y deshonestidades. Y demás desto, que sepan la doctrina cristiana, y que guarden los mandamientos de la Iglesia, y señaladamente el de oir misa domingos y fiestas, y ayunar los dias que son de ayuno, si no tuvieren algun legítimo impedimento, segun que arriba fué declarado.

[1] Tob. I.
[2] I Tim. V.
[3] Jerem. XIII.

## CAPÍTULO XIX

### Aviso primero : de la estima de las virtudes, para mayor entendimiento desta regla.

Así como al principio desta regla pusimos algunos preámbulos que para ántes della se requerian, así despues della conviene dar algunos avisos para que mejor se entienda lo contenido en ella. Porque primeramente (como aquí se haya tratado de muchas maneras de virtudes) es necesario declarar la dignidad que tienen unas sobre otras ; para que sepamos estimar cada cosa en lo que es, y dar á cada una su lugar. Porque así como el que trata en piedras preciosas, conviene que entienda el valor dellas (porque no se engañe en el precio); y así como el mayordomo de un señor conviene que sepa los méritos de los que tiene en su casa, para que trate á cada uno segun su merescimiento (porque lo contrario seria desórden y confusion) : así el que trata en las piedras preciosas de las virtudes, y el que como buen mayordomo ha de dar á cada una su derecho, conviene que para esto tenga muy entendido el precio dellas; para que cuando las cosas se encontraren, sepa cuáles ha de anteponer á cuáles : porque no venga á ser (como dicen) allegador de la ceniza, y derramador de la harina, como á muchos acontesce.

Pues para esto es de saber que todas las virtudes de que hasta aquí habemos tratado, se pueden reducir á dos órdenes; porque unas son mas espirituales é interiores, y otras mas visibles y exteriores. En la primera órden ponemos las virtudes teologales, con todas las otras que señalamos para con Dios, y principalmente la caridad, que tiene el primer lugar (como reina) entre todas ellas. Y con estas se juntan otras virtudes muy nobles y muy vecinas á estas, que son humildad, castidad, misericordia, paciencia, discrecion, pobreza de espíritu, menosprecio del mundo, negamiento de nuestra propria voluntad, amor de la Cruz y aspereza de Cristo, y otras semejantes á estas, que llamamos aquí (extendido este vocablo) virtudes. Y llamamos las espirituales inte-

riores, porque principalmente residen en al ánimo ; puesto caso que proceden tambien á obras exteriores, como paresce en la caridad y religion para con Dios, que aunque sean virtudes interiores, producen tambien sus actos exteriores para honra y gloría del mesmo Dios.

Otras virtudes hay que son mas visibles y exteriores, como son : el ayuno, la disciplina, el silencio, el encerramiento, el leer, rezar, cantar, peregrinar, oir misa, asistir á los sermones y oficios divinos, con todas las otras observancias y cerimonias corporales de la vida cristiana ó religiosa; porque aunque estas virtudes estén en el ánimo, pero los actos proprios dellas salen mas afuera que los de las otras, que muchas veces son ocultos é invisibles, como son, creer, amar, esperar, contemplar, humillarse interiormente, dolerse de los pecados, juzgar discretamente, y otros actos semejantes.

Entre estas dos maneras de virtudes no hay que dudar sino que las primeras son mas excelentes y necesarias que las segundas, con grandísima ventaja. Porque, como dijo el Señor á la Samaritana [1] : Mujer, créeme que es llegada la hora cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad ; porque el Padre tales quiere que sean los que le adoran. Espíritu es Dios ; y por eso los que le adoran, en espíritu y en verdad conviene que le adoren. Esto es en romance claro lo que canta aquel versico tan celebrado en las escuelas de los niños. Pues que Dios es espíritu (como las Escripturas nos lo enseñan), por eso conviene que sea honrado con puresa y limpieza de espíritu. Por esto el profeta David, describiendo la hermosura de la Iglesia, ó del ánima que está en gracia, dice [2] que toda la gloria y hermosura della está allá dentro escondida, donde está guarnecida con fajas de oro, y vestida de diversos colores de virtudes. Lo mesmo nos significó el apóstol cuando dijo á su discípulo Timoteo [3] : Ejercítate en la piedad, porque el ejercicio corporal para pocas cosas es provechoso ; mas la piedad para todo vale, pues á ella se prometen los bienes

[1] Joan. IV.
[2] Psalm. XLIV.
[3] I Tim. IV.

desta vida y de lo otra. Donde por la piedad entiende el culto de Dios, y la misericordia para con los prójimos; y por el ejercicio corporal la abstinencia, y las otras asperezas corporales, como Sancto Tomas declara sobre este paso.

Entendienron esta verdad hasta los filósofos gentiles; porque Aristóteles, que tan pocas cosas escribió de Dios, con todo eso dijo: Si los dioses tienen cuidado de las cosas humanas (como es razon que se crea), cosa verisímil es que se huelguen con la cosa mas buena, y mas semejante á ellos, y esta es la mente ó el espíritu del hombre; y por esto los que adornaren este espíritu con el conoscimiento de la verdad, y con la reformacion de afectos, estos han de ser muy agradables á Dios. Lo mesmo sintió maravillosamente el príncipe de los médicos, Galeno, el cual tratando en un libro de la composicion y artificio del cuerpo humano, y del uso y aprovechamiento de sus partes, y llegando á un paso donde singularmente resplandescia la grandeza de la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano, arrebatado en una profunda admiracion de tan grandes maravillas, como olvidado de la profesion de médico, y pasando á la de teólogo, exclamó diciendo: Honren los otros á Dios con sus hecatombas (que son sacrificios de cien bueyes): yo le honraré reconosciendo la grandeza de su saber, que tan altamente supo ordenar las cosas; y la grandeza de su poder, que tan enteramente pudo poner por obra todo lo que ordenó; y la grandeza de su bondad, la cual de ninguna cosa tuvo invidia á sus criaturas, pues tan cumplidamente proveyó á cada una de todo lo que habia menester sin alguna falta. Esto dijo el filósofo gentil. Dime, ¿qué mas pudiera decir un perfecto cristiano? ¿qué mas dijera si hubiera leido aquel dicho del profeta[1]: Misericordia quiero, y no sacrificio; y conoscimiento de Dios, mas que holocaustos? Muda las hecatombas en holocaustos, y verás la concordia que tuvo aquí el filósofo gentil con este profeta.

Mas con todos estos loores que se dan á estas virtudes, las otras que pusimos en la segunda órden, dado caso que en la

[1] Osee, VI.

dignidad sean menores, pero son importantísimas para alcanzar las mayores y conservarlas; y algunas dellas necesarias, por razon del precepto ó voto que en ellas entreviene. Esto se prueba claramente, discurriendo por aquellas mesmas virtudes que dijimos. Porque el encerramiento y la soledad excusa al hombre de ver, de oir, de hablar, y de tratar mil cosas, y tropezar en mil ocasiones, en las cuales se pone á peligro, no sola la paz y sosiego de la consciencia, sino tambien la castidad y la innocencia. El silencio ya se ve cuánto ayuda para conservar la devocion, y excusar los pecados que se hacen hablando; pues dijo el Sabio [1]: Que en el mucho hablar no podian faltar pecados. El ayuno (demás de ser acto de la virtud de la temperancia, y ser obra satisfactoria, y meritoria, si se hace en caridad) enflaquesce el cuerpo, y levanta el espíritu, y debilita nuestro adversario, y dispone para la oracion, y licion, y contemplacion, y excusa los gastos y cobdicias en que viven los amigos de comer y beber, y las burlerías, y parlerías, y porfías, y disoluciones que entienden despues de hartos. Pues el leer libros sanctos, y oir semejantes sermones, y el rezar, y cantar, y asistir á los oficios divinos, bien se ve como estos son actos de religion, é incentivos de devocion, y medios parar alumbrar mas el entendimiento, y enceder mas el afecto en las cosas espirituales.

Pruébase tambien esto mesmo por una experiencia tan clara, que si los herejes lo miraran, no vinieran á dar en el extremo que dieron. Porque vemos cada dia con los ojos, y tocamos con las manos, que en todos los monasterios donde floresce la observancia regular, y la guarda de todo lo exterior, siempre hay mayor virtud, mayor devocion, mas caridad, mas valor y sér en las personas, mas temor de Dios, y finalmente mas cristiandad; y por el contrario, donde no se tiene cuenta con esto, así como la observancia anda rota, así tambien lo anda la consciencia, y las costumbres, y la viba; porque como hay mayores ocasiones de pecar, así hay mas pecados y desconciertos. De suerte que como en la viña

[1] Prov. x.

bien guardada, y bien cercada, está todo seguro, y la que caresce de guarda y de cerca, está toda robada y esquilmada: así está la religion cuando se guarda la observancia regular, ó no se guarda. Pues ¿ qué mas argumento queremos que este, que procede de una tan clara experiencia, para ver la utilidad é importancia destas cosas ?

Pues ya si un hombre pretende alcanzar y conservar siempre aquella soberana virtud de la devocion (que hace al hombre hábil y prompto para toda virtud, y es como espuela y estímulo para todo bien), ¿ cómo será posible alcanzar y conservar este afecto tan sobrenatural, y tan delicado, si se descuida en la guarda de sí mesmo ? Porque este afecto es tan delicado, y (si sufre decirse) tan fugitivo, que á vuelta de cabeza, no se cómo, luego desaparesce. Porque una risa desordenada, una habla demasiada, una cena larga, un poco de ira, ó de porfía, ó de otro cualquier destraimiento ; un ponerse á querer ver, oir, ó entender en cosas no necesarias (aunque no sean malas), basta para agotar mucha parte de la devocion. De manera que no solo los pecados, sino los negocios no necesarios, y cualquier cosa que nos haga divertir de Dios, nos hace diminuir la devocion. Porque así como el hierro, para que esté hecho fuego, conviene que esté siempre, ó cuasi siempre en el fuego (porque si lo sacais de allí, de ahí á poco se vuelve á su frialdad natural) : así este noble afecto depende tanto de andar el hombre siempre unido con Dios por actual amor y consideracion, que en desviándolo de allí, luego se vuelve al paso de la madre ; que es la disposicion antigua que primero tenia.

Por donde el que trata de alcanzar y conservar este sancto afecto, ha de andar tan solícito en la guarda de sí mesmo : esto es, de los ojos, de los oídos, de la lengua, del corazon ; ha de ser tan templado el comer y beber, ha de ser tan sosegado en todas sus palabras y movimientos, ha de amar tanto el silencio y la soledad, ha de procurar tanto la asistencia á los oficios divinos, y todas aquellas cosas que le puedan despertar y provocar á la devocion, que mediante estas diligencias pueda conservar y tener seguro este tan precioso tesoro. Y si esto no hace, tenga por

cierto que no le sucederá este negocio prósperamente.

Todo esto nos declara bastantemente la importancia destas virtudes, dejando en su lugar, y no derogando á la dignidad de las otras que son mayores. De lo cual todo se podrá colegir la diferencia que hay entre las unas y las otras; porque las unas son como fin, las otras como medio para este fin; las unas como salud, las otras como medicina con que se alcanza la salud; las unas son como espíritu de la religion, las otras como el cuerpo della, que aunque es menor que el espíritu, es parte principal del compuesto, y de que tiene necesidad para sus operaciones; las unas son como tesoro, y las otras como llave con que se guarda este tesoro; las unas son como la fruta del árbol, y las otras como las hojas que adornan el árbol, y conservan la fruta dél. Aunque en esto falta la comparacion; porque las hojas del árbol de tal manera guardan el fructo, que no son parte del fructo; mas estas virtudes de tal manera son guarda de la justicia, que tambien son parte de justicia; pues todas estas son obras virtuosas, que ejercitadas en caridad, son merescedoras de gracia y gloria.

Esta es pues, hermano, la estima que debes tener de las virtudes, de que en esta regla habemos tratado (que es lo que al principio deste capítulo propusimos), y con esta doctrina estarémos seguros de dos extremos viciosos: que es de dos grandes errores que ha habido en el mundo en esta parte, el uno antiguo de los fariseos, y el otro nuevo de los herejes deste tiempo. Porque los fariseos, como gente carnal y ambiciosa, y como hombres criados en la observancia de aquella ley que aun era de carne, no hacian caso de la verdadera justicia (que consiste en las virtudes espirituales), como toda la historia del Evangelio nos lo muestra. Y así quedábanse (como dice el apóstol) con la imágen sola de virtud, sin poseer la substancia della, paresciendo buenos en lo de fuera, y siendo abominables en lo de dentro. Mas los herejes de agora por el contrario, entendido este engaño, por huir de un extremo vinieron á dar en otro, que fué despreciar del todo las virtudes exteriores, cayendo (como dicen) en el peligro de Scila, por huir el de Caribdis. Mas la verdadera y católica

doctrina huye destos dos extremos, y busca la verdad en el medio ; y de tal manera la busca, que dando su lugar y preeminencia á las virtudes interiores, da tambien el suyo á las exteriores, poniendo las unas como en la órden de los senadores, y las otras como en la de los caballeros y ciudadanos (que componen una mesma república) ; para que se sepa el valor de cada cosa, y se dé á cada una su derecho.

## CAPÍTULO XX

### De cuatro documentos muy importantes que se siguen desta doctrina susodicha.

Desta doctrina susodicha se infieren cuatro documentos muy importantes para la vida espiritual. El primero es, que el perfecto varon y siervo de Dios no se ha de contentar con buscar solas las virtudes espirituales (aunque estas sean las mas nobles), sino debe tambien juntar con ellas las otras, así para la conservacion de aquellas, como para conseguir enteramente el cumplimiento de toda justicia. Para lo cual debe considerar que así como el hombre no es ánima sola, ni cuerpo solo, sino cuerpo y ánima juntamente (porque el ánima sola sin el cuerpo no hace el hombre perfecto, y el cuerpo sin el ánima no es mas que un saco de tierra) : así tambien entienda que la verdadera y perfecta cristiandad no es lo interior solo, ni lo exterior solo, sino uno y otro juntamente. Porque lo interior solo ni se puede conservar sin algo, ó mucho de lo exterior (segun la obligacion y estado de cada uno), ni basta para cumplimiento de toda justicia ; mas lo exterior sin lo interior no es mas parte para hacer á un hombre virtuoso, que el cuerpo sin ánima para hacerle hombre. Porque así como todo el sér y vida que tiene el cuerpo, recibe del ánima, así todo el valor y precio que tiene lo exterior, se recibe de lo interior, y señaladamente de la caridad.

Por donde el que quiere vivir desengañado, así como no apartaria el cuerpo del ánima, si quisiese formar un hombre, así tampoco debe apartar lo corporal de lo espiritual, si quiere hacer un perfecto cristiano. Abrace el cuerpo con el

ánima juntamente, abrace el arca con su tesoro, abrace la viña con su cerca, abrace la virtud conlos reparos y defensivos della (que tambien son parte de la mesma virtud); porque de otra manera, crea que se quedará sin lo uno y sin lo otro; porque lo uno no podrá alcanzar, y lo otro no le aprovechará aunque lo alcance. Acuérdese que así como la naturaleza y el arte (imitadora de naturaleza) ninguna cosa hacen sin su corteza y vestidura, y sin sus reparos y defensivos, para conservacion y ornamento de las cosas: así tampoco es razon que lo haga la gracia; pues es mas perfecta forma que estas, y hace sus obras mas perfectamente. Acuérdese que está escripto [1] que el que teme á Dios, ninguna cosa menosprecia, y el que no hace caso de las cosas menores, presto caerá en las mayores. Acuérdese de lo que arriba dijimos, que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, etc. Acuérdese de los peligros que allí señaamos de no hacer caso de cosas pequeñas; porque ese era el camino para no lo hacer de las grandes. Mire que en la órden de las plagas de Egipto, tras de los mosquitos vinieron las moscas [2]: para que por aquí entiendas que el quebrantamiento de las cosas menores abre la puerta para las mayores; de suerte que el que no hace caso de los mosquitos que pican, presto vendrá á pa rar en las moscas que ensucian.

### Documento segundo.

Por aquí tambien se conoscerá en cuáles virtudes habemos de poner mayor diligencia, y en cuáles menor. Porque así como los hombres hacen mas por una pieza de oro que por otra de plata, y mas por un ojo, que por un dedo de la mano: así conviene que repartamos la diligencia y estudio de las virtudes, conforme á la dignidad y méritos dellas. Porque de otra manera, si somos diligentes en lo ménos, y negligentes en lo mas, todo el negocio espiritual irá desor-

[1] Eccles. VII; Eccli. XIX.
[2] Exod. VIII.

denado. Por donde prudentísimamente hacen los prelados que así como en sus capítulos y ayuntamientos repiten muchas veces estas voces : silencio, ayuno, encerramiento, cerimonias, composicion, y coro ; así mucho mas repiten estas : caridad, humildad, oracion, devocion, consideracion, temor de Dios, amor del prójimo, y otras semejantes. Y tanto mas conviene hacer esto, cuanto es mas secreta la falta de lo interior que la de lo exterior, y por eso aun mas peligrosa. Porque como los hombres suelen acudir mas á los defectos que ven, que á los que no ven : corre peligro no vengan por esta causa á no hacer caso de los defectos interiores, porque no se ven, haciéndolo mucho de los exteriores, porque se ven. Y demás desto las virtudes exteriores, así como son mas visibles y manifiestas á los ojos de los hombres asi son mas honrosas y mas conoscidas dellos : como es la abstinencia, las vigilias, las disciplinas, y el rigor y aspereza corporal ; mas las virtudes interiores, como es la esperanza, la caridad, la humildad, la discrecion, el temor de Dios, el menosprecio del mundo, etc., son mas ocultas á los ojos de los hombres ; por donde aunque sean de grandísima honra delante de Dios, no lo son en el juicio del mundo, porque, como dijo el mesmo Señor [1], los hombres ven lo que por defuera paresce ; mas el Señor mira el corazon. Conforme á lo cual dice el apóstol [2] : No es agradable á Dios el que solamente en lo público es fiel, y el que públicamente trae circuncidada su carne, sino el que en lo interior de su ánima es fiel, y trae circuncidado su corazon, no con cuchillo de carne, sino con el temor de Dios, cuya alabanza no es de hombres (que no tienen ojos para ver esta espiritual circuncision), sino de solo Dios. Pues como estas cosas exteriores sean tan aparentes y honrosas, y el apetito de la honra, y de la propria excelencia sea uno de los mas sutiles y mas poderosos apetitos del hombre ; corre gran peligro no nos lleve este afecto á mirar y celar mas aquellas virtudes de que se sigue mayor honra, que de las que se sigue menor. Por-

[1] I Reg. XVI.
[2] Rom. II.

que al amor de las unas nos llama el espíritu; mas al de las otras espíritu y carne juntamente: la cual es vehementísima, y sotilísima en todos sus apetitos. Y siendo esto así, hay razon para temer no prevalezcan estos dos afectos contra uno, y así le corran el campo. Contra lo cual se opone la luz desta doctrina, que aboga por la causa mejor, y pide que sin embargo de todo esto, se le dé su merescido lugar: amonestando que se cele, y encomiende con mayor diligencia lo que nos consta ser de mayor importancia.

## § II

### Documento tercero.

Por aquí tambien se entenderá que cuando alguna vez acaesciere encontrarse de tal manera las unas virtudes contra las otras, que no se pueda cumplir juntamente con ambas, que en tal caso (conforme á la regla y órden que hay en los mesmos mandamientos de Dios cuando aciertan á encontrarse) dé lugar lo menor á lo mayor; porque lo contrario seria gran desórden y perversion. Esto dice Sant Bernardo en el libro de la Dispensacion por estas palabras: Muchas cosas instituyeron los padres para guarda y acrescentamiento de la caridad. Pues todo el tiempo que estas cosas sirvieren á la caridad, no se deben alterar ni variar. Mas si por ventura alguna vez acertasen á serle contrarias, ¿no está claro que seria muy justo que las cosas qne se ordenaron para la caridad, cuando no se compadescen con ella, ó se dejasen, ó interrumpiesen, ó se mudasen en otras por autoritad de aquellos á quien esto incumbe? Porque de otra manera, perversa cosa seria si lo que se ordenó para la caridad, se guardase contra la ley de la caridad. Es pues la conclusion, que todas estas cosas deben permanescer estables y fijas en cuanto sirven y militan para esta virtud, o no de otra manera. Hasta aquí son palabras de Sant Bernardo, el cual alega para confimacion de lo dicho dos decretos, uno del papa Gelasio, y otro de Leon.

## § III

### Cuarto documento.

De aquí tambien se puede colegir que hay dos maneras de justicia : una verdadera, y otra falsa. Verdadera es la que abraza las cosas interiores con todas aquellas exteriores que para conservacion suya se requieren ; falsa es la que retiene algunas de las exteriores sin las interiores : esto es, sin amor de Dios, sin temor, sin humildad, sin devocion, y sin otras semejantes virtudes, cual era la de los fariseos, á quien dijo el Señor [1] : Ay de vosotros, letrados y fariseos, que pagais muy escrupulosamente el diezmo de todas vuestras legumbres y hortalizas, y no haceis caso de las cosas mas importantes que manda la ley, que son juicio, y misericordia, y verdad. Y en otro lugar les dice [2] que eran muy solícitos en los lavatorios de los platos, y de las manos, y en otras cosas semejantes, teniendo los corazones llenos de rapiña y de maldad. Por donde en otro lugar les dice que eran como los sepulcros blanqueados, que de fuera parescian á los hombres hermosos, y dentro estaban llenos de huesos de muertos.

Esta es la manera de justicia que tantas veces reprehende el Señor en las Escripturas de los profetas ; porque por uno dellos dice así [3] : Este pueblo con los labios me honra, y su corazon está léjos de mí. Sin causa y sin propósito me honran guardando las doctrinas y leyes de los hombres, y desamparando la ley que yo les dí. Y en otro lugar [4] : ¿ Para qué quiero yo (dice él) la muchedumbre de vuestros sacrificios ? Lleno estoy ya de los holocaustos de vuestros carneros, y de las enjundias de vuestros ganados : no me ofrezcais de aquí adelante sacrificios en balde : vuestro encienso me es abominacion, vuestros ayuntamientos son perversos, vuestras Kalendas (que son las fiestas que haceis al principio de

1 Matth. XXIII.
2 Ibid.
3 Isai. XXIX.
4 Ibid. I.

cada mes) y las otras festividades del año aborresció mi ánima: molestas me son y enojosas, y paso trabajo en sufrirlas.

Pues ¿qué es esto? ¿Condena Dios lo que él mesmo ordenó, y tan encarescidamente mandó, mayormente siendo estos actos de aquella nobilísima virtud que llaman religion, que tiene por oficio venerar á Dios con actos de adoracion y religion? No por cierto; mas condena á los hombres que se contentaban con solo esto, sin tener cuenta con la verdadera justicia, y con el temor de Dios, como luego lo significa diciendo: Lavaos, sed limpios, quitad la maldad de vuestros pensamientos delante de mis ojos, cesad de hacer mal, y aprended á hacer bien; y entónces yo perdonaré vuestros pecados, y desterraré la fealdad de vuestras ánimas.

Y en otro lugar aun mas encarescidamente repite lo mesmo por estas palabras[1]: El que me sacrifica un buey, es para mí como si matase un hombre; el que me sacrifica otra res, como el que me despedazase un perro; el que me ofresce alguna ofrenda, como si me ofreciese sangre de puercos; el que me ofresce encienso, como el que bendijese á un ídolo. Pues ¿qué es esto, Señor? ¿por qué teneis por tan abominables las mesmas obras que vos mandastes? Luego da la causa desto, diciendo: Estas causas escogieron en sus caminos para agradarme con ellas, y con todo esto se deleitaron en sus maldades y abominaciones. ¿Ves pues cuán poco valen todas las cosas exteriores sin fundamento de lo interior? Á este mesmo propósito por otro profeta dice así[2]: Quita de mis oídos el ruido de tus cantares, que no quiero oir la melodía de tus instrumentos músicos. Y aun en otro lugar mas encarescidamente dice[3] que derramará sobre ellos el estiércol de sus solemnidades. Pues ¿qué mas que esto es menester para que entiendan los hombres lo que montan todas estas cosas exteriores, por altísimas y nobilísimas que sean, cuando les falta el fundamento de justicia, que consiste en el amor y temor de Dios, y aborescimiento del pecado?

[1] Isai. LXVI.
[2] Amos, V.
[3] Malach. II.

Y si preguntares qué es la causa por qué tanto afea Dios esta manera de servicios, comparando los sacrificios con homicidios, y el encienso con la idolatría, y llamando ruido al cantar de los Salmos, y estiércol á las fiestas de sus solemnidades; la respuesta es: porque demás de ser estas cosas de ningun merescimiento (cuando carescen del fundamento que ya dijimos), toman muchos dellas ocasion para soberbia, y presumpcion, y menosprecio, de los otros que no hacen lo que ellos hacen; y (lo que peor es) por aquí vienen á tener una falsa seguridad, causada de aquella falsa justicia, que es uno de los grandes peligros que puede haber en este camino; porque contentos con esto, no trabajan ni procuran lo demás. ¿Quieres ver esto muy claro? Mira la oracion de aquel fariseo del Evangelio, que decia así [1]: Dios, gracias te doy porque no soy yo como los otros hombres, robadores, adúlteros, injustos, como lo es este publicano: ayuno dos dias cada semana, y pago fielmente el diezmo de todo lo que poseo. Mira pues cuán claramente se descubren aquí aquellas tres peligrosísimas rocas que dijimos. La presumpcion, cuando dice: no soy yo como los otros hombres. El menosprecio de los otros, cuando dice: como este publicano. La falsa seguridad, cuando dice que da gracias á Dios por aquella manera de vida que vivia, paresciéndole que estaba seguro en ella, y no tenia por qué temer.

De donde nasce que los que desta manera son justos, vienen á dar en un linaje de hipocresía muy peligrosa. Para lo cual es de saber que hay dos maneras de hipocresía: una muy baja y grosera, que es la de aquellos que claramente ven que son malos, y muéstranse en lo de fuera buenos, para engañar al pueblo. Otra hay mas sotil y mas delicada, con que el hombre no solo engaña á los otros, sino tambien engaña á sí mesmo, cual era la deste fariseo, que realmente con aquella sombra de justicia no solo habia engañado á los otros, sino tambien á sí mesmo; porque siendo de verdad malo, él se tenia por bueno. Esta es

[1] Luc. XVIII.

aquella manera de hipocresía de que dijo el Sabio [1]: Hay un camino que paresce al hombre derecho, y con este va á parar en la muerte. Y en otro lugar entre cuatro géneros de males que hay en el mundo cuenta este, diciendo [2]: La generacion que maldice á su padre, y no bendice á su madre; la generacion que se tiene por limpia, y con todo esto no es limpia de sus pecados; la generacion que trae los ojos altivos, y levanta sus párpados en alto; la generacion que tiene por dientes cuchillos, y se traga los pobres de la tierra. Estos cuatro géneros de personas cuenta aquí el Sabio entre las mas infames y peligrosas del mundo; y entre ellas cuenta esta de que aquí hablamos, que son los hipócritas para sí mesmo, que se tienen por limpios, siendo sucios, como lo era este fariseo.

Este es un estado de tan gran peligro, que verdaderamente seria ménos mal ser un hombre malo, y tenerse por tal, que ser desta manera justo, y tenerse por seguro. Porque cuanto quiera que sea un hombre malo, principio es en fin de salud el conoscimiento de la enfermedad; mas el que no conosce su mal, el que estando enfermo se tiene por sano, ¿cómo sufrirá la medicina? Por esta razon dijo el Señor á los fariseos [3] que los publicanos y las malas mujeres les precederian en el reino es los cielos; donde en el Griego leemos: preceden, de presente; por donde aun está mas claro lo que dijimos. Esto mesmo nos representan muy á la clara aquellas tan escuras y temerosas palabras que dijo el Señor en el Apocalipsi [4]: Ojalá fueses, ó bien frio, ó bien caliente; mas porque eres tibio comenzarte he á echar de mi boca. Pues ¿cómo es posible que caya en deseo de Dios ser un hombre frio? ¿Y cómo es posible que sea de peor condicion el tibio que el frio, pues este está mas cerca de caliente? Oye agora la respuesta: Caliente es aquel que con fuego de la caridad que tiene, posee todas las virtudes, así interiores como exteriores, de que

1 Prov. XIV.
2 Prov. XXX.
3 Matth. XXI.
4 Apoc. III.

ya dijimos. Frio es aquel que así como caresce de caridad, así caresce de lo uno y de lo otro; así de lo interior como exterior. Tibio es aquel que tiene algo de lo exterior, y ninguna cosa de lo interior (á lo ménos de caridad). Pues danos aquí á entender el Señor que este tal es de peor condicion que el que está del todo frio: no por ventura porque tenga mas pecados que él, sino porque es mas incurable su mal; porque tanto está mas léjos del remedio, cuanto se tiene por mas seguro. Porque de aquella justícia superficial que tiene, toma ocasion para creer de sí que es algo, como quiera que á la verdad sea nada. Y que este sea el sentido literal destas palabras, evidentemente se ve por lo que luego encontinente se sigue; porque explicando el Señor mas claramente á quien llama tibio, añade: Dices que eres rico, y que no te falta nada para la verdadera justicia; y no entiendes que eres mezquino, y miserable, pobre, y ciego, y desnudo. ¿No te paresce que ves en estas palabras debujada la imágen de aquel fariseo que decia [1]: Dios, gracias te doy, que no soy yo como los otros hombres, etc.? Verdaderamente este es el que se tenia en su corazon por rico de riquezas espirituales, pues por esto daba gracias á Dios; mas sin dubda era pobre, ciego, y desnudo; pues dentro estaba vacío de justicia, lleno de soberbia, y ciego para conoscer su propia culpa.

Tenemos pues aquí ya declarado cómo hay dos maneras de justicia: una falsa, y otra verdadera; y cuán grande sea la excelencia de la verdadera; y cuánto el peligro de la falsa. Y no piense nadie que se ha perdido tiempo en gastar en esto tantas palabras; porque pues el sancto Evangelio (que es la mas alta de todas las Escripturas Divinas, y la que singularmente es espejo y regla de nuestra vida) tantas veces reprehende esta manera de justicia, y lo mesmo hacen tantas veces los profetas (como arriba declaramos); no era razon que pasásemos en esta doctrina livianamente por lo que tantas veces repiten y encarescen las Escripturas divinas. Mayormente que los peligros claros y manifiestos

[1] Luc. XVIII.

quien quiera los conosce (porque son como las rocas que están en la mar descubiertas), y por esto tienen ménos necesidad de doctrina; mas los ocultos y disimulados (como los bajos que están cubiertos con el agua), esos es razon que estén mas claramente señalados y marcados en la carta de marear, para no peligrar en ellos.

Y no se engañe nadié diciendo que entónces era esta doctrina necesaria, porque reinaba mucho este vicio, y agora no; porque ántes creo que siempre el mundo fué cuasi de una manera; porque unos mesmos hombres, y una mesma naturaleza, y unas mesmas inclinaciones, y un mesmo pecado original en que todos somos concebidos (que es la fuente de todos los pecados) forzado es que produzga unos mesmos delictos; porque donde hay tanta semejanza en las causas de los males, tambien la ha de haber en los mesmos males. Y así los mesmos vicios que habia entónces en tales y tales géneros de personas, esos mesmos hay agora, aunque alterados algun tanto los nombres dellos: así como las comedias de Plauto, ó de Terencio son las mesmas que fuéron mil años ha; puesto caso que cada dia (cuando se representan) se mudan las personas que las representan.

De donde así como entónces aquel pueblo rudo y carnal pensaba que tenia á Dios por el pié cuando ofrescia aquellos sacrificios, y ayunaba aquellos ayunos, y guardaba aquellas fiestas literalmente, y no espiritualmente: así halláreis agora muchos cristianos que oyen cada domingo su misa, y rezan por sus horas y por sus cuentas, y ayunan cada semana los sábados á nuestra Señora, y huelgan de oir sermones, y otras cosas semejantes; y con hacer esto (que á la verdad es bien hecho) tienen tan vivos los apetitos de la honra, y de la cobdicia, y de la ira, como todos los otros hombres que nada desto hacen. Olvídanse de las obligaciones de sus estados; tienen poca cuenta con la salvacion de sus domésticos y familiares; andan en sus odios, y pasiones, y pundonores; y no se humillarán, ni darán á torcer su brazo por todo el mundo. Y aun algunos dellos hay que tienen quitadas las hablas á sus prójimos,

á veces por livianas causas; y muchos tambien pagan muy mal las deudas que deben á sus criados, y á otros. Y si por ventura les tocais en un punto de honra, ó de interese, ó de cosa semejante, veréis luego desarmado todo el nogocio y puesto por tierra. Y algunos destos siendo muy largos en rezar muchas coronas de ave Marías, son muy estrechos en dar limosnas, y hacer bien á los necesitados. Y otras halláréis que por todo el mundo no comerán carne el miércoles, y otros dias de devocion; y con esto murmuran sin ningun temor de Dios, y degüellan crudelísimamente los prójimos. De manera que siendo muy escrupulosos en no comer carne de animales (que Dios les concedió), ningun escrúpulo tienen de comer carne y vidas de hombres, que Dios tan caramente les prohibió. Porque verdaderamente una de las cosas que mas habia de celar el cristiano, es la fama y honra de su prójimo: de que estos tienen muy poco cuidado, teniéndolo tanto de cosas sin camparacion menores.

Esto y otras cosas somejantes no me puede negar nadie, sino que cada dia pasan entre los hombres del mundo, y entre los de fuera del mundo. Y pues este es tan grande y tan universal engaño, necesaria cosa era dar este desengaño, mayormente pues no todos los que tienen por oficio darlo, lo dan; y por esto convenia que con doctrina clara se supiese esta falta, para aviso de los que desean acertar este camino.

Y para que el cristiano lector se aproveche mejor de lo dicho, y no venga á enfermar con la medicina, conviene que tome primero el pulso á su espíritu y condicion, para ver á lo que es mas inclinado. Porque hay unas doctrinas generales que sirven para todo género de personas: como las que se dan de la caridad, humildad, paciencia, obediencia, etc. Otras hay particulares, que son para remedios particulares de personas, que no arman tanto á otras. Porque á un muy escrupuloso es menester alargarle algo la consciencia; mas al que es largo de consciencia, es menester estrechársela; al pusilánime y desconfiado conviene predicar de la misericordia; al presumptuoso, de la justicia; y así á

todos los demás, segun nos aconseja el Ecclesiástico, diciendo [1]: Que tratemos con el injusto de la justicia; con el temeroso de la guerra; con el invidioso del agradescimiento; con el inhumano de la humanidad; con el perezoso del trabajo, y así con todos los demás.

Pues segun esto, como haya dos diferencias de personas, unas que se acuestan mas á lo interior, sin hacer tanto caso de lo exterior, y otras que se inclinan mas á lo exterior, sin tener tanta cuenta con lo interior: á los unos conviene encarescer lo uno, y á los otros lo otro; para que así vengan á reducirse los humores á debida proporcion. Nos en esta doctrina de tal manera templamos el estilo, que cada cosa pusiésemos en su lugar, levantando las cosas mayores sin perjuicio de las menores, y encargando las menores sin agravio de las mayores, Y desta manera estarémos libres de aquellas dos peligrosísimas rocas que aquí habemos querido derribar: la una de los que precian tanto lo interior, que desprecian lo exterior; y la otra de los que abrazando mucho lo exterior, se descuidan en lo interior, mayormente en el temor de Dios, y aborrescimiento del pecado.

La summa pues deste negocio sea fundarnos en un profundísimo temor de Dios, que nos haga temer de solo el nombre del pecado. Y quien este tuviere muy arraigado en su ánima, téngase por dichoso, y sobre este fundamento edifique lo que quisiere. Mas el que se hallare fácil para cometer un pecado, téngase por miserable, ciego y malaventurado, aunque tenga todas las apariencias de santidad que hay en el mundo.

## CAPÍTULO XXI

### Segundo aviso acerca de diversas maneras de vidas que hay en la Iglesia.

El segundo aviso sirve para no juzgar unos á otros en la manera de vida que cada uno tiene. Para lo cual es de saber que como sean muchas las virtudes que se requieren para

[1] Eccli. XXXVII.

la vida cristiana, unos se dan mas á unas, y otros á otras. Porque unos se dan mas á aquellas virtudes que ordenan al hombre para con Dios, que por la mayor parte pertenescen á la vida contemplativa; otros á las que nos ordenan para con el prójimo, que pertenescen á la activa; otros á las que ordenan al hombre consigo mesmo, que son mas familiares á la vida monástica.

Item, como todas las obras virtuosas sean medios para alcanzar la gracia, unos la procuran mas por un medio, y otros por otro. Porque unos la buscan con ayunos, y disciplinas, y asperezas corporales; otros con limosnas y obras de misericordia; otros con oraciones y meditaciones continuas, en el cual medio hay tanta variedad, y cuantos modos hay de orar y meditar; porque unos se hallan bien con un linaje de oraciones y meditaciones, otros con otras; y así como hay muchas cosas que meditar, así hay muchos modos de meditacion, entre los cuales aquel es mejor para cada uno, en que halla mayor devocion y mas provecho.

Pues acerca desto suele haber un muy comun engaño entre personas virtuosas: y es, que los que han aprovechado por alguno destos medios, piensan que como ellos medraron por allí, que no hay otro camino para medrar con Dios, sino solo aquel, y ese querrian enseñar á todos; y tienen por errados á los que por allí no van, paresciéndoles que no hay mas de un camino solo para el cielo. El que se da mucho á la oracion, piensa que sin esto no hay salud. El que se da mucho á ayunos, paréscele que todo es burla, sino ayunar. El que se da á vida contemplativa, piensa que todos los que no son contemplativos, viven en grandísimo peligro; y toman esto tan por el cabo, que algunos vienen á tener en poco la vida activa. Por el contrario los activos, como no saben por experiencia lo que pasa entre Dios y el ánima en aquel suavísimo ocio de la contemplacion, y ven el provecho palpable que se sigue de la vida activa, deshacen cuanto pueden la vida contemplativa, y apénas pueden aprobar vida contemplativa pura, si no es compuesta de la una y de la otra; como si esto fuese fácil de hacer á quien quiera. Así mesmo

el que se da á la oracion mental, paréscele que toda otra oracion sin esta es infructuosa; y el que á la vocal, dice que esta es de mayor trabajo, y que así será de mayor provecho.

De suerte que cada bohonero (como dicen) alaba sus agujas; y así cada uno con una tácita soberbia é ignorancia (sin ver lo que hace) alaba á sí mesmo, engrandesciendo aquello en que él tiene mas caudal. Y así viene á ser el negocio de las virtudes como el de las ciencias, en las cuales cada uno alaba y levanta sobre los cielos aquella ciencia en que él reina, apocando y deshaciendo todas las otras. El orador dice que no hay otra arte en el mundo que iguale con la elocuencia; el astrólogo, que no la hay tal como la que trata del cielo y de las estrellas; el filósofo dice otro tanto; el que se da á la Escriptura divina dice mucho mas, y con mayor razon; el que al estudio de las lenguas (porque sirven para la Escriptura) dice lo mesmo; el teólogo escolástico no se contenta con el lugar de en medio, sino pone su silla sobre todos. Y á ninguno le faltan razones, y grandes razones, para creer que su ciencia es la mejor y mas necesaria.

Pues esto que se halla en las ciencias tan descubiertamente, se halla en las virtudes, aunque mas disimuladamente; porque cada uno de los amadores de las virtudes, por un cabo desea acertar en lo mejor, y por otro busca lo que mas arma con su naturaleza; y de aquí nace que lo que á él está mejor, cree que es mejor para todos, y el zapato que á él viene justo, cree que tambien vendrá á todos los otros.

Pues desta raiz nascen los juicios de las vidas ajenas, y las divisiones y cismas espirituales entre los hermanos, creyendo los unos de los otros que van descaminados, porque no van por el camino que ellos van. Cuasi en este engaño vivian los de Corinto[1], los cuales habiendo recebido muchos y diversos dones de Dios, cada uno tenia el suyo por mejor, y así se anteponian unos á otros, prefiriendo unos el don de las lenguas, otros de la profecía, otros de interpretacion de las Escripturas, otros en hacer milagros, y así todos los demás. Contra este engaño no hay otra mejor

[1] I Cor. XII.

medicina que aquella de que el apóstol usa en esta epístola contra esta dolencia. Porque aquí primeramente iguala todas las gracias y dones en su orígen y principio, diciendo que todos ellos son arroyos que nascen de una mesma fuente, que es el Espíritu Sancto; y que por esta parte todos participan una manera de igualdad en su causa, aunque entre sí sean diversos, así como los miembros del cuerpo de un rey, todos en fin son miembros de rey, y de sangre real, aunque sean diferentes entre sí. Desta manera dice el apóstol [1]: que todos en el baptismo recebimos un mesmo espíritu de Cristo, para que mediante él todos fuésemos miembros de un mesmo cuerpo. Y así cuanto á esto todos participamos una mesma dignidad y gloria; pues todos somos miembros de una mesma cabeza. Por donde añade luego el apóstol, y dice [2]: Si dijere el pié: Yo no soy mano, y por eso no soy del cuerpo, ¿dejará por esto de ser del cuerpo? Y si dijere el oído: porque no soy ojo, no soy deste cuerpo, ¿dejará por eso de ser deste cuerpo? Así que por esta parte en todos hay igualdad, para que en todos haya unidad y hermandad; puesto caso que con esto se compadezca alguna variedad.

Esta variedad nasce en parte de la naturaleza, y en parte de la gracia. De la naturaleza decimos que nasce; porque aunque el principio de todo el sér espiritual sea la gracia, mas la gracia recebida como agua en diversos vasos, toma diversas figuras, aplicándose á la condicion y naturaleza de cada uno. Porque hay unos hombres naturalmente sosegados y quietos, que segun esto son mas aparejados para la vida contemplativa; otros mas coléricos y hacendosos, que son mas hábiles para la vida activa; otros mas robustos y sanos, y mas desamorados para consigo mesmos, y estos son mas aptos para los trabajos de la penitencia. En lo cual resplandesce maravillosamente la bondad y misericordia de nuestro Señor, que como desea tanto comunicarse á todos, no quiso que hubiese un solo camino para esto, sino muchos y diversos, segun la diversidad de las condiciones de los

[1] Galat. III.
[2] I Cor. XII.

hombres; para que el que no tuviese habilidad para ir por uno, fuese por otro.

La segunda causa desta variedad es la gracia; porque el Espíritu Sancto (que es el autor della) quiere que haya esta variedad en los suyos, para mayor perfeccion y hermosura la Iglesia. Porque así como para la perfeccion y hermosura del cuerpo humano se requiere que haya en él diversos miembros y sentidos, así tambien para la perfeccion y hermosura de la Iglesia convenia que hubiese esta diversidad de virtudes y gracias, porque si todos los fieles fueran de una manera, ¿cómo se pudiera llamar este cuerpo? Si todo el cuerpo, dice Sant Pablo [1], fuese ojos, ¿dónde estarian los oídos? Y si todo fuese oídos, ¿dónde estarian las narices? Y por esto quiso Dios que los miembros fuesen muchos, y el cuerpo uno; porque así habiendo muchedumbre con unidad, hubiese proporcion y conveniencia de muchas cosas en una, de donde resultase la perfeccion y hermosura de la Iglesia. Así vemos que en la música conviene que haya esta mesma diversidad y muchedumbre de voces, con unidad de consonancia, para que así haya en ella suavidad y melodía, porque si todas las voces fuesen de una manera, ó todas tiples, ó todas tenores, etc., ¿cómo podria haber música y armonía?

Pues en las obras de naturaleza es cosa maravillosa ver cuánta variedad puso aquel artífice soberano, y como repartió las habilidades y perfecciones á todas sus criaturas por tal órden, que con tener cada una su particular ventaja sobre la otra, la otro no tuviese por qué tenerle invidia: porque tambien le tenia ella otra manera de ventaja. El pavon es muy hermoso de ver, mas no es dulce para oir. El ruiseñor es dulce de oir, mas no es hermoso para ver. El caballo es bueno para la carrera y para la guerra, mas no lo es para la mesa; y el buey es bueno para la mesa y para la era, mas no sirve para lo demas. Los árboles fructuosos son buenos para comer, mas no para edificar; los silvestres por el contrario, son buenos para edificar, mas no lo son para fruc-

[1] I Cor. XII.

tificar. Desta manera en todas las cosas juntas se hallan todas las cosas repartidas, y en ninguna todas juntas; para que así se conserve la variedad y hermosura en el universo, y se conserven tambien las especies de las cosas, y se enlacen las unas con las otras, por la necesidad que tienen unas de otras.

Pues esta mesma órden y hermosura que hay en las obras de naturaleza, quiso el Señor que hubiese en las de gracia, y para esto ordenó por su espíritu que hubiese mil maneras de virtudes y gracias en su Iglesia; para que de todas ellas resultase una suavísima consonancia, y un perfectísimo mundo, y un hermosísimo cuerpo compuesto de diversos miembros. De aquí nasce haber en la Iglesia unos muy dados á la vida contemplativa, otros á la activa, otros á obras de obediencia, otros de penitencia, otros á orar, otros á cantar, otros á estudiar para aprovechar, otros á servir enfermos y acudir á hospitales, otros á socorrer á pobres y necesitados, y otros á otras muchas maneras de ejercicios y obras virtuosas.

La mesma variedad vemos en las religiones; que aunque todas caminan para Dios, cada una lleva su proprio camino. Unas van por el camino de la probreza, otras por el de la penitencia, otras por el de las obras de la vida contemplativa, otras de la activa. Y por esto unas buscan lo público, otras lo secreto; unas procuran rentas para su instituto, otras aman la probeza; unas quieren los desiertos, y otras las plazas y los poblados, y todo esto religiosamente y por caridad.

Y en una mesma órden y monasterio veréis esta mesma variedad; porque unos están en el coro cantando, otros en sus oficios trabajando, otros en sus celdas estudiando, otros en la iglesia confesando, y otros fuera de casa negociando. Pues ¿qué es esto? Muchos miembros en un cuerpo, y muchas voces en una música; para que así haya hermosura, proporcion, y consonancia en la Iglesia. Porque por eso hay en una vihuela muchas cuerdas, y en unos órganos muchos caños; porque así pueda haber consonancia y armonía de muchas voces. Esta es aquella vestidura que el

patriarca Jacob hizo á su hijo José de diversos colores[1]; y estas aquellas cortinas del tabernáculo, que mandó Dios pintar con maravillosa variedad y hermosura[2].

Pues siendo esto así (y siendo necesario que sea así para la órden y hermosura de la Iglesia), ¿por qué nos andamos comiendo unos á otros, y juzgando, y sentenciando unos á otros? ¿Por qué no hacen unos lo que hacen otros? Eso es destruir el cuerpo de la Iglesia; eso es destruir la vestidura de José; eso es deshacer esta música y consonancia celestial; eso es querer que los miembros de la Iglesia sean todos piés, ó todos manos, ó todos ojos. Pues si todo el cuerpo fuese ojos, ¿dónde estarian los oídos? y si todo oídos, ¿dónde estarian los ojos?

Por donde paresce aun mas claro cuán grande yerro sea condenar á otro porque no tiene lo que tengo yo, ó porque no es para lo que soy yo. ¿Cuál seria si los ojos despreciasen á los piés porque no ven, y los piés murmurasen de los ojos porque no andan, y los dejan á ellos con toda la carga? Porque realmente así es necesario: que trabajen los piés, y descansen los ojos, y que los unos anden arrastrados por tierra, y los otros estén en lo alto limpios de polvo y de paja. Y no hacen ménos los ojos descansando, que los piés caminando: así como en el navío no hace ménos el piloto que está par del gobernalle con la aguja en la mano, que los otros que suben á la gavia, y trepan por las cuerdas, y extienden las velas, y limpian la bomba: ántes aquel que paresce que ménos hace, ese realmente hace mas. Porque no se mide la excelencia de las cosas con el trabajo, sino con el valor é importancia de ellas: si no queremos decir, que mas hace en la república el que cava y el que ara, que el que la gobierna con su consejo y prudencia.

Pues quien esto atentamente considerare, dejará á cada uno en su llamamiento: esto es, dejará al pié ser pié, y á la mano mano, y no querrá, ni que todos sean piés, ni todos manos. Esto es lo que tan largamente pretendió persuadir el

[1] Genes. XXXVII.
[2] Exod. XXVI, XXXVI.

Apóstol en la Epístola susodicha[1], y esto mesmo es lo que nos aconseja cuando dice[2]: El que no come, no menosprecie al que come. Porque por ventura aquel que come tendrá por una parte necesidad de comer, y por otra quizá tendrá otra virtud mas alta que esa que tú tienes, de que tú carecerás: por donde en lo uno no tendrá culpa, y en lo otro te hará ventaja. Porque así como no ménos sirven para el canto los puntos que están en regla, que los que están en espacio, así no ménos sirve á la consonancia y música espiritual de la Iglesia el que come, que el que no come, y el que paresce que está ocioso, que el que está ocupado, si en su ocio trabaja por alcanzar con que pueda despues edificar á su prójimo.

Esto mesmo nos encomienda muy encarescidamente Sant Rernardo[3], avisando que excepto aquellos á quien es dado ser jueces y presidentes en la Iglesia, nadie se entremeta en querer escudriñar ni juzgar la vida de nadie, ni comparar la suya con la de nadie; porque no le acaezca lo que al monge que tenia por agravio que su pobreza se igualase con las riquezas de Gregorio, á quien fué dicho que mas rico era él con una gatilla que tenia, que el otro con todas sus riquezas.

## CAPÍTULO XXII

### Tercero aviso: de la solicitud y vigilancia con que debe vivir el varon virtuoso.

El tercero aviso sea este: Que porque en esta regla se han puesto muchas maneras de virtudes y documentos para reglar la vida, y nuestro entendimiento no puede comprehender muchas cosas juntas; para esto conviene procurar una virtud general que las comprehenda todas, y supla (segun es posible) las veces de todas: que es una perpetua solicitud y vigilancia, y una continua atencion á todo lo que

[1] I Cor. XII.
[2] Rom. XIV.
[3] Super Cant. Serm. XL in fin.

hubiéremos de hacer y decir; para que todo vaya nivelado con el juicio de la razon.

De suerte, que así como cuando un embajador hace una habla delante de un gran senado, en un mesmo tiempo está atento á las cosas que ha de decir, y á las palabras con que las ha de decir, y á la voz y á los meneos del cuerpo, y á otras cosas semejantes: así el siervo de Dios trabaje (cuanto le sea posible) por traer consigo una perpetua atencion y vigilancia para mirar por sí, y por todo lo que hace; para que hablando, callando, preguntando, respondiendo, negociando en la mesa, en la plaza, y en la iglesia, en casa y fuera de casa, esté como con un compas en la mano midiendo y compasando sus obras, sus palabras y pensamientos, con todo lo demás; para que todo vaya conforme á la ley de Dios, y al juicio de la razon, y al decoro y decencia de su persona. Porque como sea tanta la distancía que hay entre el bien y el mal, y Dios haya impreso en nuestras ánimas una luz y conoscimiento de lo uno y de lo otro, apénas hay hombre tan simple, que si mira atentamente lo que hace, no se le trasluzga poco mas ó ménos lo que en cada cosa se debe hacer; y así esta atencion y solicitud sirve por todos los documentos desta regla y de muchas otras.

Esta es aquella solicitud que nos encomendó el Espíritu Sancto, cuando dijo[1]: Guarda, hombre, á ti mesmo y á tu ánima solícitamente. Esta es la tercera parte de las tres que señaló el profeta Miquéas, segun que arriba alegamos[2], que es andar solícito con Dios, la cual es un continuo cuidado y atencion de no hacer cosa que sea contra su voluntad. Esto nos significa la muchedumbre de ojos que tenian aquellos misteriosos animales de Ecequiel[3]; con los cuales nos dan á entender la grandeza de la atencion y vigilancia con que debemos militar en esta milicia, donde hay tantos enemigos, y tantas cosas á que acudir y proveer. Esto nos representa aquella postura de los setenta caballeros esforzados

[1] Deut. IV.
[2] Cap. VI.
[3] Ezech. I.

que guardaban el lecho de Salomon[1], los cuales tenian las espadas sobre el muslo á punto de desenvainar; para dar á entender esta manera de atencion y vigilancia con que conviene que esté el que anda siempre entre tantos escuadrones de enemigos.

La causa desta tan grande solicitud es (demás de la muchedumbre de los peligros) la alteza y delicadeza deste negocio; mayormente en aquellos que anhelan y procuran arribar á la perfeccion de la vida espiritual. Porque conversar y vivir como Dios meresce, y guardarse limpio y sin mancilla deste siglo, y vivir en esta carne sin tizne de carne, y conservarse sin reprehension y sin querella para el dia del Señor (como dice el Apóstol), son cosas tan altas, y tan sobrenaturales, que todo esto es menester y mucho mas; y aun Dios y ayuda.

Mira pues la atencion que tiene un hombre cuando está haciendo alguna obra muy delicada; porque realmente esta es la mas delicada obra que se puede hacer, y la que pide mayor atencion. Mira tambien de la manera que anda el que lleva en las manos un vaso muy lleno de un precioso licuor, para que no se le vierta nada; y mira tambien el tiento que lleva el que pasa un rio por unas piedras mal asentadas, para no mojarse en el agua; y sobre todo mira el que lleva el que anda paseándose por una maroma, para no declinar un punto á la diestra ni á la siniestra, por no caer: y desta manera trabaja siempre por andar (mayormente á los principios hasta hacer hábito) con tanto cuidado y atencion, que ni hables una palabra, ni tengas un pensamiento, ni hagas un meneo que desdiga un punto (en cuanto fuere posible) de la línea de la virtud. Para esto da Séneca un muy familiar y maravilloso consejo, diciendo: Que debia el hombre deseoso de la virtud imaginar que tiene delante de sí alguna persona de grande veneracion, y á quien tuviese mucho acatamiento, y hacer y decir todas las cosas, como las haria y diria si realmente estuviera en su presencia.

Otro medio hay para esto mesmo no ménos conveniente que el pasado, que es pensar el hombre que no tiene mas

[1] Cant. III.

que solo aquel dia de vida, y hacer todas las cosas como si creyese que aquel mesmo dia en la noche hubiese de parescer ante el tribunal de Cristo, y dar cuenta de sí.

Pero muy mas excelente medio es andar siempre (en cuanto sea posible) en la presencia del Señor, y traerlo ante los ojos (pues en hecho de verdad él está en todo lugar presente), y hacer todas las cosas como quien tiene tal majestad, tal testigo, tal juez delante, pidiéndole siempre gracia para conversar de tal manera, que no sea indigno de tal presencia. De suerte que esta atencion que aquí aconsejamos, ha de tirar á dos blancos: el uno á mirar interiormente á Dios, y estar delante dél adorándole, alabándole, reverenciándole, amándole, dándole gracias, y ofreciéndole siempre sacrificio de devocion en el altar de su corazon; y el otro á mirar todo lo que hacemos y decimos; para que de tal manera hagamos nuestras obras, que en nunguna cosa nos desviemos de la senda de la virtud. De suerte que con el uno de los dos ojos habemos de mirar á Dios, pidiéndole gracia, y con el otro á la decencia de nuestra vida, usando bien della. Y así habemos de emplear la luz que Dios nos dió, lo uno en la consideracion de las cosas divinas, y lo otro en la rectificacion de las obras humanas, estando por una parte atentos á Dios, y por otra á todo lo que debemos hacer. Y aunque esto no se pueda hacer siempre, á lo ménos procuremos que sea con la mayor continuacion que pudiéremos; pues esta manera de atencion no se impide con los ejercicios corporales, ántes en ellos está el corazon libre para hurtarse muchas veces de los negocios, y esconderse en las llagas de Cristo. Este documento repito aquí por ser tan importante; aunque ya estaba apuntado en nuestro Memorial de la Vida Cristiana.

## CAPÍTULO XXIII

### Cuarto aviso: de la fortaleza que se requiere para alcanzar las virtudes.

El precedente aviso nos proveyó de ojos para mirar atentamente lo que debemos hacer: este nos proveerá de brazos.

que es de fortaleza para poderlo hacer. Porque como haya dos dificultades en la virtud, la una en distinguir y apartar lo bueno de lo malo, y la otra en vencer lo uno, y proseguir lo otro, para lo uno se requiere atencion y vigilancia, y para lo otro fortaleza y diligencia, y cualquiera destas dos cosas que falte, queda imperfecto el negocio dela virtud ; porque, ó quedará ciego si falta la vigilancia, ó manco si faltare la fortaleza.

Esta fortaleza no es aquella que tiene por oficio templar las osadías y temores (que es una de las cuatro virtudes cardinales), sino es una fortaleza general que sirve para vencer todas las dificultades que nos impiden el uso de las virtudes ; por esto anda siempre en compañía dellas, como con la espada en la mano, haciéndoles camino por do quiera que van. Porque la virtud (como dicen los filósofos) es cosa ardua y dificultosa, y por esto conviene que tenga siempre á su lado esta fortaleza, para que le ayude á vencer esta dificultad. De donde así como el herrero tiene necesidad de traer siempre el martillo en las manos, por razon de la materia que labra, que es dura de domar : así tambien el hombre virtuoso tiene necesidad desta fortaleza, como de un martillo espiritual, para domar esta dificultad que en la virtud se halla. Por donde así como el herrero sin martillo ninguna cosa haria, así tampoco el amador de las virtudes sin fortaleza, por la mesma razon. Si no, dime : ¿ cuál de las virtudes hay que no traiga consigo algun especial trabajo y dificultad ? Míralas todas una por una : la oracion, el ayuno, la obediencia, la templanza, la pobreza de espiritu, la paciencia, la castidad, la humildad : todas ellas finalmente siempre tienen alguna dificultad annexa, ó por parte del amor proprio, ó por parte del enemigo, ó por parte del mesmo mundo. Pues quitada esta fortaleza de por medio, ¿ qué podrá el amor de la virtud desarmado y desnudo ? Por do paresce que sin esta virtud todas las otras están como atadas de piés y manos, para no poderse ejercitar.

Y por esto tú, hermano mio, que deseas aprovechar en las virtudes, haz cuenta que el mesmo Señor de las virtudes te dice tambien á ti aquellas palabras que dijo á Moysen, aun-

que en otro sentido [1]: Toma esta vara de Dios en la mano, que con ella has de hacer todas las señales y maravillas con que has de sacar á mi pueblo de Egipto. Ten por cierto que así como aquella vara fué la que obró aquellas maravillas, y la que dió cabo á aquella jornada tan gloriosa, así esta vara de virtud y fortaleza es la que ha de vencer todas las dificultades que el amor de nuestra carne y el enemigo nos han de poner delante; y hacernos salir al cabo con esta empresa tan gloriosa. Y por esto nunca esta vara se ha de soltar de la mano; pues nunguna destas maravillas se puede hacer sin ella.

Por lo cual me paresce avisar aquí de un grande engaño que suele acaescer á los que comienzan á servir á Dios. Los cuales como leen en algunos libros espirituales cuán grandes sean las consolaciones y gustos del Espíritu Sancto, y cuánta la suavidad y dulzura de la caridad, creen que todo este camino es deleites, y que no hay en él fatiga ni trabajo; y así se disponen para él como para una cosa fácil y deleitable, de manera que no se arman como para entrar en batalla, sino vístense como para ir á fiestas; y no miran que aunque el amor de Dios de suyo es muy dulce, el camino para él es muy agrio; porque para esto conviene vencer el amor proprio, y pelear siempre consigo mesmo, que es la mayor pelea que puede ser. Lo uno y lo otro significó el profeta Isaías, cuando dijo [2]: Sacúdete el polvo, levántate, y asiéntate, Hierusalem. Porque en el asentar es verdad que no hay trabajo; mas háilo en el sacudir el polvo de las afecciones terrenales, y en levantarnos del pecado y sueño que dormimos: que es lo que se requiere para venir á esta manera de asiento.

Aunque tambien es verdad que provee el Señor de grandes y maravillosas consolaciones á los que fielmente trabajan, y á todos aquellos que trocaron ya los placeres del mundo por los del cielo. Mas si este trueque no se hace, y el hombre todavía no quiere soltar de las manos la presa que tiene, crea que no le darán este refresco; pues sabemos que no se dió el

[1] Exod. I.
[2] Isai. LII.

manná á los hijos de Israel en el desierto, hasta que se les acabó la harina que habian sacado de Egipto [1].

Pues tornando al propósito, los que no se armaren desta fortaleza ténganse por despedidos de lo que buscan, y sepan cierto que miéntras no mudaren los ánimos y el propósito, nunca lo hallarán. Crean que con trabajo se gana el descanso, y con batallas la corona, y con lágrimas la alegría, y con el aborrescimiento de sí mesmo el amor suavísimo de Dios. Y de aquí nasció reprehenderse tantas veces en los Proverbios la pereza y negligencia, y alabarse tanto la fortaleza y diligencia, como en otra parte declaramos [2]; porque sabia muy bien el Espíritu Sancto, autor desta doctrina, cuán grande impedimento para la virtud era lo uno, y cuán grande ayuda lo otro.

## § I

### De los medios por donde se alcanza esta fortaleza.

Mas por ventura preguntarás: ¿ Qué medio hay para alcanzar esta fortaleza, pues tambien ella es dificultosa como las otras virtudes? Porque no en balde comenzó el Sabio aquel su abecedario, tan lleno de doctrina espiritual, por esta sentencia [3]: Mujer fuerte ¿ quién la hallará? El valor della es sobre todos los tesoros y piedras preciosas traidas dende los últimos fines de la tierra. Pues ¿ por qué medios podrémos alcanzar cosa de tan gran valor? Primeramente considerando este mesmo valor; porque sin duda cosa es de gran valor la que tanto ayuda para alcanzar el tesoro inestimable de las virtudes. Si no, dime: ¿ qué es la causa por que los hombres del mundo huyen tanto de la virtud? No es otra sino la dificultad que hallan en ella los cobardes y perezosos. Dice el perezoso: El leon está en el camino; en medio de las plazas tengo de ser muerto [4]. Y en otra parte añade el mesmo

[1] Exod. XVI.
[2] Libro de la Oracion, p. 2, c. 2, § 2.
[3] Prov. XXXI.
[4] Ibid. XXVI.

Sabio, diciendo [1]: El loco mete las manos en el seno, y come sus carnes, diciendo: Mas vale un poquito con descanso, que las manos llenas con afliccion y trabajo. Pues como no haya otra cosa que nos aparte de la virtud, sino sola esta dificultad; teniendo fortaleza con que vencer, luego es conquistado el reino de las virtudes. Pues ¿ quién no tomará aliento, y se esforzará á conquistar esta fuerza, la cual ganada es ganado el reino de las virtudes, y con él el de los cielos, el cual no pueden ganar sino solos los esforzados [2]? Con esta mesma fortaleza es vencido el amor proprio con todo su ejército; y echado fuera este enemigo, luego es allí aposentado el amor de Dios, ó por mejor decir, el mesmo Dios. Pues, como dice san Joan [3], quien está en caridad está en Dios.

Aprovecha tambien para esto el ejemplo de muchos siervos de Dios, que agora vemos en el mundo, pobres, desnudos, descalzos y amarillos, faltos de sueño y de regalo, y de todo lo necesario para la vida. Algunos de los cuales desean y aman tanto los trabajos y asperezas, que ansí como los mercaderes andan á buscar las ferias mas ricas, y los estudiantes las universidades mas ilustres, así ellos andan á buscar los monasterios y provincias de mayor rigor y aspereza, donde hallen no hartura, sino hambre; no riqueza, sino pobreza; no regalo de cuerpo, sino cruz y mal tratamiento de cuerpo. Pues ¿ qué cosa mas contraria á los nortes del mundo, y á los deseos de las gentes, que andar á buscar un hombre por tierras extrañas arte y manera como ande mas hambriento, mas pobre, mas remendado y desnudo? Obras son estas contrarias á carne y á sangre, mas muy conformes al espíritu del Señor.

Y mas particularmente condena nuestros regalos el ejemplo de los mártires, que con tales y tan crudos géneros de tormentos conquistaron el reino del cielo [4]. Apénas hay dia que no nos proponga la Iglesia algun ejemplo destos, no

1 Eccles. IV.
2 Matth. XI.
3 I Joan. IV.
4 Todo este género de tormentos cuenta Eusebio, l. VIII Historiæ Eccles.

tanto por honrar á ellos con la fiesta que les hace, cuanto por aprovechar á nosotros con el ejemplo que nos da. Un dia nos propone un mártir asado, otro dia desollado, otro ahogado, otro despeñado, otro atenazado, otro desmembrado, otro aradas las carnes con sulcos de hierro, otro hecho un erizo con saetas, otro echado á freir en una tina de aceite, y otros de otras maneras atormentados. Y muchos dellos pasaron no por un solo género de tormentos, sino por todos aquellos que la naturaleza y compostura del cuerpo humano podia sufrir. Porque muchos de la prision pasaban á los azotes, y de los azotes á las brasas, y de las brasas á los peines de hierro, y de allí al cuchillo, que solo bastaba para acabar la vida, mas no la fe ni la fortaleza.

Pues ¿ qué diré de las artes é invenciones que la ingeniosa crueldad, no ya de los hombres, sino de los demonios, inventó para combatir la fe y fortaleza de los espíritus con el tormento de los cuerpos? Á unos despues de crudelísimamente llagados, hacian acostar en una cama de abrojos, y de cascos de tejas muy agudos, para que por todas partes el cuerpo tendido recibiese en un punto mil heridas, y padeciese un dolor universal en todos los miembros, y así fuese combatida la fe con un ejército de dolores extraños. Á otros hacian pasear con las plantas desnudas sobre carbones encendidos; á otros arrastraban por cardos y rastrojos, atados á las colas de caballos no domados. Para otros inventaban ruedas horribles, cercadas de navajas muy agudas, para que estando en alto el cuerpo fijo, esperase el encuentro de toda aquella órden de navajas que lo despedazasen. Á otros tendian en unos ingenios de madera que para esto tenian hechos, y estirados allí fuertemente los cuerpos, los araban de alto abajo con garfios de hierro. ¿ Qué diré, sino que aun no contenta la ferocidad de los tirannos con todos estos ensayos de tormentos, vino á inventar otro mas nuevo, que fué atar por los piés al mártir á las ramas de dos grandes árboles, abajándolas violentamente hasta el suelo, para que soltándolas despues, y resurtiendo á sus lugares, llevasen volando por los aires cada una su pedazo de cuerpo? Mártir hubo en Nicomedia (y como este hubo otros innumerables)

á quien despues de haber azotado tan cruelmente, que no solo habian rasgado ya la piel y los cueros, sino que ya los azotes habian comido mucha parte de la carne, y llegado á descubrir por muchas partes los huesos blancos entre las heridas coloradas, acabado este tormento, le regaron las llagas con vinagre, y las polvorearon con sal; y no contentos con esto, viendo aun que todavía estaba el ánima en el cuerpo, le tendieron sobre unas parrillas al fuego, y allí le volteaban de una banda á otra con horcas de hierro, hasta que así asado ya, y tostado el sagrado cuerpo, invió el espíritu à Dios.

De manera que los perversos homicidas pretendian otra cosa aun mas cruel que la muerte (que es la última de las cosas terribles); porque no pretendian tanto matar como atormentar con tantos y tan horribles martirios, que sin herida ninguna de muerte hiciesen partir las ánimas de los cuerpos á poder de tormentos. No eran pues estos mártires de otros cuerpos que los nuestros; ni de otra masa y composicion que la nuestra; ni tenian por ayudador á otro Dios que el que nosotros tenemos; ni esperaban otra gloria que la que todos esperamos. Pues si estos con tales y tantas muertes compraron la vida eterna, ¿cómo nosotros por la mesma causa no mortificarémos siquiera los malos deseos de nuestra carne? Si aquellos morian de hambre, ¿por qué tú no ayunarás un dia? Si aquellos perseveraban enclavados en la cruz orando, ¿por qué tú no perseverarás un rato de rodillas en oracion? Si aquellos tan fácilmente dejaban cortar y despedazar sus miembros, ¿por qué tú no cercenarás y mortificarás un poco de tus apetitos y pasiones? Si aquellos estaban tanto tiempo encerrados en cárceles escuras, ¿por qué tú no estarás siquiera un poco recogido en la celda? Si aquellos así dejaban arar sus espaldas, ¿por qué tú alguna vez por Cristo no disciplinarás las tuyas?

Y si aun estos ejemplos no bastan, alza los ojos á aquel santo madero de la Cruz, y mira quién es aquel que allí está padesciendo tan crueles tormentos por tu amor. Mirad, dice el Apóstol [1], á aquel que tan grandes encuentros recibió de

[1] Hebr. XII.

los pecadores, porque no canseis ni desmayeis en los trabajos. Espantoso ejemplo es este por do quiera que lo quisieres mirar. Porque si miras los trabajos, no pueden ser mayores; si á la persona que los padesce, no puede ser mas excelente; si la causa por que los padesce, ni es por culpa suya (porque él es la mesma innocencia), ni por necesidad suya (porque es Señor de todo lo criado), sino por pura bondad y amor. Y con ser esto así, padesció en su cuerpo y ánima tan grandes tormentos, que todas las pasiones de los mártires y de todos los hombres del mundo no igualan con ellos. Cosa fué esta de que se espantaron los cielos, y tembló la tierra, y se despedazaron las piedras, y sintieron todas las cosas insensibles. Pues ¿cómo será el hombre tan insensible, que no sienta lo que sintieron los elementos? ¿Y cómo será tan ingrato, que no procure imitar algo de aquello que se hizo por su ejemplo? Porque por esto (como dijo el mesmo Señor) convenia que Cristo padesciese, y así entrase en su gloria; porque pues habia venido al mundo para guiarnos al cielo (pues el camino para él era la Cruz), que fuese en la delantera crucificado; para que así tomase esfuerzo el vasallo, viendo tan maltratado á su Señor.

Pues ¿quién será tan ingrato, ó tan regalado, ó tan soberbio, ó tan desvergonzado, que viendo al Señor de la Majestad con todos sus amigos y escogidos caminar con tanto trabajo, quiera él ir en una litera, y gastar la vida en regalos? Mandaba, el rey David á Urías [1], que venia de la guerra, ir á dormir y descansar á su casa, y cenar con su mujer, y el buen criado respondió : El arca de Dios está en las tiendas, y los siervos del rey mi Señor duermen sobre la haz de la tierra; ¿ é iré yo á mi casa á comer, y beber, y descansar? Por la salud tuya, y por la de tu ánima tal cosa no haré. ¡ Oh fiel y buen criado, tan digno de ser alabado, cuàn indignamente muerto! ¿Pues cómo tú, cristiano, viendo de la manera que ves á tu Señor en la Cruz, no tendrás este mesmo comedimiento para con él? El arca de Dios de madera de cedro incorruptible padesce dolores y muerte, ¿y tú

[1] II Reg. XI.

buscas regalos y descanso? Aquel arca donde estaba el manná (que es el pan de los ángeles) escondido, gustó hiel y vinagre por ti, ¿ y tú buscas deleites y golosinas? Aquel arca donde estaban las tablas de la ley (que son todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios) es vituperada y tenida por locura, ¿ y tú buscas honras y alabanzas? Y si no basta el ejemplo desta arca mística para confundirte, junta con ella los trabajos de los siervos de Dios que duermen sobre la haz de la tierra; conviene saber, los ejemplos y pasiones de tantos sanctos, de tantos profetas, mártires, confesores y vírgines, que con tantos dolores y asperezas pasaron esta vida, como lo cuenta uno de ellos, diciendo así [1] : Los sanctos padescieron escarnios, azotes, prisiones y cárceles; fuéron apedreados, aserrados, tentados y muertos á cuchillo. Anduvieron pobremente vestidos de pieles de ovejas y de cabras; necesitados, angustiados, afligidos; de los cuales el mundo no era merescedor; vivian en las soledades y desiertos, en las cuevas y concavidades de la tierra; y todos ellos en medio destos trabajos fuéron probados, y hallados fieles á Dios.

Pues si esta fué la vida de los sanctos, y (lo que mas es) del Sancto de los sanctos, no sé yo por cierto con qué título, ni por cuál privilegio piensa alguno de ir adonde ellos fuéron, si va por camino de deleites y regalos, Y por tanto, hermano mio, si deseas ser compañero de su gloria. procura serlo de su pena : si quieres reinar con ellos, procura padescer con ellos.

Todo esto sirve para exhortarte á esta noble virtud de fortaleza; para que así seas imitador de aquella sancta ánima de quien se dice [2] que ciñó sus lomos con fortaleza, y esforzó sus brazos para el trabajo. Y para conclusion deste capítulo, y de la doctrina de todo este segundo libro, acabaré con aquella nobilísima sentencia del Salvador, que dice [3] : Quien quiera que quisiere venir en pos de mí, niegue

[1] Hebr. XI.
[2] Prov. XXXI.
[3] Luc. IX.

á sí mesmo, y tome su cruz, y sígame. En las cuales palabras comprehendió aquel Maestro celestial la suma de toda la doctrina del Evangelio, la cual se ordena á formar un hombre perfecto y evangélico : el cual teniendo un linaje de paraíso en el hombre interior, padesce una perpetua cruz en lo exterior ; y con la dulzura de la una, abraza voluntariamente los trabajos de la otra.

FIN.

# INDICE

SEGUNDA PARTE

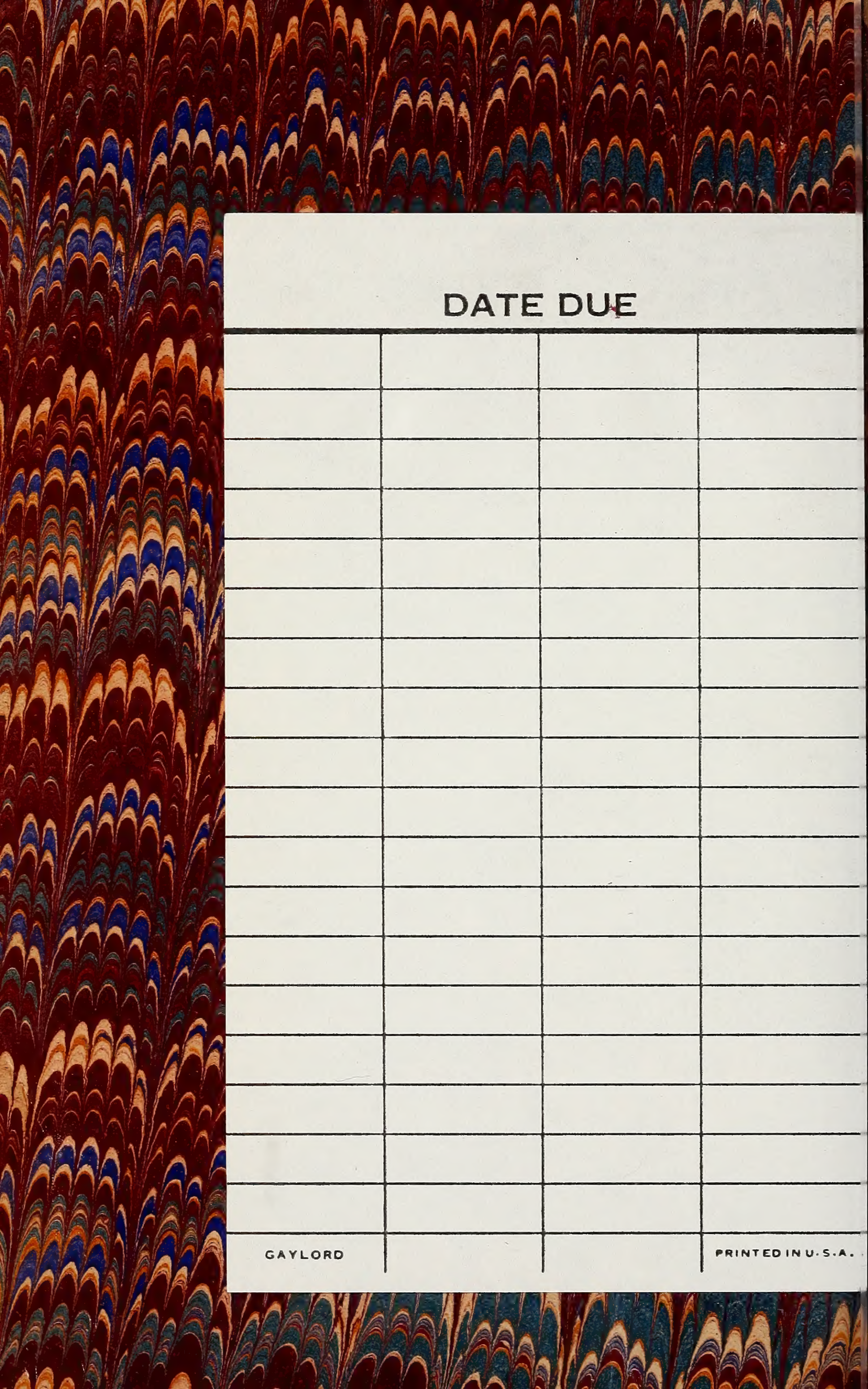
TERCERA PARTE

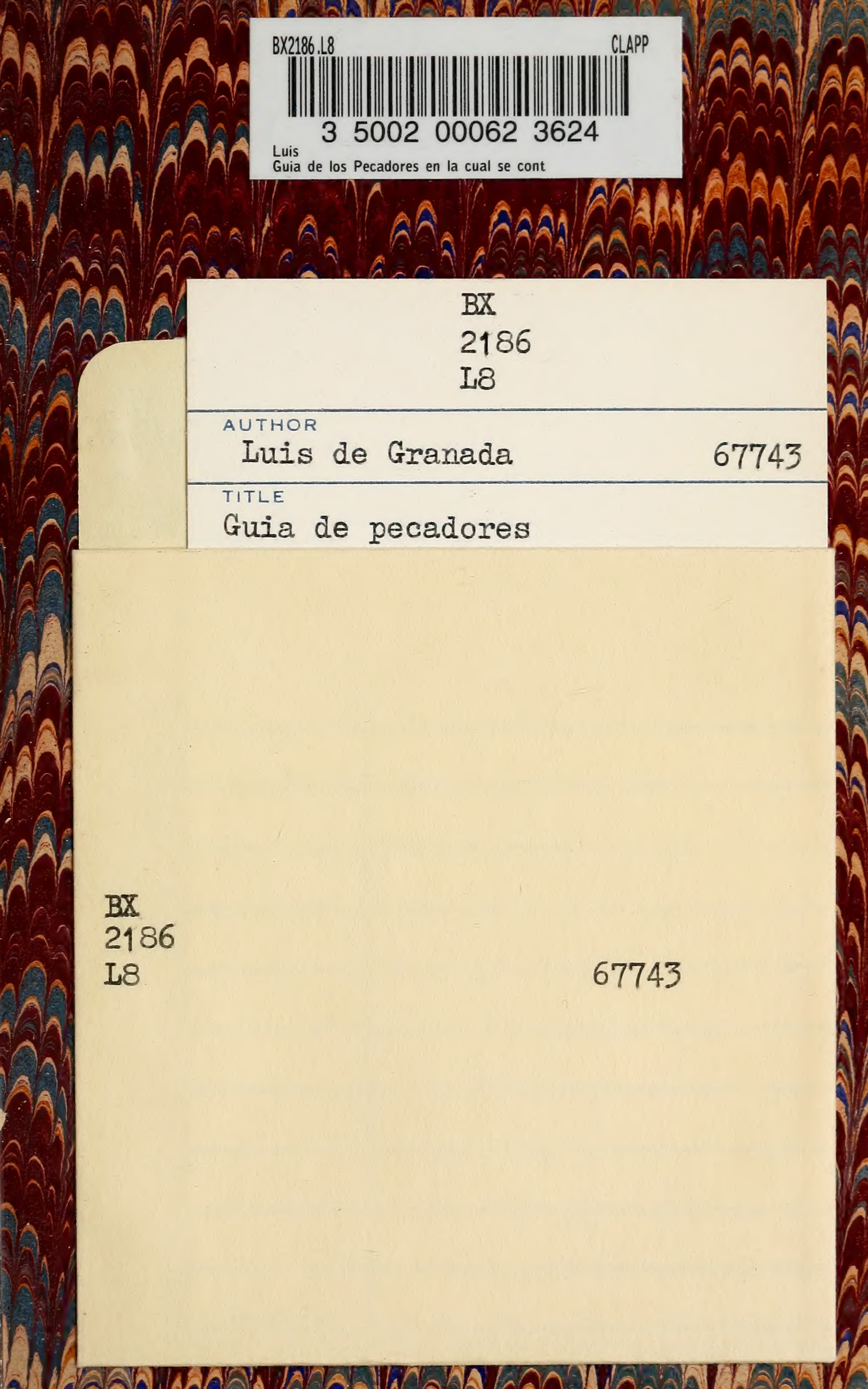
## LIBRO SEGUNDO.



PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE


DATE DUE
GAYLORD
PRINTED IN U.S.A.


BX2186 .L8
CLAPP
3 5002 00062 3624
Luis
Guia de los Pecadores en la cual se cont
BX
2186
L8
AUTHOR
Luis de Granada
67743
TITLE
Guia de pecadores
BX
2186
L8
67743

